Viviendo mi vida

Volumen I

Traducción de
Ana Useros

EMMA GOLDMAN

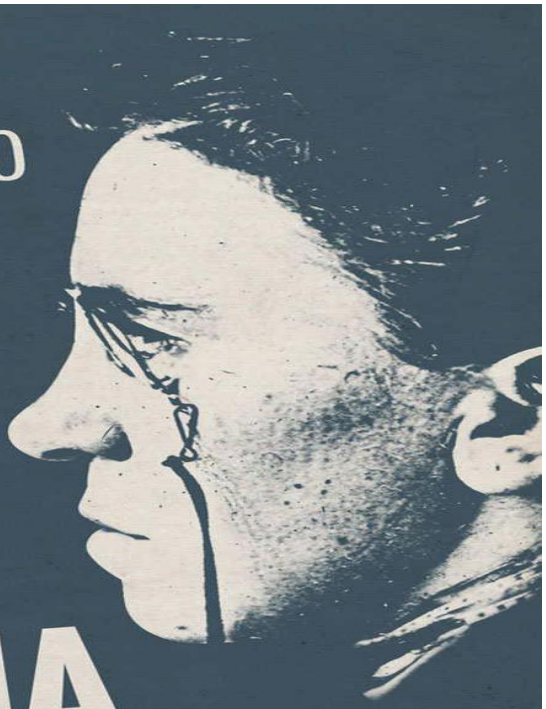
Capitán Swing

FAL

Viviendo mi vida

Volumen I

Traducción de
Ana Useros



EMMA GOLDMAN

Capitán Swing

FAL

EMMA GOLDMAN

Viviendo mi vida

Volumen I

Traducción de
Ana Useros

colección
Entrelíneas

Capitán Swing

En reconocimiento

Saint-Tropez, Francia
Enero de 1931

Apenas había yo comenzado a vivir ya me sugerían que escribiera mis memorias y siguieron haciéndolo durante años y años, pero nunca presté atención a la propuesta. Vivía mi vida con intensidad, ¿qué necesidad tenía de escribir sobre ella? Otra razón para mi reticencia era la convicción de que solo debe escribirse sobre la vida cuando ya no se está en medio de su corriente. «Cuando se alcanza una edad filosófica» solía decirles a mis amigos, «capaz de contemplar las tragedias y las comedias de la vida de manera impersonal y distante, en especial las de la propia vida, es posible crear una autobiografía que merezca la pena». Como aún me sentía joven y adolescente a pesar de mi avanzada edad, no me juzgaba competente para emprender esa tarea. Además, nunca tenía el tiempo necesario que requiere concentrarse en la escritura.

Mi forzosa inactividad europea me dejó tiempo para leer muchísimo, incluyendo biografías y autobiografías. Descubrí con gran desconcierto que la vejez, lejos de ofrecer sabiduría, madurez y sosiego, suele ser fuente de senilidad, estrechez de miras y rencores. No podía arriesgarme a esa calamidad y empecé a pensar seriamente en escribir mi vida.

La mayor dificultad a la que me enfrentaba era la falta de datos históricos para mi trabajo. Casi todo el material que había acumulado durante los

treinta y cinco años de mi vida en Estados Unidos, los libros, la correspondencia y cosas similares, había sido confiscado por los saqueadores del Departamento de Justicia y nunca me habían devuelto nada. Ni siquiera tenía mi colección personal de la revista *Mother Earth*, que había editado durante doce años. Se trataba de un problema al que no veía solución. En mi escepticismo había subestimado el poder mágico de la amistad que tantas veces había movido montañas en mi vida. Mis fieles amigos Leonard D. Abbott, Agnes Inglis, W. S. Van Valkenburgh y otros pronto me hicieron avergonzarme de mis propias dudas. Agnes, fundadora de la Biblioteca Labadie en Detroit, que alberga la colección de material radical y revolucionario más rica de América, acudió en mi ayuda con su habitual presteza. Leonard cumplió con su parte y Van dedicó todo su tiempo libre a investigar para mí.

Para los datos europeos yo sabía que podía confiar en los dos mejores historiadores de nuestras filas: Max Nettlau y Rudolf Rocker. Con estos colaboradores, ya no tenía de qué preocuparme.

Y aun así no me sentía tranquila. Necesitaba algo que me ayudara a recrear el ambiente en que había transcurrido mi propia vida: los acontecimientos, grandes o pequeños, que me habían agitado emocionalmente. Un viejo vicio mío acudió a rescatarme: verdaderas montañas de cartas que había escrito. A menudo mi colega Sasha, también conocido como Alexander Berkman, y otros amigos, se metían conmigo por mi proclividad a explayarme epistolarmente. Al final, no se vio recompensada la virtud sino esa debilidad mía que me aportó lo que más necesitaba, el ambiente en que realmente habían transcurrido mis días del pasado. Ben Reitman, Ben Capes, Jacob Margolis, Agnes Inglis, Harry Weinberger, Van, mi tierno admirador Leon Bass y muchos otros amigos respondieron con diligencia a la petición que les hice de que me reenviaran las cartas que yo les había escrito. Mi sobrina, Stella Ballantine, había conservado todo lo que le había escrito durante mi estancia en la prisión de

Missouri. Ella, al igual que mi querida amiga Eleanor Fitzgerald, había conservado también la correspondencia que había enviado desde Rusia. En resumen, enseguida me encontré en posesión de más de mil muestras de mis efusiones epistolares. Tengo que confesar que muchas de ellas eran de lectura dolorosa, pues en la correspondencia íntima nos abrimos más que en ningún otro lugar, pero para mis propósitos eran valiosísimas.

Con este material me instalé en Saint-Tropez, un pintoresco pueblo de pescadores situado en el sur de Francia, en compañía de Emily Holmes Coleman, que sería mi secretaria. Demi, como se la llamaba familiarmente, era un salvaje duendecillo del bosque, con un temperamento volcánico, pero también era un ser tierno, sin rastro de malicia ni rencor. Su esencia era poética, Demi era enormemente imaginativa y sensible. El mundo de mis ideas le era ajeno, pero ella era por naturaleza rebelde y anarquista. Chocamos con furia, muchas veces hasta el punto de mandarnos mutuamente al fondo de la bahía de Saint-Tropez, pero su encanto, su profundo interés en mi trabajo y su certera comprensión de mis conflictos internos no tienen comparación.

Nunca me ha resultado fácil la escritura y esta tarea no consistía únicamente en escribir. Suponía revivir mi pasado ya olvidado, resucitar recuerdos que no deseaba desenterrar del fondo de mi conciencia. Supuso dudar de mi capacidad creativa, momentos de bajón y desánimo. Durante todo este periodo, Demi aguantó con valor y los ánimos que me dio entonces fueron la inspiración y el consuelo del primer año de mi lucha.

En conjunto he sido muy afortunada por la cantidad de amigos que se dedicaron a allanarme el camino para llegar a escribir *Viviendo mi vida*. La primera persona que contribuyó a la creación de un fondo para librarme de la preocupación material fue Peggy Guggenheim. Otros amigos y camaradas siguieron su ejemplo y compartieron generosamente sus limitados recursos económicos. Miriam Lerner, una joven amiga americana, se ofreció voluntaria para reemplazar a Demi cuando esta tuvo que

marcharse a Inglaterra. Dorothy Marsh, Betty Markow y Emmy Eckstein mecanografiaron partes del manuscrito sin pedir nada a cambio. Arthur Leonard Ross, el hombre más amable y desprendido que he conocido en mi vida, fue mi representante y consejero legal sin ahorrar esfuerzo. ¿Cómo podría yo alguna vez recompensar tanta amistad?

¿Y Sasha? Cuando empezamos a revisar el manuscrito, me asaltaron muchos recelos. Temía que le irritara el retrato que yo hacía de él. Me preguntaba si podría distanciarse lo suficiente, ser lo bastante objetivo como para acometer esa tarea. Y, teniendo en cuenta que él es una parte muy importante de mi vida, lo hizo increíblemente bien. Durante dieciocho meses, Sasha trabajó codo con codo conmigo, como en los viejos tiempos. Crítico, por supuesto, pero siempre atento y con la mente abierta. Sasha fue también quien sugirió el título del libro: *Viviendo mi vida*.

Mi vida tal y como la he vivido debe todo a quienes, se quedaran mucho o poco tiempo, llegaron a ella y después se marcharon. Su amor, así como su odio, ha hecho que mi vida valiera la pena.

Viviendo mi vida es mi homenaje y mi agradecimiento a todos ellos.

01

El día 15 de agosto de 1889 llegué a la ciudad de Nueva York. Todo lo que hasta entonces había sido mi vida quedaba ahora atrás, desechado como un vestido viejo. Ante mí se abría un mundo nuevo, desconocido y aterrador, pero yo poseía juventud, salud y apasionados ideales. Estaba decidida a enfrentarme sin pestañear a lo que me deparara lo nuevo.

Recuerdo muy bien ese día. Era domingo. El tren de la Costa Oeste, el más barato, el único que podía permitirme, me había llevado de Rochester, una población situada en el noroeste del estado de Nueva York, a Weehawken a las ocho de la mañana. Desde allí crucé en *ferry* a la ciudad de Nueva York. No tenía allí amigos, pero llevaba tres direcciones: una de una tía mía casada, otra de un joven estudiante de medicina al que había conocido en New Haven el año anterior, cuando yo trabajaba allí en una fábrica de corsés, y la dirección de *Die Freiheit*, el periódico anarquista alemán que publicaba Johann Most.

Mis posesiones consistían en cinco dólares y una pequeña maleta. También había facturado mi máquina de coser, que me ayudaría a ser independiente. Ignorante de la distancia entre la calle Cuarenta y dos y el barrio Bowery, donde vivía mi tía, y no consciente del calor sofocante de un día de agosto en Nueva York, emprendí el camino a pie. ¡Qué confusa e interminable le resulta una gran ciudad a un recién llegado! ¡Qué fría y hostil!

Después de seguir muchas indicaciones correctas e incorrectas y hacer muchas paradas en cruces desconcertantes, tres horas más tarde, llegué a la galería fotográfica de mi tía y mi tío. Cansada y sofocada, en ese primer momento no percibí la indignación contenida de mis parientes ante mi llegada inesperada. Me rogaron que me pusiera cómoda, me dieron de desayunar y me asaetearon a preguntas. ¿Qué hacía en Nueva York? ¿Había roto definitivamente con mi marido? ¿Tenía dinero? ¿Qué pensaba hacer? Me dijeron que, por supuesto, podría quedarme con ellos. «¿Dónde si no podría ir una mujer joven sola en Nueva York?» Aunque tendría que buscar inmediatamente un trabajo. El negocio no iba bien y la vida estaba muy cara.

Aletargada, yo escuché todo aquello. Después de haber pasado viajando la noche en vela y haber recorrido media ciudad bajo el calor del sol, que aún pegaba fuerte, estaba agotada. Las voces de mis parientes sonaban distantes, como el zumbido de las moscas, y me mareaban. Con mucho esfuerzo me recompuse y les aseguré que no había acudido para imponer mi presencia, que tenía un amigo en Henry Street que me estaba esperando y que él me alojaría. Mi único deseo era salir, escapar de ese escalofriante parloteo. Cogí mi maleta y me fui.

El amigo que había inventado para escapar de la «hospitalidad» de mis parientes era apenas un conocido, un joven anarquista llamado A. Solotaroff, a quien había escuchado una vez dar una charla en New Haven. Emprendí su búsqueda. Después de dar muchas vueltas encontré su casa, pero el inquilino se había marchado. El conserje, al principio muy brusco, advirtió mi desesperación. Me dijo que preguntaría por la dirección que dejó la familia al mudarse. Enseguida regresó con el nombre de la calle, pero sin el número. ¿Que podía hacer yo? ¿Cómo encontrar a Solotaroff en esa enorme ciudad? Decidí detenerme en todos los portales, primero por un lado de la calle, después por el otro lado. Arriba y abajo, seis pisos de escaleras, subí y bajé con el corazón desbocado y los pies agotados. Aquel

opresivo día llegaba a su fin. Finalmente, cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda, lo encontré en Montgomery Street, en la quinta planta de una casa de vecinos bulliciosa y atestada.

Había pasado un año desde nuestro primer encuentro, pero Solotaroff no me había olvidado. Su bienvenida fue jovial y cálida, como la de un viejo amigo. Me dijo que compartía su pequeño piso con sus padres y su hermano pequeño, pero que podía quedarme en su habitación: él dormiría unas cuantas noches con un compañero de estudios. Me aseguró que yo no tendría problemas para encontrar alojamiento; de hecho, conocía a dos hermanas que vivían con su padre en un piso de dos habitaciones. Estaban buscando a otra joven para que viviera con ellas. Mi nuevo amigo me ofreció té y un delicioso pastel judío que había horneado su madre y después me contó cosas de las personas que podría conocer, las actividades de los anarquistas *yiddish* y otros temas interesantes. Yo le estaba muy agradecida a mi anfitrión, más por su amistosa preocupación y *camaraderie* que por el té y el pastel. Olvidé la amargura que me había invadido el alma ante el cruel recibimiento que me había dado mi propia familia. Nueva York ya no me parecía ese monstruo que me había parecido durante las horas interminables de mi dolorosa caminata por el Bowery.

Más tarde, Solotaroff me llevó al café Sachs situado en Suffolk Street que, según me informó, era el cuartel general de los radicales, socialistas y anarquistas del East Side, así como de los jóvenes poetas y escritores *yiddish*. «Todo el mundo se reúne aquí», señaló. «Seguro que están también las hermanas Minkin».

Para alguien que acababa de huir de la monotonía de una ciudad de provincias como Rochester y cuyos nervios estaban de punta después de un viaje nocturno en un vagón atestado, el ruido y la marabunta que nos acogió en Sachs no era lo más tranquilizador. El local tenía dos espacios, ambos hasta arriba. Todo el mundo hablaba, gesticulaba y discutía, en *yiddish* y en ruso, todos compitiendo entre sí. Esta extraña mezcolanza humana casi me

supera. Mi acompañante localizó a dos muchachas en una mesa. Me las presentó como Anna y Helen Minkin.

Eran dos jóvenes obreras judeorrusas. Anna, la mayor, tenía más o menos mi edad; Helen, quizá dieciocho. Enseguida nos pusimos de acuerdo para que yo viviera con ellas y así terminaron mi angustia y mi incertidumbre. Tenía un techo sobre mi cabeza; había encontrado amigos. Ya me daba igual que Sachs fuera un manicomio. Empecé a respirar más libremente, a no sentirme tan ajena.

Mientras cenábamos los cuatro y Solotaroff me señalaba a las diversas personas del café, de repente oí una voz estentórea que pedía: «¡Un filete extragrande!» «¡Otra taza de café!». Mi capital era tan pequeño y mi necesidad de ahorro tan grande que tamaño derroche me sobresaltó. Además, Solotaroff me había dicho que los clientes de Sachs eran solo estudiantes pobres, escritores y trabajadores. Me pregunté quién sería ese insensato y cómo podía permitirse tanta comida. «¿Quién es el glotón?», pregunté. Solotaroff se rio en voz alta. «Es Alexander Berkman. Capaz de comer por tres. Pero pocas veces tiene dinero para tanta comida. Cuando sí tiene, acaba con las provisiones de Sachs. Te lo presentaré».

Ya habíamos terminado de comer y algunas personas se acercaban a nuestra mesa a hablar con Solotaroff. El hombre del filete extragrande seguía engullendo como si tuviera hambre atrasada de semanas. Cuando estábamos a punto de marcharnos, se acercó a nosotros y Solotaroff nos presentó. Apenas era un muchacho, de unos dieciocho años, pero con el cuello y el torso de un gigante. Su mandíbula era fuerte y sus labios gruesos la hacían aún más pronunciada. Su rostro era casi severo, de no ser por su frente amplia y despejada y sus ojos inteligentes, su rostro habría sido bastante rudo. Un jovenzuelo resuelto, pensé. Un momento después, Berkman me comentó: «Johann Most habla esta noche. ¿Quieres venir a escucharlo?».

¡Qué cosa tan extraordinaria, pensé, que en mi primer día en Nueva York tenga la oportunidad de ver y de escuchar a la fiera humana a la que la prensa de Rochester calificaba como la personificación del diablo, un criminal, un demonio sediento de sangre! Yo tenía pensado visitar en algún momento a Most en las oficinas de su periódico, pero que la ocasión se presentara de una forma tan inesperada me dio la impresión de que algo maravilloso estaba a punto de ocurrir, algo que iba a decidir el curso entero de mi vida.

Por el camino al salón de actos, yo estaba demasiado inmersa en mis pensamientos como para atender la conversación que mantenían Berkman y las hermanas Minkin. De repente tropecé. Habría caído al suelo si no fuera porque Berkman me agarró del brazo y me ayudó a sostenerme. «Te he salvado la vida», bromeó. «Espero ser capaz de salvar la tuya algún día», contesté rápidamente.

El lugar de reunión era una pequeña sala situada en la parte trasera de un bar que había que atravesar. Estaba lleno de alemanes bebiendo, fumando y charlando. Johann Most no tardó en entrar. Mi primera impresión fue de repulsión. De estatura mediana y cabeza grande, coronada por una mata de pelo gris, su mandíbula izquierda estaba desencajada y su cara quedaba como retorcida. Solo sus ojos, azules y compasivos, transmitían calma.

Su discurso fue una denuncia ardiente de las condiciones laborales en Estados Unidos, una sátira mordaz de la injusticia y brutalidad de los poderes dominantes, una diatriba apasionada contra los responsables de la tragedia de Haymarket y la ejecución de los anarquistas de Chicago en noviembre de 1887. Habló con gran elocuencia y de manera muy viva. Como por arte de magia, su deformidad desaparecía, su falta de distinción física se olvidaba. Parecía transformarse en una especie de potencia primitiva, que irradiaba odio y amor, fuerza e inspiración. Su discurso torrencial, la música de su voz y los destellos de su ingenio se combinaban

para producir un efecto casi abrumador. Me conmovió en lo más profundo de mi ser.

Arrastrada por la muchedumbre que avanzaba en oleadas hacia el estrado me vi delante de Most. Berkman estaba a mi lado y me presentó, pero me quedé muda por la emoción y el nerviosismo, colmada con el tumulto de emociones que el discurso de Most me había suscitado.

Aquella noche no pude dormir. Volvía a revivir los acontecimientos de 1887. Habían pasado veintiún meses desde aquel Viernes Negro del 11 de noviembre, cuando aquellos hombres de Chicago habían sufrido su martirio. Y aun así cada detalle seguía nítido en mi mente y me afectaba como si hubiera ocurrido el día anterior. Mi hermana Helena y yo nos habíamos interesado por el destino de esos hombres durante su juicio. Los artículos aparecidos en la prensa de Rochester, descaradamente tendenciosos, nos irritaban, confundían y enfadaban. La violencia de la prensa, la amarga denuncia a los acusados, los ataques a todos los extranjeros, nos hicieron solidarizarnos con las víctimas de Haymarket.

Nos habíamos enterado de que en Rochester había un grupo socialista alemán que se reunía los domingos en Germania Hall. Empezamos a asistir a esas reuniones. Mi hermana mayor, Helena, alguna que otra vez. Yo, con regularidad. Los encuentros no solían tener interés, pero ofrecían una vía de escape del gris tedio de mi existencia en Rochester.

Un domingo se anunció que Johanna Greie, una famosa oradora socialista de Nueva York, hablaría sobre el juicio de Chicago. El día señalado llegué la primera al salón de actos. Aquella enorme estancia se llenó hasta la bandera de hombres y mujeres ávidos de sus palabras, los muros se vieron rodeados de policías. Yo nunca había asistido a una reunión tan multitudinaria. Había visto a los *gendarmes* en San Petersburgo dispersar pequeñas asambleas de estudiantes, pero que, en el país que garantizaba la libertad de expresión, policías armados con largas porras

pudieran invadir una reunión pacífica hizo sentir muchísima consternación y espíritu de protesta.

El moderador presentó a la oradora. Era una mujer entrada en la treintena, de aspecto pálido y ascético, con unos ojos grandes y luminosos. Habló con enorme seriedad, con una voz que vibraba de intensidad. Su actitud me cautivó. Me olvidé de la policía, del público y de todo lo que me atañía. Solo era consciente de esa frágil mujer vestida de negro que acusaba con pasión a las fuerzas que estaban a punto de acabar con ocho vidas humanas.

Todo el discurso trató de los agitados sucesos de Chicago. Empezó contando el fondo histórico del asunto. Habló de las huelgas obreras que habían estallado por todo el país en 1886 para exigir la jornada de ocho horas. Chicago era el centro del movimiento y allí la lucha entre los trabajadores y sus jefes había sido más intensa y enconada. La policía atacó una reunión de los empleados que se habían declarado en huelga de la McCormick Harvester Company; hombres y mujeres fueron golpeados y varias personas asesinadas. Para protestar por esa infamia, se convocó una reunión multitudinaria en la plaza de Haymarket el 4 de mayo. Allí tomaron la palabra Albert Parsons, August Spies, Adolph Fischer y otros y todo transcurría tranquila y pacíficamente. Así lo comprobó Carter Harrison, el alcalde de Chicago, que asistió al encuentro para ver qué se cocía por allí. El alcalde se fue, convencido de que todo estaba bien y así se lo dijo al comisario del distrito. Se estaba nublando, empezó a lloviznar y la gente comenzó a dispersarse, apenas quedaba nadie cuando uno de los últimos oradores se dirigió al público. Entonces el comisario Ward, acompañado por un fuerte dispositivo policial, se presentó de repente en la plaza. Ordenó que la gente se dispersara inmediatamente. «Es una asamblea pacífica», replicó el moderador, ante lo cual la policía cargó sobre la gente, aporreándolos sin piedad. Entonces algo brilló en el aire y, al explotar, asesinó a varios oficiales de policía e hirió a otros cuantos. Nunca se supo

con certeza quién había sido el verdadero culpable y las autoridades, al parecer, no se esforzaron mucho para intentar descubrirlo. En lugar de ello se cursó inmediatamente la orden de arrestar a todos los oradores de la reunión celebrada en Haymarket y a otros conocidos anarquistas. Toda la prensa y la *bourgeoisie* de Chicago y del país entero clamaban por la sangre de los presos. La policía emprendió una verdadera campaña de terror, a la que la Citizen Association prestó todo su apoyo moral y financiero, para así culminar su plan mortífero de acabar con los anarquistas. La opinión pública estaba tan encendida por las historias atroces que circulaban en la prensa contra los líderes de la huelga que un juicio justo era algo impensable. De hecho, el juicio resultó ser el peor montaje de la historia de Estados Unidos. El jurado se escogió según sus convicciones; el fiscal de distrito anunció ante el tribunal que no solo se acusaba a los hombres allí arrestados sino que «se juzgaba la anarquía» y que había que exterminarla. El juez criticaba contantemente a los presos desde su estrado, predisponiendo así al jurado en su contra. Los testigos fueron comprados o aterrorizados y el resultado fue la condena de ocho hombres, inocentes del delito y en ningún modo relacionados con él. La manipulación de la opinión pública y los prejuicios contra los anarquistas, emparejados con la feroz oposición de los patronos al movimiento que exigía las ocho horas, contribuyeron a crear el ambiente que propició el asesinato judicial de los anarquistas de Chicago. Cinco de ellos —Albert Parsons, August Spies, Louis Lingg, Adolph Fischer y George Engel— fueron condenados a la horca; Michael Schwab y Samuel Fielden, a cadena perpetua; a Neebe le cayó una condena de quince años. La sangre inocente de los mártires de Chicago clamaba venganza.

Al final del discurso de Greie yo ya había confirmado lo que siempre había imaginado: los hombres de Chicago eran inocentes. Los iban a ajusticiar por sus ideales. Pero ¿cuáles eran sus ideales? Johanna Greie se refería a Parsons, Spies, Lingg y el resto como socialistas, pero yo ignoraba

el verdadero significado del socialismo. Lo que había oído a los oradores locales me había resultado insípido y mecanicista. Por otro lado, los periódicos llamaban a estos hombres anarquistas, arrojabombas. ¿Qué era el anarquismo? Todo era muy desconcertante, pero ahora no era el momento de especular más. La gente empezaba a marcharse y yo me levanté para salir. Greie, el moderador y un grupo de sus amigos estaban aún en el estrado. Cuando me giré hacia ellos, vi que Greie me hacía un gesto. Yo me sobresalté, mi corazón latía con fuerza y mis pies parecían de plomo. Cuando me acerqué, me cogió de la mano y dijo: «Nunca había visto una cara en la que se reflejara tal torbellino de emociones. Sin duda sientes con intensidad la tragedia que nos amenaza. ¿Conoces a esos hombres?». Con voz temblorosa, le contesté: «Por desgracia no, pero siento este caso con cada fibra de mi ser, y cuando te he oído hablar, sentí que sí los conocía». Ella me puso la mano en el hombro: «Intuyo que terminarás conociéndolos mejor cuando conozcas sus ideales y también que harás tuya su causa».

Volví a casa caminando entre nubes. Mi hermana Helena ya estaba dormida, pero yo deseaba compartir mi experiencia con ella. La desperté y le relaté toda la historia, le reproduje casi palabra por palabra el discurso. Debí de sonar muy dramática, porque Helena exclamó: «Dentro de poco me contarán que mi hermanita es también una peligrosa anarquista».

Unas semanas más tarde, visité a unos conocidos, una familia alemana. Los encontré muy nerviosos. Alguien de Nueva York les había hecho llegar un periódico alemán, *Die Freiheit*, editado por Johann Most. Estaba lleno de noticias sobre los sucesos de Chicago. El lenguaje empleado casi me dejó sin respiración, tan diferente era de lo que escuchaba en las reuniones socialistas e incluso de la charla de Johanna Greie. Parecía lava que escupía llamas de mofa, desprecio y desafío; respiraba un profundo odio por los poderes que estaban maquinando el crimen en Chicago. Empecé a leer regularmente *Die Freiheit*. Encargué los libros que se anunciaban en el periódico y devoré cada línea sobre el anarquismo que pude obtener, cada

palabra sobre esos hombres, su vida, su obra. Leí sobre su heroico comportamiento durante el juicio y sobre su maravillosa defensa. Un mundo nuevo se abría ante mí.

Aquello que todos temíamos, pero que a la vez esperábamos que no ocurriera, ocurrió. En ediciones especiales de los periódicos de Rochester se destacaba la noticia: ¡los anarquistas de Chicago habían sido ahorcados!

Helena y yo estábamos destrozadas. La noticia conmovió a mi hermana: solo podía retorcer las manos y llorar en silencio. Yo estaba como en un trance: me invadió el estupor, aquello era algo demasiado horrible como para verter lágrimas. Al caer la noche fuimos a casa de nuestro padre. Todo el mundo hablaba de los sucesos de Chicago. Yo estaba totalmente inmersa en lo que sentía como una pérdida personal. Y entonces escuché la basta risa de una mujer. Con una voz penetrante dijo burlona: «¿A qué viene tanto lamentarse? Esos hombres eran asesinos. Bien está que los ahorquen». De un salto me abalancé sobre la garganta de la mujer. Después noté que me apartaban. Alguien dijo: «Esta niña se ha vuelto loca». Forcejeé para liberarme, agarré una jarra de agua de una mesa y la arrojé con todas mis fuerzas a la cara de la mujer. «¡Fuera! ¡Fuera o te mato!», le grité. La mujer, aterrorizada, salió por la puerta y yo me desplomé en un ataque de llanto. Me llevaron a la cama y caí enseguida en un sueño profundo. A la mañana siguiente, me desperté como si saliera de una larga enfermedad, pero sin el entumecimiento y el abatimiento que había sufrido durante aquellas horribles semanas de espera que desembocaron en la conmoción final. Tenía la clara sensación de que algo nuevo y maravilloso había nacido en mi alma. Un gran ideal, una fe ardiente, la decisión de dedicar mi vida a la memoria de mis camaradas mártires, de hacer de su causa la mía, de dar a conocer al mundo sus hermosas vidas y su heroica muerte. Johanna Greie no intuyó siquiera cuán certera había sido su profecía.

Ya había tomado una decisión. Iría a Nueva York, a Johann Most. Él me ayudaría a prepararme para mi nueva tarea, pero ¿cómo recibirían esta

decisión mi marido y mis padres?

Llevaba solo diez meses casada. El enlace no había traído la felicidad. Me había dado cuenta, casi desde el principio, de que mi marido y yo estábamos en polos opuestos, que no teníamos nada en común, ni siquiera a nivel sexual. Esa certeza, como todo lo demás que me había ocurrido desde que había llegado a América, había resultado muy decepcionante. América, «la tierra de la libertad y el hogar de los valientes», me parecía una farsa. Y, sin embargo, ¡me había peleado tanto con mi padre para que me dejara emigrar a América con Helena! Al final había ganado yo y, a finales de diciembre de 1885, Helena y yo habíamos salido de San Petersburgo en dirección a Hamburgo y allí habíamos embarcado en el vapor *Elbe* rumbo a la Tierra Prometida.

Hacía unos años nos había precedido otra hermana, que se había casado y vivía en Rochester. Había escrito repetidamente a Helena para que fuera a vivir con ella, se sentía sola. Finalmente Helena decidió partir, pero yo no podía soportar la idea de separarme de una persona a la que amaba incluso más que a mi madre. Helena también aborrecía la idea de dejarme atrás. Conocía la amarga fricción que se producía entre nuestro padre y yo. Se ofreció a pagar mi billete, pero nuestro padre no consentía en que me fuera. Supliqué, imploré, lloré. Finalmente amenacé con tirarme al Neva y entonces cedió. Con veinticinco rublos —todo lo que el viejo me quiso dar —, me fui sin dolor alguno. Desde que era capaz de recordar, nuestra casa había sido sofocante, la presencia de mi padre aterradora. Mi madre, aunque mucho menos violenta con los niños, nunca fue muy cariñosa. Siempre había sido Helena quien me había dado afecto, quien había puesto la poca alegría que había habido en mi infancia. Continuamente asumía las culpas de sus hermanos. Muchos golpes destinados a mí y a mi hermano se los llevó Helena. Ya estábamos juntas y nadie podría separarnos.

Viajamos en tercera clase, donde los pasajeros se apiñaban como un rebaño. Mi primer contacto con el mar fue aterrador y fascinante. La

libertad que suponía abandonar nuestra casa, la belleza y la maravilla de aquella infinita extensión de humor tan cambiante, y la emocionante expectativa de lo que podría ofrecer la nueva tierra estimulaban mi imaginación y me hacían hervir la sangre.

El último día de nuestro viaje está aún vivo en mi recuerdo. Todo el mundo estaba en cubierta. Helena y yo nos abrazamos, maravilladas por la vista del puerto y de la Estatua de la Libertad que surgía de repente entre la neblina. Ahí estaba, ¡el símbolo de la esperanza, de la libertad, de las oportunidades! Alzaba su antorcha para iluminar el camino hacia el país libre, asilo para los oprimidos de todas las regiones. Nosotras también, Helena y yo, encontraríamos nuestro lugar en el generoso corazón de América. Estábamos muy emocionadas, nuestros ojos se llenaron de lágrimas.

Unas voces gruñonas interrumpieron nuestra ensoñación. Nos rodeó gente que gesticulaba, hombres iracundos, mujeres histéricas, niños gritando. Los guardias nos empujaron con brusquedad una y otra vez, nos ordenaron a gritos que nos preparáramos para ser trasladados a Castle Garden, el centro de inmigración.

Las escenas que se sucedían en Castle Garden eran devastadoras, el ambiente estaba cargado de hostilidad y rudeza. Ningún funcionario mostraba ningún gesto compasivo en su rostro; no había nada previsto para que los recién llegados, ni siquiera las mujeres embarazadas y los niños pequeños, pudieran estar cómodos. El primer día en suelo americano resultó ser una violenta conmoción. Nos poseía un único deseo: escapar de ese lugar horrible. Habíamos oído que Rochester era la «ciudad de las flores» del estado de Nueva York, pero llegamos allí una fría y desolada mañana de enero. Mi hermana Lena, ya en avanzado estado de gestación de su primer hijo, y la tía Rachel fueron a recibirnos. Las habitaciones de Lena eran pequeñas, pero impecables y luminosas. La habitación que había preparado para Helena y para mí estaba llena de flores. Durante todo el día la gente

entraba y salía: familiares hasta entonces desconocidos, amigos de mi hermana y de su marido, vecinos... Todos querían vernos, saber cosas del viejo país. Eran todos judíos que habían sufrido mucho en Rusia; algunos habían incluso pasado por pogromos. La vida en el nuevo país, me decían, era dura; aún los dominaba la nostalgia por un hogar que nunca había sido un hogar.

Algunos de los visitantes habían prosperado. Un hombre presumía de que sus seis niños estaban todos trabajando, vendían periódicos, limpiaban zapatos. A todo el mundo le preocupaba qué íbamos a hacer. Un tipo de aspecto rudo concentró su atención sobre mí. Estuvo toda la tarde mirándome, examinándome de arriba a abajo. Incluso se acercó y me intentó palpar el brazo. Tuve la sensación de estar desnuda en medio de la plaza del mercado. Me sentí insultada, pero no quería ofender a los amigos de mi hermana. Me sentía totalmente sola y me escapé de la habitación. Me invadió la nostalgia por lo que había dejado atrás —San Petersburgo, mi amado Neva, mis amigos, mis libros y música—. Reparé en unas fuertes voces en la habitación contigua. Oí decir al hombre cuya actitud tanto me había irritado: «Puedo conseguirle un trabajo en Garson & Mayer's. El salario será bajo, pero pronto encontrará un tipo que se case con ella. Una chica tan pechugona, con esas mejillas sonrosadas y esos ojos azules no tendrá que trabajar mucho tiempo. Cualquier hombre la pillaría y la mantendría entre seda y diamantes». Me acordé de nuestro padre, que había tratado desesperadamente de casarme cuando cumplí quince años. Yo había protestado y suplicado que me dejara continuar estudiando. En su furia, arrojó mi gramática francesa al fuego gritando: «¡Las chicas no deben aprender mucho! Todo lo que necesita saber una hija judía es cómo preparar pescado *gefüllte*, cortar finos los fideos y dar muchos hijos a su hombre». Yo no quería ni escuchar esos planes suyos: yo quería estudiar, conocer la vida, viajar. Además, solo me casaría por amor, sostenía firmemente. La verdad era que yo había insistido en viajar a América para escapar de los

planes de mi padre. Y resultaba que los intentos de casarme me perseguían incluso en la nueva tierra, pero no me iba a dejar fácilmente. Trabajaría.

Mi hermana Lena había viajado a América cuando yo tenía unos once años. Yo solía pasar mucho tiempo con mi abuela en Kaunas, mientras que mi familia vivía en Popelan, una pequeña población en la región báltica de Curlandia. Lena siempre se había mostrado hostil hacia mí y un día, por sorpresa, descubrí la razón. Por aquel entonces yo no tendría más de seis años y Lena era dos años mayor. Estábamos jugando a las canicas. Por alguna razón mi hermana Lena creyó que yo estaba ganando demasiadas veces. Le dio mucha rabia, me dio un fuerte golpe y gritó: «¡Igual que tu padre! ¡Él también nos estafó! Nos robó el dinero que *nuestro* padre nos había dejado. Te odio. No eres mi hermana».

Su arranque me dejó petrificada. Durante unos instantes me quedé sentada, como atornillada al suelo, mirando en silencio a Lena; después la tensión dejó paso a un ataque de llanto. Corrí hacia mi hermana Helena, a ella le confiaba todas mis penas infantiles. Quería saber qué había querido decir Lena al decir que mi padre le había robado y que yo no era su hermana.

Como de costumbre, Helena me tomó en sus brazos, intentó consolarme y trató de quitar importancia a las palabras de Lena. Fui a ver a mi madre y ella me contó que había habido otro padre, el de Helena y Lena. Había muerto muy joven y entonces mi madre había elegido a mi padre, el mío y el de mi hermano pequeño. Dijo que mi padre era también el padre de Helena y Lena, aunque fuera su padrastro. Era cierto, explicó, que nuestro padre había empleado el dinero que heredaron las dos chicas. Lo había invertido en un negocio que había quebrado. Su intención había sido el bien de todos. Pero las palabras de mi madre no mitigaron mi enorme dolor. «¡Mi padre no tenía derecho a usar ese dinero! Ellas son huérfanas. Es un pecado robar a las huérfanas. Me gustaría ser mayor para poder devolverles

el dinero. Sí, hay que devolvérselo. Tengo que expiar el pecado de mi padre».

Mi niñera alemana me había dicho que quien robara a los huérfanos nunca iría al cielo. Yo no acababa de concebir ese sitio. Mi familia, aunque conservaba los ritos judíos y acudía a la sinagoga el sábado y las fiestas de guardar, apenas nos hablaba de religión. Yo saqué mi idea de Dios y el diablo, el pecado y el castigo, de mi niñera y de nuestros siervos campesinos rusos. Estaba convencida de que nuestro padre sería castigado si no pagaba su deuda.

Habían pasado once años desde aquel incidente. Yo había olvidado hacía tiempo el dolor que me había producido Lena, pero no sentía por ella, ni mucho menos, el gran afecto que sentía por mi querida Helena. Durante todo el viaje hacia América, me había inquietado qué sentiría Lena por mí, pero cuando la vi, embarazada de su primer hijo, con su carita pálida y encogida, mi corazón se abrió a ella como si nunca hubiera habido ninguna sombra entre nosotras.

El día siguiente a nuestra llegada nos quedamos a solas las tres hermanas. Lena nos contó que se había sentido muy sola, que nos había echado de menos a nosotras y los nuestros. Nos enteramos de la vida tan dura que había llevado, primero como criada en casa de la tía Rachel, después cosiendo ojales en la fábrica de ropa de Stein. ¡Qué feliz era en aquel momento, por fin con su propia casa y con la alegría de estar esperando un bebé! «La vida es aún difícil», decía Lena. «Mi marido gana doce dólares por semana como latonero, trabajando en los tejados bajo el sol abrasador y el viento frío, siempre en peligro. Empezó a trabajar a los ocho años en Berdychiv, Rusia, y desde entonces no ha parado de trabajar».

Cuando Helena y yo nos retiramos a nuestra habitación acordamos que ambas buscaríamos enseguida trabajo. No podíamos ser una carga más para nuestro cuñado. ¡Doce dólares a la semana y un bebé en camino! Unos días más tarde, Helena consiguió un trabajo retocando negativos, que había sido

su oficio en Rusia. Yo encontré un empleo en Garson & Mayer's cosiendo abrigos Ulster diez horas y media diarias, a cambio de dos dólares y cincuenta centavos semanales.

02

Yo ya había trabajado antes en una fábrica, en San Petersburgo. En el invierno de 1882, cuando mi madre, mis dos hermanos pequeños y yo salimos de Königsberg para reunirnos con mi padre en la capital rusa, nos encontramos con que había perdido su empleo. Había sido gerente de la sedería de su primo, pero justo antes de nuestra llegada el negocio quebró. La pérdida de su empleo fue una tragedia para nuestra familia, puesto que mi padre no había conseguido ahorrar nada. La única que traía dinero a casa era entonces Helena. Madre tuvo que recurrir a un préstamo de sus hermanos. Los tres mil rublos que nos adelantaron se invirtieron en una tienda de comestibles. Al principio, el negocio no daba para nada y fue necesario que yo buscara empleo.

Los chales tejidos estaban por entonces muy de moda y un vecino le indicó a mi madre dónde podrían darme trabajo para hacer en casa. Dedicándome a la tarea muchas horas al día, a veces hasta altas horas de la noche, me las apañaba para ganar doce rublos al mes.

Los chales que tejía para ayudar a sostener a la familia no eran obras maestras, pero daban el pego. Odiaba el trabajo y mis ojos se debilitaban bajo la presión de su uso constante. El primo de nuestro padre cuya sedería había quebrado entonces era dueño de una fábrica de guantes. Se ofreció a enseñarme el oficio y darme trabajo.

La fábrica estaba muy lejos de casa. Había que levantarse a las cinco de la mañana para estar en el trabajo a las siete. Las estancias eran oscuras, cargadas y poco ventiladas. La luz venía de lámparas de aceite, el sol nunca entraba en el taller.

Éramos seiscientas mujeres, de todas las edades, fabricando unos guantes hermosos y caros día sí día también por una paga muy pequeña. Pero nos dejaban tiempo suficiente para almorzar y para tomar un té dos veces al día. Podíamos hablar y cantar mientras trabajábamos; no nos empujaban ni acosaban. Así era San Petersburgo en 1882.

Y ya me encontraba en América, en la ciudad de las flores del estado de Nueva York, en una fábrica modelo, según me decían. Sin duda, los talleres de ropa de Garson eran una gran mejora con respecto a la fábrica de guantes de la Vassilevsky Ostrov. Las salas eran amplias, luminosas y aireadas. Teníamos espacio suficiente como para poder movernos un poco. No emanaban esos olores apestosos que me producían náuseas en el taller de mi primo. Pero el trabajo era más duro y la jornada, con solo media hora para comer, se me hacía interminable. La disciplina de hierro impedía cualquier libertad de movimiento (no se podía siquiera ir al baño sin permiso) y la vigilancia constante del encargado me pesaba como una piedra en el corazón. Al final de la jornada me encontraba consumida, con la energía justa para arrastrarme hasta la casa de mi hermana y trepar a la cama. Y así continuaba, con una monotonía mortal, semana tras semana.

Lo que me resultaba sorprendente es que a nadie más en la fábrica parecía afectarle tanto como a mí, excepto a mi compañera, la frágil y pequeña Tanya. Era pálida y delicada, se quejaba a menudo de dolor de cabeza y muchas veces rompía a llorar cuando la tarea de manipular la pesada tela *ulster* le resultaba excesiva. Una mañana, cuando levanté la vista de mi trabajo, la encontré tirada sobre un fardo. Se había desmayado y caído. Llamé al capataz para que me ayudara a llevarla a los vestuarios, pero el ruido ensordecedor de las máquinas ahogaba mi voz. Algunas chicas

que estaban cerca me oyeron y empezaron a gritar. Dejaron de trabajar y se precipitaron junto a Tanya. La parada repentina de las máquinas atrajo la atención del encargado y se acercó. Sin ni siquiera preguntar la razón del alboroto, gritó: «¡Volved a las máquinas! ¿Cómo se os ocurre parar ahora? ¿Queréis que os despida? ¡Volved ya mismo!». Cuando percibió el cuerpo desvanecido de Tanya, aulló: «¿Qué demonios le pasa?». «Se ha desmayado», le dije, haciendo un esfuerzo para controlar mi voz. «De eso nada», dijo con desdén. «Está fingiendo».

«¡Eres un mentiroso y un bruto!», grité, incapaz ya de contener mi indignación.

Me incliné sobre Tanya, aflojé su cinturón y exprimí en su boca entreabierta el jugo de una naranja que tenía en mi cesta del almuerzo. Su cara estaba blanca y su frente llena de sudor frío. Parecía tan enferma que incluso el encargado se dio cuenta de que no estaba fingiendo. Le perdonó el resto del día. «Yo me voy con Tanya», le dije. «Puedes deducirme las horas de sueldo». «¡Puedes irte al infierno, gata salvaje!», gritó mientras nos marchábamos.

Fuimos a un café. Yo misma me sentía vacía y a punto de desmayarme, pero, entre las dos, solo teníamos setenta y cinco centavos. Decidimos gastar cuarenta en comida y emplear el resto para coger el tranvía hasta el parque. Allí, al aire libre, entre las flores y los árboles, nos olvidamos de nuestras temidas tareas. El día que había empezado agitado tuvo un final tranquilo y pacífico.

A la mañana siguiente, la enervante rutina comenzó de nuevo y continuó así durante semanas y meses, interrumpida solo por la llegada del nuevo miembro de la familia, una niña. La niña se convirtió en el único interés de mi oscura existencia. A menudo, cuando el ambiente de la fábrica de Garson amenazaba con vencerme, el pensamiento del adorado ratoncillo que me esperaba en casa me reanimaba. Las noches ya no eran tediosas y

sin sentido. Pero, aunque la pequeña Stella trajo la alegría a nuestro hogar, aumentó también la angustia material de mi hermana y mi cuñado.

Lena nunca, ni con palabras ni con actos, me hizo sentir que el dólar y cincuenta centavos que le daba por el alojamiento y la comida (el tranvía eran sesenta centavos por semana, los restantes cuarenta centavos eran para los gastos personales que yo pudiera tener) no cubrían mis gastos, pero yo había escuchado en secreto a mi cuñado quejarse de que los gastos de la casa aumentaban. Y me parecía que tenía razón. No quería que mi hermana se preocupara, estaba criando a su bebé. Decidí pedir un aumento de sueldo. Sabía que no tenía sentido hablar con el encargado, así que pedí una reunión con el señor Garson.

Me pasaron a una lujosa oficina. Sobre la mesa había rosas American Beauties. En más de una ocasión, me había detenido para contemplarlas admirada en las floristerías y, una vez, incapaz de resistir la tentación, había entrado a preguntar el precio. Costaban un dólar y medio cada una, más de la mitad de mi sueldo semanal. En el hermoso jarrón de la oficina del señor Garson había muchas.

No me invitaron a que tomara asiento. Durante un instante me olvidé de mi misión. La bella habitación, las rosas, el aroma del humo azulado del cigarro del señor Garson me fascinaban. Me trajo de vuelta a la realidad la pregunta de mi patrón: «Y bien, ¿qué puedo hacer por ti?».

Venía a pedirle un aumento, le dije. Los dos dólares y medio que ganaba no llegaban para pagar mis gastos, ya no digamos algo más, como un libro o una entrada de teatro de veinticinco centavos de vez en cuando. El señor Garson contestó que yo tenía gustos bastante extravagantes para una chica de fábrica, que todas sus «manos» estaban muy satisfechas, que parecía que se apañaban bien y que yo también me las apañaría para conseguir trabajo en otra parte. «Si te subo el sueldo, tendría que subir el de las otras también y no me lo puedo permitir», dijo. Decidí dejar el empleo en Garson.

Unos días después apalabré un trabajo en la fábrica de Rubinstein a cuatro dólares por semana. Se trataba de un taller pequeño, no muy alejado de donde vivía. El edificio estaba en medio de un jardín y solo empleaba a una docena de hombres y mujeres. La disciplina y la presión de Garson brillaban por su ausencia.

Junto a mi máquina trabajaba un hombre joven y guapo que se llamaba Jacob Kershner. Vivía cerca de casa de Lena y solíamos volver paseando juntos del trabajo. Poco después empezó a ir a buscarme por la mañana. Charlábamos en ruso, mi inglés era aún muy limitado. Escucharlo hablar ruso era para mí como escuchar música; era el primer ruso, aparte de Helena, que oía en Rochester desde mi llegada.

Kershner había llegado a América en 1881 procedente de Odessa, donde había terminado el bachillerato. Como no tenía un oficio, se convirtió en un «operario» de abrigos. Pasaba casi todo su tiempo libre, me dijo, leyendo o asistiendo a bailes. No tenía amigos porque sus colegas de trabajo en Rochester le parecían únicamente interesados en hacer dinero, su ideal era tener un taller propio. Se había enterado de nuestra llegada, la de Helena y mía, incluso me había visto varias veces por la calle, pero no sabía cómo presentarse a nosotras. Ahora ya no se sentiría solo nunca más, dijo alegremente: podríamos visitar lugares juntos y él me prestaría sus libros para leer. Mi propia soledad ya no dolía tanto.

Hablé a mis hermanas de mi nueva amistad y Lena me pidió que lo invitara un domingo. Cuando llegó Kershner, a Lena le causó una buenísima impresión, pero a Helena le resultó antipático desde el primer momento. No comentó nada durante mucho tiempo, pero yo lo notaba.

Un día Kershner me invitó a bailar. Sería mi primer baile desde que llegara a América. La idea me emocionó y me trajo recuerdos de mi primer baile en San Petersburgo.

Yo tenía entonces quince años. El patrón de Helena le había invitado al German Club, un local de moda, y le había dado dos entradas, así que me

llevó con ella. Poco tiempo antes mi hermana me había regalado un corte de un hermoso terciopelo azul para hacer con él mi primer vestido largo, pero antes de poder hacerlo, nuestro criado campesino se escapó con el tejido. Mi pena por la pérdida me hizo enfermar varios días. Si tuviera un vestido, pensaba, mi padre consentiría en que fuera al baile. «Yo te conseguiré más tela para un vestido», me consoló Helena, «pero me temo que padre se negará». «Pues entonces lo desafiaré», declaré.

Compró otra pieza de tejido azul, no tan hermosa como el terciopelo, pero no me importaba: me sentía demasiado feliz ante la perspectiva de mi primer baile, ante la dicha de bailar en público. De algún modo Helena consiguió el consentimiento de nuestro padre, pero en el último momento él cambió de opinión. Yo era culpable ese día de alguna trastada y declaró categóricamente que tendría que quedarme en casa. Y entonces Helena dijo que ella tampoco iba. Pero yo estaba resuelta a desafiar a mi padre, fueran cuales fueran las consecuencias.

Con la respiración contenida esperé a que mis padres se retiraran a dormir. Entonces me vestí y desperté a Helena. Le dije que viniera conmigo o me escapaba de casa. «Podemos regresar antes de que padre se despierte», le presioné. ¡Querida Helena, siempre tan tímida! Tenía una infinita capacidad de sufrimiento, de aguante, pero no podía luchar. En esa ocasión se dejó arrastrar por mi desesperada decisión. Se vistió y salimos sigilosamente de casa.

En el German Club todo era luz y alegría. Nos encontramos con el patrón de Helena, cuyo nombre era Kadison, y con algunos de sus jóvenes amigos. Me pidieron bailar todos los bailes y bailé dejándome llevar por la euforia. Se hacía tarde y mucha gente se iba ya cuando Kadison me sacó a bailar una vez más. Helena insistió en que yo ya debía de estar demasiado cansada, pero yo me empeñé. «¡Voy a bailar!», anuncié. «¡Voy a bailar hasta morir!» Me ardía la piel, el corazón me latía con violencia mientras

mi pareja me hacía dar piruetas por la sala de baile, sosteniéndome con firmeza. Bailar hasta morir, ¡qué glorioso final!

Hacia las cinco de la madrugada llegamos a casa. Todos dormían. Con la excusa de una jaqueca, al día siguiente me levanté tarde y, en secreto, me recreé de mi triunfo por haber sido más lista que el viejo.

Con el recuerdo de aquella experiencia aún vivo en mi memoria acompañé a Jacob Kershner a la fiesta, llena de esperanza. Mi decepción fue amarga: no era un hermoso salón de baile, ni había mujeres hermosas, hombres atractivos ni pizca de alegría. La música era chillona, los bailarines patosos. Jacob no bailaba mal, pero carecía de fuego y pasión.

Conocía a Jacob Kershner desde hacía unos cuatro meses cuando me pidió en matrimonio. Yo admití que él me gustaba, pero no quería casarme tan joven. Apenas nos conocíamos. Él dijo que esperaría tanto como yo quisiera, pero que ya se estaba hablando de cuánto tiempo pasábamos. «¿Por qué no nos comprometemos?», suplicó. Finalmente consentí. El rechazo de Helena a Jacob se había convertido casi en una obsesión: lo odiaba. Pero yo me sentía sola y necesitaba compañía. Finalmente me impuse sobre mi hermana. Su gran amor por mí hacía que no pudiera negarme nada u oponerse a mis deseos.

El final del otoño de 1886 llevó al resto de nuestra familia a Rochester: padre, madre y mis hermanos Herman y Yegor. La situación en San Petersburgo se había vuelto insoportable para los judíos, y el negocio de la tienda de comestibles no alcanzaba para los sobornos cada vez más grandes que padre tenía que pagar para que se le permitiera existir. América era la única salida.

Helena y yo habíamos preparado una casa para nuestros padres y, cuando llegaron, nos fuimos a vivir con ellos. Nuestras ganancias no bastaban para cubrir los gastos. Jacob Kershner se ofreció a alojarse con nosotros, lo que nos sería de alguna ayuda, y poco tiempo después se mudó allí.

La casa era pequeña, se componía de una sala de estar, una cocina y dos dormitorios. Uno de ellos era para mis padres, el otro para Helena, para mí y para mi hermano pequeño. Kershner y Herman dormían en la sala de estar. La proximidad de Jacob y la falta de privacidad me tenían en un estado de irritación constante. Pasaba noches sin dormir, tenía pesadillas y me agotaba en el trabajo. La vida se estaba volviendo insoportable y Jacob insistía en que necesitábamos una casa para nosotros.

Con el tiempo, ya conociéndolo mejor, sentí que éramos demasiado diferentes. Su interés por la lectura, que era lo que primero me atrajo de él, se había desvanecido. Ahora compartía las costumbres de sus compañeros de trabajo: jugar a las cartas y asistir a aburridos bailes. Yo, por el contrario, estaba llena de aspiraciones y ganas de luchar. En espíritu yo seguía aún en Rusia, en mi amado San Petersburgo, viviendo en el mundo de los libros que había leído, las óperas que había escuchado, el círculo de estudiantes que había conocido. Odiaba Rochester mucho más que antes. Pero Kershner era el único ser humano que había conocido desde mi llegada. Llenaba un vacío en mi vida y me atraía mucho. En febrero de 1887 nos casamos en Rochester ante un rabino, bajo el rito judío, que por entonces era considerado válido por las leyes del país.

Mi febril emoción de ese día, mi suspensa y ardiente expectativa se trocó por la noche en un sentimiento de inmensa rabia. Jacob yacía tembloroso a mi lado: era impotente.

Las primeras sensaciones eróticas que yo recuerdo me habían sobrevenido cuando tenía unos seis años. Mis padres vivían entonces en Popelan, donde los niños no teníamos un hogar en el sentido propio del término. Padre tenía una posada, constantemente atestada de campesinos borrachos y pendencieros y de funcionarios del gobierno. Madre estaba muy ocupada supervisando a los criados de esa casa grande y caótica. Mis hermanas, Lena y Helena, estaban ahogadas por el trabajo. Yo pasaba sola la mayor parte del día. Entre la plantilla del establo había un joven

campesino, Petrushka, que pastoreaba nuestras ovejas y vacas. A menudo me llevaba con él a los prados y allí le escuchaba tocar dulcemente la flauta. Por la tarde me llevaba de vuelta sobre sus hombros, a caballito. Jugaba a que era un caballo, corría lo más rápido que le permitían sus piernas y después, de repente, me lanzaba al aire y me cogía en sus brazos y me apretaba contra él. Eso solía darme una curiosa sensación: a la enorme exultación que sentía seguía una gozosa liberación.

Me hice inseparable de Petrushka. Le tomé tanto afecto que empecé a robar bizcochos y fruta de la despensa de madre para él. Estar con Petrushka en los prados, escuchar su música, cabalgar sobre sus hombros, se convirtió en la obsesión de mis días y mis noches. Un día padre tuvo una discusión con Petrushka y despidió al muchacho. Su pérdida fue una de las mayores tragedias de mi niñez. Durante semanas seguí soñando con Petrushka, sus prados, su música, y reviviendo la alegría y el éxtasis de nuestros juegos. Una mañana me arrancaron violentamente de mis ensoñaciones. Madre estaba inclinada sobre mí y agarraba con fuerza mi mano derecha. Con una voz airada me gritó: «¡Si alguna vez vuelvo a encontrarte la mano ahí te azotaré, niña mala!».

La llegada de la pubertad trajo la conciencia del efecto de los hombres sobre mí. Yo tenía once años entonces. Una mañana de verano me desperté con intensos dolores. La cabeza, la columna vertebral y las piernas me dolían como si me desmembraran. Llamé a madre. Ella apartó la sábana y de repente sentí un agudo dolor en la cara. Me había abofeteado. Proferí un grito mirando a mi madre con ojos aterrorizados. «Las niñas, cuando se hacen mujeres, necesitan esto para protegerse de la vergüenza», me dijo. Intentó entonces abrazarme, pero yo la rechacé. Me retorcía de dolor y estaba demasiado escandalizada como para dejarme tocar. «¡Me voy a morir!», aullé. «Quiero que venga el *Feldscher* (practicante)». Mandaron llamar al *Feldscher*. Era un hombre joven, recién llegado al pueblo. Me

examinó y me dio algo para hacerme dormir. A partir de ese momento mis sueños fueron con el *Feldscher*.

Cuando tenía quince años, trabajaba en una fábrica de corsés en el Pasaje Ermitage de San Petersburgo. Después de la jornada laboral, salía del taller junto con el resto de muchachas. Los jóvenes oficiales y los civiles rusos nos abordaban. La mayoría de las jovencitas tenían citas; solo una chica judía amiga mía y yo nos negábamos a que nos llevaran a la *konditorskaya* (pastelería) o al parque.

Solíamos pasar ante un hotel cerca del Ermitage. Uno de los botones, un guapo joven de unos veinte años, se fijó en mí. Al principio le rechazaba, pero poco a poco me empezó a producir cierta fascinación. Su perseverancia minaba lentamente mi orgullo y acepté su cortejo. Solíamos reunirnos en algún lugar tranquilo o en una pastelería apartada. Tenía que inventar todo tipo de historias para explicar a mi padre por qué volvía tarde de trabajar o salía después de las nueve. Un día me espió en el Jardín de Verano y me vio en compañía de otras jóvenes y de algunos estudiantes varones. Cuando regresé a casa, me empujó con violencia contra las estanterías de nuestra tienda, estrellando así contra el suelo los tarros de la riquísima *varenya* (mermelada) de madre. Me golpeó con los puños y gritó que no toleraría una hija descarriada. Esa experiencia hizo que mi casa fuera aún más insoportable y sintiera la necesidad de escapar más acuciante.

Durante varios meses mi admirador y yo nos reunimos a escondidas. Una día me preguntó si no me gustaría entrar en el hotel para ver las lujosas habitaciones. Yo nunca había estado en un hotel, la dicha y alegría que me imaginaba tras las soberbias ventanas me encandilaban cuando pasaba por allí de camino al trabajo.

El muchacho me condujo por una puerta lateral, por un pasillo alfombrado, hasta una enorme habitación. Estaba muy iluminada y amueblada exquisitamente. En una mesa junto al sofá había flores y una bandeja de té. Nos sentamos. El joven sirvió un líquido de color dorado y

me propuso brindar por nuestra amistad. Me llevé la copa a los labios. De repente me encontré en sus brazos, con el corpiño abierto y sus besos apasionados cubrían mi cara, mi cuello y mi pecho. Hasta que no sentí el violento contacto de nuestros cuerpos y el insoportable dolor que me produjo, no recuperé el sentido. Grité y golpeé salvajemente el pecho del hombre con los puños. De repente oí la voz de Helena en el recibidor. «¡Seguro que está aquí, seguro que está aquí!» Me quedé muda. El hombre también estaba aterrorizado. Su abrazo se relajó y nos quedamos escuchando, en un silencio angustiado. Después de lo que nos parecieron horas, la voz de Helena se fue alejando. El hombre se levantó. Yo me puse de pie mecánicamente y mecánicamente abotoné mi camisa y me cepillé el pelo.

Curiosamente no sentía vergüenza, solo una enorme conmoción ante el descubrimiento de que el contacto entre un hombre y una mujer podía ser algo tan brutal y tan doloroso. Salí caminando aturdida, herida en cada nervio de mi cuerpo.

Cuando llegué a casa, me encontré a Helena inquieta y temerosa. Había estado muy preocupada por mí, sabía que me había citado con aquel muchacho. Se había propuesto averiguar dónde trabajaba y, cuando vio que yo no regresaba, había ido al hotel a buscarme. La vergüenza que no había sentido en los brazos del hombre me abrumaba ahora. No conseguí reunir el valor para contarle a Helena mi experiencia.

A partir de aquello, siempre me sentía entre dos fuegos en presencia de los hombres. Mi atracción hacia ellos era aún poderosa, pero se mezclaba siempre con una violenta repulsión. No podía soportar que me tocaran.

Esas imágenes pasaban vívidamente por mi mente mientras yacía junto a mi marido en nuestra noche de bodas. Él se había dormido profundamente.

Pasaron las semanas. No hubo cambios. Presioné a Jacob para que consultara a un médico. Al principio se negó, pedía paciencia, pero

finalmente fue. Le dijeron que llevaría mucho tiempo «construir su virilidad». Mi propia pasión había remitido. La angustia material de llegar a fin de mes excluía todo lo demás. Yo había dejado de trabajar: se consideraba deshonroso que una mujer casada fuera al taller. Jacob ganaba quince dólares a la semana. Su pasión por el juego se comía una parte considerable de nuestros ingresos. Se había vuelto celoso y sospechaba de todo el mundo. La vida se volvió insoportable. Lo que me salvó de la desesperación fue mi interés por los sucesos de Haymarket.

Tras la muerte de los anarquistas de Chicago, insistí en separarme de Kershner. Él se negaba terminantemente, pero finalmente cedió. Nos concedió el divorcio el mismo rabino que había celebrado nuestra ceremonia de matrimonio. Y después me fui a New Haven, Connecticut, para trabajar en una fábrica de corsés.

Durante todo el tiempo que luché por liberarme de Kershner, la única que siempre estuvo a mi lado fue mi hermana Helena. Ella se había opuesto denodadamente al matrimonio desde el principio, pero no solo no me hizo ni un solo reproche sino que me prestó ayuda y cariño. Defendió ante mis padres y Lena mi decisión de divorciarme. Como siempre, su devoción por mí no tenía límites.

En New Haven conocí a un grupo de jóvenes rusos, en su mayoría estudiantes, que trabajaban en diversos oficios. La mayoría de ellos eran socialistas y anarquistas. A menudo organizaban reuniones a las que solían invitar a oradores de Nueva York, uno de ellos fue A. Solotaroff. La vida era interesante y variada, pero gradualmente la carga del trabajo terminó siendo demasiado pesada para mi mermada vitalidad. Al final tuve que regresar a Rochester.

Acudí a Helena. Vivía con su marido y su hija en el piso superior de su pequeña imprenta, que también servía como oficina para su agencia de barcos de vapor, pero ambas ocupaciones no les reportaban lo suficiente como para sacarlos de la más dura pobreza. Helena se había casado con

Jacob Hochstein, un hombre diez años mayor que ella. Era un gran erudito hebraico, una autoridad en los clásicos ingleses y rusos y una personalidad excepcional. Su integridad y su carácter independiente hacían de él un torpe competidor en el sórdido mundo de los negocios. Si alguien le hacía un encargo de dos dólares para imprimir, Jacob Hochstein le dedicaba tanto tiempo como si le fueran a pagar cincuenta. Si un cliente mostraba tendencia a regatear las tarifas, lo echaba. No podía soportar la sospecha de que estaba cobrando de más. Sus ingresos no llegaban para cubrir las necesidades de la familia y quien tenía que preocuparse por ello y apañárselas era mi pobre Helena. Estaba encinta de su segundo hijo y aun así tenía que arrastrarse de la mañana a la noche para pagar todo, sin quejarse nunca. Pero ella había sido así toda su vida, sufriendo en silencio, siempre resignada.

El matrimonio de Helena no surgía de un amor apasionado. Fue la unión de dos personas maduras que anhelaban compañía y una vida tranquila. Toda la pasión que había habitado en el corazón de mi hermana se agotó cuando tenía veinticuatro años. A los dieciséis, cuando aún vivíamos en Popelan, se enamoró de un joven lituano, un alma hermosa. Pero era un *goi* (gentil) y Helena sabía que era imposible que se casaran. Tras muchas luchas y muchas lágrimas, Helena rompió su relación con el joven Susha. Años después, de camino hacia América, nos detuvimos en Kaunas, nuestra ciudad natal. Helena había quedado con Susha en encontrarse allí. No podía soportar irse tan lejos sin decirle adiós. Se encontraron y se despidieron como buenos amigos, el fuego de su juventud era ya cenizas.

A mi regreso de New Haven, Helena me recibió, como de costumbre, con ternura y con la seguridad de que su casa era mi casa. Me sentía bien junto a mis seres queridos, con la pequeña Stella y mi hermano menor, Yegor, pero no me llevó mucho tiempo descubrir la precaria situación que se vivía en la casa de Helena. Volví al taller.

Al vivir en el barrio judío, me era imposible evitar a quien no querría ver. Me topé con Kershner casi inmediatamente después de mi llegada. No dejaba de buscarme ni un solo día. Empezó a suplicarme que volviera con él, que todo sería diferente. Una día amenazó con suicidarse y terminó bebiéndose una botella de veneno. Me presionaba con insistencia para que le diera una respuesta definitiva.

Yo no era tan ingenua como para pensar que una renovada vida con Kershner resultaría más satisfactoria o duradera que la anterior. Además, había decidido mudarme definitivamente a Nueva York para prepararme para la tarea que había jurado asumir tras la muerte de los camaradas de Chicago, pero la amenaza de Kershner me dio miedo. Yo no quería ser la responsable de su muerte. Volví a casarme con él. Mis padres se alegraron, también Lena y su marido, pero Helena enfermó del disgusto.

Sin el conocimiento de Kershner me apunté a un curso de modista a fin de tener un oficio que me liberara del taller. Durante tres amargos meses luché con mi marido para que me dejara seguir mi camino. Intenté que viera lo fútil de vivir una vida hecha de remiendos, pero él seguía obstinado. Una noche de madrugada, tras amargas recriminaciones, abandoné a Jacob Kershner y mi hogar, esa vez para siempre.

Inmediatamente toda la población judía de Rochester me condenó al ostracismo. No podía pasear por las calles sin sentir su desprecio. Mis padres me cerraron las puertas de su casa y de nuevo solo Helena estuvo a mi lado. Incluso me pagó el billete a Nueva York con sus menguados ingresos.

Así que abandoné Rochester, donde había vivido tanto dolor, trabajo duro y soledad, pero la alegría de mi partida se veía lastrada por la separación de Helena, de Stella y de mi hermano pequeño, los tres seres a los que tanto amaba.

El alba del nuevo día me encontró despierta en el piso de las hermanas Minkin. La puerta de lo viejo se había ya cerrado para siempre. Lo nuevo me llamaba y yo le abría los brazos con afán. Caí en un profundo y tranquilo sueño.

Me despertó la voz de Anna Minkin anunciando la llegada de Alexander Berkman. Ya era por la tarde.

03

Helen Minkin estaba fuera trabajando. Anna estaba por entonces en paro. Preparó un té y nos sentamos a hablar. Berkman se interesó por mis planes de trabajo, por mi actividad en el movimiento. ¿Me gustaría visitar la oficina de *Die Freiheit*? ¿Podría serme de alguna ayuda? Podía acercarme ella misma, dijo: acababa de dejar su trabajo después de discutir con el encargado. «Un negrero», comentó. «Nunca se atrevió a meterme prisa, pero mi deber es apoyar a los otros en el taller». Las cosas no andaban bien en el negocio de cigarrero, nos informó, pero como anarquista, uno no podía pararse a considerar su propio trabajo. Lo personal no era importante. Solo la Causa era importante. Luchar contra la injusticia y la explotación era lo importante.

¡Qué fuerte era!, pensé; ¡qué fantástico en su fervor revolucionario! Exactamente como nuestros camaradas mártires de Chicago.

Yo tenía que ir a la calle Cuarenta y dos para sacar mi máquina de coser de la consigna de la estación. Berkman se ofreció a acompañarme. Me sugirió que, en el camino de regreso, podíamos ir al puente de Brooklyn en el ferrocarril urbano y después caminar hasta William Street, donde se encontraba la oficina de *Die Freiheit*.

Le pregunté si podía tener esperanzas de asentarme en Nueva York como modista. Deseaba librarme de la temida monotonía y esclavitud de los talleres. Quería tener tiempo libre para leer y también esperaba cumplir mi

sueño de constituir una cooperativa. «Algo como lo que emprende Vera en *¿Qué hacer?*», expliqué. «¿Has leído a Chernichevski?», me preguntó Berkman, sorprendido. «Seguro que en Rochester no». «Claro que no», contesté con una carcajada. «Con la excepción de mi hermana, Helena no he conocido allí a nadie que lea estos libros. No, en aquella ciudad no. En San Petersburgo». Me miró lleno de dudas. «Chernichevski era un nihilista»,señaló, «y sus obras están prohibidas en Rusia. ¿Estabas en contacto con los nihilistas? Son los únicos que podrían haberte proporcionado el libro». Me indigné. ¿Cómo se atrevía a dudar de mi palabra? Le repetí enfadada que había leído el libro prohibido y otras obras similares, como *Padres e hijos* de Turguéniev y *Obriv* (*El precipicio*) de Goncharov. A mi hermana se los habían pasado los estudiantes y ella me había dejado leerlos. «Siento haberte herido», dijo Berkman en un tono suave. «Lo cierto es que no dudo de tu palabra. Solo estaba sorprendido de encontrar a una chica tan joven que hubiera leído esos libros».

Cuánto me había alejado de los días de mi adolescencia, reflexionaba yo. Recordaba aquella mañana en Königsberg, cuando me topé con un enorme pasquín que anunciaba la muerte del zar, «asesinado por nihilistas criminales». El recuerdo del pasquín me trajo a la memoria un incidente de mi primera infancia que, durante un tiempo, tiñó nuestra casa de duelo. Mi madre había recibido una carta de su hermano Martin con la espantosa noticia del arresto de su hermano Yegor. Se había mezclado con nihilistas, decía la carta, lo habían arrojado a la fortaleza Petro-Pavlovski y pronto lo enviarían a Siberia. Las noticias nos llenaron de terror. Nuestra madre decidió ir a San Petersburgo. Durante semanas nos mantuvimos en un suspense angustioso. Finalmente regresó con el rostro radiante de felicidad. Tras muchas dificultades y con la ayuda de una gran suma de dinero había conseguido una audiencia con Trepov, el gobernador general de San Petersburgo. Se había enterado de que su hijo era compañero de clase de Yegor y esgrimió eso como la prueba de que su hermano no podía haberse

mezclado con esos terribles nihilistas. Alguien tan próximo al propio hijo del gobernador no podría tener nada que ver con los enemigos de Rusia. Le recordó la extrema juventud de Yegor, se arrodilló ante él, suplicó y lloró. Finalmente Trepov le prometió que sacaría al chico de la étape. Por supuesto, lo pondría bajo una vigilancia estricta: Yegor tendría que prometer solemnemente no volver a acercarse a esa panda de asesinos.

Nuestra madre siempre contaba las historias de los libros que había leído de una forma muy gráfica. Los niños estábamos pendientes de sus labios. Esa vez también su historia era absorbente. Imaginaba a mi madre ante el rígido gobernador general, su hermosa cara, enmarcada por su abundante cabellera, bañada en lágrimas. A los nihilistas también podía verlos, criaturas negras y siniestras que habían enredado a mi tío en sus maquinaciones para matar al zar. El buen y generoso zar, había dicho nuestra madre, el primero que dio más libertad a los judíos, que había suprimido los pogromos y estaba planeando la liberación de los campesinos. ¿Y los nihilistas pretendían matarlo? «¡Asesinos a sangre fría!», gritaba madre. «¡Deberían exterminarlos, a todos y cada uno de ellos!»

La violencia de mi madre me aterrorizó. Su sugerencia de exterminación me heló la sangre. Me decía que los nihilistas debían de ser unas bestias, pero no podía soportar una crueldad así en mi madre. Después de aquello muchas veces me sorprendí pensando en los nihilistas, preguntándome quiénes eran y qué los hacía tan feroces. Cuando llegaron a Königsberg las noticias sobre el ahorcamiento de los nihilistas que habían matado al zar ya no sentía ningún resentimiento hacia ellos. Algo misterioso había despertado mi compasión hacia ellos. Lloré amargamente su suerte.

Años después volví a encontrarme el término «nihilista» en *Padres e hijos*. Y, cuando leí *¿Qué hacer?,* comprendí mis simpatías instintivas por los hombres ejecutados. Sentí que no podían presenciar sin protestar el sufrimiento del pueblo y que habían sacrificado sus vidas por ello. Me

convencí más aún de aquello cuando me enteré de la historia de Vera Zassulich, que había disparado a Trepov en 1879. Me la contó mi joven profesor de ruso. Mi madre había dicho que Trepov era amable y humano, pero mi profesor me dijo lo tiránico que había sido, un verdadero monstruo que solía ordenar a sus cosacos que marcharan contra los estudiantes, que los azotaran con *nagaikas*, que reventaba sus reuniones y enviaba a los presos a Siberia. «Los oficiales como Trepov son bestias salvajes», decía con pasión mi profesor. «Roban a los campesinos y después los azotan. Torturan a los idealistas en la cárcel».

Sabía que mi profesor decía la verdad. En Popelan todo el mundo solía hablar sobre los azotes a los campesinos. Un día me topé con un cuerpo humano semidesnudo que estaba siendo azotado con el *knot*. Me dio un ataque de histeria y durante días me obsesionó esa imagen horrible. Escuchando a mi profesor reviví la horrible visión: el cuerpo sanguinolento, los chillidos estridentes, las caras retorcidas de los gendarmes, los *knot* silbando en el aire y cayendo con un chasquido agudo sobre el cuerpo medio desnudo del hombre. Las dudas que hubiera podido tener sobre los nihilistas a partir de las impresiones de mi infancia desaparecieron. Se convirtieron en mis héroes y mártires, y, por tanto, en las estrellas que me guiaban.

Berkman me sacó de mi ensoñación preguntándome por qué me había quedado tan callada. Le conté mis recuerdos. Entonces él me relató algunas de sus influencias tempranas, recreándose especialmente en su amado tío Maxim, nihilista, y en la conmoción que había experimentado cuando supo que lo habían condenado a muerte. «Tenemos mucho en común, ¿verdad?», señaló. «Incluso venimos de la misma ciudad. ¿Sabes que Kaunas ha dado muchos hijos valientes al movimiento revolucionario? Y ahora quizás también una valiente hija», añadió. Yo me sentí enrojecer. Mi alma se enorgullecía. «Espero no fallar cuando llegue el momento», contesté.

El tren pasaba por calles estrechas y los tristes bloques de pisos estaban tan cerca que podía ver el interior de las habitaciones. Las escaleras de incendio estaban atestadas de almohadas y mantas sucias y de ellas colgaba la colada en la que el polvo ya marcaba rayas. Berkman me tocó el brazo y me anunció que la siguiente estación era Brooklyn Bridge. Salimos y caminamos hasta William Street.

En un viejo edificio, tras dos tramos de escaleras oscuros y resquebrajados, estaba la oficina de *Die Freiheit*. En la primera habitación había algunos hombres colocando tipos. En la siguiente encontramos a Johann Most de pie ante un pupitre alto, escribiendo. Con una mirada de reojo nos invitó a sentarnos. «Mis malditos torturadores me están chupando la sangre», declaró apesadumbrado. «¡Copia, copia, copia! ¡Es todo lo que saben! Tú pídeles que escriban una línea... no es lo suyo. Son demasiado estúpidos y vagos». El arrebato de Most fue recibido con una explosión de risa franca en la redacción. Su voz gruñona, su mandíbula retorcida, que tanto me había repelido en mi primer encuentro, me recordó a las caricaturas de Most en los periódicos de Rochester. No era capaz de conciliar al hombre airado que tenía ante mí con el orador inspirado de la noche anterior cuya oratoria me había arrebatado tanto.

Berkman notó mi mirada confusa y asustada. Me susurró en ruso que no hiciera caso a Most, que siempre estaba de ese humor de perros cuando trabajaba. Me puse a inspeccionar los libros que cubrían las estanterías desde el suelo hasta el techo, fila por fila. Qué poco había leído, meditaba. Mis años escolares me habían rendido tan poco... ¿Podría alguna vez ponerme al día? ¿De dónde sacaría el tiempo para leer? ¿Y el dinero para comprar libros? Me pregunté si Most me prestaría alguno de los suyos, si yo me atrevería a sugerirle que me diera un programa de lecturas y estudios. Pronto otro estallido me hirió los oídos. «¡Aquí está mi libra de carne, Shylocks!», tronó Most. «Más que suficiente para llenar el periódico. ¡Berkman, llévaselo a esos diablos negros de allí!»

Most se acercó a mí. Sus profundos ojos azules escrutaron inquisitivamente los míos. «Y bien, jovencita», dijo, «¿has encontrado algo que quieras leer? ¿O no lees alemán e inglés?» La dureza de su voz se había transformado en una textura cálida y amable. «Inglés no», dije más calmada y audaz gracias a su tono. «Alemán sí». Me dijo que podía coger el libro que quisiera. Después me asaeteó a preguntas, de dónde venía y qué querría hacer. Le dije que acababa de llegar de Rochester. «Sí, conozco esa ciudad. Tiene buena cerveza, pero los alemanes de allí son una panda de *Kaffern* (cafres)». «¿Por qué Nueva York exactamente?», me preguntó. «Es una ciudad dura. El trabajo está mal pagado y es difícil de encontrar. ¿Tienes bastante dinero para mantenerte?» Me conmovió profundamente el interés que aquel hombre mostraba por mí, por una perfecta desconocida. Expliqué que Nueva York me había atraído porque era el centro del movimiento anarquista y porque había leído cosas suyas, líder espiritual. En realidad, había acudido a él, en busca de sugerencias y de ayuda. Estaba deseando hablar con él. «Pero ahora no, en otro momento», —le dije—. «En algún sitio lejos de tus diablos negros».

Su cara se iluminó: «Tienes sentido del humor. Lo necesitarás si te unes a nuestro movimiento». Me propuso volver el miércoles siguiente, para ayudarle con los envíos de *Die Freiheit*, escribir direcciones y plegar los periódicos. «Y después tendremos un rato para hablar».

Me despedí de Most con varios libros bajo el brazo y un cálido apretón de manos. Berkman salió conmigo.

Fuimos a Sachs. Yo no había comido nada desde el té que nos había dado Anna. Mi acompañante estaba también hambriento, pero evidentemente no tanto como la noche anterior: no pidió ni un filete de más ni más tazas de café. ¿O estaría sin blanca? Le sugerí que yo aún era rica y le supliqué que pidiera más. Se negó con brusquedad, diciéndome que no podría aceptarlo de alguien sin trabajo que acababa de llegar a una ciudad desconocida. Me enfadó y me hizo gracia a la vez. Le expliqué que no pretendía herirle; creí

que siempre se compartía con un camarada. Se arrepintió de su brusquedad, pero me aseguró que no tenía más hambre. Salimos del restaurante.

El calor de agosto era sofocante. Berkman propuso una excursión al Battery Park para refrescarnos. Yo no había visto el puerto desde mi llegada a América. Su belleza me atrapó de nuevo, como en aquel día memorable, pero la Estatua de la Libertad había dejado de ser un símbolo. Qué infantil e ingenua había sido entonces, cuánto había avanzado desde aquel día.

Retomamos nuestra charla del mediodía. Mi compañero expresó dudas sobre si podría encontrar trabajo como modista, puesto que no tenía contactos en la ciudad. Contesté que entonces probaría en una fábrica de corsés, guantes o trajes masculinos. Me prometió preguntar entre los camaradas judíos que que trabajaban la aguja. Sin duda me ayudaría a encontrar un trabajo.

Era ya tarde cuando nos separamos. Berkman me había hablado muy poco de sí mismo, excepto que le habían expulsado del instituto por un ensayo antirreligioso que había redactado y que se había ido de casa para siempre. Había llegado a Estados Unidos con la convicción de que era un país libre y de que aquí todo el mundo tenía las mismas oportunidades. Ahora ya sabía más. Había conocido la explotación más cruel y, desde la ejecución de los anarquistas de Chicago, se había convencido de que América era tan despótica como Rusia.

«Lingg tenía razón cuando dijo: “Si nos atacáis con los cañones, responderemos con dinamita”. Algún día vengaré a nuestros muertos», añadió muy serio. «Yo también, yo también», —grité—. «Su muerte me dio la vida. Mi vida pertenece ahora a su recuerdo y a su trabajo». Él me apretó el brazo hasta hacerme daño. «Somos camaradas. Seamos amigos también, trabajemos juntos». Su intensidad vibraba a través de mí mientras subía las escaleras hacia el piso de las hermanas Minkin.

Al viernes siguiente, Berkman me invitó a una reunión judía donde daría una conferencia Solotaroff en el número 54 de la calle Orchard, en el East

Side. En New Haven, Solotaroff me había parecido un orador especialmente bueno, pero en aquel momento, después de haber oído a Most, su charla me pareció plana y su voz mal modulada me desagradó. Su brío, sin embargo, compensaba bastante esto. Yo me sentía tan agradecida por la cálida acogida que me había ofrecido a mi llegada a la ciudad que no me permití hacer ninguna crítica a su conferencia. Además, reflexioné, no todo el mundo podía ser un orador de la talla de Johann Most. Para mí él era un hombre único, el hombre más extraordinario del mundo.

Terminada la reunión, Berkman me presentó a varias personas, «todos camaradas buenos y activos», como decía él. «Y este es mi colega Fedya», me dijo, señalando a un joven que estaba a su lado, «también es anarquista, por supuesto, pero no tan bueno como debería».

El chaval debía de tener la misma edad que Berkman, pero no una constitución tan robusta, tampoco sus enérgicas maneras. Sus rasgos eran más bien delicados, con una boca sensible, y sus ojos, algo hinchados, tenían una expresión soñadora. No pareció importarle lo más mínimo la broma de su amigo. Sonrió con buen humor y propuso que nos refugiáramos en Sachs, «para darle a Sasha la ocasión de contarte lo buen anarquista que es él».

Berkman no espero a llegar al café para ello. «Un buen anarquista», empezó con convicción, «es aquel que vive únicamente para la Causa y le entrega todo. Aquí mi amigo», señaló a Fedya, «es todavía demasiado burgués como para darse cuenta de ello. Es un *mamenkin sin* (niño mimado de mamá) que incluso acepta el dinero que le envían de su casa». Continuó explicando por qué era incoherente que un revolucionario se relacionara con sus padres y parientes *bourgeois*. La única razón para tolerar la incoherencia de su amigo Fedya, añadió, era que entregaba la mayor parte de lo que recibía de su casa al movimiento. «Si lo dejara, se gastaría todo el dinero en cosas inútiles, cosas “hermosas” como dice él, ¿verdad, Fedya?» Se giró hacia su amigo y le palmeó afectuosamente la espalda.

Como de costumbre, el café estaba lleno y cargado de humo y charla. Durante un rato mis dos acompañantes estuvieron muy solicitados, mientras que yo saludaba a algunas personas que había conocido aquella semana. Finalmente conseguimos una mesa y pedimos café y tarta. Me di cuenta de que Fedya me miraba y estudiaba mi cara. Para ocultar mi vergüenza me dirigí a Berkman. «¿Por qué no habría que amar la belleza?», le pregunté. «Las flores, por ejemplo, la música, el teatro, las cosas hermosas».

«Yo no digo que no se deba», contestó Berkman. «Dije que no está bien gastar dinero en esas cosas cuando el movimiento lo necesita tanto. Es incoherente para un un anarquista disfrutar de lujos cuando la gente vive en la pobreza».

«Pero las cosas hermosas no son lujos», insistí. «Son cosas necesarias. La vida sería insoportable sin ellas». Y aun así, en el fondo de mi corazón, sentía que Berkman tenía razón. Los revolucionarios entregaban todo, incluso sus vidas, ¿por qué no también la belleza? Pero el joven artista pulsaba un acorde en mí que también resonaba. Yo también amaba la belleza. Solo había podido soportar nuestra vida miserable en Königsberg gracias a las esporádicas excursiones al aire libre que hacíamos con nuestros profesores. El bosque, la luna arrojando su fulgor plateado sobre los campos, las briznas verdes en nuestros cabellos, las flores que cogíamos me hacían olvidar por un momento la sordidez que me rodeaba en casa. Cuando mi madre me regañaba o cuando tenía problemas en la escuela, un ramo de lilas del jardín de nuestro vecino o la visión de las coloridas sedas y los terciopelos expuestos en las tiendas hacían que olvidara mis penas y que el mundo me pareciera hermoso y brillante. O la música que, en contadas ocasiones, pude escuchar en Königsberg y, más tarde, en San Petersburgo. ¿Tendría que renunciar a todo eso para ser una buena revolucionaria?, me preguntaba. ¿Tendría fuerzas para ello?

Antes de separarnos aquella noche, Fedya señaló que su amigo le había mencionado que me gustaría ver algo de la ciudad. Tenía libre el día

siguiente y le encantaría mostrarme algunos lugares. «¿Tampoco tienes tú trabajo, que puedes permitirte el tiempo?». le pregunté. «Como ya sabes por mi amigo, soy un artista», me contestó, riendo. «¿Alguna vez has oído que un artista trabaje?» Me azoré al tener que admitir que nunca antes había conocido a un artista. «Los artistas son gente inspirada», dije, «todo se les hace fácil». «Por supuesto», espetó Berkman, «porque la gente trabaja para ellos». Su tono me pareció demasiado severo y mi simpatía se desplazó al chico artista. Me volví hacia Fedya y le pedí que fuera a buscarme al día siguiente, pero, sola en mi habitación, era el fervor sin compromisos del «jovenzuelo arrogante» como mentalmente yo llamaba a Berkman, el que me llenaba de admiración.

Al día siguiente Fedya me llevó a Central Park. Por toda la Quinta Avenida fue señalándome las mansiones y nombrando a sus dueños. Yo había leído sobre esos hombres ricos, sobre su riqueza y derroches mientras que las masas vivían en la pobreza. Expresé mi indignación ante el contraste entre esos espléndidos palacios y los pisos miserables del East Side. «Sí, es un delito que unos pocos tengan todo y la mayoría, nada», dijo el artista. «Pero mi principal objeción», continuó, «es que tengan tan mal gusto. Estos edificios son feos». Me vino a la mente la actitud de Berkman ante la belleza. «No estás de acuerdo con tu colega en la necesidad y la importancia de la belleza en la vida de una persona, ¿verdad?», le pregunté. «Por supuesto que no, pero mi amigo es un revolucionario por encima de todas las cosas. A mí me gustaría serlo, pero no lo soy». Me gustó su franqueza y su sencillez. Fedya no me estremecía como lo hacía Berkman cuando hablaba de la ética revolucionaria: Fedya despertaba en mí el anhelo misterioso que solía sentir en mi niñez ante la vista del crepúsculo que doraba los prados de Popelan con su resplandor moribundo, el que me hacía sentir la suave música de la flauta de Petrushka.

La semana siguiente acudí a la oficina de *Die Freiheit*. Ya había allí varias personas, ocupadas en poner direcciones en los sobres y plegar los

periódicos. Todo el mundo charlaba. Johann Most estaba junto a su escritorio. Se me asignó un lugar y me dieron trabajo. Me pasmaba la capacidad de Most de seguir escribiendo en medio de aquel barullo. Algunas veces a punto estuve de decir que le estábamos molestando, pero me contuve. Después de todo, ellos sabrían ya si a él le importunaba o no la cháchara.

A caer la noche, Most dejó de escribir y arengó a gruñidos a los charlatanes, llamándoles «viejas desdentadas», «gansos cacareantes» y otros apelativos. Apenas lo había oído hablar antes en alemán. Pescó del perchero su enorme sombrero de fieltro, me pidió que lo acompañara y salió. Lo seguí y nos metimos en el tren. «Te voy a llevar a Terrace Garden», me dijo. «Podemos ir al teatro si quieres. Hoy representan *Der Zigeurnerbaron*. O podemos sentarnos en algún lado, pedir comida y bebida y charlar». Le contesté que no me interesaba la opereta, que lo que realmente quería era hablar con él o, mejor dicho, que él me hablara. «Pero no tan bruscamente como en la oficina», añadí.

Él escogió la comida y el vino. Sus nombres me eran desconocidos. La etiqueta de la botella rezaba: *Liebfrauenmilch*. «Leche del amor de mujer, qué hermoso nombre», señalé. «Para un vino, sí», respondió, «pero no para el amor de mujer. Uno es siempre poético, el otro siempre será sórdido y prosaico. Deja mal sabor de boca».

Tuve un sentimiento de culpa, como si hubiera entrado con mal pie o hubiera tocado un punto doloroso. Le dije que nunca había probado el vino, excepto el que madre hacía en Pascua. Most se reía a sacudidas y yo estaba a punto de llorar. Él reparó en mi vergüenza y se contuvo. Sirvió dos copas y dijo: «*Prosit*, señorita ingenua», y se bebió el suyo de un trago. Antes de que yo pudiera beber la mitad del mío, casi se había terminado la botella y había pedido otra.

Se mostró entonces contento, ingenioso, chispeante. No quedaban en él trazos de la amargura, del odio y del desafío que su oratoria proyectaba

desde el estrado. En lugar de todo aquello, a mi lado se sentaba un ser humano transformado, ya no la caricatura repulsiva que describía la prensa de Rochester ni la criatura gruñona de la oficina. Era un anfitrión gentil, un amigo simpático y atento. Me hizo hablar sobre mí misma y se quedó pensativo cuando conoció el motivo que me había hecho decidir romper con mi antigua vida. Me advirtió que reflexionara detenidamente antes de dar el salto. «El sendero del anarquismo es escarpado y doloroso», dijo. «Muchos han tratado de escalarlo y han resbalado. El precio es agotador. Pocos hombres están dispuestos a pagarlo y la mayoría de las mujeres no lo están. Louise Michel, Sophia Perovskaya son las grandes excepciones». ¿Había leído algo sobre la Comuna de París y sobre aquella maravillosa revolucionaria rusa? Tuve que admitir mi ignorancia. Nunca había oído el nombre de Louise Michel, aunque sí conocía a la gran rusa. «Ya leerás sobre sus vidas, ellas te inspirarán», dijo Most.

Le pregunté si el movimiento anarquista en América no contaba con ninguna mujer destacada. «Ninguna, solo estúpidas», me contestó. «La mayoría de las chicas viene a las reuniones a cazar un hombre y luego desparecen los dos, como pescadores idiotas atraídos por Lorelei». En sus ojos había un destello canalla. Berkman no creía demasiado en el fervor revolucionario de la mujer, pero yo, que venía de Rusia, quizá fuera diferente y él me ayudaría. Si yo hablaba en serio, habría mucho trabajo para mí. «Necesitamos urgentemente gente joven y dispuesta en nuestras filas, gente apasionada, como tú pareces ser. Y yo necesito una amistad entusiasta», añadió con emoción.

«¿Tú?», le cuestioné. «Tú tienes miles de amigos en Nueva York, en todo el mundo. La gente te ama, te idolatra». «Sí, chiquilla, me idolatran mucho, pero nadie me ama. Se puede estar muy solo entre miles, ¿lo sabías?» Se me encogió el corazón. Quise coger su mano, decirle que yo sería su amiga, pero no me atrevía a hablar. ¿Qué podría ofrecerle yo a aquel hombre, yo,

una chica de fábrica sin educación, cuando él era el famoso Johann Most, el líder de las masas, el hombre de lengua mágica y pluma poderosa?

Me prometió que me proporcionaría una lista de libros para leer, los poetas revolucionarios, Freiligrath, Herwegh, Schiller, Heine y Börne y nuestra propia literatura, por supuesto. Casi amanecía cuando salimos de Terrace Garden. Most llamó a un taxi y nos dirigimos al piso de las Minkin. En la puerta me acarició suavemente la mano. «De dónde has sacado ese pelo rubio y sedoso?», señaló. «¿Y esos ojos azules? ¿No decías que eras judía?» «Del mercado de los cerdos», contesté. «O eso me dijo mi padre». «Tienes una lengua rápida, *mein Kind*». Esperó a que abriera la puerta y después me tomó la mano, me miró profundo a los ojos y dijo: «Ha sido mi primera velada feliz en mucho tiempo». Con sus palabras me invadió una gran alegría. Subí lentamente las escaleras mientras el taxi se alejaba.

Al día siguiente, cuando llegó Berkman, le conté mi increíble velada con Most. Su cara se ensombreció. «Most no tiene derecho a malgastar dinero, a ir a restaurantes caros, a beber vinos caros», dijo con gravedad. «Se está gastando el dinero de las contribuciones del movimiento. Debería rendir cuentas de ello, yo mismo se lo diré».

«¡No, no, no debes decirle nada! No podría soportar ser la causa de que se injurie a Most, él, que está dando tanto. ¿No tiene derecho a una pequeña alegría?»

Berkman insistía en que yo era demasiado novata en el movimiento, que no sabía nada de la ética revolucionaria ni del significado de lo correcto y lo incorrecto para la revolución. Yo admití mi ignorancia, le aseguré que estaba dispuesta a aprender y que haría cualquier cosa, pero que no quería que se hiriera a Most. Él se marchó sin despedirse.

Me quedé muy inquieta. Most me fascinaba. Sus excepcionales dones, su avidez de vida, de amistad me conmovían profundamente. Y también Berkman me atraía profundamente. Su honradez, su confianza, su juventud,

todo me empujaba hacia él con una fuerza irresistible. Pero tenía la sensación de que, de los dos, Most era más de este mundo.

Cuando Fedya vino a verme me dijo que ya le había contado Berkman la historia. No le sorprendía, me dijo: ya sabía lo inflexible que era nuestro amigo y lo rígido que podía llegar a ser, pero añadió que era aún más rígido consigo mismo. «Todo nace de su absorbente amor por el pueblo», añadió Fedya, «un amor que lo conducirá aún a mayores hazañas».

Berkman no apareció en toda una semana. Cuando volvió fue para invitarme a una excursión a Prospect Park. Le gustaba más que Central Park, me dijo, porque era menos refinado, era más natural. Caminamos un buen rato, admirando su ruda belleza y finalmente escogimos un bello lugar para comernos lo que yo había traído.

Hablamos sobre mi vida en San Petersburgo y en Rochester. Le conté mi matrimonio con Jacob Kershner y su fracaso. Quiso saber qué libros había leído sobre el matrimonio y si había sido influida por ellos cuando decidí dejar a mi marido. Yo no había leído ninguna de esas obras, pero había conocido de sobra en mi propia casa los horrores de la vida matrimonial. El trato cruel de mi padre hacia mi madre, las constantes peleas y escenas amargas que terminaban con desmayos de mi madre. También había visto la degradante sordidez de la vida de mis tías y mis tíos casados, así como las vidas de mis conocidos de Rochester. Junto con mi propia experiencia marital, me habían convencido de que el que la gente se uniera para siempre estaba mal. El roce constante en la misma casa, la misma habitación, la misma cama, me repugnaba.

«Si alguna vez vuelvo a amar a un hombre, me entregaré a él sin que nos una un rabino ni la ley», declaré. «Y cuando ese amor muera, me marcharé sin pedir permiso».

Mi acompañante me dijo que le alegraba saber que yo sentía aquello. Todos los verdaderos revolucionarios habían rechazado el matrimonio y

vivían en libertad. Aquello servía para reforzar su amor y los ayudaba en su tarea común. Me contó la historia de Sophia Perovskaya y Zhelyabov. Habían sido amantes, habían trabajado en el mismo grupo y juntos habían elaborado el plan para la ejecución de Alejandro III. Después de la explosión de la bomba, Perovskaya desapareció. Permaneció escondida. Pudo escapar y sus camaradas le suplicaron que lo hiciera, pero ella se negó. Insistió en que debía asumir las consecuencias, que compartiría el destino de sus camaradas y moriría junto a Zhelyabov. «Por supuesto, no estuvo bien que le impulsaran a ello sentimientos personales», comentó Berkman—. «Su amor por la causa debería haberla presionado a vivir para otras actividades». De nuevo volvía a estar en desacuerdo con él. Yo pensaba que morir junto al ser amado en una acción común era hermoso y sublime, no podía ser un error. Me replicó que yo era demasiado romántica y sentimental para ser una revolucionaria, que la tarea que nos aguardaba era ardua y que teníamos que endurecernos.

Me preguntaba si aquel muchacho era realmente tan duro o si únicamente intentaba enmascarar la ternura que mi instinto notaba en él. Me atrajo mucho y deseaba estrecharle en mis brazos, pero era demasiado vergonzosa.

El día se resolvió en un crepúsculo glorioso. Mi corazón latía contento. Durante todo el camino de vuelta, canté canciones alemanas y rusas, una de ellas *Veeyut, vitri, veeyut booniy*. «Esa es mi canción favorita, Emma, *dorogaya* (cariño)», me dijo. «Puedo llamarte cariño, ¿verdad? Y tú me llamarás Sasha». Nuestros labios se unieron en un abrazo espontáneo.

Había empezado a trabajar en la fábrica de corsés en la que estaba contratada Helen Minkin, pero pocas semanas después la presión se me hizo insoportable. Me costaba muchísimo cumplir con la jornada laboral y sufría unas jaquecas horribles. Una tarde me encontré a una muchacha que me habló de una fábrica de corpiños de seda donde daban trabajo para hacer en casa. Ella intentaría conseguirme algo, prometió. En el piso de los Minkin sería imposible coser a máquina, molestaría a todo el mundo.

Además, el padre me ponía de los nervios. Era un hombre desagradable, que no trabajaba y vivía de sus hijas. Parecía prendado eróticamente de Anna, casi la devoraba con la mirada. Y lo más sorprendente era su fuerte rechazo a Helen, un rechazo que provocaba discusiones constantes. Finalmente decidí mudarme.

Encontré una habitación en Suffolk Street, bastante cerca del café de Sachs. Era pequeña y medio oscura, pero costaba tres dólares al mes. Allí empecé a trabajar en los corpiños de seda. De tanto en tanto también hacía algunos vestidos para conocidas y para sus amigas. El trabajo era agotador, pero me liberaba de la fábrica y su disciplina de galeras. Con los corpiños, una vez que adquirí velocidad, ganaba prácticamente lo mismo que en el taller.

Most se había marchado a una gira de conferencias. De tanto en tanto me mandaba unas líneas, comentarios ingeniosos y cáusticos sobre la gente que iba conociendo, mordaces acusaciones de los reporteros que lo entrevistaban y que después escribían artículos vilipendiándolo. Ocasionalmente incluía algunas de las caricaturas que le hacían, con sus comentarios al margen: «¡Guárdense del asesino de esposas!» o «Este es el hombre que come bebés».

Las caricaturas eran lo más cruel y brutal que yo había visto en mi vida. El asco que había sentido por los periódicos de Rochester durante los sucesos de Chicago se convirtió en un auténtico odio hacia toda la prensa americana. Un pensamiento salvaje me atenazó y se lo confesé a Sasha. «¿No crees que todas esas podridas redacciones deberían volar por los aires, con los editores, los periodistas y demás? Eso le daría una lección a la prensa». Pero Sasha sacudió la cabeza y dijo que sería inútil. La prensa era solo una mercenaria del capitalismo. «Tenemos que golpear en la raíz».

Cuando Most regresó de su gira, fuimos todos a oír su relato. Lo encontramos más sabio, más ingenioso y desafiante contra el sistema que anteriormente. Casi me hipnotizó. No pude evitar ir después de sus palabras

a decirle lo espléndida que había sido su charla. «¿Vendrás conmigo a escuchar *Carmen* el lunes en el Metropolitan Opera House?», me susurró. Añadió que los lunes solía estar muy ocupado porque tenía que proporcionar textos para copiar a sus diablos, pero que adelantaría trabajo el domingo si yo le prometía que iría. «¡Hasta el fin del mundo!», respondí impulsivamente.

Se habían agotado las localidades y no había ninguna butaca. Tuvimos que escucharla de pie. Sabía que me esperaba una tortura. Desde niña había tenido molestias en el meñique de mi pie izquierdo; los zapatos nuevos me provocaban dolor durante semanas y ese día llevaba zapatos nuevos, pero me daba demasiada vergüenza que Most pensara que era una vanidosa. Resistí a su lado, encajonada entre una multitud. Mi pie ardía como si estuviera en una hoguera, pero el primer compás de la música y el canto glorioso me hicieron olvidar la agonía. Al final del primer acto, cuando se encendieron las luces, me aferré a Most como si me fuera en ello la vida, con mi cara retorcida por el dolor. «¿Qué ocurre?», me preguntó. «Tengo que quitarme el zapato», jadeé, «o empezaré a gritar». Apoyándome en él me agaché para desabrocharme los botones. Escuché el resto de la ópera sostenida por el brazo de Most y con el zapato en la mano. ¡No sabría decir si el éxtasis que sentía se debía a la música de *Carmen* o a mi liberación del zapato!

Salimos del Metropolitan cogidos del brazo, yo cojeando. Fuimos a un café y Most bromeó sobre mi vanidad, pero se alegraba, me decía, de encontrarme tan femenina, incluso aunque fuera una estupidez llevar zapatos apretados. Estaba de un humor de perlas. Quiso saber si había anteriormente escuchado una ópera y me pidió que le hablara de ello.

Hasta los diez años no había oído ninguna música, excepto la plañidera flauta de Petrushka, el chico de los establos de padre. El chirrido de los violines en las bodas judías y el aporreo del piano en nuestras lecciones de canto siempre me habían resultado odiosos. Cuando escuché *Il Trovatore* en

Königsberg fue la primera vez que me di cuenta del éxtasis que me podía producir la música. Mi profesora había sido en gran medida responsable del efecto electrizante de esa experiencia: me había transmitido el amor por sus autores alemanes favoritos y había contribuido a excitar mi imaginación con los amores contrariados del trovador y Leonora. El tortuoso suspense de los días previos a que mi madre diera su consentimiento para acompañar a mi profesora a la representación agravaron la tensión de mi espera. Llegamos a la ópera una hora antes del comienzo, yo llena de sudores fríos por miedo a llegar tarde. Mi profesora, delicada de salud, no podía aguantar el ritmo de mis jóvenes piernas mientras alcanzábamos nuestras butacas. Subí volando al gallinero, sorteando los escalones de tres en tres. El teatro estaba aún vacío y medio iluminado y, en cierto modo, decepcionaba de entrada, pero, como por arte de magia, enseguida se transformó. Rápidamente el lugar se llenó de un amplio público, mujeres con sedas y terciopelos y escotes gloriosos, con joyas que centelleaban en sus brazos y cuellos desnudos. Desde las arañas de cristal caían oleadas de luz que reflejaban colores, verdes, amarillos y malvas. Era un país de las hadas, mucho más magnífico que los que figuraban en las historias que había leído. Olvidé la presencia de mi profesora, la humildad de mi casa; medio suspendida sobre la barandilla me perdí en el mundo encantado de allá abajo. La orquesta inició unas notas vivaces que surgían misteriosamente del teatro en penumbra y que enviaron temblores a mi espalda y me dejaron sin respiración con su ampuloso sonido. Leonora y el trovador hicieron realidad mis fantasías románticas. Viví con ellos, emocionada y embriagada por su canto apasionado. Su tragedia era también la mía y sentía sus alegrías y penas como propias. La escena entre el trovador y su madre, su lastimera canción «*Ach, ich vergehe und sterbe hier*» («Estoy perdida y aquí muero»), la respuesta del trovador en «*O, teuere Mutter*», («Querida madre»), me llenaron de una profunda aflicción y mi corazón suspiraba con compasión. Los potentes aplausos y las nuevas oleadas de luz rompieron el

hechizo. Yo también aplaudí salvajemente, apoyada en la barandilla, y llamé con frenesí a Leonora y el trovador, el héroe y la heroína de mi mundo de hadas. «Vamos, vamos», escuché decir a mi profesora, tirándome de la falda. La seguí en una nube, mi cuerpo sacudido por sollozos convulsivos, la música aún sonando en mis oídos. Había oído otras óperas en Königsberg y después en San Petersburgo, pero la impresión de *Il Trovatore* se quedó durante mucho tiempo como la experiencia musical más maravillosa de mi corta vida.

Cuando terminé de contárselo a Most, noté que su mirada estaba perdida. Parecía estar sumido en un sueño. Nunca había escuchado, me dijo, el estremecimiento de una niña relatado de manera tan teatral. Tenía un gran talento, me dijo, y tenía que empezar pronto a recitar y a hablar en público. Él haría de mí una gran oradora, «para que ocupes mi lugar cuando yo me haya ido», añadió.

Yo creí que se burlaba de mí o que quería halagarme. No era posible que creyera que yo podría ocupar su lugar o expresar su fuego, su mágico poder. No quería que me tratara así, quería que fuera un auténtico camarada, franco y honesto, sin estúpidos cumplidos tan propios de alemanes. Most sonrió y vació su copa por «mi primer discurso».

Desde entonces, salimos a menudo. Me abrió un nuevo mundo, me aportó música, libros, el teatro, pero a mí me importaba más su propia y rica personalidad, las cumbres y simas alternas de su espíritu, su odio por el sistema capitalista, su visión de una nueva sociedad donde todos compartiríamos la belleza y la alegría.

Most se convirtió en mi ídolo. Yo lo adoraba.

04

Se acercaba el 11 de noviembre, el aniversario de los mártires de Chicago. Sasha y yo estábamos muy ocupados preparando el gran acto que tanto significaba para nosotros. Habíamos apalabrado Cooper Union para la conmemoración. Iba a ser una reunión conjunta de anarquistas y socialistas, con la cooperación de las organizaciones obreras progresistas.

A lo largo de varias semanas, todas las tardes, visitábamos distintos sindicatos para invitarlos a participar. Eso implicaba dar unas breves charlas desde un estrado, de las que me encargaba yo. Siempre temblaba. En ocasiones anteriores, en conferencias alemanas y judías, había reunido el valor suficiente para atreverme a hacer preguntas, pero siempre me invadía una sensación de ahogo. Mientras escuchaba a los ponentes, las preguntas se formulaban con facilidad en mi cabeza, pero, en cuanto me levantaba, me sentía desfallecer. Desesperadamente me aferraba a la silla que tenía delante, con el corazón desbocado y las rodillas temblonas, y el resto de la estancia se volvía borrosa. Entonces me volvía consciente de mi voz, muy, muy lejana, y, para terminar, me hundía de nuevo en mi asiento entre sudores fríos.

Cuando me propusieron dar discursos, me negué; estaba segura de que no me las apañaría, pero Most no aceptaba una negativa y los otros camaradas lo apoyaron. Por la Causa, me dijeron, uno debía ser capaz de hacer todo, y yo quería intensamente servir a la causa.

Mis charlas me sonaban incoherentes, repetitivas, faltas de convicción y sentía siempre esa deprimente sensación de ahogo. Pensaba que todo el mundo notaba mi confusión, pero al parecer nadie se percataba. Incluso Sasha comentó mi tranquilidad y autocontrol. Yo no sé si se debía a que era una principiante, a mi juventud o a la intensidad de mis sentimientos por los mártires, pero siempre conseguía interesar a los trabajadores a los que me habían encargado invitar.

Nuestro pequeño grupo, formado por Anna, Helen, Fedya, Sasha y yo, pensó en contribuir con una enorme corona de laurel con unas anchas cintas rojas y negras. Al principio quisimos comprar ocho coronas, pero éramos demasiado pobres, porque solo Sasha y yo estábamos trabajando. Finalmente nos decidimos por Lingg: a nuestros ojos destacaba como el héroe más sublime entre los ocho. Su espíritu inquebrantable, su supremo desprecio por sus acusadores y jueces, su fuerza de voluntad, que lo llevó a arrebatar la presa a sus enemigos y morir por su propia mano, todo lo que rodeaba a ese muchacho de veintidós años añadía aventura y belleza a su personalidad. Se convirtió en el faro de nuestras vidas.

Por fin llegó la tan esperada noche, mi primera reunión pública en recuerdo de los mártires. Desde que había leído los artículos en la prensa de Rochester de la impresionante marcha a Waldheim, la columna de ocho kilómetros de los obreros que seguían a esos grandes hombres hasta su lugar de descanso eterno, y las multitudinarias concentraciones que desde entonces se habían celebrado por todo el mundo, yo había deseado estar presente en un acontecimiento así. Y ya había llegado ese momento. Llegué con Sasha a Cooper Union.

Aquella histórica estancia estaba abarrotada, pero, con nuestra corona sobre nuestras cabezas, finalmente conseguimos pasar. Incluso el estrado estaba lleno de gente. Yo estaba muy nerviosa hasta que vi allí a Most junto a un hombre y una mujer: su presencia me tranquilizó. Sus dos compañeros eran de aspecto distinguido; el hombre irradiaba simpatía, pero la mujer,

embutida en un ajustado vestido de terciopelo negro con una larga cola, su pálido rostro enmarcado en una masa de cabello cobrizo, parecía fría y distante. Sin lugar a dudas pertenecía a otro mundo.

Enseguida Sasha dijo: «El hombre que está junto a Most es Sergei Shevitch, el famoso revolucionario ruso, ahora redactor jefe del diario socialista *Die Volkszeitung*, y la mujer es su esposa, Helene von Dönniges». «¿La mujer que Ferdinand Lassalle amó, aquella por la que perdió su vida?», pregunté yo. «Sí, la misma; continúa siendo una aristócrata. La verdad es que no encaja entre nosotros, pero Shevitch es espléndido».

Most me había dado a leer las obras de Lassalle. Me habían impresionado por su profundidad de pensamiento, su potencia y su claridad. También había estudiado sus diversas actividades a favor del incipiente movimiento obrero alemán en los años cincuenta. Su romántica vida y su muerte a manos de un oficial en un duelo por Helene von Dönniges me habían afectado profundamente.

La altiva sobriedad de aquella mujer me repelía. La cola larga de su vestido, el monóculo con el que escrutaba a todo el mundo, me producían animadversión. Me volví hacia Shevitch. Me gustaba su cara franca y amable y la sencillez de su porte. Le dije que me gustaría colocar nuestra corona sobre el retrato de Lingg, pero que estaba colgado tan alto que necesitaría una escalera para alcanzarlo. «Yo te aúpo, pequeña camarada, y te sostengo hasta que hayas colgado tu corona», dijo en broma. Me cogió como si fuera un bebé.

Me dio mucha vergüenza, pero colgué la corona. Shevitch me bajó y me preguntó por qué había elegido a Lingg entre los mártires. Le contesté que me era más firme. Levantando amablemente mi barbilla con sus fuertes manos Shevitch dijo: «Sí, se parecía a nuestros héroes rusos». Hablaba con mucha pasión.

Pronto empezó la reunión. Shevitch y Alexander Jonas, su colega en *Die Volkszeitung*, y otros oradores relataron la historia que escuché por primera

vez a Johanna Greie. Desde entonces yo la había leído y releído hasta sabérmela de memoria.

Shevitch y Jonas eran unos oradores impresionantes. El resto me dejó fría. Entonces Most subió al estrado y todo lo demás quedó eclipsado. Me atrapó en la tormenta de su elocuencia, me revolvía, mi alma se contraía y expandía siguiendo las subidas y bajadas de su voz. No era un discurso, era un trueno interrumpido por el destello de los rayos. Era un grito salvaje y apasionado contra los actos terribles que habían ocurrido en Chicago, una fiera llamada a la batalla contra el enemigo, una llamada a los actos individuales, a la venganza.

La asamblea terminó. Sasha y yo salimos con el resto. Yo no podía hablar; caminamos en silencio. Cuando llegamos a la casa donde yo vivía, todo mi cuerpo empezó a temblar como si tuviera fiebre. Un poderoso anhelo me poseyó, un deseo inconfesable de entregarme a Sasha, de encontrar en sus brazos alivio a la terrible tensión de aquella velada.

Mi estrecha cama ahora alojaba dos cuerpos, estrechamente abrazados. Mi habitación ya no estaba oscura: una luz suave y relajante parecía venir de algún lado. Como en un sueño escuché dulces y tiernas palabras susurradas a mi oído, como las hermosas y dulces nanas rusas de mi niñez. Me sentí mareada, con mis pensamientos confusos.

La asamblea... Shevitch alzándome... El frío rostro de Helene von Dönniges... Johann Most... La fuerza y milagro de su discurso, su llamada a la aniquilación. ¿Dónde había oído antes esa palabra? Ah, sí, mi madre... ¡Los nihilistas! Me volvió el horror que había sentido ante su crueldad. ¡Pero ella no era una idealista! Most era un idealista y aun así él también instaba a la aniquilación. ¿Podían ser crueles los idealistas? Los enemigos de la vida y la alegría eran crueles. Eran implacables, habían asesinado a nuestros queridos camaradas. Pero ¿nosotros debíamos también exterminar?

Me sacudió de mi sopor una especie de corriente eléctrica. Sentí una mano tímida y temblorosa acariciarme con ternura. Me abalancé hambrienta

sobre ella, sobre mi amante. Nos sumimos en un abrazo apasionado. De nuevo sentí aquel terrible dolor, como el corte de un cuchillo afilado, pero estaba entumecida por mi pasión, que estallaba todo lo que había estado reprimido, inconsciente y dormido.

La mañana me encontró aún buscando con ansia, alcanzando con hambre. Mi amado yacía a mi lado, dormido en un cansancio gozoso. Apoyé la cabeza en la mano. Miré un buen rato la cara de ese muchacho que tanto me atraía y repelía a la vez, que podía ser tan duro pero cuyo tacto era tan tierno. Brotó un profundo amor por él en mi corazón, la certeza de que nuestras vidas estaban ligadas para siempre. Puse mis labios en su espesa cabellera y entonces yo también me dormí.

La gente a la que había alquilado mi habitación dormía al otro lado de la pared. Su cercanía siempre me había perturbado y entonces, con la presencia de Sasha en mi vida, me inquietaba que pudieran vernos. Él tampoco tenía privacidad donde vivía. Sugerí que buscáramos un piso pequeño y él accedió con alegría. Cuando le contamos a Fedya nuestro plan, nos pidió que contáramos con él. La cuarta en nuestra pequeña comuna fue Helen Minkin. Desde que yo me marchara de su casa los roces con su padre se habían vuelto más violentos y no podía soportarlo más. Nos suplicó vivir con nosotros. Alquilamos un piso de cuatro habitaciones en la calle Cuarenta y dos y todos sentimos como un lujo el tener nuestro propio lugar.

Desde el principio acordamos compartir todo y vivir como verdaderos camaradas. Helen siguió trabajando en la fábrica de corsés y yo repartía mi tiempo entre coser corpiños de seda y llevar la casa. Fedya se dedicaba a pintar. El gasto de sus óleos, lienzos y pinceles costaba más de lo que podíamos permitirnos, pero a ninguno se nos ocurrió quejarnos nunca. De vez en cuando vendía un cuadro a algún marchante por quince o veinte dólares y entonces aparecía con un enorme ramo de flores o algún regalo para mí. Sasha le regañaba por ello: la idea de gastar dinero en esas cosas,

cuando tanto lo necesitaba el movimiento, le resultaba intolerable. Su ira no surtía efecto sobre Fedya, que se reía, lo llamaba fanático y le decía que no tenía ningún sentido de la belleza.

Un día llegó Fedya con un hermoso jersey de seda de rayas blancas y azules, que entonces se consideraba muy estiloso. Cuando Sasha regresó a casa y vio el jersey, se puso furioso, llamó a Fedya derrochador e incurable *bourgeois*, dijo que nunca llegaría a nada en el movimiento. Casi llegaron a las manos y, finalmente, ambos se fueron de casa. La dureza de Sasha me hizo casi enfermar de dolor. Empecé a dudar de su amor. No debía de ser muy sensible o no se dedicaría a estropear las pequeñas alegrías que Fedya aportaba a mi vida. Es verdad que el jersey costaba dos dólares y medio. Quizá fuera un despilfarro que Fedya gastara tanto dinero, pero ¿cómo podría evitar Fedya amar las cosas hermosas? Eran una necesidad de su espíritu de artista. Cada minuto que pasaba, sentía mayor amargura y me alegró que Sasha no volviera aquella noche.

No volvió durante varios días. Durante ese tiempo pasé mucho tiempo con Fedya. Tenía mucho de lo que Sasha carecía y por lo que yo suspiraba. Su sensibilidad ante cada estado de ánimo, su amor por la vida y los colores, le hacían más humano, más cercano a mí. Nunca esperaba de mí que estuviera a la altura de la Causa. Estar con él me aliviaba.

Una mañana Fedya me pidió que posara. No sentí ninguna vergüenza cuando me quedé desnuda ante él. Estuvo trabajando un rato y ninguno de los dos hablaba. Después empezó a moverse y finalmente me dijo que tendríamos que parar: no se podía concentrar, su disposición de ánimo se había evaporado. Me fui detrás del biombo a vestirme. No había terminado aún cuando escuché un llanto violento. Me apresuré a salir y me encontré a Fedya tirado en el sofá, con la cabeza enterrada en la almohada, llorando. Cuando me agaché, él se sentó y dejó escapar un torrente de pasión. Me dijo que me amaba, desde el primer momento, pero que había intentado

mantenerlo oculto en favor de Sasha, que luchaba con energía para suprimir sus sentimientos por mí, pero que sabía que era inútil. Tendría que mudarse.

Me senté a su lado, le cogí la mano y acaricié su suave cabello rizado. Fedya siempre me había atraído por su actitud pensativa, su respuesta sensible y su amor por la belleza. En aquel momento sentí algo más fuerte que me hizo estremecer. Me pregunté si sería amor por Fedya. ¿Se podía amar a dos personas a la vez? Yo amaba a Sasha. En ese mismo momento mi resentimiento por su rudeza dejó paso al anhelo por mi amante robusto y ardiente, pero aun así sentía que Sasha no había tocado algo dentro de mí, algo que quizás Fedya sí podría despertar. Sí, parecía posible amar a más de un hombre. Todo lo que yo había sentido por el muchacho artista debía haber sido en realidad amor sin haberme dado cuenta de ello hasta entonces, decidí.

Le pregunté a Fedya qué opinaba de amar a dos o incluso a más personas a la vez. Me miró con sorpresa y me dijo que no sabía, que nunca había querido a nadie. Su amor por mí lo había absorbido hasta excluir todo lo demás. Él sabía que nunca le interesarían otras mujeres mientras me amara. Y estaba seguro de que Sasha no querría compartirme: su sentido de la posesión era demasiado fuerte.

Me ofendí ante la sugerencia de compartir. Insistí en que uno solo puede responder a lo que el otro puede suscitar. Yo no creía que Sasha fuera posesivo. Alguien que desea tan fervientemente la libertad y que la predica con tanto ímpetu no podría nunca oponerse a que yo me entregara a otro. Acordamos que, ocurriera lo que ocurriera, nunca habría engaños. Quedaríamos con Sasha y le contaríamos con toda franqueza cómo nos sentíamos. Él lo entendería.

Aquella tarde Sasha volvió a casa directamente del trabajo. Los cuatro nos sentamos, como de costumbre, a cenar. Hablamos de varias cosas. No se mencionó la larga ausencia de Sasha y no tuve ocasión de hablar a solas

con él de la nueva luz que había aparecido en mi vida. Nos fuimos todos a la calle Orchard a una conferencia.

Tras la asamblea Sasha volvió conmigo a casa, Fedya y Helen se quedaron atrás. En nuestro piso me pidió permiso para ir a mi habitación. Entonces empezó a hablar, volcando toda su alma. Me dijo que me amaba mucho, que quería que yo tuviera cosas hermosas, que él también amaba la belleza, pero que amaba la Causa más que a nada en el mundo. Que por ella incluso entregaría nuestro amor. Sí, y su propia vida.

Me habló del famoso catecismo revolucionario ruso que exigía del verdadero revolucionario que dejara hogar, padres, amantes, niños y todo lo que le era querido. Él estaba totalmente de acuerdo con eso y estaba decidido a que nada se interpusiera en su camino. «Pero te quiero», repetía. Su intensidad, su fervor inflexible, me irritaban y me atraían como un imán. Los deseos que había sentido cuando estaba junto a Fedya estaban apagados. Sasha, mi obsesivo, devoto y maravilloso Sasha me llamaba. Yo me sentía totalmente suya.

Al día siguiente, yo tenía que reunirme con Most. Me había dicho que estaba organizándome una pequeña gira de conferencias y, aunque yo no me lo había tomado en serio, me pidió que fuera a verlo para hablar de ello.

La oficina de *Die Freiheit* estaba atestada. Most sugirió un bar cercano que a primera hora de la tarde era tranquilo. Allí fuimos. Empezó a explicar sus planes para mi gira; visitaría Rochester, Buffalo y Cleveland. Me entró pánico. «¡Imposible!», protesté. «Yo no tengo ni idea de dar charlas». Desechó mis objeciones y afirmó que todo el mundo sentía lo mismo al principio. Había decidido convertirme en oradora y alguna vez había que empezar. Ya había decidido el tema por mí y me ayudaría a prepararlo. Iba a hablar de lo inútil que era la lucha por la jornada de ocho horas, que por entonces se discutía mucho en las filas obreras. Señaló que las campañas por la jornada de ocho horas en 1884, 1885 y 1886 se habían cobrado ya un precio muy elevado para «esa maldita cosa». «Nuestros camaradas de

Chicago perdieron sus vidas por ella, y los obreros aún trabajan largas jornadas». Pero, incluso aunque se estableciera la jornada de ocho horas, no sería ninguna ventaja, insistía. Por el contrario, solo serviría para distraer a las masas del asunto real, la lucha contra el capitalismo, contra el sistema salarial, a favor de una nueva sociedad. En cualquier caso, lo único que yo tenía que hacer era memorizar las notas que él me diera. Estaba seguro de que mi capacidad teatral y mi entusiasmo harían el resto. Como de costumbre, me atrapó con su elocuencia. No tenía poder para resistirme.

Cuando llegué a casa, lejos de la presencia de Most, de nuevo experimenté el sentimiento de ahogo que me sobrevino la primera vez que intenté hablar en público. Tenía tres semanas por delante para leer y prepararme, pero estaba segura de que nunca lo conseguiría.

Más poderoso que mi falta de confianza en mí era mi asco por Rochester. Había roto completamente con mis padres y con mi hermana Lena, pero aún suspiraba por Helena, por la pequeña Stella, ya de cuatro años, y por el más pequeño de mis hermanos. Si fuera una oradora consumada iría corriendo a Rochester y arrojaría mi resentimiento acumulado sobre las caras engreídas de la gente que me había tratado con tanta brutalidad, pero solo iba a sumar el ridículo al dolor que me habían causado. Esperé con ansiedad la vuelta de mis amigos.

Cuánto me sorprendí cuando Sasha y Helen Minkin se entusiasmaron con el plan de Most. Era una oportunidad única, dijeron. ¿Y qué si tenía que trabajar duro para preparar mi charla? ¡Me iba a convertir en una conferenciante, en la primera mujer portavoz del movimiento anarquista alemán en América! Sasha insistía especialmente: tenía de dejar de lado toda consideración y pensar solo en lo útil que sería para la Causa. Fedya estaba dubitativo.

Mis tres buenos amigos insistieron en que dejara de trabajar para tener más tiempo para estudiar. Incluso me relevarían de mis responsabilidades domésticas. Yo me dediqué a leer. De tanto en tanto, Fedya aparecía con

flores. Sabía que yo no había hablado aún con Sasha. Nunca me presionó, pero sus flores hablaban con más elocuencia que todo lo que él podría haber dicho. Sasha tampoco lo regañaba ya por tirar el dinero. «Yo sé que te gustan las flores», decía. «Te inspirarán en tu nuevo trabajo».

Leí muchas cosas sobre el movimiento de las ocho horas, acudí a todas las asambleas en las que se discutía el asunto; pero cuanto más estudiaba el tema, más confundida estaba. «La ley de hierro de los salarios», «oferta y demanda», «la pobreza como el único fermento de la revuelta»... No podía seguirlo todo. Me dejaba tan fría como las teorías mecanicistas que se exponían en el local socialista de Rochester. Pero cuando leía las notas de Most todo se me hacía claro. La imaginería de su lenguaje, su irrefutable crítica de las condiciones existentes y su visión gloriosa de la nueva sociedad despertaban el entusiasmo en mí. Continuaba dudando de mí misma, pero todo lo que decía Most me parecía incontestable.

Tomé una decisión. No podría memorizar las notas de Most. Sus frases, lo florido y especiado de sus invectivas, eran demasiado conocidas como para que yo las repitiera como un loro. Emplearía sus ideas y las presentaría a mi manera, pero aquellas ideas, ¿eran solamente de Most? Se habían convertido en una parte tal de mí que ya no podía distinguir hasta qué punto las repetía o las había hecho renacer como propias.

Llegó el día de mi partida a Rochester. Me reuní con Most para una última charla; llegué bastante desanimada, pero una copa de vino y el ingenio de Most pronto me quitaron aquel peso de encima. Habló mucho y con pasión, hizo numerosas sugerencias y me dijo que no debía tomarme muy en serio al público, la mayoría eran unos zoquetes. Recalcó la necesidad del humor. «Si puedes hacer que la gente se ría, la navegación se hace más fácil». Me dijo que no importaba demasiado la estructura de mi conferencia. Debía hablarles de la forma en que le relaté mis impresiones la primera vez que disfruté de una ópera. Que aquello emocionaría al público.

«En cuanto al resto, sé audaz, se arrogante, y estoy seguro de que serás valiente».

Me llevó a Grand Central en un taxi. Por el camino se acercó a mí. Deseaba cogerme en sus brazos y me preguntó si podía. Asentí y me estrechó con fuerza. Me invadían pensamientos y emociones en conflicto: los discursos que iba a dar, Sasha, Fedya, mi pasión por uno y mi amor incipiente por el otro, pero cedí al tembloroso abrazo de Most y sus besos cubrieron mi boca como alguien desfallecido por la sed. Le dejé beber, no podría haberle negado nada. Me amaba, dijo. Nunca había conocido un deseo así por ninguna mujer. En los últimos años nadie le había atraído. Sentía cercana la vejez y estaba cansado de la larga lucha y de la persecución que había sufrido. Aún más deprimente era la conciencia de que sus mejores camaradas no lo comprendían. Pero mi juventud le había rejuvenecido, mi pasión le había levantado el ánimo. Todo mi ser lo había despertado a un nuevo sentido de la vida. Yo era su *blondkopf* (cabecita rubia), sus «ojos azules», quería que fuera suya, su ayudante, su voz.

Me tendí con los ojos cerrados. Estaba demasiado abrumada como para hablar y demasiado floja para moverme. Algo misterioso me agitó, algo totalmente distinto del deseo hacia Sasha y de la tierna respuesta hacia Fedya. Aquello era diferente. Era una ternura infinita por el gran niño-hombre que estaba a mi lado. Ahí sentado se asemejaba a un rugoso árbol curvado por los vientos y la tormenta, que hacía un último y supremo esfuerzo para enderezarse hacia el sol. «Todo por la Causa», decía Sasha tan a menudo. El guerrero a mi lado había dado todo por la Causa pero, ¿quién había dado todo por él? Estaba hambriento de afecto, de comprensión. Yo le daría ambas cosas.

En la estación me esperaban ya mis tres amigos. Sasha me entregó una rosa American Beauty. «Como recuerdo de mi amor, *dushjenka*, y un talismán para tu primera salida al público».

Adorado Sasha... Solo hacía unos días, cuando habíamos salido de compras a la calle Hester, había protestado hasta la extenuación porque yo pretendía que se gastara más de seis dólares en un traje y veinticinco centavos en un sombrero. No lo aceptaba. «Tenemos que coger el más barato», reiteraba. Y ahora, ¡cuánta ternura había bajo ese exterior adusto! Como Hannes. Qué extraño, nunca me había dado cuenta de lo parecidos que eran. El muchacho y el hombre. Ambos duros: uno porque aún no había probado la vida y el otro porque esta le había dado ya muchos golpes. Ambos igualmente inflexibles en su fervor, ambos tan infantiles en su necesidad de amor.

El tren volaba hacia Rochester. Solo habían pasado seis meses desde que había cortado con mi absurdo pasado. En tan poco tiempo había vivido años.

05

Le había pedido a Most que no facilitara la hora de mi llegada al sindicato alemán de Rochester, ante cuyos miembros iba a hablar. Quería primero ver a mi querida hermana Helena. Le había escrito anunciando mi visita, pero no el propósito de esta. Fue a buscarme a la estación y nos pegamos una a otra como si hubiéramos estado décadas separadas.

Le expliqué a Helena mi misión en Rochester. Se quedó boquiabierta. ¿Cómo iba a asumir eso, enfrentarme al público? Solo había estado fuera seis meses, ¿qué podría haber aprendido en tan breve tiempo? ¿De dónde sacaba el valor? ¡Y, en Rochester, con todas las ciudades que había! Nuestros padres no se recuperarían del escándalo.

Nunca me había enfadado con Helena, nunca había habido ocasión. De hecho, siempre era yo quien llevaba al límite su paciencia. Pero la referencia a nuestros padres me enfureció. Me recordó Popelan, el joven amor contrariado de Helena por Susha y tantas otras escenas horribles. Me lancé a una amarga invectiva contra nuestra familia, especialmente contra mi madre, cuya rudeza había sido la pesadilla de mi infancia y cuya tiranía me había aplastado aun estando casada. Le reproché a Helena que hubiera permitido que mis padres le arrebataran su juventud. «¡Casi lo consiguieron también conmigo!», grité. Había terminado con ellos cuando se unieron a los intolerantes de Rochester y me marginaron. Mi vida era ahora mía, la

tarea que había escogido más querida para mí que mi vida. Nada podría apartarme de ella y menos que nada el respeto a mis padres.

El dolor en la cara de mi querida hermana me hizo controlarme. La abracé y le aseguré que no había de qué preocuparse, que nuestra familia no tenía por qué enterarse de mis planes. El mitin se celebraría únicamente ante el sindicato alemán, no habría publicidad al respecto. Además, los judíos de la calle St. Joseph no querían saber nada de los alemanes progresistas, como tampoco querían conocer nada ajeno a sus miserables y apagadas vidas. Helena se animó. Me dijo que si mi discurso era tan elocuente como los argumentos que le presentaba, sería un éxito.

Cuando me enfrenté al público la velada siguiente, mi mente estaba en blanco. No podía recordar una sola palabra de mis notas. Cerré los ojos un momento y entonces ocurrió algo extraño. Vi como en un relámpago todas las vicisitudes de mis tres años en Rochester: la fábrica de Garson, la monotonía y la humillación, el fracaso de mi matrimonio, el crimen de Chicago. Las últimas palabras de Arthur Spies resonaron en mis oídos: «Nuestros silencios serán más elocuentes que las voces que hoy estranguláis».

Comencé a hablar. Palabras que yo nunca me había oído pronunciar salieron en tropel, a más y más velocidad. Salieron con intensidad apasionada, pintaron imágenes de la heroica vida de los hombres del patíbulo, su radiante visión de una vida ideal, rica en comodidades y belleza; hombres y mujeres radiantes de libertad, niños transformados por la alegría y el afecto. El público había desaparecido, la misma sala había desaparecido. Yo era consciente únicamente de mis propias palabras, de mi canción extática.

Paré. Me envolvió un aplauso tumultuoso, el rumor de las voces, gente que me decía cosas que no comprendía. Y después escuché a alguien muy cerca de mí: «Ha sido un discurso muy inspirador, pero ¿y la lucha de las ocho horas? No has dicho nada de eso». Sentí como si me despeñara desde

mis exaltadas cumbres. Le dije al moderador que estaba demasiado cansada como para responder a las preguntas y me fui a casa enferma de cuerpo y mente. Me deslicé silenciosamente en el piso de Helena y me tiré en la cama totalmente vestida.

Exasperación hacia Most por haberme impuesto la gira, rabia hacia mí misma por haber sucumbido tan fácilmente a su influencia, la convicción de haber engañado al público, todo eso bullía en mi mente al tiempo que bullía una revelación nueva. ¡Podía arrastrar a la gente con palabras! Palabras mágicas y desconocidas que habían brotado de mí de alguna profundidad desconocida. Lloré con la alegría del descubrimiento.

Fui a Buffalo, decidida a hacer otro esfuerzo. Los preliminares de la reunión me provocaron la misma tensión nerviosa, pero, cuando me enfrenté al público, no surgieron visiones que inflamaran mi mente. De un modo repetitivo y mecánico pronuncié mi discurso sobre el desperdicio de tiempo y de energía que implicaba la lucha de las ocho horas, desdeñando la estupidez de los trabajadores que luchaban por esas minucias. Al final de lo que me parecieron varias horas, me felicitaron por mi presentación clara y lógica. Se hicieron algunas preguntas y yo las respondí con una seguridad que no admitía réplica. Pero a la vuelta de la reunión estaba apesadumbrada. No habían acudido a mis labios las palabras exaltadas, ¿cómo podía esperar conmover otros corazones si el mío seguía frío? Decidí telegrafiar a Most a la mañana siguiente y pedirle que me relevara de la necesidad de ir a Cleveland. No podría soportar repetir una vez más esa cháchara sin sentido.

Tras una noche de sueño, mi decisión parecía infantil y débil. ¿Cómo iba a darme por vencida tan pronto? ¿Lo habría hecho Most? ¿Lo habría hecho Sasha? Pues bien, yo también seguiría. Cogí el tren a Cleveland.

Fue un mitin concurrido y animado. Era un sábado por la noche y los obreros acudían con sus mujeres y sus hijos. Todo el mundo bebía. Me rodeó un grupo que me ofreció un tentempié y me acosó a preguntas.

¿Cómo me había metido en el movimiento? ¿Era alemana? ¿Cómo me ganaba la vida? La malsana curiosidad de la gente que se suponía que estaría interesada en las ideas progresistas me recordó al interrogatorio en Rochester el día de mi llegada a América y me indignó.

El núcleo de mi charla fue el mismo que en Buffalo, pero la forma fue diferente. Era una denuncia sarcástica, no del sistema de los capitalistas, sino de los propios obreros, de su presteza para renunciar a un gran futuro por tan poca cosa. El público pareció disfrutar siendo zarandeado de forma tan deslenguada. En algunos momentos vociferaron y aplaudieron en otros. ¡No era un discurso, era un circo y yo era el payaso!

Un hombre en primera fila, que había atraído mi atención por su pelo canoso y por su rostro ajado y flaco, se levantó para hablar. Dijo que entendía mi impaciencia con esas pequeñas exigencias, como podían ser unas pocas horas menos al día o unos pocos dólares más al mes. Era legítimo que los jóvenes se lo tomaran a la ligera. Pero ¿qué podían hacer los hombres de su edad? Probablemente no vivirían para ver la derrota final del sistema capitalista. ¿Tenían también que renunciar a restar esas dos horas al día del odiado trabajo? Era todo lo que podían esperar conseguir en su vida. ¿Debían negarse ese pequeño logro? ¿Nunca podrían disfrutar de un poco más de tiempo para leer o para pasear al aire libre? ¿Por qué no ser justo con la gente aplastada por esa losa?

La honestidad del hombre, su claro análisis del principio que inspiraba la lucha de las ocho horas, me mostró la falsedad de la posición de Most. Me di cuenta de que estaba cometiendo un crimen contra mí misma y contra los obreros prestándome como un loro a repetir las opiniones de Most. Entendí por qué no había conseguido llegar al público. Me había refugiado en chistes baratos y en dardos amargos contra aquellos infatigables trabajadores para tapar mi propia falta de convicción. Mi primera experiencia en público no cosechó los resultados que Most había esperado, pero me enseñó una lección muy valiosa. Me curó en cierto modo de mi fe

infantil en la infalibilidad de mi maestro y me inculcó la necesidad del pensamiento independiente.

En Nueva York mis amigos me habían preparado un gran recibimiento: nuestro piso estaba impoluto y lleno de flores. Estaban deseando oír el relato de mi gira y expresaron su temor por cómo reaccionaría Most por mi cambio de actitud.

La tarde siguiente salí con Most, de nuevo al Terrace Garden. Había rejuvenecido durante mis dos semanas de ausencia: su hirsuta barba estaba recortada pulcramente y vestía un elegantón traje gris, con un clavel rojo en el ojal. Me recibió muy contento y me regaló un gran ramo de violetas. Las dos semanas de mi ausencia se le habían hecho insoportablemente largas, me dijo, y se había reprochado el haberme dejado marchar justo cuando nos habíamos acercado tanto, pero ahora nunca me dejaría marchar, al menos no sola.

Traté en varias ocasiones de contarle mi viaje, ofendida porque no me hubiera preguntado nada. Me había enviado en contra de mi voluntad, tenía tanto interés en hacer de mí una gran oradora, ¿no le interesaban los progresos de su alumna aplicada?

Sí, por supuesto, me contestó, pero ya había recibido los informes que decían que había sido elocuente en Rochester, que mi exposición en Buffalo había silenciado toda oposición y que había asaeteado a los zoquetes con un sarcasmo hiriente en Cleveland. «¿Y qué hay de mis propias reacciones?», le pregunté. «¿No quieres que te las cuente?» «Sí, en otro momento». Ahora solo quería tenerme cerca, su *Blondkopf*, su mujercita niña.

Me encendí y declaré que no me dejaría tratar como una simple hembra. Le solté que nunca más seguiría a nadie ciegamente, que había hecho el ridículo, que el discurso de cinco minutos de aquel viejo obrero me había convencido más que todas sus frases persuasivas. Hablé y hablé y él

escuchó en profundo silencio. Cuando terminé llamó al camarero y pidió la cuenta. Lo seguí a la calle.

En la calle descargó sobre mí una tormenta de insultos. Había criado una víbora, una serpiente, una coqueta sin corazón, que había jugado con él como un gato con un ratón. Me había enviado a defender su causa y le había traicionado. Era como las demás, pero no lo iba a consentir. Prefería arrancarme ahora de su corazón que tenerme como una simple amiga. «Quien no está conmigo está contra mí», gritó. «No concibo nada más». Una enorme tristeza me inundó como si acabara de sufrir una pérdida irreparable.

Al volver a nuestro piso, me derrumbé. Mis amigos estaba preocupados e hicieron todo lo posible para consolarme. Les conté la historia del principio hasta el final, incluyendo las violetas con que había aparecido sin haber reparado en ellas hasta entrar en casa. Sasha se indignó. «¡Violetas en pleno invierno, con miles de personas en paro y hambrientas!», exclamó. Siempre había dicho que Most era un derrochador, que vivía a expensas del movimiento. ¿Y yo qué clase de revolucionaria era para aceptar los favores de Most? ¿Acaso no sabía que las mujeres solo le interesaban físicamente? La mayoría de los alemanes eran así. Consideraban a las mujeres solo como hembras. Tenía que elegir de una vez entre Most y él. Most ya no era un revolucionario, había dado la espalda a la causa.

Se fue enfadado de casa y yo me quedé espantada, herida y con el nuevo mundo que había descubierto hecho trizas a mis pies. Una mano amable tomó la mía, me llevó silenciosamente a mi habitación y me dejó allí. Era la de Fedya.

Pronto recibí una nueva petición, de unos obreros en huelga, y la secundé con afán. Procedía de Joseph Barondess, a quien había conocido hacía un tiempo; estaba en el grupo de jóvenes socialistas y anarquistas judíos que habían organizado el sindicato de sastres y otros sindicatos *yiddish*. En el

grupo había hombres más instruidos y oradores más capaces que Barondess, pero él destacaba por su sencillez. No había nada presuntuoso en aquel tipo atractivo y desgarbado. Su razonamiento no era académico sino práctico. Era justamente el hombre que necesitaban los obreros en la lucha cotidiana. Barondess estaba en aquel momento al frente del sindicato, dirigiendo la huelga de los sastres.

Todo el mundo del East Side capaz de decir unas pocas palabras en público se implicó en la lucha. Todos ellos eran hombres, excepto Annie Netter, una joven que ya se había hecho un nombre por su actividad incansable en las filas anarquistas y obreras. Había sido una de las obreras más inteligentes y tenaces en diversas huelgas, incluyendo las de los Knights of Labour, una organización que durante unos años había ocupado el epicentro de la tormenta en el curso de las intensas campañas de la década de los ochenta. Había alcanzado la cumbre durante la batalla de las ocho horas que condujeron Parsons, Spies, Fielden y los demás hombres que habían muerto en Chicago. Empezó su declive cuando Terence V. Powderly, Gran Maestro de los Knights of Labour, se alió con los enemigos de los camaradas que se precipitaban hacia su destino fatal. Era bien sabido que Powderly, a cambio de treinta monedas de oro, había ayudado a tensar las cuerdas que estrangularon a los hombres de Chicago. Los obreros militantes se separaron de los Knights of Labour, y la organización se convirtió en un coto de caza para gente poco escrupulosa en busca de empleo.

Annie Netter había sido de las primeras que rechazaron la organización de Judas. Era ahora miembro de los Pioneros de la Libertad, a la que pertenecían la mayoría de los anarquistas judíos activos de Nueva York. Trabajadora entusiasta, ofrecía sin tacañerías su tiempo y sus menguados ingresos. Su padre, que había evolucionado desde una ortodoxia religiosa al ateísmo y al socialismo, la apoyaba en sus esfuerzos. Era un hombre de una calidad excepcional, un gran erudito de trato cálido, un amante de la vida y

de la juventud. El hogar de los Netter, en la trastienda de su tienda de comestibles, se convirtió en el oasis de los elementos radicales, su centro intelectual. La casa de la señora Netter estaba siempre abierta: el samovar y una generosa ración de *zakusky* (aperitivos) nunca faltaban de la mesa. Nosotros, los jóvenes rebeldes, éramos clientes agradecidos, aunque no siempre rentables, de la tienda de comestibles Netter.

Yo nunca había conocido un verdadero hogar. En casa de los Netter me iluminaba de la la luz que producía el hermoso entendimiento que había entre padres e hijos. Las reuniones allí era interesantes e intensas, las veladas que pasamos discutiendo, realzadas por la entretenida charla de nuestro amable anfitrión. Entre quienes lo frecuentábamos había algunos jóvenes muy capaces cuyos nombres eran muy conocidos en el gueto de Nueva York; entre otros, David Edelstadt, una naturaleza delicada e idealista, un petrel espiritual cuyas canciones de revuelta eran apreciadas por todos los radicales que hablaban *yiddish*; también acudía Bovshover, que escribía con el seudónimo de Basil Dahl, un hombre tenso e impulsivo con excepcional talento poético. Michael Cohn, M. Katz, Girzhdansky, Louis y otros jóvenes prometedores y hábiles solían reunirse en casa de los Netter y contribuían a que las veladas fueran auténticos festines intelectuales. Joseph Barondess participaba a menudo y él fue quien me mandó llamar para que ayudara en la huelga.

Me volqué en aquel trabajo con todo el entusiasmo de mi ser y me absorbió hasta el punto de excluir todo lo demás. Mi tarea era conseguir que las trabajadoras de ese sector secundaran la huelga. Para ese fin se organizaban asambleas, conciertos, reuniones sociales y bailes. En esos lugares no era difícil explicar a las chicas la necesidad de hacer causa común con sus hermanos en huelga. Tenía que hablar muy a menudo y el estrado cada vez me inquietaba menos. Mi fe en la justicia de la huelga me ayudaba a escenificar de manera convincente mis charlas y les aportaba

convicción. En unas pocas semanas mi trabajo atrajo montones de chicas a las filas de los huelguistas.

Y yo volví a la vida. En los bailes era una de las más alegres e incansables. Una noche, un primo de Sasha, un chiquillo, me llevó aparte. Con una cara muy seria, como si estuviera a punto de anunciarme la muerte de un camarada querido, me susurró que bailar no era propio de una agitadora. Y mucho menos dejándose llevar por la música de ese modo tan insensato. Era algo indigno por parte de alguien llamado a convertirse en una fuerza dentro del movimiento anarquista. Mi frivolidad solo haría daño a la Causa.

Me enfureció la insolente intromisión del muchacho. Le dije que se ocupara de sus asuntos, que estaba harta de que me arrojaran continuamente la Causa a la cara. Yo no creía que una Causa que defendía un hermoso ideal, el anarquismo, la liberación y la libertad frente a las convenciones y los prejuicios, negara la vida y la alegría. Insistí en que nuestra Causa no podía esperar de mí que me hiciera monja y que el movimiento no debía convertirse en un claustro. Si debía ser así, yo no lo quería. «Quiero libertad, el derecho a la autoexpresión, el derecho de todos a las cosas hermosas y radiantes». Para mí el anarquismo era eso y lo viviría así a pesar del mundo entero, a pesar de la cárcel, de la persecución, de todo. Sí, incluso a pesar de la condena de mis camaradas más cercanos, viviría mi hermoso ideal.

Me había dejado llevar por la pasión y mi voz se alzaba cada vez más. Me encontré rodeada de mucha gente. Hubo aplausos mezclados con voces que protestaban, que decían que estaba equivocada, que había que considerar la Causa por encima de todo. Todos los revolucionarios rusos así lo habían hecho, nunca habían antepuesto sus intereses personales a nada. No era sino un egoismo estrecho el querer disfrutar de todo lo que nos separaría del movimiento. En el tumulto, la voz de Sasha era la más potente.

Me giré en su dirección. Estaba junto a Anna Minkin. Yo me había percatado del creciente interés del uno por el otro mucho antes de nuestra última pelea. Sasha se había marchado por entonces de nuestro piso, donde Anna solía ser una visitante casi diaria. Era la primera vez que los veía a los dos en semanas. Mi corazón se encogió de anhelo por mi amante cabezota e impetuoso. Quería llamarlo por el nombre que más le gustaba, *Dushenka*, tenderle los brazos, pero su cara estaba rígida, sus ojos llenos de reproche, y me contuve. Ya no bailé más aquella noche.

Enseguida me convocaron a la sala donde el comité, Joseph Barondess y otros líderes de la huelga, seguían trabajando. Me di cuenta de que junto a Barondess estaba el profesor T. H. Garside, un escocés, antiguo orador de los Knights of Labour, y ahora al frente de la huelga. Garside tenía unos treinta y cinco años, era alto, pálido y de aspecto lánguido. Sus modales eran amables y halagadores y se parecía un poco a las representaciones de Cristo. Siempre buscaba pacificar entre elementos en conflicto, suavizar las cosas.

Garside nos informó de que la huelga se perdería si no aceptábamos un acuerdo. Yo difería y objeté a su propuesta. Algunos miembros de comité me respaldaron, pero la influencia de Garside prevaleció. La huelga se pactó según sus indicaciones.

Las agotadoras semanas de la huelga dejaron pegar paso a unas actividades menos arduas: conferencias, veladas en casa de los Netter o en nuestro piso y una nueva búsqueda de empleo. Fedya había empezado a trabajar con lápices ampliando fotografías: declaró que no podía seguir malgastando en pinturas mi dinero y el de Helen. Además creía que nunca se convertiría en un gran pintor. Yo sospechaba que había algo más: su deseo de ganar dinero para poder aliviarme del duro trabajo.

No me sentía demasiado bien, especialmente durante mis periodos, en los que siempre tenía que meterme en la cama durante días con un dolor insoportable. Había sido así desde mi gran susto, cuando mi madre me

abofeteó. Empeoró cuando cogí un resfriado en el camino de Königsberg a San Petersburgo. Tuvimos que pasar clandestinamente la frontera, nuestra madre, mis dos hermanos y yo. Era finales de 1881 y el invierno fue especialmente duro. Los contrabandistas le habían dicho a madre que tendríamos que vadear por la nieve alta, incluso atravesar un arroyo medio helado. Mi madre se preocupó por mí, porque yo ya me sentía débil unos días antes de lo que me tocaba, debido al nerviosismo de nuestra partida de Königsberg. A las cinco de la madrugada, temblando de frío y miedo, empezamos el viaje. Enseguida llegamos al arroyo que separaba las fronteras alemana y rusa. El solo pensamiento del agua helada nos paralizaba, pero no había alternativa: teníamos que meternos o ser atrapadas y quizá fusiladas por los soldados que patrullaban la frontera. Con unos pocos rublos los habíamos convencido de que se giraran para poder fingir no vernos, pero nos habían advertido que fuéramos rápido.

Nos metimos, nuestra madre cargada de bultos y yo llevando a mi hermano pequeño. El frío repentino me heló la sangre y sentí una sensación aguda en la columna, el abdomen y las piernas, como si me hubieran atravesado con hierros candentes. Quise gritar, pero el miedo a los soldados me contuvo. Pronto llegamos al otro lado y los pinchazos cesaron, pero mis dientes seguían castañeteando y me cubría un sudor caliente. Corrimos lo más rápido que podíamos hasta una posada ya situada en el lado ruso. Me dieron té hirviendo con *maliny*, me rodearon de ladrillos calientes y me cubrieron con un gran edredón de plumas. Me sentí febril durante todo el camino hasta San Petersburgo y el dolor en la columna vertebral y las piernas era atroz. Estuve postrada durante semanas y me resentí de la columna durante años.

En América consulté mi dolencia a Solotaroff y él me llevó a un especialista, que aconsejó una rápida operación. Pareció sorprenderse de que hubiera aguantado durante tanto tiempo y que hubiera sido capaz de mantener relaciones. Mis amigos me informaron de que el médico había

dicho que nunca me libraría del dolor ni experimentaría una liberación sexual total si no me sometiera a la operación.

Solotaroff me preguntó si alguna vez había querido tener un bebé. «Porque si se hace la operación», explicó, «podrías tener un hijo. Hasta ahora era del todo imposible».

¡Un hijo! Desde que tenía edad para recordarlo, me encantaban los niños. Cuando era una niña miraba con ojos envidiosos los bebés extraños con los que jugaba la hija de nuestros vecinos, que los vestía y los acostaba. Me dijeron que no eran bebés de verdad, que eran muñecas, aunque para mí eran cosas vivas porque eran muy hermosas. Deseaba tener muñecas, pero nunca tuve una.

Cuando nació mi hermano Herman yo tenía solo cuatro años. Él reemplazó la necesidad de muñecas en mi vida. La llegada del pequeño Leibale dos años después me llenó de alegría. Siempre estaba junto a él, meciéndole y cantándole para dormir. Una vez, cuando tenía un año, mi madre lo puso en mi cama. Cuando ella se marcho, él empezó a llorar. Tendrá hambre, pensé. Recordé cómo mi madre le daba el pecho. Yo también le daría el pecho. Lo cogí en mis brazos y apreté su boquita contra mí, meciendo y susurrando y pidiéndole que bebiera. En lugar de ello empezó a atragantarse, su cara se volvió azul y se afanaba en respirar. Mi madre llegó corriendo y exigió saber qué le había hecho al bebé. Le expliqué. Ella se echó a reír, después me abofeteó y me regañó. Yo lloraba, no del dolor, sino porque mi pecho no tenía leche para Leibale.

Mi compasión por nuestra criada Amalia seguramente se debía a la circunstancia de que iba a tener *ein kindchen* (un bebé). Me encantaban los bebés y ahora, ahora podría tener un hijo propio y experimentar por primera vez el misterio y la maravilla de la maternidad. Cerré mis ojos en un gozoso sueño despierto.

Una mano cruel me apretó el corazón. Mi horrible infancia se alzaba ante mí, el hambre de afecto, que nuestra madre no pudo satisfacer. La crueldad

de padre hacia los niños, sus arrebatos violentos, las palizas que nos daba a sus hijos. Dos terribles experiencias estaban especialmente vivas en mi recuerdo: una vez padre me azotó tanto con el cinto que mi hermano pequeño Herman, al que habían despertado mis gritos, vino corriendo y mordió a mi padre en la pantorrilla. Los azotes cesaron. Helena me llevó a su habitación, bañó mi espalda herida, me trajo leche, me abrazó y mezcló sus lágrimas con las mías, mientras fuera mi padre rabiaba: «¡La mataré! ¡Mataré a esa mocosa! ¡La enseñaré a obedecer!».

En otra ocasión, en Königsberg, mi familia, que lo había perdido todo en Popelan, era demasiado pobre como para permitirse una escuela decente para Herman y para mí. El rabino de la ciudad, un pariente lejano, había prometido arreglar el asunto, pero insistía en hacer informes mensuales de nuestro comportamiento y nuestros progresos en la escuela. Yo odiaba aquella horrorosa humillación, pero debía llevar el informe. Una vez tuve una mala nota por mal comportamiento. Llegué a casa temblando de miedo. No podía enfrentarme a mi padre, le enseñé el papel a mi madre. Empezó a llorar, dijo que yo sería su ruina, que era una chiquilla obstinada y desagradecida y que padre tendría que ver el papel, pero, aunque no me lo mereciera, intercedería por mí. Me alejé con el corazón en un puño. Sentada en el mirador contemplaba los campos, en la distancia. Había niños jugando allí, parecían pertenecer a otro mundo, en mi vida no había habido muchos juegos. Un extraño pensamiento me invadió: ¡sería fabuloso que me aquejara una enfermedad que me consumiera! Seguro que eso ablandaba el corazón de padre. Nunca lo había visto tierno excepto en *sukkess*, la fiesta otoñal del regocijo. Padre no bebía, solo un poquito en determinadas fiestas judías, especialmente ese día. Entonces se volvía jovial, congregaba a los niños, nos prometía juguetes nuevos y vestidos. Era el único momento alegre de nuestras vidas y siempre lo esperábamos con ansiedad. Ocurría una vez al año. Toda mi vida lo recuerdo diciéndome que no me quería. Había querido un chico, la mujer de los cerdos lo había engañado. Tal vez si

yo me pusiera muy enferma, al borde de la muerte, él se volvería amable y no volvería a pegarme o a obligarme a quedarme en un rincón durante horas o hacerme caminar hacia delante y hacia atrás con un vaso de agua en la mano. «Si derramas una gota, te azotaré», me amenazaba. El látigo y el taburete siempre estaban a mano. Simbolizaban mi vergüenza y mi tragedia. Después de muchos intentos y de bastantes castigos finalmente había aprendido a llevar el vaso sin derramar el agua. El proceso me ponía de los nervios y me dejaba enferma durante horas.

Mi padre era guapo, esbelto y lleno de vida. Yo lo quería aunque le tuviera miedo. Quería que me quisiera, pero no sabía cómo llegar a su corazón. Su dureza solo servía para que yo me obstinara más. Me preguntaba por qué era tan duro, mientras miraba por la ventana, perdida en mis recuerdos.

De repente sentí un terrible dolor en mi cabeza, como si me hubieran golpeado con una barra de hierro. Era el puño de mi padre que había aplastado el coletero redondo que usaba para retener mis cabellos ingobernables. Me sacudió y tiró de mí rabiando: «¡Eres mi desgracia! ¡Siempre lo serás! ¡No puedes ser hija mía, no te pareces a mí ni a tu madre, no actúas como nosotros!».

Mi hermana Helena luchó con él por mi vida. Trató de liberarme de sus garras y los golpes destinados a mí le cayeron a ella. Finalmente mi padre se agotó, se mareó y cayó redondo al suelo. Helena le gritó a madre que padre se había desmayado. Me llevó corriendo a su habitación y atrancó la puerta.

Todo mi amor y anhelo por mi padre se volvió odio. Después de aquello, lo evité y nunca volví a dirigirle la palabra, solo le respondía. Hice mecánicamente lo que se me ordenaba, el abismo entre nosotros se amplió con los años. Mi casa se volvió una prisión. Cada vez que intentaba escapar, me atrapaban y me ataban de nuevo a las cadenas que mi padre había forjado para mí. Desde San Petersburgo hasta América, desde Rochester

hasta mi matrimonio, todo fueron intentos repetidos de escaparme. El último y final fue cuando dejé Rochester para llegar a Nueva York.

Nuestra madre no se sentía bien y yo fui a su casa para limpiar un poco. Estaba fregando el suelo de rodillas mientras que mi padre me martilleaba por haberme casado con Kershner, por haberlo dejado y de nuevo por volver a él. «Eres una perdida», decía una y otra vez. «Siempre serás una desgracia para la familia». Él hablaba y yo continuaba fregando.

Entonces algo se desató dentro de mí: mi solitaria y penosa infancia, mi atormentada adolescencia, mi juventud sin alegría, todo se lo solté a mi padre a la cara. Se quedó allí horrorizado mientras yo lo denunciaba, enfatizando cada acusación mediante un golpe de mi cepillo contra el suelo. Todos los incidentes crueles de mi vida surgieron en la diatriba. Nuestra casa que parecía un granero, la voz airada de mi padre resonando en ella, su maltrato a los sirvientes, su puño de hierro sobre mi madre, todo lo que había invadido mis días y aterrorizado mis noches lo recordé en aquel momento con amargura. Le dije que si no me había convertido en la ramera que continuamente él me decía que era, no era culpa suya. Había estado más de una vez a punto de echarme a las calles. Había sido el amor y la devoción de Helena lo que me había rescatado.

Mis palabras brotaban como un torrente y la escoba golpeaba el suelo con todo el odio y desprecio que sentía por mi padre. Aquella terrible escena terminó con mis gritos histéricos. Mis hermanos me cogieron y me llevaron a la cama. A la mañana siguiente abandoné la casa. No volví a ver a mi padre hasta que me fui a Nueva York.

Había aprendido desde entonces que mi trágica infancia no era una excepción, que había miles de niños no deseados, maniatados y mutilados por la pobreza y aún más por la incomprensión y la ignorancia. Ningún hijo mío se sumaría nunca a esas desafortunadas víctimas.

Había aún otra razón: mi creciente implicación en los ideales que acababa de conocer. Había decidido ponerme completamente a su servicio.

Para cumplir esa misión debería permanecer sin cargas ni ataduras. Años de dolor y de anhelo reprimido por un hijo, ¿qué era eso comparado con el precio que habían pagado muchos mártires? Yo también pagaría el precio, soportaría el sufrimiento, encontraría una salida para mi instinto maternal en el amor de todos los niños. La operación no tuvo lugar.

Varias semanas de descanso y el cuidado amoroso de mis amigos, de Sasha, que había vuelto a la casa, de las hermanas Minkin, de Most, que llamó a menudo y envió flores y, sobre todo, del muchacho artista, me devolvieron la salud. Me levanté de la cama de enferma con una fe renovada en mis propias fuerzas. Como Sasha, yo también sentía entonces que podría superar cualquier dificultad y enfrentarme a cualquier prueba por mis ideales. ¿No había superado el deseo más fuerte y primitivo de una mujer, el deseo de un hijo?

Durante esas semanas, Fedya y yo nos hicimos amantes. Cada vez tenía más claro que mis sentimientos por Fedya no podían compararse con mi amor por Sasha. Cada uno despertaba emociones distintas en mi ser, me llevaba a mundos diferentes. No creaban conflicto, solo me aportaban plenitud.

Le hablé a Sasha de mi amor por Fedya. Su respuesta fue más grande y hermosa de lo que había esperado. «Creo en tu libertad de amar», dijo. Era consciente de sus tendencias posesivas y las odiaba como todo lo demás que procedía de su origen burgués. Tal vez si Fedya no fuera su amigo estaría celoso; él mismo sabía que había una enorme corriente de celos en su manera de ser, pero no solo Fedya era su amigo, era su camarada en la batalla y yo era para él mucho más que una mujer. Su amor por mí era intenso, pero la revolucionaria y la luchadora significaban mucho más para él.

Cuando nuestro amigo artista regresó a casa por la noche, los dos se abrazaron. Más tarde, esa noche, hablamos de nuestros planes para las

actividades futuras. Cuando nos separamos, habíamos hecho un pacto: dedicarnos a la Causa en alguna misión suprema, morir juntos si era necesario o continuar viviendo y trabajando para los ideales por los que cada uno de nosotros habría entregado su vida.

Los días y las semanas siguientes se iluminaron con esa nueva y gloriosa luz que había en nosotros. Nos volvimos más pacientes con los demás, más comprensivos.

06

Most me había dicho que planeaba una breve gira de conferencias por los seis estados de Nueva Inglaterra. Entonces me informaba de que se disponía a partir y me invitaba a acompañarlo. Me dijo que parecía cansada y débil y que un cambio de aires me haría bien. Le prometí que me pensaría la invitación.

Los dos me apremiaron a ir. Fedya enfatizó la necesidad de apartarme de mis tareas caseras mientras que Sasha decía que aquello me ayudaría a conocer a más camaradas y abrir caminos para futuras actividades.

Dos semanas después me encontraba en el Fall River Line camino de Boston junto a Most. Nunca había estado en un barco tan lujoso y amplio, con camarotes tan acogedores; en el mío, no muy alejado del de Most, lucía un ramo de lilas que él había enviado. Nos quedamos en cubierta mientras que el barco navegaba a todo vapor. Pronto apareció ante nuestros ojos una hermosa isla verde, con unos árboles majestuosos que protegían unos edificios de piedra gris. Después de haber estado tanto tiempo viendo una interminable ristra de bloques de viviendas, contemplar aquella vista era muy agradable. Me giré hacia Most. Su cara estaba cenicienta, sus puños apretados. «¿Qué es eso?», grité alarmada. «Eso es la penitenciaría de la isla de Blackwell, la inquisición española trasplantada a Estados Unidos», replicó. «Y pronto volverá a encerrarme entre sus muros».

Coloqué mi mano sobre sus dedos convulsos para tranquilizarlo. Gradualmente se relajaron y su mano estrechó la mía. Así estuvimos un largo rato, cada uno absorto en sus pensamientos. La noche era cálida, preñada del aire de mayo. Most me rodeó con su brazo mientras me relataba sus experiencias en la isla de Blackwell y me hablaba de sus primeros años.

Most fue, al parecer, fruto de una relación clandestina. Su padre había llevado una vida aventurera en su juventud y más tarde se colocó como copista en la oficina de un abogado. Su madre había sido institutriz de una familia rica. Él había nacido sin consentimiento legal, moral o religioso. Tiempo después formalizaron su unión.

Su madre fue la influencia más poderosa en su infancia. Le enseñó sus primeras lecciones y, lo más importante de todo, apartó su joven espíritu de los dogmas religiosos que imperaban. Sus primeros siete años fueron despreocupados y felices. Entonces acaeció su gran tragedia, la infección de su mejilla y la deformación de su cara como consecuencia de una operación. Tal vez si su querida madre hubiera seguido viva, su afecto lo habría ayudado a sobrellevar las burlas que provocaba su deformidad, pero había muerto cuando él tenía solo nueve años. Poco tiempo después, su padre volvió a casarse. Su madrastra convirtió el antaño gozoso hogar en un purgatorio para el niño. Su vida se hizo insoportable. A los quince años, lo sacaron de la escuela y entró a trabajar como aprendiz de un encuadernador de libros. Fue cambiar un infierno por otro. Su deformidad lo persiguió como una maldición y le causó penas inenarrables.

Amaba con locura el teatro y ahorraba cada *pfennig* (penique) para poder comprar entradas. Se obsesionó con el deseo de actuar. Las obras de Schiller, especialmente *Wilhelm Tell*, *Die Räuber* y *Fiesco*, eran su inspiración y anhelaba actuar en ellas. Una vez se dirigió al gerente de un teatro, pero este le dijo secamente que tenía más cara de payaso que de actor. La decepción fue abrumadora y le volvió aún más sensible a su desgracia. Se convirtió en el horror de su existencia. Aquello hizo de él

víctima de una timidez patológica, especialmente en presencia de las mujeres. Le gustaban con pasión, pero la presencia aterradora de su deformidad siempre lo alejaba de ellas. Durante muchos años, hasta que pudo dejarse barba, no pudo superar su vergüenza enfermiza. Casi le había llevado a quitarse la vida cuando llegó la salvación en forma de despertar espiritual. Las nuevas ideas sociales con las que se había familiarizado le señalaron un magnífico objetivo y le hicieron aferrarse a la vida. Su estancia en la isla de Blackwell le hizo revivir el antiguo horror de su apariencia. Allí le afeitaron la barba. La visión de la imagen horrible que le devolvía un trozo de espejo que había metido de contrabando en su celda era algo más terrible que la cárcel. Estaba convencido de que una buena parte de su odio feroz a nuestro sistema social, a la crueldad y la injusticia de la vida, se debía a su propia deformación, a las humillaciones y el maltrato que había sufrido.

Hablaba con mucha intensidad y sentimiento. Había estado casado dos veces, continuó; ambos matrimonios fueron un fracaso. Desde entonces, continuó, había abandonado la esperanza de un gran amor, pero el día en que me conoció, regresó el viejo anhelo, pero ese anhelo vino acompañado del monstruo de su tormentosa timidez. Durante meses un enorme conflicto había estado bramando en su interior. Lo atenazaba el miedo de que me resultara repelente. Se obsesionó con un único pensamiento, ganarme, atarme a él, hacerse indispensable para mí. Cuando se dio cuenta de que yo tenía talento y madera de oradora, se aferró a ello como el medio de llegar a mi corazón. En el taxi hacia la calle Cuarenta y dos su amor había vencido a sus miedos. Esperaba que yo también lo amara, a pesar de su aflicción, pero cuando regresé de mi viaje, vio inmediatamente el cambio: yo había despertado al pensamiento independiente, me había escurrido fuera de su alcance. Eso lo desquició, despertó antiguos recuerdos y le hizo atacar a quien más amaba y deseaba. Y en aquel momento, concluyó, no me pedía nada más que amistad.

Esta simple y franca confesión de un ser atormentado me conmovió en lo más profundo. Estaba demasiado emocionada como para hablar. En silencio tomé la mano de Most. Años de intensidad reprimida quebraron mi cuerpo, gritaron en éxtasis, se disolvieron en mí. Sus besos se mezclaron con mis lágrimas que cubrían su pobre rostro deforme, que entonces me parecía hermoso.

Durante las dos semanas de nuestra gira tuve pocas ocasiones de ver a Most a solas: una hora o dos durante el día o mientras viajábamos de una ciudad a otra. El resto del tiempo, Most estaba ocupado con los camaradas. Me maravillaba cómo podía charlar y beber hasta el último momento antes de subir al estrado y hablar allí con tales ímpetu y entrega. Parecía ajeno al público y, a la vez, yo estaba segura de que estaba alerta a todo lo que lo rodeaba. Most era capaz, en mitad de un arrebato de oratoria, de sacar su reloj para comprobar que no había hablado demasiado tiempo. Yo me preguntaba si su discurso estaba estudiado, si era espontáneo. Eso me inquietaba mucho. Odiaba pensar que no sentía intensamente lo que decía, que su elocuencia y sus expresivos gestos fueran teatralmente conscientes y no fruto de la inspiración. Me impacientaba conmigo misma por pensar esas cosas y no comentárselo a Most. Además, el poco tiempo que teníamos para pasar juntos era demasiado valioso: yo estaba impaciente por aprender sobre las luchas sociales de los diversos países donde él había participado. Alemania, Austria, Suiza y, más tarde, Inglaterra, habían sido la palestra de Most. Sus enemigos habían tardado en captar el peligro que representaba ese rebelde joven y feroz. Se dedicaron entonces a aplastarlo. Vinieron arrestos reiterados, años de prisión y exilio, incluso se le denegó la acostumbrada inmunidad de la que gozaban los miembros del parlamento alemán.

Most había sido elegido para el Reichstag por un amplio voto socialista, pero, al contrario de sus colegas, pronto descubrió lo que había tras las

bambalinas de la «casa de títeres», como había bautizado a aquella asamblea legislativa. Se dio cuenta de que las masas no tenían nada que ganar allí. Perdió la fe en la maquinaria política. August Reinsdorf, un extraordinario joven alemán que más tarde fue ejecutado por conspirar contra la vida del Káiser, inició a Most en las ideas anarquistas. Posteriormente, en Inglaterra, rompió definitivamente con sus partidarios socialdemócratas y se convirtió en el portavoz del anarquismo.

Nuestras dos semanas juntos, o lo que de ellas disfrutamos solos, me proporcionaron más información sobre la lucha política y económica europea que lo que podrían haberme aportado años de lecturas. Most tenía la historia revolucionaria en la punta de sus dedos: el auge del socialismo que defendían Lassalle, Marx y Engels; la formación del Partido Socialdemócrata, originalmente imbuido del fuego revolucionario, pero integrando poco a poco ambiciones políticas; la diferencia entre las distintas escuelas sociales; la enconada lucha entre la socialdemocracia y el anarquismo, como lo personificaban Marx y Engels por un lado y Mijail Bakunin y las secciones latinas por la otra, una discusión que finalmente dividió la Primera Internacional.

Most contaba de manera muy interesante su pasado y también quería saber cosas de mi infancia y de mi juventud. A mí todo lo que antecedía a mi llegada a Nueva York me parecía insignificante, pero Most no estaba de acuerdo conmigo. Insistía en que el ambiente y las condiciones tempranas son factores poderosos en el moldeado de la vida. Se preguntaba si mi despertar a los problemas sociales se debía enteramente a la conmoción que me había producido la tragedia de Chicago o si era el florecer de algo que tenía raíces en mí misma, en el pasado y en los recuerdos de mi infancia.

Le conté algunas de las anécdotas que tenía vivas en mi memoria, algunas experiencias de mis días escolares, que parecieron interesarle especialmente.

Cuando yo tenía ocho años, mi padre me envió a Königsberg a vivir con mi abuela e ir allí a la escuela. Mi abuela era dueña de un salón de peluquería que regentaban sus tres hijas, mientras que ella seguía dedicándose al oficio de contrabandista. Mi padre me llevó hasta Kaunas y allí nos encontramos con mi abuela. Por el camino me recalcó severamente el sacrificio que supondría para él el pagar cuarenta rublos al mes para costear alojamiento y comidas y para hacer frente a mis gastos de escolaridad. Iba a acudir a una escuela privada, puesto que él no permitiría que sus hijos fueran a la *volkschule*. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí siempre que yo fuera una buena chica, estudiara mucho, obedeciera a mis profesores, a mi abuela, a mis tías y a mis tíos. Si había alguna queja de mí, no volvería a admitirme en su casa y se presentaría en Königsberg para ponerme de vuelta y media. Mi padre me aterraba. Estaba demasiado triste como para poder apreciar la amorosa bienvenida de mi abuela. Mi único deseo era alejarme de padre.

Las habitaciones de mi abuela en Königsberg estaban atestadas, solo había tres cuartos y una cocina. La mejor habitación se le había asignado a mi tía y mi tío, mientras que yo dormía con mi tía más joven. Siempre he odiado compartir mi cama. De hecho, era un tema constante de fricción entre mi hermana Helena y yo. ¿Quién dormiría junto a la pared y quién en la parte de fuera? Yo insistía siempre en la parte de fuera, sentía mayor libertad. Y entonces la perspectiva de tener que dormir con mi tía me oprimía, pero no había más sitio.

Desde el primer momento le tomé una antipatía intensa a mi tío. Y echaba de menos nuestro amplio patio, los campos, las colinas. Me sentía ahogada y sola en el mundo. Antes de que empezara a ir a la escuela hice amigos entre los otros niños vecinos y empecé a sentirme algo menos sola. Todo fue bien durante un mes; entonces mi abuela tuvo que marcharse indefinidamente. Casi inmediatamente empezó mi purgatorio. Mi tío insistió en que no merecía la pena gastar dinero en mi escolarización y que

cuarenta rublos apenas bastaban para mantenerme. Mis tías protestaron en vano. Tenían miedo de un hombre que las maltrataba a todas. Me sacaron de la escuela y me pusieron a trabajar en la casa.

Desde primera hora de la mañana tenía que ir a buscar los panecillos, la leche y el chocolate de nuestros desayunos, y hasta entrada la noche, me ocupaba en hacer camas, limpiar botas, fregar suelos y lavar ropa. Después de un tiempo, incluso me pusieron a cocinar, pero mi tío no estaba nunca satisfecho. Al oírlo gruñir órdenes a cualquier hora del día un escalofrío me recorría toda la columna vertebral. Trabajaba como una esclava. Por la noche lloraba hasta quedarme dormida.

Me quedé pálida y delgada; mis zapatos tenían el tacón gastado, mis vestidos eran harapos y no tenía a nadie que me consolara. Mis únicas amigas eran las dos ancianas solteras dueñas de nuestro piso, que vivían abajo, y una de las hermanas de mi madre, un alma noble. Esa tía mía estaba enferma la mayor parte del tiempo y pocas veces podía ir a visitarla, pero a menudo me acogían las dos queridas señoras, ofrecían café y me regalaban con almendras tostadas, mi golosina favorita. Solía contemplar esos dulces en la *Konditorei* y mirarlos con ansia, pero nunca tenía diez *pfennige* para comprar unos poquitos. Mis dos amigas me daban todos los caprichos, así como flores de su hermoso jardín.

Nunca osaba acudir a su casa hasta que mi tío no se hubiera marchado, pero su bienvenida amistosa era un bálsamo para mi corazón dolorido. Siempre era la misma: «*Na, Emmchen, noch immer im Gummi?*» («¿Qué, pequeña Emma, aún con los chanclos?»). Eso era por llevar yo unos chanclas muy grandes porque mis zapatos estaban demasiado destrozados.

En las pocas ocasiones en las que podía escaparme a ver a mi tía Yetta ella insistía en que había que escribir a mi familia y decirles que vinieran a buscarme. Yo no quería ni oír hablar de ello. No había olvidado las últimas palabras de mi padre. Además, mi abuela volvería cualquier día y yo sabía que me salvaría de mi temido tío.

Una tarde, tras una jornada de trabajo especialmente dura y numerosos recados, mi tío apareció en la cocina para decirme que tenía que entregar un paquete más. Me di cuenta, por la dirección, de que era muy lejos. Ya fuera por el cansancio o por el violento disgusto que me producía aquel hombre, reuní valor para decirle que no podía hacer el viaje, me dolían demasiado los pies. Me cruzó la cara gritando: «¡No te estás ganando el sustento! ¡Eres una vaga!». Cuando salió de la habitación, me fui al descansillo, me senté en las escaleras y empecé a llorar amargamente. De repente sentí una patada en la espalda. Intenté agarrarme a la barandilla mientras rodaba hacia abajo, aterrizando como un fardo. El estruendo alertó a las hermanas que acudieron corriendo a ver qué había ocurrido. «*¡Das Kind is tot!*», gritaron. «¡El canalla la ha matado!» Me llevaron a su habitación y me así a ellas, rogándoles que no me dejaran volver con mi tío. Llamaron a un médico, que no encontró huesos rotos, pero sí un tobillo dislocado. Me metieron en la cama y me cuidaron y mimaron como solo mi hermana Helena me había cuidado hasta entonnces.

Wilhelmina, la mayor de las dos hermanas, subió, con un bastón en la mano. No sé qué le diría a mi tío, pero después de eso nunca volvió a acercárseme. Yo me quedé con mis benefactoras, disfrutando de su jardín y de su cariño y comiendo almendras tostadas hasta llenar mi corazón.

Pronto llegaron mi padre y mi abuela. La tía Yetta les había telegrafiado para que vinieran. Mi padre quedó sorprendido por mi aspecto; de hecho me abrazó y me besó, algo que no había ocurrido desde que tenía cuatro años. Y, después de una escena terrible entre mi abuela y su yerno, él se marchó de aquella casa con su mujer. Poco después, mi padre me llevó de vuelta a Popelan. Entonces descubrí que él había estado mandando regularmente cuarenta rublos todos los meses y que mi tío había estado informándole de manera igualmente regular que me iba estupendamente bien en el colegio.

Most se conmovió mucho con mi relato. Me acarició la cabeza y me besó las manos. «*Armes Aschenprödelchen*», decía una y otra vez. «Tu infancia

fue como fue la mía después de que aquella madrastra bestial entrara en nuestra casa». Ahora estaba más convencido que nunca, me dijo, de que era la influencia de mi infancia la que me había hecho como era. Regresé a Nueva York muy reforzada en mi fe, orgullosa de tener la confianza y el amor de Johann Most. Deseaba que mis jóvenes amigos pudieran verlo como yo lo veía. Con brillantes colores les describí todo lo que había ocurrido durante las dos semanas de gira, todo menos el episodio del barco. Contárselo habría sido, me parecía, entregarles el corazón de Most. No habría podido soportar el menor comentario sobre nada de lo que había dicho o hecho.

Nos habíamos mudado a la calle Trece. Helen Minkin había vuelto a vivir con su hermana porque su padre ya no estaba con ellas. Sasha, Fedya y yo compartíamos el nuevo piso. Para Most era un oasis, lejos del manicomio de la oficina de *Die Freiheit*. A menudo Sasha y él se enfrentaban verbalmente. No parecía ser nada personal, discutían sobre la lógica revolucionaria, los métodos de propaganda, la diferencia de fervor entre los camaradas alemanes y rusos y asuntos similares, pero yo no podía evitar la sensación de que, bajo todo ello, podía haber algo más, algo que me atañía. Sus peleas me incomodaban, pero como siempre conseguía distraer sus discusiones particulares a temas generales, las disputas terminaban de forma amistosa.

En el invierno de aquel año (1890), las filas radicales estaban revueltas por el informe que George Kennan, un periodista estadounidense, había traído de Siberia. Su descripción de las horrendas condiciones de los presos políticos rusos y exiliados provocó extensos comentarios, incluso en la prensa estadounidense. Nosotros, en el East Side, conocíamos desde siempre esos horrores a través de mensajes clandestinos. Un año antes habían ocurrido cosas terribles en Yakutsk. Los presos políticos que habían protestado contra el maltrato a sus camaradas habían sido empujados hacia el patio de la prisión y allí los habían fusilado los mismos guardias; algunos

murieron allí mismo, entre ellos mujeres, mientras que otros después fueron ahorcados por «incitación a la revuelta». Conocíamos otros casos igualmente terribles, pero la prensa estadounidense siempre había silenciado los actos inhumanos que cometía el zar.

Pero con aquellos datos y aquellas fotografías que ilustraban el reportaje de un periodista estadounidense ya no podían mirar a otro lado. Su historia revolvió a muchos hombres y mujeres de vocación pública, entre ellos Julia Ward Home, William Lloyd Garrison, Edmund Noble, Lucy Stone Blackwell, James Russell Lowell, Lyman Abbott y otros, que organizaron la sociedad Friends of Russian Freedom. Su publicación mensual, *Free Russia*, inició la campaña contra el tratado de extradición con Rusia que se estaba planteando y su actividad y agitación obtuvieron resultados espléndidos. Entre otras cosas lograron impedir la entrega del famoso revolucionario Hartman a las garras de los verdugos zaristas.

Cuando nos enteramos del escándalo de Yakutsk, Sasha y yo empezamos a hablar de volver a Rusia. ¿Qué podríamos esperar lograr en la estéril América? Nos harían falta años para dominar el idioma y Sasha no aspiraba a convertirse en un orador. En Rusia podríamos dedicarnos al trabajo conspirativo. Éramos parte de Rusia. Durante meses estuvimos acariciando aquella idea, pero la falta de los fondos necesarios nos obligó a desecharla. Y, entonces, con el informe de George Kennan de los horrores rusos, nuestros planes revivieron. Decidimos comentárselo a Most. Se entusiasmó con la idea. «Emma está mostrando ser una buena oradora», dijo. «Cuando haya dominado el idioma se convertirá en una potencia aquí. Tú sí puedes hacer mucho más en Rusia», coincidió con Sasha. Haría una llamada confidencial a algunos camaradas de confianza para reunir fondos y preparar a Sasha para el viaje y para su trabajo posterior. De hecho, Sasha mismo podría ayudar a redactar el documento. Most sugirió también que sería aconsejable que Sasha aprendiera el oficio de impresor para permitirle montar una imprenta secreta para publicar literatura anarquista en Rusia.

Me hacía feliz ver a Most rejuvenecido por su entusiasmo con nuestros planes. Le quise por la confianza que mostraba en mi muchacho, pero mi corazón se encogía ante la idea de que no quería que yo fuera también. No debía de imaginar lo que supondría para mí dejar a que Sasha fuera solo a Rusia. No, aquello no podría ocurrir, decidí en mi interior.

Quedamos en que Sasha fuera a New Haven; allí, en la imprenta de un camarada, se familiarizaría con todos los aspectos del oficio. Yo también iría a New Haven para estar cerca de Sasha. Invitaríamos a Helen y Anna Minkin a reunirse con nosotros, también a Fedya. Podríamos alquilar una casa y por fin podríamos llevar a cabo mis planes originales: montar un taller cooperativo de sastrería. Podríamos también trabajar para la Causa: organizar conferencias e invitar a Most y a otros oradores, montar conciertos y obras de teatro y recaudar fondos para propaganda. Nuestros amigos acogieron bien la idea y Most dijo que estaría feliz de tener allí una casa y amigos a los que acudir, un verdadero lugar de descanso. Sasha partió inmediatamente hacia New Haven. Fedya y yo nos deshicimos de los enseres que no podíamos llevarnos y el resto, junto con mi fiel máquina de coser, lo llevamos a New Haven. Una vez allí, colgamos un letrero: «Goldman y Minkin, modistas», pero pronto tuvimos que resignarnos y reconocer que los clientes no estaban exactamente haciendo cola, de manera que sería necesario primero ganar dinero por otros medios. Volví a la fábrica de corsés en la que había trabajado tras mi primera separación de Kershner. Solo habían pasado tres años desde entonces, pero me parecían siglos, mi mundo había cambiado completamente y yo con él.

Helen trabajaba conmigo en la fábrica mientras que Anna se quedaba en casa. Era una buena costurera, pero no sabía cortar o ajustar vestidos. Yo le preparaba por las noches el trabajo que ella podía terminar al día siguiente.

Era un enorme esfuerzo físico manejar la máquina todo el día en la fábrica, volver a casa a hacer la cena (nadie más en nuestra pequeña comuna sabía cocinar) y después cortar y ajustar vestidos para el día

siguiente, pero llevaba un tiempo con buena salud y teníamos un gran objetivo. Además estaban nuestros intereses sociales. Organizamos un grupo educativo, también conferencias, reuniones sociales y bailes. Apenas teníamos tiempo para pensar en nosotros mismos: nuestras vidas estaban ocupadas y llenas.

Most se sumó para dar una serie de conferencias y se alojó con nosotros. También vino Solotaroff y lo celebramos en recuerdo de la primera vez que lo había escuchado, en New Haven. Nuestro grupo se convirtió en un referente para los militantes progresistas rusos, judíos y alemanes. Nuestro trabajo, que se desarrollaba en idiomas extranjeros, no llamaba la atención ni de la prensa ni de la policía.

Poco a poco nos hicimos con una buena clientela, promesa de que dejaría pronto la fábrica. Sasha hacía grandes progresos con el impresor. Fedya había regresado a Nueva York porque no podía encontrar encargos en New Haven. Nuestras actividades de propaganda daban resultados. Las conferencias atraían a grandes multitudes, se vendía mucha literatura y *Die Freiheit* ganó muchos suscriptores. Nuestra vida era activa e interesante pero pronto se vio perturbada. Anna, que en Nueva York ya estaba alicaída, empeoró y mostró síntomas de tuberculosis y, una tarde de domingo, al final de una conferencia de Most, Helen se puso histérica. No parecía haber una razón particular para su estado, pero, a la mañana siguiente, me confesó su amor por Most, declarando que tenía que marcharse a Nueva York porque no podía soportar estar lejos de donde él estaba.

Yo no había estado mucho a solas con Most últimamente. Acudía a vernos después de sus conferencias, pero siempre había otras visitas alrededor y por la noche solía coger el tren a Nueva York. Algunas veces fui a Nueva York a petición de Most, pero nuestros encuentros allí solían terminar con una pelea. Él me exigía un contacto más íntimo que yo no podía ofrecerle. Una vez se enfureció y declaró que no tenía que mendigármelo, que podía «tener a Helen en cualquier momento». Yo pensé

que estaba bromeando, hasta que Helen confesó. Entonces me pregunté si realmente Most amaba a esa niña.

El domingo siguiente comió en nuestra casa y después dimos un paseo. Le pedí que me dijera qué sentía por Helen. «Ridículo», replicó. «Esa muchacha simplemente necesita un hombre. Cree que me ama. Estoy seguro de que cualquier hombre le vendría bien». Me molestó la insinuación, porque yo conocía bien a Helen; sabía que no era propio de ella entregarse de la forma que él insinuaba. «Anhela el amor», repliqué. Most se rio con cinismo. «¡Amor, amor, eso son tonterías sentimentales!», exclamó. «¡Solo existe el sexo!» Así que Sasha tenía razón después de todo, pensé. Most consideraba las mujeres solo como hembras. A mí seguramente tampoco me había querido por ninguna otra razón.

Me había dado cuenta hacía tiempo que la atracción que yo sentía por Most no era física. Era su intelecto, sus brillantes cualidades, su personalidad peculiar y contradictoria lo que me fascinaba; aun rechazando muchos de sus rasgos, el sufrimiento y la persecución que había sufrido derretían mi corazón. Él me reprochaba que me mostrara fría, que no lo amara. Una vez, mientras caminábamos en New Haven, se puso especialmente pesado. Mi negativa lo enfadó y se lanzó a una diatriba contra Sasha. Ya sabía desde hacía tiempo, dijo, que yo prefería «a ese arrogante ruso judío» que había osado pedirle cuentas a él, a Most, ese hombre que se había atrevido a darle lecciones sobre ética revolucionaria. Había hecho caso omiso de la crítica de «ese jovenzuelo alocado que no sabe nada de la vida», pero ya se había hartado y por eso le estaba ayudando a que se fuera a Rusia, lejos de mí. Yo tenía que escoger entre él y Sasha.

Yo era consciente de la callada rivalidad que había entre los dos, pero Most hasta entonces no había hablado de Sasha de esa manera. Me hirió en lo más profundo. Me olvidé de la grandeza de Most: solo veía que había osado atacar lo que me era más querido, mi Sasha, mi muchacho salvaje e

inspirado. Quise que Most y las lejanas montañas supieran de mi amor por ese «arrogante ruso judío». Grité impulsiva y apasionadamente que yo también era una rusa judía. ¿Acaso Most el anarquista era antisemita? ¿Cómo se atrevía a decir que me quería toda para él? ¿Era yo acaso un objeto que se tomara y poseyera? ¿Qué clase de anarquismo era ese? Sasha había acertado al afirmar que Most ya no era anarquista.

Most permaneció en silencio. Poco después escuché un gemido como de un animal herido. Mi exabrupto terminó de golpe. Se tiró al suelo, boca abajo, con los puños apretados. Diversas emociones luchaban dentro de mí: amor por Sasha, mortificación por haber hablado con tanta dureza, ira hacia Most, intensa compasión por él mientras yacía como un niño ante mí, llorando. Levanté suavemente su cabeza. Deseaba decir cuánto lo sentía, pero las palabras parecían banales. Me miró a los ojos y susurró: «*Mein kind*, *mein kind*, Sasha es un perro con suerte por tener ese amor. Me pregunto si lo aprecia». Enterró su cabeza en mi regazo y nos sentamos en silencio.

De repente oímos unas voces. «¡Arriba, arriba, vosotros dos! ¿Qué es eso de hacer el amor en público? Estáis detenidos por conducta desordenada». Most hizo el gesto de levantarse. Me atenazó un terror frío, no por mí, sino por él. Sabía que si lo reconocían se lo llevarían a la comisaría y al día siguiente los periódicos publicarían historias injuriosas sobre él. Rápida como un rayo se me ocurrió inventarme una treta, cualquier cosa que pudiera evitar un escándalo. «Cuánto me alegro de que hayan venido», les dije. «Mi padre ha tenido un mareo repentino. Tenía la esperanza de que pasara alguien por aquí y pudiera ir a buscar a un médico. ¿Alguno de ustedes, caballeros, podría hacer algo?» Los dos se echaron a reír. «¡Ya, tu padre, lista! Bueno, si tu padre nos da cinco pavos por esta vez lo dejaríamos pasar». Hurgué apresuradamente en mi monedero y saqué el único billete de cinco dólares que tenía. Los hombres se marcharon mientras su risa obscena hería mis oídos.

Most se levantó como una bala, intentando con dificultad suprimir una carcajada. «Eres lista», dijo, «pero ahora veo que nunca seré para ti otra cosa que un padre». Aquella noche, tras la conferencia, no acompañé a Most a la estación.

A la mañana siguiente muy temprano Sasha me sacó de mi sueño. Anna había tenido una hemorragia en los pulmones. El doctor, convocado con urgencia, dijo que el caso era grave y prescribió un sanatorio para Anna. Unos días después Sasha la llevó a Nueva York. Yo me quedé en New Haven para liquidar nuestros asuntos. Mi gran plan de un negocio cooperativo se había hecho añicos.

En Nueva York alquilamos un piso en la calle Forsythe. Fedya seguía haciendo ampliaciones a lápiz cuando tenía la suerte de recibir encargos. Yo volví a aceptar trabajo a destajo. Sasha trabajaba como tipógrafo en *Die Freiheit*, aún aferrándose a la esperanza de que Most le permitiera ir a Rusia. La petición de fondos, redactada por Most y Sasha, ya había sido enviada y esperábamos con ansiedad los resultados.

Yo pasaba mucho tiempo en la oficina de *Die Freiheit*, donde las mesas rebosaban de correspondencia europea. Uno de los envíos atrajo mi atención. Era *Die Autonomie*, un semanario alemán que se publicaba en Londres. Aunque no se podía comparar con *Die Freiheit* en potencia y expresividad del lenguaje, sí me pareció que expresaba el anarquismo de una forma más clara y convincente. En una ocasión le mencioné a Most la publicación y se enfureció. Me dijo secamente que la gente que había detrás de esa iniciativa eran personajes dudosos, que se habían mezclado con «el espía Peukert, que había traicionado a John Neve, uno de nuestros mejores camaradas alemanes, y lo había entregado a la policía». Nunca se me habría ocurrido dudar de Most y dejé de leer *Die Autonomie*.

Pero mi progresiva cercanía al movimiento y mis otras experiencias me dejaban entrever la parcialidad de Most. Empecé de nuevo a leer *Die*

Autonomie. Pronto llegué a la conclusión de que, por muy en lo cierto que pudiera estar Most en lo que respecta al personal del periódico, sus posiciones me eran más cercanas que las de *Die Freiheit*. *Die Autonomie* ponía más énfasis en la libertad del individuo y en la independencia de los grupos. Su tono en general me resultaba mucho más atractivo. Mis dos amigos pensaban igual. Sasha sugirió que contactáramos con los camaradas de Londres.

No pasó mucho tiempo antes de que nos enteráramos de la existencia de un grupo *Die Autonomie* en Nueva York. Sus asambleas semanales se celebraban los sábados y decidimos visitarlos en la calle Quinta. Lucía el nombre peculiar de *Zum Grossen Michel*, que se adecuaba muy bien al aspecto rudo y los modales toscos de su gigantesco propietario. El líder espiritual del grupo era Joseph Peukert.

Como estábamos influidos por Most en contra de Peukert, nos resistíamos a creer la versión que este último daba de la historia que lo hacía responsable del arresto y encarcelamiento de Neve, pero tras meses de frecuentar a Peukert nos convencimos de que, cualquiera que hubiera sido su participación en aquel terrible asunto, no podría haber sido una traición deliberada.

En su momento Joseph Peukert había jugado un papel muy importante en el movimiento socialista austriaco, pero no podía en ningún aspecto compararse con Johann Most. Carecía de la viva personalidad de este último, de su genio y de su fascinante espontaneidad. Peukert era serio, pedante y carecía de sentido del humor. Al principio creí que su carácter sombrío se debía a la persecución que había sufrido, a la acusación de traición que lo acompañaba y que lo había convertido en un paria, pero pronto entendí que su sentimiento de inferioridad se originaba en sí mismo y que, de hecho, era la fuerza dominante en su odio hacia Most. Y aun así nuestras simpatías estaban con Peukert. Nos parecía que la disputa entre los dos campos anarquistas, entre los seguidores de Most y los de Peukert, era

en gran medida el resultado de una lucha de vanidades. Nos parecía justo que Peukert pudiera explicarse ante un grupo de camaradas imparciales. En esta opinión nos secundaban algunos miembros de los Pioneros de la Libertad, donde militaban Sasha y Fedya.

En la conferencia nacional de las organizaciones anarquistas *yiddish*, celebrada en diciembre de 1890, Sasha propuso que las acusaciones Most-Peukert se sometieran a una investigación exhaustiva y que se les pidiera a ambos hombres que aportaran sus pruebas. Cuando Most se enteró, toda la rivalidad personal y toda la rabia que sentía contra Sasha estallaron en una furia incontrolable. «Ese arrogante jovenzuelo judío», gritó. «Ese *Grünschnabel* (novato). ¿Cómo se atreve a dudar de Most y de los camaradas que hace tiempo que han demostrado que Peukert era un espía?» De nuevo sentí que Sasha tenía razón en su juicio sobre Most. ¿Acaso no había mantenido por mucho tiempo que Most era un tirano que quería gobernar con mano de hierro bajo el disfraz del anarquismo? ¿No me repetía una y otra vez que Most ya no era un revolucionario? «Puedes hacer lo que quieras», me dijo ahora Sasha, «pero yo he terminado con Most y con *Die Freheit*». Dejaría inmediatamente su trabajo en el periódico.

Yo había estado muy cerca de Most, me había asomado a lo más profundo de su alma, había sentido con demasiada fuerza su encanto y su fascinación, sus cumbres y simas, como para abandonarlo tan fácilmente. Acudiría a él y trataría de calmar su mente inquieta, como tantas veces había hecho. Estaba segura de que Most amaba nuestros hermosos ideales. ¿Acaso no lo había dado todo por ellos? ¿No había sufrido dolor e indignidad por él? Seguro que podríamos conseguir que viera el enorme daño que su disputa con Peukert había ya producido al movimiento. Iría a verlo.

Sasha me llamó adoradora ciega; ya sabía desde siempre, dijo, que Most el hombre me importaba más que Most el revolucionario, pero yo no podía estar de acuerdo con las rígidas distinciones de Sasha. Desde la primera vez

que le había oído decir que la Causa era más importante que la vida y la belleza, algo en mí se rebelaba, pero, tanta era su firmeza y tan desprendida su entrega que me costaba convencerme de su error. Algo en mí me ligaba a la tierra, al lado humano de quienes entraban en mi vida. A menudo pensaba que yo debía de ser débil, que nunca alcanzaría las cumbres idealistas y revolucionarias de Sasha, pero que al menos sí podría amarlo por su fervor. Algún día le demostraría cuán grande podía ser mi devoción.

Acudí a la oficina de *Die Freiheit* a ver a Most. ¡Cuánto había cambiado su actitud hacia mí, qué contraste con mi primera y memorable visita! «¿Qué quieres de mí ahora que estás con ese grupo indecente?» Así me recibió. «Has elegido como amigos a mis enemigos». Me acerqué a él y le dije que no quería discutir en la oficina. ¿No querría salir conmigo esa tarde, en homenaje a nuestra amistad? «Nuestra amistad», gritó despreciativamente—, «fue hermosa mientras duró. ¿Dónde está ahora? ¡Te ha parecido conveniente juntarte con mis enemigos y has elegido a un jovenzuelo en vez de a mí! ¡Quien no está conmigo está contra mí!» Pero aunque seguía hablando con rabia, creí advertir un cambio en su tono. Ya no era tan duro. Había sido su voz lo que originalmente me había conmovido por dentro; había aprendido a amarla, a entenderla en sus trémulas mutaciones, desde la dureza del acero a la ternura más delicada. Siempre fui capaz de distinguir entre las cumbres y las simas de sus emociones por el timbre de su voz. Y por eso sabía en aquel momento que ya no estaba enfadado.

Le cogí la mano. «Por favor, Hannes, ven». Se llevó mi mano a su corazón. «Eres una *Hexe* (bruja), una mujer terrible. Serás la ruina de cualquier hombre. Pero te quiero. Iré».

Fuimos a un café entre la calle Seis y la calle Cuarenta y dos. Era un lugar de reunión famoso entre gentes del teatro, jugadores y prostitutas. Eligió ese lugar porque allí nunca iban los camaradas.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que habíamos salido juntos, que había contemplado la fabulosa transformación que siempre se producía en Most tras unas pocas copas de vino. Su cambio de humor me transportaba a un mundo diferente, un mundo sin discordias ni disputas, sin una Causa que nos atara, sin camaradas ni opiniones que tener en cuenta. Todas las diferencias quedaban olvidadas. Cuando nos separamos, no le había hablado aún del caso Peukert.

Al día siguiente recibí una carta de Most, que adjuntaba datos sobre el caso Peukert. Leí primero la carta. De nuevo vertía en ella su corazón, como en el viaje a Boston. Se lamentaba de nuestro amor y contaba por qué debía terminar: no solo no podría continuar compartiéndome con otro sino que no podía ya soportar las crecientes diferencias entre nosotros. Estaba seguro de que yo seguiría creciendo y me convertiría en una fuerza cada vez más importante en el movimiento, pero esa misma certeza lo convencía de que nuestras relaciones estaban destinadas a no ser permanentes. Él necesitaba un hogar, hijos, el cuidado y la atención que proveen las mujeres corrientes, cuyo único interés en la vida es el hombre al que aman y los hijos que crían. Y sentía que lo había encontrado en Helen. Su atracción por ella no era la pasión tempestuosa que yo había despertado. Nuestro último abrazo era solo una prueba más del poder que yo tenía sobre él. Fue extático, pero lo dejó revuelto, en un conflicto, infeliz. Las riñas dentro de nuestras filas, la precaria condición del *Die Freiheit* y su próximo e inevitable retorno a la isla de Blackwell se combinaban para robarle la tranquilidad, para impedirle hacer un trabajo que era, después de todo, su gran tarea vital. Esperaba que entendiera y que incluso lo ayudara a encontrar esa paz que buscaba.

Leí y releí la carta, encerrada en mi habitación. Quería estar a solas con todo lo que Most había significado para mí, todo lo que me había dado. ¿Qué le había dado yo? No tanto como la mujer corriente da al hombre que ama. Me dolía reconocer, incluso ante mí misma, que carecía de lo que él

tanto deseaba. Sabía que podría haberle dado hijos si hubiera decidido operarme. Qué fantástico habría sido tener un hijo de esa personalidad única. Me quedé sentada, perdida en aquel pensamiento, pero pronto se despertó algo más insistente en mi cerebro. Sasha, la vida y el trabajo que nos esperaba juntos. ¿Renunciaría a todo aquello? No, no. Imposible, no podría ocurrir. Pero, ¿por qué Sasha por encima de Most? Sin duda Sasha tenía juventud y un fervor indomable. ¡Ah, sí, su fervor, ese era el cemento que me había unido a él! Pero supongamos que Sasha también quisiera una mujer, un hogar e hijos. ¿Y entonces? ¿Sería yo capaz de darle eso? Pero Sasha nunca esperaría algo así, vivía solo para la Causa y querría que yo también viviera solo para ella.

Una noche de agonía siguió a aquel día. No pude encontrar ni paz ni respuestas.

07

En el Congreso de la Internacional Socialista celebrado en París en 1889 se había tomado la decisión de convertir el Primero de Mayo en una fiesta del trabajo en todo el mundo. La idea atrapó la imaginación de los trabajadores progresistas de todas las tierras. El nacimiento de la primavera marcaría el nuevo despertar de las masas a nuevos esfuerzos para su emancipación. En ese año, 1891, la decisión del Congreso se puso en práctica. El Primero de Mayo los operarios debían soltar sus herramientas, parar las máquinas, salir de las fábricas y las minas. Vestidos de fiesta se manifestarían con sus banderas, desfilando al ritmo edificante de la música y las canciones revolucionarias. En todas partes se celebrarían mítines para articular las aspiraciones obreras.

Los países latinos ya habían empezado los preparativos. Las publicaciones socialistas y anarquistas informaban con detalle de las intensas actividades programadas para el gran día. También en América la convocatoria del Primero de Mayo quería ser una impresionante demostración del poder y la fuerza obreros. Se celebraron sesiones nocturnas para organizar el acontecimiento. A mí se me asignó de nuevo el reclutar a los sindicatos. La prensa del país empezaba una campaña de ignominia, acusando a los elementos radicales de conspirar para la revolución. Se exigía a los sindicatos que purgaran sus filas de «la chusma y los criminales extranjeros que han venido a nuestro país a destruir sus

instituciones democráticas». La campaña tuvo su efecto. Los organismos obreros conservadores se negaron a soltar las herramientas y participar en la manifestación del Primero de Mayo. Los demás eran demasiado pequeños numéricamente y aún seguían demasiado aterrorizados por los ataques a los sindicatos alemanes durante los días de Haymarket en Chicago. Solo los más radicales entre las organizaciones alemanas, judías y rusas se ciñeron a la decisión original. Se manifestarían.

La celebración de Nueva York la organizaban los socialistas. Reservaron Union Square y prometieron dejar hablar a los anarquistas desde su propio estrado, pero, en el último momento, los organizadores socialistas se negaron a dejarnos levantar nuestro estrado en la plaza. Most no llegó a tiempo, pero yo ya me encontraba allí con un grupo de jóvenes, entre ellos Sasha, Fedya y algunos camaradas italianos. Estábamos resueltos a salirnos con la nuestra en una ocasión tan importante. Cuando fue evidente que no tendríamos nuestro estrado, los chicos me subieron a uno de los carros socialistas. Empecé a hablar. El moderador se fue, pero volvió unos minutos más tarde junto con el dueño del carro. Yo seguí hablando. El hombre enganchó su caballo al carro y comenzó a trotar. Yo seguía hablando. La muchedumbre, que no podía entender lo que ocurría, salió de la plaza detrás de nosotros y caminó siguiendo el carro a lo largo de un par de manzanas mientras yo seguía hablando.

De repente apareció la policía y comenzó a golpear a la gente. El conductor se detuvo. Los chicos me sacaron rápidamente del carro y salimos corriendo. Los periódicos del día siguiente contaban la historia de la misteriosa joven subida a un carro que había agitado la bandera roja y exigido la revolución, mientras «su timbre agudo de voz hacía galopar al caballo».

Unas semanas más tarde, llegó la noticia de que el Tribunal Supremo había rechazado el recurso de Johann Most. Sabíamos que eso quería decir que

volvería a la isla de Blackwell. Sasha olvidó sus diferencias con Most y a mí ya no me importaba que me hubiera expulsado de su corazón y de su vida. Lo único importante entonces era el hecho cruel de que Most volvería a prisión, que volverían a afeitarlo, que su deformidad, por la que tanto había sufrido, lo convertiría de nuevo en blanco de burlas y humillaciones.

Fuimos los primeros en llegar al juzgado. Llegó Most, acompañado por sus abogados y por su fiador, nuestro viejo camarada Julius Hoffman. Fueron llegando muchos amigos, entre ellos Helen Minkin. Most parecía indiferente a su destino, erguido y orgulloso. Era de nuevo el viejo guerrero, el rebelde inquebrantable.

El proceso duró apenas unos minutos. Ya en el pasillo corrí hacia Most, cogí su mano y susurré: «Hannes, querido Hannes, daría lo que fuera por ocupar tu lugar». «Sé que lo harías, mi *blondkopf*. Escríbeme a la isla». Y se lo llevaron.

Sasha acompañó a Most hasta la isla de Blackwell. Volvió entusiasmado por su espléndido comportamiento: nunca lo había visto tan rebelde, tan digno, tan brillante. Incluso los periodistas habían quedado impresionados. «Debemos enterrar nuestras diferencias, debemos trabajar con Most», declaró Sasha.

Se decidió convocar un mitin masivo para protestar por la decisión del Tribunal Supremo y recaudar fondos para continuar la batalla judicial y para hacer su vida en prisión lo más soportable posible. Nuestro camarada preso despertaba simpatías en todas las filas radicales. En cuarenta y ocho horas conseguimos llenar un gran salón, donde yo fui una de las oradoras. Mi discurso no versó únicamente sobre Johann Most, el símbolo de la revuelta universal, el portavoz del anarquismo, sino sobre el hombre que había sido mi gran inspiración, mi maestro y camarada.

Aquel invierno, Fedya se fue a Springfield, Massachusetts, para trabajar para un fotógrafo. Después de un tiempo me escribió diciendo que yo

podría trabajar en ese mismo lugar, atendiendo los encargos. Me alegré de la oportunidad; me sacaría de Nueva York, de la eterna rueda de esclavitud de la máquina de coser. Sasha y yo nos habíamos mantenido haciendo jerséis de niño a destajo. A menudo trabajábamos dieciocho horas al día en la única habitación con luz de nuestro piso y yo además tenía que hacer la comida y las tareas del hogar. Springfield sería un cambio y un alivio.

El trabajo no era arduo y el estar con Fedya, tan distinto tanto de Most como de Sasha, me tranquilizaba mucho. Teníamos muchos gustos en común fuera del movimiento: nuestro amor por la belleza, por las flores, por el teatro. De esto último poco había en Springfield; de hecho, las obras y el teatro estadounidenses me resultaban detestables. Después de Königsberg, de San Petersburgo y del German Irving Place Theatre en Nueva York, las obras estadounidenses corrientes me parecías planas y chabacanas.

Fedya tenía tanto éxito con su trabajo que nos parecía una locura seguir enriqueciendo a nuestro patrón. Se me ocurrió que podríamos instalarnos por nuestra cuenta y decirle a Sasha que viniera con nosotros. Aunque Sasha nunca se quejaba, yo podía sentir en sus cartas que no se encontraba a gusto en Nueva York. Fedya sugirió que abriéramos nuestro propio estudio. Decidimos ir a Worcester, Massachusetts, e invitar a Sasha a que se uniera a nosotros.

Montamos una oficina, colocamos un letrero y esperamos a los clientes, pero no venía nadie y nuestros escasos ahorros menguaban. Alquilamos un caballo y una calesa que nos permitía visitar los alrededores y conseguir encargos de los granjeros que quisieran ampliaciones a lápiz de sus fotografías familiares. Sasha conducía y, cada vez que nos la pegábamos contra los árboles o las aceras, se desahogaba hablando de la terquedad natural de nuestro caballo. A menudo viajábamos durante horas sin conseguir ningún trabajo.

Nos sorprendía la enorme diferencia entre los habitantes de Nueva Inglaterra y el campesino ruso. Este último apenas tiene nada para comer, pero nunca dejaría de ofrecer pan y *kvass* (sidra) a un desconocido. También los campesinos alemanes, por lo que recordaba de mis días escolares, nos habrían invitado a su «mejor habitación», habrían puesto leche y mantequilla en la mesa y nos habrían forzado a compartirlas con ellos, pero aquí, en la libre América, donde los granjeros poseían hectáreas de terreno y mucho ganado, teníamos suerte si nos recibían en sus casas o nos daban un vaso de agua. Sasha solía decir que el granjero estadounidense carecía de compasión y amabilidad porque nunca había conocido la miseria. «En realidad es un pequeño capitalista», argumentaba. «Es distinto con los campesinos rusos, o incluso con los alemanes; ellos son proletarios. Por eso son amables y hospitalarios». A mí no me acababa de convencer. Había trabajado con proletarios en las fábricas y no siempre me parecían tan generosos y dispuestos a ayudar, pero la fe de Sasha en el pueblo era contagiosa y disipaba mis dudas.

Más de una vez estuvimos a punto de tirar la toalla. La familia con la que vivíamos nos aconsejó abrir una cafetería o una heladería. La sugerencia nos pareció al principio absurda: no teníamos ni fondos ni ganas de tener una empresa así. Además, meternos en un negocio iba en contra de nuestros principios.

Precisamente en ese momento la prensa radical alertaba de nuevas atrocidades en Rusia. Volvió a invadirnos el viejo anhelo de regresar a nuestro país natal, pero ¿cómo podríamos reunir tanto dinero? La petición privada que mandó Most no había obtenido una respuesta esperada. Entonces se nos ocurrió que una heladería podría ser el medio para ese fin. Cuanto más lo pensábamos, más convencidos estábamos de que era la única solución.

Nuestros ahorros consistían en cincuenta dólares. Nuestro casero, que había sugerido la idea, dijo que nos prestaría ciento cincuenta dólares.

Alquilamos una tienda y, en un par de semanas, la habilidad de Sasha con el martillo y la sierra, la de Fedya con los pinceles y las brochas y mi propia formación como ama de casa alemana consiguieron convertir aquel destartalado local en una atractiva cafetería. Era primavera y aún no hacía suficiente calor como para que se desatara la fiebre por el helado, pero el café que yo preparaba, nuestros bocadillos y los exquisitos platos empezaban a ser apreciados y pronto nos afanamos sin descanso desde primeras horas de la mañana. En poco tiempo habíamos devuelto el préstamo a nuestro casero y pudimos invertir en un surtidor de soda y en una vajilla de hermosos colores. Nos veíamos encaminados a conseguir nuestro sueño tanto tiempo acariciado.

08

Corría mayo de 1892. Las noticias desde Pittsburgh anunciaban que había estallado el conflicto entre la Carnegie Steel Company y sus empleados organizados en la Amalgamated Assotiation of Iron and Steel Workers. Aquel era uno de los mayores y más eficaces sindicatos del país, compuesto casi exclusivamente de estadounidenses, hombres decididos y con brío, que defenderían sus derechos. La Carnegie Company, por el otro lado, era una compañía poderosa, conocida por ser una dura patronal. Resultaba especialmente significativo que Andrew Carnegie, su presidente, hubiera cedido temporalmente toda la gerencia al presidente de la compañía, Henry Clay Frick, un hombre conocido por su animadversión al movimiento obrero. Frick era también el dueño de unas extensas explotaciones de coque, donde los sindicatos estaban prohibidos y los obreros sojuzgados con puño de hierro.

El elevado arancel de importación del acero había dado un gran impulso a la industria del acero estadounidense. La Carnegie Company era prácticamente un monopolio y gozaba de una prosperidad sin precedentes. Sus hornos más grandes estaban en Homestead, cerca de Pittsburgh, donde se empleaban miles de obreros en tareas que requerían larga práctica y mucha destreza. Los salarios se acordaban entre la compañía y el sindicato, según una escala móvil que se basaba en el precio de mercado prevalente de los productos del acero. El presente convenio estaba a punto de expirar y

los obreros presentaron un nuevo plan de salarios, pidiendo un aumento debido al alza de los precios de mercado y la ampliación de la producción de los hornos.

El filantrópico Andrew Carnegie se retiró cómodamente a su castillo en Escocia y Frick se hizo cargo por completo de la situación. Declaró que en adelante se abolía la escala creciente. La compañía no firmaría más acuerdos con la Amalgamated Association: ella determinaría unilateralmente el monto de los salarios. De hecho, ya no reconocía en absoluto al sindicato. No negociaría con los trabajadores colectivamente, como antes. Cerraría los hornos y los hombres podían considerarse despedidos. A partir de ese momento, tendrían que apuntarse individualmente para trabajar y la paga se acordaría con cada obrero por separado. Frick rechazó de plano las ofertas de paz de la organización obrera, declarando que no había «nada que arbitrar». Acto seguido se cerraron los hornos. «No es una huelga, se trata de un cierre patronal», anunció Frick. Aquello era una declaración de guerra.

Los sentimientos se desbordaron en Homestead y los alrededores. Las simpatías de toda la región estaban con aquellos hombres. Incluso la sección más conservadora de la prensa condenó a Frick por sus métodos drásticos y arbitrarios. Lo acusaron de provocar deliberadamente una crisis que podría adquirir proporciones nacionales, a la vista de gran número de hombres despedidos por la acción de Frick, y que posiblemente tendría su efecto sobre los afiliados a los sindicatos y en las industrias del ramo.

Los trabajadores de todo el país se sublevaron. Los obreros del acero declararon que estaban preparados para aceptar el desafío de Frick: insistían en su derecho a organizarse y a negociar colectivamente con sus patronos. Su tono era viril y resonaba en él el espíritu de sus ancestros de la guerra de la independencia.

Muy lejos del escenario de la inminente lucha, en nuestra pequeña heladería de la ciudad de Worcester, nosotros seguíamos con avidez su

desarrollo. A nosotros nos sonaba como el despertar del obrero estadounidense, el tan esperado día de su resurrección. El operario nativo se había levantado, empezaba a sentir su poderosa fuerza, estaba decidido a romper las cadenas que lo tenían sometido desde hace tanto tiempo. Nuestros corazones ardían de admiración por los hombres de Homestead.

Seguíamos con nuestro trabajo cotidiano, atendíamos a los clientes, hacíamos tortitas, despachábamos té y helados, pero nuestros pensamientos estaban en Homestead, con los valientes trabajadores siderúrgicos. Las noticias nos absorbían tanto que no nos permitíamos tiempo ni siquiera para dormir. Al romper el día, uno de los chicos salía a buscar las primeras ediciones de los periódicos. Nos saturábamos con los acontecimientos de Homestead y excluíamos todo lo demás. Pasábamos noches enteras discutiendo las distintas fases de la situación, casi absorbidos por las posibilidades de la gigantesca lucha.

Una tarde entró un cliente a comprar un helado mientras yo estaba sola en la tienda. Al servírselo, leí los enormes titulares de su periódico. «Últimos acontecimientos en Homestead. Las familias de los huelguistas deshauciadas de las casas de la compañía. Mujer postrada en cama arrastrada a la calle por los comisarios». Leí por encima del hombro de aquel cliente las palabras de Frick a los obreros: antes los prefería muertos que ceder a sus demandas y los amenazaba con hacer llegar a los detectives de Pinkerton. La brutal aspereza de la noticia, la inhumanidad de Frick hacia la madre desahuciada, inflamaron mi mente. La indignación recorrió todo mi ser. Escuché al hombre preguntar: «¿Se encuentra mal, señorita? ¿Puedo hacer algo por usted?». «Sí, puede dejarme su periódico», balbuceé. «No hace falta que me pague el helado, pero tengo que pedirle que se vaya. Tengo que cerrar la tienda». El hombre me miró como si me hubiera vuelto loca.

Cerré la tienda y corrí a toda velocidad las tres manzanas que la separaban de nuestro pequeño apartamento. Era Homestead, no Rusia;

entonces lo vi claro. Nuestro lugar era Homestead. Los chicos, descansando en el sofá antes del turno de la noche, se incorporaron cuando entré como una tromba en la habitación con el periódico aferrado a mi mano. «¿Qué ha ocurrido, Emma? ¡Tienes un aspecto horrible!» Yo no podía hablar. Les entregué el periódico.

Sasha fue el primero en reaccionar. «¡Homestead!», exclamó. «¡Tengo que ir a Homestead!» Rodeé su cuello con mis brazos, gritando su nombre. Yo también iría. «Tenemos que irnos esta misma noche», dijo. «¡El gran momento finalmente ha llegado!» Siendo internacionalistas, añadió, no nos importaba en qué lugar golpearía el proletariado, pero debíamos estar a su lado. Debíamos aportarles nuestro gran mensaje y ayudarlos a ver que no debían luchar solo por ese momento sino por todos los tiempos, por una vida libre, por el anarquismo. Rusia tenía muchos hombres y mujeres heroicos pero, ¿quién había en América? ¡Sí, teníamos que ir a Homestead esa misma noche!

Sasha jamás se había expresado de manera tan elocuente. Parecía haber crecido en estatura. Parecía fuerte y desafiante, una luz interior en su rostro lo hacía más hermoso que nunca.

Inmediatamente acudimos a ver a nuestro casero y le informamos de nuestra decisión de partir. Nos contestó que estábamos locos. Nos estaba yendo muy bien, la prosperidad estaba a la vuelta de la esquina. Si aguantábamos hasta el final del verano, argumentaba, podríamos sacar como poco mil dólares limpios, pero aquel hombre discutía en vano, no íbamos a cambiar. Inventamos la historia de que un pariente muy querido estaba agonizando y que por tanto teníamos que irnos. Le cedíamos la tienda: lo único que queríamos eran los ingresos de esa noche. Nos quedaríamos hasta la hora de cierre, dejaríamos todo limpio y le devolveríamos las llaves.

Aquella noche hubo muchísimo trabajo. Nunca habíamos tenido tantos clientes. A la una de la madrugada habíamos vendido todo. Nuestra

recaudación fue de setenta y cinco dólares. Salimos en un tren a primera hora.

Por el camino discutimos nuestros planes inmediatos. Lo primero era imprimir un manifiesto para los trabajadores del acero. Tendríamos que encontrar a alguien que lo tradujera al inglés porque aún no podíamos expresar correctamente nuestros pensamientos en ese idioma. Imprimiríamos los textos en alemán e inglés en Nueva York y nos los llevaríamos a Pittsburgh. Allí, con la ayuda de los camaradas alemanes, organizaríamos mítines para que yo hablara. Fedya se quedaría en Nueva York a la espera de nuevos acontecimientos.

Desde la estación fuimos directamente el piso de Mollock, un camarada austriaco que habíamos conocido en el grupo *Autonomie*. Era panadero y trabajaba de noche, pero Peppie, su mujer, y sus dos niños, estaban en casa. Estábamos seguros de que nos acogería.

Se sorprendió al vernos a los tres aparecer con la maleta en la mano, pero nos dio la bienvenida, nos dio de comer y nos invitó a acostarnos, pero teníamos otras cosas que hacer.

Sasha y yo fuimos a buscar a Claus Timmermann, un conocido, apasionado anarquista alemán. Tenía bastante talento poético y escribía propaganda muy eficaz. De hecho, había sido redactor de un periódico anarquista en Saint Louis antes de vivir en Nueva York. Era un tipo muy agradable y de absoluta confianza, aunque un bebedor formidable. Nos parecía que Claus era la única persona a la que podríamos incluir con total seguridad en nuestro plan. Enseguida captó nuestro espíritu. El manifiesto se escribió esa misma tarde. Era una exaltada llamada a los hombres de Homestead para que se sacudieran el yugo del capitalismo, para que aprovecharan su lucha actual como un primer paso hacia la destrucción del sistema asalariado y continuar hacia la revolución social y el anarquismo.

Unos días después de nuestro regreso a Nueva York, las noticias de la masacre de los trabajadores del acero por parte de los hombres de Pinkerton

llegaron a todo el país. Frick había fortificado los hornos de Homestead, construyendo una alta valla a su alrededor. Entonces, en mitad de la noche, una barcaza atestada de esquiroles, bajo la protección de los mercenarios de Pinkerton, fuertemente armados, subió en silencio por el Monongahela River. Los obreros se habían enterado de la maniobra de Frick. Se posicionaron a lo largo de la orilla, decididos a expulsar a los secuaces de Frick. Cuando la barcaza se puso a tiro, los hombres de Pinkerton dispararon, sin previo aviso, asesinando a varios hombres de Homestead en la orilla, entre ellos a un niño pequeño, e hiriendo a muchos otros.

La matanza indiscriminada indignó incluso a los diarios. Algunos publicaron enérgicos editoriales que criticaban con acritud a Frick. Había ido demasiado lejos: había echado gasolina al fuego de las filas sindicales y sería el único culpable de los actos desesperados que pudieran cometer.

Nos quedamos petrificados. Nos dimos cuenta enseguida de que el momento de nuestro manifiesto había pasado. Las palabras habían perdido su significado ante la sangre inocente derramada en las orillas del Monongahela. Intuitivamente cada uno notó lo que surgía en el corazón de los otros. Sasha rompió el silencio. «Frick es el factor responsable en este crimen», dijo, «y tiene que enfrentarse a las consecuencias». Era el mejor momento para perpetrar un *Attentat*: todo el país estaba alerta, todo el mundo consideraba a Frick el autor de un asesinato a sangre fría. Un golpe dirigido a Frick resonaría hasta en el último rincón de aquel país, centraría la atención del mundo entero sobre la causa real que había detrás de la lucha de Homestead. También produciría terror en las filas enemigas y los haría darse cuenta de que el proletariado de América tenía quien le vengara.

Sasha nunca había hecho bombas, pero *La ciencia de la guerra revolucionaria* de Most era un buen manual. Conseguiría la dinamita de un camarada que conocía en Staten Island. Había esperado por ese sublime momento para servir a la causa, para dar la vida por el pueblo. Iría a Pittsburgh.

«¡Nos vamos contigo!», gritamos a la vez Fedya y yo, pero Sasha no quería ni oírnos. Insistía en que era innecesario y criminal malgastar tres vidas en un solo hombre.

Nos sentamos, Sasha entre nosotros dos, con las manos entrelazadas. En un tono tranquilo y regular, explicó su plan ante nosotros. Perfeccionaría un reloj para la bomba que le permitiera matar a Frick y ponerse a salvo. No porque quisiera escapar. No, quería vivir lo suficiente como para justificar su acción ante un tribunal, para que el pueblo estadounidense supiera que no era un criminal sino un idealista.

«Mataré a Frick», dijo Sasha, «y, por supuesto, me condenarán a muerte. Moriré con orgullo con la certeza de que entrego mi vida por el pueblo, pero moriré por mi propia mano, como Lingg. Nunca permitiré que mis enemigos me asesinen».

Estaba colgada de sus labios. Su claridad, su calma y su fuerza, el sagrado fuego de su ideal, me transportaban, me tenían fascinada. Volviéndose hacia mí, continuó con su voz profunda. Yo era la oradora con talento, la propagandista. Yo podía hacer mucho después de su acción. Podía articular su significado ante los obreros. Podía explicar que él no sentía ninguna antipatía personal hacia Frick, que en tanto ser humano Frick no era para él menos que nadie. Frick era el símbolo de la riqueza y del poder, de la injusticia y los errores de la clase capitalista, así como personalmente responsable del derramamiento de sangre obrera. La acción de Sasha estaría dirigida contra Frick, no en tanto hombre, sino en tanto enemigo de la clase obrera. Sin duda yo era consciente de lo importante que era que me quedara quieta para defender el sentido de su acción y difundir su mensaje por todo el país.

Cada palabra que decía machacaba mi cerebro como un martillo pilón. Cuanto más hablaba él, más consciente era yo del hecho terrible de que no me necesitaba en su última gran hora. Aquello borró todo lo demás: mensaje, causa, deber, propaganda. ¿Qué sentido podrían tener todas esas

cosas comparadas con esa fuerza que había convertido a Sasha en carne de mi carne y sangre de mi sangre desde el momento en que había escuchado su voz y sentido el apretón de su mano, en nuestro primer encuentro? ¿Tan poco le habían enseñado de mi alma los tres años que habíamos pasado juntos, para que ahora pudiera decirme con calma que yo siguiera viviendo después de que él hubiera saltado por los aires o le hubieran ahorcado hasta morir? ¿El verdadero amor, no el amor corriente, sino el amor que desea compartirlo todo con el amado, no es acaso más imperioso que todo lo demás? Aquellas mujeres rusas lo sabían, Jessie Helfmann y Sophia Perovskaya: ellas dos habían marchado junto a sus hombres en la vida y en la muerte. Yo no podría hacer menos.

«Iré contigo, Sasha», exclamé. «Debo ir contigo. Sé que como mujer puedo ser de ayuda. Puedo acceder a Frick más fácilmente que tú. Puedo abrir el camino para tu acción. Y, además, tengo que ir contigo. ¿Lo entiendes, Sasha?»

Pasamos unas semanas febriles. Los experimentos de Sasha tenían lugar por la noche, cuando todo el mundo dormía. Mientras Sasha trabajaba, yo vigilaba. Vivía en un temor constante por Sasha, por nuestros amigos del piso, por los niños y el resto de los inquilinos. ¿Y si algo salía mal? ¿ Acaso el fin justificaría entonces los medios? Nuestro fin era la sagrada causa de los pueblos oprimidos y explotados. Por ellos íbamos a entregar nuestras vidas. ¿Y qué si alguien más debía perecer? Muchos serían liberados y vivirían en la belleza y la comodidad. Sí, en este caso, el fin justificaba los medios.

Después de pagar nuestro billete de Worcester a Nueva York nos quedaban unos sesenta dólares. Y ya habíamos empleado veinte desde nuestra llegada. El material que Sasha había comprado para hacer la bomba había costado bastante y aún debíamos pasar otra semana en Nueva York. Además, yo necesitaba un vestido y unos zapatos y eso, junto con el billete a Pittsburgh, sumaría unos cincuenta dólares. Me asusté al calcular que

necesitábamos una enorme cantidad de dinero. No conocía a nadie que nos pudiera dar tanto; además, tampoco podía contar a nadie para qué era. Después de días recolectando bajo el calor sofocante de julio, había logrado recaudar veinticinco dólares. Sasha terminó los preparativos y se fue a Staten Island a probar la bomba. Cuando regresó, su expresión decía bien a las claras que algo terrible había ocurrido. La bomba no había detonado.

Sasha decía que debía deberse a que las instrucciones sobre los químicos eran erróneas o a que la dinamita estuviera húmeda. La segunda bomba, que se había hecho con el mismo material, probablemente fallaría también. ¡Una semana de trabajo y ansiedad y cuarenta preciosos dólares desperdiciados! ¿Y ahora qué? No teníamos tiempo de lamentarnos ni quejarnos; debíamos actuar con presteza.

Johann Most, por supuesto. Era la persona a la que lógicamente debíamos acudir. Había propagado constantemente la doctrina de los actos individuales, cada uno de sus artículos y discursos era una llamada directa al *Tat*. Le alegraría saber que alguien en América había por fin decidido cometer un acto heroico. Most sin duda era consciente del odioso crimen de Frick: *Die Freiheit* lo había señalado como la persona responsable de él. Most nos ayudaría.

Sasha se ofendió con la sugerencia. Me dijo que se deducía del comportamiento de Most, desde que había salido de la isla de Blackwell, que no quería saber nada más de nosotros. Estaba demasiado resentido por nuestra afiliación al grupo *Autonomie*. Sabía que Sasha tenía razón. Mientras Most estuvo en la cárcel le escribí en muchas ocasiones, pero él nunca contestó. Desde que había salido, no había querido verme. Yo sabía que vivía con Helen, y que ella estaba embarazada, no tenía derecho a entrometerme en sus vidas. Sí, Sasha tenía razón, el abismo se había hecho enorme.

Recordé que a Peukert y a uno de sus amigos se les había confiado una pequeña herencia que hacía poco había dejado un camarada. Entre los

objetos de aquel hombre, se había encontrado un papel que autorizaba a Peukert a emplear el dinero y una pistola con destino a la propaganda. Yo lo había conocido y estaba segura de que habría aprobado nuestro plan. ¿Y Peukert? Él no era, como Most, un explícito defensor de los actos revolucionarios individuales, pero no podría ignorar el significado de una acción contra Frick. Seguramente querría ayudar. Para él sería una estupenda oportunidad de silenciar para siempre las sospechas y dudas que pesaban sobre él.

Quedé con él la noche siguiente. Me negó su ayuda de inmediato. No me daría el dinero y mucho menos la pistola, declaró, a menos que me dijera para quién y para qué. Me debatí sobre revelárselo o no pero, ante el temor de que todo estuviera perdido si no conseguía el dinero, finalmente le dije que era para atentar contra la vida de Frick, aunque no le mencioné quién iba a cometer el atentado. Él estuvo de acuerdo en que un acto así sería de mucho valor propagandístico, pero dijo que tendría que consultar a los otros miembros de su grupo antes de entregarme lo que le pedía. Yo no podía consentir que tanta gente conociera el plan. Se propagaría la noticia y llegaría a los oídos de la prensa. Y, más que estas consideraciones, me decidió la clara sensación de que Peukert no quería tener nada que ver con el asunto. Se evaporó mi primera impresión de aquel hombre: no estaba hecho de la pasta de los héroes o de los mártires.

No hizo falta que les contara mi fracaso a los chicos. Se podía leer en mi cara. Sasha dijo que la acción debía llevarse a cabo, sin que importara cómo consiguiéramos el dinero. Ahora estaba claro que no podríamos ir los dos. Tenía que escuchar sus razones y dejarlo ir solo. Reiteró su fe en mí y en mi fuerza y me aseguró que le había dado una enorme alegría cuando insistí en acompañarle a Pittsburgh. «Pero», dijo, «somos demasiado pobres. La pobreza es siempre un factor decisivo en nuestras acciones. Además, solo estamos dividiendo nuestras tareas, cada uno haciendo lo que mejor se le da». Él no era un agitador: ese era mi campo y mi tarea sería el interpretar

su acción para el pueblo. Me rebelé contra el argumento, aunque sentía su potencia. No teníamos dinero. Sabía que él iría sí o sí; nada podría detenerlo, de eso estaba segura.

El total de nuestra fortuna era quince dólares. Eso llevaría a Sasha hasta Pittsburgh, podría comprar algunas cosas necesarias y aún le quedaría un dólar para el alojamiento y la comida de la primera noche. Nuestros camaradas de Allegheny, Nold y Bauer, a los que Sasha pensaba visitar, lo acogerían unos pocos días hasta que yo pudiera conseguir más dinero. Sasha había decidido no confiarles su misión; tampoco había necesidad, le parecía, y no era aconsejable que entrara demasiada gente en los planes conspiratorios. Necesitaría al menos veinte dólares más para comprar una pistola y un traje. Podría comprar un arma barata en cualquier tienda de empeños. Yo no tenía ni idea de cómo conseguir el dinero, pero sabía que me las apañaría.

A la gente que nos alojaba le dijimos que Sasha se marcharía esa noche, pero no les revelamos el motivo de la partida. Hubo una sencilla cena de despedida, todo el mundo reía y bromeaba y yo me uní a la alegría. Me esforcé por estar contenta y animar a Sasha, pero mi risa enmascaraba sollozos reprimidos. Más tarde acompañamos a Sasha a la estación de Baltimore y Ohio. Nuestros amigos se quedaron a cierta distancia mientras Sasha y yo caminábamos por el andén, con los corazones demasiado anegados como para hablar.

El conductor gritó: «¡Viajeros al tren!». Abracé a Sasha. Subió al tren mientras yo me quedaba en la escalerilla. Su cara se inclinó sobre la mía, me abrazó y susurró: «Mi marinerita (ese era el apodo con que me solía llamar), mi camarada, estarás conmigo hasta el final. Proclamarás que entregué lo que me era más querido por un ideal, por el gran pueblo que sufre».

El tren empezó a moverse. Sasha se soltó de mi abrazo y me ayudó amablemente a saltar del estribo. Corrí tras el tren que se alejaba, agitando

la mano y llamándole: «¡Sasha, Sashenka!». El monstruo de vapor desapareció en la curva y yo me quedé allí pegada al suelo, partida, con mis brazos tendidos hacia la hermosa vida que me estaban arrebatando.

Me levanté con una idea muy clara de cómo podría reunir el dinero para Sasha. Me echaría a la calle. Me quedé acostada maravillándome de cómo se me había ocurrido. Recordé *Crimen y castigo*, de Fiódor Dostoievski, que me había impresionado mucho, especialmente el personaje de Sonia, la hija de Marmeladov. Se había hecho prostituta para mantener a sus hermanos y hermanas pequeños y para aliviar la carga de su madrastra tuberculosa. Me imaginé a Sonia mientras yacía en su camastro, de cara a la pared, con los hombros temblando. Yo casi me sentía igual: si la sensible Sonia podía vender su cuerpo, ¿por qué no yo? Mi causa era más grande que la suya. Era Sasha, su gran acción y el pueblo. Pero ¿sería capaz de hacerlo, de ir con hombres desconocidos por dinero? La idea me repelió. Enterré mi cara en la almohada para desterrar la luz. «¡Debilucha, cobarde!», decía una voz interior. «¡Sasha está entregando su vida y tú te achantas a la hora de entregar tu cuerpo, miserable cobarde!» Me llevó varias horas el recuperar el control sobre mí misma. Cuando salí de la cama ya había tomado la decisión.

Mi preocupación principal era si podría hacerme lo bastante atractiva para los hombres que buscan chicas en la calle. Me paré delante del espejo para inspeccionar mi cuerpo. Parecía cansada, pero mi cutis estaba bien. No necesitaría maquillaje. Mi pelo rubio y rizado lucía bien con mis ojos azules. Caderas demasiado anchas para mi edad, pensé: solo tenía veintitrés años. Bueno, era hija de la raza judía. Además, me pondría un corsé y parecería más alta con tacones (nunca me los había puesto).

Corsés, zapatos de tacón, lencería femenina, ¿de dónde sacaría dinero para todo eso? Tenía un vestido blanco de lino, bordado a mano con dibujos

de flores. Podría conseguir tela suave de color carne y coserme yo misma la ropa interior. Conocía tiendas en Grand Street con cosas baratas.

Me vestí rápidamente y me fui a buscar a la criada del piso, a la que le había caído bien, y ella me prestó cinco dólares sin hacer preguntas. Salí a hacer mis compras. Cuando regresé, me encerré en la habitación. No quería ver a nadie. Estaba muy ocupada preparando mi atuendo y pensando en Sasha. ¿Qué diría? ¿Lo aprobaría? Sí, seguro que sí. Siempre había defendido que el fin justifica los medios y que el verdadero revolucionario no se achanta ante nada para servir a la causa.

Sábado por la noche, 16 de julio de 1892. Caminé arriba y abajo por la calle Catorce, como una más de la larga procesión de chicas que tan a menudo había visto ejerciendo su oficio. Al principio no estaba nerviosa, pero, cuando miraba a los hombres que pasaban y veía sus miradas vulgares y su forma de acercarse a las mujeres, mi corazón se encogía. Quise salir corriendo, volver a mi cuarto, desgarrar mis adornos baratos y restregarme hasta quedar limpia. Pero una voz martilleaba en mis oídos: «Tienes que aguantar: Sasha, su acción, todo estará perdido si fracasas».

Continué mi paseo, pero algo superior a mi razón me hacía acelerar el paso cada vez que se me acercaba un hombre. Uno de ellos fue bastante insistente y hui. A las once de la noche estaba completamente agotada. Mis pies me dolían por los tacones, mi cabeza martilleaba. Estaba al borde de las lágrimas por el cansancio y el disgusto ante mi incapacidad de hacer lo que había decidido hacer.

Hice un último esfuerzo. Me quedé en la esquina de la calle Catorce y la Cuarta Avenida, cerca del edificio del banco. Había decidido irme con el primer hombre que me abordara. Una persona alta, distinguida y bien vestida se me acercó. «Vamos a beber algo, chiquilla», me dijo. Su pelo era canoso, parecía tener unos sesenta años, de rostro rubicundo. «De acuerdo», contesté. Me cogió del brazo y me condujo a una bodega de Union Square en la que había estado varias veces con Most. «¡Aquí no!», casi grité. «Por

favor, aquí no». Le conduje a la puerta trasera de un bar situado entre la calle Trece y la Tercera Avenida. Había estado allí una tarde tomando una cerveza y me pareció un lugar limpio y tranquilo.

Pero aquella noche estaba lleno y nos costó encontrar una mesa. El hombre pidió de beber. Sentía mi garganta abrasada y pedí un gran vaso de cerveza. Ninguno de los dos habló. Yo era consciente de que el hombre escrutaba mi cara y mi cuerpo. Cada vez me enfadaba más y más. Poco después me preguntó: «Eres una novata en el negocio, ¿verdad?». «Sí, es mi primera vez, pero ¿cómo lo sabe?». «Te he observado mientras paseabas», contestó. Me dijo que había notado mi expresión espantada y cómo aceleraba el paso cuando un hombre se me acercaba. Entendió entonces que yo no tenía experiencia y que, fuera cual fuera la razón que me había llevado a la calle, no era por espíritu disoluto o simple amor al riesgo. «Pero hay miles de chicas empujadas por la necesidad económica», espeté. Me miró con sorpresa. «¿De dónde sacas esas cosas?» Quise hablarle de la cuestión social, de mis ideas, de quién y qué era, pero me contuve. No debía revelar mi identidad: sería terrible que se supiera que Emma Goldman, la anarquista, había estado prostituyéndose en la calle Catorce. ¡Todo un filón para la prensa!

Me dijo que no le interesaban los problemas económicos y que no le importaban las razones de mis acciones. Solo quería decirme que no sacaría nada de la prostitución a no ser que le cogiera gusto. «No vales y eso es todo», me aseguró. Sacó un billete de diez dólares y me lo puso ante mí. «Coge esto y vete a casa», dijo. «Pero ¿por qué tendría que pagarme si no quiere venir conmigo?», le pregunté. «Bueno, solo para cubrir los gastos que habrás tenido que hacer para arreglarte así», respondió. «Tu vestido es muy bonito, incluso aunque no pegue con esos zapatos y medias baratas». Yo estaba demasiado asombrada como para decir nada.

Había conocido dos categorías de hombres: los vulgares y los idealistas. Los primeros nunca habrían dejado pasar la oportunidad de poseer a una

mujer y no le habrían dedicado más pensamiento que el deseo sexual. Los idealistas defendían con vigor la igualdad de los sexos, al menos en la teoría, pero los únicos hombres entre ellos que practicaban lo que predicaban eran los radicales rusos y judíos. Aquel hombre que me había encontrado en la calle y que estaba ahora a mi lado en la trasera de un bar parecía de un tipo enteramente nuevo. Me interesaba. Debía de ser rico, pero ¿un hombre rico daría algo a cambio de nada? Recordé al fabricante Garson que ni siquiera me había dado un pequeño aumento de salario.

Tal vez el hombre era uno de esos rescatadores del almas sobre los que había leído, gente que se dedicaba a limpiar el vicio de Nueva York. Se lo pregunté. Se rio y me dijo que no era un entrometido profesional. Si hubiera creído que yo realmente quería hacer la calle, no le habría importado. «Por supuesto, puedo estar totalmente equivocado», añadió, «pero no me importa. Ahora estoy convencido de que no quieres ser una puta callejera y que incluso, aunque lo logres, lo odiarás después». Si no estuviera convencido, me convertiría en su amante. «¿Para siempre?», exclamé. «¿Lo ves?», contestó. «La simple sugerencia te da miedo y aún pretendes conseguir hacer la calle. Eres una chica encantadora, pero boba, sin experiencia e infantil». «He cumplido veintitrés el mes pasado», protesté, enfadada porque me tratara como una niña. «Eres toda una señorona», dijo con una sonrisa, «pero incluso los ancianos pueden perderse en el bosque. Mírame a mí, tengo sesenta años y aún hago tonterías». «¿Como creer en mi inocencia, por ejemplo?», repliqué. Me gustaba la sencillez de sus modales. Le pregunté su nombre y su dirección para poder devolverle algún día sus diez dólares, pero se negó a dármelos. Le gustaba el misterio, dijo. En la calle tomó mi mano un instante y después seguimos camino en direcciones opuestas.

Aquella noche estuve horas dando vueltas en la cama. Dormía inquieta y soñaba con Sasha, Frick, Homestead, la calle Catorce y el afable desconocido. Las imágenes de mi sueño me acompañaron mucho tiempo

después de despertar. Entonces vi mi pequeño monedero sobre la mesa. Salté de la cama, lo abrí con manos temblorosas, ¡estaban los diez dólares! Aquello sí había ocurrido realmente.

El lunes llegó una breve nota de Sasha. Había conocido a Carl Nold y Henry Bauer, escribía. Había fijado el sábado siguiente para su acción, suponiendo que le pudiera mandar el dinero que necesitaba ya. Estaba seguro de que el plan no le fallaría. La carta me decepcionó un poco. Su tono era frío y conciso, me pregunté en qué tono escribiría el desconocido a la mujer que amara. Con un sobresalto me liberé del pensamiento. Era ridículo pensar así cuando Sasha se preparaba para cobrarse una vida y perder la suya en el intento. ¿Cómo podía enlazar yo al desconocido y Sasha en el mismo pensamiento? Tenía que conseguir dinero para mi muchacho.

Le pedí a Helena quince dólares. No había escrito a mi querida hermana desde hacía muchas semanas y odiaba pedirle dinero, sabiendo la pobreza en la que vivía. Me parecía criminal. Finalmente le telegrafié que me había puesto enferma y que necesitaba quince dólares. Sabía que nada le detendría para conseguir el dinero al saber que yo estaba enferma, pero me oprimía la misma sensación de vergüenza, como aquella vez en San Petersburgo, cuando la había engañado.

Recibí un giro de Helena con el dinero. Mandé veinte dólares a Sasha y devolví los cinco que había tomado prestados para arreglarme.

09

Desde que habíamos vuelto a Nueva York no había sido capaz de buscar trabajo. La tensión sufrida las semanas transcurridas desde la partida de Sasha, mi lucha desesperada para no dejarlo ir solo, mi aventura en las calles, junto con la pena que sentía por haber engañado a Helena, me destrozaron. Mi estado se agravaba ahora por la espera agonizante del sábado 23 de julio, la fecha que Sasha había fijado para su acción. Cada vez estaba más impaciente y caminaba sin rumbo bajo el calor de julio, pasando las tardes en *Zum Grossen Michel* y las noches en el café de Sachs.

A primeras horas de la tarde del sábado 23 de julio, Fedya irrumpió en mi cuarto con un periódico: «UN JOVEN LLAMADO ALEXANDER BERKMAN DISPARA A FRICK. ASESINO REDUCIDO POR LOS OBREROS TRAS LUCHA DESESPERADA».

¿Obreros? ¿Cómo obreros reduciendo a Sasha? ¡El periódico mentía! Él había cometido la acción para los obreros, ellos nunca le atacarían.

Rápidamente nos hicimos con todos los periódicos de la tarde. Cada uno hacía una descripción diferente, pero el hecho principal estaba claro, nuestro valiente Sasha había llevado a cabo con éxito su acción. Frick seguía vivo, pero sus heridas eran mortales. Probablemente no pasaría la noche. Y a Sasha lo matarían. Iban a matarlo, estaba segura. ¿Iba a dejarlo morir solo? ¿Debía seguir dando charlas mientras a él lo sacrificaban?

Debía pagar el mismo precio que él y afrontar las consecuencias, compartir la responsabilidad.

Había leído en *Die Freiheit* que Most iba a dar una conferencia esa noche en el Local Anarquista Alemán nº 1. «Seguro que habla de la acción de Sasha», le dije a Fedya. «Tenemos que ir al mitin».

No había visto a Most desde hacía un año. Parecía más viejo: la isla de Blackwell había dejado su marca. Habló como solía hablar él, pero solo mencionó la acción de Sasha al final, de forma casual. «Los periódicos informan de un intento de asesinato de Frick a manos de un joven llamado Bergman», dijo. «Probablemente sea uno de esos bulos habituales de los periódicos. Habrá sido un loco o tal vez uno de los hombres de Frick, para suscitar simpatías por él. Frick sabe que la opinión pública está en su contra. Necesita algo que revierta la marea en su favor».

No daba crédito a aquellas palabras. Estaba allí sentada, aturdida, mirando fijamente a Most. Me dije que estaba borracho. Algunos en el público parecieron reaccionar a lo que había dicho. Me percaté de unos hombres de aspecto sospechoso cerca de las puertas: detectives, sin duda.

Cuando Most terminó, yo pedí la palabra. Hablé con desprecio de un orador que osaba comparecer borracho ante el público. O, si Most estaba sobrio, ¿su actitud se debía a la presencia de los detectives? ¿Por qué había inventado esa historia ridícula sobre los «hombres» de Frick? ¿Acaso no sabía quién era «Bergman»?

Empezaron a oírse objeciones y protestas y pronto el jaleo fue tal que tuve que parar. Most se bajó del estrado, no iba a contestarme. Dolida, abandoné el local con Fedya. Vimos que dos hombres nos seguían. Durante varias horas zigzagueamos por las calles hasta que finalmente conseguimos despistarlos. Caminamos a Park Row para esperar la llegada de los periódicos matutinos del domingo.

En febril excitación leímos la historia detallada sobre el «asesino Alexander Berkman». Se había abierto camino al despacho de Frick,

seguido de cerca por el portero negro que había cogido su tarjeta. Había disparado inmediatamente y Frick había caído al suelo con tres balas en el cuerpo. El primero en acudir en su ayuda, decía el periódico, había sido su ayudante Leishman, que estaba en aquel momento en el despacho. Unos obreros que hacían trabajos de carpintería en el edificio entraron corriendo y uno de ellos paralizó a Berkman contra el suelo con un martillo. Al principio creyeron que Frick estaba muerto. Después oyeron un gemido. Berkman se había arrastrado hasta él y se había acercado como para clavarle una daga en el muslo. Después de eso lo golpearon y lo dejaron inconsciente. Cuando llegó a la comisaría, no quiso responder a las preguntas. A uno de los detectives le pareció extraña la cara de Berkman y casi le rompió la mandíbula tratando de abrirle la boca. Allí encontraron una cápsula peculiar. Cuando le preguntaron qué era, Berkman contestó con un desprecio desafiante: «Un caramelo». Una vez examinada resultó ser un cartucho de dinamita. La policía estaba segura de que era una conspiración. En aquel momento estaba buscando a sus cómplices, especialmente a «un tal Bakhmetov, que se había registrado en un hotel de Pittsburgh».

Me pareció que, en general, el relato de los periódicos era ajustado. Sasha se había llevado una daga envenenada, «por si falla la pistola, como falló la bomba», había dicho. Si la daga estaba envenenada, nada podría salvar a Frick. Estaba segura de que los periódicos mentían cuando decían que Sasha había disparado a Leishman. Recordaba lo resuelto que estaba a que nadie sufriera excepto Frick. Y tampoco podía creer que los obreros hubieran acudido en ayuda de Frick, su enemigo.

En el grupo *Autonomie* encontré a todo el mundo eufórico por la acción de Sasha. Peukert me reprochó que no le hubiera contado para quién quería la pistola y el dinero. Le hice un gesto de desdén. Era un revolucionario de rodillas temblorosas, le dije; estaba convencida de que se preocupaba tanto por sí mismo que no habría podido responder a mi petición. El grupo decidió que el siguiente número de *Die Anarchist*, su semanario, se

dedicaría por completo a nuestro valiente camarada Alexander Berkman y su heroica acción. Me pidieron que escribiera un artículo sobre Sasha. Excepto una pequeña aportación a *Die Freiheit* en una ocasión, nunca había escrito nada destinado a publicarse. Me preocupaba mucho y temía que no sería capaz de hacer justicia al tema, pero tras una noche debatiéndome y gastando varios cuadernos, conseguí escribir un tributo apasionado a «Alexander Berkman, el vengador de los hombres asesinados en Homestead».

El tono laudatorio de *Die Anarchist* actuó en Most como un capote de brega ante un toro. Había sentido tanta rivalidad contra Sasha, su resentimiento hacia nosotros por participar en el odiado grupo de Peukert era tan hondo que empezó ahora a derramarlo en *Die Freiheit*, no abiertamente, pero sí de forma indirecta e insidiosa. La semana siguiente *Die Freiheit* ofrecía un agudo ataque contra Frick, pero minimizaba el *Attentat* y convertía a Sasha en una figura risible. En su artículo, Most apuntaba que Sasha «había blandido una pistolita de juguete». Condenaba el arresto de Nold y Bauer en Pittsburgh categóricamente, señalando que no podían tener nada que ver con el intento de asesinato de Frick porque «habían desconfiado de Berkman desde el primer momento».

Era cierto, por supuesto, que los dos camaradas no sabían nada del plan. Antes de partir, Sasha había decidido no decírselo, pero yo sabía que Most mentía cuando decía que ellos desconfiaban de él. Carl Nold, desde luego, no; Sasha me había escrito contándome la amistad que Nold le había brindado. Era únicamente el ansia de Most por reivindicarse a sí mismo, su deseo de desacreditar a Sasha, lo que le hacía escribir de esa manera.

Supuso una cruel desilusión para mí ver cómo el hombre al que había idolatrado y amado, y en quien había creído, demostraba ser tan increíblemente mezquino. Cualquiera que fueran sus sentimientos personales hacia Sasha, a quien siempre consideró su rival, ¿cómo podía Johann Most, el petrel de la tempestad de mi fantasía, atacar a Sasha? En mi

corazón anidó un rencor enorme hacia él. Me dominaba el deseo de combatir sus afirmaciones, de proclamar alto y claro la pureza y el idealismo de Sasha, de gritar apasionadamente que el mundo entero debería escucharlo y conocerlo. Most había declarado la guerra, ¡muy bien! Respondería a sus ataques desde *Die Anarchist*.

Mientras tanto la prensa diaria orquestaba una campaña feroz contra los anarquistas. Pedían a la policía que actuara, que detuviera a «los instigadores, Johann Most, Emma Goldman y su calaña». Hasta ese momento, mi nombre apenas había salido en los periódicos, pero entonces estaba día sí y día también, en los artículos más sensacionalistas. La policía ya tenía trabajo, había comenzado la caza de Emma Goldman.

Mi amiga Peppie, con la que vivía, tenía un piso en la calle Cinco con la Primera Avenida, a la vuelta de una comisaría de policía. Yo solía pasar por delante, salía abiertamente y pasaba mucho tiempo en las oficinas de *Die Autonomie*. Y aun así la policía parecía incapaz de encontrarme. Una noche, cuando estábamos en un mitin, la policía, que por fin había descubierto mi paradero, entró en el piso por la escalera de incendios y robó todo lo que cayó en sus manos. Mi preciosa colección de panfletos y fotografías revolucionarias y toda mi correspondencia, desaparecieron con ellos. Pero no encontraron lo que habían ido a buscar. Ante la primera mención de mi nombre en los periódicos me había deshecho del material que había sobrado de los experimentos de Sasha. Como la policía no encontró nada incriminatorio, abordaron a la criada de Peppie, tan aterrada ante la aparición imprevista de la policía que no pudo proporcionarles información. Y negó categóricamente haber visto en ese piso a un hombre que se pareciera a la fotografía de Sasha que le mostraban los detectives.

Dos días después del registro, el casero nos echó del piso, pero después sufrimos un golpe mucho más grave: a Mollock, el marido de Peppie, que estaba trabajando en Long Island, lo secuestraron y enviaron a Pittsburgh, acusado de complicidad en la acción de Sasha.

Varios días después del *Attentat*, los regimientos de la milicia marcharon sobre Homestead. Los obreros del metal más conscientes se opusieron a esa maniobra, pero se vieron superados por los elementos obreros más conservadores que, estúpidamente, consideraban a aquellos soldados una protección contra nuevos ataques de los Pinkerton. Las tropas demostraron pronto a quién iban a proteger. A los hornos de Carnegie, no a los obreros de Homestead.

Sin embargo, un soldado de la milicia fue lo bastante avispado como para ver en Sasha el vengador de las injusticias sobre la clase obrera. Este bravo muchacho expresó sus sentimientos pidiendo a las filas «tres hurras por el hombre que disparó a Frick». Se le sometió a juicio sumarísimo y se le colgó de los pulgares, pero no renegó de su homenaje. El incidente fue el único momento luminoso en los días negros y atormentados que siguieron a la partida de Sasha.

Tras una larga y angustiosa espera, llegó una carta de Sasha. Escribía que le habían animado mucho los hurras del soldado de la milicia, W. L. Iams. Eran prueba de que los soldados estadounidenses estaban despertando. ¿No podría ponerme en contacto con aquel muchacho, mandarle literatura anarquista? Podría ser una adquisición valiosa para el movimiento. No tenía que preocuparme por él; Sasha decía estar animado y estar preparando su discurso ante el tribunal, no como defensa, enfatizaba, sino como explicación de su acción. Por supuesto, no tendría abogado; él se representaría a sí mismo como hacían los verdaderos revolucionarios rusos y europeos. Destacados abogados de Pittsburgh le habían ofrecido gratis sus servicios, pero los había rechazado. Era incoherente que un anarquista empleara abogados. Quería que su actitud en este punto quedara clara ante sus camaradas. ¿Qué noticias había de Hans Wurts (así apodábamos a Most a fin de proteger su identidad)? Alguien le había escrito que Most no aprobaba su acción. ¿Era posible eso? ¡Qué idiotas las autoridades al detener a Nold y Bauer! No sabían nada de su acción. De hecho, les había

dicho que se iba a St. Louis y se había despedido de ellos antes de coger la habitación del hotel y registrarse con el nombre de Bakhmetov.

Estreché la carta contra mi corazón, cubriéndola de besos. A pesar de no haber dicho ni una palabra de su amor por mí ni de si pensaba en mí, yo sabía que Sasha me amaba.

Me alarmó considerablemente su decisión de representarse a sí mismo. Apreciaba su hermosa coherencia, pero sabía que su inglés, como el mío, era demasiado pobre como para ser eficaz ante un tribunal. Me temía que no tendría ninguna oportunidad. Pero el deseo de Sasha, en aquel momento más que nunca, era sagrado para mí y me consolé con la esperanza de que tuviera un juicio público, que lograra que tradujeran su discurso y que eso diera a todo el proceso una publicidad a escala nacional. Le escribí que estaba de acuerdo con su decisión y que estábamos preparando una gran asamblea donde su acción se explicaría y presentaríamos sus motivos como era debido. Le hablé del entusiasmo en el grupo *Die Autonomie* y en las filas de los camaradas judíos, de la magnífica postura que habían adoptado los socialistas de *Die Volkszeitung* y de la brava actitud de los revolucionarios italianos. Añadí que todos nos alegrábamos de la valentía del joven miliciano, pero que no era el único que admiraba a Sasha y que celebraba su acción. Traté de comentar el tono despectivo con que lo había tratado *Die Freiheit* lo más suavemente posible: yo no quería que se alterara. Aun así me era muy duro admitir que Most había estado a la altura de la opinión que le merecía a Sasha.

Empezamos a preparar el gran mitin a favor de Sasha. Joseph Barondess fue uno de los primeros en ofrecer su ayuda. No lo veía desde hacía un año, cuando lo habían condenado a la cárcel por algo relacionado con una nueva huelga de sastres, pero el gobernador del estado de Nueva York lo había indultado a petición del sindicato y en respuesta a su propia carta solicitando el perdón. Dyer D. Lum, que había sido amigo íntimo de Albert Parsons, se ofreció para hablar: Saverio Merlino, el brillante anarquista

italiano, por entonces en Nueva York, también hablaría. Todo aquello me animó mucho: Sasha aún tenía verdaderos y devotos camaradas.

Nuestros enormes carteles rojos anunciando aquel acto tan multitudinario levantaron las iras de la prensa. ¿Acaso las autoridades no iban a intervenir? La policía apareció con la amenaza de que impedirían nuestra reunión, pero la tarde señalada el público era tan numeroso y parecía tan decidido que la policía no hizo nada.

Yo actué como moderadora, una nueva experiencia para mí, no habíamos podido encontrar a nadie más. El mitin fue muy dinámico, todos los oradores rindieron homenaje a Sasha y a su acción. Mi odio por las condiciones que obligaban a los idealistas a cometer actos de violencia me hizo gritar con acordes apasionados la nobleza de Sasha, su naturaleza desprendida, su consagración al pueblo.

«Poseída por la furia», decían los periódicos de mi discurso a la mañana siguiente. «¿Por cuánto tiempo se le permitirá continuar a esa peligrosa mujer?» ¡Ah, si tan solo hubieran sabido cuánto anhelaba entregar mi libertad, proclamar en voz alta mi participación en la acción! Si hubieran sabido...

Nuestro nuevo casero notificó a Peppie que tendría que pedirme que me fuera o dejar ella también el piso. ¡Pobre Peppie! Estaban haciéndola sufrir por mi causa. Cuando regresé a casa aquella noche, tras una reunión tardía, me faltaba la llave en el bolso. Estaba segura de que la había metido allí por la mañana. Como no quería despertar al conserje, me senté en los escalones esperando a que pasara algún inquilino. Al final apareció un vecino y abrió el portal y me dejó entrar en la casa. Cuando intenté entrar en el piso de Peppie, la puerta no cedía. Llamé una y otra vez pero no obtuve respuesta. Me alarmé pensando que podría haber ocurrido algo. Llamé con violencia y finalmente la criada salió y me informó de que su señora le había enviado a decir que tendría que marcharme del piso porque ya no podía soportar más el acoso del casero y de la policía. Aparté a la mujer y abordé a Peppie en la

cocina, la sacudí con fuerza, insultándola y llamándola cobarde. Recogí mis cosas del dormitorio mientras Peppie rompía a llorar. Me había echado, gimoteaba, porque los niños tenían miedo de los detectives. Me fui en silencio.

Me fui a casa de mi abuela. No me había visto en mucho tiempo y le sorprendió mi aspecto. Insistió en que parecía enferma y en que me quedara con ella. Mi abuela tenía una tienda de comestibles entre la calle Diez y la Avenida B. Compartía sus dos habitaciones con la familia de su hija casada. El único lugar que me quedaba era la cocina, donde podía entrar y salir sin molestar a los demás. Mi abuela se ofreció a conseguir un catre y tanto ella como mi tía se afanaron para prepararme un desayuno y hacer que me sintiera como en casa.

Los periódicos empezaron a informar de que Frick se recuperaba de sus heridas. Los camaradas que me visitaban expresaban la opinión de que Sasha «había fallado». Algunos tenían incluso la desfachatez de sugerir que Most podría tener razón al decir que «era una pistolita de juguete». Aquello me hería en lo más profundo. Yo sabía que Sasha no había practicado mucho el tiro. Alguna vez, en las meriendas en el campo con otros alemanes, había jugado al tiro al blanco, pero ¿era eso suficiente? Estaba convencida de que si Sasha no había conseguido matar a Frick era por la mala calidad de su revólver, no tenía dinero para comprar uno bueno.

Tal vez Frick se recuperaba debido a las atenciones que recibía. Los mejores cirujanos de Estados Unidos rodeaban su lecho. Sí, debía de ser eso; después de todo, tres de las balas del revólver de Sasha se habían alojado en su cuerpo. Era la riqueza de Frick la que le permitía recuperarse. Intentaba explicarle eso a los camaradas, pero la mayoría no se dejaban convencer. Incluso algunos sugerían que Sasha podría estar en libertad. Yo me desesperaba. ¿Cómo se atrevían a dudar de Sasha? Le escribiría. Le pediría que me mandara unas palabras que atajaran los horribles rumores que corrían sobre él.

Pronto llegó una carta de Sasha escrita en un tono seco. Le escandalizaba que pudiera pedirle explicaciones. ¿Acaso no sabía que lo vital era el motivo de su acción y no su éxito o fracaso material? ¡Mi pobre y torturado muchacho! Podía leer entre líneas lo destrozado que estaba al darse cuenta de que Frick aún seguía vivo, pero él tenía razón: lo importante eran sus motivos y de ellos nadie podía dudar.

Pasaron semanas sin ningún indicio de cuándo comenzaría el juicio de Sasha. Lo mantenían aún en el corredor de la muerte de la cárcel de Pittsburgh, pero el hecho de que Frick estuviera mejorando había modificado sustancialmente la situación legal de Sasha. No podría ser condenado a muerte. A través de camaradas de Pennsylvania me enteré de que la ley pedía siete años de cárcel por tentativa. Me inundó la esperanza. Siete años son mucho tiempo, pero Sasha era fuerte, tenía voluntad de hierro, podría aguantar. Me aferré a la nueva posibilidad con todas las fibras de mi ser.

Mi propia vida estaba llena de desgracias. En la casa de mi abuela vivía demasiada gente y no podría prolongar mucho mi visita. Buscaba una habitación, pero mi nombre parecía aterrorizar a los caseros. Mis amigos me sugerían que adoptara un nombre falso, pero no quería negar mi identidad.

A menudo me sentaba en un café de la Segunda Avenida hasta las tres de la madrugada o subía a un tranvía y recorría el Bronx arriba y abajo. Los pobres caballos parecían tan cansados como yo, su trote era lento. Yo vestía un vestido de rayas azules y blancas y un abrigo gris largo que parecía el uniforme de una enfermera. Pronto me percaté de que me ofrecía una protección nada desdeñable. Los conductores y policías solían preguntarme si acababa de salir de hacer un turno y estaba tomando un poco el aire. Un joven policía en Tompkins Square se mostraba especialmente solícito. Me entretenía con frecuencia con historias relatadas con su delicioso acento irlandés o me proponía echar una cabezada, porque él estaba allí para

protegerme. «Pareces agotada, chiquilla», decía. «Trabajas demasiado, ¿verdad?» Yo le había dicho que estaba en un turno de día y noche, con solo unas horas de descanso. No podía evitar reírme por dentro ante la guasa de que me protegiera un policía. Me preguntaba cómo reaccionaría mi poli si supiera quién era en realidad esa modosa enfermera.

En la calle Cuatro, cerca de la Tercera Avenida, solía pasar por una casa que siempre tenía un cartel: «Se alquila habitación amueblada». Un día entré. No preguntaron mi identidad. La habitación era pequeña, pero el alquiler alto, cuatro dólares por semana. Y, aunque las inmediaciones resultaban algo extrañas, alquilé aquella habitación.

Por la noche descubrí que toda la casa estaba ocupada por chicas. Al principio no le presté atención a aquella particularidad, estaba atareada colocando mis pertenencias. Habían pasado semanas desde que había hecho las maletas con mis vestidos y libros. Era una sensación muy confortable el poder darse un baño o echarse en una cama limpia. Me retiré pronto, pero me despertó a media noche alguien llamando a la puerta. «¿Quién es?», pregunté, aún casi dormida. «¡Eh, Viola! ¿No me vas a dejar entrar? Llevo veinte minutos llamando. ¿Qué demonios ocurre? Me dijiste que podía subir hoy». «Se ha equivocado, señor», contesté, «yo no soy Viola».

Episodios similares se sucedieron todas las noches durante un tiempo. Hombres que preguntaban por Annette, por Mildred o por Clothilde. Finalmente caí en la cuenta de que estaba viviendo en un burdel.

La chica de la habitación contigua era una jovenzuela de aire simpático y un día la invité a café. Ella me contó que aquel lugar no era un «tugurio típico, con una Madame» sino que era una pensión donde a las chicas se les permitía traer a sus hombres. Al verme tan joven, comentó que yo debía de estar haciendo buen negocio. Cuando le dije que no estaba en el oficio, que yo era solo una costurera, aquella muchacha se burló de mí. Me costó un rato convencerla de que no estaba buscando clientes. ¿Qué mejor lugar podría haber encontrado que esa casa llena de chicas que necesitaban

vestidos? Empecé a sopesar si quedarme en la casa o mudarme. La idea de ser testigo de la vida que me rodeaba me ponía enferma. Aquel amable desconocido había acertado, aquello no me iba. También existía el peligro de que los periódicos averiguaran la naturaleza del lugar que me alojaba. Los anarquistas ya estaban suficientemente caricaturizados; sería leña para el fuego capitalista si pudieran proclamar que Emma Goldman vivía en una casa de citas. Necesitaba mudarme, pero me quedé. Las penalidades de todas esas semanas, desde que Sasha se marchara, la perspectiva de tener que unirme de nuevo a los sintecho, pudieron más que todas las otras consideraciones.

Antes de que terminara la primera semana me había convertido en la confidente de la mayoría de las chicas. Competían unas con otras en ser amables conmigo, en darme cosas para coser y ayudarme de mil maneras. Por primera vez desde que que llegara de Worcester era capaz de ganarme la vida. Tenía mi propio rincón y había hecho nuevas amistades, pero mi vida no estaba destinada a fluir suavemente mucho tiempo.

La disputa entre Most y nuestro grupo continuaba. Apenas pasaba una semana sin algún insulto en *Die Freiheit* contra Sasha o contra mí. Ya era bastante doloroso que me insultara el hombre que una vez me había amado, pero el ver a Sasha difamado y calumniado era más de lo que podía soportar. Entonces llegó el artículo de Most «*Attentats-Reflexionen* (Reflexiones sobre la Propaganda mediante la Acción)» en *Die Freiheit* del 27 de agosto, el revés de todo lo que Most había defendido persistentemente hasta ese momento. ¡Most, a quien yo había oído miles de veces convocar actos de violencia, que había ido a la cárcel en Inglaterra por su glorificación del tiranicidio! ¡Most, la encarnación del desafío y la revuelta, ahora repudiaba deliberadamente el *tat*! Me preguntaba si creía en realidad en lo que escribía. ¿Su artículo estaba impulsado por su odio a Sasha o lo habría escrito para proteger al periódico de una posible acusación de complicidad? Incluso se atrevía a insinuar cosas en contra de los motivos de

Sasha. El mundo que Most había enriquecido para mí, la vida colmada de color y belleza, yacía hecha añicos a mis pies. Solo quedaba el hecho desnudo de que Most había traicionado sus ideales, nos había traicionado.

Decidí desafiarlo públicamente a que demostrara sus afirmaciones, obligarlo a que explicara su repentino cambio de actitud frente al peligro. En *Die Anarchist* contesté a su artículo, pidiendo una explicación y señalando a Most como un traidor y un cobarde. Esperé dos semanas una respuesta en *Die Freiheit*, pero no se publicó ninguna. No había pruebas y yo sabía que no podría justificar sus viles acusaciones. Me compré un látigo.

En la siguiente conferencia de Most me senté en primera fila, cerca del estrado, que era muy bajo. Mi mano sostenía el látigo bajo mi largo abrigo gris. Cuando él se levantó y miró al público, yo me levanté y declaré en voz alta: «Vengo a exigir pruebas de tus insinuaciones contra Alexander Berkman».

Se hizo el silencio instantáneo. Most murmuró algo sobre una «mujer histérica», pero no dijo nada más. Entonces yo enarbolé mi látigo y salté hacia él. Le azoté repetidas veces en la cara y en el cuello, después rompí el látigo contra mi rodilla y le arrojé los trozos. Todo fue tan rápido que nadie tuvo tiempo de interponerse.

Entonces noté que tiraban de mí. «¡Echadla! ¡Dadle una paliza!», gritaba la gente. Me rodeó una multitud airada y amenazadora y hubiera terminado mal si no hubiera sido por Fedya, Claus y otros amigos que acudieron a rescatarme. Me cogieron en brazos y se abrieron camino fuera del salón.

El cambio de posición de Most en lo que respecta a la propaganda mediante acciones, su actitud adversa hacia la acción de Sasha, sus insinuaciones sobre los motivos de este último y sus ataques hacia mí causaron un amplio disenso en las filas anarquistas. Ya no era una disputa entre Most y Peukert y sus partidarios. Levantó una tormenta dentro de todo el movimiento anarquista, dividiéndolo en dos campos enfrentados. Unos se

mantuvieron leales a Most, otros defendían a Sasha y elogiaban su acción. La lucha se hizo tan enconada que incluso me negaron la entrada en un mitin judío del East Side, la fortaleza de los fieles de Most. El castigo público que había infligido a su adorado maestro provocó una furiosa oposición hacia mí y me convirtió en una paria.

Mientras tanto esperábamos con ansiedad que se fijara la fecha del juicio de Sasha pero no llegaba información alguna. La segunda semana de septiembre me invitaron a hablar en Baltimore. La conferencia estaba programada para el 19, lunes. Cuando me disponía a subir al estrado, me entregaron un telegrama. El juicio había tenido lugar ese mismo día y Sasha había sido condenado a veintidós años de cárcel. ¡Obligado a una muerte en vida! El salón y el público empezaron a moverse ante mis ojos. Alguien cogió el telegrama de mis manos y me acercó una silla. Me pusieron un vaso de agua ante mis labios. Se suspendía el mitin, dijeron los camaradas.

Miré a mi alrededor con fiereza, bebí algo de agua, agarré el telegrama y salté al estrado. El trozo amarillo de papel en mi mano era un carbón al rojo vivo, su fuego lamía mi corazón y lo prendía en expresiones apasionadas. Atrapó al público y lo agitó. Hombres y mujeres se pusieron de pie de un salto, pidiendo venganza contra aquella sentencia feroz. Su fervor ardiente por la causa de Sasha y su acción resonaban como truenos a lo largo del gran salón.

La policía irrumpió con las porras en la mano y sacó al público del edificio. Yo permanecí en el estrado, con el telegrama aún en la mano. Llegaron los policías y me detuvieron a mí y al moderador. En la calle nos metieron a golpes en un vagón de policía que esperaba allí y nos condujeron a la comisaría, seguidos por la muchedumbre exaltada.

Había estado rodeada de gente desde el momento en el que habían llegado las horribles noticias, había estado obligada a contener la angustia y reprimir las ardientes lágrimas que se atoraban en mi garganta. Y, entonces, libre de intromisiones, la sentencia monstruosa se cernía ante mí con todo

su espanto. ¡Veintidós años! Sasha tenía veintiuno, la edad más alegre e impresionable. La vida que aún no había vivido estaba ante él, portadora de todo el encanto y belleza que su intensa naturaleza podría extraer. Y se la cortaban como un árbol joven y robusto, privado del sol y de la luz. Y Frick seguía vivo, casi recuperado de sus heridas y convaleciente en su palaciega residencia de verano. Podría seguir derramando sangre obrera. Frick seguía vivo y Sasha estaba condenado a pasar veintidós años en una tumba viviente. La ironía, la amarga ironía de ello, me golpeó de plano en la cara.

¡Si al menos pudiera desterrar la horrible imagen y dar pábulo a mis lágrimas, encontrar el olvido en el sueño eterno! Pero no había lágrimas ni sueño. Solo estaba Sasha, Sasha vestido de presidiario, cautivo tras muros de piedra. Sasha con su rostro demacrado contra los barrotes de hierro, con sus ojos tranquilos mirándome intensamente, pidiéndome continuar.

No, no habría desesperación. Viviría, lucharía por Sasha. ¡Vencería las negras nubes que lo tapaban, rescataría a mi muchacho, lo devolvería a la vida!

10

Cuando regresé a Nueva York dos días más tarde, en libertad sin cargos después de que el magistrado de la policía de Baltimore me despidiera con la enérgica admonición de que nunca volviera a la ciudad, me esperaba una carta de Sasha. Estaba escrita con letra muy pequeña, pero sin era duda suya y me explicaba los detalles del juicio celebrado el lunes. Había intentado repetidamente conocer la fecha del juicio, decía la carta, pero no había logrado más datos. En la mañana del 19 le ordenaron de repente que se preparara. Apenas tuvo tiempo de recoger las hojas de su alegato. En la sala del tribunal lo recibieron caras desconocidas y hostiles. En vano forzaba la vista buscando a sus amigos. Cayó en la cuenta de que a ellos también les habían ocultado la fecha del juicio. Aun así esperaba sin esperanza un milagro, pero no había una cara amiga en ninguna parte. Se enfrentaba a seis delitos, todos construidos a partir de un solo acto y, entre ellos, uno lo culpaba de intento de asesinato de John G. A. Leishman, el asistente de Frick. Sasha declaró que no sabía nada de Leishman, que él había ido a matar a Frick. Exigió ser juzgado únicamente por ese delito y que se desecharan las otras acusaciones porque todas se deducían del cargo principal, pero su objeción fue desestimada.

El jurado se eligió en pocos minutos y Sasha no empleó su derecho de veto. ¿Qué más habría dado? Eran todos iguales y lo condenarían igualmente. Declaró ante el tribunal que renunciaba a la defensa, que quería

únicamente explicar su acto. El intérprete que le asignaron traducía atropelladamente y mal y, tras varios intentos de corregirlo, Sasha descubrió para su horror que el hombre estaba ciego, tan ciego como la justicia en los tribunales estadounidenses. Entonces intentó dirigirse al jurado en inglés, pero el juez McClung lo interrumpió con impaciencia y declaró que «el prisionero ya había dicho suficiente». Sasha protestó en vano. El fiscal del distrito subió al estrado de los testigos y mantuvo una conversación en voz baja con los miembros del jurado, que emitieron un veredicto de culpabilidad sin siquiera levantarse de sus asientos. El juez fue seco y hostil. Dictó sentencia por cada delito por separado, incluyendo tres cargos por «entrar en un edificio con intenciones criminales», y asignó la pena máxima en cada caso. El total sumaba veintiún años en la penitenciaría del Oeste de Pennsylvania, a cuyo término tendría que sumar un año más de trabajos forzados en el penal del Condado de Allegheny por «portar armas escondidas».

¡Veintidós años de tortura y muerte lentas! Había cumplido con su deber, concluía la carta de Sasha, y ya había llegado el final. Partiría como lo había decidido, por su propia mano y su propia voluntad. No quería que se hicieran esfuerzos a su favor. No sería útil y no consentiría en que se pidiera ayuda al enemigo. No necesitaba más ayuda; si se hacían campañas, que fuera para propagar su acción. Yo tenía que procurar que así fuera. Estaba seguro de que nadie más sentía y entendía sus motivos tan bien como yo, nadie más podría clarificar el sentido de su acto con la misma convicción. Su único anhelo era yo. ¡Si pudiera al menos mirarme a los ojos una vez más y estrecharme contra su pecho! Pero, como eso se le negaba, seguiría pensando en mí, su amiga y camarada. Ningún poder sobre la tierra podría arrebatárselo.

Sentí que el espíritu de Sasha se elevaba por encima de todo lo terrenal. Como una estrella brillante iluminaba mis pensamientos oscuros y me acercaba a casa la certeza de que había algo más grande que los vínculos

personales o incluso que el amor: una devoción que todo lo abraza, que entiende todo y que se entrega hasta el último aliento.

La terrible sentencia provocó un virulento ataque de Most a los tribunales de Pennsylvania y la justicia criminal que podía hacer caer veintidós años sobre un acto que legalmente solo podía reclamar siete. Su artículo en *Die Freiheit* aumentó mi amargura hacia él, ¿acaso no había contribuido a minimizar el efecto del acto de Sasha? Yo estaba segura de que el enemigo no se habría atrevido a acosar así a Sasha si hubiera habido una protesta radical coordinada a su favor. Yo hacía a Most mucho más responsable de la sentencia inhumana que al Tribunal del Estado de Pennsylvania.

Sasha no estaba, ni mucho menos, desprovisto de amigos. Demostraron su lealtad desde el primer momento. En aquel momento se ofrecieron dos grupos para organizar la campaña por la conmutación de su pena. El grupo del East Side se componía de diversos elementos sociales, obreros y prominentes socialistas judíos. Entre ellos destacaban M. Zametkin, un viejo revolucionario ruso; Louis Miller, un hombre enérgico e influyente en el gueto; e Isaac Hourwich que casi era un recién llegado a América desde su exilio en Siberia. Este último era un portavoz especialmente enardecido de la causa de Sasha. Estaba también Shevitch, que desde el primer momento había defendido a Sasha en el diario alemán *Volkszeitung,* del que era redactor jefe. Nuestro amigo Solotaroff, Annie Netter, el joven Michael Cohn y otros más eran los más activos del grupo del East Side.

La fuerza motora del grupo americano era Dyer D. Lum, un hombre de talentos excepcionales, poeta y escritor de temas económicos y filosóficos. Junto a él, destacaban John Edelman, el dotado arquitecto y publicista, William C. Owen, un inglés con dotes literarias, y Justus Schwab, el conocido anarquista alemán.

Resultaba alentador sentir esa espléndida solidaridad con la causa de Sasha. Lo mantuve informado de todos los esfuerzos a su favor, pintándolos con colores exagerados para animarlo, pero nada parecía servir de nada;

Sasha estaba en las garras de una condena de veintidós años. «No tiene el menor sentido intentar hacer algo por mí», escribía. «Llevaría años lograr una conmutación y yo sé que Frick y Carnegie nunca lo consentirían. Sin su aprobación, la Junta de Indultos de Pennsylvania no actuará. Además, no puedo seguir mucho tiempo en esta tumba en vida». Sus cartas eran descorazonadoras, pero yo me forzaba a continuar. Conocía su voluntad indomable y su fuerza de carácter. Me aferré con tenacidad a la esperanza de que se rebelara y no se dejara aplastar. Esa esperanza al menos me daba fuerzas para seguir adelante. Me uní a las organizaciones que trabajaban para él. Noche tras noche estaba en algún mitin proclamando el sentido y el mensaje del acto de Sasha.

A primeros de noviembre llegó la primera señal del renovado interés de Sasha por la vida. Su carta decía que podría tener el privilegio de una visita. Los presos podían tener una visita al mes, pero solo de un pariente cercano. ¿Podría su hermana de Rusia visitarlo? Comprendí su estrategia y escribí inmediatamente para conseguir el pase.

Los grupos anarquistas de Chicago y St. Louis me habían invitado a hablar en el aniversario del 11 de noviembre y decidí combinar el viaje con una visita a Sasha. Me presentaría como su hermana casada, bajo el apellido de Niedermann. Estaba segura de que las autoridades de la cárcel no sabían nada de la hermana de Sasha en Rusia. Me haría pasar por ella y nunca sospecharían mi identidad. Por entonces apenas se me conocía. Las fotografías mías que salían en los periódicos, relacionadas con el acto de Sasha, se parecían tan poco a mí que nadie podría haberme reconocido a partir de ellas. Ver de nuevo a mi muchacho, estrecharlo contra mi pecho, llevarle esperanza y valor... No viví para nada más durante los días y semanas que precedieron a mi viaje.

Febrilmente hice mis preparativos. Mi primera parada sería St. Louis, después Chicago, finalmente Pittsburgh. Llegó una carta de Sasha unos días antes de mi partida. Contenía un pase del Inspector Jefe de la Penitenciaría

del Oeste a nombre de la señora E. Niedermann, hermana del preso A-7 para una visita el 26 de noviembre. Sasha me decía que le pidiera a su hermana que se quedara en Pittsburgh dos días. Dado que había venido desde Rusia para verlo, el Inspector le había prometido una segunda visita. Yo estaba loca de alegría, impaciente por que pasara cada una de las horas que me separaban de él. El pase para la visita se convirtió en mi amuleto. No me separaba de él ni un solo instante.

Llegué a Pittsburgh a primera hora de la mañana del día de Acción de Gracias. Me recibieron Carl Nold y Max Metzkow, este último un camarada alemán que había sido fiel a Sasha. Nold y Bauer estaban aún bajo fianza en espera del juicio por «complicidad en el atentado contra la vida de Frick». Yo me había estado escribiendo desde hacía un tiempo con Carl y me alegraba de tener ocasión de conocer al joven camarada que tan amable había sido con Sasha. Era bajo, frágil, con ojos inteligentes y un pelo negro y revuelto. Nos saludamos como viejos amigos.

Por la tarde, me dirigí a Allegheny, acompañada por Metzkow. Habíamos decidido que Nold se mantuviera al margen. A menudo lo seguían detectives y temíamos que mi identidad se descubriera antes de tener la oportunidad de entrar en la cárcel. Metzkow se quedó cerca de la penitenciaría esperando mi regreso.

El edificio de piedra gris, los muros altos e intimidatorios, los guardas armados, el silencio opresivo de la sala en la que me hicieron esperar y los minutos que se hacían eternos se posaron en mi corazón con el peso de una pesadilla. En vano traté de sacudírmelos. Finalmente una voz seca me llamó: «Por aquí, señora Niedermann». Me llevaron a través de varias puertas de hierro, a lo largo de corredores intrincados, hasta una pequeña habitación. Sasha estaba allí con un guardia alto junto a él.

Mi primer impulso fue correr hacia él y cubrirlo de besos, pero la presencia del guarda me contuvo. Sasha se acercó y me rodeó con sus

brazos. Cuando se inclinó para besarme noté que un pequeño objeto entraba en mi boca.

Durante semanas había estado imaginándome con afán, con ansia esta visita. Mil veces había repasado todo lo que le contaría sobre mi amor y mi eterna devoción, de la lucha que estaba llevando para su liberación, pero todo lo que pude hacer fue estrechar su mano y mirarle a los ojos.

Empezamos a hablar en nuestro amado idioma ruso, pero enseguida nos cortó la orden fría del guarda: «Hablen en inglés. Lenguas extranjeras aquí no». Sus ojos de lince seguían cada movimiento, escrutaban nuestros labios, se colaban en nuestra mente. Me quedé casi muda, todo nervio entumecido. Sasha también estaba callado; sus dedos jugaban con la cadena de mi reloj y parecía agarrarse a ella como el hombre que se ahoga se aferra a una pajita. Ninguno de los dos pudo pronunciar una sola palabra, pero nuestros ojos hablaban de nuestros miedos, nuestras esperanzas, nuestros anhelos.

La visita duró veinte minutos. Otro abrazo, otro beso y «se acabó el tiempo». Le susurré que aguantara, que aguardara, y me encontré en los escalones de la prisión. La puerta de hierro se cerró estrepitosamente detrás de mí.

Quise gritar, empujar la puerta con todo mi cuerpo, golpearla con mis puños, pero la puerta me devolvió la mirada y se mofó de mí. Caminé a lo largo de la fachada de la cárcel hasta la calle. Caminé, llorando en silencio, hasta el lugar donde se había quedado Metzkow. Su presencia me devolvió a la realidad y recordé el objeto que Sasha me había dado con su beso. Lo saqué de la boca, se trataba de un rollito muy apretado. Fuimos al cuarto trasero de un bar y allí desenrollé varias capas de papel. Al final apareció una nota en la diminuta caligrafía de Sasha, cada palabra destacada como una perla ante mí: «Tienes que ver al inspector Reed», decía. «Me prometió un segundo pase. Ve a su joyería mañana. Cuento contigo. Te daré otro mensaje importante, de la misma manera».

Fui al día siguiente a la tienda de Reed. Entre la centelleante joyería, el oro y la plata, con mi abrigo deshilachado, tenía yo un aspecto harapiento. Pregunté por el señor Reed. Era un hombre alto, demacrado y de labios finos, con unos ojos duros y penetrantes. En cuanto le di mi nombre, exclamó: «Así que es usted la hermana de Berkman». Sí, le había prometido una segunda visita, aunque no merecía ninguna consideración. Berkman era un asesino, había intentado matar a un buen cristiano. Me contuve con todas mis fuerzas, mi oportunidad para ver a Sasha estaba en juego. Llamaría a la cárcel, continuó Reed, para saber a qué hora me dejarían entrar. Debía volver en una hora.

Mi corazón se encogió. Tenía la clara premonición de que no habría más visitas para Sasha, pero como me había indicado aquel hombre, volví. En cuanto me vio el señor Reed, su cara se volvió púrpura mientras se abalanzaba sobre mí. «¡Mentirosa!», gritó. «¡Ya has estado en la penitenciaría! Te colaste con un nombre falso, diciendo que eras su hermana. ¡Aquí no te saldrás con la tuya mintiendo! Un guarda te reconoció. Eres Emma Goldman, la amante del ese criminal. No habrá más visitas, ya puedes hacerte a la idea. ¡Berkman no saldrá vivo de allí!»

Se había metido tras el mostrador de cristal, que estaba cubierto de platería. En mi indignación y rabia, mandé todo al suelo: platos, cafeteras y jarritas, piezas de joyería y relojes. Agarré una bandeja pesada y estaba a punto de tirársela cuando uno de los dependientes me retuvo y gritó que alguien llamara a la policía. Reed, blanco de miedo y echando espuma por la boca, hizo una señal al dependiente. «No, policía no», le oí decir. «Sin montar ningún escándalo. ¡Solo echadla!» El dependiente se acercó a mí y después se detuvo. «¡Asesino, cobarde!», grité. «¡Si haces daño a Berkman, yo te mataré con mis propias manos!»

Nadie se movió. Salí y me metí en un tranvía. Me aseguré de que no me seguían antes de regresar a casa de Metzkow. Por la tarde, cuando volvió con Nold del trabajo, les conté lo que había ocurrido. Se alarmaron.

Lamentaron que hubiera perdido el control de mí misma porque eso podría afectarle a Sasha. Acordaron que tendría que marcharme de Pittsburgh enseguida. El inspector pondría a los detectives sobre mi pista y me arrestarían. Las autoridades de Pennsylvania llevaban intentando cogerme desde el acto de Sasha.

Me aterró pensar que Sasha sufriera como resultado de mi estallido, pero la amenaza del inspector de que Sasha nunca saldría vivo de la cárcel había sido demasiado para mí. Estaba segura de que Sasha lo entendería.

Era noche cerrada cuando caminé con Nold hasta la estación para tomar el tren a nueva York. Las fundiciones de acero vomitaban enormes llamas que creaban reflejos rojo sangre en las colinas de Allegheny y llenaban el aire de hollín y humo. Cruzamos las naves, donde seres humanos, mitad hombres mitad bestias, trabajaban como los condenados a galeras de una época pretérita. Sus cuerpos desnudos, cubiertos solo con pequeños calzones, brillaban como el cobre al resplandor de los cachos de hierro al rojo vivo que arrebataban a las bocas de los monstruos flamígeros. De tanto en tanto el vapor que salía del agua arrojada sobre el metal ardiendo envolvía por completo a los hombres; después, emergían de allí como sombras. «Los niños del infierno», dije, «condenados al averno eterno del calor y del ruido». Sasha había entregado su vida para que llegara la alegría a aquellos esclavos, pero ellos seguían ciegos y continuaban en el infierno que se habían forjado. «Sus almas están muertas, muertas al horror y degradación de sus vidas».

Carl me contó lo que se había enterado de Sasha durante su estancia en Pittsburgh. Era cierto que Henry Bauer había sospechado de Sasha. Henry era un seguidor fanático de Most, que lo había prevenido contra nosotros por renegados, diciéndole que nos habíamos aliado con «ese espía Peukert». Cuando Sasha apareció, en lo más enconado del conflicto de Homestead, Bauer ya tenía prejuicios contra él. Henry le había confiado a Nold que iba a examinar la maleta de Sasha mientras dormía y que si encontraba algo

incriminatorio lo mataría. Con una pistola cargada, Bauer había dormido en la misma habitación que Sasha, alerta ante cualquier movimiento sospechoso y listo para disparar. A Nold le había impresionado tanto la disposición abierta y la franqueza de Sasha que no le pareció posible sospechar de él, pero siguió la corriente a Bauer tratando de convencerlo de que Most estaba siendo injusto y tendencioso con cualquiera que no estuviera de acuerdo con él. Carl ya no creía tan a pies juntillas en Hannes.

La historia de Carl me aterró. ¿Y si Sasha hubiera tenido algo en su maleta que Bauer hubiera podido tomar como prueba de sus sospechas? Habría sido suficiente para que el adorador ciego de Most le disparara. Y Most, ¡a qué profundidades le había conducido su odio hacia Sasha, a qué métodos tan despreciables! ¿Qué había en las pasiones humanas que obligaban a los hombres a llegar a esos extremos? Mis pasiones, por ejemplo, que me habían arrastrado a azotar a Most, a odiarlo ahora como él siempre había odiado a Sasha, a odiar al hombre que había amado en un tiempo, al hombre que había sido mi ideal. Todo era tan doloroso y perturbador, tan temible. No podía comprenderlo.

Sobre su propio juicio, Carl hablaba con ligereza. Incluso se alegraría de estar unos años en la cárcel para estar cerca de Sasha, para ayudarle a soportar su dura prueba. ¡El fiel Carl! Su confianza y su fe en Sasha me acercaron mucho a él, me encariñé mucho con él.

A lo lejos en la distancia, mientras el tren aceleraba su paso, podía aún ver los vómitos de las llamas contra el cielo negro, iluminando las colinas de Allegheny. ¡Allegheny, que se quedaba con lo que me era más preciado, entre muros tal vez para siempre! Yo había planeado el *Attentat* a su lado, lo había dejado marchar solo, había aprobado su decisión de no tener abogado. Luchaba para sacudirme la conciencia de culpa, pero esa culpa no me dejó en paz hasta que encontré el olvido con el sueño.

11

Nuestra labor para lograr que le conmutaran la condena a Sasha continuaba. En una de las asambleas semanales, a finales de diciembre, fui consciente de la persistente mirada de un hombre que se encontraba entre el público. Era alto y robusto, bien plantado, con cabello rubio y ojos azules. Me fijé especialmente en el movimiento peculiar de su pierna derecha, que se balanceaba con regularidad adelante y atrás, mientras que su mano jugaba ininterrumpidamente con unas cerillas. Sus movimientos repetitivos me daban sueño y tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerme alerta. Finalmente me acerqué al hombre y medio en broma le quité las cerillas, comentando: «Los niños no deben jugar con fuego». «De acuerdo, abuela», contestó en el mismo tono. «Pero tendrías que saber que soy un revolucionario. Me gusta el fuego. ¿A ti no?» Sonrió enseñando unos hermosos y blancos dientes. «Sí, en el lugar adecuado», respondí. «No aquí, entre tanta gente. Me pone nerviosa, y por favor, deja de mover la pierna». El hombre se disculpó: se trataba de una manía que había adquirido en la cárcel, señaló. Me invadió un sentimiento de vergüenza; al pensar en Sasha. Le rogué al hombre que continuara y que no me hiciera ni caso. Tal vez algún día querría contarme su experiencia en prisión. «Tengo allí ahora a un amigo muy querido», dije. Y, naturalmente, sabía a quién me refería. «Berkman es un hombre valiente», contestó. «Lo conocemos en Austria y lo admiramos enormemente por lo que hizo».

Me enteré de que su nombre era Edward Brady y de que acababa de llegar de Austria después de cumplir una condena de diez años de cárcel por la publicación de literatura anarquista. Descubrí que era la persona más erudita que había conocido en mi vida. Su campo de estudio no se limitaba, como en el caso de Most, a los temas sociales y políticos; y de hecho, pocas veces me hablaba de ellos. Me hizo conocer a los grandes clásicos de la literatura inglesa y francesa. Le gustaba leerme a Goethe y a Shakespeare, traducirme pasajes del francés, Jean-Jacques Rousseau y Voltaire eran sus favoritos. Su inglés, aun con un acento alemán, era perfecto. En una ocasión le pregunté dónde había recibido su educación. «En la cárcel», contestó sin dudarlo. Modificó su afirmación añadiendo que primero había pasado por el instituto; pero había sido en prisión donde realmente había estudiado. Su hermana le mandaba diccionarios ingleses y franceses y adquirió la práctica de memorizar una determinada cantidad de palabras al día. Aquella era la única forma de sobrevivir. Muchos enloquecían, especialmente los que no tenían nada en lo que ocupar su mente, pero, para la gente con ideales, la cárcel es la mejor escuela, dijo. «Entonces yo tendría que ir a la cárcel lo antes posible», señalé, «porque soy increíblemente ignorante». «No tengas tanta prisa», contestó. «Acabamos de conocernos y eres demasiado joven para ir a la cárcel». «Berkman solo tenía veintiún años», le dije. «Sí, eso es lo más doloroso». Su voz tembló. «Yo tenía treinta años cuando me encarcelaron. Ya había vivido intensamente».

Me preguntó por mi infancia y mis días de colegio, sin duda tratando así de cambiar de tema. Yo solo había hecho tres años y medio de *Realschule* (instituto de secundaria) en Königsberg, le conté. El régimen era duro, los profesores brutales, apenas aprendí nada. Solo mi profesora de alemán había sido amable conmigo. Era una mujer enferma, que estaba muriendo lentamente de tuberculosis, pero paciente y tierna. Quería especialmente que yo conociera a sus escritores favoritos: Marlitt, Auerbach, Heise, Lindau y Spielhagen. Le gustaba Marlitt por encima del resto, así que a mí

también me gustaba Marlitt. Solíamos leer juntas sus novelas y ambas acabábamos sollozando por la suerte de las desgraciadas heroínas. Mi maestra idolatraba a la casa real: Federico II el Grande y la reina Luisa eran sus ídolos. «La pobre reina fue tan maltratada por ese carnicero de Napoleón, la grácil y hermosa reina», me decía con mucho sentimiento. A menudo me recitaba el poema, la oración cotidiana de la buena Reina:

> *Wer nie sein Brot in Tränen ass—*
> *Wer nie die kummervollen Nächte auf seinem Bette weinend sass—*
> *Der kennt euch nicht, Ihr himmlinchen Mächte.*[1]

Aquella conmovedora estrofa me atrapó completamente. Yo también me convertí en una fanática de la reina Luisa.

Dos de mis profesores habían sido especialmente terribles. Uno, un judío alemán, era nuestro instructor de religión; el otro enseñaba geografía. Yo odiaba a ambos. De tanto en tanto me vengaba del primero por sus palizas constantes, pero el otro me aterrorizaba tanto que no me atrevía ni a quejarme en casa.

Nuestro profesor de religión disfrutaba de más que nada en el mundo golpeándonos las palmas de las manos con una regla. Yo solía inventar tretas para molestarlo: poner chinchetas en su silla tapizada, atar a hurtadillas los faldones de su abrigo a la mesa, meter caracoles en sus bolsillos, cualquier cosa que vengara el dolor de su regla. Él sabía que yo era la líder de la pandilla y me pegaba aún más por eso, pero era una enemistad con la que se podía luchar abiertamente.

Con el otro profesor no era así. Sus métodos eran menos dolorosos pero igualmente temibles. Cada tarde retenía a una o dos de sus alumnas después de las clases. Cuando todo el mundo había abandonado el edificio, mandaba a una a la clase vecina y obligaba a la otra a sentarse sobre sus rodillas, le agarraba el pecho o le ponía la mano entre las piernas. Le prometía buenas notas si no decía nada y la amenazaba con una expulsión sumaria si hablaba. Sus alumnas estaban aterrorizadas y no hablaban. Yo no me enteré

de esas cosas durante bastante tiempo, hasta el día en el que yo misma me encontré sobre sus rodillas. Grité, agarré su barba y tiré de ella violentamente en mi intento de zafarme de sus garras. Él se sobresaltó y yo caí al suelo. Él corrió hacia la puerta para ver si alguien acudía en respuesta a mis gritos y después me susurró al oído: «Si dices una sola palabra, te echo del colegio».

Durante varios días estuve tan enferma de puro miedo que no pude volver al colegio, pero no dije nada. El miedo a que me echaran me recordó la furia de mi padre cuando volvía con malas notas. Regresé finalmente a la escuela y, durante unos días, las lecciones de geografía transcurrieron sin incidentes. Un día el profesor me susurró: «Te quedarás después». «¡No me quedaré!», susurré en respuesta. Un segundo después noté un dolor agudo en el brazo. Me había clavado las uñas en la carne. Mis gritos salieron del aula y atrajeron a otros profesores a la habitación. Escuché a mi profesor decir que yo era una vaga, que no me sabía la lección y que había tenido que castigarme. Me mandaron a casa.

Por la noche me dolía mucho el brazo. Mi madre se dio cuenta de que estaba inflamado y mandó llamar al médico, que me interrogó. Sus modales amables me indujeron a contarle toda la historia. «¡Terrible!», exclamó. «¡Ese hombre es carne de manicomio!» Una semana más tarde, cuando regresé a la escuela, ya no estaba allí nuestro profesor de geografía. Se había marchado de viaje, nos dijeron.

Cuando llegó el momento de reunirme con mi padre en San Petersburgo, odié tener que marcharme. No quería separarme de mi enferma profesora de alemán, aquella mujer que me había enseñado a amar todo lo teutónico. Había convencido a uno de sus amigos para que me diera lecciones de francés y de música y me había prometido ayudarme a aprobar el ingreso en el instituto. Quería que continuara formándome en Alemania y yo soñaba con estudiar medicina para poder ser útil al mundo. Tras mucho suplicar y muchas lágrimas, mi madre consintió en dejar que me quedara con mi

abuela en Königsberg, siempre que aprobara el examen de ingreso para el instituto. Estudié día y noche y aprobé, pero, para que me admitieran, necesitaba un certificado de buena conducta de mi profesor de religión. Yo aborrecía la idea de pedirle nada a aquel hombre, pero sentía que todo mi futuro dependía de ello y acudí a él. Ante toda la clase anunció que nunca me daría «la buena conducta» porque no tenía ninguna, era una niña terrible y al crecer me convertiría en una mujer aún peor. No tenía respeto por mis mayores ni por la autoridad y con toda seguridad terminaría en el patíbulo por ser una amenaza pública. Volví a casa desconsolada, pero mi madre me prometió que me permitiría continuar mis estudios en San Petersburgo. Desgraciadamente sus planes no se materializaron. Solo disfruté seis meses de clases en Rusia. Sin embargo, atesoré toda la vida la influencia espiritual de los estudiantes rusos con los que me junté.

«Esos profesores debían de ser unas malas bestias», declaró Brady; «pero tienes que admitir que el tipo que daba religión tenía el don de la profecía. Ya se te considera una amenaza pública y, si sigues así, alcanzarás una muerte destacada. Pero consuélate, porque en el patíbulo muere gente mejor que en los palacios».

Poco a poco se formó una hermosa camaradería entre Brady y yo. Ya lo llamaba Ed. «Lo otro suena muy formal», me había dicho. A sugerencia suya empezamos a leer juntos en francés, empezando por *Candide*. Yo leía lenta, atropelladamente, mi pronunciación era atroz, pero Ed era un profesor nato, su paciencia no tenía límites. Los domingos Ed se convertía en el anfitrión del piso de dos habitaciones al que yo me había mudado. Nos echaba a Fedya y a mí del piso hasta que la comida estaba lista. Ed era un cocinero excelente. En algunas ocasiones me concedió el privilegio de verle preparar la comida. Explicaba minuciosamente, con evidente placer, cada plato y yo enseguida demostré ser mejor alumna de cocina que de francés. Aprendí a preparar muchos platos antes de que acabáramos de leer *Candide*.

Los sábados, cuando yo no tenía que dar una conferencia, solíamos visitar el bar de Justus Schwab, el famoso centro radical de Nueva York. Schwab tenía la apariencia del teutón tradicional, de más de uno ochenta de alto, ancho de pecho y erguido como un árbol. Sobre sus anchos hombros y su fuerte cuello descansaba una cabeza magnífica, enmarcada en unos rizos y una barba pelirrojos. Sus ojos brillaban con fuego e intensidad, pero su rasgo más peculiar era su voz, profunda y suave. Si hubiera decidido hacer carrera en la ópera, habría alcanzado la fama. Pero Justus era demasiado rebelde y soñador como para preocuparse por esas cosas. La trasera de su pequeño establecimiento de la calle Uno era la Meca de los *communards* franceses, de los refugiados españoles e italianos, de los políticos rusos y los socialistas y anarquistas alemanes que habían escapado del talón de hierro de Bismarck. Todos se reunían en aquel local. Justus, como lo llamábamos con cariño, era el camarada, el consejero y el amigo de todos. El círculo estaba salpicado de muchos estadounidenses, entre ellos escritores y artistas. John Swinton, Ambrose Bierce, James Huneker, Sadakichi Hartmann y otros literatos adoraban escuchar la voz de oro de Justus, beber sus deliciosos vinos y cervezas y discutir los problemas del mundo hasta bien entrada la noche. Junto con Ed, me convertí en una asidua. Ed se despachaba a gusto sobre las sutilezas de alguna palabra inglesa, francesa o alemana en un foro de filólogos. Yo cruzaba espadas con Huneker y sus amigos acerca del anarquismo. Justus amaba esas batallas y me picaba para que entrara en ellas. Después me daba golpecitos en la espalda y decía: «Emmachen, tu cabeza no está hecha para sombreros, está hecha para la soga. Mira estas curvas suaves, la soga pasará fácilmente por ellas». Ed se estremecía ante la idea.

La dulce compañía de Ed no borró a Sasha de mi pensamiento. Ed también estaba muy interesado por él y se unió a los grupos que llevaban una sistemática campaña a favor de Sasha. Mientras tanto, Sasha había establecido una ruta clandestina para el correo. Sus notas oficiales hablaban

poco de sí mismo, pero hablaban con cariño del capellán de la cárcel, que le había proporcionado libros y que le mostraba gran interés por él. Sus cartas clandestinas mostraban su indignación por la sentencia de Bauer y Nold, pero también dejaban traslucir cierta esperanza: ya no se sentía tan solo, con sus dos camaradas bajo el mismo techo. Estaba intentando establecer comunicación con ellos, porque sus amigos habían sido asignados a otro pabellón dentro de la cárcel. Por el momento las cartas del exterior eran su único vínculo con la vida. Había que pedirle a sus amigos que escribieran a menudo.

La conciencia de que mi correspondencia sería leída por el censor de la cárcel me obsesionaba. Las palabras escritas parecían frías y expeditivas, pero yo quería que Sasha sintiera que, ocurriera lo que ocurriera en mi vida, entrara en ella quien entrara, él seguiría en mí siempre. Mis cartas me dejaban insatisfecha e infeliz, pero la vida continuaba. Trabajaba diez o a veces doce horas en la máquina de coser para ganarme la vida. Reuniones nocturnas casi diarias y la necesidad de mejorar mi descuidada formación me tenían ocupada todo el tiempo. De algún modo, Ed me hacía sentir esa necesidad más de lo que nadie lo había hecho.

Nuestra amistad poco a poco maduró en amor. Ed se me hizo indispensable. Yo sabía desde hacía tiempo que yo también le importaba. Inusualmente reservado, nunca me había hablado de amor, pero sus ojos y su tacto eran elocuentes. Había habido mujeres en su vida anteriormente. Una de ellas le había dado una hija, que vivía con sus abuelos maternos. Sentía gratitud por aquellas mujeres, solía decir. Le habían enseñado los misterios y las sutilezas del sexo. Yo no podía seguir a Ed cuando hablaba de esos temas y era demasiado tímida como para pedirle una explicación, pero solía preguntarme qué querría decir con aquello. El sexo me había parecido siempre un proceso muy sencillo. Mi propia vida sexual me había dejado siempre insatisfecha, con ansias de algo que aún no conocía.

Consideraba que el amor era más importante que todo lo demás, el amor que encuentra la alegría suprema en entregarse sin egoísmo.

En los brazos de Ed entendí por primera vez el significado de esa gran fuerza que da la vida. Entendí su belleza total y ávidamente bebí su alegría y felicidad embriagadora. Era una canción extática, profundamente aplacadora por su música y su perfume. Mi pequeño piso, en el edificio al que me había mudado, que se llamaba República Bohemia, se convirtió en un templo del amor. A menudo me asaltaba el pensamiento de que tanta paz y belleza no podían durar: todo era demasiado maravilloso, demasiado perfecto. Entonces me aferraba a Ed con el corazón tembloroso. Él me estrechaba fuerte y sus ánimos y su humor, que nunca fallaban, expulsaban mis pensamientos oscuros. «Trabajas demasiado», me solía decir. «Entre la máquina y tu constante preocupación por Sasha te vas a matar».

En primavera caí enferma, empecé a perder peso y me quedé demasiado débil como para siquiera caminar por la habitación. Mis amigos me convencieron para que dejara Nueva York y me fui a Rochester, acompañada de una jovencita que se ofreció voluntaria como enfermera.

Mi hermana Helena pensó que su casa estaba demasiado atestado para una convaleciente y me buscó una habitación en una casa con un gran jardín. Pasó conmigo todos sus ratos libres, infatigable en su amor y cuidado. Me llevó a un especialista de los pulmones que descubrió un principio de tuberculosis y me prescribió una dieta especial. Poco después empecé a mejorar y dos meses después estaba lo bastante recuperada como para dar paseos. Mi médico ya planeaba enviarme en el invierno a un sanatorio cuando los acontecimientos de Nueva York dieron una vuelco a la situación.

La crisis industrial de aquel año había enviado a miles de personas al paro. Sus condiciones de vida llegaban a extremos aterradores. Lo peor de todo era la situación en Nueva York. Obreros sin trabajo estaban siendo

desahuciados; el sufrimiento crecía y los suicidios se multiplicaban. No se hacía nada para aliviar su miseria.

Aunque mi razón me decía que era imprudente regresar a mitad de mi tratamiento, no podía seguir en Rochester. Había recuperado muchas fuerzas y también había ganado peso. Tosía menos y las hemorragias habían cesado. Sabía, sin embargo, que estaba lejos de estar bien, pero algo más poderoso que la razón me llevaba de vuelta a Nueva York. Echaba de menos a Ed, pero más fuerte aún era la llamada de los desempleados, de los obreros del East Side que me habían dado mi bautismo obrero. Había estado con ellos en sus luchas previas, no podía permanecer lejos entonces. Dejé sendas notas para el médico y Helena, no tenía corazón para enfrentarme a ellos.

Había mandado un telegrama a Ed y él me recibió con alegría, pero cuando le dije que había regresado para dedicarme a los desempleados, su ánimo cambió. Era una locura, significaría la pérdida de todo lo que había ganado en salud haciendo reposo. Incluso podría ser mortal. No lo permitiría, yo ahora era suya, suya para amarme, protegerme y vigilarme.

Era una bendición saber que alguien se preocupaba tanto por mí, pero a la vez sentí aquello como un obstáculo. ¿Suya «para mantenerla y cuidarla»? ¿Me consideraba su propiedad, una persona dependiente o tullida a la que un hombre debiera cuidar? Yo pensaba que él creía en la libertad, en mi derecho a hacer lo que quisiera. Era preocupación por mí, miedo por mi salud, me aseguró, lo que había detrás de sus palabras, pero si estaba decidida a proseguir, me ayudaría. No era un buen orador, pero podía ser útil de otras maneras.

Sesiones de comités, mítines públicos, colecta de alimentos, supervisión de los comedores para los desahuciados y sus numerosos hijos y, finalmente, la organización de un mitin de masas en Union Square llenaron por completo mi tiempo.

Al mitin de Union Square lo precedía una manifestación. Las columnas que desfilaban se contaban por miles. Las muchachas y las mujeres iban delante, yo a su cabeza llevando una bandera roja. Su color escarlata ondeaba con orgullo al viento y se podía ver desde varias manzanas antes. Mi alma también vibraba con la intensidad del momento.

Había preparado mi discurso por escrito y me había parecido bastante inspirado, pero, cuando llegué a Union Square y vi aquella inmensa masa humana, mis notas parecían frías y sin sentido.

El ambiente en las filas se había vuelto muy tenso debido a los acontecimientos de aquella semana. Los políticos obreros habían apelado a la asamblea legislativa del estado de Nueva York para que aliviara el enorme sufrimiento, pero sus ruegos se toparon con evasivas. Mientras tanto, los desempleados seguían famélicos. La gente estaba escandalizada por esa cruel indiferencia ante los padecimientos de hombres, mujeres y niños. Como resultado, el ambiente en Union Square estaba cargado de amargura e indignación y ese espíritu se me contagió rápidamente. Estaba previsto que yo fuera la última en hablar y apenas pude soportar la larga espera. Finalmente la oratoria apologética terminó y llegó mi turno. Oí mi nombre coreado por miles de gargantas mientras me adelantaba. Me recibió una densa muchedumbre, con caras pálidas y cansadas vueltas hacia mí. Mi corazón latía con fuerza, mis sienes martilleaban y mis rodillas temblaban.

«Hombres y mujeres», empecé en medio de un repentino silencio, «¿no os dais cuenta de que el mayor enemigo que tenéis es el Estado? Es una máquina que os aplasta para alimentar a la clase dominante, a vuestros patronos. Como niños ingenuos confiáis en vuestros líderes políticos. Hacéis posible que ellos se apoderen de vuestra confianza, solo para que os traicionen vendiéndoos al primer postor, pero incluso, aunque no haya una traición directa, los políticos laboristas hacen causa común con vuestros enemigos para manteneros sometidos, para evitar la acción directa. El Estado es el pilar del capitalismo y es ridículo esperar que vaya a

enmendarse. ¿No veis lo estúpido que es esperar la ayuda de Albany, con la inmensa riqueza que hay a un tiro de piedra de aquí? La Quinta Avenida está forrada de oro, cada mansión es una ciudadela de dinero y poder. Y sin embargo aquí estáis. Sois como un gigante, famélico y encadenado, privado de su fuerza. El cardenal Manning proclamó hace mucho tiempo que "la necesidad no tiene leyes" y que "el hombre hambriento tiene derecho a una parte del pan de su vecino". El cardenal Manning era un eclesiástico anclado en las tradiciones de la iglesia, que siempre ha estado del lado de los ricos contra los pobres, pero él tenía un poco de humanidad y sabía que el hambre es una fuerza imperiosa. Vosotros también tenéis que aprender que tenéis derecho a compartir el pan de vuestro vecino. Vuestros vecinos no solo os han robado el pan sino que están chupándoos la sangre. Seguirán robándoos, a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos, a no ser que despertemos, a no ser que seáis lo bastante osados como para reclamar vuestros derechos. Así que manifestaos ante los palacios de los ricos, exigid trabajo. Y si no os dan trabajo, exigid pan. Y si os niegan las dos cosas, coged el pan. Es vuestro derecho sagrado».

A la mañana siguiente fui a Filadelfia para asegurar la ayuda y para contribuir a organizar a los parados. Los periódicos de la tarde llevaban un resumen embrollado de mi discurso. Decían que yo había animado a la muchedumbre a hacer la revolución. «Emma la Roja tiene un enorme poder de persuasión. Su lengua mordaz era exactamente lo que necesitaba la turba ignorante para arrasar Nueva York». También afirmaban que algunos amigos fornidos me habían hecho desaparecer, pero que la policía estaba sobre mis huellas.

Por la noche asistí a una reunión donde me encontré con un montón de anarquistas que no conocía aún. Natasha Notkin era el espíritu más activo de todos ellos. Notkin era la mujer rusa revolucionaria ejemplar: aquella mujer no tenía ningún otro interés en la vida que no fuera el movimiento. Se

decidió celebrar un mitin el 21 de agosto, lunes. Aquella mañana los periódicos afirmaban de que se había descubierto mi paradero, que los detectives estaban de camino hacia Filadelfia con una orden de arresto. Me pareció que lo importante para mí era apañármelas para llegar al salón y dirigirme al público antes de que tuviera lugar mi detención. Aquella era mi primera visita a Filadelfia, donde las autoridades aún no me conocían. Incluso los detectives de Nueva York apenas podrían identificarme a partir de las fotografías que hasta el momento habían aparecido en la prensa. Decidí ir al salón sin acompañamiento y entrar sin ser vista.

La muchedumbre bloqueaba las calles adyacentes. Nadie me reconoció hasta que subí las escaleras que conducían al lugar de la reunión. Entonces uno de los anarquistas me saludó: «¡Ahí está Emma!». Lo ignoré, pero inmediatamente sentí una mano en el hombro y una voz que decía: «Está usted detenida, señorita Goldman». Hubo un revuelo, la gente se arremolinó junto a mí, pero los policías sacaron las pistolas y mantuvieron a la multitud a raya. Un detective me agarró por el brazo y me empujó escaleras abajo hacia la calle. Me dieron a elegir entre entrar en el furgón policial o caminar hasta la comisaría. Elegí caminar. Los policías intentaron esposarme, pero les aseguré que no había necesidad, que no iba a intentar escaparme. Por el camino un hombre se desgajó de la multitud y corrió hacia mí. Me ofreció su cartera, por si necesitaba dinero. Los detectives lo agarraron y lo detuvieron. Se lo llevaron al cuartel general de la policía, en la torre del Ayuntamiento, y lo encerraron esa noche.

Por la mañana me preguntaron si estaba dispuesta a regresar a Nueva York con los detectives. «No por mi propia voluntad», declaré. «Muy bien, entonces te retendremos aquí hasta que se tramite tu extradición». Me llevaron a una habitación donde me midieron, me pesaron y me fotografiaron. Luché desesperadamente contra aquellas fotografías, pero me sostuvieron la cabeza a la fuerza. Cerré los ojos y seguro que en la

fotografía mi aspecto era el de una bella durmiente con la pinta de un malhechor a la fuga.

Mis amigos de Nueva York estaban alarmados. Me inundaron de cartas y telegramas. Ed escribió de manera contenida, pero sentía su amor entre líneas. Quería ir a Filadelfia, reunir dinero y conseguir un abogado, pero le telegrafié para que esperara a ver cómo se desarrollaban las cosas. Muchos camaradas me visitaron en la cárcel y por ellos supe que habían permitido que se celebrara la reunión tras mi arresto. Voltairine de Cleyre había ocupado mi lugar y había protestado enérgicamente contra la represión que yo había sufrido.

Había oído hablar de esa brillante mujer estadounidense y sabía que, como yo, a partir del asesinato judicial de Chicago, se había convertido en un miembro activo de las filas anarquistas. Había querido conocerla desde hacía tiempo y la había visitado cuando llegué a Filadelfia, pero se encontraba enferma en la cama. Siempre tenía una recaída después de cada mitin y había hablado la noche anterior. Me pareció espléndido por su parte el haberse levantado de la cama para ir a la reunión y hablar en mi nombre. Me enorgullecía su camaradería.

La segunda mañana después de mi detención, me trasladaron a la cárcel de Moyamensing para esperar allí la extradición. Me pusieron en una celda bastante grande, con una puerta fabricada con una sólida lámina de hierro y una portezuela cuadrada en el centro que se abría desde el exterior. La ventana era alta y estaba profusamente enrejada. La celda disponía de váter, agua corriente, una taza de lata, una mesa de madera, un banco y un camastro de hierro. Una pequeña lámpara eléctrica colgaba del techo. De tanto en tanto se abría la puertecita cuadrada y un par de ojos miraban o una voz pedía la taza y me la devolvía llena de agua tibia y de sopa o con una rebanada de pan. Excepto por estas interrupciones, reinaba el silencio.

Tras el segundo día, la quietud se volvió opresiva y las horas se me hacían eternas. Me agoté de tanto caminar entre la puerta y la ventana. Mis

nervios estaban de punta por el continuo intento de escuchar algún sonido humano. Llamé a la celadora, pero no contestó nadie. Golpeé con mi taza de lata en la puerta. Finalmente llegó la respuesta. Se abrieron los cerrojos de mi puerta y entró en la celda una mujer grande con una cara adusta. Iba en contra de las reglas el hacer tanto ruido, me advirtió. Si volvía a hacerlo, tendría que castigarme. ¿Qué quería? Quería mi correo, le dije. Estaba segura de que había cartas de mis amigos, y también quería libros para leer. Me traería un libro, pero no había correo, dijo la celadora. Sabía que mentía, porque estaba segura de que, hubiera más remitentes o no, al menos Ed había escrito. Salió cerrando la puerta detrás de ella. Volvió poco después con un libro. Era la Biblia y me recordó el rostro cruel de mi profesor de religión de la escuela. Indignada, arrojé el libro a los pies de la celadora. No necesitaba mentiras religiosas, quería algún libro de un hombre, le dije. Durante un instante se quedó paralizada por el horror, después empezó a rabiar contra mí. Había profanado la palabra del señor, me pondrían en la mazmorra y después ardería en el infierno. Le repliqué fogosamente que no se atrevería a castigarme porque yo era una presa del estado de Nueva York, que aún no me habían juzgado y que, por tanto, aún tenía algunos derechos civiles. Salió a toda prisa dando un portazo.

Por la noche tuve una violenta jaqueca producida por la luz abrasadora en mis ojos. Golpeé de nuevo la puerta y exigí ver al médico. Apareció otra mujer, la doctora de la prisión. Me dio algunas medicinas y le pedí algo de leer o al menos algo para coser. Al día siguiente me mandaron toallas para remendar. Cosí durante horas con afán, mientras mis pensamientos estaban con Sasha y con Ed. Con claridad aplastante vi lo que suponía para Sasha la vida en la cárcel. ¡Veintidós años! Yo me volvería loca en solo un año.

Un día la celadora me anunció que se había concedido la extradición y que me iban a trasladar a Nueva York. La seguí hasta la oficina donde me entregaron un gran paquete de cartas, telegramas y periódicos. Me informaron de que habían llegado varias cajas de fruta y flores para mí pero

que iba contra el reglamento tener esas cosas. Después me pusieron en las manos de un hombre fornido. A la puerta de la cárcel esperaba un taxi que nos condujo a la estación.

Viajamos en un vagón Pullman y el hombre se presentó como sargento detective... Se disculpó diciendo que solo cumplía con su deber y que tenía seis hijos que mantener. Le pregunté por qué no había escogido una profesión más honorable y por qué tenía que añadir más espías al mundo. Si él no lo hacía, lo haría otro, contestó. El cuerpo de policía era necesario, protegía a la sociedad. ¿Quería cenar? Podía hacer que sirvieran la cena en el vagón para evitarme ir a la cafetería. Asentí. No había comido nada decente en una semana. Además, la ciudad de Nueva York costeaba el lujo no solicitado de mi viaje.

Durante la cena el detective habló de mi juventud y de la vida que «una chica tan brillante, con tantas habilidades» tenía ante ella. Vino a decir que nunca ganaría nada con el trabajo que hacía, ni siquiera mi sal. ¿Por qué no era razonable y «me cuidaba del número uno» primero? Simpatizaba conmigo porque él también era un *yehude*. Le daba pena que fuera a la cárcel. Él podría decirme cómo salir libre, incluso recibir una buena suma de dinero, si solo era razonable.

«Desembucha», le dije. «¿En qué estas pensando?»

Su jefe le había ordenado decirme que mi caso se invalidaría y que se me ofrecería una suma sustancial de dinero si soltaba un poquito. No demasiado, solo un breve informe periódico de qué se cocía en los círculos radicales y entre los obreros del East Side.

Me invadió una sensación horrible. La comida me dio náuseas. Bebí apresuradamente un poco del agua helada de mi vaso y le tiré el resto a la cara del detective. «¡Perro miserable!», grité. «No solamente actúas como un Judas sino que intentas convertirme en uno, tú y tu podrido jefe. Iré a la cárcel de por vida, pero nadie podrá comprarme!»

«De acuerdo, de acuerdo», dijo tranquilamente. «Como tú quieras».

Desde la estación Pennsylvania me llevaron a la comisaría de Mulberry Street, donde me encerraron esa noche. La celda era pequeña y maloliente, con solo una plancha de madera para sentarse o tumbarse. Oí el estruendo de las celdas cerrándose y abriéndose, gritos y llantos histéricos, pero era un alivio el no ver la cara hinchada y no tener que respirar el mismo aire que ese odioso detective.

A la mañana siguiente me llevaron ante el comisario. El detective le había contado todo y estaba furioso. Yo era una imbécil, una pava que no sabía lo que le convenía. Me encerraría durante años donde ya no pudiera hacer daño a nadie. Le dejé desvariar, pero antes de irme le dije que todo el país sabría lo corrupto que podía ser el jefe de policía de Nueva York. Levantó una silla como si quisiera atizarme con ella. Después cambió de idea y llamó a un detective para que me devolviera a la comisaría.

Sentí una enorme alegría al ver allí a Ed, a Justus Schwab y al doctor Julius Hoffmann esperándome. Por la tarde me llevaron ante el juez y me acusaron de tres delitos de sedición. La fecha de mi juicio se fijó para el 28 de septiembre; mi fianza, en cinco mil dólares, que entregó el doctor Julius Hoffman. Mis amigos me condujeron triunfantes a la guarida de Justus.

En mi correo acumulado me encontré una carta clandestina de Sasha. Había leído la noticia de mi detención. «Ahora sí eres mi marinerita», escribía. Por fin había logrado comunicarse con Nold y Bauer y estaban planeando una publicación clandestina. Ya habían escogido el nombre, se llamaría *Gefängniss-Blüthen* (Flores de Prisión). Sentí un enorme alivio. ¡Sasha había regresado, empezaba a recuperar el interés por la vida, resistiría! Como máximo tendría que cumplir los siete años de la primera sentencia. Teníamos que trabajar con ardor para que le conmutaran la condena. Yo me sentía volar, feliz, al pensar que podríamos lograr arrancar a Sasha de su tumba viviente.

El bar de Justus estaba atestado. Gente a la que nunca había visto acudía para expresar su simpatía. De repente me había convertido en un personaje

importante, aunque no lograba saber por qué, puesto que no había hecho y dicho nada que mereciera esa distinción. Nunca dudé por un instante de que eran las teorías sociales que yo representaba, y no yo personalmente, lo que atraía la atención. Mi juicio sería una oportunidad maravillosa para la propaganda. Mi defensa ante el tribunal llevaría el mensaje del anarquismo a todo el país.

Eché de menos a Claus Timmermann entre la multitud y me pregunté qué habría podido retenerle. Le pregunté a Ed qué podría haber ocurrido para que Claus se perdiera una ocasión de beber gratis. Ed al principio me contestaba con evasivas, pero después de insistirle mucho me contó que la policía había entrado en la tienda de mi abuela esperando encontrarme allí. Después habían arrestado a Claus. Como sabían que solía estar borracho, la policía esperaba que los informara de mi paradero, pero Claus se negó a hablar, estuvieron golpeándolo hasta dejarlo inconsciente y después lo arrojaron por seis meses en la isla de Blackwell bajo la acusación de resistencia a la autoridad.

A medida que se acercaba mi propio juicio, Fedya, Ed, Justus y otros amigos me presionaban sobre la necesidad de un abogado. Sabía que tenían razón. El juicio farsa de Sasha había demostrado que así era y ahora también el destino de Claus. Yo tampoco tendría ninguna oportunidad si no acudía al juicio con un abogado, pero me parecía una traición a Sasha el aceptar asistencia legal. Él se había negado a hacer concesiones, aun sabiendo que lo acechaba una larga sentencia. ¿Cómo podría hacerlo yo? Me defendería a mí misma.

Una semana antes del juicio recibí una carta secreta de Sasha. Se había dado cuenta de que, en tanto revolucionarios, no teníamos ninguna oportunidad en un tribunal estadounidense, y estábamos totalmente perdidos sin asistencia legal. No se arrepentía de su propia decisión y, si bien sostenía que era incoherente que un anarquista estuviera representado por un abogado o gastara así el dinero de los obreros, le parecía que mi

situación era diferente. Como buena oradora, yo podría hacer una propaganda eficaz de nuestros ideales ante el tribunal y un abogado protegería mi derecho a hablar. Sugería que algún abogado eminente de ideas liberales, como Hugh O. Pentecost, podría ofrecer gratis sus servicios. Yo sabía que era la preocupación de Sasha por mi bienestar lo que le inducía a pedirme algo que él se había negado a sí mismo con tanto valor. ¿O era que su propia experiencia le había mostrado su error? La carta de Sasha y el ofrecimiento de asistencia gratuita desde un lugar inesperado me hicieron cambiar de opinión. La oferta vino de A. Oakey Hall.

Mis amigos estaban encantados. A. Oakey Hall, además de ser un hombre de ideas liberales, era un gran jurista. Había sido alcalde de Nueva York, pero había demostrado ser demasiado humano y democrático para la política. Su relación amorosa con una joven actriz le ofreció una oportunidad en bandeja de acabar con la carrera política de Hall. Distinguido, alto, vivaz, Hall daba la impresión de ser un hombre mucho más joven de lo que reflejaba su cabello blanco. Sentía curiosidad por saber por qué estaba dispuesto a ocuparse desinteresadamente de mi caso. Él me explicó que en parte era por simpatía hacia mí y en parte por su hostilidad hacia la policía. Conocía su corrupción, sabía lo fácilmente que le arrebataban la libertad a un hombre y estaba deseando exponer sus métodos. Mi caso le proporcionaba una ocasión para ello. El tema de la libertad de expresión era de importancia nacional, mi defensa volvería a hacer conocida su existencia ante el público. Me gustó la franqueza de aquel hombre y accedí a que me representara.

Mi juicio comenzó el 28 de septiembre ante el juez Martin. Duró diez días, durante los cuales la sala del tribunal estuvo llena de periodistas y amigos. El fiscal presentó tres acusaciones contra mí, pero A. Oakey Hall frustró sus planes. Señaló que nadie podía ser juzgado por tres acusaciones separadas sobre un mismo delito y el juez admitió su objeción. Dos de las acusaciones se retiraron y solo me juzgaron por incitar a la revuelta.

Al mediodía del primer día del juicio, fui a comer con Ed, Justus y John Henry MacKay, el poeta anarquista, pero cuando se pospuso la sesión y mi abogado se disponía a acompañarme a casa, nos pararon. Durante el resto del juicio, nos informaron, estaría bajo custodia del tribunal. Me mandarían a Las Tumbas. Mi abogado protestó porque yo estaba bajo fianza y esa medida solo era admisible en juicios por asesinato, pero no surtió efecto. Tuve que seguir bajo arresto. Mis amigos me dedicaron una ovación, vivas y cantos revolucionarios, con la voz de Justus tronando por encima de las demás. Les pedí que ondearan la bandera y se bebieran mi parte, junto con la suya, brindando por el día en que ya no habría tribunales ni carceleros.

El testigo estrella del Estado era el detective Jacobs. Sacó sus notas que dijo haber tomado en el estrado de Union Square y que decía que eran una copia palabra por palabra de mi discurso. Me citó pidiendo «revolución, violencia y derramamiento de sangre». Doce personas que habían estado en el mitin y que me habían escuchado hablar se presentaron para testificar a mi favor. Cada una de ellas declaró que habría sido físicamente imposible tomar notas en el mitin debido a la cantidad de gente que había en el estrado. Las notas de Jacobs se sometieron a un experto en caligrafía, que declaró que la escritura era demasiado regular para poder haberse escrito de pie en un lugar atestado, pero ni su testimonio ni el de los testigos prevalecieron ante las declaraciones del detective. Cuando yo misma subí al estrado, el fiscal MacIntyre insistió en preguntarme sobre todo lo divino y lo humano excepto por el discurso de Union Square. Religión, amor libre, moralidad, ¿qué opinaba de esos temas? Yo traté de desenmascarar la hipocresía de la moralidad, a la Iglesia como un instrumento para la esclavitud, la imposibilidad del amor cuando se exige y no es libre. Interrupciones constantes por parte de MacIntyre y las instrucciones del juez para que contestara con solo un sí o un no finalmente me obligaron a abandonar la tarea.

En su discurso final, MacIntyre peroró con elocuencia sobre lo que ocurriría si «esta peligrosa mujer» quedaba libre. La propiedad sería destruida, los niños de los ricos exterminados, correría la sangre por las calles de Nueva York. Hablando entró en tal frenesí que su cuello y puños almidonados se volvieron flácidos y empezaron a caerle gotas de sudor. Aquello me resultó más penoso que su oratoria.

Oakey Hall hizo un discurso brillante ridiculizando el testimonio de Jacobs, censurando los métodos de la policía y la posición del Tribunal. Su cliente era una idealista, declaró; todas las grandes cosas de nuestro mundo las habían promulgado los idealistas. Discursos mucho más violentos que los que nunca había hecho Emma Goldman jamás habían sido perseguidos en los tribunales. Las clases adineradas de Estados Unidos lo veían todo rojo desde que el gobernador Altgeld había concedido el indulto a los tres supervivientes anarquistas del grupo ejecutado en Chicago en 1887. La policía de Nueva York buscaba en el mitin de Union Square una oportunidad para convertir a Emma Goldman en un blanco anarquista. Estaba claro que su cliente era una víctima de la persecución policial. Cerró su discurso con un elocuente alegato a favor del derecho a la libertad de expresión y por la absolución de la acusada.

El juez se explayó sobre la ley y el orden, el carácter sagrado de la propiedad y la necesidad de proteger «las instituciones americanas libres». El jurado deliberó durante mucho tiempo: se resistía a condenarme. En una ocasión, el presidente del jurado vino a pedir aclaraciones: el jurado parecía especialmente impresionado por el testimonio de uno de mis testigos, un joven reportero del *The World* de Nueva York. Había estado en el mitin y había escrito un informe detallado sobre él. Mientras declaraba en el estrado de los testigos, Jacobs se acercó a MacIntyre, susurró algo y enviaron a un ujier a hacer un recado. Pronto regresó con una copia de *The World* de la mañana siguiente al mitin. El reportero no podía acusar ante un tribunal a su redactor jefe de haber manipulado su informe. Se quedó avergonzado,

confuso e inequívocamente triste. Su informe tal y como había salido impreso en *The World*, y no como él testimoniaba en el estrado, decidió mi suerte. Me declararon culpable.

Mi abogado insistía en apelar a una instancia superior, pero yo me negué. La farsa de mi juicio había reforzado mi oposición al Estado y no le pediría más favores. Me llevaron de vuelta a Las Tumbas hasta el 18 de octubre, el día fijado para la sentencia.

Antes de que me trasladaran a la cárcel, me permitieron una breve visita de mis amigos. Les repetí lo que ya le había dicho a Oakey Hall: no permitiría una apelación. Coincidieron conmigo al considerar que una apelación solo supondría un aplazamiento. Un momento de debilidad me sobrevino, el pensamiento de Ed y de nuestro amor, tan joven, tan lleno de futura felicidad. La tentación era grande, pero debía seguir el camino que otros muchos habían tomado antes que yo. Me caerían un año o dos: ¿qué era eso comparado con el destino de Sasha? Seguiría adelante.

En el intervalo que pasó hasta la publicación de mi sentencia, los periódicos se llenaron de historias sensacionalistas sobre «anarquistas planeando arrasar el tribunal» y preparativos para «un rescate por la fuerza de Emma Goldman». La policía estaba preparada para «lidiar con la situación», los cuarteles generales radicales estaban siendo vigilados y el tribunal muy protegido. Nadie excepto la prisionera, su abogado y los representantes de la prensa podía entrar en el edificio del tribunal el día que se leyera la sentencia.

Mi abogado comunicó a mis amigos que había decidido no estar presente en el tribunal debido a «mi cabezonería al rechazar una apelación a una instancia superior», pero Hugh O. Pentecost estaría a mano, no como representante legal sino como amigo, para proteger mis derechos legales y exigir que yo tuviera ocasión para hablar. Ed me informó de que *The World* de Nueva York se había ofrecido a publicar la declaración que yo había preparado para el tribunal. Me pregunté por qué *The World*, que había

sacado un informe falsificado de mi discurso de Union Square, querría ahora publicar mi informe. Ed dijo que no había explicación posible para las incoherencias de la prensa capitalista. En cualquier caso, *The World* le permitiría ver las galeradas y eso nos aseguraría que no se modificaba. Mi declaración aparecería en una edición especial inmediatamente después de que se dictara la sentencia. Mis amigos me pidieron que entregara el manuscrito a *The World* y yo asentí.

A juzgar por el camino desde las Tumbas hasta el tribunal, parecía que Nueva York estaba bajo la ley marcial. Las calles estaban pespunteadas de policía, los edificios rodeados por cordones policiales fuertemente armados, los pasillos del tribunal llenos de oficiales de policía. Me llamaron al estrado y me preguntaron si «tenía algo que decir en mi defensa, para que no se pronunciara la sentencia». Yo tenía bastantes cosas que decir, ¿tendría ocasión de hacerlo? No, era imposible, solo podría hacer una breve declaración. Entonces diría únicamente que yo no esperaba que un tribunal capitalista pudiera hacer justicia. Y que el tribunal podría esforzarse en hacerlo mal, pero que era impotente para cambiar mis opiniones.

El juez Martin me condenó a un año en la isla de Blackwell. De camino a Las Tumbas escuché gritar a los repartidores de periódico: «¡Extra! ¡Extra! ¡El discurso de Emma Goldman ante el tribunal!», y me alegré de que *The World* hubiera mantenido su promesa. Enseguida me metieron en el furgón policial y me llevaron al barco que entrega los presos a la isla de Blackwell.

Era un soleado día de octubre y el sol se reflejaba en el agua a medida que la barcaza navegaba. Algunos periodistas me acompañaban, todos presionando para entrevistarme. «Viajo como una reina», señalé con ligereza, «no hay más que ver cuántos sátrapas.» «No se puede aplastar a esta chiquilla», decía una y otra vez un joven periodista con admiración. Cuando alcanzamos la isla, despedí a mis acompañantes, reprendiéndoles para que no escribieran más mentiras de las que pudieran evitar. Les recordé alegremente que nos veríamos de nuevo dentro de un año y después seguí al

alguacil a lo largo del sendero de grava rodeado de árboles que llevaba a la entrada de la cárcel. Allí me giré hacia el río, respiré por última vez el aire libre y atravesé el umbral de mi nuevo hogar.

---

[1] Quien nunca comió su pan entre lágrimas / Quien nunca pasó noches en vela / Llorando sobre su lecho / No os conoce, potencias celestiales. (*N. de la T.*)

12

Me llevaron ante la celadora jefe, una mujer alta con una cara impasible. Empezó apuntando mi historial. «¿Qué religión?», fue su primera pregunta. «Ninguna. Soy atea». «El ateísmo está prohibido aquí. Tendrás que ir a la iglesia». Le contesté que de ninguna manera. No creía en nada de lo que sostenía la iglesia y, como yo no era una hipócrita, no iría. Además, mi familia era judía. ¿Había una sinagoga?

Me dijo secamente que había servicios para los convictos judíos el sábado por la tarde, pero que, como yo era la única presa judía, no podría permitirme asistir entre tantos hombres.

Después de una ducha y cambiarme al uniforme de la prisión, me enviaron a mi celda y me encerraron.

Yo sabía por lo que Most me había contado de la isla de Blackwell que la cárcel era vieja y húmeda, las celdas pequeñas sin luz ni agua. Por tanto estaba preparada para lo que me esperaba. Pero en el momento en el que se cerró la puerta tras de mí, empecé a experimentar una sensación de ahogo. En la oscuridad tanteé buscando algo para sentarme y encontré un estrecho camastro de hierro. Me venció un repentino cansancio y me quedé dormida.

Noté una quemazón aguda en mis ojos y salté atemorizada. Se trataba de una lámpara que habían acercado a los barrotes. «¿Qué pasa?», grité, olvidando dónde me encontraba. La lámpara bajó y descubrí un rostro delgado y ascético que me miraba. Una suave voz me felicitó por mi

profundo sueño. Era la celadora de la noche cumpliendo con sus rondas regulares. Me dijo que me desvistiera y se fue.

Pero ya no pude dormir más esa noche. El tacto irritante de la áspera manta y las sombras que se deslizaban tras los barrotes no me dejaron dormir hasta que el sonido de un gong me puso de nuevo en pie. Se corrían los cerrojos y se abrían las pesadas puertas. Siluetas blancas y azules arrastraban los pies, formando mecánicamente una fila de la que yo misma formaba parte. «¡Marchen!» Y la fila empezó a moverse a lo largo del pasillo, bajando las escaleras hasta un recodo donde había lavabos y toallas. De nuevo una orden: «¡A lavarse!», y todo el mundo empezó a pedir a gritos toallas, ya manchadas y húmedas. Antes de que pudiera echar algo de agua en mis manos y en la cara y medio secarme, llegó la orden de regresar.

Y entonces el desayuno: una rebanada de pan y una taza de latón con un agua tibia y marronácea. De nuevo se formó la fila y la humanidad rayada se dividió en secciones y fueron conducidas a sus tareas cotidianas. Con un grupo de otras mujeres me enviaron a la sala de costura.

El procedimiento de hacer filas, «¡Adelante!, ¡marchen!», se repetía tres veces al día, siete días por semana. Tras cada comida nos concedían diez minutos para hablar. Entonces brotaba un torrente de palabras de los grupos de confinadas. Cada preciado segundo incrementaba el estruendoso sonido y después, un repentino silencio.

La sala de costura era grande y luminosa, el sol se colaba por las altas ventanas, sus rayos intensificaban la blancura de los muros y la monotonía del uniforme reglamentario. Bajo aquella intensa luz, las figuras, con atuendos sueltos y nada favorecedores, parecían aún más feas. Aun así el taller era una alternativa a la celda que se agradecía. La mía, en la planta baja, era gris y húmeda incluso de día. Las celdas de los pisos superiores eran algo luminosas, tanto que junto a la puerta enrejada se podía incluso leer con ayuda de la luz que llegaba de las ventanas del pasillo.

El momento en el que se cerraban las celdas para la noche era la peor experiencia del día. Las convictas caminaban por las galerías de la forma habitual. Al llegar a su celda, cada una salía de la fila, entraba, colocaba las manos en la puerta de hierro y esperaba la orden, «¡Cerrad!», y con un estruendo se cerraban setenta puertas, cada prisionera encerrándose a sí misma mecánicamente. Una degradación diaria aún más horripilante era que te obligaban a caminar en fila india hasta el río, portando el cubo con los excrementos acumulados durante veinticuatro horas.

Me pusieron como encargada del taller de costura. Mi tarea consistía en cortar el paño y preparar trabajo para las dos docenas de mujeres que trabajaban allí. Además, tenía que llevar las cuentas del material que entraba y del producto que salía. Agradecí el trabajo. Me ayudaba a olvidar la árida existencia dentro de la cárcel, pero las noches me torturaban. Las primeras semanas me quedaba dormida en cuanto tocaba la almohada. Pronto, sin embargo, empecé a pasar la noche dando vueltas, buscando en vano el sueño. Incluso si me concedían los dos meses acostumbrados de conmutación, aún me quedaban doscientas noventa noches horribles. Doscientas noventa noches, ¿y Sasha? Me desvelaba tratando de contar en la oscuridad los días y las noches que le quedaban a él. Incluso aunque pudiera salir después de su primera condena de siete años, aún le quedarían más de dos mil quinientas noches. Me invadía el miedo a que Sasha no pudiera sobrevivir. Nada conducía más a la locura que la cárcel. Mejor morir, pensaba. ¿Morir? Frick no había muerto y la gloriosa juventud de Sasha, su vida, las cosas que podría haber logrado, todas habían sido sacrificadas, tal vez para nada, pero ¿había sido el *Attentat* de Sasha en vano? ¿Era mi fe revolucionaria un mero eco de lo que otros me habían dicho o enseñado? «¡No, en vano no!», insistía una voz en mi interior. «¡Ningún sacrificio por una gran idea se pierde!»

Un día me dijo la celadora jefe que tendría que obtener mejores resultados de las mujeres. No trabajaban tanto, me dijo, como lo hacían bajo

la presa que se había hecho cargo del taller de costura antes que yo. Me molestó la sugerencia de que me convirtiera en una negrera. Me habían enviado a la cárcel, informé a la celadora, porque odiaba la esclavitud, así a sus autores. Yo me consideraba una más de las internas, no por encima. Estaba decidida a no hacer nada que implicara negar mis ideales. Prefería el castigo. Uno de los métodos para tratar las faltas consistía en colocar a las infractoras en una esquina contra una pizarra y obligarlas a estar allí durante horas, en la misma posición, siempre bajo los ojos vigilantes de la celadora. Me parecía algo mezquino e insultante. Decidí que si me aplicaban ese castigo indigno, cometería un delito mayor y asumiría el calabozo. Pero pasaban los días y no me castigaban.

Las noticias en la cárcel viajan con una celeridad sorprendente. Veinticuatro horas después, todas las mujeres sabían que me había negado a actuar como una negrera. Hasta entonces no se habían mostrado hostiles, pero se habían mantenido a distancia. Les habían dicho que yo era una terrible «anarquista» y que no creía en Dios. Nunca me habían visto en la iglesia y no participaba en su desahogo diario de diez minutos de charla. A sus ojos era un bicho raro, pero cuando supieron que me había negado a ejercer como su jefa, sus barreras se derrumbaron. Los domingos, después de la iglesia, las celdas permanecían abiertas para permitir que las mujeres se visitaran unas a otras durante una hora. El domingo siguiente recibí visitas de todas las internas de mi galería. Sentían que yo era su amiga, me aseguraban, y harían cualquier cosa por mí. Las chicas de la lavandería se ofrecían a lavar mi ropa, otras a remendar mis medias. Todas estaban deseando hacerme algún favor. Aquello me conmovió mucho. Esas pobres criaturas estaban tan hambrientas de amabilidad que el menor indicio de ella destacaba como una montaña en sus limitados horizontes. Después de aquello solían acudir a mí con sus problemas, con su odio de la celadora jefe, sus confidencias sobre amoríos con los convictos varones. Su ingenio a la hora de ligar bajo los propios ojos de los policías era impresionante.

Mis tres semanas en Las Tumbas me habían proporcionado pruebas sobradas de que la afirmación revolucionaria de que el crimen es resultado de la pobreza está basada en hechos reales. La mayoría de las personas a la espera de juicio procedían de los estratos más bajos de la sociedad, hombres y mujeres sin amigos, muchas veces sin un hogar. Criaturas desgraciadas, ignorantes, pero aún con esperanza en sus corazones porque todavía no habían sido condenadas. En la penitenciaría, la desesperación se apoderaba de casi todas las presas. Servía para desvelar la oscuridad mental, el miedo y la superstición que las mantenía atadas. Entre las setenta internas apenas media docena apuntaba algún tipo de inteligencia. El resto eran marginadas sin la menor conciencia social. Sus desgracias personales llenaban sus pensamientos: no les cabía en la cabeza que fueran víctimas, eslabones en una cadena infinita de injusticia y desigualdad. Desde su infancia más temprana no habían conocido otra cosa que la pobreza, el hacinamiento y la necesidad, las mismas condiciones que les aguardaban a su salida. Y aun así eran capaces de simpatía y dedicación, de impulsos generosos. Cuando enfermé quedé convencida de ello.

La humedad de mi celda y el frío de los días de finales de diciembre me regalaron un ataque de mi vieja dolencia, reumatismo. Durante algunos días, la celadora jefe se opuso a que me llevaran al hospital, pero finalmente se vio obligada a cumplir la orden del médico visitante.

La penitenciaría de la isla de Blackwell tenía la suerte de no tener un médico «residente». Los internos recibían la atención médica del Charity Hospital, que estaba cerca. Esa institución impartía cursos de posgrado de seis semanas, lo que suponía cambios constantes en la plantilla. Estaban bajo la supervisión directa de un médico visitante de la ciudad de Nueva York, el doctor White, un hombre humano y amable. El tratamiento que se les daba a los presos era tan bueno como el que reciben los pacientes de cualquier hospital de Nueva York.

El pabellón de enfermas era la sala más grande y soleada del edificio. Sus amplias ventanas daban a un extenso prado que había delante de la prisión y desde ellas se divisaba el East River. Con el buen tiempo, el sol se derramaba generosamente. Un mes de descanso, la amabilidad del médico y las atenciones de mis compañeras presas aliviaron mi dolor y me permitieron ponerme de nuevo en marcha.

Durante una de sus rondas, el doctor White cogió la tarjeta donde, a los pies de mi cama, tenía apuntados mi delito y mi historial. «Incitación a la revuelta», leyó. «¡Bah! No te creo capaz de hacer daño a una mosca. ¡Menuda incitadora estarás hecha!», se rio. Después me preguntó si no me gustaría quedarme en el hospital para atender a las enfermas. «Me gustaría, claro», le contesté, «pero no sé nada de enfermería». Ni nadie en la prisión, me dijo. Se había empeñado durante algún tiempo en convencer al ayuntamiento para que colocara a una enfermera diplomada a cargo del pabellón, pero no lo había conseguido. Para las operaciones y los casos graves tenía que contar con una enfermera del Charity Hospital. Yo aprendería enseguida los cuidados más elementales que necesitan los enfermos. Él me enseñaría a tomar el pulso y la temperatura y a hacer cosas de ese estilo. Hablaría con el alcaide y con la celadora jefe, si es que yo quería quedarme.

Enseguida me incorporé a mi nuevo trabajo. El pabellón tenía dieciséis camas, casi siempre ocupadas. Todos los casos se trataban en la misma estancia, desde operaciones graves a tuberculosis, neumonía y partos. Mi jornada era larga y agotadora, las quejas de las pacientes desquiciantes, pero me encantaba el trabajo. Me dio la oportunidad de acercarme a las mujeres enfermas y darles algo de ánimo en sus vidas. Yo era mucho más rica que ellas: tenía amor y amistad, recibía muchas cartas y mensajes diarios de Ed. Unos anarquistas austriacos, dueños de un restaurante, me mandaban todos los días la cena, que Ed en persona acercaba en el barco. Fedya me proporcionaba fruta y dulces cada semana. Tenía mucho que ofrecer y era

una alegría compartirlo con aquellas hermanas mías que no tenían ni amigos ni atenciones. Había unas pocas excepciones, por supuesto, pero la mayoría no tenía nada. Nunca habían tenido nada y no tendrían nada cuando salieran. Eran los desechos del estercolero social.

Poco a poco me fui encargando por completo del pabellón del hospital. Entre mis deberes estaba el dividir las raciones especiales que se les concedía a las presas enfermas. Consistían en un cuarto de leche, una taza de caldo de vaca, dos huevos, dos galletas y dos terrones de azúcar por cada enferma. En ocasiones desaparecían huevos y leche. Yo había informado de aquello a la celadora de día. Más tarde ella me transmitió que la celadora jefe había dicho que no importaba, que algunos pacientes eran lo bastante fuertes como para poder prescindir de las raciones extra. Yo había tenido muchas ocasiones de analizar a la celadora jefe, que sentía una violenta antipatía por todo lo no anglosajón. Sus blancos principales eran las irlandesas y las judías, a las que habitualmente discriminaba, así que no me sorprendió recibir ese mensaje de su parte.

Unos días más tarde, la presa que había llevado las raciones del hospital me dijo que la celadora jefe había dado las raciones que faltaban a dos fornidas presas negras. Aquello tampoco me sorprendió. Sabía que sentía un afecto especial por las internas de color. Pocas veces las castigaba y a menudo les otorgaba privilegios especiales. En contrapartida, sus favoritas espiaban a las otras presas, incluso a otras de su propio color demasiado decentes como para dejarse sobornar. Yo nunca había tenido prejuicios contra la gente de color; de hecho, sentía profunda simpatía por ellos, porque en Estados Unidos se los trataba como a esclavos, pero aborrecía la discriminación. La idea de robar las raciones de las enfermas, blancas o de color, para alimentar a personas sanas, escandalizaba a mi sentido de la justicia, pero no podía hacer nada en ese asunto.

Después de mis primeros enfrentamientos con ella, me había dejado en paz. Una vez se enfureció porque me negué a traducir una carta en ruso que

había recibido una de las presas. Me llamó a su oficina para leer la carta e informarle del contenido. Cuando vi que la carta no era para mí, le dije que la cárcel no me había contratado como traductora. Ya era horroroso que los policías espiaran el correo personal de seres indefensos, yo no lo haría. Ella dijo que era una estúpida por no aprovechar su buena voluntad. Me devolvería a mi celda, me quitaría el periodo de conmutación por buena conducta y me haría muy difícil el resto de mi estancia allí. Podría hacer lo que quisiera, le dije, pero yo no leería las cartas privadas de mis hermanas en desgracia y mucho menos las traduciría para ella.

Entonces llegó el caso de las raciones perdidas. Las mujeres enfermas empezaron a sospechar que no estaban recibiendo toda su ración y se quejaron al médico. Enfrentada a una pregunta directa, tuve que decirle la verdad. Yo no sé qué le diría a la celadora transgresora, pero las raciones comenzaron a llegar de nuevo completas. Dos días después me mandaron llamar y me encerraron en el calabozo.

Yo había comprobado hasta la saciedad el efecto de la experiencia del calabozo en otras mujeres presas. Aunque las normas prohibían una estancia superior a cuarenta y ocho horas, una interna había sido encerrada allí durante veintiocho días, a pan y agua. Tuvieron que sacarla en una camilla, sus manos y piernas estaban hinchadas, su cuerpo cubierto de un sarpullido. Las descripciones de aquella pobre criatura y de otras me ponían enferma, pero la realidad superaba todo lo que había oído. La celda estaba vacía, una debía sentarse o tumbarse en el frío suelo de piedra. La humedad de los muros convertía el calabozo en un lugar espantoso. Aún peor era la privación absoluta de luz y aire, la negrura impenetrable, tan espesa que no podías ver tu propia mano ante los ojos. Me dio la sensación de que me hundía en un pozo voraz. «La resurrección de la inquisición española en América», pensé en la descripción de Most. No había exagerado nada.

Cuando la puerta se cerró tras de mí, me quedé quieta, temerosa de sentarme o de apoyarme en la pared. Después, tanteé buscando la puerta.

Capté un débil sonido que lentamente se acercaba. Oí cómo la llave giraba en la cerradura. Apareció una celadora. Reconocí a la señorita Johnson, aquella que me había despertado sobresaltada mi primera noche en la penitenciaría. Yo había llegado a apreciar su personalidad hermosa. Su amabilidad hacia las presas era el único rayo de luz en su triste existencia. Me había acogido en su seno casi desde el primer día y me había mostrado su cariño de muchas formas indirectas. A menudo, cuando todos dormían y el silencio caía sobre la cárcel, la señorita Johnson entraba en el hospital, colocaba mi cabeza en su regazo y acariciaba con ternura mi cabello. Me contaba las noticias de la prensa para distraerme e intentar levantar mi ánimo deprimido. Yo sabía que había encontrado una amiga en esa mujer, un alma solitaria que no había conocido el amor de un hombre o de un bebé.

Entró en el calabozo con una silla de campaña y una manta. «Puedes sentarte aquí y envolverte. Dejaré un poco abierta la puerta para que pase algo de aire y luego te traeré un café caliente. Te ayudará a pasar la noche». Me dijo lo doloroso que le resultaba ver a las presas encerradas en ese agujero terrible, pero no podía hacer nada por ellas porque en la mayoría no se podía confiar. Conmigo era diferente, se sentía segura.

A las cinco de la madrugada, mi amiga tenía que llevarse la silla y la manta y encerrarme, pero el calabozo ya no me oprimía. La humanidad de la señorita Johnson había disuelto la negrura.

Cuando me sacaron del calabozo y me devolvieron al hospital, vi que era casi mediodía. Retomé mis tareas. Más tarde me enteré de que el doctor White había preguntado por mí y que, cuando le informaron de que estaba castigada, había pedido con energía mi liberación.

No se permitían visitas a la cárcel hasta cumplir el primer mes de condena. Desde el primer momento había echado de menos a Ed y a la vez temía su llegada. Me acordaba de la horrible visita a Sasha, pero en la isla de Blackwell no era tan horrible. Me encontré con Ed en una sala donde

otras presas recibían también a sus amigos y parientes. No había un guarda entre nosotros. La gente estaba tan absorta en su propia visita que no prestaba ninguna atención a la de los demás. Aun así nos sentíamos cohibidos. Con las manos entrelazadas hablamos de todo y nada.

Recibí su segunda visita en el hospital cuando la señorita Johnson estaba de servicio. Con gran consideración por su parte, colocó una mampara para ocultarnos de la vista de los demás pacientes y se mantuvo a distancia. Ed me abrazó. Fue una felicidad sentir de nuevo el calor de su cuerpo, sentir el latido de su corazón y beber con avidez de sus labios, pero su partida me dejó en un torbellino emocional, consumida por una necesidad apasionada de mi amante. Durante el día luché para dominar el ardiente deseo que corría por mis venas, pero por la noche el ansia me atrapó con su poder. Finalmente llegó el sueño, un sueño perturbado por imágenes de las noches embriagadoras con Ed. La experiencia era demasiado torturadora y agotadora. Me alegró cuando apareció acompañado de Fedya y otros amigos.

En una ocasión Ed llegó acompañado de Voltairine de Cleyre. La habían invitado unos amigos de Nueva York a hablar en un mitin organizado a favor de mi caso. Cuando la visité en Filadelfia ella estaba demasiado enferma como para hablar. Me alegraba tener la oportunidad de acercarme a De Cleyre ahora. Hablamos de las cosas que nos unían, Sasha, el movimiento. Voltairine prometió unirse a mí, cuando me soltaran, en un nuevo esfuerzo a favor de Sasha. Mientras tanto le escribiría, me dijo. Ed también estaba en contacto con él.

A mis visitantes siempre los llevaban al hospital, así que me sorprendió que un día me llamaran del despacho del alguacil para encontrarme allí con alguien. Resultaron ser John Swinton y su esposa. Swinton era una figura conocida a nivel nacional, había trabajado con los abolicionistas y había luchado en la guerra de Secesión. Como redactor jefe del *Sun* de Nueva York había abogado por los refugiados europeos que llegaban a pedir asilo a

Estados Unidos. Era amigo y consejero de los jóvenes aspirantes a escritores y había sido uno de los primeros en defender a Walt Whitman contra las falsedades de los puristas. Alto, erecto, con hermosos rasgos, John Swinton era una figura impresionante.

Me recibió con calidez, señalando que acababa de decirle al alcaide Pillsbury que él mismo había hecho discursos más violentos durante la lucha por la abolición que nada de lo que yo había dicho en Union Square. Y a él no lo habían arrestado. Le había dicho al alcaide que debería darle vergüenza tener encerrada «a una niña así». ¿Y qué me imaginaba que había respondido? Que no tenía otra opción, que era su deber. «Todos los débiles dicen eso, cobardes que siempre echan la culpa a los demás». En ese momento se acercó el alguacil. Le aseguró a Swinton que yo era una presa modelo y que me había convertido en muy poco tiempo en una eficiente enfermera. De hecho, estaba haciendo tan buen trabajo que desearía que me hubieran caído cinco años. «Eres un maldito bufón, ¿verdad?», se rio Swinton. «Tal vez la contrates con sueldo cuando termine su condena...» «Lo haría, sin duda», contestó Pillsbury. «Pues estarías tonto. ¿No sabes que ella no cree en las cárceles? Ten por seguro que dejaría escapar a todas, ¿y qué sería de ti?» El pobre hombre se sentía abochornado, pero se unió a las bromas. Antes de marcharse, John se dirigió de nuevo al alguacil y le advirtió de que «tuviera cuidado con esta amiga suya» o, si no, «lo sacaría de su escondrijo».

La visita de los Swinton transformó por completo la actitud de la celadora jefe hacia mí. El alguacil siempre había sido bastante considerado, y desde entonces ella empezó a derramar privilegios sobre mí: comida de su propia mesa, fruta, café y paseos por la isla. Yo rechacé todos sus favores excepto los paseos: aquella era mi primera oportunidad en seis meses de salir al aire libre y respirar el aire de primavera sin barrotes de hierro que me contuvieran.

En marzo de 1894 recibimos un enorme contingente de mujeres presas. Casi todas eran prostitutas atrapadas en las recientes redadas. La ciudad había sido bendecida con una nueva cruzada contra el vicio. El comité Lexow, encabezado por el reverendo Pankhurst, tenía por el mango la escoba que iba a barrer Nueva York y limpiarla de toda esa temible calaña. Los hombres que estaban en los burdeles podían irse libremente, pero a las mujeres se las arrestaba y se las enviaba a la isla de Blackwell.

La mayoría de esas desgraciadas llegaban en unas condiciones deplorables. Se veían repentinamente privadas de los narcóticos que casi todas solían consumir. Ver su sufrimiento era algo insoportable. Con la fuerza de gigantes esas frágiles criaturas agitaban los barrotes de hierro, maldecían y gritaban pidiendo droga y cigarrillos. Y después se caían redondas al suelo, gimiendo lastimosamente durante toda la noche.

La desgracia de aquellas pobres criaturas me recordó mi propia lucha titánica para salir adelante sin el efecto calmante de los cigarrillos. Excepto durante las diez semanas de mi enfermedad en Rochester, había fumado durante años, a veces incluso cuarenta cigarrillos al día. Cuando estábamos muy mal de dinero y había que elegir entre pan y tabaco, solíamos decidir comprar lo segundo. Simplemente no podíamos pasar mucho tiempo sin fumar. El no poder satisfacer el hábito cuando llegué a la cárcel fue una tortura casi insoportable. Las noches en la celda se hacían doblemente desagradables. La única forma de conseguir tabaco en la cárcel era mediante el soborno. Sabía que si atrapaban a alguna de las internas trayéndome cigarrillos, sería castigada. No podía exponerlas a ese riesgo. El tabaco para esnifar estaba permitido, pero nunca me acostumbré a él. No había nada que hacer excepto habituarse a la carencia. Yo tenía fuerza de voluntad y podía olvidar mis deseos leyendo.

Pero las recién llegadas no. Cuando se enteraron de que yo estaba a cargo del botiquín, me perseguían con ofrecimientos de dinero y, peor aún, apelando lastimosamente a mi humanidad. «¡Una pizca de droga, por amor

de dios!» Me rebelaba contra la hipocresía cristiana que dejaba marchar al hombre y mandaba a las pobres mujeres a la cárcel por haber atendido las demandas sexuales de esos mismos hombres. El privar repentinamente a las víctimas de los narcóticos que habían tomado durante años me parecía cruel. Les habría dado encantada a las adictas aquello que deseaban. No era el miedo al castigo lo que me contuvo de aliviarlas sino la fe del doctor White en mí. Me había confiado las medicinas, había sido amable y generoso, no podía fallarle. Los gritos de las mujeres me desquiciaron durante días, pero cumplí con mi responsabilidad.

Un día trajeron a una chica irlandesa al hospital para que la operaran. En vista de la gravedad del caso, el doctor White apareció con dos enfermeras cualificadas. La operación se prolongó hasta la noche y después la paciente quedó a mi cargo. Estaba muy mareada por los efectos del éter y, al vomitar con violencia, estallaron los puntos de su herida, lo que tuvo como resultado una grave hemorragia. Llamé con urgencia al Charity Hospital. Me parecieron horas hasta que llegó el doctor y su equipo. Esta vez no contamos con enfermeras y yo tuve que ocupar su puesto.

Había sido un día especialmente duro y no había dormido apenas. Estaba agotada y tenía que agarrarme a la mesa de operaciones con mi mano izquierda mientras que con la derecha le pasaba el instrumental y las esponjas. De repente la camilla cedió y me atrapó el brazo. Grité de dolor, pero el doctor White estaba tan absorto en sus manipulaciones que no se dio cuenta en un primer momento de lo que había ocurrido. Cuando finalmente levantó la mesa y pude sacar el brazo, parecía que estuvieran rotos todos los huesos. El dolor era atroz y me prescribió una inyección de morfina. «No. Morfina no. Hay que acabar esto antes. Morfina no», supliqué. Aún recordaba el efecto que había tenido en mí la morfina cuando el doctor Julius Hoffman me habia dado una dosis contra el insomnio. Me dormí, pero aquella noche había intentado tirarme por la ventana y Sasha había

necesitado de toda su fuerza para retenerme. La morfina me había enloquecido y no quería saber nada de ella.

Uno de los médicos me dio algo que me calmó. Cuando devolvieron a su cama a la paciente de la mesa de operaciones, el doctor White me examinó el brazo. «Tienes buena encarnadura», dijo. «Eso ha salvado tus huesos. No se ha roto nada, solo aplastado un poco». Me entablilló el brazo. El médico quería que me fuera a la cama, pero no había nadie más para velar a la paciente. Aquella podía ser su última noche. Los tejidos estaban tan infectados que quizá no aguantaran los puntos y una segunda hemorragia podía ser mortal. Yo sabía que no podría dormir ante un caso tan grave.

Estuve toda la noche vigilando su lucha por la vida. Por la mañana, mandé llamar al cura. A todo el mundo le sorprendió mi gesto, especialmente a la celadora jefe. ¿Cómo podía yo, una atea, hacer tal cosa, se preguntaba, y elegir al cura? Yo me había negado a ver a los misioneros, tampoco había querido ver al rabino, pero se había dado cuenta de lo amiga que me había hecho de las dos monjas católicas que nos visitaban muchos domingos. Siempre les hacía café. ¿No pensaba yo que la iglesia católica había sido siempre la enemiga del progreso y que había perseguido y torturado a los judíos? ¿Cómo podía ser tan incoherente? Claro que pensaba eso, le aseveré. Me oponía a la Iglesia católica tanto como a las otras iglesias. Las consideraba a todas por igual enemigas del pueblo. Predicaban la sumisión y su dios era el dios de los ricos y poderosos. Odiaba a su dios y nunca me reconciliaría con él, pero si pudiera creer en alguna religión, preferiría la católica. «Es menos hipócrita», le dije. «Reconoce la fragilidad humana y tiene sentido de la belleza». Las monjas católicas y el cura no habían intentado predicarme como los misioneros, el pastor y el vulgar rabino. Dejaban mi alma a su propio destino, me hablaban de cosas humanas, especialmente el cura, que era un hombre instruido. Mi pobre paciente había alcanzado el final de una vida que había sido muy dura con ella. El cura le daría unos pocos momentos de paz y amabilidad, ¿por qué

no tendría que llamarlo? Pero la celadora era demasiado corta como para seguir mis argumentos o entender mis motivos. Siguió considerándome «un bicho raro».

Antes de que mi paciente muriera, me rogó que yo la amortajara. Yo había sido más amable con ella, me dijo, que su propia madre. Quería saber que mi mano sería la que la preparara para el último viaje. Yo la dejaría guapa: ella quería estar guapa para encontrarse con la Virgen Madre y el señor Jesús. Poco esfuerzo hacía falta para dejarla tan bella en la muerte como había sido en vida. Sus negros rizos hacían más delicado su rostro de alabastro que el maquillaje que había empleado para realzar su aspecto. Sus ojos luminosos estaban ahora cerrados, los había cerrado yo con mis propias manos, pero sus cejas cinceladas y sus largas pestañas negras estaban ahí para recordar el fulgor que habían poseído. ¡Cómo habría fascinado a los hombres! Y ellos la habían destruido. Ya estaba fuera de su alcance. La muerte había suavizado su sufrimiento. Parecía serena ahora en su blancura de mármol.

Durante las vacaciones de la pascua judía me llamaron de nuevo a la oficina del alguacil. Allí encontré a mi abuela. Ella había suplicado repetidamente a Ed que la llevara a verme y él se había negado para ahorrarle tan dolorosa experiencia, pero no se podía detener a esa alma buena. Con su mal inglés había conseguido llegar al Departamento de Prisiones, había logrado un pase y llegado hasta la penitenciaría. Me entregó un enorme pañuelo blanco con *matzoth*, pescado *gefüllte* y un poco de pastel de pascua hecho por ella. Intentó explicar al alguacil lo buena hija judía que era su *Chavele*; de hecho, mejor que cualquier esposa de rabino, porque yo le daba todo a los pobres. Se estremeció de miedo cuando llegó el momento de la despedida y yo traté de calmarla, suplicándole que no se desmoronara ante el alguacil. Ella luchó con bravura para retener las lágrimas y salió erecta y orgullosa, pero yo sabía que lloraría amargamente

en cuanto la perdiera de vista. Y sin duda que también rezaría a su dios por su *Chavele*.

En junio muchas presas salieron del pabellón de enfermas y solo quedaron unas pocas camas ocupadas. Por primera vez desde que llegué al hospital tuve un poco de tiempo libre que me permitió leer más sistemáticamente. Había acumulado una amplia biblioteca: John Swinton me había mandado muchos libros, también había recibido libros de otros amigos, pero la mayoría procedían de Justus Schwab. Nunca me había hecho visita alguna y le había pedido a Ed que me dijera que le era imposible. Odiaba tanto la cárcel que no sería capaz de dejarme allí. Si apareciera por allí, le tentaría emplear la fuerza para llevarme de vuelta con él y eso solo me causaría problemas. En su lugar, me mandaba pilas de libros. Walt Whitman, Emerson, Thoreau, Hawthorne, Spencer, John Stuart Mill y muchos otros autores ingleses y americanos que aprendí a conocer y amar gracias a la amistad de Justus. También otros elementos se interesaban por mi salvación: espiritualistas y redentores metafísicos de diversos tipos. Yo intenté seriamente alcanzar su profundidad, pero seguro que se debía a ser yo demasiado terrenal como para seguir sus sombras en las nubes.

Entre los libros que recibí estaba *The Life of Albert Brisbane,* escrito por su viuda. En la solapa me había escrito una cariñosa dedicatoria. El libro llegó con una cordial carta de su hijo, Arthur Brisbane, que me expresaba su admiración y la esperanza de que mi liberación le permitiera organizar una velada para mí. La biografía de Brisbane me puso en contacto con Fourier y con otros pioneros del pensamiento socialista.

La biblioteca de la cárcel tenía algunos buenos libros, incluyendo las obras de George Sand, George Eliot y Ouida. El bibliotecario encargado de ella era un inglés culto que cumplía una condena de cinco años por falsificación. Los libros que me entregaba pronto empezaron a contener mensajes de amor redactados en los términos más afectuosos y, poco después, enardecidos por la pasión. Ya había pasado cuatro años en la

cárcel, decía una de sus notas, y estaba hambriento por el amor y la compañía de una mujer. Me suplicaba al menos concederle mi compañía. ¿Le escribiría ocasionalmente sobre los libros que estaba leyendo? Me desagradaba verme envuelta en un estúpido ligue de cárcel, pero la necesidad de una expresión libre y sin censura era demasiado atrayente como para resistirse. Intercambiamos muchas notas, a menudo de un tono ardiente.

Mi admirador era un músico espléndido y tocaba el órgano en la capilla. Me habría encantado asistir, poder oírlo y sentirlo cerca, pero la visión de los presos varones en uniforme de rayas, algunos de ellos con las esposas puestas y aún más degradados e insultados por el sermón del sacerdote me superaba. Lo había visto una vez, el 4 de julio, cuando había acudido un político a hablar a los internos sobre las glorias de la libertad estadounidense. Tuve que pasar por el ala masculina a hacer un recado del alguacil y escuché al pomposo patriota perorando sobre libertad e independencia a esos desechos mentales y físicos. Un convicto había sido encadenado por haber intentado escaparse. Podía escuchar el rechinar de sus cadenas con cada movimiento. No podría soportar ir a la iglesia.

La capilla estaba debajo del hospital. Todos los domingos podía escuchar dos veces desde la escalera a mi novio de prisión tocando el órgano. El domingo era casi una fiesta: la celadora jefe libraba y eso nos liberaba a nosotras de la molestia de su voz hosca. Ese día, a veces, se sumaban las dos monjas católicas. Me encantaba la menor, aún una adolescente, adorable y llena de vida. Una vez le pregunté qué le había hecho tomar los hábitos. Alzando sus grandes ojos dijo: «¡El cura era joven y tan guapo!». La monja niña, como la llamaba, parloteaba durante horas con su voz joven y animada, me contaba noticias y cotilleos. Era un alivio a la grisura de la cárcel.

De todos los amigos que hice en la isla de Blackwell, el cura fue el más interesante. Al principio lo recibí con hostilidad. Pensaba que era como el

resto de los entrometidos religiosos, pero pronto averigüé que solo quería hablar de libros. Había estudiado en Colonia y había leído mucho. Sabía que yo tenía muchos libros y me pidió intercambiar algunos con él. Me sorprendía y maravillaba el tipo de libros que me ofrecía, porque yo había esperado que apareciera con el Nuevo Testamento o el catecismo, pero llegó con libros de música y poesía. Tenía acceso libre a la cárcel en todo momento y, a menudo, se presentaba en el pabellón a las nueve de la noche y se quedaba hasta medianoche. Discutíamos sobre sus compositores favoritos, Bach, Beethoven y Brahms, y comparábamos nuestras opiniones sobre poesía e ideología social. Me regaló un diccionario inglés-latín con la dedicatoria: «Con mi mayor respeto, a Emma Goldman».

En una ocasión le pregunté por qué nunca me dio la Biblia. «Porque nadie puede entenderla o amarla si la lee obligado», me contestó. Eso me afectó y le pedí una. Su sencillez de lenguaje y su contenido legendario me fascinaron. Mi joven amigo no era en absoluto un impostor. Era muy devoto y totalmente consagrado. Observaba todos los ayunos y se ensimismaba durante horas rezando. Una vez me pidió que lo ayudara a decorar la capilla. Cuando bajé me encontré su silueta frágil y enjuta en oración silenciosa, ajeno a lo que le rodeaba. Mi propio ideal, mi fe, era el polo opuesto a la suya, pero yo sabía que él era tan ardientemente sincero como yo. Nuestro fervor era el terreno común.

El alcaide Pillsbury acudía con frecuencia al hospital. Su presencia resultaba extraña en ese ambiente. Su abuelo había sido carcelero y tanto él como su padre habían nacido en la cárcel. Comprendía a sus internos y las fuerzas sociales que los habían hecho terminar así. Una vez me comentó que no podía soportar a los «chivatos», que prefería al preso con orgullo, el preso que no permitía injusticias contra sus compañeros de condena para lograr privilegios para sí mismo. Si un interno le aseguraba que se reformaría y que nunca más iba a delinquir, el alcaide estaba seguro de que mentía. Sabía que nadie podía empezar una nueva vida tras años de prisión

y con el mundo entero en su contra a no ser que tuviera amigos en el exterior que lo ayudaran. Solía decir que el Estado ni siquiera proporcionaba suficiente dinero para comer la primera semana de libertad. ¿Cómo esperaba entonces que se «portaran bien»? Contaba la historia del hombre aquel que, la mañana de su salida, le dijo: «Pillsbury, el primer reloj de cadena que robe te lo mandaré como regalo». «¡Así se habla!», se reía el alcaide.

Pillsbury estaba en posición de hacer mucho bien a los desgraciados que tenía a su cargo, pero se topaba con muchísimos obstáculos. Tenía que permitir que algunos presos cocinaran, lavaran y limpiaran para otros. Si el mantel de damasco no estaba debidamente enrollado antes de plancharlo, la lavandera corría el peligro de que la encerraran en el calabozo. Toda la cárcel estaba desmoralizada por las consecuencias del favoritismo. Los convictos se quedaban sin comida a la menor infracción, pero Pillsbury, que era un anciano, no podía hacer demasiado al respecto. Además, su prioridad era evitar los escándalos.

A medida de que acercaba el día de mi liberación, la vida en prisión se hacía mucho más insoportable. Los días se arrastraban y yo cada vez estaba más impaciente, inquieta e irritable. Incluso leer se me hacía imposible. Me quedaba horas sentada perdida en mis recuerdos. Pensaba en los camaradas de la prisión de Illinois a los que el perdón del gobernador Altgeld había devuelto a la vida. Desde que había llegado a la cárcel me había dado cuenta de cuánto había hecho por la causa por la que habían sido ahorcados sus camaradas en Chicago la liberación de los tres hombres, Neebe, Fielden y Schwab. La inquina de la prensa hacia Altgeld por su gesto de justicia demostraba lo profundamente que él había golpeado a los intereses establecidos, especialmente mediante su análisis del juicio y su demostración clara de que los anarquistas ejecutados habían sido asesinados judicialmente a pesar de su inocencia demostrada en el delito que se les imputaba. Cada detalle de los trepidantes días de 1887 se alzaba con todo

detalle ante mí. Y después Sasha, nuestra vida juntos, su acto, su martirio, cada momento de los cinco años desde que lo conociera, se presentaban ante mí con una viveza conmovedora. ¿Por que sería, me preguntaba, que Sasha estaba aún tan profundamente enraizado en mi ser? ¿No era mi amor por Ed más extático, más enriquecedor? Tal vez había sido su acto lo que me había ligado a él con tan poderosas cuerdas. Qué insignificante era mi propia experiencia de la cárcel comparada con lo que Sasha estaba sufriendo en el purgatorio de Allegheny. Me avergoncé de haber considerado en algún momento que mi encarcelamiento era duro. En el tribunal Sasha no tuvo siquiera una cara amiga que estuviera cerca y lo consolara. Aislamiento completo y visitas prohibidas. El inspector había cumplido su promesa: desde mi visita de noviembre de 1892 no había permitido que Sasha viera a nadie más. ¡Cuánto habría anhelado Sasha ver y tocar a un espíritu afín, cuánto debía desearlo!

Mis pensamientos volaron hacia Fedya, el amante de lo bello, tan delicado y sensible. Y Ed, que había despertado tantos deseos con sus besos, que me había abierto tantas fuentes de riqueza espiritual. Le debía mi desarrollo a Ed y a otros que también estaban en mi vida. Y, a pesar de todo, la mejor escuela había sido la cárcel. Una escuela más dolorosa pero más vital. Allí me había acercado a las profundidades y complejidades del alma humana. Allí había hallado la fealdad y la belleza, la mezquindad y la generosidad. Aquí también había aprendido a ver la vida por mis propios ojos y no a través de los ojos de Sasha, Most o Ed. La cárcel había sido el crisol que ponía a prueba mi fe. Me había ayudado a descubrir la potencia de mi ser, la fuerza para aguantar sola, la fuerza para vivir mi vida y luchar por mis ideas, contra el mundo entero si hacía falta. ¡El estado de Nueva York no podía haberme hecho mayor favor que enviarme a la penitenciaría de la isla de Blackwell!

13

Los días y semanas posteriores a mi liberación fueron como una pesadilla. Tras mi experiencia en prisión, necesitaba paz, tranquilidad y privacidad, pero me rodeaba la gente y había reuniones casi todas las noches. Vivía en una nube: todo a mi alrededor me parecía incongruente e irreal. Mis pensamientos seguían en el cautiverio; mis compañeras presas poblaban mis horas de sueño y de vigilia, y los ruidos de la cárcel seguían resonando en mis oídos. La orden «¡Cerrad!», seguida del estruendo de las puertas de hierro y el clac de las cadenas, me perseguía cuando me enfrentaba al público.

La experiencia más extraña que tuve fue en un mitin organizado para darme la bienvenida. Tuvo lugar en el teatro Thalia, que estaba abarrotado. Muchos hombres y mujeres conocidos, de distintos grupos sociales de Nueva York, habían acudido para celebrar mi liberación. Yo estaba allí sentada, estupefacta. Luché por seguir en contacto con la realidad, por escuchar lo que pasaba, concentrarme en lo que yo pretendía decir, pero fue inútil. Una y otra vez me arrastraba mi mente a la isla de Blackwell. El nutrido público se trocó imperceptiblemente en los rostros pálidos y asustados de las presas, las voces de los oradores adoptaron la rudeza de la voz de la celadora jefe. Poco después fui consciente de una mano sobre mi hombro. Era Maria Louise, que dirigía el mitin. Me había llamado varias

veces y habían anunciado que sería la próxima en dirigirme a los allí reunidos. «Parecías dormida», me dijo.

Me levanté, caminé hacia el proscenio y vi cómo el público se levantaba para recibirme. Y entonces intenté hablar. Mis labios se movían pero no emitían sonidos. Figuras horripilantes en traje de rayas salían de todos los pasillos y se movían lentamente hacia mí. Me sentí desfallecer y me volví indefensa hacia Maria Louise. En un susurro, como si temiera que alguien me oyera, le supliqué que explicara al público que me sentía mareada y que hablaría más tarde. Ed estaba cerca y me condujo por detrás del escenario a un camerino. Nunca antes había perdido el control de mi persona y de mi voz y aquello me aterrorizó. Ed me hablaba para tranquilizarme, me decía que toda persona sensible lleva la cárcel en su corazón durante mucho tiempo. Me animó a salir de la ciudad con él, encontrar un lugar tranquilo y mayor paz. Querido Ed, su voz suave y tierna siempre me calmaba. En aquel momento también tuvo el mismo efecto.

Entonces el sonido de una hermosa voz llegó hasta el camerino. Su discurso no me era familiar. «¿Quién está hablando ahora?», le pregunté. «Es Maria Rodda, una muchacha anarquista italiana», contestó Ed. «Tiene solo dieciséis años y acaba de llegar a América». La voz me electrificó tanto que deseé en ese mismo instante conocer a su dueña. Fui a la puerta que daba al escenario. Maria Rodda era la criatura más exquisita que había en mi vida. Era de estatura mediana y su cabeza bien formada, cubierta de rizos negros, descansaba como un lirio del valle sobre un cuello esbelto. Su cara era pálida y sus labios de rojo coral. Especialmente impresionantes eran sus ojos: grandes y negros como el carbón, animados por una luz interior. Al igual que yo misma, poca gente entre el público entendía el italiano, pero la extraña belleza de Maria y la música de su discurso nos condujeron a un paroxismo de entusiasmo. Maria fue como un verdadero rayo de sol para mí. Mis fantasmas se disiparon, el peso de la cárcel cayó al suelo, me sentí libre y feliz, entre amigos.

Hablé después de Maria. El público se levantó de nuevo, como un solo hombre, aplaudiendo. Yo sentía que la gente respondía espontáneamente al relato de mi encarcelamiento, pero no me engañé. Mi intuición me decía que era la juventud y el encanto de Maria Rodda lo que les había fascinado y no mi discurso. Yo era todavía joven, solo veinticinco años. Era aún atractiva, pero, comparada con esa hermosa flor, me sentí vieja. Las penas del mundo me habían hecho madurar más de lo que correspondía a mi edad; me sentía vieja y triste. Me preguntaba si un ideal elevado, aún más ferviente por la prueba de fuego, podría resistir la comparación con la juventud y la belleza cegadora.

Tras el mitin los camaradas más cercanos se reunieron en el bar de Justus. Maria Rodda vino con nosotros y yo tenía muchas ganas de saberlo todo acerca de ella. Pedro Esteve, un anarquista español, hizo de intérprete. Me enteré de que Maria había sido compañera de clase de Sante Caserio, que su profesora había sido Ada Negro, la ardiente poetisa de la revolución. A través de Caserio, Maria, entonces con apenas catorce años, se había unido a un grupo anarquista. Cuando Caserio asesinó a Carnot, el presidente de Francia, su grupo fue disuelto y Maria, con todos los demás miembros, acabó en la cárcel. Cuando la liberaron, viajó a América junto con su hermana pequeña. Lo que sabían de Sasha y de mí les había convencido de que Estados Unidos, como Italia, estaba persiguiendo a los idealistas. Maria sentía que ella tenía un trabajo que hacer entre sus paisanos en Estados Unidos. Me pedía que le ayudara, que fuera su maestra. La abracé con fuerza como para espantar los golpes crueles que sabía que le daría la vida. Sería la maestra, la amiga, la camarada de Maria. La mordiente voz de la envidia de hacía una hora estaba ya callada.

De camino a mi habitación hablé con Ed de Maria. Para mi sorpresa, él no compartía mi entusiasmo. Admitía que era cautivadora, pero pensaba que su belleza no perduraría y mucho menos su entusiasmo por nuestras ideas. «Las mujeres latinas maduran pronto», dijo, «se hacen viejas con su

primer hijo, viejas en cuerpo y en espíritu.» «Pues entonces Maria debería cuidarse de tener hijos si quiere dedicarse a nuestro movimiento», señalé. «Ninguna mujer debería hacer eso», replicó Ed con énfasis. «La naturaleza las ha moldeado para la maternidad. Todo el resto son tonterías artificiales e irreales».

Nunca había oído a Ed expresar tales opiniones. Su conservadurismo despertó mi ira. Exigí saber si pensaba que yo también era insensata por preferir trabajar para un ideal a producir niños. Expresé mi desprecio por la actitud reaccionaria de nuestros camaradas alemanes en esos asuntos. Yo había creído que él era distinto, acababa de ver que era igual que los demás. Tal vez él, igualmente, solo amaba en mí a la mujer, me quería únicamente como su mujer y como la gestante de sus hijos. No era el primero que esperaba eso de mí, pero ya podía enterarse de que nunca sería así. ¡Nunca! Había escogido mi camino y ningún hombre me apartaría de él.

Yo me había parado. Ed también se quedó quieto. Vi la expresión de dolor de su cara, pero lo único que dijo fue: «Por favor, cariño, sigamos o pronto tendremos demasiado público». Me tomó amablemente del brazo, pero yo me zafé y apreté el paso sola.

Mi vida con Ed hasta ese momento había sido gloriosa y completa, sin ninguna riña, pero ahí estaba: mi sueño de amor y auténtica camaradería se había esfumado bruscamente. Ed nunca había impuesto su voluntad, excepto cuando se opuso a que me uniera al movimiento de los parados. Y entonces yo pensé que se debía únicamente a su preocupación por mi salud. ¿Cómo iba a saber que detrás había algo más, el interés del varón? Sí, eso es lo que era, el instinto masculino de posesión, que no tolera ninguna deidad excepto él mismo. Pues no sería así, aunque tuviera que renunciar a él. Todos mis sentidos clamaban por él. ¿Podría vivir sin Ed, sin el goce que me daba? Cansada y triste, mis pensamientos volvían a Ed, a Maria Rodda y a los recuerdos de Sante Caserio. La imagen de este último me condujo a los recientes acontecimientos revolucionarios acaecidos en Francia. Allí se

había sucedido una serie de *Attentats*. También se habían sucedido las protestas de Émile Henri y Auguste Vaillant contra la corrupción política, contra la especulación desatada con los fondos del Canal de Panamá y la consecuente bancarrota de los bancos, en los que las masas perdieron sus últimos ahorros, lo que produjo una pobreza y necesidad generalizada. Ambos habían sido ejecutados. El acto de Vaillant no había tenido un resultado mortal, nadie había perdido la vida o ni tan siquiera había terminado herido. Y aun así se le había condenado a muerte. Muchos ciudadanos prominentes, entre ellos François Coppée, Émile Zola y otros, habían apelado al presidente Carnot para que conmutara la pena. Se negó, ignorando incluso la conmovedora carta de la hija pequeña de Vaillant, una niña de nueve años que rogaba por la vida de su padre. Vaillant fue guillotinado. Poco después, el presidente Carnot, mientras viajaba en su carruaje, murió apuñalado por un joven italiano. En su puñal se encontró una inscripción: «Venganza por Vaillant». El nombre de aquel italiano era Sante Caserio y había llegado a pie desde Italia para vengar a su camarada Vaillant.

Yo había leído sobre su acto y otros sucesos semejantes en los periódicos anarquistas que Ed solía colar en la prisión. A la luz de estos, mi congoja personal por mi primera pelea seria con Ed se me aparecía en aquel momento como una pequeña mota en el horizonte social de dolor y sangre. Uno por uno pasaron por mi pensamiento los nombres heroicos de aquellos que habían sacrificado sus vidas por sus ideales o que aún sufrían martirio en prisión: mi Sasha y los demás, todos tan sensibles a la injusticia del mundo, de pensamiento tan elevado, empujados por las fuerzas sociales a hacer lo que más aborrecían en el mundo, destruir la vida humana. En el fondo de mi conciencia se agazapaba algo que se rebelaba contra esa trágica pérdida, pero incluso yo sabía que no había alternativa. Había conocido los efectos terribles de la violencia organizada: inevitablemente engendra más violencia.

Afortunadamente, el espíritu de Sasha se cernía siempre sobre mí, ayudándome a olvidar todo lo personal. Su carta de bienvenida tras mi liberación había sido lo más hermoso que hasta el momento había recibido de él. Era una prueba, no solo de su amor y su fe en mí sino también de su propio valor y fortaleza de carácter. Ed había conservado las copias de *Gefängniss Blüthen*, la pequeña revista clandestina que Sasha, Nold y Bauer estaban editando en la cárcel. La voluntad de vivir de Sasha se reflejaba en cada palabra, en su decisión de luchar y de no consentir que el enemigo lo aplastara. El carácter de ese chico de veintitrés años era extraordinario. Me hacía avergonzarme de mi corazón desfalleciente. Y aun así yo sabía que lo personal siempre ocuparía un lugar dominante en mi vida. Yo no estaba cosida de una sola pieza, como Sasha y el resto de las figuras heroicas. Me había dado cuenta hacía tiempo de que yo era una tela tejida con muchos retazos, de tonos y texturas en conflicto. Hasta el final de mis días me debatiría entre el anhelo de una vida personal y la necesidad de darlo todo por mis ideales.

Ed apareció temprano al día siguiente. Era de nuevo un ser dueño de sí mismo y calmado por fuera, pero yo me había asomado a las aguas turbulentas de su alma demasiadas veces como para que su contención me engañara. Me sugirió que hiciéramos una excursión. Llevaba dos semanas fuera de la cárcel y aún no habíamos tenido un solo día para nosotros solos. Fuimos a Manhattan Beach. El aire de noviembre cortaba, el mar estaba picado, pero el sol brillaba con fuerza. Ed nunca fue muy hablador, pero aquel día habló mucho de sí mismo, de su interés por el movimiento, de su amor por mí. Su condena de diez años le había dado mucho tiempo para reflexionar. Salió de allí con la misma creencia profunda en la verdad y en la belleza del anarquismo, como cuando había entrado en la cárcel. Seguía creyendo en el triunfo final de nuestras ideas, después de todo estaba convencido de que ese momento estaba lejos. Ya no esperaba grandes cambios en su propia vida. Todo lo que podía hacer era organizar su vida de

la manera más cercana posible a su visión. En esa vida él me quería, me quería con todas las fuerzas de su ser. Admitía que sería más feliz si yo abandonara los discursos y dedicara mi vida a estudiar, a escribir o a ejercer una profesión. Eso no lo mantendría en una ansiedad constante sobre mi vida y mi libertad. «Eres tan intensa, tan impetuosa», dijo. «Temo por tu seguridad». Me suplicó que no me enfadara porque él creyera que la mujer era principalmente madre. Estaba convencido de que el motivo más potente de mi dedicación al movimiento era una maternidad insatisfecha que buscaba una salida. «Eres una madre, mi pequeña Emma, por constitución, por sentimientos. Tu ternura es la mayor prueba de ello».

Me conmovió profundamente. Cuando pude encontrar las palabras, pobres, inadecuadas palabras, para expresar lo que sentía, solo pude hablarle de nuevo de mi amor, de mi necesidad de él, de mi deseo de darle lo que él ansiaba. ¿Mi famélica maternidad era la razón principal de mi idealismo? Él había despertado el antiguo anhelo de tener hijos, pero yo había silenciado la voz del niño a beneficio de lo universal, de la pasión que dominaba mi vida. Los hombres se consagraban a ideales y aun así eran padres, pero la participación física del hombre en el hijo es solo un momento; la de la mujer lleva años, años de entrega a un ser humano con exclusión del resto de la humanidad. Nunca renunciaría a una por la otra, pero le daría mi amor y mi dedicación. Sin duda debía ser posible que un hombre y una mujer tuvieran una hermosa vida de amor y aun así se dedicaran a una gran causa. Teníamos que probar. Le propuse que encontráramos un lugar para vivir juntos, que no nos separaran nunca las convenciones idiotas, que tuviéramos una casa nuestra, aunque fuera pobre. Nuestro amor la embellecería, nuestro trabajo le daría sentido. Ed se entusiasmó con la idea y me abrazó. Mi fuerte y gran amante siempre había odiado la más mínima demostración de afecto en público. Entonces, tal era su alegría, que olvidó que estábamos en un restaurante. Le hice bromas

sobre su renuncia a los buenos modales, pero estaba como un niño, feliz y excitado como nunca lo había visto.

Pasaron casi cuatro semanas antes de que pudiéramos llevar a cabo nuestros planes. Los periódicos me habían convertido en una celebridad y pronto me di cuenta de la verdad del dicho alemán: «*Man kann nicht ungestraft unter Palmen wandeln*» (No se puede caminar impune bajo las palmeras). Sabía que los estadounidenses adoraban a los famosos y que, especialmente las mujeres estadounidenses, se dedicaban a cazar a quien estuviera bajo los focos, ya fueran boxeadores, jugadores de béisbol, galanes del teatro, parricidas o decrépitos aristócratas europeos. Gracias a mi estancia en la cárcel y al espacio que concedieron los periódicos a mi nombre, yo también me volví famosa. Cada día me llegaban pilas de invitaciones a comidas y cenas. Todo el mundo tenía ganas de «sacarme».

De las muchas invitaciones que me llovieron, la que agradecí más fue una de los Swinton. Me escribieron pidiéndome que fuera a cenar con ellos y que llevara a Ed y a Justus. Su apartamento era sencillo y estaba amueblado con gusto, lleno de curiosidades y regalos. Vi un bello samovar que les habían enviado los exiliados rusos en reconocimiento de su incansable labor a favor de la libertad en Rusia, un exquisito juego de Sèvres, regalo de los *communards* franceses que habían escapado de la furia de Thiers y Galliffet tras la breve comuna de París de 1871, hermosos bordados campesinos de Hungría y otros regalos que mostraban el aprecio por el espléndido espíritu y la personalidad del gran libertario estadounidense.

Nada más llegar, John Swinton, alto y erguido, con una kipá de seda sobre su cabello canoso, procedió a regañarme por lo que había dicho sobre los negros en la cárcel. Había leído en el *World* de Nueva York mis declaraciones sobre las condiciones en la penitenciaría. Le gustó el artículo, pero le ofendió ver que Emma Goldman tenía «los prejuicios del hombre blanco contra la raza de color». Me quedé atónita. No podía entender cómo

alguien, y menos que nadie John Swinton, podía leer prejuicios raciales en mi historia. Yo había señalado la discriminación que se practicaba entre mujeres blancas enfermas y famélicas y favoritas negras. Habría protestado igualmente si hubieran sido las mujeres de color a las que se les robara sus raciones. «Claro que sí, claro que sí», replicó Swinton. «Pero aun así no deberías haber enfatizado el favoritismo. Nosotros los blancos hemos cometido tantos crímenes contra los negros que ninguna cantidad de ternura extra podría compensarlos. La celadora es sin duda una bestia, pero la perdono por su cariño hacia las pobres presas negras.» «¡Pero a ella no le guiaban estas consideraciones!», protesté. «Era amable con ellas porque podía utilizarlas de las formas más despreciables». Swinton no quedó convencido. Había sido un aliado cercano de los abolicionistas más activos, había luchado y había sido herido en la guerra de Secesión; era evidente que sus sentimientos por la raza negra no lo dejaban ser imparcial. No tenía sentido discutir más sobre aquello, además la señora Swinton nos llamaba a cenar.

Eran unos anfitriones encantadores. John era especialmente gentil y cálido. Era un hombre de amplia experiencia, de gente y de mundo, y se convirtió en una verdadera mina de información para mí. Me enteré de su participación en la campaña para salvar a los anarquistas de Chicago del patíbulo y de la participación de otros estadounidenses con conciencia civil que habían defendido con valentía a mis camaradas. Me familiaricé con las actividades de Swinton contra el Tratado de Extradición ruso-americano y su implicación y la de sus amigos en el movimiento obrero. La velada con los Swinton me desveló un ángulo nuevo de mi país de adopción. Hasta mi encarcelamiento, yo creía que, con la excepción de Albert Parsons, Dyer D. Lum, Voltairine de Cleyre y unos pocos más, Estados Unidos era un desierto de idealismo. Pensaba que sus hombres y mujeres solo se preocupaban de las posesiones materiales. El relato de Swinton de los amantes de la libertad que habían estado y estaban aún presentes en todas

las luchas en contra de la opresión cambió mi juicio superficial. John Swinton me hizo ver que los estadounidenses, una vez despiertos, eran tan capaces de idealismo y sacrificio como mis héroes y heroínas rusas. Salí de su casa con una fe renovada en las posibilidades de Estados Unidos. En el camino de vuelta, hablé de ello con Ed y Justus, diciéndoles que a partir de ese momento mi intención era dedicarme a la propaganda en inglés, entre los estadounidenses. La propaganda en los círculos extranjeros era, por supuesto, muy necesaria, pero los cambios sociales reales solo podrían conseguirlos los nativos. Su adoctrinamiento era por tanto mucho más importante, estábamos todos de acuerdo.

Finalmente Ed y yo tuvimos un lugar para nosotros. Con ciento cincuenta dólares que recibí del *World* de Nueva York por mi artículo sobre las cárceles amueblamos un piso de cuatro habitaciones en la calle Once. La mayoría de los muebles eran de segunda mano, pero teníamos una cama y un sofá nuevos. Esto último, con una mesa y unas pocas sillas, conformaron mi santuario. Ed se sorprendió cuando insistí en la necesidad de tener una habitación propia. Ya era bastante duro estar separados durante la jornada laboral, dijo: en nuestro tiempo libre quería tenerme cerca, pero yo me aferré a tener mi rincón propio. Mi infancia y juventud se habían envenenado por haber estado obligada a compartir habitación. Desde que me había convertido en un ser libre, había insistido en tener privacidad al menos una parte del día y de la noche.

Excepto por esa pequeña nube, la vida en nuestro hogar comenzó estupendamente. Ed ganaba únicamente siete dólares por semana como agente de seguros, pero pocas veces volvía del trabajo sin una flor o algún otro detalle, una hermosa taza de porcelana o un jarrón. Conocía mi querencia por el color y nunca olvidaba traer algo que ayudara a alegrar y dar brillo a nuestro hogar. Tuvimos muchos visitantes, demasiados para el sosiego de Ed. Quería tranquilidad y estar a solas conmigo, pero Fedya y

Claus habían compartido mi vida en el pasado, habían sido parte de mi lucha. Necesitaba su compañía.

Claus había sobrevivido bien a la isla de Blackwell. Había echado de menos su amada cerveza, por supuesto, pero aparte de eso, le había ido bien. Tras su liberación, Claus fundó un periódico anarquista, *Der Sturmvogel*, del que era el contribuyente principal, además de maquetador, impresor e incluso repartidor, pero, por muy ocupado que estuviera, no podía dejar de hacer travesuras. Ed tenía muy poca paciencia con mi amigo, al que apodaba *Pechvogel* (Pájaro de mal agüero).

Fedya había sido contratado por una publicación neoyorquina poco después de mi entrada en prisión. Hacía bocetos a tinta y ya se le reconocía como uno de los mejores en su campo. Había empezado ganando quince dólares a la semana y había contribuido con regularidad a mis necesidades durante mis diez meses de cárcel. Ahora que ganaba veinticinco, insistía en que al menos me quedara yo con diez, para que no fuera necesario recurrir a los camaradas, algo que él sabía que yo no podía soportar. Seguía siendo la misma alma leal, más madura, con más confianza en sí mismo y en su arte.

Creía él entonces que, para conservar su empleo, no podría figurar más abiertamente en nuestras filas, pero su interés por el movimiento continuaba y su preocupación por Sasha no cejaba. Durante mi condena había ayudado a comprarle cosas a Sasha. En la Penitenciaría del Oeste se les permitían pocas cosas: leche condensada, jabón, ropa interior y calcetines. Ed se había ocupado del asunto. Yo estaba deseando ocuparme de esas cosas y también había decidido iniciar una nueva campaña por la conmutación de la condena de Sasha.

Llevaba fuera dos meses, pero no me olvidaba de las desgraciadas que seguían entre rejas. Quería hacer algo por ellas. Para ese propósito necesitaba dinero y también quería ganar mi propio sustento.

Muy en contra de los deseos de Ed, empecé a trabajar como enfermera no graduada. El doctor Julius Hoffman me enviaba a sus pacientes privados al

ser dados de alta en el hospital St. Mark. El doctor White me había dicho antes de salir de la cárcel que me daría trabajo en su consulta. No podría recomendarme a sus pacientes, me había dicho. «Son la mayoría estúpidos, tendrían miedo de que quisieras envenenarlos». Ese hombre encantador mantuvo su promesa: me dio empleo unas pocas horas al día y también empecé a trabajar en el hospital Beth Israel, recientemente abierto en East Broadway. Me encantaba mi profesión y con ella ganaba más dinero que nunca. La alegría de no tener que atarme de nuevo a la máquina de coser, de no tener que salir y entrar más en los talleres, era enorme; más todavía la satisfacción de tener más tiempo para leer y para continuar con mi actividad pública.

Desde que me uniera al movimiento anarquista había deseado tener una amiga de mi sexo, un espíritu afín con quien compartir mis pensamientos y sentimientos más íntimos que no podía expresar a los hombres, ni siquiera a Ed, pero, en lugar de la amistad de las mujeres, me había topado con mucha rivalidad, envidias mezquinas y celos porque yo gustaba a los hombres. Por supuesto, siempre hubo excepciones: Annie Netter, siempre grande y generosa, Natasha Notkin, Maria Louise y una o dos más, pero mi vínculo con ellas era el movimiento, no había un punto de contacto íntimo y personal. La aparición en mi vida de Voltairine de Cleyre me hizo concebir esperanzas de una buena amistad.

Tras su visita a la cárcel, Voltairine había continuado escribiéndome unas maravillosas cartas de camaradería y afecto. En una de ellas me sugirió que, tras mi liberación, acudiera directamente a verla. Me haría descansar ante su chimenea, me serviría, leería y trataría de hacerme olvidar aquella horrible experiencia. Poco después escribió otra carta para decirme que ella y su amigo A. Gordon viajarían a Nueva York y que estaban deseando verme. No quería negarme, ella significaba mucho para mí, pero no podía soportar ver a Gordon. Durante mi primera visita a Filadelfia me lo habían presentado como miembro de un grupo y me había causado una mala

impresión. Era un seguidor de Most y, en tanto tal, me odiaba. En la reunión de los camaradas había denunciado que yo solo quería alborotar el movimiento, acusándome de participar en él únicamente con fines sensacionalistas. No participaría en ningún mitin en el que yo fuera a hablar. Como no era tan ingenua como para suponer que mi condena hubiera acrecentado mi importancia, no veía razones para pensar que Gordon hubiera cambiado su opinión sobre mí. Le escribí con franqueza a Voltairine, explicándole que preferiría no ver a Gordon. Solo me permitían dos visitas al mes: no renunciaría a la visita de Ed y la otra la ocupaban algunos amigos muy queridos. Desde entonces no había tenido noticias de Voltairine, pero atribuí su silencio a su enfermedad.

Desde mi liberación había recibido muchas cartas de felicitación tanto de amigos que compartían mis ideas como de personas que me eran desconocidas, pero no llegó una sola palabra de Voltairine. Cuando le expresé mi sorpresa a Ed, me dijo que a Voltairine le había dolido mucho que me negara a permitir que Gordon me visitara en la isla. Me apenó enterarme de que una revolucionaria tan espléndida me daba la espalda porque yo no quisiera ver a un amigo suyo. Al darse cuenta de mi decepción, Ed señaló: «Gordon no es solo su amigo, es más que eso», pero eso no cambiaba las cosas: no entendía por qué una mujer libre necesitaba que sus amigos aceptaran a su amante. Sentí que Voltairine se había mostrado demasiado rígida como para poder sentirme libre y cómoda con ella. Mi esperanza de una amistad íntima con ella se desvaneció.

Me consoló en cierto modo otra mujer, joven y guapa, que entró en mi vida. Su nombre era Emma Lee. Durante mi condena había escrito a Ed mostrando interés en mi caso. Sus cartas estaban firmadas únicamente con las iniciales y la caligrafía era muy masculina, así que Ed pensó que se trataba de un hombre. «Imagina mi sorpresa», me dijo Ed en una de sus visitas, «cuando una mujer joven y encantadora entró en mi apartamento de soltero». Pero Emma Lee no era solo encantadora, tenía cerebro y un gran

sentido del humor. Me atrajo desde el primer momento, cuando Ed la llevó a verme a la cárcel. Tras mi liberación, Emma y yo pasamos mucho tiempo juntas. Al principio era reticente a contarme cosas de su vida, pero con el tiempo me reveló su historia. Se había interesado por mí porque ella misma había estado en la cárcel y conocía sus horrores. Se había convertido en librepensadora y se había emancipado de la creencia de que el amor solo está justificado cuando lo sanciona la ley. Había conocido a un hombre que le aseguró que compartía sus ideas. Estaba casado y era muy infeliz. En ella, le dijo, había encontrado algo más que una camarada, se había enamorado. Ella lo correspondía, pero su relación en el hipócrita ambiente de una pequeña población sureña pronto se hizo imposible. Fueron a Washington, pero allí también sufrieron persecución. Planearon mudarse a Nueva York y Emma Lee regresó a su ciudad natal para vender una propiedad suya. Cuando apenas llevaba allí una semana, su casa se incendió. Estaba asegurada y enseguida arrestaron a Emma y la acusaron de incendio provocado. Fue condenada a cinco años de cárcel. Durante todo ese tiempo, aquel hombre no dio señales de vida; la condenó a su destino y se refugió de incógnito en alguna ciudad del Este.

Su amarga desilusión fue más difícil de soportar que la cárcel. Las descripciones que hacía Emma Lee de la vida en la penitenciaría del Sur convertían la existencia en la isla de Blackwell en casi un paraíso. En aquel agujero infernal, los internos negros, hombres y mujeres, eran azotados ante la menor infracción de las reglas. Las mujeres blancas debían someterse a los guardianes o morirse de hambre. El ambiente era escabroso, con un lenguaje sucio y actos aún más sucios por parte tanto de los guardianes como de los presos. Emma estaba obligada a mantener una vigilancia constante y protegerse de las exigencias del alcaide y del médico de la prisión. En una ocasión casi la arrastran a un asesinato en defensa propia. No habría salido con vida de allí si no fuera porque logró pasar una nota a una amiga en la ciudad. Aquella amiga implicó a varias personas, que

empezaron a mandar discretamente peticiones al gobernador y que finalmente obtuvieron el perdón para Emma Lee después de haber cumplido dos años de condena.

Desde entonces, se había dedicado por completo a cambiar las condiciones carcelarias. Había conseguido ya que despidieran a sus antiguos torturadores y ahora cooperaba con la Society for Prison Reform.

A pesar de no haber leído muchos libros libertarios, Emma Lee era una mujer de un espíritu precioso, educado, refinado y libre. Su trayectoria también la había emancipado de los prejuicios antinegros de los sureños. Lo que más me admiraba en ella era su ausencia de amargura hacia los hombres. Su tragedia amorosa no había estrechado su visión de la vida. Los hombres eran egoístas y desconsiderados frente a las necesidades de las mujeres, decía ella, incluso los más libres solo querían poseer a la mujer, pero eran interesantes y entretenidos. Yo no estaba de acuerdo con ella sobre el egoísmo de los hombres y, cuando mencionaba a Ed como excepción, ella replicaba: «No tengo ninguna duda de que te quiere, pero... ¡Pero!». Y, a pesar de ello, lo cierto era que se llevaban de fábula. Se peleaban por todo, pero en un ambiente amistoso. Yo era su vínculo. Nadie, con la excepción de mi hermana Helena, me quiso nunca tanto como Emma. En cuanto a Ed, él mostraba su afecto de formas tan diversas que no podía dudar de él, pero yo sabía que de los dos era Emma Lee quien se había asomado a lo más profundo de mi ser.

Emma Lee estaba contratada en el Nurse Settlement de Henry Street y yo la visitaba allí a menudo, a veces como invitada de las estadounidenses que dirigían la institución. La señorita Lillian D. Wald, Lavinia Dock y la señorita MacDowell fueron las primeras mujeres americanas que conocí interesadas por las condiciones económicas de las masas. Estaban realmente implicadas con la población del East Side. Mi contacto con ellas, así como con John Swinton, me acercó a nuevos tipos estadounidenses, hombres y mujeres con ideales, capaces de acciones nobles y generosas. Como algunos

de los revolucionarios rusos, también procedían de hogares opulentos y se habían consagrado por completo a lo que consideraban una gran causa, pero su trabajo me parecía paliativo. «Enseñar a los pobres a comer con el tenedor está muy bien», le dije una vez a Emma Lee, «pero ¿de qué les sirve si no tienen comida? Que primero sean dueños de su vida y después ya sabrán cómo comer y cómo vivir». Ella estaba de acuerdo con mi opinión de que, por muy sinceras que fueran las trabajadoras del Nurse Settlement, hacían más mal que bien. Estaban creando esnobismos entre la misma gente que pretendían ayudar. Por ejemplo, una joven, que había sido muy activa en la huelga de camiseras, había sido adoptada por ellas y la paseaban como la mascota del Nurse Settlement. A la muchacha se le subió a la cabeza y hablaba constantemente de «la ignorancia de los pobres», que carecían de sensibilidad hacia la cultura y los refinamientos. «Los pobres son tan groseros y vulgares», le dijo una vez a Emma. Pronto iba a celebrarse su boda en el Nurse Settlement y Emma me invitó a acudir a la ceremonia.

Todo era llamativo, casi vulgar. La novia, vestida de encaje barato, parecía totalmente fuera de lugar en aquel ambiente. No es que las mujeres del Nurse Settlement vivieran rodeadas de lujos; por el contrario, todo era de lo más sencillo, pero de la mejor calidad. La sencillez del ambiente exageraba la pobreza avergonzada de la pareja que se casaba y el bochorno de sus padres ortodoxos. Costaba ver todo aquello, en especial el aire de suficiencia de la novia. Cuando la felicité por haber elegido un muchacho atractivo como marido, me dijo. «Sí, es muy agradable, pero no pertenece a mi círculo. En realidad, me estoy casando por debajo de mi posición».

Durante todo el invierno, Ed había estado padeciendo dolores por culpa de sus pies planos: caminar demasiado y subir escaleras le resultaba insoportable. A principios de la primavera su estado empeoró tanto que tuvo de dejar su trabajo en la agencia de seguros. Yo estaba ganando lo suficiente para los dos, pero Ed no quería aceptar «que lo mantuviera una mujer». Así

que mi orgulloso novio tuvo que unirse a las filas de los parados que buscaban trabajo. No había nada en la gran ciudad de Nueva York para un hombre con su cultura y su conocimiento de lenguas. «Si fuera peón de albañil o un sastre», solía decir, «podría encontrar trabajo, pero no soy más que un intelectual inútil». Se angustiaba, no dormía, adelgazaba y se deprimía mucho. Su peor desgracia era tener que quedarse en casa mientras yo salía a trabajar. Su amor propio masculino por sí mismo no podía soportar esa situación.

Se me ocurrió que podríamos intentar montar algún negocio como nuestra heladería de Worcester. Si allí había tenido éxito, ¿por qué no en Nueva York? Ed aprobó el proyecto y quiso que empezáramos enseguida.

Yo había ahorrado algo de dinero y Fedya nos ofreció más. Nuestros amigos aconsejaron Brownsville: Brownsville era una población en crecimiento y podríamos instalar una tienda cerca del hipódromo, por donde pasaban miles de personas diariamente. Así que fuimos a Brownsville y montamos un local precioso. Pasaban miles de personas por allí, pero no se detenían. Iban con prisa para llegar al hipódromo y, en el camino del vuelta, ya se habían parado en alguna otra heladería más cercana a las pistas. Nuestros ingresos diarios no bastaban para cubrir los gastos. Ni siquiera podíamos afrontar los pagos semanales de los muebles que habíamos comprado para las dos habitaciones que habíamos alquilado en Brownsville. Una tarde apareció una carreta y empezaron a recoger las camas, mesas, sillas y todos nuestros enseres. Ed trató de poner al mal tiempo buena cara, pero sin duda aquello le dolió. Renunciamos al negocio y volvimos a Nueva York. En tres meses habíamos perdido quinientos dólares, además del trabajo que habíamos invertido Ed, Claus y yo en aquella desgraciada empresa.

Desde el primer momento en el que empecé a trabajar como enfermera, me había dado cuenta de que tendría que hacer un curso reglamentario en una escuela oficial. A las enfermeras no diplomadas se les pagaba y trataba

como a criadas y, sin un título, no podía aspirar a que me contrataran como enfermera cualificada. El doctor Hoffman me animaba para que entrara en el hospital St. Mark, donde podría homologar las asignaturas de todo un año debido a mi experiencia. Era una gran oportunidad, pero había otra mucho más atrayente. Europa. Ed siempre hablaba con fervor de Viena, de su belleza, encanto y posibilidades. Quería que fuera allí a estudiar en la Allgemeines Krankenhaus. Podría diplomarme como matrona o en cualquier otra de las ramas de la enfermería, me aconsejaba. Eso me daría mucha mayor independencia material después y nos permitiría estar más tiempo juntos. Sería duro soportar otro año de separación cuando apenas acababa de volver con él, pero estaba dispuesto a dejarme marchar sabiendo que era por mi bien. Me parecía una idea fantasiosa para gente tan pobre como nosotros, pero poco a poco Ed me contagió su entusiasmo. Accedí a ir a Viena, pero combinando mi viaje al extranjero con una gira de charlas por Inglaterra y Escocia. Nuestros camaradas británicos me habían pedido muchas veces que fuera.

Ed había encontrado un trabajo en el taller de carpintería de un conocido húngaro. Aquel hombre se ofreció a prestarle dinero, pero Fedya insistió en que su condición de amigo más antiguo le daba prioridad para ser él quien se lo prestara. Pagaría mi pasaje y me mandaría veinticinco dólares al mes durante toda mi estancia en Viena.

Sin embargo, sobrevolaba una sombra: el recuerdo de Sasha en prisión. ¡Europa estaba tan lejos! Ed y Emma Lee prometieron mantener la correspondencia con él y atender sus necesidades. El propio Sasha me presionó para que me fuera. En aquel momento no podía hacer nada por él, escribió, y Europa me daría la oportunidad de conocer a grandes personas: Kropotkin, Malatesta, Louise Michel. Podría aprender mucho de ellos y así estar más preparada para continuar con mis actividades en el movimiento estadounidense. Era propio de Sasha pensar en mí siempre en términos de la causa.

El 15 de agosto de 1895, exactamente seis años después de que comenzara mi nueva vida en Nueva York, me embarqué hacia Inglaterra. Mi partida fue muy diferente de mi llegada a Nueva York en 1889. Yo por entonces era muy pobre, pobre en más sentidos que en el de las meras posesiones materiales. Era una niña, inexperta y sola en el remolino de la metrópolis americana. Ahora tenía experiencia, un nombre; había superado la prueba, tenía amigos. Por encima de todo, tenía el amor de una hermosa personalidad. Era rica y aun así estaba triste. La Penitenciaría del Oeste era un peso enorme en mi corazón, no dejaba de pensar en Sasha allí.

De nuevo viajaba en tercera porque mis recursos solo me permitían dieciséis dólares para el pasaje, pero había pocos pasajeros, algunos de los cuales habían estado aún menos tiempo que yo en Estados Unidos. Se consideraban estadounidenses y se les trataba como tales, con más educación que a los pobres emigrantes que habían peregrinado conmigo para alcanzar a la Tierra Prometida en 1886.

14

Las reuniones al aire libre en Estados Unidos son escasas y su ambiente está siempre sobrecargado por la amenaza de los enfrentamientos entre el público y la policía. En Inglaterra no es así. Allí el derecho a reunirse a cielo abierto es una institución. Se ha convertido en una costumbre inglesa, como el *bacon* del desayuno. Las ideas y los credos de la oposición pueden expresarse en los parques y plazas de las ciudades inglesas. No hay nada que provoque inquietud y no se produce ningún despliegue de fuerzas armadas. El *bobby* solitario en los márgenes de la muchedumbre tiene un papel meramente formal: su cometido no es dispersar la reunión ni dar palos a la gente.

La multitud se reúne en el parque. Los domingos se apiñan allí, como en el resto de la semana en los teatros de variedades. Es gratis y mucho más entretenido. Multitudes, a veces de miles de personas, vagan de estrado en estrado como si estuvieran en la feria del condado, no tanto para escuchar o aprender como para que les diviertan. Los protagonistas de estas reuniones son los agitadores, que disfrutan enormemente bombardeando a los oradores con preguntas. ¡Ay de quien pierda comba ante estos torturadores o que no reparta leña con la rapidez suficiente! En un abrir y cerrar de ojos acaba desorientado y presa indefensa del más espantoso ridículo. Eso lo aprendí en mi primera reunión de Hyde Park, cuando casi me derrotan.

Era una experiencia novedosa hablar al aire libre, con solo unos cuantos policías mirando plácidamente, pero, por desgracia, también la multitud era plácida. Me sentía como si escalara una montaña escarpada, hablando ante semejante indiferencia. Pronto me agoté y me empezó a doler la garganta, pero seguí adelante. De repente el público empezó a dar señales de vida. Una ráfaga de preguntas, como balas, volaban hacia mí desde todas las direcciones. El ataque inesperado, que me pilló desprevenida, me desconcertó y me irritó. Notaba cómo perdía el hilo de mis pensamientos y cómo aumentaba mi ira. Entonces un hombre en primera fila gritó: «No hagas caso, muchacha, sigue. Alborotar es una buena y vieja costumbre inglesa». «¿Dices que es buena?», le respondí: «Creo que es un horror interrumpir así a un orador, pero de acuerdo, disparad. Luego no os quejéis si salís malparados». «De acuerdo, muchacha», gritó el público. «Sigue y veamos qué sabes hacer».

Yo había estado hablando de la futilidad de la política y de su influencia corrupta cuando me llegó el primer disparo. «¿Y no crees que existe algún político honrado?» «Si hay alguno, yo no lo conozco», aullé de vuelta. «Los políticos te prometen el paraíso antes de las elecciones y después te entregan el infierno». «¡Eso, eso!», gritaron con aprobación. Apenas había retomado mi discurso cuando me impactó el siguiente rayo. «Digo yo, muchacha, ¿por qué hablas del paraíso? ¿Acaso crees en la existencia de un lugar así?» «Por supuesto que no», respondí. «Solo me refería a ese paraíso en el que vosotros creéis como idiotas.» «Si no hay paraíso, ¿dónde hallarán los pobres su recompensa?», preguntó otro alborotador. «En ningún lugar, a no ser que reclamen aquí su derecho, cobren su recompensa tomando posesión de la tierra». Continué diciendo que, aunque hubiera un paraíso, no le dejarían entrar a la gente corriente. «Veréis», expliqué, «las masas han vivido tanto tiempo en el infierno, que no sabrían cómo comportarse en el paraíso. El ángel que guarda las puertas los echaría por mala conducta». A esto le siguió otra media hora de acoso que tuvo en vilo a la multitud.

Finalmente pidieron a los alborotadores que pararan, admitieran su derrota y me dejaran continuar.

Mi fama se extendió con rapidez; cada vez venía más gente a mis discursos. Vendíamos libros en grandes cantidades y mis camaradas estaban encantados. Querían que me quedara en Londres porque podía hacer allí mucho bien, pero yo sabía que los mítines al aire libre no eran lo mío. Mi garganta no soportaba la presión y yo no podía soportar la cercanía del ruido del tráfico. Además, me daba cuenta de que la gente que estaba allí de pie durante horas estaba demasiado inquieta y cansada como para poder concentrarse en una charla seria. Mi labor significaba demasiado para mí como para convertirla en un circo para diversión de los británicos.

Más que con mis hazañas en el parque disfrutaba conociendo a la gente y siendo testigo del espíritu vital que presidía el movimiento anarquista. En Estados Unidos la actividad se concentraba casi exclusivamente en la población extranjera. Había muy pocos anarquistas nativos en Estados Unidos, mientras que el movimiento en Inglaterra mantenía varias publicaciones semanales y mensuales. Una de ellas era *Freedom*, que contaba entre sus colaboradores y trabajadores con gente brillante y con talento, entre ellos Piotr Kropotkin, John Turner, Alfred Marsh, William Wess y otros. Otra publicación anarquista era *Liberty*, que impulsaba en Londres James Tochatti, un seguidor del poeta William Morris. *The Torch* era un pequeño periódico publicado por dos hermanas, Olivia y Helen Rossetti. Tenían solo catorce y diecisiete años respectivamente, pero en cuerpo y mente estaban muy desarrolladas para su edad. Redactaban todo el periódico, componían los tipos y manejaban la imprenta ellas solas. La oficina de *The Torch*, antiguamente el cuarto de jugar de las niñas, se convirtió en un lugar de encuentro para los anarquistas extranjeros, especialmente los procedentes de Italia, sometidos por entonces a una severísima persecución. Los refugiados llegaban en tropel a casa de los Rossetti, de claro origen italiano. Su abuelo, el poeta y patriota italiano

Gabriele Rossetti, había sido condenado a muerte en 1824 por los austriacos, bajo cuyo yugo estaba entonces Italia. Gabriele huyó a Inglaterra, se instaló en Londres y llegó a ser profesor de italiano en el King's College. Olivia y Helen eran las hijas del segundo hijo de Gabriele Rossetti, William Michael, el famoso crítico. Evidentemente las niñas había heredado tanto sus tendencias revolucionarias como sus talentos literarios. Durante mi estancia en Londres, pasé mucho tiempo con ellas, disfrutando enormemente de su enorme hospitalidad y del ambiente edificante de su círculo.

Uno de los miembros del grupo *Torch* era William Benham, conocido familiarmente como el «niño anarquista». Se apegó mucho a mí y se convirtió en mi acompañante tanto en las reuniones así como en las excursiones por la ciudad.

Las actividades anarquistas en Londres no se reducían a los nativos. Inglaterra era el puerto seguro de los refugiados de todo el mundo, que podían allí reanudar su trabajo sin encontrar impedimentos. En comparación con los Estados Unidos, la libertad política en Gran Bretaña parecía como la llegada del milenio. Pero económicamente el país estaba muy retrasado respecto a Estados Unidos.

Yo misma había experimentado la necesidad y conocía la pobreza que reinaba en los grandes centros industriales de Estados Unidos, pero nunca había visto miseria tan lamentable y sórdida como todo aquello que veía en Londres, Leeds y Glasgow. Me parecía que sus efectos no eran el resultado del pasado inmediato o ni siquiera de años. Tenía siglos de antigüedad, había pasado de generación en generación, aparentemente enraizada en el tuétano de las masas británicas. Uno de los espectáculos más horribles de Londres era ver cómo hombres en buena forma corrían durante manzanas por delante de un taxi para llegar al lugar a tiempo de abrirle la puerta a un «caballero». Por esos servicios recibirían un penique, dos a lo sumo. Tras un mes de estancia en Inglaterra, entendí la razón de tanta libertad política.

Era una válvula de seguridad contra la temida indigencia. Al Gobierno británico le parecía sin duda que, mientras permitiera a sus súbditos desahogarse no prohibiendo la cháchara, no habría peligro de rebelión. No encontraba yo otra explicación para la inercia y la indiferencia de aquellas gentes ante sus condiciones de vida esclavistas.

Una de mis intenciones al visitar Inglaterra era conocer a las personalidades destacadas del movimiento anarquista. Desgraciadamente, Kropotkin no se encontraba en la ciudad, pero volvería antes de que yo me fuera. Enrico Malatesta sí estaba en la ciudad. Lo visité en su casa, en la trastienda de su taller, pero no había nadie que pudiera traducirme y yo no hablaba italiano. Su amable sonrisa, sin embargo, era el reflejo de una personalidad amigable y me hizo sentir como si nos conociéramos toda mi vida. Conocí a Louise Michel casi inmediatamente después de mi llegada. Los camaradas franceses con los que yo me hospedaba organizaron una recepción mi primer domingo en Londres. Desde que leí por primera vez acerca de la Comuna de París, de su glorioso comienzo y su terrible final, Louise Michel se me había destacado como una figura sublime en su amor por la humanidad, enorme en su fervor y su valor. Louise Michel era una mujer angulosa, adusta, envejecida (tenía solo sesenta y dos años), pero en sus ojos brillaban el ingenio y la juventud y tenía una sonrisa tan tierna que inmediatamente ganó mi corazón. Ella era, pues, la mujer que había sobrevivido al salvajismo de la respetable turba parisina, de la furia que había ahogado a la Comuna en la sangre de los obreros y había sembrado las calles de París de miles de muertos y heridos. Lejos de apaciguarse, habían perseguido a Louise. Una y otra vez ella había cortejado la muerte; en las barricadas del Père Lachaise, el último bastión de los *communards*, Louise había elegido para sí misma el puesto más peligroso. En el juicio había exigido la misma pena que se pedía para sus camaradas y desdeñado la clemencia por razones de sexo. Moriría por la Causa. Ya fuera por miedo o reverencia ante tamaña figura heroica, la asesina burguesía parisina no se

había atrevido a matarla. Prefirieron condenarla a una muerte lenta en Nueva Caledonia, pero no habían contado con la fortaleza de Louise Michel, con su dedicación y consagración a sus compañeros de infortunio. En Nueva Caledonia se convirtió en la esperanza y la inspiración de los exiliados: en la enfermedad cuidaba sus cuerpos; en la depresión elevaba sus ánimos. La amnistía para los *communards* trajo de vuelta a Louise a Francia junto con los demás. Entonces se convirtió en el ídolo al que aclamaban las masas francesas. La adoraban como la *Mère Louise, bien aimée.*

Poco tiempo después de su regreso, Louise encabezó una manifestación de parados hasta la Esplanade des Invalides. Había miles de personas que llevaban mucho tiempo sin trabajar y estaban hambrientas. Louise condujo la procesión hasta las panaderías, por lo que la detuvieron y la condenaron a cinco años de cárcel. En el juicio, defendió el derecho del hombre hambriento al pan, «incluso aunque tuviera que robarlo». Durante el proceso, el mayor golpe para Louise no fue la sentencia sino la muerte de su querida madre. La amaba con un afecto absorbente y entonces declaró que ya no tenía nada por lo que vivir excepto la revolución. En 1886 Louise fue indultada, pero se negó a aceptar ningún favor del Estado. Hubo que sacarla a la fuerza de la cárcel para ponerla en libertad.

Durante un mitin multitudinario en Le Havre, alguien disparó dos veces a Louise mientras estaba en el estrado. Una bala le atravesó el sombrero, la otra se estrelló detrás de la oreja. La operación, muy dolorosa, no arrancó un solo lamento de Louise. En lugar de ello, se preocupaba por sus mascotas, que se habían quedado solas en su cuarto, y por las molestias que su retraso ocasionaría a una amiga que la estaba esperando en la siguiente ciudad. El hombre que casi la mata había sido persuadido por un cura para cometer la acción, pero Louise trató con todas sus fuerzas de liberarlo. Convenció a un famoso abogado para que defendiera a su atacante y ella misma se presentó en el juicio para hablar a su favor ante el juez. Su

compasión se había despertado especialmente por la niña pequeña de aquel hombre. No podía soportar que se quedara sin padre porque el hombre fuera a la cárcel. La postura de Louise influyó incluso en su fanático atacante.

Más tarde Louise se disponía a participar en la gran huelga de Viena, pero fue detenida en la estación París-Lyon cuando estaba a punto de subir al tren. El miembro del gobierno responsable de la masacre de obreros en Fourmies veía en Louise una fuerza formidable y trataba repetidamente de aplastarla. Entonces pidió su traslado de la cárcel a un manicomio argumentando que era una persona desquiciada y peligrosa. Ese malvado plan para deshacerse de Louise fue lo que movió a sus camaradas a convencerla de que se trasladara a Inglaterra.

Los vulgares periódicos franceses seguían retratándola como un animal salvaje, como «*la vierge rouge*», sin ninguna cualidad femenina o ningún encanto. Los más decentes escribían de ella conteniendo el aliento. La temían, pero también la respetaban como algo que estaba por encima de sus almas y sus corazones vacíos. Sentada junto a ella en nuestro primer encuentro, me preguntaba cómo podría alguien no verle ningún encanto. Cierto que se preocupaba poco por su apariencia. De hecho, nunca había visto a una mujer tan completamente ajena a cualquier cosa que le concerniera. Su vestido era harapiento, su *bonnet* viejo. No vestía nada de su talla. Pero todo su ser resplandecía con una luz interior. Enseguida se sucumbía al hechizo de su radiante personalidad, tan persuasiva en su fuerza, tan conmovedora en su sencillez infantil. La tarde que pasé con Louise fue una experiencia única. Su mano en la mía, su caricia en mi cabeza, sus palabras de cariño y de íntima camaradería ensancharon mi alma, que llegó hasta las esferas de la belleza en las que ella moraba.

Tras mi regreso de Leeds y Glasgow, donde hablé en grandes mítines y conocí a muchos y muy entregados obreros, me encontré con una carta de Kropotkin en la que me pedía que lo visitara. Finalmente iba a cumplir mi sueño tan deseado, conocer a mi gran mentor.

Piotr Kropotkin era descendiente directo de los Rurik y estaba en la línea de sucesión al trono ruso, pero había renunciado a su título y a su riqueza por la causa de la humanidad. Y había hecho aún más: desde que se había declarado anarquista, había renunciado a una brillante carrera científica para poder dedicarse al desarrollo y la interpretación de la filosofía anarquista. Se había convertido en el exponente más destacado del comunismo anarquista, su pensador y teórico más clarividente. Amigos y enemigos lo reconocían como una de las mejores mentes y una de las personalidades únicas del siglo XIX. De camino a Bromley, donde vivían los Kropotkin, estaba muy nerviosa. Me daba miedo que Piotr fuera difícil de abordar, que estuviera demasiado absorto en su trabajo como para atender un encuentro social corriente.

Pero cinco minutos en su presencia me tranquilizaron. La familia estaba fuera y Piotr mismo me recibió de manera tan amable y gentil que me sentí enseguida como en casa. Pronto estaría preparado el té, me dijo. Mientras tanto, ¿me gustaría ver su taller de carpintería y las cosas que había hecho con sus propias manos? Me llevó a su estudio y me señaló con gran orgullo una mesa, un banco y algunas estanterías que había construido. Eran objetos muy sencillos, pero se enorgullecía de ellos; esos objetos representaban su labor y él siempre había subrayado la necesidad de combinar la actividad mental y el esfuerzo manual. Ahora podía demostrar lo bien que ambos se mezclaban. Ningún artesano contempló nunca con más amor y con más reverencia las cosas que había creado con sus manos como Piotr Kropotkin, científico y filósofo. Su sana alegría en los productos de su esfuerzo eran un símbolo de la fe ardiente que tenía en las masas, en su capacidad de crear y moldear la vida.

Mientras tomábamos el té que él mismo había preparado, Kropotkin me preguntó por las condiciones de vida de Estados Unidos, por el movimiento y por Sasha. Había seguido su caso y conocía todas las fases, se mostró muy considerado y preocupado por Sasha. Yo le comuniqué mis

impresiones de Inglaterra, los contrastes entre su pobreza y su extrema riqueza, junto con su libertad política. ¿No era acaso un hueso que se arroja a las masas para tranquilizarlas?, pregunté. Piotr estaba de acuerdo con mi opinión. Me dijo que Inglaterra era una nación de tenderos dedicados a comprar y vender en lugar de dedicarse a producir lo necesario para que su pueblo no pasara hambre. «La burguesía británica tiene buenas razones para temer la expansión del descontento, y las libertades políticas son la mejor garantía contra ello. Los estadistas ingleses son astutos. Siempre han procurado que las riendas políticas no estén muy tirantes. El británico medio adora pensar que es libre; eso le ayuda a olvidar su pobreza. Es la ironía y el *pathos* de la clase obrera inglesa. Y aun así, Inglaterra podría alimentar a todo hombre, mujer, niño y niña de su población simplemente liberando los extensos terrenos que hoy están bajo el monopolio de una aristocracia vieja y decadente». Mi visita a Piotr Kropotkin acabó de convencerme de que la auténtica grandeza siempre está emparejada con la sencillez. Él era la personificación de ambas. Su mente lúcida y brillante, combinada con su calidez, componía una personalidad fascinante y afable.

Me dio pena dejar Inglaterra; durante mi corta estancia, había conocido a mucha gente y había hecho amigos y me había enriquecido mediante el contacto personal con mis grandes mentores. Habían sido sin duda unos días gloriosos. Nunca había visto un verde tan exquisito en los árboles y la hierba, tal profusión de jardines, parques y flores. Y a la vez nunca había conocido una pobreza tan deprimente y sombría. La naturaleza misma parecía distinguir entre ricos y pobres. El cielo azul de Hamsptead en el East End parecía gris sucio, y el resplandor del sol no era más que una mancha de amarillo pálido. Las burdas distinciones entre los distintos estratos sociales en Inglaterra eran impresionantes. Incrementaron mi odio a la injusticia y mi determinación de trabajar por mi ideal. Maldecía la pérdida de tiempo que supondría la formación de enfermera que quería emprender, pero me consolé con la esperanza de que estaría mejor

preparada cuando regresara a Estados Unidos. No podía quedarme en Londres: mis cursos empezaban el 1 de octubre. Tenía que llegar a Viena.

Viena resultó ser aún más fascinante de lo que Ed me había descrito. Ringstrasse, la calle principal, con su sucesión de espléndidas mansiones espléndidas y lujosos cafés, los espaciosos paseos bordeados por árboles majestuosos y especialmente el Prater, más bosque que parque, hacían que la ciudad fuera una de las más hermosas que yo había visto en mi vida. Todo ello se realzaba por la alegría y ligereza de las gentes de Viena. En comparación, Londres se asemejaba a una tumba. En viena había color, vida y alegría. Yo anhelaba formar parte de todo aquello, arrojarme en sus generosos brazos, sentarme en los cafés o en el Prater y observar a la gente, pero había ido con otro propósito; no podía permitirme distracciones.

Mi formación incluía, además del curso de comadrona, un curso en enfermedades infantiles. En mi breve experiencia como enfermera, había visto lo poco preparadas que estaban las enfermeras diplomadas para ocuparse de los niños. Eran bruscas, autoritarias y nada comprensivas. Mi propia infancia había sido horripilante debido a ello, pero también me había llenado de compasión por los niños. Tenía mucha más paciencia con ellos que con los adultos. Su dependencia, agravada por la enfermedad, siempre me conmovía profundamente. Yo no quería únicamente darles cariño, sino también formarme para su cuidado.

La Allgemeines Krankenhaus, en cuyas aulas se impartían cursos y trataban todos los males del cuerpo humano, ofrecía unas posibilidades espléndidas para el estudiante voluntarioso y animado. El lugar me pareció una institución notable, una verdadera ciudad en sí misma, con miles de pacientes, enfermeras, médicos y cuidadores. Los hombres que estaban a cargo de los distintos departamentos tenían fama mundial en sus respectivos campos. Los cursos de obstetricia tenían la suerte de estar encabezados por un famoso ginecólogo, el profesor Braum. No era solo un profesor espléndido sino también un hombre adorable. Sus clases no eran nunca

áridas o tediosas. En mitad de una explicación o incluso durante una operación, el profesor animaba el ambiente con una anécdota graciosa o comentarios que hacían enrojecer a las estudiantes alemanas. Al explicar, por ejemplo, la tasa comparativamente más alta de nacimientos durante los meses de noviembre y diciembre, decía: «Es el carnaval, señoritas. En el festival más alegre de Viena, hasta las más virtuosas muchachas quedan atrapadas. No quiero decir que cedan a sus impulsos naturales. Es solo que la naturaleza las ha hecho tan fértiles que un hombre no tiene más que mirarlas, por así decirlo, y se quedan preñadas. Así que responsabilicemos a la naturaleza y no culpemos a las pobres criaturas». En otra ocasión, el profesor Braun escandalizaría a los estudiantes más moralistas contando la historia de una paciente. A varios estudiantes varones se les había pedido que la examinaran y diagnosticaran el caso. Uno tras otro cumplió con su deber, pero ninguno se atrevió a hablar. Esperaban a que el profesor diera su opinión. Tras su examen, el gran hombre dijo: «Caballeros, se trata de un caso que muchos de ustedes han tenido ya, tienen ahora o tendrán en el futuro. Pocos pueden resistirse al encanto de su origen, el dolor de su desarrollo o el precio de su cura. Resulta que es sífilis».

Entre las asistentes a los cursos de obstetricia había varias chicas judías de Kiev y Odessa. Una de ellas procedía de Palestina. Ninguna de ellas sabía suficiente alemán como para seguir las clases. Las rusas eran muy pobres, tenían que mantenerse con diez rublos al mes. Era muy estimulante ver tanto valor y perseverancia para lograr tener una profesión, pero, cuando expresé mi admiración, las chicas respondieron que era una cosa muy corriente: miles de chicas rusas, tanto judías como gentiles, lo estaban haciendo. Todos los estudiantes en el extranjero vivían con muy poco dinero, ¿por qué ellas no? «Pero vuestras carencias en alemán...», pregunté. «¿Cómo seguís las clases o leéis los libros de texto? ¿Cómo vais a aprobar el examen?» No sabían qué responder, pero se las apañarían de alguna forma. Después de todo, todos los judíos entienden un poco de alemán,

decían. Dos de las chicas me cayeron especialmente bien. Vivían en un agujero infecto, mientras que yo tenía una habitación amplia y hermosa. Les pedí que la compartieran conmigo. Yo sabía que tendríamos guardias nocturnas en el hospital, pero no coincidirían nuestros turnos. Que viviéramos juntas reduciría sus gastos y yo podría ayudarlas con el alemán. Pronto nuestra casa se convirtió en el centro de los estudiantes rusos de ambos sexos.

En Viena se me conocía como la señora E. G. Brady. Tuve que salir al extranjero con ese nombre, porque no se me habría admitido con el mío. Me había liberado de la idea de que no hay que adoptar nombres falsos. Podría, por supuesto, haber conseguido un pasaporte con los papeles de ciudadanía de Kershner, pero no había vuelto a usar su apellido desde que lo abandoné. De hecho, solo había vuelto a verlo una vez, en 1893, cuando estuve enferma en Rochester. Aquel apellido solo me traía recuerdos dolorosos. Brady era un nombre irlandés y yo sabía que no levantaría sospechas sobre mi identidad. Por aquel entonces se podían tener pasaportes con solo pedirlos.

En Viena tenía que tener mucho cuidado. Los Habsburgo eran despóticos y la persecución de anarquistas y socialistas intensa, así que no podía asociarme abiertamente con mis camaradas, puesto que no deseaba que me expulsaran. Sin embargo eso no me impidió que me reuniera con gente muy interesante, activa en distintos movimientos sociales.

Mis estudios y la frecuencia de mis guardias nocturnas en el hospital no hicieron disminuir mi interés por los acontecimientos culturales de Viena, su música y sus teatros. Conocí a un joven anarquista, Stefan Grossmann, que estaba sorprendentemente bien informado sobre la vida de la ciudad. Tenía muchos rasgos que me disgustaban: sus esfuerzos por ocultar su origen mediante la asunción camaleónica de cualquier estúpido hábito gentil me irritaban. La primera vez que vi a Grossmann me dijo que su maestro de esgrima había admirado sus *germanische Beine* (sus piernas

germánicas). «No me parece un gran elogio», le contesté. «Ahora, si hubiera admirado tu nariz *yiddish*, eso sería algo de lo que presumir». A pesar de ello, nos vimos con frecuencia y poco a poco aprendí a apreciarlo. Era un ávido lector y un gran admirador de la nueva literatura: Friedrich Nietzsche, Ibsen, Hauptmann, von Hoffmansthal y sus otros exponentes, que arrojaban sus anatemas contra los viejos valores. Yo había leído algunos fragmentos de sus obras en *Der arme Teufel*, el semanario que Robert Reitzel, un escritor brillante, publicaba en Detroit. Era el único periódico alemán en Estados Unidos que ponía a sus lectores en contacto con el nuevo espíritu literario europeo. Lo que había leído en sus columnas sobre las obras de los grandes intelectos que agitaban Europa me había abierto mucho el apetito.

En Viena se podían escuchar interesantes conferencias sobre la prosa y la poesía moderna alemana. Se podían leer las obras de los jóvenes iconoclastas de las artes y las letras, siendo Nietzsche el más audaz de todos ellos. La magia de su lenguaje, la belleza de su visión, me transportaba a alturas nunca soñadas. Anhelaba devorar cada línea de sus escritos, pero era demasiado pobre como para comprarme sus libros. Afortunadamente, Grossmann tenía una buena provisión de Nietzsche y de los demás modernos.

Mis lecturas se llevaban buena parte de mis muy necesarias horas de sueño, pero ¿qué era el cansancio físico al lado del éxtasis que me proporcionaba Nietzsche? El fuego de su alma, el ritmo de su canto, hacían la vida más rica, más plena y más maravillosa para mí. Quise compartir estos tesoros con mi amado y le escribí largas cartas describiendo el nuevo mundo que había descubierto. Sus respuestas eran evasivas: Ed, evidentemente, no compartía mi fervor por el arte nuevo. Estaba mucho más interesado en mis estudios y en mi salud y me presionaba para que no gastara mis energías en lecturas ociosas. Me decepcionó, pero me consolaba con el pensamiento de que apreciaría el espíritu de la nueva literatura

cuando tuviera ocasión de leerla. Tenía que conseguir dinero, decidí, para llevar a casa un cargamento de libros para Ed.

A través de uno de los estudiantes me enteré de un curso que daría un joven y eminente profesor, Sigmund Freud, pero era difícil asistir a sus clases, solo admitían a médicos y a gente con pases especiales. Mi amigo me sugirió que me apuntara al curso del profesor Bruhl, que también discutía los problemas sexuales. En calidad de estudiante suya tendría más posibilidades de asegurarme la admisión en el curso de Freud.

El profesor Bruhl era un hombre mayor con una voz débil. Los temas que trataba me resultaban desconcertantes. Hablaba de «uranianos», «lesbianas» y otros temas extraños. Sus oyentes también eran extraños: hombres de aspecto femenino con modales coquetos y mujeres claramente masculinas con voces graves. Formaban sin duda una curiosa asamblea. Cuando por fin escuché a Sigmund Freud me aclaré mucho más sobre estas materias. Su sencillez y honestidad y la brillantez de su mente se combinaban para dar la impresión de que te sacaba de un sótano oscuro hacia la luz del día. Por primera vez comprendí el significado completo de la represión sexual y su efecto en el pensamiento y la acción humana. Me ayudó a entenderme a mí misma, mis necesidades y también me di cuenta de que solo gente de mente depravada podía impugnar los motivos o considerar «impura» una personalidad tan grande y bella como la de Freud.

Mis diversos intereses en Viena me mantenían ocupada la mayor parte del día. Aun así me las apañaba para asistir al teatro y para escuchar una buena ración de música. Escuché por primera vez *El anillo de los Nibelungos* completo y otras obras de Wagner. Su música siempre me había conmovido. Las interpretaciones de Viena, voces magníficas, orquesta espléndida y una dirección magistral, eran arrebatadoras. Tras una experiencia así, fue doloroso soportar un concierto de Wagner dirigido por su hijo. Una noche, Siegfried Wagner dirigió su propia composición *Der Bärenhäuter*. Ya era bastante insípida, pero cuando llegó la hora de dirigir

una obra de su ilustre padre, resultó totalmente ineficaz. Abandoné el concierto disgustada.

Viena me aportó muchas experiencias nuevas. Una de las más grandes fue ver a Eleonora Duse en el papel de Magda en *Heimat*, de Sudermann. La obra en sí estaba basada en un acontecimiento dramático, pero lo que Duse le aportó trascendía el talento de Sudermann y otorgaba a la obra toda su auténtica profundidad dramática. Hacía unos años, en New Haven, había visto a Sarah Bernhardt en *Fedora*. Su voz, sus gestos, habían sido una revelación. Pensé entonces que nadie podía alcanzar más altura, pero Eleonora Duse llegó a cumbres más altas. Su genio era demasiado rico y complejo como para recurrir a artificios, su interpretación demasiado real como para hacer trucos escénicos. No había gestos violentos, ni movimientos innecesarios, ni un estudiado volumen sonoro. Su voz, rica y vibrante, mantenía el ritmo en cada tono, sus expresivos rasgos reflejaban su propia riqueza de emociones. Eleonora Duse interpretaba cada matiz de la turbulenta naturaleza de Magda mezclada con su propio espíritu. Era el arte alcanzando los cielos, una estrella en el firmamento de la vida.

Cuando se acercaron los exámenes no pude regalarme más en las tentaciones de la fascinante ciudad del Danubio. Poco después era la orgullosa dueña de dos diplomas, uno como comadrona y otro como enfermera ya podía regresar a casa, pero aborrecía la idea de dejar aquella ciudad que tanto me había dado. Me rezagué dos semanas más. Durante ese tiempo pasé mucho rato con mis camaradas y aprendí todo lo que pude sobre el movimiento anarquista en Austria. Y en pequeñas reuniones di conferencias sobre Estados Unidos y sobre nuestra lucha en aquel país.

Fedya me había mandado el dinero para la vuelta en segunda clase y cien dólares para que me comprara algunos vestidos. Preferí invertir el dinero en mis adorados libros, comprando una partida de las obras de los escritores que estaban haciendo historia en la literatura, especialmente de los dramaturgos. Ningún vestuario me habría proporcionado tanta alegría como

mi preciosa y pequeña biblioteca. Ni siquiera me atreví a facturarlos en el baúl. Me los llevé conmigo en una maleta.

De pie en la cubierta del crucero francés que se dirigía hacia el puerto de Nueva York, localicé a Ed mucho antes de que él me viera a mí. Estaba junto al muelle con un ramo de rosas, pero cuando descendí no me reconoció. Era la última hora de la tarde de un día lluvioso y me pregunté si sería por el crepúsculo, por mi enorme sombrero o porque había adelgazado mucho. Durante un momento me quedé allí mirando cómo escrutaba a los pasajeros, pero cuando vi que su ansiedad crecía, me deslicé detrás de él y le tapé los ojos con mis manos. Se giró rápidamente, me abrazó tempestuosamente contra su pecho y exclamó con voz temblorosa: «¿Qué le ocurre a mi *Schatz* (tesoro)? ¿Estás enferma?». «¡Qué va!», contesté. «Solo me he hecho más espiritual. Vamos a casa y te lo cuento todo».

Ed me había escrito que había cambiado nuestras habitaciones por un piso más cómodo que Fedya había ayudado a decorar. Lo que me encontré superaba todas mis expectativas. Nuestra nueva casa era un apartamento antiguo situado en la parte alemana de la calle Once. Las ventanas de la amplia cocina daban a un hermoso jardín. El salón delantero era espacioso y de techos altos, amueblado con sencillez y gusto con caoba antigua. Había unos pocos grabados en las paredes y mis libros estaban colocados en estanterías. El lugar tenía ambiente y gusto.

Ed hizo de anfitrión para mí en una elaborada cena que acababa de preparar, con vino que Justus Schwab había enviado. Ahora era rico, me informó, ganaba quince dólares a la semana. Después me contó noticias de nuestros amigos: Fedya, Justus, Claus y, sobre todo, Sasha. Durante mi estancia en el extranjero no había podido mantener un contacto directo con Sasha y Ed había hecho de intermediario, lo que suponía retrasos que me angustiaban. Me llenó de alegría saber que me esperaba correo de mi querido muchacho. Me pareció maravilloso que hubiera sido capaz de mandar una misiva que me llegara justo el día de mi vuelta. La carta de

Sasha estaba, como siempre, impregnada de su bello espíritu. No se quejaba de las condiciones en que vivía, sino que mostraba gran interés en el exterior, en mi trabajo y en mis impresiones de Viena. Europa estaba tan lejos, escribía; mi vuelta a Estados Unidos me acercaría a él, aunque sabía que nunca volvería a verme. Tal vez podría ir a Pittsburgh en una gira de conferencias. Al menos estaríamos en la misma ciudad.

Antes de mi partida hacia Europa, nuestro amigo Isaac Hourwich había propuesto que ayudáramos a Sasha presentando un recurso al Tribunal Supremo fundamentado en los procedimientos ilegales del juicio. Tras un considerable esfuerzo y mucho gasto, había conseguido la transcripción del juicio. Se descubrió entonces que no había base legal para el procedimiento de revisión. Cuando asumió su defensa, Sasha había omitido protestar firmemente el fallo del juez, y por ello no se podía apelar.

Durante mi estancia en Viena, algunos de nuestros amigos americanos habían sugerido una solicitud ante la Junta de Indultos. En mi interior me rebelaba contra la posibilidad de que un anarquista diera ese paso. Estaba segura de que Sasha no lo aprobaría y, por tanto, ni siquiera le escribí nada sobre la propuesta, pero durante mi ausencia lo habían encerrado repetidamente en el calabozo y mantenido en aislamiento tanto que había perdido la salud. Empecé a pensar que la coherencia, aunque admirable en sí misma, era criminal si se interponía en el camino de otro. Ello me condujo a dejar de lado todas mis consideraciones e implorar a Sasha que nos dejara apelar a la Junta de Indultos. Su respuesta reflejó que se sentía herido e indignado porque yo quisiera que él suplicara clemencia. Su acción llevaba su propia justificación, escribía: su acción había sido un gesto de protesta contra la injusticia del sistema capitalista. Los tribunales y las juntas de indulto eran los baluartes de ese sistema. Si me había decidido a dar ese paso es que me había vuelto menos revolucionaria o tal vez actuaba solo movida por mi preocupación por él. En cualquier caso, no deseaba que actuara en su nombre en contra de sus principios.

Ed me mandó esa carta a Viena. Me entristeció muchísimo. Me desilusionó, pero no abatió mis esfuerzos. Unos amigos en Pennsylvania me habían informado de que en ese estado no era necesaria la firma personal del solicitante de un perdón. Escribí de nuevo a Sasha, enfatizando que yo consideraba su vida y su libertad demasiado valiosas para el movimiento como para negarme a apelar. Algunos de los mayores revolucionarios, cuando fueron condenados a penas largas, habían apelado para recuperar su libertad, pero, si aún creía que era incoherente que él diera ese paso, ¿no permitiría a nuestros amigos hacerlo por mi bien? Yo no podía aguantar más, le explicaba, la conciencia de que él estuviera en la cárcel por una acción en la que yo me había implicado tanto como él. Mi petición pareció hacer efecto en Sasha. En su respuesta reiteraba que no tenía ninguna fe en la Junta de Indultos, pero sus amigos del exterior estaban en mejor posición que él para juzgar el paso que pretendían dar, y por tanto, no pondría más objeciones. Añadió que había otras cosas de las que quería hablar, ¿podría Emma Lee intentar obtener un pase?

Emma se había mudado a Pittsburgh y tenía un puesto en un hotel como supervisora del departamento de sábanas y toallas. Había comenzado a cartearse con el capellán de la prisión, al que poco a poco trataba de implicar en un intento de recuperar los derechos de visita de Sasha. Tras meses de espera, el capellán logró que le enviaran un pase a Emma Lee, pero cuando llegó a la penitenciaría, el alguacil se negó a dejarle ver a Sasha. «Yo, y no el capellán, soy aquí la única autoridad», le dijo a Emma. «Mientras yo esté al mando, nadie podrá ver al preso A-7».

Emma Lee creyó que una protesta violenta por su parte solo conseguiría reducir las posibilidades de Sasha en la Junta de Indultos. Mostró mucho mayor control del que yo había tenido aquel día fatídico en la tienda del inspector Reed. Continuamos aferrándonos a la esperanza de que nuestros esfuerzos arrancarían a Sasha de las garras del enemigo.

Me puse en contacto con Voltairine de Cleyre, recordándole su promesa de ayudar en nuestros esfuerzos a favor de Sasha. Respondió con prontitud, componiendo un llamamiento público a su favor, pero se lo mandó a Ed en lugar de a mí. En un primer momento, me enfadé ante lo que me pareció un feo, pero cuando leí el documento mi ira se derritió. Era un poema en prosa lleno de fuerza y belleza. Le escribí dándole las gracias sin mencionar nuestro malentendido. No me respondió.

Se lanzó la campaña por la petición, con todos los elementos radicales apoyando nuestro esfuerzo. Un destacado abogado de Pittsburgh se interesó y aceptó llevar el caso ante la Junta de Indultos de Pennsylvania.

Trabajamos con energía, impulsados por una enorme expectación. Las esperanzas de Sasha revivían también. La vida, con su pulso, parecía abrirse ante él, pero nuestra alegría duró poco. La Junta de indultos se negó a tener en cuenta la petición. Berkman tendría que completar sus primeros siete años de condena antes de que se pudiera tomar en consideración el «error real» de sus otras penas, mantenía la Junta. Era evidente que no se haría nada que pudiera disgustar a Carnegie y a Frick.

Para mí el golpe fue brutal y temía sus efectos en Sasha. ¿Cómo le escribiría, qué podría decirle que le ayudara ante el cruel mazazo? Ed trataba de tranquilizarme diciendo que Sasha era lo bastante valiente como para aguantar hasta 1897, pero eso no me ayudaba. Perdí incluso la esperanza de que le concedieran una reducción de pena. La amenaza del inspector Reed de que Sasha no saldría vivo me martilleaba en los oídos. Antes de que pudiera sentarme a escribirle, llegó una carta de Sasha. No había apostado mucho por una salida favorable, decía su carta, y no estaba demasiado decepcionado. La Junta de Indultos simplemente demostraba una vez más la coincidencia de intereses del Gobierno estadounidense y la plutocracia. Los anarquistas lo hemos sabido desde siempre. La promesa de la Junta de volver a evaluar la apelación en 1897 era solo un truco para engañar a la opinión pública y para agotar a los amigos que trabajaban por

él. Estaba seguro de que los lacayos de los intereses del acero nunca actuarían a su favor. Pero no importaba. Había sobrevivido los cuatro primeros años y seguiría luchando. «Nuestros enemigos nunca tendrán la oportunidad de decir que me han quebrado», escribía. Sabía que contaba siempre con mi apoyo y con el de los nuevos amigos que había hecho. No debía desesperar o relajarme en mi fervor por nuestra causa. Mi Sasha, mi increíble Sasha, no era solo valiente, como había dicho Ed, era una fortaleza andante. Y así, como tantas otras veces desde que el monstruo de vapor de la estación de Ohio y Baltimore me lo había arrebatado, surgía como un brillante meteoro en el horizonte oscuro de los intereses mezquinos, las preocupaciones personales y la enervante rutina de la existencia cotidiana. Era como un rayo que purgaba el alma y que inspiraba incluso devoción en su desapego de las fragilidades humanas.

Se estaba produciendo un renacimiento en las filas anarquistas; había más actividad que en ningún momento desde 1887, especialmente entre los adeptos estadounidenses. *Solidarity*, una publicación en lengua inglesa iniciada en 1892 por S. Merlino y suspendida más tarde, reapareció en 1894, agrupando a su alrededor a una serie de estadounidenses muy capaces. Entre ellos estaban John Edelman, William C. Owen, Charles B. Cooper, la señorita Van Etton, una enérgica sindicalista, y algunos más. Se organizó un club de ciencias sociales, con conferencias semanales. La iniciativa atrajo una atención considerable entre los elementos de la inteligencia nativa y, por supuesto, no faltaron virulentos ataques en la prensa. Nueva York no era la única ciudad en la que se predicaba el anarquismo. En Portland, Oregón, otro grupo de hombres y mujeres de talento, entre ellos Henry Addis y la familia Isaak, publicaba *The Firebrand*, otro semanario en inglés. En Boston, Harry M. Kelly, un camarada joven y dinámico, había organizado una imprenta cooperativa que publicaba *The Rebel*. Voltairine de Cleyre, H. Brown, Perle McLeod y otros valientes defensores de nuestras ideas llevaban las actividades en Filadelfia. De hecho, a lo largo de todo Estados Unidos, resucitaba el espíritu de los mártires de Chicago. Las voces de Spies y sus camaradas encontraban expresión en la lengua nativa así como en todos los idiomas extranjeros de los pueblos de América.

Nuestro trabajo recibió un impulso considerable gracias a la llegada de dos anarquistas británicos, Charles W. Mowbray y John Turner. El primero había llegado en 1894, poco después de mi salida de prisión, y en aquellos días estaba activo en Boston. John Turner, el más culto y mejor preparado de los dos, había sido invitado a Estados Unidos por Harry Kelly. Por alguna razón sus conferencias no atrajeron demasiado público al principio y en Nueva York tuvimos que encargarnos nosotros de los preparativos. Yo había conocido a John y a su hermana Lizzie durante mi estancia en Londres. Ambos me habían impresionado mucho por su calidez, su jovialidad y su carácter amistoso. Especialmente me gustaba hablar con John: conocía bien los movimientos sociales en Inglaterra y estaba muy ligado a los elementos sindicalistas y cooperativistas, así como a *The Commonweal*, fundada por William Morris, pero sus mayores esfuerzos los dedicaba a la propaganda del anarquismo. La llegada de John Turner a Estados Unidos me dio la oportunidad de comprobar mi habilidad para hablar en inglés, puesto que a menudo debía moderar sus intervenciones.

La campaña por la liberalización de la plata estaba en su apogeo. La propuesta de libre emisión de plata a una ratio de dieciséis a uno con el patrón oro se había convertido en un tema de interés nacional casi de la noche a la mañana. Ganó fuerza por la repentina ascensión de William Jennings Bryan, un hombre que había irrumpido en la convención democrática con un discurso elocuente y una frase pegadiza: «No clavaréis sobre la frente del obrero la corona de espinas, no crucificaréis a la humanidad sobre una cruz de oro». Bryan era candidato a presidente: el orador «de lengua de plata» había captado el gusto del hombre de la calle. Los liberales estadounidenses, que tan fácilmente se dejan atrapar por cada nueva estrategia política, se entregaron a Bryan y al patrón plata casi por completo. Incluso algunos anarquistas fueron arrastrados por sus lemas. Un día, un conocido camarada de Chicago, George Schilling, llegó a Nueva York para buscar la cooperación de los radicales del Este. George era un

ardiente seguidor de Benjamin Tucker, el líder de la escuela individualista anarquista, y colaboraba con su periódico, *Liberty*, pero, a diferencia de Tucker, estaba más cercano al movimiento obrero y era más revolucionario que su maestro. El deseo de un despertar popular en Estados Unidos estaba en la raíz de la creencia de George de que el tema de la plata se convertiría en una fuerza que minaría tanto a los monopolios como al Estado. Los feroces ataques a Bryan en la prensa ayudaron a su causa porque condujeron a George y a otros a considerarlo un mártir. Los periódicos hablaban de Bryan como «una herramienta en las manos manchadas de sangre de Altgeld, el anarquista, y de Eugene Debs, el revolucionario».

Yo no podía compartir el entusiasmo por Bryan, en parte porque no creía en la maquinaria política como medio para alcanzar cambios fundamentales, pero también porque había algo débil y superficial en Bryan. Tenía la sensación de que su principal objetivo, más que «sacudir las cadenas» de la gente, era llegar a la Casa Blanca. Decidí mantenerme alejada de él. Yo advertía su falta de sinceridad y no confiaba en él. Por mi actitud me asaltaron desde dos lados diferentes en el mismo día. Primero fue Schilling, que me presionaba para unirme a la campaña por el patrón plata. «¿Qué vais a hacer vosotros, los del Este?», me preguntó cuando me reuní con él. «Cuando el Oeste marche en columnas revolucionarias hacia el Este, ¿vais a seguir hablando o uniréis vuestras fuerzas a las nuestras?» Me aseguró que mi nombre había llegado al Oeste y que yo podría ser un valioso factor en el movimiento popular para libertar a las masas de sus expoliadores. George era muy optimista en su ardor, pero no consiguió convencerme. Nos separamos como amigos, George sacudiendo la cabeza ante mi falta de juicio acerca de la inminente revolución.

Por la noche tuvimos otra visita, el antiguo diputado de Homestead, un hombre llamado John McLuckie. Yo recordaba su actitud resuelta durante la huelga del acero en contra de la importación de esquiroles y había apreciado su solidaridad con los obreros. Me alegraba de recibir a ese tipo

jovial y alto, la encarnación auténtica del viejo demócrata jeffersoniano. Me dijo que Voltairine le había pedido que me preguntara por Sasha. McLuckie le había dicho que Berkman ya no estaba en la Penitenciaría del Oeste. Él, como mucha otra gente en Homestead, creía que Berkman no había tenido la intención de matar a Frick, que había cometido el acto solo para despertar la simpatía por este último. La condena excesiva que había recibido era simplemente una treta de los tribunales de Pennsylvania para engañar al público. Los trabajadores de Homestead estaban seguros de que Alexander Berkman había salido de prisión hacía mucho tiempo. Voltairine le había proporcionado a McLuckie material que demostraba lo ridículo de esa historia y le había enviado a mí en busca de más pruebas.

Yo escuchaba a aquel hombre, incapaz de concebir que alguien en su sano juicio pudiera creer algo así de Sasha. Él había sacrificado su juventud, había pasado ya cinco años en la cárcel, había sufrido el calabozo, el aislamiento y brutales ataques físicos. La persecución a la que lo sometían las autoridades de la cárcel le había conducido a un intento de suicidio. Y aun así la gente por la que había estado dispuesto a dar su vida sospechaba de él. Aquello era absurdo, cruel. Entré en mi habitación, cogí las cartas de Sasha y se las entregué a McLuckie. «Lee», le dije. «Y después dime si aún crees en las historias imposibles que acabas de contarme».

Él cogió una de las cartas de la pila, la leyó atentamente, después hojeó algunas más. Enseguida me tendió la mano. «Mi querida, valiente, muchacha», me dijo, «lo siento, siento muchísimo haber dudado de tu amigo». Me aseguró de que ahora se daba cuenta de lo injustos que habían sido él y su gente. «Puedes contar con mi ayuda», añadió con énfasis, «en cualquier esfuerzo que pueda hacerse para sacar a Berkman de la cárcel». Después habló de Bryan, recreándose en la oportunidad excepcional de ayudar a Sasha si yo me unía a la campaña por el patrón plata. Mis actividades me acercarían a los políticos prominentes del partido demócrata y después podría abordarlos para asegurarme un indulto. Él se encargaría de

reunirse con los líderes y estaba seguro de que sería un éxito si les podía asegurar que me uniría a ellos. Señaló que no tendría ninguna responsabilidad en el aspecto económico. Viajaría con él y él se encargaría de todo. Y, por supuesto, me pagarían un generoso salario.

McLuckie era honesto y decente, pero de una ignorancia infantil acerca de mis ideas. Tal vez fue su sugerencia de que yo podría ayudar a Sasha lo que me hizo simpatizar con él. Aun así yo no podía tener nada que ver con Bryan, sentía que usaba a los obreros como un escalón al poder.

Mi visitante no se ofendió. Me dejó lamentándose de que yo careciera de sentido práctico, pero prometió fielmente hablarle a los suyos en Homestead y contarles la verdad sobre Berkman.

Junto con Ed y otros amigos íntimos debatí sobre el posible origen de los horribles rumores sobre Sasha. Yo estaba segura de que se habían producido por la actitud de Most. Recordaba que la prensa había comentado ampliamente la declaración de Most de que Sasha había «blandido una pistolita de juguete» para disparar a Frick. Johann Most. Yo estaba tan ocupada que casi lo había olvidado. La amargura que su traición a Sasha había despertado se había sustituido por un tedioso sentimiento de decepción por el hombre que una vez significara tanto para mí. La herida que me había infligido estaba en parte curada, pero había dejado una cicatriz sensible. La visita de McLuckie había abierto de nuevo aquella herida.

Mis conversaciones con Schilling y McLuckie me hicieron consciente de un nuevo y amplio campo de actividades. Lo que hasta ahora había hecho era solo el primer paso en mi capacidad de ser útil al movimiento. En adelante saldría de gira, estudiaría el país y sus gentes, le tomaría el pulso a la vida estadounidense. Llevaría a las masas el mensaje de un nuevo ideal social. Estaba dispuesta a empezar inmediatamente, pero decidí primero mejorar mi inglés y ganar algo de dinero. No quería depender de los

camaradas o cobrar por mis conferencias. Mientras tanto, continuaría mi trabajo en Nueva York.

Estaba llena de entusiasmo por el futuro, pero, en la misma proporción en la que mi ánimo subía, el interés de Ed en mis objetivos se desvanecía. Yo sabía desde hacía tiempo que a él le dolía cada momento que me separaba de él; también era consciente de nuestras claras diferencias en lo que se refería a la cuestión de la mujer, pero, aparte de esto, Ed se había mudado conmigo, siempre estaba dispuesto a ayudar en mis labores. Lo cierto era que cada vez se mostraba de peor humor, más crítico de todo lo que hacía. A medida que pasaban los días, se volvía aún más taciturno. A menudo, a mi regreso de una reunión tardía, me lo encontraba con cara de palo, en un silencio frígido, moviendo con nerviosismo su pierna. Yo anhelaba acercarme a él, compartir mis pensamientos y planes con él, pero su mirada de reproche me paralizaba. En mi habitación le esperaba con expectación, pero él se mantenía a distancia y después lo oía arrastrarse pesadamente a la cama. Me hería en lo más profundo, porque lo amaba. Aparte de mi interés en el movimiento y de Sasha, mi gran pasión por Ed había desplazado todo lo demás.

Mi antiguo amante artista aún me despertaba mucha ternura, más aún porque creía que él me necesitaba. A mi regreso de Europa, lo había encontrado muy cambiado. Había ascendido en su profesión y estaba ganando mucho dinero. Continuó siendo tan generoso conmigo como en nuestros días de pobreza, me ayudó financieramente durante toda mi estancia en Viena y después había amueblado mi apartamento. De hecho, no había ningún cambio en su actitud hacia mí, pero no me llevó mucho tiempo descubrir que el movimiento había perdido su antiguo significado para Fedya. Vivía ahora en un círculo diferente y sus intereses eran diferentes. Las subastas de arte lo absorbían y pasaba todo su tiempo libre en las salas de ventas. Había deseado durante tanto tiempo la belleza que ahora que tenía algunos medios quería ahogarse en ella. Los talleres se

convirtieron en su gran pasión. Cada pocos meses montaba uno con los objetos más exquisitos, solo para deshacerse de él y cambiarlo por otro, que decoraba de nuevo con nuevos cuadros, jarrones, lienzos, alfombras y lo que fuera. Todas las cosas hermosas de nuestro piso procedían de sus *ateliers*. Yo no podía soportar pensar que Fedya pudiera alejarse tanto de nuestros intereses pasados como para ni siquiera ofrecer ya más ayuda financiera al movimiento, pero como él nunca había tenido demasiado sentido de los valores materiales, no me sorprendía descubrirlo tan derrochador. Me preocupaba más su elección de nuevos amigos, casi todos ellos hombres que trabajaban en periódicos. Eran una panda cínica, disoluta, cuyos objetivos principales en la vida eran la bebida y las mujeres. Desgraciadamente, habían conseguido insuflar el mismo espíritu a Fedya; me dolía ver a mi amigo idealista ir por la senda de tantas cabezas huecas y corazón vacío. Sasha siempre había intuido que la lucha social sería meramente una fase pasajera en la vida de Fedya, pero yo esperaba que cuando Fedya fuera arrastrado hacia otros canales, estos fueran los del arte. Su deriva hacia los placeres triviales y sin sentido, para los que era demasiado bueno, me resultaba muy dolorosa. Afortunadamente aún se sentía cercano a nosotros. Tenía gran consideración por Ed y su afecto por mí, aunque no era el mismo que en el pasado, era aún lo bastante cálido como para contrarrestar, al menos parcialmente, la influencia desintegradora de su nuevo entorno.

Aparecía a menudo por nuestra casa. En una ocasión me pidió que posara, esa vez para un boceto a tinta que le había prometido a Ed. Durante las sesiones pensé en nuestro pasado común, en nuestro afecto tan tierno, tal vez demasiado tierno como para sobrevivir al influjo que la personalidad de Ed ejercía sobre mí, probablemente también porque el amor de Fedya era demasiado complaciente para mi naturaleza agitada, que solo podía encontrar su expresión en el choque de voluntades, en la resistencia y en la superación de los obstáculos. Fedya aún me atraía, pero Ed me consumía

con un deseo intenso, Ed convertía mi sangre en fuego, su caricia me embriagaba y me exaltaba. El repentino cambio de su personalidad a una actitud descontenta e hipercrítica era demasiado mortificador como para soportarlo, pero mi orgullo no me permitía dar el primer paso para romper su silencio. Fedya me dijo que Ed había admirado mucho mi retrato y lo había elogiado como una obra de arte espléndida, que expresaba perfectamente mi ser. En mi presencia, sin embargo, Ed no había dicho una sola palabra sobre aquel boceto.

Pero una noche Ed rompió su cautela. «¡Te estás alejando de mí!», gritó nervioso. «me doy cuenta de que tengo que renunciar a mis esperanzas de disfrutar de una hermosa vida contigo. Has echado a perder un año en Viena, has adquirido una profesión solo para tirarla por la borda con esas reuniones idiotas. No te preocupa nada más: tu amor no ha pensado en mí o en mis necesidades. Tu interés en el movimiento, por el que estás dispuesta a destrozar nuestra vida, no es nada más que vanidad, nada más que el deseo del aplauso y de la gloria de las candilejas. Eres incapaz de un sentimiento profundo. Nunca has entendido ni apreciado el amor que te he dado. He esperado y esperado un cambio, pero veo que es inútil. No te compartiré con nadie ni con nada. ¡Tienes que elegir!» Caminaba por la habitación como un león enjaulado, girándose de tanto en tanto para clavarme los ojos. Todo lo que había acumulado durante semanas se desbordaba ahora en acusaciones y reproches.

Me quedé sentada, consternada. La familiar exigencia de siempre de que «eligiera» me retumbaba en los oídos. Ed, que había sido mi ideal, era como los demás. Quería que renunciara a mis intereses y al movimiento, que lo sacrificara todo por su amor. Most me había dado repetidamente el mismo ultimátum. Me quedé mirándolo incapaz de hablar o de moverme, mientras él seguía pateando la habitación en una furia incontrolada. Finalmente, cogió su abrigo y su sombrero y se marchó.

Durante horas me quedé sentada, como paralizada; después un timbrazo violento me hizo saltar. Era una llamada para un parto. Cogí el maletín que llevaba semanas preparado y salí con el hombre que había ido a buscarme.

En un piso de dos habitaciones de Houston Street, en la sexta planta de un edificio de alquiler, me encontré a tres niños durmiendo y a una mujer sufriendo dolores de parto. No había gas, solo una lámpara de keroseno, sobre la que tuve que hervir el agua. El hombre me miró inexpresivo cuando le pedí una sábana. Era viernes. Su mujer había hecho la colada el lunes y desde entonces la ropa de cama se había ensuciado, pero podía usar el mantel, acababan de ponerlo esa noche para el *sabbath*. «¿Hay preparados pañales o alguna otra cosa para el bebé?», pregunté. El hombre no lo sabía. La mujer señaló un paquete que consistía en unas cuantas camisas desgarradas, una venda y algunos trapos. Una pobreza increíble emanaba de cada esquina.

Con el mantel y un delantal de más que había llevado conmigo me dispuse a recibir al pequeño que estaba por llegar. Era mi primer caso privado y el recuerdo del exabrupto de Ed contribuía a mi nerviosismo, pero me blindé y trabajé con entrega. Al final de la mañana ayudé a traer una nueva vida a este mundo. Parte de mi propia vida había muerto la noche anterior.

Durante una semana, mi dolor por la ausencia de Ed se palió por el trabajo. El cuidado de algunos pacientes de las operaciones de doctor White, a los que asistí, me dejaron poco tiempo para pensar. Las veladas estaban ocupadas por reuniones en Newark, Paterson y otras ciudades cercanas, pero por la noche, sola en el piso, la escena con Ed me acosaba y torturaba. Yo sabía que yo a él le importaba, pero que pudiera dejarme así, mantenerse alejado tanto tiempo, sin dar señales de su paradero me dolía. Me era imposible reconciliarme con un amor que medraba únicamente a expensas del ser amado. Sentía que no podía someterme a ese sentimiento debilitador, pero, un segundo después, me descubría en el cuarto de Ed, con

mi cara ardiente sobre su almohada y mi corazón contraído por la nostalgia. Tras dos semanas mi anhelo dominó todas mis decisiones, le escribí a su lugar de trabajo y le supliqué que regresara.

Apareció enseguida. Me apretó contra su pecho, entre lágrimas y risas, y gritaba: «Eres más fuerte que yo; te he deseado cada momento, desde que cerré la puerta. Cada día quería volver, pero era demasiado cobarde. He pasado las noches merodeando alrededor de casa, como una sombra. Quería entrar y suplicarte que olvidaras y me perdonaras. Incluso fui a la estación cuando sabía que tenías que ir a Newark y Paterson. No podía soportar pensar en ti volviendo a casa entrada la noche, pero temía tu desprecio, temía que me echaras. Sí, eres más fuerte y más valiente que yo. Eres más natural. Las mujeres siempre lo son. El hombre es una criatura tan boba, tan civilizada. La mujer ha conservado sus impulsos primitivos y es más real».

Retomamos nuestra vida en común, pero yo empleaba menos tiempo en mis intereses públicos. En parte se debía a las numerosas peticiones de mis servicios profesionales, pero más a mi decisión de dedicarme a Ed. A medida que pasaban las semanas, sin embargo, la vocecita seguía susurrando que la ruptura final solo podría retrasarse. Me aferraba desesperadamente a Ed y a su amor para mantener a raya el final inminente.

Mi profesión de comadrona no era muy lucrativa, porque solo los más pobres entre los extranjeros recurrían a ese servicio. Los que habían ascendido en la escala del americanismo material perdían su timidez de nacimiento junto con otros muchos rasgos originales. Como las mujeres estadounidenses, ellas solo eran atendidas por doctores. Las comadronas ofrecían unas atenciones muy limitadas: en las emergencias estaban obligadas a pedir la ayuda de un médico. Diez dólares era la tarifa más alta; la mayoría de las mujeres no podían pagar ni siquiera eso, pero aunque mi trabajo no me daba la esperanza de la riqueza material, me proporcionaba un excelente campo de experiencia. Me puso en íntimo contacto con la gente misma por los que mis ideales luchaban para ayudar y emancipar. Me

enfrentó con las condiciones de vida de los obreros, de las cuales, hasta el momento, había escrito y hablado sobre todo desde la teoría. Sus entornos mugrientos, la inerte y tediosa sumisión a su suerte, me hicieron darme cuenta de la labor colosal que aún había que hacer para traer el cambio que nuestro movimiento luchaba por alcanzar.

Todavía me impresionaba más la fiera y ciega lucha de las mujeres de los pobres contra los frecuentes embarazos. La mayoría de ellas vivía en un continuo terror a la concepción; la gran masa de las mujeres casadas se entregaban sin protección, y cuando descubrían que estaban embarazadas su alarma y su preocupación se traducían en la determinación de librarse del fruto esperado. Eran sorprendentes los métodos fantásticos que puede inventar la desesperación: saltar de las mesas, rodar por el suelo, masajear el estómago, beber brebajes nauseabundos y usar instrumentos punzantes. Estos y otros métodos similares terminaban provocando muchos daños. Todo aquello era espeluznante, pero comprensible. Para quien tenía una gran prole, a menudo muchos más de los que podían mantenerse con el salario semanal del padre, cada bebé adicional era una maldición, «una maldición divina», como me decían repetidamente las mujeres judías ortodoxas y las católicas irlandesas. Los hombres solían mostrar mayor resignación, pero las mujeres maldecían al cielo por infligirles tal crueldad. Durante los dolores de parto algunas mujeres lanzaban barbaridades contra Dios y el hombre, especialmente contra su marido. «¡Sácalo de aquí», gritaba una de mis pacientes. «¡No dejes que esa bestia se acerque o lo mato!» La torturada criatura ya había tenido ocho hijos, de los cuales cuatro habían muerto en la primera infancia. Los que quedaban estaban enfermos y desnutridos, como la mayoría de los malnacidos, mal cuidados y no deseados niños que se arrastraban a mis pies mientras yo ayudaba a traer a otra pobre criatura a este mundo.

Tras esos partos volvía a casa enferma y revuelta, odiando a los hombres responsables de las penosas condiciones de sus mujeres e hijos, odiándome

sobre todo a mí misma porque no sabía cómo ayudarlas. Podía, por supuesto, practicar un aborto. Muchas mujeres me llamaban con ese fin, incluso se arrodillaban y me suplicaban ayuda, «por el bien de estas pobres criaturas que ya están aquí». Sabían que algunos médicos y matronas hacían esas cosas, pero el precio era más de lo que podían pagar. Yo era tan amable, ¿no podría hacer algo por ellas? Me pagarían a plazos semanales. Yo trataba de explicarles que no eran razones monetarias las que me detenían sino la preocupación por su vida y su salud. Les contaba el caso de una mujer que murió en una operación así, dejando a sus hijos huérfanos. pero preferían morir, me juraban: entonces el ayuntamiento se haría cargo de sus huérfanos y todos estarían mucho mejor.

Yo no podía decidirme a hacer la tan deseada operación. Me faltaba fe en mi habilidad y recordaba a mi profesor de Viena que a menudo nos había mostrado los terribles resultados del aborto. Él sostenía que incluso cuando tales prácticas tenían éxito minaban la salud de la paciente. No se trataba de ninguna consideración moral sobre la santidad de la vida: una vida no deseada y obligada a una pobreza abyecta no me parecía sagrada, pero mis intereses abrazaban la totalidad del problema social, no solamente un solo aspecto de este. Y no comprometería mi libertad por solo una parte de la lucha humana. Me negaba a practicar abortos y no conocía métodos para prevenir el embarazo.

Hablé con algunos médicos sobre el asunto. El doctor White, un hombre conservador, me dijo: «La culpa es solo de los pobres: se dejan llevar demasiado por sus instintos». El doctor Julius Hoffman pensaba que los niños eran las únicas alegrías que tenía el pobre. El doctor Solotaroff se refugiaba en la esperanza de grandes cambios en el futuro inmediato, cuando las mujeres se hicieran más inteligentes e independientes. «Cuando usen más su cerebro», me decía, «sus órganos procreadores funcionarán menos». Los argumentos de Solotaroff me parecían más convincentes, pero no más consoladores ni útiles en la práctica. Ahora que había aprendido que

las mujeres y los niños soportaban las cargas más pesadas de nuestro implacable sistema económico, veía que era una burla pedirles que esperaran la llegada de la revolución social para enderezar esa injusticia. Buscaba alguna solución inmediata para su purgatorio, pero no podía encontrar nada que sirviera.

A pesar de parecer apacible, mi vida familiar era cualquier cosa menos armoniosa. Ed parecía tranquilo y contento otra vez, pero yo me sentía agarrotada y nerviosa. Si acudía a una reunión y me retenían más de lo que esperaba, me sentía mal y volvía a casa preocupada. A menudo rechazaba invitaciones para conferencias porque sentía la desaprobación de Ed. Cuando no podía negarme, trabajaba durante semanas en mi tema con mis pensamientos mariposeando en torno a Ed más que en la cuestión que se tratara. Me preguntaba qué le parecería este punto o ese argumento, si estaría de acuerdo, pero nunca me decidía a darle a leer mis notas y, si acudía al mitin, me sentía cohibida porque sabía que él no tenía fe en mi labor. Servía para debilitar mi fe en mí misma. Desarrollé extraños ataques nerviosos. Sin previo aviso, me desplomaba como si me hubieran dado un fuerte golpe. No perdía la conciencia, podía ver y entender lo que ocurría a mi alrededor, pero no podía pronunciar una palabra. Mi pecho se agitaba, mi garganta se oprimía. Me dolían tanto las piernas que creía que estuvieran desgarrándomelas. Eso duraba entre diez minutos y una hora y me dejaba completamente exhausta. Solotaroff, incapaz de diagnosticar el problema, me remitió a un especialista, que no resultó más sabio. El examen del doctor White tampoco arrojó resultados. Algunos médicos dijeron que era histeria, otros que era un útero invertido. Yo sabía que esa última era la causa real, pero no consentía una operación. Cada vez más me convencía de que en mi vida no disfrutaría de la armonía en el amor durante mucho tiempo, que la batalla y no la paz serían mi destino. En esa vida no había sitio para un niño.

Desde distintos lugares del país me llegaban peticiones para una serie de conferencias. Yo tenía muchas ganas de ir, pero me faltaba valor para planteárselo a Ed. Sabía que no consentiría y que su negativa nos acercaría aún más a una separación violenta. Mis médicos me habían recomendado efusivamente un descanso y un cambio de aires y ahora Ed me sorprendía insistiendo en que no debía salir de gira. «Tu salud es más importante que cualquier otra razón», decía. «Pero primero tienes que sacar de tu cabeza la idea idiota de que tienes que ganarte la vida». Él ya ganaba lo suficiente para los dos y le haría muy feliz que dejara el trabajo de enfermera y dejara de perder mi salud ayudando a traer a desventurados mocosos a este mundo. Él recibía con los brazos abiertos la oportunidad de cuidarme, de permitirme tiempo libre y recuperación. Más tarde, me dijo, estaría en condiciones de salir de gira. Se daba cuenta de cuánto me apetecía y sabía el esfuerzo que para mí suponía jugar a la mujer devota. Disfrutaba del hogar que yo había embellecido para él, prosiguió, pero era capaz de ver que a mí no me satisfacía. Estaba seguro de que un cambio me vendría bien, me devolvería mi viejo espíritu y me acercaría a él.

Las semanas que siguieron fueron felices y pacíficas. Pasamos mucho tiempo juntos, hicimos excursiones frecuentes al campo, fuimos a conciertos y a la ópera. Volvimos a leer juntos y Ed me ayudó a entender a Racine, Corneille, Molière. Solo le gustaban los clásicos; Zola y sus contemporáneos le resultaban repelentes, pero cuando yo me quedaba sola por el día, disfrutaba de la literatura más moderna mientras preparaba una serie de conferencias para la próxima gira.

En mitad de mis preparativos, llegaron las noticias de las torturas en la cárcel española de Montjuïc. Trescientos hombres y mujeres, en su mayoría sindicalistas y unos pocos anarquistas, habían sido arrestados en 1896 como consecuencia de la explosión de una bomba en Barcelona durante una procesión religiosa. El mundo entero estaba horrorizado por la resurrección de la Inquisición, con presos que pasaban días sin comida ni agua, azotados

y quemados con hierros candentes. A uno incluso le cortaron la lengua. Estos métodos endemoniados se empleaban para forzar confesiones de los desgraciados. Varios enloquecieron y en su delirio implicaron a sus camaradas inocentes, que inmediatamente fueron condenados a muerte. La persona responsable de esos horrores era el jefe de gobierno de España, Cánovas del Castillo. Los periódicos europeos de tendencia liberal, como el *Frankfurter Zeitung* y el *Intransigéant* de París, azuzaban los sentimientos de su público contra esa inquisición del siglo XIX. Los miembros progresistas de la cámara de los comunes, parlamento alemán y asamblea nacional francesa reclamaban que se actuara para detener la mano de Cánovas. Solo Estados Unidos permanecía inmutable. Con la excepción de la prensa radical, los periódicos se aliaban en una conspiración de silencio. Junto con mis amigos, sentía con fuerza la necesidad de romper esa barrera. Nos reunimos Ed, Justus, John Edelman y Harry Kelly, que había llegado de Boston, y decidimos, con la cooperación de los anarquistas españoles e italianos, comenzar nuestra campaña con un gran acto público. Al mismo tiempo, le seguiría una manifestación frente al consulado español en Nueva York. En cuanto nuestras maniobras se hicieron públicas, la prensa reaccionaria empezó a presionar a las autoridades para que detuvieran a Emma la Roja, un apelativo que me habían pegado desde aquel mitin en Union Square. La noche de nuestro encuentro, la policía apareció desplegando toda su fuerza, ocupando incluso el estrado, de tal forma que los oradores apenas podían hacer un gesto sin tocar a un policía. Cuando llegó mi turno, expuse un informe detallado de los métodos que se estaban empleando en Montjuïc y exigí que se protestara contra los horrores cometidos en España.

Las emociones del público, ya soliviantadas, alcanzaron el paroxismo y sonó un aplauso ensordecedor. Antes de que remitiera del todo, una voz desde el gallinero gritó: «Señorita Goldman, ¿no cree que alguien de la embajada española de Washington o de la delegación de Nueva York

debería ser asesinado en venganza por las condiciones que acaba de describir?». Intuí que mi interrogador debía ser un detective dispuesto a tenderme una trampa. La policía tras de mí se movió como si se preparara a echarme el guante. El público esperaba en silencio. Hice una pausa y después respondí calmada y deliberadamente: «No, no creo que ninguno de los representantes españoles en Estados Unidos sea lo bastante importante como para ser asesinado. Pero si yo estuviera hoy en España, mataría a Cánovas del Castillo».

Unas semanas más tarde, llegaron noticias de que un anarquista llamado Angiolillo había disparado y asesinado a Cánovas del Castillo. Inmediatamente, los periódicos de Nueva York iniciaron una auténtica caza de los líderes anarquistas para obtener su opinión del hombre y de su acción. Los reporteros me acosaban día y noche pidiéndome entrevistas. ¿Conocía yo a aquel hombre? ¿Había mantenido correspondencia con él? ¿Le había sugerido matar a Cánovas? No pude sino decepcionarlos. No conocía a Angiolillo y nunca me había carteado con él. Solo sabía que él había actuado mientras que el resto de nosotros nos limitábamos a comentar tan terribles crueldades.

Supimos que Angiolillo había vivido en Londres y que nuestros amigos lo consideraban un joven sensible, un apasionado estudiante, amante de la música y de la literatura, entusiasta de la poesía. Las torturas de Montjuïc lo obsesionaban y había decidido matar a Cánovas. Se fue a España, esperando encontrar al jefe de gobierno en el Parlamento, pero se enteró allí de que Cánovas estaba recuperándose de sus «labores de Estado» en Santa Águeda, un lugar de veraneo muy en boga. Angiolillo viajó hasta allí. Se encontró con Cánovas casi inmediatamente, pero el hombre iba acompañado de su mujer y sus dos hijos. «Podría haberlo matado en ese momento», dijo Angiolillo ante el tribunal—, «pero no quería arriesgar las vidas inocentes de la mujer y los niños. Yo buscaba a Cánovas, solo él era el responsable de los crímenes de Montjuïc». Visitó entonces la villa de

Castillo, presentándose como el representante de un periódico conservador italiano. Cuando se encontró cara a cara con el jefe de gobierno, le disparó. La señora Cánovas entró en ese momento y golpeó a Angiolillo en la cara. «No quería matar a tu marido», se disculpó Angiolillo. «Mi objetivo era el responsable oficial de las torturas de Montjuïc».

El atentado de Angiolillo y su horrorosa muerte me hicieron recordar vívidamente el mes de julio de 1892. El calvario de Sasha duraba ya cinco años. ¡Qué cerca había estado yo de compartir un destino así! La falta de unos miserables cincuenta dólares me había impedido acompañar a Sasha a Pittsburgh. ¿Cómo se podría calcular el trabajo espiritual y el sufrimiento que implicaba esa experiencia? Aun así era un precio justo por la lección que yo había aprendido de la acción de Sasha. Desde entonces había dejado de considerar las acciones políticas, como lo hacían otros revolucionarios, desde un punto de vista meramente utilitario o propagandístico. Las fuerzas internas que empujan a un idealista a cometer actos de violencia, a menudo implicando la destrucción de su propia vida, habían llegado a significar mucho más para mí. Ahora estaba segura de que, tras cada acto político de esa naturaleza, se encontraba una personalidad hondamente sensible y un buen corazón. Esos seres no pueden seguir tranquilamente con su vida cuando contemplan la enorme miseria e injusticia humana. Sus reacciones ante la crueldad y la injusticia del mundo deben expresarse inevitablemente en algún acto violento, en la entrega suprema de su alma torturada.

Yo ya había hablado en Providence varias veces sin el menor problema. Rhode Island era uno de los pocos estados que conservaban el arraigado respeto por la absoluta libertad de expresión. Dos de nuestras reuniones al aire libre, a las que asistieron miles de personas, salieron bien, pero la policía había decidido suprimir nuestro último mitin. Al llegar con algunos amigos a la plaza donde iba a tener lugar la asamblea, encontramos a un miembro del Partido de los Trabajadores hablando y, como no quisimos interrumpirle, pusimos nuestra caja un poco más lejos. Mi buen camarada

John H. Cook, un obrero muy activo, abrió la sesión y yo empecé a hablar. Justo en ese momento, un policía corrió hacia nosotros gritando: «¡Parad esa cháchara! ¡Para ahora mismo o te tiro de la tarima!» Yo seguí hablando. Alguien gritó: «¡No hagas caso al matón! ¡Sigue hablando!». El policía llegó, resoplando. Cuando recuperó el aliento, rugió: «¿Es que estás sorda? ¿No te he dicho que pares? ¿Qué pretendes desobedeciendo a la ley?». «¿Tú eres la ley?», repliqué. «Creía que tu deber era hacer cumplir la ley, no infringirla. ¿No sabes que las leyes de este estado me conceden el derecho a la libre expresión?» «Y un carajo te conceden», contestó. «Yo soy la ley». El público empezó a patear y silbar. El policía empezó a tirar de mí para hacerme bajar del estrado improvisado. La multitud se volvió amenazadora y empezó a rodearlo. Él tocó el silbato. Un coche patrulla se precipitó dentro de la plaza y varios policías se abrieron paso entre la multitud agitando sus porras. El policía, todavía agarrándome, gritó: «¡Echad atrás a estos anarquistas para que pueda llevarme a esta mujer. Está detenida!». Me llevaron hasta el coche patrulla y literalmente me arrojaron dentro.

En la comisaría exigí saber con qué derecho habían intervenido. «Porque tú eres Emma Goldman», —contestó el sargento de guardia. «Los anarquistas no tienen derechos en esta comunidad, ¿sabes?» Ordenó que me encerraran allí esa noche.

Era la primera vez desde 1893 que me arrestaban, pero, como constantemente esperaba caer en las garras de la ley, tenía como costumbre llevar un libro conmigo cuando iba a un mitin. Me arremangué las faldas, trepé al tablón que hacía las veces de cama en mi celda, me apreté contra los barrotes de la puerta, por donde entraba un rayito de luz, y me puse a leer. Al momento fui consciente de alguien que gemía en la celda adyacente. «¿Qué ocurre?», pregunté en un susurro: «¿Estás enferma?» Una voz de mujer me contestó entre sollozos: «¡Mis niños, mis niños sin madre! ¿Quién cuidará de ellos ahora? Mi marido enfermo, ¿qué será de él?». Su llanto se hizo más fuerte. «¡Eh, tú, puta borracha, deja de graznar!», gritó la

celadora desde algún sitio. El llanto cesó y yo podía oír a la mujer dando vueltas por la celda como un animal enjaulado. Cuando se calmó un poco, le pedí que me contara sus problemas, quizás podría ayudarla. Me enteré de que era la madre de seis niños, el mayor de catorce años, el bebé solo de un año. Su marido había estado enfermo durante diez meses, incapaz de trabajar, y ella, en su desesperación, había cogido una barra de pan y una lata de leche de la tienda de comestibles en la que había trabajado en una ocasión. La pillaron in fraganti y la entregaron a la policía. Ella suplicó que la dejaran libre esa noche para no asustar a su familia, pero el policía insistió en que fuera con él, sin ni tan siquiera darle la oportunidad de mandar un mensaje a casa. La celadora le dijo que podía pedir algo de comida si podía pagarla. La mujer no había comido en todo el día, estaba desfallecida de hambre y enferma de ansiedad, pero no tenía dinero.

Llamé a la celadora y le pedí que fuera a por mi cena. En menos de quince minutos volvió con una bandeja de huevos con jamón, pan, mantequilla y una enorme jarra de café. Le había dado un billete de dos dólares y me devolvió quince centavos. «Tenéis unos precios fantásticos aquí», le dije. «Claro, niña, ¿te creías que esto es una institución de benefencia?» Viendo que estaba de buen humor le pedí que le pasara parte de la comida a mi vecina. Lo hizo, pero no sin comentar: «Eres una completa boba malgastando una comida así en una vulgar ladronzuela».

A la mañana siguiente, me llevaron, junto con mi vecina y otras desgraciadas, ante el magistrado. Me impusieron una fianza y, como no pudimos reunir inmediatamente la cantidad, me devolvieron a la comisaría. A la una de la tarde me llamaron de nuevo, esta vez para ver al alcalde. Ese individuo, tan hinchado y obeso como el policía, me informó de que si prometía bajo juramento no volver nunca a Providence me dejaría marchar. «Muy amable de su parte, alcalde», respondí. «Pero dado que que no tiene nada contra mí, su oferta no es tan generosa como parece, ¿verdad?» Le dije que no podía prometerle nada, pero que igual le aliviaba saber que estaba a

punto en emprender una gira de conferencias por California. «Me ocupará tres meses o más, no lo sé, pero yo sé que su ciudad no puede estar sin mí mucho más tiempo que eso, así que estoy decidida a volver». El alcalde y sus lacayos rugieron y me soltaron.

A mi llegada a Boston, me escandalizó un reportaje en los periódicos locales sobre Hazleton, Pennsylvania, donde veintiún huelguistas habían muerto acribillados. Los hombres eran mineros de camino a Latimer, una localidad del mismo estado, adonde se dirigían para animar a los obreros a unirse a la huelga. El sheriff los había detenido en la carretera y no les permitía seguir. Les ordenó volver a Hazleton y, cuando se negaron, él y su patrulla abrieron fuego.

Los periódicos afirmaban que el sheriff había actuado en defensa propia, por haber sido amenazado, pero no había una sola baja entre la patrulla mientras que ellos habían abatido a veintiún obreros y herido a otros tantos. A leer el reportaje, era evidente que los hombres habían salido a la carretera con las manos vacías, sin ninguna intención de oponer resistencia. Por todas partes se masacraba a los obreros, en todas partes la misma carnicería. Montjuïc, Chicago, Pittsburgh, Hazleton, siempre unos pocos que ultrajaban y aplastaban a las mayorías. Las masas eran millones y, sin embargo, ¡qué débiles! Era absolutamente necesario despertarlas de su sopor, hacerlas conscientes de su poder. Pronto, me decía yo, sería capaz de llegar a ellas por todo Estados Unidos. Con una lengua de fuego las elevaría hasta que contemplaran su dependencia y su indignidad. Tenía visiones encendidas de mi primera gran gira y de las oportunidades que me ofrecería de predicar por la Causa, pero enseguida mi ensoñación se veía perturbada por el recuerdo de Ed. Nuestra vida en común, ¿en qué se convertiría? ¿Por qué no podía ir de la mano con mi trabajo? Mi entrega a la humanidad solo aumentaría mis propias necesidades, me haría querer y desear aún más a Ed. Él tendría que entenderlo, él mismo había sugerido que me marchara

durante un tiempo. La imagen de Ed me llenaba de entusiasmo, pero mi corazón latía con temor.

Había estado separada de Ed solo dos semanas, pero mi anhelo de él era mayor de lo que había sido a mi vuelta de Europa. Apenas pude contenerme hasta que el tren se detuvo en Grand Central Station, donde nos encontramos. En casa todo parecía nuevo, más hermoso y atrayente. Las palabras de cariño de Ed sonaban como música en mis oídos. Protegida y resguardada de la lucha y el conflicto exterior, me abracé a él y me recreé en la luz de nuestro hogar. A esto siguió un mes de abandono y goce, pero mi sueño pronto iba a sufrir un doloroso despertar.

Nietzsche fue la causa. Desde mi regreso de Viena, había tenido la esperanza de que Ed leyera mis libros. Le había pedido que lo hiciera y él me había prometido que lo haría cuando tuviera más tiempo. Me entristecía encontrar a Ed tan indiferente a las nuevas fuerzas literarias del mundo. Una tarde estábamos reunidos en el local de Justus para una fiesta de despedida. James Huneker estaba allí y también un joven amigo nuestro, P. Yelineck, un pintor de talento. Empezaron a discutir sobre Nietzsche. Yo intervine, expresando mi entusiasmo por el gran poeta filósofo y abundando en la impresión que su obra me había producido. Huneker estaba sorprendido. «No sabía que te interesara nada fuera de la propaganda», señaló. «Eso es porque no sabes nada del anarquismo», les contesté, «o entenderías que abraza cualquier fase de la vida y cualquier esfuerzo que mine los valores viejos y anticuados.» Yelineck afirmó que él era anarquista porque era un artista: toda la gente creativa debería ser anarquista, sostenía, porque necesitan amplitud y libertad para expresarse. Huneker insistió en que el arte no tenía nada que ver con ningún ismo. «Nietzsche mismo es la prueba de ello», argumentó; «es un aristócrata, su ideal es el superhombre porque no tiene simpatía ni fe en el rebaño vulgar». Yo señalé que Nietzsche no era un teórico social sino un poeta, un rebelde y un innovador. Su aristocracia

no era ni de cuna ni de bolsillo, era el espíritu. En ese sentido, Nietzsche era un anarquista y todos los verdaderos anarquistas son aristócratas, dije.

Entonces habló Ed. Su voz sonaba fría y contenida y yo sentía la tempestad oculta tras ella. «Nietzsche es un idiota», dijo, «un hombre con una mente enferma. Estaba condenado desde su nacimiento a la idiocia que finalmente le sobrevino. Habrá caído en el olvido en menos de una década, como ocurrirá con todos los demás seudo modernos. Son contorsionistas en comparación con los autores verdaderamente grandes del pasado».

«Pero tú no has leído a Nietzsche», objeté vehementemente, «¿cómo puedes hablar de él?» «Oh, sí, lo he leído», replicó. «Leí hace tiempo todos esos estúpidos libros que trajiste del extranjero». Yo estaba anonadada. Huneker y Yelineck siguieron hablando con Ed, pero mi herida era demasiado grande como para continuar la discusión.

Él sabía que yo quería compartir mis libros con él. Que esperaba que él reconociera su valor y su significado. ¿Cómo podía mantenerme en suspenso, cómo podía haberse quedado callado después de haberlos leído? Por supuesto, tenía derecho a tener su propia opinión. No era el que no estuviera de acuerdo conmigo lo que me había dolido como una puñalada sino su desprecio y su burla de cosas que habían llegado a significar mucho para mí. Huneker, Yelineck, en cierta medida extraños, acogían mis juicios sobre el nuevo espíritu, mientras que mi amante me hacía parecer estúpida, infantil, incapaz de juicio. Quise escapar del local de Justus, estar sola, pero me contuve. No podía soportar un conflicto abierto con Ed.

Más tarde, aquella noche, cuando regresamos a casa, me dijo: «No echemos a perder nuestros hermosos tres meses, Nietzsche no lo merece». Me sentí muy herida. «No es Nietzsche, eres tú... ¡Tú!», grité con nerviosismo. «Bajo el pretexto de un gran amor has hecho todo lo posible para encadenarme a ti, para robarme lo que para mí es más preciado que la vida. No te basta con atar mi cuerpo, quieres también domar mi espíritu. Primero el movimiento y mis amigos, ahora los libros que adoro. Quieres

apartarme de ellos. Estás enraizado en lo viejo. Muy bien, sigue allí, pero no me creas que me vas a retener. No vas a cortarme las alas, no me vas a impedir volar. Me liberaré aunque eso signifique arrancarte de mi corazón».

Se quedó apoyado en la puerta de su cuarto, con los ojos cerrados, sin dar señales de haber oído una palabra de lo que yo había dicho, pero ya me daba igual. Entré en mi cuarto, con el corazón frío y vacío.

Los últimos días fueron tranquilos en la superficie, incluso amistosos. Ed me ayudó a preparar las cosas del viaje. En la estación me abrazó. Sabía que él quería decir algo, pero se quedó callado. Yo tampoco podía hablar.

Cuando el tren empezó a moverse y la figura de Ed se iba quedando atrás, me di cuenta de que nuestra vida ya no volvería a ser la misma. Mi amor había recibido un choque demasiado violento. Ahora era como una campana agrietada, nunca volvería a tocar la misma canción, clara y alegre.

16

Desde mi arrestro de 1893, había visitado muchas veces la ciudad, siempre para hablar ante un público judío. En esa ocasión me invitaron a dar una conferencia en inglés ante varias organizaciones estadounidenses. Mientras estuve en la Ciudad del Amor Fraterno, me quedé en casa de la señorita Perle McLeod, la presidenta de The Ladies' Liberal League. Yo habría preferido la cálida hospitalidad de mi vieja amiga Natasha Notkin, con quien me sentía como en casa, en el ambiente amigable de mis camaradas rusos, pero me habían sugerido que el apartamento de la señorita McLeod sería más accesible para los estadounidenses que quisieran visitarme.

A los mítines fue gente, pero, aún dolida a causa de la desagradable escena con Ed, yo no me sentía a la altura de la situación y a mis conferencias les faltaba inspiración. Aun así no fue una visita perdida. Puse un pie en ese mundo e hice unos cuantos amigos, entre ellos una mujer muy interesante, Susan Patten. Yo sabía por Sasha que era una de sus fieles corresponsales estadounidenses. Me gustó por eso y por su mente abierta.

En Washington hablé en una sociedad librepensadora alemana. Tras la conferencia, me reuní con un grupo de *Reitzel Freunde*, como se denominaban a sí mismos los lectores de *Der arme Teufel*. La mayoría parecían carniceros, más que idealistas. Un hombre que presumía de estar contratado por el gobierno de Estados Unidos hablaba mucho de la belleza

en el arte y las letras, pero no para la masa ignorante, por supuesto, sino para unos pocos escogidos. No tenía paciencia con el anarquismo porque «quería hacernos a todos iguales». «¿Cómo podría un peón de albañil, por ejemplo, reclamar los mismos derechos que yo, un hombre culto?», me preguntó. No concebía que yo creyera realmente en una igualdad así o que otros anarquistas así lo creyeran. Estaba seguro de que lo usábamos únicamente como cebo. No nos culpaba en absoluto: «la chusma tenía que pagar».

«¿Cuánto tiempo llevas leyendo *Der arme Teufel*?», le pregunté. «Desde su primer número», me contestó con orgullo. «Y, ¿esto es todo lo que sacas de ella? Pues solo puedo decir que mi amigo Robert ha estado arrojando perlas a los cerdos». El hombre se puso en pie de un salto y salió enfadado de la habitación entre las carcajadas del resto de la concurrencia.

Otro amigo de Reitzel se presentó como un cervecero de Cincinnati. Se acercó a mí y empezó a hablar de sexo. Había oído que yo era la «gran defensora del amor libre» en Estados Unidos. Estaba encantado de descubrir que no solo era muy lista, como acababa de demostrar, sino también joven y encantadora, para nada la rígida marisabidilla que se había imaginado. Él también creía en el amor libre, aunque opinaba que la mayoría de los hombres y mujeres no estaban maduros para ello, especialmente las mujeres, que siempre buscaban atrapar al hombre, pero «Emma Goldman es otra historia». Sus modales obscenos y autosuficientes me daban náuseas. Le di la espalda y me fui a mi habitación. Muy cansada, me quedé dormida casi inmediatamente. Me despertaron unos golpes persistentes en la puerta. «¿Quién es?», pregunté. «Un amigo», fue la respuesta. «¿No me abres?» Era la voz del cervecero de Cincinnati. Saltando de la cama le grité lo más fuerte que pude: «¡Si no te vas inmediatamente despierto a toda la casa!». «¡Por favor, por favor!», suplicó a través de la puerta, «no montes una escena. Soy un hombre casado, con

hijos mayores. Pensaba que creías en el amor libre». Después oí cómo se alejaba corriendo.

Para qué sirven los ideales elevados, pensaba yo. El funcionario que se atreve a situarse sobre el peón; el respetable pilar de la sociedad para quien el amor libre es solo un pretexto para los amoríos clandestinos, ambos lectores de *Reitzel*, el brillante y rebelde idealista. Sus mentes y corazones seguían tan estériles como el Sahara. El mundo debía de estar lleno de gente así, ese era el mundo que yo me había propuesto despertar. Me sobrevino una sensación de futilidad y de lúgubre aislamiento.

En el camino entre Washington y Pittsburgh llovió sin cesar. Yo estaba helada hasta los huesos y agobiada por el recuerdo de Homestead y de Sasha. Mis visitas a la Ciudad del Acero siempre dejaban un enorme peso en mi corazón. La vista de las chimeneas escupiendo el fuego de los enormes hornos abrasaba mi alma.

El que Carl Nold y Henry Bauer estuvieran en la estación para recibirme me animó un poco. Mis dos camaradas habían sido liberados de la Penitenciaría del Oeste en mayo de ese año (1897). Yo no conocía a Bauer en persona, pero Carl me retrotrajo a los días de nuestro primer encuentro, en noviembre de 1892. La amistad que entonces había comenzado se fortaleció mediante nuestra correspondencia mientras Carl estuvo en la cárcel. Nuestra reunión cimentaría el vínculo que nos unía. Fue estupendo volver a ver esa querida y animada cara. La cárcel lo había vuelto más reflexivo, pero no había ahogado su alegría de vivir. Bauer, alto y alegre, se cernía sobre nosotros como un gigante. «El elefante y su familia», señaló, caminando entre nosotros, mientras que Carl y yo tratábamos sin éxito de seguir el paso de sus enorme piernas.

En mis anteriores visitas a Pittsburgh siempre me había quedado en casa de mi buen amigo Harry Gordon y su familia. Harry era uno de nuestros mejores activistas, un amigo fiel y entusiasta. La señora Gordon, una mujer sencilla y cariñosa, me tenía mucho afecto. Siempre se esforzaba en hacer

mi estancia en su hogar todo lo agradable y cómoda que le permitía el pequeño salario de su marido. Me gustaba estar con los Gordon y les pedí a mis acompañantes que me llevaran allí, pero ellos querían primero celebrar mi llegada.

En Pittsburgh no iba a haber conferencias. Carl y Henry habían comenzado un nuevo movimiento para la liberación de Sasha, una apelación a la Junta de Indultos que respaldarían exclusivamente los elementos obreros. A mí no me quedaba fe en esos pasos, pero no quería comunicar mi pesimismo a los amigos. Ambos estaban muy animados. Habían planeado una pequeña cena en un restaurante cercano, en un reservado solo para nosotros donde no nos molestarían. Bebimos nuestra primera copa de pie, en silencio. Era por Sasha. Su espíritu planeaba sobre nosotros y nos volvía más cercanos en nuestros objetivos y trabajo común. Entonces Carl y Henry me relataron sus experiencias en la cárcel y los años que habían pasado bajo el mismo techo que Sasha. Y me trajeron un mensaje para mí que temían confiar al correo: Sasha estaba planeando una huida.

Su plan era maestro, casi me quedé sin respiración, pero yo pensaba: incluso si conseguía salir de la cárcel, ¿dónde iría? En Estados Unidos tendría que seguir en la clandestinidad el resto de sus días. Sería un hombre perseguido y al final lo atraparían. En Rusia sería distinto. Se habían producido fugas similares en Rusia, pero allí prevalecía el espíritu revolucionario y el preso político era, a los ojos de los obreros y campesinos, un desafortunado perseguido; de manera que podía contar con su simpatía y ayuda. En Estados Unidos, por el contrario, nueve décimas partes de los mismos obreros se unirían inmediatamente a la caza de Sasha. Nold y Bauer estaban de acuerdo conmigo, pero me pidieron que no le trasmitiera mis miedos a Sasha. Había llegado al límite de su resistencia: su vista fallaba, su salud se quebraba y de nuevo había estado dando vueltas a la idea del suicidio. La esperanza de escaparse y la elaboración de su plan

reavivaban su espíritu combativo. No debíamos desanimarlo, pero tal vez podríamos convencerlo para que esperara hasta que se hubieran agotado todos los medios legales para su liberación.

Estábamos tan absorbidos en nuestra charla que perdimos toda noción del tiempo. Con sorpresa descubrimos que era ya muy pasada la medianoche. Mis compañeros pensaron que era demasiado tarde como para ir a casa de los Gordon y sugirieron acompañarme a un pequeño hotel que regentaba un lector de *Der arme Teufel*. Por el camino les relaté mis experiencias con los *Reitzel Freunde* de Washington, pero me aseguraron que el hombre del hotel de Pittsburgh era diferente. Resultó ser un hombre muy amable. «Por supuesto que hay una habitación en mi hotel para Emma Goldman», dijo jubiloso. Nos disponíamos a subir las escaleras cuando la voz histérica de una mujer tronó en nuestros oídos. «¡Una habitación para Emma Goldman!», gritaba. «¡Este es un hotel familiar respetable, no hay sitio para una criatura desvergonzada, la amante de un convicto!» «Salgamos de aquí», les pedí a mis amigos. Antes de que pudiéramos movernos, el calzonazos del marido golpeó con el puño el mostrador preguntando quién era el jefe. «¡Dímelo, Jantipa!», gritó. «¿Soy yo o no soy yo el amo de esta casa?» La mujer lanzó una mirada tremenda en mi dirección y salió de la habitación dando un portazo. El amo volvió a su ser tranquilo y amable. No podía dejarme en la calle con ese tiempo horrible, protestó, al menos debía quedarme a pasar la noche, pero ya había visto bastante y nos fuimos.

«¿Por qué no vienes a mi cubil?», sugirió Carl. Junto con su mujer y su hijo pequeño ocupaba una habitación y una cocina y estaría encantado de compartirlo conmigo. El querido y generoso Carl no sabía el temor que me producía ir a casa de la gente sin haber sido invitada, pero estaba muy cansada y débil y no quería herir a Carl. «Iré a donde tú me lleves, Carolus, incluso al infierno», le dije. «Pero vamos rápido».

Finalmente llegamos a la casa de Nold, en Allegheny. Bauer se había ido ya a su casa. Abrimos la puerta de una habitación tenuemente iluminada.

Una mujer joven y rolliza, algo desaliñada, nos recibió allí y Carl me presentó. Tuve la sensación de que le molestaba mi intrusión. El lugar era pequeño, tenía solo una cama en la que estaba dormido el niño. Miré interrogativamente a Carl. «Está bien, Emma», dijo. «Nellie y yo dormiremos en el suelo y tú compartirás la cama con el niño». Yo dudaba, tenía ganas de marcharme, pero llovía a cántaros. Me volví hacia la mujer para disculparme por las incomodidades que le causaba, pero no miraba y, en silencio, se metió en la cocina, cerrando la puerta. Medio vestida me tumbé en la cama junto al chiquillo e inmediatamente me quedé dormida. Me despertó alguien gritando: «¡Me está matando! ¡Ayuda! ¡Policía!». La habitación estaba oscura como el carbón. Salté aterrorizada sin darme cuenta al principio de lo que ocurría. Tanteando, encontré una mesa y unas cerillas. Cuando encendí una vi dos cuerpos rodando por el suelo, peleando. La mujer tenía a Carl aprisionado con sus rodillas y trataba de alcanzar su garganta, al mismo tiempo que gritaba que viniera la policía. Carl sacudía las manos y hacía intentos frenéticos para liberarse. Nunca había visto nada tan desagradable. Separé a la mujer de Carl, pillé mis cosas y salí a la calle antes de que ninguno de los dos fuera consciente siquiera de la escena. Mi mente era un torbellino. Corrí bajo la lluvia torrencial hasta casa de Henry, lo saqué de la cama y le conté lo que había ocurrido. Él me acompañó inmediatamente en busca de un hotel. Carl había salido corriendo detrás de mí y los tres caminamos bajo el chaparrón hasta Pittsburgh, porque los hoteles en Allegheny estaban ya cerrados a esas horas. Pateamos un montón de establecimientos, pero se nos negó la entrada en todos, sin duda porque yo tenía un aspecto empapado y poco respetable, sin la maleta, que había dejado en casa de Carl. Era casi madrugada cuando encontramos un pequeño hotel que me admitió.-

Con las rodillas temblorosas y los dientes castañeteando, me arrastré a la cama y me eché las mantas sobre la cabeza para ocultar la fealdad de la vida, pero en vano busqué el olvido en el sueño. Sombras oscuras parecían

envolverme desde cada ángulo. Los muros siniestros de la penitenciaría que encerraban a Sasha, sus años de sufrimiento, mis propios días en prisión, la horrible experiencia de hacía una hora, todo se mezclaba en una burla fantástica y mordaz de oscuridad y desesperación. Aún así, en algún lugar en la distancia, temblaba un débil pábulo de luz. Lo conocía, lo reconocía; aquella luz emanaba de Ed. El pensamiento de nuestro amor, de nuestro hogar, agujereaba la melancolía en un instante. Estiré hacia él mis manos temblorosas, pero solo se encontraron con el espacio vacío, vacío y frío como mi propio corazón.

Tres días más tarde, llegué a Detroit. El atractivo de aquella ciudad siempre había sido para mí Robert Reitzel. Su ingenio y su pluma sin par me habían fascinado desde el momento en que empecé a leer su periódico. Su valerosa defensa de los mártires de Chicago y su audaz esfuerzo por salvar sus vidas lo habían grabado en mi mente como un rebelde y un luchador infatigable. La visión que de él tenía se había reforzado por su postura a favor de Sasha. Mientras que Most, que conocía a Sasha y su ardor revolucionario, lo había calumniado y había despreciado su acción, Reitzel había glorificado al hombre y su *Attentat*. Su artículo «*Im Hochsommer fiel ein Schuss*» (En pleno verano resonó un disparo) era un tributo exaltado y conmovedor a nuestro bravo muchacho. Aquello me acercó mucho a Reitzel y me hizo desear conocerlo en persona.

Habían pasado casi cinco años desde que había visto por primera vez al editor *Der arme Teufel*, cuando estaba de visita en Nueva York. En aquellos momentos me venía a la mente vívidamente el recuerdo de esa experiencia. Fue una tarde a última hora. Yo estaba sentada aún ante mi máquina de coser cuando oí golpes violentos en la persiana de mi ventana. «¡Paso a los caballeros errantes!», tronaba la voz de bajo de Justus. Junto a él vi a un hombre casi tan alto y ancho de hombros como él, en quien reconocí enseguida a Robert Reitzel. Antes de que pudiera saludarlo, empezó a

regañarme juguetonamente. «¡Menuda anarquista estás hecha!», bramaba. «Predicas la necesidad del ocio y trabajas más horas que una esclava de galeras. Hemos venido a romper tus cadenas y te llevaremos con nosotros aunque tengamos que usar la fuerza. ¡Adelante! ¡Chiquilla, prepárate! Baja aquí tú, puesto que no pareces ansiosa de invitarnos a tu virginal cámara». Mis visitantes inesperados estaban bajo la luz de la farola. Reitzel no llevaba sombrero. Un mechón de pelo rubio, ya considerablemente agrisado, caía en desorden sobre su amplia frente. Parecía grande y fuerte, más juvenil y vital que Justus. Se aferraba al alféizar con las dos manos mientras que sus ojos escrutaban inquisitivamente mi cara. «¿Cuál es el veredicto?», exclamó. «¿Soy aceptable?» «¿Lo soy yo?», le pregunté de vuelta. «Tú has aprobado hace tiempo», me contestó, «y he venido a darte el premio, a postularme como tu caballero».

Pronto estaba caminando entre los dos hombres en dirección al local de Justus. Allí fuimos recibidos por hilarantes hurras y «*Hoch soll er leben*» (¡Es un muchacho excelente!) y peticiones de más vino. Justus, con su amabilidad habitual, se arremangó, se metió detrás del mostrador e insistió en hacer de anfitrión. Robert me ofreció galantemente el brazo para conducirme a la cabecera de la mesa. Mientras caminábamos por el pasillo, Justus entonó la marcha nupcial de *Lohengrin*. El grupo completo de hombres se unió al coro, con sus voces espléndidas.

Robert era el alma de la reunión. Su humor era más chispeante que el vino que todos los presentes compartimos generosamente. La cantidad que él consumió superaba incluso que habría tolerado Most en ese aspecto y, cuanto más ingería, más elocuente se volvía. Sus anécdotas, muy divertidas y coloridas, brotaban como el agua de un arroyo. Era inagotable. Mucho después de que el resto hubiera cedido, mi caballero seguía cantando y hablando del amor y de la vida.

Casi rompía el alba cuando, acompañada por Robert, salí a la calle cogida de su brazo. Me poseyó un inmenso deseo de abrazar al hombre

fascinante que estaba a mi lado, tan hermoso y fino de cuerpo y mente. Estaba segura de que él también se sentía atraído por mí; lo había demostrado durante toda la velada con cada gesto y cada mirada. Mientras caminábamos, podía sentir la agitación de su deseo apasionado. ¿Dónde podríamos ir? El pensamiento me bailaba por la cabeza, mientras con cada vez más nerviosismo caminaba junto a él, aguardando y esperando locamente que él hiciera alguna sugerencia.

«¿Y Sasha?», preguntó de repente. «¿Tienes noticias frecuentes de nuestro maravilloso muchacho?» El hechizo se rompió. Caí de nuevo en el mundo de la pobreza y la lucha. Durante el resto del paseo hablamos de Sasha y de su acción, de la actitud de Most y de sus efectos nefastos. En ese momento ya era otro Robert, Robert el rebelde y luchador contra la injusticia.

Ante mi puerta me cogió entre sus brazos y susurró con un aliento ardiente: «Te deseo. Olvidemos la fealdad de la vida». Suavemente me desasí de su abrazo. «Demasiado tarde, mi amor», respondí. «Las voces misteriosas de la noche han callado, las disonancias del día han comenzado». Él comprendió. Mirándome con afecto a los ojos, me dijo: «Este es solo el principio de nuestra amistad, mi brava Emma. Nos veremos de nuevo pronto en Detroit». Abrí de par en par la ventana y me quedé mirando el balanceo rítmico de su cuerpo bien plantado hasta que desapareció girando la esquina. Entonces regresé a mi vida y a mi máquina.

Un año más tarde llegaron noticias de la enfermedad de Reitzel. Sufría de tuberculosis de la médula espinal, lo que tuvo como resultado la parálisis de sus extremidades inferiores. Estaba postrado en la cama, como Heine, a quien tanto admiraba y a quien, en cierto sentido, se parecía en espíritu y sentimiento, pero incluso en su colchón-tumba a Robert no se le podía intimidar. Cada línea que escribía era una proclama por la libertad y un toque de corneta llamando a la batalla. Desde su lecho de enfermo había

convencido al sindicato principal de su ciudad para que me invitara como oradora en la conmemoración del aniversario del 11 de noviembre. «Ven unos días antes», me había escrito, «para que podamos retomar nuestra amistad de los días en los que yo aún era joven».

Llegué a Detroit al mediodía del día programado para el mitin y me recibió Martin Drescher, un hombre que solía publicar poemas que me entusiasmaban en *Der Arme Teufel*. Para mi regocijo y el estupor de la muchedumbre de la estación, Drescher, alto y desgarbado, se arrodilló ante mí, me ofreció un ramo de rosas rojas y recitó lo siguiente: «De parte de tu caballero, mi reina, con su amor inmortal». «¿Y quién podrá ser el caballero?», inquirí. «¡Robert, por supuesto! ¿Quién si no se atrevería a declarar su amor a la reina de los anarquistas?» La multitud se reía, pero el hombre que se arrodillaba ante mí no se dejaba distraer. Para rescatarle de una pulmonía (había nieve en el suelo), le tendí mi mano diciendo: «Ahora, vasallo, ¡llévame a mi castillo!». Drescher se levantó, hizo una lenta reverencia, me ofreció el brazo y solemnemente me condujo hasta un taxi. «Al hotel Randolph», ordenó. A nuestra llegada allí nos encontramos con la mitad de los amigos de Robert esperándonos. El dueño mismo era un admirador de *Der arme Teufel*. «Mi mejor habitación y mis mejores vinos están a tu disposición», me anunció. Yo sabía que era la solicitud y la amistad de Robert las que habían allanado el camino y me había granjeado el afecto y la hospitalidad de su círculo.

Turner Hall estaba lleno hasta la bandera y el público en consonancia con el espíritu de la velada. El acontecimiento se hacía aún más festivo por las canciones de un coro de niños y por la magistral lectura de un bello poema revolucionario de Martin Drescher. Estaba previsto que yo hablara en alemán. La impresión que la tragedia de Chicago había dejado en mí no se había borrado con el paso de los años. Aquella noche parecía aún más aguda, quizás por la cercanía de Robert Reitzel, que había conocido y

amado a nuestros mártires de Chicago, había luchado por ellos y quizá también porque estaba condenado a una muerte lenta. El recuerdo de 1887 cobró vida, personificando su calvario e inspirándome hasta las cumbres de la exaltación. La vida y la esperanza surgían de su muerte heroica.

Al final del mitin me convocaron de nuevo al estrado para recibir de manos de una niña de cinco años y cabellera dorada un enorme ramo de claveles rojos, demasiado grande para su cuerpo minúsculo. Abracé a la chiquilla y la cogí en brazos, con ramo y todo.

Aquella misma noche conocí a Joe Labadie, un prominente anarquista individualista de aspecto pintoresco, que me presentó al reverendo doctor H. S. McCowan. Ambos se lamentaron de que no hubiera hablado en inglés. «He venido especialmente para escucharte», me contó el doctor McCowan, a lo que Joe, al que todo el mundo llamaba afectuosamente Labadie, señaló: «Bueno, ¿por qué no le ofreces tu púlpito a la señorita Goldman? Así podrás oír a Emma la Roja en inglés». «¡Qué buena idea!», contestó el pastor. «Pero la señorita Goldman está en contra de las iglesias, ¿querría acaso hablar en una de ellas?» «Y en el infierno si hace falta», le dije, «siempre que el diablo no me tire de las faldas.» «De acuerdo entonces», exclamó—. «Hablarás en mi iglesia y nadie te tirará de las faldas o censurará una sola palabra de lo que quieras decir.» Acordamos que mi conferencia sería sobre el anarquismo, por ser un tema del que la mayoría de la gente apenas sabía nada.

Junto con las flores que mi «caballero» me había enviado venía también una nota pidiéndome que lo visitara a cualquier hora después del mitin, puesto que estaría despierto. Me parecía extraño que una persona enferma estuviera despierta a esas horas tardías, pero Drescher me aseguró que Robert se sentía mucho mejor después de anochecer. Su casa era la última de la calle y daba a un amplio espacio abierto. «Luginsland», la llamaba Robert. Era todo lo que sus ojos habían visto en los últimos tres años y medio. No obstante, su visión interior, penetrante y alerta, viajaba a tierras y

climas lejanos, le traía toda la riqueza cultural que el mundo contenía. La luz brillante que emanaba de su ventanal podía verse desde muy lejos, me recordaba a un faro, con Robert como el farero. De la casa salían canciones y risas. Al entrar en la habitación de Robert, la encontré llena de gente; y el humo era tan espeso que me ocultaba a Robert y difuminaba las caras de los presentes. Su voz me llamó jovialmente: «¡Bienvenida a nuestro santuario! ¡Bienvenida a la guarida de tu caballero devoto!». Robert, con una camisa blanca abierta con el cuello sin abotonar, estaba sentado en la cama apoyado en una pila de almohadas. Excepto por el color ceniciento de su rostro, la grisura de su pelo y sus manos delgadas y transparentes, no había señales de su enfermedad. Solo sus ojos contaban el martirio que sufría. Su luz despreocupada se había apagado. Con el corazón dolido, lo abracé y rodeé su hermosa cabeza. «¿Tan maternal?», objetó. «¿No vas a besar a tu caballero?» «Por supuesto», tartamudeé.

Casi había olvidado que había más gente en aquella habitación, a los que todos ellos Robert empezó a presentarme como la «vestal de la Revolución Social». «¡Miradla!», gritaba. «¡Miradla! ¿Se parece al monstruo que retrata la prensa, veis la furia de una *hetaera*? Contemplad su vestido negro y su cuello blanco, formal y correcta, casi como una monja». Me sentía avergonzada e incómoda. «Me elogias como si fuera un caballo que quieres vender», objeté finalmente. Eso no le arredró lo más mínimo. «¿No te digo que eres formal y correcta?», declaró triunfante. «No estás a la altura de tu reputación». «*Wein her!*» (Traed vino), pidió. «Bebamos por nuestra Vestal». Los hombres rodearon la cama de Robert con las copas en la mano. Él apuró la suya y después la arrojó contra la pared. «Emma es ahora una de los nuestros. Nuestro pacto está sellado; le seremos fieles hasta nuestro último aliento».

Me había precedido un relato del mitin y de mi discurso, el *manager* de su periódico le había llevado a Reitzel un informe radiante. Cuando mencioné la invitación de McCowan, Robert se quedó encantado. Conocía

al reverendo, a quien consideraba una rara excepción entre los que llevan «el atuendo de los salvaalmas». Le hablé a Robert de mi amigo de la isla de Blackwell, el joven sacerdote, contándole lo bueno y comprensivo que había sido conmigo. «Lástima que lo conocieras en prisión», bromeó Robert, «de no ser así te habrías echado un ardiente amante». Yo estaba segura de que no podría amar a un sacerdote. «Eso es una tontería, cariño. El amor no se ocupa de las ideas», me contestó. «He amado a chicas en cada ciudad y cada pueblo y no eran tan remotamente interesantes como parece ser tu sacerdote. El amor no tiene que ver con ningún ismo, ya lo descubrirás cuando seas más mayor». En vano le insistí que ya sabía todo sobre ese tema. No era ninguna niña, tenía casi veintinueve años. Estaba segura de que nunca me enamoraría de nadie que no compartiera mis ideas.

A la mañana siguiente me despertó en el hotel la noticia de que una docena de periodistas esperaba para entrevistarme. Buscaban una historia sobre la propuesta de dar una conferencia en la iglesia del doctor McCowan. Me enseñaron los titulares incendiarios de los periódicos de la mañana: EMMA MUESTRA SU INSTINTO MATERNAL — AMOR LIBRE EN EL PÚLPITO DE DETROIT — EMMA LA ROJA CONQUISTA EL CORAZÓN DE MCCOWAN — IGLESIA CONGREGACIONAL SE CONVIERTE EN LA SEMENTERA DEL ANARQUISMO Y DEL AMOR LIBRE.

Los días siguientes, la portada de todos los periódicos en Detroit se llenó de opiniones sobre la segura profanación de la iglesia y la ruina que Emma la Roja acarrearía sobre su congregación. Se sucedían entrevistas a miembros de la iglesia que amenazaban con abandonarla y artículos sobre los comités que asediaban al pobre doctor McCowan. «Le van a cortar el cuello», le dije a Reitzel cuando fui a verlo el día anterior al acto, «y no me gustaría ser yo la culpable». Pero Robert sostenía que el hombre sabía lo que estaba haciendo; para él resistir era lo correcto, aunque solo fuera para demostrar su independencia ante su iglesia. «En cualquier caso, puedo ofrecerle que retire la oferta», sugerí, «darle a McCowan la oportunidad de

retirar su invitación si cree que es lo mejor». Mandamos a un amigo a casa del pastor, pero nos hizo llegar el mensaje de que seguiría con el plan ocurriera lo que ocurriera. «Una iglesia que niega el derecho a la libre expresión a una persona o a un credo no popular no es lugar para mí», dijo. «No te preocupes de las consecuencias que me pueda acarrear».

El reverendo McCowan presidía el sagrario. Con un breve discurso, que tenía preparado por escrito, dejó clara su postura. Él no era anarquista, declaró. Nunca había pensado mucho en ello y en realidad sabía muy poco sobre dicha doctrina. Por esa razón había acudido al Turner Hall la noche del 11 de noviembre. Desgraciadamente Emma Goldman había hablado en alemán y, cuando se le sugirió que podría escucharla en inglés desde su propio púlpito, aceptó inmediatamente la idea. Creía que a sus parroquianos ¡les gustaría escuchar a la mujer que durante años había sido perseguida como una «amenaza social»!; en tanto buenos cristianos, pensaba, sería un acto de caridad hacia ella. Y después me cedió el púlpito.

Yo había decidido centrarme estrictamente en el aspecto económico del anarquismo y evitar en la medida de lo posible cuestiones de religión y sexualidad. Sentía que se lo debía al hombre que estaba adoptando una postura tan valiente. Al menos su parroquia no tendría ninguna excusa para decir que había usado el sagrario para atacar a su dios o para socavar la sagrada institución del matrimonio. Transcurrió mucho mejor de lo que yo había esperado. Mi conferencia, que duró una hora, fue escuchada sin ninguna interrupción y se cerró con muchos aplausos. «¡Ganamos!», me susurró el doctor McCowan cuando me senté.

La alegría resultó precipitada. Apenas se había apagado el aplauso cuando una mujer de avanzada edad se puso en pie con aire beligerante. «Moderador», preguntó, «¿la señorita Goldman cree o no en Dios?» Le siguió otra. «¿La oradora está a favor de asesinar a todos los gobernantes?» Después un hombre pequeño y demacrado se levantó de un salto y con una voz frágil gritó: «¡Señorita Goldman! Usted cree en el amor libre, ¿verdad?

¿Con su sistema no acabaremos teniendo un burdel bajo cada farola?». «Tendré que responder a esta gente sin tapujos», le indiqué al pastor. «¡Adelante!», —me respondió—.

«Señoras y señores», comencé, «he venido aquí con la intención de evitar en lo posible herir sensibilidades. Pretendía tratar solo el tema básico de la economía, que dicta nuestras vidas desde la cuna hasta la tumba, con independencia de nuestra religión o de nuestras creencias morales. Veo ahora que ha sido un error. Si se empieza una batalla, uno no se puede achantar por evitar rozar siquiera a nadie. Por tanto, aquí están mis respuestas: no creo en Dios porque creo en el ser humano. Sean cuales sean sus errores, el ser humano lleva miles de años trabajando para deshacer el chapucero trabajo que hizo vuestro Dios». La gente entró en frenesí. «¡Blasfema! ¡Hereje! ¡Pecadora!», gritaban las mujeres. «¡Detenedla! ¡Echadla de aquí!»

Cuando se restableció el orden, continué: «En cuanto a lo de asesinar gobernantes, depende totalmente de la posición del gobernante. Si se trata del zar de Rusia, creo en mandarle a donde merece estar. Si el gobernante es tan ineficaz como un presidente estadounidense, apenas merece la pena el esfuerzo. Hay, sin embargo, unos cuantos potentados a quienes asesinaría con cualquiera y con todos los medios a mi alcance. Se llaman Ignorancia, Superstición e Hipocresía, los gobernantes más siniestros y tiránicos que hay sobre la faz de la tierra. Y en lo que se refiere al caballero que me preguntó si el amor libre no llevaría a construir más burdeles, mi respuesta es la siguiente: esos burdeles estarán todos vacíos si los hombres del futuro se parecen a él».

Al instante se hizo el caos. En vano el moderador usó la maza para pedir orden. La gente saltó sobre los bancos, agitó sus sombreros, gritó y no salió de la iglesia hasta que no se apagaron las luces.

A la mañana siguiente, la mayoría de los periódicos informaron sobre la reunión ante el sagrario como un espectáculo vergonzoso. En general todos

condenaban el gesto del doctor McCowan de permitirme hablar allí. Incluso el conocido agnóstico Robert Ingersoll se unió al coro. «Creo que todos los anarquistas están locos, entre ellos Emma Goldman», declaró. «También creo que el reverendo McCowan es un hombre generoso e intrépido. Sin embargo, no se puede recomendar que se invite a ningún hombre o mujer que esté loco a hablar en público.» El doctor McCowan se marchó de aquella iglesia. «Me voy a una ciudad minera», me dijo. «Estoy seguro de que los mineros apreciarán mucho mejor mi trabajo». Yo también estaba segura de que así sería.

Mi correspondencia con Ed desde que salí de Nueva York había sido afectuosa pero controlada. Cuando llegué a Detroit me encontré allí con una larga carta suya escrita con el viejo aliento amoroso. No mencionaba nuestra última escena. Esperaba con ansiedad mi regreso, escribía, y esperaba recuperarme a tiempo para las vacaciones. «Cuando la novia de uno está casada con la vida pública, uno debe aprender a estar *genügsam*» (satisfecho con poco), decía su carta. No podía imaginarme a Ed *genügsam*, pero entendía que estaba intentando colmar mis necesidades. Amaba y deseaba a Ed, pero estaba resuelta a seguir con mi trabajo. Lo echaba mucho de menos, su encanto no había dejado de atraerme. Le telegrafié que me dirigía a visitar a mi hermana Helena y que estaría en casa dentro de una semana.

Con la excepción de una breve visita hecha tras mi salida de la cárcel, no había estado en Rochester desde 1894. En mi vida habían ocurrido tantas cosas que me parecían siglos. También había habido cambios en la fortuna de mi amada hermana Helena. Los Hochstein vivían ahora en un domicilio más cómodo, en una casita con un trocito de jardín en la parte trasera. Su agencia de cruceros de vapor, aunque rendía pocos beneficios, había no obstante mejorado. Helena seguía llevando el peso principal de todo; sus niños la necesitaban incluso más que antes y el negocio también. La

mayoría de los clientes eran campesinos lituanos y letones, que ejercían las labores más duras en Estados Unidos. Sus salarios eran ridículos y aun así se las arreglaban para enviar dinero a sus familias y traerlos a América. La pobreza y la monotonía los habían convertido en seres tediosos y suspicaces, y se requería mucho tacto y paciencia para tratar con ellos. Mi cuñado Jacob, siempre callado y tranquilo, perdía a veces los nervios cuando se encontraba con tales muestras de estupidez. Si no hubiera sido por Helena, la mayoría de los clientes se habrían ido a cualquier otro negociante mejor que Jacob Hochstein, el erudito. Ella sabía cómo calmar las aguas turbulentas. Su compasión la llevaba del lado de los esclavos asalariados y conocía su psicología. Hacía mucho más que venderles billetes y que enviar su dinero: mi hermana entraba en sus vidas desoladas. Les escribía cartas y les ayudaba en incontables dificultades. No eran los únicos que acudían a Helena buscando consuelo y ayuda. Casi todo el vecindario compartía con ella sus problemas. Mientras mi querida hermana prestaba un oído atento al relato lastimero de todos, ella nunca se quejaba, nunca se lamentaba por sus propias esperanzas incumplidas, por los sueños y aspiraciones de su juventud. Yo era consciente de la energía que se había perdido en esa criatura insólita: la suya era una enorme naturaleza comprimida en un espacio reducido.

El día de mi llegada no tuvimos ocasión Helena y yo de comunicarnos. Por la noche, cuando los niños estaban dormidos y la oficina cerrada, pudimos hablar. No quería entrometerse en mi vida, aceptó lo que le conté con afecto y comprensión. Ella habló sobre todo de los niños, de los suyos y los de Lena, y de la dura vida de nuestros padres. Yo conocía perfectamente sus razones para recordarme constantemente las dificultades de nuestro padre. Se esforzaba por acercármelo, buscaba que nos entendiéramos. Había sufrido mucho por culpa de nuestro antagonismo, que por mi parte había crecido hasta convertirse en odio. Se había quedado horrorizada ante el mensaje que le había mandado hacía tres años, cuando me había

informado que mi padre estaba ante las puertas de la muerte. Había sido sometido a una peligrosa operación en la garganta y Helena me pidió que acudiera junto a su lecho. «Debería haber muerto hace tiempo», le telegrafié. Desde entonces había intentado repetidamente cambiar mi actitud hacia el hombre cuya crueldad había arruinado la infancia de todas nosotras.

El recuerdo de nuestro triste pasado había hecho a Helena más amable y generosa. Su hermoso espíritu y mi propio proceso poco a poco aligeraron la amargura que sentía hacia mi padre. Llegué a entender que es la ignorancia, más que la crueldad, lo que obliga a los padres a hacer tantas cosas terribles a sus hijos indefensos. Durante la breve visita a Rochester de 1894 vi a mi padre por primera vez en cinco años. Aún me sentía distante, pero ya no hostil. En aquella visita me encontré con un padre débil de salud, una mera sombra de su antiguo ser fuerte y enérgico. Su estado empeoraba. Diez horas de trabajo en la tienda de ultramarinos destruían poco a poco su salud, debilitado y nervioso, agravado por las mofas y las humillaciones que tenía que soportar. Mi padre era el único judío, un hombre de casi cincuenta años, un extranjero que no conocía la lengua de aquel país. La mayoría de los jovenzuelos que trabajaban con él eran de familia extranjera, pero habían adquirido los peores rasgos de los estadounidenses sin ninguna de las cualidades. Eran vulgares, groseros y desalmados. Se deleitaban en las bromas y trucos que le jugaban al *sheeny*. Una y otra vez lo habían acosado y molestado tanto que se había desmayado. Se marchaba a casa, pero terminaba volviendo al día siguiente. Y no podía permitirse perder un trabajo en el que le pagaban diez dólares a la semana.

La visión de nuestro padre tan enfermo y agotado derritió el último vestigio de mi hostilidad hacia él. Empecé a verlo como uno más de la masa de los explotados y esclavizados por los que yo vivía y trabajaba.

En nuestras charlas, Helena siempre había argumentado que la violencia de mi padre en nuestra juventud se debía a su energía excepcional, que no

había encontrado una salida adecuada en un lugar tan pequeño como Popelan. Había tenido ambiciones para sí mismo y su familia, soñaba con la gran ciudad y las grandes cosas que podría hacer allí. Los campesinos arañaban una pobre subsistencia de su tierra y la mayoría de los judíos, que prácticamente copaban todas las profesiones, vivían de los campesinos. Mi padre era demasiado honrado para esos métodos y su orgullo se agudizaba ante las humillaciones cotidianas de los funcionarios con los que tenía que tratar. El fracaso de su vida, la falta de oportunidades para desplegar exitosamente sus habilidades, lo había amargado y convertido en un ser malévolo y duro con los suyos.

Mis años de contacto con las vidas de las masas, con las víctimas sociales dentro y fuera de las cárceles y mis amplias lecturas me habían mostrado el efecto deshumanizador de las energías desplazadas. En muchas ocasiones había observado a gente que había comenzado en la vida con ambición y esperanza y a las que un entorno hostil las frustraba. Y muy a menudo se habían convertido en seres rencorosos e implacables. La comprensión que yo había adquirido a través de mi propia lucha mi hermana la había logrado mediante su naturaleza extremadamente sensible y su inusual intuición. Helena era sabia sin haber vivido mucho.

Visité con frecuencia a mi hermana Lena y a su familia aquellos días. Tenía ya cuatro niños y había un quinto en camino. Estaba agotada de los partos tan seguidos y de la batalla por llegar a fin de mes. Su única alegría eran los niños. La más radiante de las cuatro era la pequeña Stella, que siempre había sido mi rayo de sol en las brumas de Rochester. Stella ya tenía diez años, era muy inteligente y nerviosa y admiraba como si se tratara de un gran personaje de cuento a su *Tante Emma*, como me llamaba. Desde mi anterior visita, Stella y yo habíamos empezado a cartearnos y por carta me contaba con pintorescas y extravagantes expresiones los anhelos de su joven alma. La severidad de su padre y el hecho de que su progenitor prefiriera a su hermana menor eran grandes y auténticas tragedias para la

sensible niña. El tener que compartir la misma cama con aquella hermanita suya era una desgracia para Stella. Su familia no tenía paciencia con «esos caprichos»; además, eran demasiado pobres como para permitirse más espacio, pero yo entendía de sobra a Stella: su tragedia era una repetición de lo que yo misma había sufrido a su edad. Me alegraba pensar que la pequeña tenía cerca a Helena, a quien podía contarle sus problemas, y que sintiera la necesidad de confiarse a mí. «Odio a la gente que es mala con mi *Tante Emma*», escribía Stella cuando tenía apenas siete años. «Cuando crezca, lucharé por ella.»

Estaba también mi hermano Yegor. Hasta los catorce años era, como la mayoría de chicos estadounidenses, tosco y salvaje. Yegor quería a Helena porque lo había cuidado mucho. Para él yo era tan solo otra hermana, como Lena, nada por lo que emocionarse, pero mi visita de 1894 pareció despertar en él un sentimiento más profundo. Desde entonces estaba, como Stella, muy apegado a mí, tal vez porque yo había convencido a mi padre de que no lo obligara a seguir en el colegio. Yegor había resultado ser un estudiante brillante y eso había dado esperanzas al viejo de que su hijo menor cumpliría sus antiguas ambiciones arruinadas de ser un hombre de ciencia. Su hijo mayor, Herman, había sido una decepción en ese aspecto. Podía hacer maravillas con sus manos, pero odiaba la escuela, y mi padre finalmente perdió la esperanza de ver a aquel hijo suyo convertido en un «profesional». Lo envió a un taller de maquinaria, donde el chaval demostró enseguida que se encontraba mucho más cómodo con la máquina más intrincada que con la más sencilla lección de un libro. Se volvió una nueva persona, seria y concentrada. Mi padre no superó la decepción, pero la esperanza nunca muere. Como Yegor iba bien en el colegio, mi padre empezó de nuevo a tener visiones de diplomas universitarios, pero de nuevo sus planes se vieron frustrados. Mi visita salvó la situación. Mis argumentos a favor de «nuestro niño» tuvieron mejor resultado que las súplicas que en su momento había pronunciado a favor de mi propio caso. Yegor fue a

trabajar en el mismo taller que Herman. Como consecuencia, el muchacho experimentó un cambio radical: se volvió un adicto al estudio. La vida de un obrero con la cesta del almuerzo a cuestas que tanto había admirado perdió todo su encanto. El taller, con los ruidos y la grosería, le repugnaba. Ahora su ambición era leer y aprender. El contacto con la pobreza obrera nos acercó a Yegor y a mí. «Te has convertido en mi heroína», me escribía. «Has estado en la cárcel y estás al lado del pueblo y en contacto con los intereses de la juventud». Yo entendería su despertar, añadía: sus esperanzas se depositaban en mí, porque solo yo podría convencer a nuestro padre de que le permitiera ir a Nueva York. Quería estudiar, pero, por extraño que resulte, en lugar de estar contento, nuestro padre se había opuesto. Había perdido la fe en el voluble muchacho, declaró. Además, en casa se necesitaba el sueldo que ganaba Yegor desde que su propia salud iba empeorando tanto que no podría seguir trabajando mucho más tiempo. Hicieron falta días y días de ruegos y mi oferta de alojar a Yegor en mi casa de Nueva York antes de que mi padre cediera. Yegor logró su objetivo. Y, al ver que veía cómo su sueño iba a cumplirse yo me gané su devoción eterna.

Aquella estancia en Rochester resultó ser mi primera visita a la familia sin que estallara una tormenta. Constituía una experiencia novedosa el sentirse aceptada con calidez y afecto por los que siempre me habían sido ajenos. Mi querida hermana Helena y los dos chiquillos que me necesitaban me ayudaron a lograr una comunión más cercana con mis padres.

En el camino a Nueva York pensé mucho en mis frecuentes charlas con Ed sobre si ingresar en la facultad de medicina. Había sido mi aspiración cuando aún estaba en Königsberg y mis estudios en Viena habían despertado de nuevo ese deseo. Ed se había aferrado a la idea con entusiasmo, asegurándome que pronto sería capaz de pagarme los estudios universitarios. Mis planes para que Yegor viviera en Nueva York conmigo y ayudarle, sin embargo, pospondrían que se cumpliera mi aspiración de ser médico. También temía que Ed se resintiera con el nuevo obstáculo y que

no le agradara tener a mi hermano en la casa. Sin duda no iba a imponérselo.

Encontré a Ed en un estado de forma espléndido y de muy buen humor. Nuestro pequeño apartamento tenía aire de fiesta, como siempre hacía mi novio cuando me daba la bienvenida. Lejos de objetar a mis planes sobre Yegor, Ed consintió inmediatamente en alojarlo: con mi hermano en casa, dijo, no se sentiría tan solo durante mis ausencias. ¿Hablaba mucho Yegor?, preguntó con ansiedad. Él podía estar horas sentado sin pronunciar una palabra y le alivió mucho cuando le dije que Yegor era un muchacho estudioso y reservado. En cuanto a mi propuesta de estudiar medicina, Ed estaba seguro de que podríamos llevarlo a cabo en no demasiado tiempo. Estaba «en el camino de la riqueza», me aseguró con una cara muy seria: su socio había perfeccionado un invento, una novedad en álbumes, que sin duda sería un gran éxito. «Te queremos como tercer socio», anunció jubiloso. «Puedes llevar el artilugio contigo en la próxima gira». Y de nuevo, como en la primera etapa de nuestra vida, empezó a recrearse en fantasías de las cosas que haría por mí cuando fuera rico.

Yegor llegó después de Año Nuevo. A Ed le gustó desde el primer momento y en poco tiempo mi hermano estaba totalmente fascinado por mi amante. Yo pronto saldría de nuevo de gira y para mí fue un gran alivio saber que mis dos «niños» se harían compañía en mi ausencia.

17

Pertrechada con una docena de conferencias, meticulosamente preparadas, y con un prototipo del invento, me dispuse llena de esperanza a ganar conversos para nuestra Causa y encargos del nuevo álbum. Mi porcentaje en las ventas ayudaría a pagar mis gastos de viaje, aliviándome así de la molesta necesidad de que los camaradas sufragaran mis giras.

Charles Shilling, un anarquista de Filadelfia, a quien había conocido en mis anteriores visitas a esa ciudad, se había encargado de todos los preparativos y también me había invitado a quedarme con él y su familia. Tanto él como la señora Shilling fueron unos anfitriones encantadores y Charles fue un organizador de lo más eficaz. En seis concurridos mítines hablé sobre «La nueva mujer», «El absurdo de la no resistencia a la maldad», «Las bases de la moral», «La libertad», «La caridad» y «El patriotismo». Conferenciar en inglés me resultaba aún bastante difícil, pero cuando empezaban las preguntas, me sentía como en casa. Cuanta más oposición me encontraba, más estaba en mi elemento y más cáustica me volvía con mis oponentes. Tras diez días de intensas actividades y de cálida camaradería con los Shilling y otros nuevos amigos, partí hacia Pittsburgh.

Carl, Henry, Harry Gordon y Emma Lee habían organizado catorce conferencias en la Ciudad del Acero y las localidades cercanas, excepto en el lugar al que yo más deseaba acudir, Homestead. Allí no pudo encontrarse ningún salón. Mi primera peregrinación fue, como siempre, a la

Penitenciaría del Oeste. Fui allí con Emma Lee. Caminamos junto al muro y ella se dio cuenta de que, de tanto en tanto, yo pasaba mi mano por la rugosa superficie. Si los pensamientos y los sentimientos pudieran trasladarse, la intensidad de los míos habría penetrado el muro gris y alcanzado a Sasha. Habían pasado casi cinco años desde su reclusión. El alguacil y sus guardianes habían tratado con todas sus fuerzas de quebrar su espíritu, pero no habían contado con el poder de resistencia de Sasha. Había permanecido impávido, aferrado con cada fibra de su ser a la decisión de regresar a la vida y a la libertad. Contaba para ello con muchos amigos, ningunos más devotos que Harry Kelly, los Gordon, Nold y Bauer. Habían trabajado durante meses en la preparación de la nueva petición de indulto. Sus esfuerzos, que comenzaron en noviembre de 1897, encontraron apoyos entre muy diversos elementos. Gracias a la ayuda de Harry Kelly, que se recorrió todas las organizaciones obreras para pedir el apoyo a Sasha, la United Labor League of Western Pennsylvania había aprobado una enérgica declaración a favor de su liberación. La American Federation of Labor, en su convención de Cincinnati, el Bakers' International Union, el Boston Central Union, y muchas otras agrupaciones obreras a lo largo y ancho de Estados Unidos también se habían mostrado activos. Se había contratado a dos de los mejores abogados de Pittsburgh y se habían reunido los fondos necesarios. Había un interés tremendo por Sasha y su caso y nuestros amigos estaban seguros de obtener resultados. Yo me sentía más bien escéptica, pero, mientras caminaba junto al muro de la prisión que me separaba de mi bravo muchacho, esperaba contra toda esperanza estar yo equivocada.

Las conferencias continuas y los encuentros con tanta gente eran una labor extenuante. Me produjeron algunos ataques de nervios que me dejaron débil y agotada. Aun así no podía descansar. Maldecía cada minuto que me separaba de mi trabajo, y más al sentir el enorme interés que despertaban nuestras ideas. Algunos de los periódicos, contrariamente a su costumbre,

ofrecieron artículos bastante imparciales de mis mítines; el *Leader* de Pittsburgh incluso publicó una historia a página completa diciendo cosas amables de mí. «La señorita Goldman no se parece en absoluto a ese ser feroz con el que se le suele representar», escribió, entre otras cosas—. «No se podría deducir de su apariencia personal que pudiera llevar bombas entre sus ropas o que fuera capaz de las proclamas incendiarias que han marcado su carrera en el estrado. Por el contrario, Emma Goldman es una persona más que agradable. Mientras conversa, su rostro se ilumina con un ardor inteligente. De hecho, hay un noventa y nueve por cien de posibilidades de que, si se le pide a una persona ajena que adivine qué y quien era, os dijera que era una maestra o una mujer cuya mente transcurre por senderos progresistas».

El escritor seguramente creyó que me halagaría cuando dijo que parecía una maestra de escuela. No me cabe duda de que su intención era la mejor, pero, la verdad, hirió mi vanidad. Me preguntaba si realmente tenía yo un aspecto tan insulso.

En Cleveland pronuncié tres charlas. Las reseñas de los periódicos eran muy graciosas. Una decía sencillamente: «Emma Goldman está loca» y «sus doctrinas son delirios demoníacos». Otro se extendía sobre mis «cuidados modales, más propios de una dama que de una arrojabombas».

Volví a Detroit como quien acude a un viejo amigo y fui directamente desde la estación a ver a Robert Reitzel. Su estado de salud había empeorado, pero su voluntad de vivir no podía extinguirse. Encontré a mi caballero andante mucho más pálido y demacrado que la vez anterior. El sufrimiento que había pasado desde mi última visita se dibujaba en su rostro, pero no había perdido su ingenio y humor característicos. Verlo era a un tiempo una alegría y una agonía, pero no permitió que me entristeciera. Se lanzó a contarme anécdotas que provocaban la carcajada gracias a su gran talento para el relato cómico. Especialmente graciosas eran sus experiencias como pastor de una congregación de la iglesia alemana

reformada, uno de los primeros empleos que obtuvo cuando llegó a América. Una vez le pidieron que predicara en Baltimore. La noche anterior había estado con un círculo de alegres compañeros, con los que estuvo haciendo ofrendas en el altar del vino y las canciones hasta bien entrada la madrugada. Se respiraba la primavera, los árboles revivían con pájaros que cantaban voluptuosamente a sus compañeras. Robert estaba poseído por el espíritu de la aventura cuando salió a pasear al romper el día. Unas horas más tarde, lo encontraron cabalgando sobre un barril de cerveza, completamente desnudo, y ofreciendo una estentórea serenata a la elegida de su corazón. Desgraciadamente, esta resultó ser la bella hija de un miembro prominente de la misma congregación que había invitado al joven pastor. No hubo sermón alemán en Baltimore aquel día.

Inolvidables fueron las horas que pasé con mi caballero. Los rayos de sol de su espíritu me atrajeron a su órbita y me hicieron muy difícil decidirme a separarme. Deseaba poder insuflar en su cuerpo enfermo algo de la juventud y la fuerza que yo poseía.

Cincinnati resultó aburrida y decepcionante después de Detroit. Una carta de queja de Ed redobló esa sensación. No podía soportar mi larga ausencia, escribió; decía que era mil veces mejor hacer un corte radical, vivir sin mí, que tenerme solo a retales. Yo le contesté tranquilizándole sobre mi amor y mi deseo de formar un hogar con él, pero reiteraba que no podría atarme o meterme en una jaula. Si así fuera, tendría que dejar por completo nuestra vida en común. Lo que yo más valoraba era la libertad, libertad para hacer mi trabajo, para entregarme espontáneamente y no por deber o por una orden recibida. No podría someterme a tales exigencias; prefería elegir el sendero de una caminante sin hogar, sí, incluso seguir mi camino sin amor.

St. Louis estaba siendo igualmente tediosa, pero el último día la policía acudió al rescate. Irrumpieron en el mitin en mitad de mi discurso y echaron a todo el mundo. Algo me consoló: que las extensas citas de mi discurso que aparecieron en los periódicos podrían llegar a más gente de la que podía

albergar el salón. Además, la acción de las autoridades me granjeó muchos amigos entre los estadounidenses que aún creían en la libertad de expresión.

¡Chicago, la ciudad de nuestro Viernes Negro, la causa de mi renacer! Junto a Pittsburgh, para mí era la más opresiva y ominosa de todas, pero ya no me sentía allí tan desamparada como en ocasiones anteriores, cuando la furia de 1887 estaba aún activa y la oposición de los seguidores de Most me atacaba fiera y ciegamente. Mi encarcelamiento y mis actividades posteriores me habían ganado muchos amigos y habían vuelto la corriente a mi favor. Gracias a los esfueros de Peukert, contaba con el apoyo de diversos sindicatos obreros. Desde 1893 había estado viviendo en Chicago y distribuyendo allí propaganda. Disfruté de una apacible hospitalidad en casa del camarada Appel, un destacado anarquista local que, junto con su animada mujer e hijos, convirtió su hogar en un lugar muy agradable que visitar. El grupo Free Society estaba haciendo un trabajo espléndido en Chicago y me habían organizado una serie de quince conferencias.

Las reuniones solían transcurrir con normalidad, sin incidentes que destacar, pero hubo algunos acontecimientos que hicieron muy significativa mi estancia en la ciudad y que resultaron ser un factor duradero en mi vida. Entre ellos, mis encuentros con Moses Harman y Eugene V. Debs y mi redescubrimiento de Max Baginski, un joven camarada de Alemania.

En los emocionantes días de agosto de 1893, en Filadelfia, cuando la policía me seguía los talones, dos jóvenes habían pedido verme. Uno de ellos era mi viejo amigo John Kassel; el otro era Max Baginski. Me alegré especialmente de conocer a Max, que había sido uno de los jóvenes rebeldes que habían jugado un papel muy importante en el movimiento revolucionario en Alemania. Era de estatura mediana y aspecto espiritual y frágil, como si acabara de pasar una larga enfermedad. Su cabello rubio desafiaba la prédica del cepillo, sus ojos inteligentes parecían diminutos tras los gruesos cristales de sus gafas. Sus rasgos más pronunciados eran una frente increíblemente alta y un perfil que parecía tan eslavo como eslavo

sonaba su nombre. Intenté conversar con él, pero parecía deprimido y poco dispuesto a hablar. Me pregunté si la larga cicatriz en su cuello era la causa de su aire cohibido. Tras mi salida de la cárcel no había visto a Max más que en algún encuentro casual. Después me dijeron que se había ido a Chicago a encargarse de *Der Arbeiter Zeitung*, la publicación que anteriormente había editado Arthur Spies.

En mis anteriores visitas a Chicago había evitado acudir a la oficina del periódico a buscar a Baginski. Había oído que era un firme partidario de Most y yo ya había sufrido bastante persecución por parte de sus partidarios como para querer encontrarme con uno más. La aparición de una amigable reseña en *Der Arbeiter Zeitung* sobre mis conferencias y unas ganas incontroladas de ver de nuevo a Max me indujeron a ir a su encuentro cuando llegué a la ciudad.

La oficina de *Der Arbeiter Zeitung*, que se había hecho famoso por los sucesos de Chicago, estaba en Clark Street. La estancia, de mediano tamaño, estaba dividida por un enrejado, tras el cual pude ver a un hombre escribiendo. Por la cicatriz de su cuello reconocí a Max Baginski. Al sonido de mi voz, se levantó con presteza, abrió la puerta de hierro y con un entusiasta saludo, «¡Querida Emma, por fin has venido!», me abrazó. La bienvenida fue tan inesperadamente cálida que de inmediato silenció todas mis reticencias hacia él en tanto ciego seguidor de Most. Me pidió que aguardara un momento, que le permitiera terminar el último párrafo del artículo que estaba escribiendo. «¡Listo!», exclamó jovialmente poco después. «¡Salgamos de esta cárcel! Vamos a almorzar al restaurante Blue Ribbon».

Llegamos al local pasado el mediodía y aún seguíamos allí a las cinco de la tarde. El joven silencioso y tristón de mi breve encuentro en Filadelfia estaba mucho más animado y era un conversador interesante, ahora con una seriedad intensa, ahora con la ligereza de un chiquillo. Discutimos sobre el movimiento, Most y Sasha. Lejos de ser fanático y estrecho de miras, Max

mostraba un aliento, una simpatía y una comprensión más amplios de los que había encontrado incluso entre lo mejor del anarquismo alemán. Admiraba enormemente a Most, me dijo, por la lucha heroica que había entablado y por las persecuciones que había sufrido, pero la actitud de Most hacia Sasha había producido una penosa impresión en Max y sus compañeros de trabajo del grupo *Jungen* en Alemania. Todos ellos se habían puesto del lado de Sasha y aún estaban allí, me aseguró Max, si bien, desde que llegó a Estados Unidos había empezado a calibrar mejor la tragedia de Most en esta tierra extraña en la que nunca echaría raíces. En Estados Unidos, Most estaba fuera de su esfera, sin la inspiración y el ímpetu que le aportaban la vida y la lucha de las masas. Most, por supuesto, contaba con un considerable apoyo entre los alemanes en este país, pero solo el elemento nativo de un país puede producir los cambios fundamentales. Seguramente habría sido la indefensión de su situación en Estados Unidos y la ausencia de un movimiento anarquista nativo lo que había hecho que Most se revolviera contra la propaganda mediante la acción y, con ello, en contra de Sasha.

Yo no podía aceptar la explicación que Max daba de cómo Most había traicionado lo que él mismo había postulado durante años, pero su generoso intento de analizar objetivamente las causas que habían provocado el cambio en Most me hizo ver de cerca la personalidad de Max. No había nada mezquino en él, no había rastro de rencor o de deseo de censura, no había vestigios de un espíritu partisano. Me impresionó su gran personalidad. Estar con él era como respirar el aire puro de las verdes campiñas.

Mi alegría por la compañía de Max se vio aumentada por el descubrimiento de que compartía mi admiración por Nietzsche, Ibsen y Hauptmann y que conocía a muchos otros cuyos nombres yo ni siquiera había escuchado. Había conocido personalmente a Gerhardt Hauptmann y lo había acompañado en sus paseos por los barrios de Silesia donde viven

los tejedores. Max era por entonces editor de un periódico obrerista, *Der Proletarier aus dem Eulenbirge*, publicado en la localidad que había proporcionado al dramaturgo el material para sus dos poderosos frescos sociales, *Die Weber* y *Hannele*. La espantosa pobreza y la miseria habían amargado a los tejedores y los había vuelto suspicaces. No estaban dispuestos a hablar con ese joven de cara ascética que les recordaba a un cura y que había aparecido por allí a preguntarles sobre sus vidas, pero conocían a Max. Max formaba parte del pueblo y, con él a su lado, se confiaron a Hauptmann.

Max me relató algunas de las experiencias que vivió con Hauptmann. Por todas partes se topaban con una pobreza horrorosa. Una vez se encontraron a un viejo tejedor en una cabaña desolada. En un banco yacía una mujer con un bebé cubierto de harapos. El cuerpo flaco del niño era una masa de ampollas. No había comida ni leña en la casa. La carencia más absoluta gruñía en cada esquina. En otro lugar de allí, vivía una viuda con su nieta de trece años, una niña de belleza extraordinaria. Compartía la habitación con un tejedor y su mujer. Durante su charla con ellos, Hauptmann no dejaba de acariciar la cabeza de la niña. «Sin duda fue quien le inspiró su Hannele», comentó Max. «Sé cómo le impresionó aquella tierna flor en aquel ambiente horrible». Durante mucho tiempo después, Hauptmann continuó enviando regalos a la niña. Podía solidarizarse con los desheredados porque había conocido de primera mano la pobreza; él mismo había pasado hambre en su época de estudiante en Zúrich.

Yo sentía que había encontrado en Max un espíritu afín, que comprendía y apreciaba cosas que habían llegado a significar mucho para mí. La riqueza de su mente y su sensible personalidad me resultaban enormemente atractivas. Nuestra afinidad intelectual fue espontánea y completa y encontró incluso una expresión emocional. Nos hicimos inseparables y cada día me revelaba una nueva belleza y profundidad de su ser. Era muy

maduro mentalmente para su edad, mientras que físicamente pertenecía al mundo del romance, de la amabilidad y del refinamiento excepcional.

Otro gran acontecimiento vivido durante mi estancia en Chicago fue conocer a Moses Harman, el valiente defensor de la maternidad libre y de la emancipación económica y sexual de la mujer. Me había empezado a familiarizar con su nombre por la lectura de *Lucifer*, el semanario que publicaba. Conocía la persecución que había soportado y su encarcelamiento por parte de los eunucos morales de Estados Unidos, encabezados por Anthony Comstock. En compañía de Max visité a Harman en la oficina de *Lucifer*, que era también el hogar que compartía con su hija Lillian.

La imagen que uno se forma de una gran personalidad se suele contradecir con la impresión cercana. En el caso de Harman ocurrió lo contrario; no había imaginado la grandeza del encanto de ese hombre. Su porte erecto (a pesar de la cojera resultante de una bala de la Guerra Civil), su llamativa cabeza, con su cabellera y su barba blancas, al viento, junto con sus ojos juveniles, se combinaban para componer una figura impresionante. No había nada austero o amenazante en él: de hecho, era todo amabilidad. Esta característica explicaba la suprema fe que conservaba por un país del que había recibido tantos golpes. Me dijo que yo no era una extraña para él. Se había escandalizado por el trato que había recibido por parte de la policía y había protestado por ello. «Somos camaradas en más de un sentido», comentó con una agradable sonrisa. Pasamos la velada discutiendo los problemas que afectaban a las mujeres y a su emancipación. Durante la charla le transmití mis dudas sobre si la visión del sexo, tan grosera y vulgar en Estados Unidos, podría cambiar en un futuro próximo y sobre si se podría expulsar al puritanismo de esta tierra. Harman estaba seguro de que sería así. «He visto tantos grandes cambios desde que inicié mi misión», dijo, «que estoy convencido de que no estamos lejos de una auténtica revolución en el estatus económico y sexual de la mujer en

Estados Unidos. Se va a desarrollar un sentimiento puro y ennoblecedor sobre el sexo y su papel vital en la vida humana». Llamé su atención hacia el creciente poder del comstockismo. «¿Dónde están los grandes hombres y mujeres que puedan contener esa fuerza sofocante?», le pregunté. «Con la excepción de ti y de un puñado más, los americanos son la gente más puritana de este mundo».

«No tanto», contestó. «No te olvides de Inglaterra, que acaba de retirar la gran obra sobre el sexo de Havelock Ellis». Tenía fe en Estados Unidos y en los hombres y mujeres que habían estado luchando durante años, sufriendo incluso la calumnia y la prisión por defender una maternidad libre.

Durante mi estancia en Chicago asistí a la convención sindical que se celebraba en la ciudad. Conocí allí a una serie de personas que entonces destacaban en las filas sindicales y revolucionarias, entre ellas a Lucy Parsons, la viuda de nuestro mártir Albert Parsons, que asumía una parte activa en la organización. La figura que más resaltaba en la convención era Eugene V. Debs. Muy alto y delgado, sobresalía entre sus camaradas en más sentidos que el físico, pero lo que más me sorprendió de él fue su ingenua inconsciencia de las intrigas que lo rodeaban. Algunos delegados, socialistas no políticos, me habían pedido que hablara y el moderador me había incluido en la lista, pero, mediante trucos descarados, los políticos socialdemócratas consiguieron impedir que tomara la palabra. Al terminar la sesión, Debs se acercó para explicarme que había habido un desgraciado malentendido, pero que él y sus camaradas se las apañarían para que me dirigiera a los delegados en la sesión de la tarde.

Por la tarde, ni Debs ni el comité estaban presentes. El público consistía en los delegados que me habían invitado y nuestros propios camaradas. Debs llegó, sin aliento, casi al final. Había intentado zafarse de las diversas sesiones para poder oírme, pero lo habían retenido. ¿Podría perdonarle y almorzar con él al día siguiente? Yo tenía la sospecha de que había formado parte de la mezquina conspiración para silenciarme. Al mismo tiempo no

podía conciliar su comportamiento franco y abierto con esa vileza. Consentí. Tras pasar un rato con él, me convencí de que Debs no tenía culpa en absoluto. Fuera lo que fuera lo que los políticos de su partido estaban haciendo, estaba segura de que él era un idealista y un hombre decente. Su creencia en el pueblo era genuina y su visión del socialismo algo muy distinto de la maquinaria estatal que se describe en *El manifiesto comunista* de Marx. Al oír sus opiniones, no pude evitar exclamar: «Pero, señor Debs, ¡usted es un anarquista!». «No me llames señor, soy un camarada», me corrigió; «¿querrías llamarme así?» Estrechando con ardor mi mano me confirmó que se sentía muy cercano a los anarquistas, que el anarquismo era el fin por el que había que luchar y que todos los socialistas deberían ser anarquistas. Para él el socialismo era solo un escalón hacia el ideal último, que era el anarquismo. «Conozco y aprecio a Kropotkin y su obra», me dijo. «Lo admiro a él tanto como reverencio a nuestros camaradas asesinados que yacen en Waldheim y también a otras figuras espléndidas de tu movimiento. Ves, pues, que soy tu camarada. Estoy contigo en tu lucha». Señalé que no podíamos esperar alcanzar la libertad aumentando el poder del Estado, que era lo que pretendían los socialistas. Subrayé el hecho de que la acción política es la sentencia de muerte de la lucha económica. Debs no me lo discutía y estaba de acuerdo en que el espíritu revolucionario debía mantenerse con vida a pesar de cualquier objeción política, pero que creía que esta última era un medio práctico y necesario para llegar a las masas.

Nos despedimos como buenos amigos. Debs era un ser humano tan jovial y encantador que me hacía perdonarle esa falta suya de claridad política que le hacía aspirar a la vez a polos opuestos.

Al día siguiente visité a Michael Schwab, uno de los mártires de Chicago, a quien el gobernador Altgeld había indultado. Seis años en la Penitenciaría de Joliet habían minado su salud y lo encontré en el hospital con tuberculosis. Era impresionante ser testigo de cuántas resistencia y

fortaleza puede imbuir un ideal. El cuerpo desahuciado de Schwab, con sus mejillas ardientes y enrojecidas, sus ojos con el brillo de la fiebre letal que consumía su sangre, hablaban con elocuencia de las torturas que había soportado durante el juicio desgarrador, durante los meses que había pasado esperando el indulto, seguidos de la ejecución de sus camaradas y de sus propios largos años de prisión, pero Michael apenas decía una palabra sobre sí mismo, ni permitía que se le escapara una queja. Sus ideales dominaban y su único interés era lo que se refería a los mismos. Sentí una ola de devoción por el hombre cuyo espíritu orgulloso y recio no había sido quebrado por la crueldad del poder.

Mi presencia en Chicago me dio la oportunidad de cumplir un deseo que tenía hace mucho tiempo: honrar a nuestros amados muertos colocando una corona sobre su tumba en el cementerio de Waldheim. Ante el monumento erigido en su recuerdo, Max y yo permanecimos en silencio, cogidos de la mano. La visión inspirada del artista había transformado una piedra en una presencia viva. Las figuras de la mujer en un alto pedestal y del héroe caído reclinado a sus pies expresaban desafío y revuelta, mezclados con compasión y amor. Su rostro, hermoso en su gran humanidad, se volvía hacia un mundo de dolor y aflicción, una mano señalando al rebelde moribundo, la otra colocada sobre su frente en un gesto protector. Había un intenso sentimiento en ese gesto suyo y una ternura infinita. En la inscripción de la base del pedestal se había grabado un pasaje significativo, procedente de las razones que dio el gobernador Altgeld para indultar a los tres anarquistas supervivientes.

Se hacía ya de noche cuando salimos del cementerio. Mis pensamientos vagaban hasta la época en la que yo me había opuesto a la erección del monumento. Había argumentado que nuestros queridos camaradas no necesitaban una piedra que los inmortalizara. Me daba cuenta entonces de lo estrecha y fanática que había sido mi postura y lo poco que había comprendido el poder del arte. El monumento era la encarnación de los

ideales por los que habían muerto esos hombres, un símbolo visible de sus palabras y sus hechos.

Antes de abandonar Chicago, me llegó la noticia de la muerte de Robert Reitzel. Aunque sus amigos sabíamos que el final era cuestión únicamente de semanas, nos dejó estupefactos. Mi dolor era más intenso por mi cercanía a mi querido «caballero». Tenía tan presente su ardor rebelde y su alma de artista que no podía concebir su muerte. Especialmente en mi última visita había llegado a apreciar en toda su extensión su auténtica grandeza, las cumbres que podría haber alcanzado. Pensador y poeta, no se limitaba a producir hermosas palabras; Reitzel quería que fueran realidades vivas, ayudar a que las masas despertaran y contemplaran la posibilidad de una tierra libre de los grilletes que unos pocos privilegiados habían forjado. Soñaba con cosas radiantes, con el amor y la libertad, la vida y la alegría. Había vivido y luchado por ese sueño con toda la pasión de su alma.

Y ahora Robert había muerto y sus cenizas se habían esparcido por el lago. Su gran corazón ya no latía, su espíritu turbulento descansaba. La vida seguía su curso, algo más triste sin mi caballero. Le habían robado la fuerza y belleza de su pluma, el esplendor poético de su canto. La vida continuaba y con ella crecía con fuerza mi decisión de incrementar los esfuerzos.

Denver era un centro de trabajo importante, con muchos hombres y mujeres activos allí, tanto individualmente como pertenecientes a la escuela comunista del anarquismo. Casi todos eran nativos: algunos podían remontar sus ancestros casi a los pioneros de los días de las colonias. Lizzie y William Holmes, amigos y colaboradores de Albert Parsons, y su círculo eran personas con una mente clara y aguda, expertos en los aspectos económicos de la lucha social e igualmente bien informados del resto. Lizzie y William habían participado en la lucha de las ocho horas en Chicago y colaboraban con *Alarm* y otras publicaciones radicales. La muerte de Albert Parsons había sido un golpe mayor para ellos que para la mayoría de los camaradas porque habían sido amigos mucho tiempo. Por

entonces vivían en Denver, en un barrio pobre y apenas sin medios, pero seguían tan devotos a la causa como en los días en los que su fe era joven y sus esperanzas altas. Pasamos mucho tiempo hablando del movimiento, especialmente de la época de 1887. Su imagen de Albert Parsons, el rebelde y el hombre, era muy vívida: para Parsons el anarquismo no había sido una mera teoría del futuro. Él lo había convertido en una fuerza vital de su existencia cotidiana, en su vida hogareña y en las relaciones con sus compañeros. Albert Parsons descendía de una antigua familia sureña que se enorgullecía de su casta, pero él se sentía hermano de la humanidad más degradada. Se había criado en una atmósfera que se aferraba con tenacidad a la idea de que la esclavitud era un derecho divino y que los honores del Estado eran lo único que merecía la pena en este mundo. No solo repudió ambas ideas sino que se casó con una mujer mulata. En el ideal de fraternidad humana de Albert no había espacio para las distinciones de color y el amor era más poderoso que las barreras hechas por el hombre. Esa misma cualidad generosa lo había impulsado a abandonar su refugio seguro y entregarse voluntariamente a las autoridades de Illinois. El deseo de compartir el destino de sus camaradas había prevalecido sobre todo. Y aun así Albert amaba con pasión la vida. Su refinado espíritu se manifestaba incluso en sus últimos momentos. Lejos de entregarse al rencor o las lamentaciones, Parsons entonó su canción favorita, «Annie Laurie», y sus acordes resonaron en su celda el mismo día de su ejecución.

Mi viaje de Denver a San Francisco a través de las montañas Rocosas estuvo repleto de nuevas experiencias y sensaciones. Yo había contemplado los Alpes cuando me detuve unos días en Suiza de camino a Viena, pero la visión de las Rocosas, austeras e imponentes, era impresionante. No podía dejar de pensar en la puerilidad de todas las obras del hombre. Toda la raza humana, yo incluida, parecía una simple brizna de hierba, tan insignificante, tan patéticamente indefensa, comparada con esas montañas apabullantes.

Me aterrorizaban, pero me retenían por su hermosura y grandeza. Sin embargo, cuando llegamos a la Royal Gorge y nuestro tren lentamente avanzaba por las arterias cavadas por las manos de los obreros, sentí alivio y una fe renovada en nuestra propia fuerza. Las energías que habían excavado en esos colosos de piedra estaban trabajando por todas partes y dando testimonio del genio creativo y de los recursos inagotables de la humanidad.

Ver California por primera vez a comienzos de la primavera, tras veinticuatro horas atravesando Nevada, tan gris, fue como aterrizar en el país de las hadas después de una pesadilla. Nunca había visto una naturaleza tan pródiga y resplandeciente. Aún estaba bajo su hechizo cuando el paisaje cambió a otro menos exuberante y el tren entró en Oakland.

Mi estancia en San Francisco fue muy interesante y disfruté mucho. Me permitió hacer el mejor trabajo que había logrado hasta el momento y me puso en contacto con muchas mentes libres y preciosas. El cuartel general de la actividad anarquista en la Costa era *Free Society*, una revista editada y publicada por la familia Isaak. Abe Isaak, Mary, su esposa, y sus tres hijos eran personas excepcionales. En Rusia habían sido menonitas, una secta religiosa liberal de origen alemán. En América se habían establecido primero en Portland, Oregón, donde cayeron bajo la influencia de las ideas anarquistas. Junto con otros camaradas nativos, entre los que se contaban Henry Addis y H. J. Pope, los Isaak fundaron un semanario anarquista llamado *The Firebrand*. Cuando publicaron un poema de Walt Whitman, «Una mujer me espara», les cerraron el periódico, arrestaron a sus editores y H. J. Pope fue a la cárcel acusado de obscenidad. La familia Isaak fundó entonces *Free Society* y poco después se mudó a San Francisco. Incluso los niños cooperaban en la tarea, a menudo trabajando dieciocho horas diarias, escribiendo, colocando los tipos y escribiendo direcciones en las fajas. Al mismo tiempo no descuidaban sus actividades propagandísticas.

El atractivo peculiar de los Isaak para mí era la consistencia de sus vidas, la armonía entre las ideas que profesaban y su aplicación práctica. La camaradería entre los padres y la libertad completa de cada miembro del hogar eran para mí una novedad. En ninguna otra familia anarquista había visto yo que los niños disfrutaran de tanta libertad o que se expresaran con independencia sin la menor traba por parte de los mayores. Era muy entretenido oír a Abe y Pete, unos muchachos de dieciséis y dieciocho años respectivamente, reprochar a sus padres alguna supuesta infracción de los principios o criticar el valor propagandístico de sus artículos. Isaak escuchaba con paciencia y respeto, incluso si los modales de la crítica tenían la arrogancia y severidad propias de la adolescencia. Ni una sola vez vi que los padres recurrieran a la autoridad de su edad o de su sabiduría. Sus hijos eran sus iguales; su derecho a no estar de acuerdo, a vivir sus propias vidas y su propio aprendizaje no se cuestionaba.

«Si no puedes establecer la libertad en tu propio hogar», decía Isaak a menudo, «¿cómo esperas ayudar a que el mundo lo haga?» Para él y para Mary, la libertad significaba exactamente eso: igualdad de los sexos en todas sus necesidades, físicas, intelectuales y emocionales.

Los Isaak conservaron esa actitud en *The Firebrand* y después en *Free Society*. Debido a su insistencia en la igualdad de sexos sufrían unos reproches severos por parte de muchos anarquistas del Este y del extranjero. Yo agradecía mucho que su periódico discutiera estas cuestiones, porque sabía por mi propia experiencia que la sexualidad es un factor tan vital de la vida humana como la comida y el aire para respirar. Además no era la mera teoría lo que me había conducido desde los primeros pasos de mi desarrollo a discutir de sexo con la misma franqueza que otros temas y a vivir mi vida sin miedo a la opinión de los demás. Entre los radicales estadounidenses del Este había conocido a muchos hombres y mujeres que compartían mis opiniones sobre este tema y que habían tenido el valor de llevar a la práctica estas ideas en su vida sexual, pero, en mis filas más cercanas, me sentía

bastante sola en este aspecto. Fue por tanto una revelación encontrar que los Isaak sentían y vivían como yo. Aquello ayudó a establecer un fuerte vínculo personal entre nosotros, además de nuestro ideal anarquista común.

A pesar de las conferencias nocturnas que daba todos los días en San Francisco y las ciudades cercanas, de un mitin de masas para celebrar el primero de mayo y de un debate con un socialista, todavía encontramos tiempo para reunirnos tan festivamente que los puristas las desaprobaran. Pero no nos importaba. La juventud y la libertad se ríen de las reglas y las restricciones y nuestro círculo estaba formado por gente joven de edad y de espíritu. En compañía de los chicos Isaak y de otros chavales, yo parecía su madre (tenía veintinueve años), pero nadie me superaba en alegría, o así me decían mis jóvenes admiradores. Éramos dueños del goce de vivir y los vinos californianos eran baratos y estimulantes. Los propagandistas de causas impopulares necesitan de vez en cuando, incluso más que otra gente, momentos de ligereza irresponsable. ¿Cómo si no sobreviviríamos a las penurias y faenas de la existencia? Mis camaradas de San Francisco podían trabajar hasta la extenuación, se tomaban muy en serio sus tareas, pero podían también amar, beber y jugar.

18

Estados Unidos había declarado la guerra a España. No era una noticia inesperada. Los meses anteriores, la prensa y el púlpito se habían llenado de proclamas bélicas para defender a las víctimas de las atrocidades españolas en Cuba. Yo sentía una profunda simpatía por los rebeldes cubanos y filipinos que peleaban para sacudirse del yugo español. De hecho, había trabajado con algunos de los miembros de la Junta que llevaba a cabo actividades clandestinas a favor de la libertad de las islas Filipinas, pero no tenía ninguna fe en las declaraciones patrióticas de América, que presentaban la guerra como una misión desinteresada y noble para ayudar a los cubanos. No requería mucha sabiduría política ver que la preocupación de Estados Unidos era el azúcar y no tenía nada que ver con sentimientos humanitarios. Por supuesto, había montones de gentes crédulas, no solo en el país en general, sino incluso en las filas liberales, que creían las reclamaciones de Estados Unidos. Yo no podía unirme a ellos. Estaba segura de que nadie, ya fuera individuo o gobierno, que se dedicara a esclavizar y explotar en su propia casa, podía tener la integridad o el deseo de liberar a los pueblos de otras tierras. Desde ese momento, mi conferencia más importante y a la que más gente acudía versaba sobre «El patriotismo y la guerra».

En San Francisco todo transcurrió sin interferencias pero en las ciudades pequeñas de California tuvimos que conquistar el terreno palmo a palmo.

La policía, siempre dispuesta a disolver las reuniones anarquistas, se mantuvo esta vez complacientemente al margen animando así la intervención de los agitadores patriotas que a veces hacían imposible el seguir hablando. La tenaz decisión de nuestro grupo de San Francisco y mi propia presencia de ánimo salvaron más de una situación complicada. En San José el público parecía tan amenazador que me pareció mejor prescindir del moderador y dirigir yo misma la reunión. En cuanto empecé a hablar, estalló el caos. Me dirigí a los alborotadores con la petición de que eligieran a alguno de su grupo para que moderara la reunión. «¡Adelante!», gritaron. «¡Menudo farol! ¡Sabes que no nos dejarían conducir tu espectáculo!» «¿Por qué no?», respondí. «Lo que queremos es oír a las dos partes, ¿no?» «¡Y que lo digas!», gritó alguien. «Para eso tenemos que asegurar el orden, ¿verdad?», continué. «Parece que yo soy incapaz de hacerlo. Supongamos que uno de vosotros sube aquí y me enseña cómo tener a la gente callada hasta que haya expuesto mi versión de la historia. Después de eso podéis exponer la vuestra. Sed estadounidenses y jugad limpio».

Gritos escandalosos, hurras y exclamaciones como «¡Chica lista! ¡Dadle una oportunidad!» produjeron confusión durante unos minutos. Finalmente, un hombre de avanzada edad subió al estrado, golpeó con su bastón en la mesa y con una voz que podría haber derribado las murallas de Jericó, aulló: «¡Silencio! ¡Escuchemos lo que la señora tiene que decirnos!». No hubo mayores interrupciones durante mi discurso de una hora y, cuando terminé, casi me aplaudieron.

Entre la gente más interesante que conocí en San Francisco estaban dos chicas, las hermanas Strunsky. Anna, la mayor, había asistido a mi conferencia sobre «Acción política». Después me enteré de que se había indignado por «lo injusta que había sido con los socialistas». Al día siguiente vino a visitarme «un ratito», como dijo ella. Se quedó toda la tarde y después me invitó a su casa. Allí conocí a un grupo de estudiantes, entre

ellos a Jack London, y a la menor de las hermanas, Rose, que estaba enferma. Anna y yo nos hicimos grandes amigas. La habían expulsado de la Universidad Leland Stanford porque había recibido a un visitante masculino en su cuarto en lugar de hacerlo en el recibidor. Le conté a Anna mi vida en Viena y cómo solíamos beber, fumar y discutir toda la noche con los estudiantes varones. Anna pensaba que la mujer estadounidense disfrutaría de su derecho a la libertad y a la privacidad una vez consiguiera el voto. Yo no estaba de acuerdo. Le respondía que la mujer rusa había disfrutado desde hacía mucho tiempo, incluso sin el voto, de su independencia moral y social. A partir de ahí se había desarrollado una hermosa *camaraderie*, que convertía las relaciones entre los sexos de los rusos progresistas en algo bello y natural.

Me habría gustado ir a Los Ángeles, pero no conocía allí a nadie capaz de organizar los mítines. Los pocos anarquistas alemanes con los que me carteaba en aquella ciudad me aconsejaron no acudir. Algunas de mis charlas, especialmente la que trataba de la cuestión sexual, escribía, militarían en contra de su trabajo allí. Casi había abandonado la idea de ir Los Ángeles cuando llegaron nuevos ánimos desde un lugar inesperado. Un joven, que se presentó como el señor V., de Nuevo México, se ofreció a actuar como mi representante. Iba a estar en Los Ángeles por asuntos de negocios, me informó, y le haría muy feliz ayudarme a organizar un mitin. El señor V., una auténtica belleza judía, atrajo desde el principio mi atención en las conferencias: acudía cada tarde y hacía preguntas inteligentes. Era también un visitante asiduo a la casa de los Isaak y estaba evidentemente interesado en nuestras ideas. Era una persona agradable y consentí en dejarle organizar una conferencia.

A su debido tiempo, mi «representante» me telegrafió que todo estaba preparado. Cuando llegué, me recibió en la estación con un ramo de rosas y me llevó a un hotel. Era uno de los mejores hoteles de Los Ángeles y me pareció incoherente por mi parte el meterme en un lugar tan elegante; pero

el señor V. argumentó que era un mero prejuicio, algo que no había esperado de Emma Goldman. «¿No quieres que el mitin sea un éxito?», preguntó. «Claro», contesté, «pero ¿qué tiene eso que ver con alojarse en hoteles caros?» «Mucho», me aseguró. «Ayudará a publicitar la conferencia». «Esas cuestiones no se evalúan desde ese punto de vista en las filas anarquistas», protesté. «Tanto peor para tus filas», replicó. «Por eso llegáis a tan poca gente. Espera al mitin y después hablamos». Accedí a quedarme.

La lujosa habitación que me había reservado, repleta de flores, fue otra sorpresa. Después descubrí un vestido de terciopelo negro listo para mí. «¿Va a ser una conferencia o una boda?», quise saber. «Ambas», contestó con presteza. «Aunque primero va la conferencia».

Había alquilado uno de los mejores teatros de la ciudad y yo debería entender que no podía aparecer con el vestido andrajoso que había lucido en San Francisco. Además, si no me gustaba el vestido que había elegido, podía cambiarlo. Era necesario que me mostrara la mejor imagen en mi primera visita a Los Ángeles. «Pero ¿qué interés tienes tú en hacer todo esto?», insistí. «Me dijiste que no eras anarquista». «Estoy en camino de convertirme en uno», me contestó. «Ahora, seamos sensatos. Accediste a que fuera tu representante, así que déjame manejar este asunto a mi manera». «¿Son todos los representantes tan solícitos?», pregunté. «Sí, si conocen su oficio y les gustan un poquito sus artistas», me dijo.

Los periódicos de esos días rebosaban de noticias sobre Emma Goldman, «a quien representaba un hombre rico de Nuevo México». Para evitar a los periodistas, el señor V. me sacó a dar largos paseos a pie y a caballo por el barrio mexicano de la ciudad, a sus restaurantes y cafés. Un día me convenció para acompañarle a ver a un amigo suyo ruso que resultó ser el sastre más cotizado de la ciudad y que me persuadió para tomarme medidas para un vestido. La tarde de la conferencia encontré un vestido de raso negro, sencillo y hermoso, en mi habitación. Las cosas aparecían

misteriosamente, como en los cuentos de hadas que solía contarme mi niñera alemana. Casi cada día traía sorpresas nuevas, que ocurrían de una forma extraña y nada ostentosa.

El mitin fue multitudinario y bastante tumultuoso, con un gran número de patriotas presentes. Trataron repetidamente de montar jaleo, pero la inteligente labor de moderación del «hombre rico de Nuevo México» condujo la velada a una conclusión pacífica. Después se me acercaron muchas personas que se presentaban como radicales y que me apremiaban a quedarme en Los Ángeles, ofreciéndose a organizarme más conferencias. Gracias a los esfuerzos de mi representante, de ser una completa desconocida, me había convertido casi en una celebridad..

Más tarde aquella noche, en un pequeño restaurante español, lejos de las multitudes, el señor V. me pidió en matrimonio. En circunstancias normales habría considerado un insulto una oferta así, pero todo lo que había hecho aquel hombre lo había hecho con tan buen gusto que no podía enfadarme con él. «¡El matrimonio y yo!», exclamé. «No me has preguntado si te amo. Además, ¿tan poca fe tienes en el amor que necesitas ponerle una cadena y una llave?» «Bueno», contestó, «yo no creo en ese asunto tuyo del amor libre. Me gustaría que continuaras con las conferencias, me encantaría ayudarte y darte seguridad para que puedas hacer más y mejores cosas. Pero no podría compartirte con nadie.»

¡La canción de siempre! ¡Cuántas veces la había escuchado desde que me había convertido en un ser humano libre! Radical o conservador, todo macho desea atar a la mujer a sí. Le dije sencillamente: «¡No!».

Se negó a considerar definitiva mi respuesta. Podría cambiar de opinión, me dijo. Le aseguré que no había ninguna posibilidad de que me casara con él: yo no tenía intención de encadenarme. Ya lo había hecho una vez antes; no volvería a ocurrir. Yo quería solo «ese asunto del amor libre», ningún otro «asunto» tenía sentido para mí, pero el señor V. no se alteró en lo más mínimo. Su amor no era fruto de un día, tenía confianza. Esperaría.

Me despedí de él, dejé aquel hotel elegante y me trasladé a casa de unos camaradas judíos que había conocido. Durante una semana di charlas en reuniones nutridas y después organicé a un grupo de simpatizantes para que continuaran con la labor. Luego regresé a San Francisco.

Como resultado de mis actividades en Los Ángeles, apareció un artículo en *Die Freiheit* denunciándome por haberme alojado en un hotel caro y haber permitido que un hombre rico organizara el mitin. Mi comportamiento «enajenaba el anarquismo a los obreros», proclamaba el escrito. Considerando que el anarquismo no se había escuchado nunca en inglés en Los Ángeles y que, como resultado de ese mitin, en adelante se haría propaganda sistemática entre los estadounidenses, las acusaciones me parecieron ridículas. Era otro de las muchos reproches que solían hacerme en los editoriales de Most. Lo ignoré, pero *Free Society* publicó una réplica de un camarada alemán que ponía el acento en los buenos resultados que había arrojado mi visita a Los Ángeles.

En Nueva York, Ed y mi hermano Yegor me recibieron en la estación. Yegor estaba ilusionado por tenerme de vuelta; Ed, siempre reservado en público, me pareció todavía más reservado. Pensé que se debía a la presencia de mi hermano, pero, cuando siguió mostrándose distante incluso cuando nos quedamos solos, me di cuenta de que algo había cambiado en él. Era tan atento y considerado como de costumbre y nuestro hogar tan dulce hogar como siempre, pero él estaba distinto.

Por mi parte, no era consciente de haber experimentado cambio alguno en mis sentimientos hacia él en su presencia, estaba segura de que, fueran cuales fueran nuestras divergencias intelectuales, aún lo quería y lo deseaba. Su frialdad, sin embargo, me mantenía a distancia.

A pesar de haber estado muy ocupada durante la gira, no había descuidado el encargo que Ed me había hecho para su empresa. Había conseguido encargos para el «invento» y había logrado cerrar algunos

contratos sustanciosos con grandes tiendas de papelería de las ciudades del Oeste. Ed estaba encantado y alabó mis esfuerzos, pero sobre la gira y sobre mi labor no preguntó nada ni mostró el más mínimo interés. Eso solo sirvió para añadir el resentimiento a mi insatisfacción con la situación que vivíamos en casa. El puerto seguro que me había proporcionado tanta alegría y paz se volvía agobiante.

Afortunadamente no hubo mucho tiempo para poder darle muchas vueltas. La huelga textil en Summit, Nueva Jersey, requería de mis servicios. La situación era la de siempre; las reuniones estaban prohibidas o se disolvían con las porras de la policía. Hacía falta idear hábiles maniobras para reunirse en los bosques de las afueras de Summit. Estaba muy ocupada, apenas tenía tiempo para ver a Ed. En las pocas ocasiones en las que estábamos juntos, él estaba callado. Solo sus ojos hablaban cargados de reproches.

Cuando terminó la huelga, decidí aclarar las cosas con Ed. Ya no podía soportar más aquella situación. Tampoco tuve que soportarlo mucho más, sin embargo, debido a la caza internacional de anarquistas que se desató como consecuencia del disparo de Luccheni a la emperatriz de Austria. Aunque yo nunca había oído aquel apellido, la policía me seguía constantemente y la prensa me acosaba como si hubiera sido yo la que había asesinado a la desgraciada mujer. Me negué a gritar ¡crucificadlo! en contra de Luccheni, especialmente porque me había enterado por la prensa anarquista italiana de que había sido un niño de la calle, obligado a ingresar en el ejército en su juventud. Había sido testigo del salvajismo de la guerra en el frente africano, había sido maltratado brutalmente por el ejército y desde entonces había llevado una vida de miseria. Era la pura desesperación la que había conducido a ese hombre a una acción de protesta que todos considerábamos fuera de lugar. ¿Cómo se podía entonces esperar que aquel muchacho tuviera alguna reverencia por ella? Declaré mi simpatía por la mujer que había sido mucho tiempo persona non grata en la corte austriaca

y que, por tanto, no podía ser responsable de los crímenes que había cometido la Corona. No veía ningún valor propagandístico en la acción de Luccheni. Él era tan víctima como la emperatriz; me negué a unirme en la salvaje condena de uno o en el enfermizo sentimentalismo que se expresaba por la otra.

Mi actitud provocó de nuevo la condena de la prensa y de la policía. Naturalmente, yo no era la única: casi todos los anarquistas conocidos por todo el mundo tuvieron que soportar ataques similares, pero en Estados Unidos, especialmente en la ciudad de Nueva York, yo era la oveja negra.

La acción de Luccheni había desencadenado el terror en los corazones de las cabezas coronadas e incluso en los gobernantes electos, cuya solidaridad se vio reforzada. Los cónclaves secretos de los poderes dieron como resultado la celebración de un congreso internacional antianarquista en Roma. Los elementos revolucionarios y amantes de la libertad en Estados Unidos y Europa se percataron del inminente peligro que corría la libertad de pensamiento y de expresión e inmediatamente se pusieron manos a la obra para voltear la marea. Por todas partes se celebraron mítines para protestar contra la conspiración internacional de las autoridades, pero en Nueva York no pudimos encontrar un salón donde se consintiera mi presencia.

En medio de tanto trabajo, llegó una petición urgente de la Asociación para la Defensa de Alexander Berkman en Pittsburgh pidiendo mayor actividad a favor de su indulto. El caso, que se iba a presentar en septiembre, se había fijado para el 21 de diciembre. Los abogados aconsejaban que la decisión de la Junta de Indultos dependería en buena medida de la posición de Andrew Carnegie en el asunto, y por tanto apremiaban a visitar al magnate del acero. Era una sugerencia sin sentido, que Sasha no aprobaría: un paso así nos pondría a todos en una posición ridícula. No conocía a nadie dispuesto a acercarse a Carnegie y estaba segura de que él no intervendría en el caso. Alguno de nuestros

simpatizantes insistían, sin embargo, en que era humano y en que le interesaban las ideas avanzadas. Como prueba de ello aducían el hecho de que, hacía algún tiempo, Carnegie había invitado a Piotr Kropotkin a pasar un tiempo con él. Yo sabía que Piotr había rechazado aquel dudoso honor, contestando que no podía aceptar la hospitalidad de un hombre cuyos intereses habían impuesto una condena excesiva e inhumana a su camarada Alexander Berkman y lo mantenían enterrado en la Penitenciaría del Oeste. Las ganas de Carnegie de que Kropotkin lo visitara eran una señal de que escucharía favorablemente una súplica por la liberación de Sasha, sostenían algunos de nuestros amigos. Yo me oponía a la idea, pero finalmente sucumbí ante los argumentos de Justus y Ed, que señalaban que no deberíamos permitir que nuestros sentimientos se interpusieran en el camino de la libertad de Sasha. Justus sugirió que escribiéramos a Benjamin R. Tucker solicitándole que fuera a ver a Carnegie por este asunto.

Yo solo conocía a Tucker por sus escritos en *Liberty*, la publicación anarquista individualista, de la que era fundador y editor. Su pluma era poderosa y había contribuido mucho a dar a conocer a sus lectores algunas de las mejores obras de la literatura alemana y francesa, pero su actitud ante los comunistas anarquistas era muy estrecha de miras y estaba cargada de un rencor insultante. «Tucker no me parece que sea una naturaleza generosa», le dije a Justus, que insistía en que me equivocaba y que debíamos al menos darle una oportunidad al hombre. Una breve carta, firmada por Justus Schwab, Ed Brady y yo, se le envió a Benjamin R. Tucker, informando de nuestro caso y preguntándole si accedería a ver a Carnegie, que regresaría en breve de Escocia.

La respuesta de Tucker fue una larga epístola en la que establecía las condiciones en las que abordaría a Carnegie. Le diría, escribía: «A la hora de fijar su actitud seguramente dará por sentado, como yo doy por sentado, que se acercan a usted como pecadores penitentes en busca del perdón y del indulto. Su comparecencia, en persona o por medio de otro, con semejante

encargo, debe entenderse como una señal de que lo que antaño consideraron un sabio acto heroico hoy lo consideran un acto estúpido de barbarie... que los seis años de prisión del señor Berkman los han convencido de lo equivocado de sus métodos... Cualquier otra explicación para la súplica de estos solicitantes sería incoherente con su altiva personalidad; ciertamente no puede suponerse ni por un instante que hombres y mujeres de su valor y dignidad, tras haber disparado deliberadamente y a sangre fría a un hombre, se rebajaran ahora a la tarea humillante de suplicar a sus víctimas que les concedan la libertad de volver a asaltarlas... Yo mismo no comparezco hoy ante usted como un pecador penitente. En mi historial en este asunto no hay nada por lo que yo deba arrepentirme. Me reservo todos mis derechos... Me he negado a cometer, aconsejar o sancionar la violencia, pero puesto que pueden surgir las circunstancias en las que sea aconsejable una política de violencia, rechazo renunciar a mi libertad de elección...».

La carta no contenía una sola palabra sobre la sentencia de Sasha, que, incluso desde un punto de vista legal, era atroz; ni una palabra sobre la tortura que ya había sufrido, ni una sola expresión de humanidad por parte del señor Tucker, el exponente de un gran ideal social. Nada excepto fríos cálculos de cómo empequeñecer la figura de Sasha y sus amigos y al mismo tiempo poner de manifiesto su elevada posición. Era incapaz de ver que alguien pudiera sentir un agravio hecho a otros más intensamente que un agravio hecho a sí mismo. No podía comprender las razones de un hombre a quien la brutalidad de Frick durante el cierre patronal de Homestead le había llevado a expresar su protesta mediante una acción violenta. Ni tampoco estaba aparentemente dispuesto a comprender que los amigos de Sasha pudieran afanarse en asegurar su liberación sin necesariamente haberse convencido de «lo errado de sus métodos».

Recurrimos entonces a Ernest Crosby, un prominente tolstoiano y georgista[2] que era también un talentoso poeta y escritor. Crosby era un hombre de un calibre muy diferente, comprensivo y compasivo, aunque no

estaba totalmente de acuerdo con nosotros. Nos visitó en compañía de un joven que yo sabía que era Leonard D. Abbott. Cuando expusimos nuestro caso al señor Crosby, accedió al momento a ver a Carnegie. Solo había una cosa que le preocupaba, explicó. Si Carnegie exigía una garantía de que Alexander Berkman, una vez libre, no volvería a cometer una acción violenta, ¿qué respuesta debería darle? Él mismo nunca preguntaría algo así, consciente de que nadie podría decir qué haría estando bajo presión. pero, como intermediario, sentía la necesidad de que le aclaráramos ese punto. Por supuesto, era imposible que nosotros le diéramos esa garantía y yo sabía que Sasha jamás haría ningún juramento de «rehabilitación» ni permitiría que lo hiciéramos por él.

El asunto terminó finalmente con nuestra decisión de no recurrir a Carnegie. El caso de Sasha ni siquiera llegó a la Junta de Indultos en la fecha señalada. Se decidió que los miembros de esa junta tenían demasiados prejuicios contra él y se esperaba que la nueva junta, que tomaría posesión al año siguiente, podría resultar más imparcial.

Tras prolongados esfuerzos para conseguir un salón para nuestro mitin de protesta contra el congreso antianarquista, conseguimos Cooper Union. Aún se regía por el principio fijado por su fundador, de escuchar todas las opiniones políticas. Mis amigos temían que me arrestaran, pero yo estaba decidida a participar. Tan desesperada estaba por los intentos de aplastar los vestigios de libertad de expresión y tan hundida por el ambiente que se respiraba en mi propia casa que tenía la esperanza de que me arrestaran para escapar así de todos y de todo.

La víspera del mitin, Ed rompió inesperadamente su silencio. «No puedo soportar que te enfrentes a ese peligro», me dijo, «sin tratar una vez más de llegar a ti. Mientras estuviste de gira había decidido ahogar definitivamente mi amor y tratar de recibirte como lo haría un camarada, pero me di cuenta de lo absurdo de la decisión en el momento en que te vi en la estación. Desde entonces he entablado una dura lucha, y he decidido abandonarte,

pero no puedo hacerlo. Dejaría que las cosas pasaran hasta que te fueras de nuevo de gira, pero ahora que corres el peligro de que te detengan tengo que hablar, intentar franquear el abismo que hay entre nosotros».

«Pero no hay ningún abismo», exclamé con emoción, «a no ser que tú te empeñes en cavar uno. Por supuesto que he superado tu manera de concebir muchas cosas, no lo puedo evitar, pero te quiero, ¿no lo entiendes? no importa qué o quienes entren en mi vida. Te necesito y necesito nuestro hogar. ¿Por qué no eres grande y libre y coges lo que puedo darte?»

Ed prometió volver a intentarlo, hacer lo posible para no perderme. Nuestra reconciliación me trajo recuerdos de nuestro joven amor en mi pequeño piso de la república bohemia.

El mitin de Cooper Union transcurrió sin problemas. Johann Most, que había prometido dirigirse al público, no apareció. No hablaría desde el mismo estrado que yo; aún conservaba toda su amargura.

Tres semanas más tarde Ed enfermó con una pulmonía. Todo mi cuidado y amor se levantaron en armas ante el temor inmenso que me producía la posibilidad de perder esa preciada vida. El hombretón fuerte que solía burlarse de la enfermedad y que a menudo había insinuado «que esas cosas eran solo inherentes a la hembra de la especie», ahora se aferraba a mí como un bebé y no podía perderme de vista ni un solo instante. Su impaciencia y su irritabilidad superaban a las de diez mujeres enfermas juntas. Pero estaba tan enfermo que a mí no me importaban sus constantes exigencias de mi cuidado y atención.

Fedya y Claus aparecieron para ofrecer su ayuda en cuanto se enteraron del estado de Ed. Uno de ellos me relevaba por la noche para permitirme unas horas de sueño. Durante los picos de fiebre, mi ansiedad era demasiado intensa como para poder dormir. Ed tenía mucha fiebre, se revolvía e incluso trataba de saltar de la cama. Su mirada vacía no parecía reconocer a nadie, pero se inquietaba mucho más si lo tocaba cualquiera de los chicos. Hubo un momento, en sus delirios, que Fedya y Claus estuvieron

a punto de intentar retenerlo por la fuerza. «Dejadme manejarlo a mí», dije, inclinándome sobre mi amado, intentando verter toda mi alma en sus ojos asalvajados y estrechándolo contra mi angustiado corazón. Ed luchó un rato, luego su cuerpo rígido se relajó y con un suspiró se desplomó sobre la almohada, empapado de sudor.

Finalmente superó la crisis. Por la mañana, Ed abrió los ojos. Su mano tanteó en busca de la mía y con una voz débil preguntó: «Querida enfermera, ¿debo tirar la toalla?». «Esta vez no», lo consolé, «pero tienes que estar muy tranquilo». Su cara se iluminó con su hermosa sonrisa de siempre y volvió a dormitar.

Cuando Ed ya pudo levantarse, aunque aún estaba muy débil, tuve que salir a un mitin al que había prometido asistir mucho tiempo antes de su enfermedad. Fedya se quedó con él. Cuando regresé, ya tarde, Fedya se había marchado y Ed estaba profundamente dormido. Había una nota de Fedya que decía que Ed se encontraba bien y que le había presionado para que se fuera a casa.

Por la mañana, Ed seguía dormido. Le tomé el pulso y noté que respiraba muy pesadamente. Me alarmé y mandé llamar al doctor Hoffman. Al doctor le preocupó el sueño tan prolongado de Ed. Pidió ver la caja de morfina que había dejado para Ed. ¡Faltaban cuatro píldoras! Yo le había dado una a Ed antes de salir y le había recalcado a Fedya que no debía tomar ninguna más. Ed había tomado cuatro veces la dosis habitual, un claro intento de quitarse la vida. Quería morir, ahora, cuando acababa apenas de rescatarle de la tumba. ¿Por qué? ¿Por qué?

«Hay que ponerlo de pie y caminar con él», ordenó el doctor. «Está vivo, respira, hay que mantenerle con vida». Nos colgamos su cuerpo inerte y caminamos arriba y abajo por el cuarto, aplicando de tanto en tanto hielo en sus manos y su cara. Poco a poco su cara empezó a perder la palidez mortuoria y sus párpados a responder a la presión.

«¿Quién habría imaginado que una persona tan discreta y tranquila como Ed sería capaz de algo así?», señaló el médico. «Va a dormir muchas más horas, pero no hay de qué preocuparse. Vivirá».

Me alarmó el intento de suicidio de Ed y traté de desentrañar qué causa particular le habría inducido a ello. En varias ocasiones estuve a punto de pedirle una explicación, pero estaba de tan buen humor y se recuperaba tan bien que me daba miedo remover tan terrible asunto. Él nunca lo mencionaba.

Y entonces un día me sorprendió mencionando que en absoluto había querido quitarse la vida. Que el que yo lo dejara para ir al mitin, estando él tan enfermo, lo había enfurecido. Sabía, por experiencias pasadas, que podía aguantar grandes dosis de morfina y se tragó varias píldoras «solo para asustarte un poquito y curarte de tu manía de los mítines, que no se detiene ante nada, ni siquiera ante la enfermedad del hombre al que finges amar».

Sus palabras me apuñalaron. Sentí que los siete años de nuestra vida en común no habían conseguido que Ed comprendiera el dolor y el esfuerzo de mi crecimiento interior. Una «manía de los mítines» es todo lo que significaba para él.

Siguieron días de conflicto entre mi amor por Ed y la conciencia de que la vida había perdido su contenido y su sentido. Al final de mi amarga lucha, supe que debía abandonarlo. Le dije a Ed que tendría que marcharme para siempre.

«Tu acto desesperado para separarme de mi trabajo», le dije, «me ha convencido de que no tienes fe en mí ni en mis objetivos. Sin tu fe y tu cooperación, nuestra relación no tiene ningún valor para mí» .«Te amo más de lo que te amaba en los primeros días», me interrumpió emocionado. «No sirve de nada, querido Ed, engañarnos a nosotros mismos o el uno al otro», continué. «Me quieres únicamente como tu esposa. Bien, eso a mí no me basta. Necesito comprensión, armonía, la exaltación que se produce por la

unidad de ideas y propósitos. ¿Por qué seguir hasta que nuestro amor se emponzoñe por la amargura y se afee con recriminaciones? Ahora podemos separarnos todavía como amigos. En cualquier caso. me voy de gira; así será menos doloroso de esta manera».

Su caminar frenético por la habitación se detuvo. Me miró en silencio, como si intentara penetrar en mi ser más profundo. «Estás equivocada, estás muy equivocada», gritó desesperadamente; después se dio la vuelta y salió de la habitación.

Empecé los preparativos de mi gira. El día de mi partida se acercaba y Ed me suplicó que le permitiera ir a despedirme. Yo me negué: temía ceder en el último momento. Aquel día Ed apareció por casa al mediodía a comer conmigo. Ambos fingimos estar animados. Antes de salir me abrazó diciendo: «¡Esto no es el final, querida, no puede serlo! ¡Este es tu hogar, ahora y para siempre!». Yo no podía hablar, mi corazón estaba desbordado de pena. Cuando la puerta se cerró tras Ed, no pude contener los sollozos. Cada objeto que me rodeaba asumía una fascinación extraña, me hablaba en muchas lenguas. Me di cuenta de que permanecer allí debilitaría mi decisión de dejar a Ed. Con el corazón palpitante, salí de la casa que había amado y atesorado como mi hogar.

---

[2] El georgismo —comúnmente llamado así por Henry George, su más conocido teórico— es una filosofía política e ideología económica según la cual uno es dueño de aquello que logre crear pero, todo aquello que es proporcionado por la naturaleza, sobre todo la tierra, pertenece a toda la humanidad por igual. Los primeros grupos georgistas se definían como *single taxers* (impuesto único), porque defendían la sustitución de todos los impuestos por un impuesto sobre el valor de la tierra. (*N. de la T.*)

19

La primera parada de mi gira fue en Barre, Vermont. Había allí un activo grupo formado por italianos que en su mayoría trabajaban en las canteras, la principal industria de la ciudad. Me dejaron muy poco tiempo para reflexionar sobre mi vida personal: había numerosos mítines, debates, reuniones privadas y discusiones. Mi anfitrión, Palavicini, un camarada con el que había trabajado en la huelga textil de Summit, me ofreció una generosa hospitalidad. Era un hombre culto, informado no solo sobre el movimiento obrero internacional sino también sobre las nuevas tendencias de las artes y las letras italianas. También entonces conocí a Luigi Galleani, el líder intelectual de las actividades italianas en los estados de Nueva Inglaterra.

Vermont había sido bendecida con una Ley Seca y a mí me interesaba observar sus efectos. En compañía de mi anfitrión, di una vuelta por algunas casas particulares. Para mi estupor, descubrí que casi todas se habían convertido en bares. En una de ellas nos topamos con una docena de hombres que se encontraban visiblemente bajo los efectos del alcohol. La mayoría eran funcionarios del ayuntamiento, me informó mi acompañante. La cocina asfixiante, con los niños de la familia inhalando el aire viciado de whisky y tabaco, se convertía en una guarida de borrachos. Muchos otros lugares como este florecían bajo la protección de la policía, a quienes se les pagaba una parte de los beneficios. «Este no es el mayor mal de la Ley

Seca», señaló mi camarada; «su aspecto más condenable es la destrucción de la hospitalidad y del compañerismo. Antes podías ofrecer una copa a las visitas o ellas te ofrecían una. Ahora, como la mayoría de la gente se ha convertido en proveedores de bebida, los amigos esperan que les compres bebida o comprártela a ti».

Otra consecuencia de la Ley Seca era el incremento de la prostitución. Visitamos varias casas en los aledaños de la ciudad, todas un negocio floreciente. La mayoría de los «invitados» eran viajantes de comercio, y algún que otro granjero. Con el cierre de los bares, el burdel se había convertido en el único lugar donde los hombres que llegaban a la ciudad podían encontrar algún entretenimiento.

Tras dos semanas de actividad en Barre, la policía decidió sorpresivamente evitar mi último mitin. La razón oficial para ello era que se suponía que sería mi conferencia sobre la guerra. Según las autoridades, yo habría dicho: «Dios bendiga la mano que hizo estallar el *Maine*». Por supuesto era ridículo acreditarme tal exabrupto. La versión no oficial era más plausible. «Has pillado al alcalde y al jefe de policía en la cocina de la señora Colletti, borrachos como cubas», explicó mi amigo italiano, «y has investigado sus intereses en los burdeles. No es de extrañar que te consideren peligrosa ahora y quieran echarte».

Hasta que llegué a Chicago no empezaron a dar fruto mis esfuerzos. Como en la gira anterior, me invitaron a hablar muchas organizaciones obreras, incluyendo la conservadora Woodworkers' Union, que nunca había admitido que el anarquismo traspasara su sagrado umbral. Los anarquistas estadounidenses también me organizaron unas cuantas conferencias. Era un trabajo agotador y probablemente no habría sido capaz de llevarlo a cabo sin la estimulante compañía de Max Baginski.

Como en ocasiones anteriores, mi cuartel general era el hogar de los Appel. Al mismo tiempo Max y yo alquilamos un pequeño lugar junto a Lincoln Park, nuestro *Zauberschloss* (castillo de hadas), como él lo bautizó,

donde podíamos refugiarnos en nuestro tiempo libre. Allí nos regalábamos con cestas llenas de golosinas, frutas y vino que aportaba el derrochador y generoso Max. Y leíamos *Romeo und Juliet auf dem Lande*, el hermoso relato de Gottfried Keller, y las obras de nuestros autores favoritos: Strindberg, Wedekind, Gabriele Reuter, Knut Hamsun y, sobre todo, Nietzsche. Max conocía, comprendía y amaba profundamente a Nietzsche. Con la ayuda de su extraordinario gusto fui consciente de todo el significado del gran poeta filósofo. Tras las lecturas venían largos paseos por el parque y charlas sobre la gente interesante del movimiento alemán, sobre arte y literatura. El mes de Chicago estuvo repleto de trabajo interesante, de la hermosa camaradería de nuevos amigos y de las exquisitas horas de goce y armonía junto a Max.

La Exposición de París, que se planificaba para 1900, había animado a nuestros camaradas europeos la idea de celebrar simultáneamente un congreso anarquista. Habría tarifas reducidas y la mayoría de nuestros amigos podría acudir desde los distintos países. Yo había recibido una invitación, se lo comenté a Max y le pedí que viniera conmigo. Un viaje a Europa juntos, solo pensar en ello nos extasiaba. Mi gira duraría hasta agosto; después podríamos llevar a cabo nuestro nuevo plan. Primero viajaríamos a Inglaterra, yo estaba segura de que los camaradas querrían que hablara allí. Después a París. «Imagínate, amor, ¡París!» «¡Maravilloso, glorioso!», exclamó. «Pero el billete, ¿has pensado en eso, mi romántica Emma?» «Eso no es nada. Robaremos en una iglesia o en una sinagoga. ¡Conseguiré el dinero de alguna forma! Tenemos que ir sí o sí. ¡Tenemos que ir en busca de la luna!» «Como dos niños en el bosque», comentaba Max; «¡Dos románticos lúcidos en un mundo de locura!»

De camino a Detroit me desvié a Caplinger Mills, un distrito agrícola en el suroeste de Missouri. Mi único contacto anterior con la vida campesina en Estados Unidos había tenido lugar hacía años, cuando había recorrido las granjas de Massachusetts buscando encargos para ampliar las fotografías de

sus inestimables ancestros. Los había encontrado tan aburridos, tan enraizados en sus viejas tradiciones sociales, que ni siquiera me molesté en intentar transmitirles mis convicciones. Seguro que habrían pensado que estaba poseída por el diablo. Me sorprendió mucho entonces recibir una invitación de Caplinger Mills para dar allí una charla. La camarada que me escribió y que había organizado la reunión era Kate Austen, cuyos artículos yo había leído en *Free Society* y en otras publicaciones radicales. Sus escritos la definían como una pensadora lógica, bien informada y con una vena revolucionaria, mientras que sus cartas me revelaban a un ser afectuoso y sensible.

Me recibió en la estación Sam Austen, el marido de Kate, que me comunicó que Caplinger Mills estaba a veintidós millas de la vía del tren. «Las carreteras son muy malas», me dijo. «Me temo que voy a tener que atarte al asiento de la carreta, para que no salgas despedida». Pronto comprobé que no exageraba. Apenas habíamos cubierto la mitad del camino cuando con un bote violento y un crujido de las ruedas, Sam aterrizó en una zanja y, cuando traté de ponerme en pie, sentí mis muchas magulladuras. Él me sacó del carro y me sentó en un arcén. Masajeándome mis doloridas articulaciones, traté de sonreír para animar a Sam.

Mientras él trasteaba con la rueda rota, mis pensamientos vagaron de nuevo hasta Popelan y a nuestros largos viajes en el gran trineo impulsado por una fiera *troika*. Mi sangre bullía con el misterio de la noche, los cielos estrellados sobre mi cabeza, la llanura nevada, la música de las alegres campanillas y las canciones campesinas de Petrushka junto a mí. El peligro de los lobos, cuyos aullidos podían oírse en la distancia, hacían las excursiones aún más aventureras y románticas. A nuestro regreso a casa nos esperaba un festín de calientes tortitas de patata horneadas en deliciosa grasa de ganso, un té humeante con *varenka* (mermelada) que había hecho mi madre y vodka para los criados. Petrushka siempre me dejaba probar un poco de su vaso. «Eres una borracha», bromeaba. Y esa reputación me labré

cuando me habían encontrado indispuesta en nuestro sótano, bajo un barril de cerveza. Mi padre nunca nos permitía probar el alcohol, pero un día (yo tendría unos tres años) me había colado en el sótano, acercado mi boca al pitorro y bebido aquel líquido de sabor extraño. Me levanté, enferma y mareada, y sin duda me habría llevado una buena paliza si nuestra querida niñera no me hubiera mantenido lejos del alcance de mi padre...

Finalmente llegamos a la granja de los Austen situada en Caplinger Mills. «Llévala directamente a la cama con una bebida caliente», indicó Sam, «o nos odiará por el resto de su vida por haberla traído por esa carretera». Tras un baño caliente y un buen masaje, me sentí mucho mejor, aunque aún me dolían todos los huesos.

Mi semana en casa de los Austen me mostró ángulos inéditos de la vida del pequeño granjero estadounidense. Me hizo ver mi error al considerar al granjero en Estados Unidos perteneciente a la burguesía. Kate me dijo que eso solo era cierto en el caso del rico terrateniente que cultivaba a gran escala; la mayor parte de los granjeros estadounidenses eran aún más dependientes que los trabajadores urbanos. Estaban a merced de los banqueros y del ferrocarril, por no hablar de sus enemigos naturales, la tormenta y la sequía. Para combatir a estos últimos y alimentar a las sanguijuelas que lo sangraban, el granjero debía esclavizarse horas interminables bajo todos los climas y vivir casi en el límite de la penuria. Era ese destino arduo lo que lo hacía cerrado y hostil, pensaba Kate. Ella lamentaba especialmente la gris existencia de la esposa del granjero. «A las mujeres aquí solo les esperan los cuidados, la monotonía y los partos sucesivos».

Kate había llegado a Caplinger después de casada. Hasta ese momento había vivido siempre en ciudades pequeñas y pueblos. Se había quedado a cargo de sus ocho hermanos y hermanas tras la muerte de su madre, cuando ella solo tenía once años, y no había tenido mucho tiempo para estudiar. Dos años en la escuela del barrio era toda la escolarización que su padre

había podido permitirse para ella. Me preguntaba cómo había conseguido recopilar tanto conocimiento como daban a entender sus numerosos artículos. «Leyendo», me dijo. Su padre había sido un ávido lector, al principio de las obras de Ingersoll, después de *Lucifer* y otras publicaciones radicales. Los acontecimientos de Chicago acaecidos en 1887 habían ejercido sobre ella, como en mi caso, una influencia capital. Desde entonces había seguido de cerca la lucha social y estudiado todo lo que tuvo a su alcance. El abanico de sus lecturas, a juzgar por los libros que pude ver en el hogar de los Austen, era muy amplio. Obras de filosofía, de temas económicos, sociales y sexuales se codeaban con lo mejor de la poesía y la ficción. Esa había sido su escuela. Estaba completamente informada, y además, poseía un entusiasmo extraordinario en una mujer que apenas había tenido contacto con la vida.

«¿Cómo puede una mujer con tu cerebro y tu talento seguir viviendo en un ámbito tan tedioso y reducido?», le pregunté.

«Bueno, está Sam», me contestó, «que lo comparte todo conmigo y a quien quiero. Y los niños. Y están mis vecinos que me necesitan. Se puede hacer mucho aquí».

El numeroso público que acudió a los tres mítines daba testimonio de la influencia de Kate. Desde un radio de muchas millas llegaron los granjeros, a pie, en carreta y a caballo. Di dos charlas en la pequeña escuela rural y la tercera en una gran arboleda. Fue una reunión de lo más pintoresca, con los rostros de mis oyentes iluminados por las linternas que habían traído ellos mismos. A partir de las preguntas que algunos hombres hicieron, que se centraban principalmente en el derecho a la tierra bajo el anarquismo, podía ver que algunos de ellos no habían acudido simplemente atraídos por la curiosidad sino que había despertado en ellos la idea de que sus propias dificultades eran parte de los problemas generales de la sociedad.

Toda la familia Austen se dedicó a atenderme durante mi estancia. Sam me llevó a caballo a ver los campos y me prestó una serena y vieja yegua

para que yo cabalgara. Los niños cumplían mis deseos casi antes de que tuviera ocasión de expresarlos y Kate era todo afecto y dedicación. Estuvimos mucho rato juntas, lo que le dio tiempo de hablarme de sí misma y de su entorno. Lo que más le objetaban algunos de sus vecinos era su postura sobre la cuestión sexual. «¿Qué harías si tu marido se enamora de otra mujer?», le había preguntado una vez la esposa de un granjero. «¿Lo abandonarías?» «No si aún me quiere», Kate le había replicado con prontitud. «¿Y no odiarías a la mujer?» «No si fuera una buena persona y si realmente quisiera a Sam». Su vecina le había dicho que, de no conocer a Kate tan bien, consideraría que era inmoral o que estaba loca e, incluso así, estaba segura de que Kate no amaba a su marido o nunca aceptaría compartirlo con nadie más. «Lo gracioso del asunto», añadió Kate, «es que es bien sabido que el marido de esta vecina se dedica a perseguir faldas y que ella no es consciente. Ni te imaginas las prácticas sexuales de estos granjeros, pero son resultado sobre todo de su aburrida existencia», —se apresuró a añadir—; «no hay válvula de escape, no hay distracciones, no hay ningún color en sus vidas. En la ciudad es distinto, incluso el obrero más pobre puede a veces ir a un espectáculo o a una charla o compartir sus intereses en el sindicato. El granjero solo tiene una faena larga y ardua en verano y días vacíos en invierno. El sexo es lo único que les queda. ¿Cómo va a entender esta gente el sexo en su más bella expresión o el amor que ni se vende ni se ata? Es una lucha cuesta arriba, pero tenemos que perseverar», concluyó mi querida camarada.

El tiempo pasó demasiado rápido. Pronto tuve que marcharme para cumplir con mis compromisos en el Oeste. Sam se ofreció a llevarme a la estación por una ruta más corta, que eran «solo catorce millas». Kate y el resto de la familia me acompañaron.

20

En lo más intenso de mis actividades californianas llegó una carta que hizo estallar mis sueños de amor armonioso: Max me escribía que él y su camarada «Puck» estaban a punto de marcharse al extranjero, gracias a la generosidad de un amigo. Me reí en alto de la insensatez de mis esperanzas. Tras el fracaso con Ed, ¿cómo podía haber soñado con el amor y la comprensión de nadie? Amor y felicidad, palabras vacías y sin sentido, que en vano aspiraban a lo inalcanzable. Sentí que me habían robado la vida, me sentí derrotada en mi anhelo de una hermosa relación. Aún tenía mis ideales para vivir, así me consolaba también la tarea que me había asignado. ¿Por qué esperar más de la vida? Pero ¿de dónde sacar la fuerza y la inspiración para no cejar en la lucha? Los hombres habían sido capaces de hacer las grandes obras del mundo sin que los sostuviera el poder del amor, ¿por qué no habrían de hacerlo también las mujeres? ¿O es que una mujer necesita amor más que un hombre? Una noción estúpida, romántica, concebida para mantenerla para siempre dependiente del varón. Pues no lo aceptaba. Trabajaría y viviría sin amor. No hay nada permanente en la naturaleza o en la vida. Debía apurar el momento y después dejar que el cáliz cayera al suelo. Es la única protección contra el echar raíces para que después te arrancaran dolorosamente de nuevo. Mis jóvenes amigos de San Francisco me habían estado llamando. La visión de una vida con Max se había interpuesto. Ahora podría responder; yo debía responder para poder olvidar.

Tras visitar Portland y Seattle, fui a Tacoma, Washington. Se habían hecho todos los preparativos para un mitin allí, pero cuando llegué me encontré con que el dueño del salón se había echado atrás y que no se había podido contratar ningún otro sitio. En el último momento, cuando ya habíamos abandonado toda esperanza, los espiritualistas acudieron al rescate. Pronuncié varias conferencias allí, pero ante el tema del Amor Libre incluso ellos se plantaron. Evidentemente, los espíritus seguían en el cielo los mismos criterios morales que se habían fijado durante su encarnación.

En Spring Valley, Illinois, un gran barrio minero, había un grupo anarquista potente compuesto principalmente por belgas e italianos. Me habían invitado a dar una serie de charlas que culminarían con una manifestación el día del Trabajo. Sus esfuerzos se vieron coronados con un gran éxito. Aunque hacía un calor sofocante, los mineros aparecieron acompañados de sus mujeres e hijos, vestidos con sus mejores galas. Yo encabezaba la procesión, llevando una enorme bandera roja. En el jardín alquilado para los discursos, el estrado no tenía toldo. Hablé bajo el sol ardiente martilleándome la cabeza, que ya había empezado a dolerme durante la larga marcha. Por la tarde, durante el *picnic*, los camaradas me presentaron diecinueve bebés para que los bautizara «a la manera auténticamente anarquista». Me subí a un barril de cerveza vacío, que era el único asiento disponible, y me dirigí al público. Me parecía que los únicos que necesitaban un bautizo eran en realidad los padres, un bautizo en las nuevas ideas sobre los derechos de los niños.

Los periódicos locales del día siguiente llevaban dos historias de portada: una que Emma Goldman «bebía como un soldado» y la otra que «había bautizado a niños anarquistas en un barril de cerveza».

Durante mi visita previa a Detroit en compañía de Max había conocido a uno de los amigos más fieles de Robert Reitzel, Herman Miller, y a otro devoto de *Der arme Teufel*, Carl Stone. Miller era presidente de la

Cleveland Brewing Company y un hombre de gran fortuna. Cómo había llegado a esa posición era un misterio para todos los que lo conocían. Era un soñador y un visionario, un amante de la libertad y de la belleza y un espíritu de enorme generosidad. Durante años había sido el sostén principal del *Der arme Teufel*. Su rasgo más bello era su arte de dar. Incluso cuando daba una propina a un camarero lo hacía de una forma delicada y casi disculpándose. En cuanto a sus amigos, Herman hacía llover regalos sobre ellos de una forma que parecía que ellos eran quienes le hacían un favor. En esa ocasión, mi anfitrión se superó en deferencia y generosidad. Los días que pasé con él y Stone, en la compañía de los Ruedebusche, Emma Clausen y otros amigos, fueron un festival de buena compañía y camaradería.

Tanto Miller como Stone mostraron enorme interés en mi lucha y en mis planes para el futuro. Cuando me preguntaron sobre esto último les informé de que no tenía ninguno, excepto trabajar por mis ideales. ¿No querría procurarme una seguridad material, mediante alguna profesión, por ejemplo?, me sugirió Herman. Siempre había querido estudiar medicina, le dije, pero nunca había tenido medios para ello. Me quedé totalmente descolocada cuando Herman inesperadamente se ofreció a costear mis estudios. Stone también quería compartir los gastos, pero los dos amigos pensaron que sería una idea nefasta entregarme toda la cantidad necesaria. «Entiendo que siempre tienes una reata de gente que necesita ayuda, así que acabarías dándoles el dinero», dijo Herman. Acordaron mantenerme durante cinco años con un ingreso de cuarenta dólares al mes. Ese mismo día, Herman, acompañado de Julia Ruedebusche, me llevó a la mejor tienda de Detroit, «para equipar a Emma para su viaje». Entre las cosas que atesoré en mi excursión de compras había una hermosa capa escocesa azul. Carl Stone me regaló un reloj de oro con forma de almeja y me pregunté por qué habría elegido una forma tan peculiar. «Como reconocimiento a un don que tienes, muy escaso entre tu sexo: la habilidad de no soltar prenda», me dijo.

«¡Eso sí que es un elogio viviendo de un varón!», contesté, para diversión del resto.

Antes de despedirme de mis queridos amigos de Detroit, Herman me puso tímida y discretamente un sobre en la mano. «Una carta de amor», me dijo, «para que la leas en el tren». La «carta de amor» contenía quinientos dólares con una nota: «Para el pasaje, querida Emma, y para librarte de preocupaciones hasta que nos encontremos en París».

La última esperanza de una rectificación legal para Sasha se esfumó cuando la nueva Junta de Indultos se negó a admitir nuestra petición. Ya no quedaba nada que hacer excepto la aventura desesperada que Sasha había estado planificando durante tanto tiempo: una fuga. Sus amigos habían tratado por todos los medios de disuadirlo de esa idea durante la campaña que Carl, Henry, Gordon y Harry Kelly habían promovido en su favor. Cuando la posibilidad de una liberación desapareció, yo no podía hacer otra cosa que someterme a los deseos de Sasha, aunque con una enorme ansiedad.

En sus cartas, después de que le notificara que seguíamos adelante con su plan, se transparentaba que había sufrido una maravillosa transformación. Estaba de nuevo animado, lleno de esperanza y energía. Pronto nos enviaría a un amigo, nos escribió, una persona de absoluta confianza, un compañero de prisión a quien llamaba «Tony». El hombre iba a salir libre en unas pocas semanas y nos aportaría entonces los detalles necesarios para el plan. «No fracasará si mis instrucciones se siguen fielmente», escribía. Explicó que se requerían dos cosas: camaradas con arrestos y resistencia, en los que confiar, y algo de dinero. Estaba seguro de que yo encontraría las dos cosas.

Poco después «Tony» salió de prisión, pero algunos trabajos preparatorios por cuenta de Sasha lo retenían en Pittsburgh y no pudimos ponernos en contacto personal con él. Me enteré, sin embargo, de que el plan de Sasha implicaba cavar un túnel desde el exterior hasta la prisión y que Sasha le había confiado a «Tony» todos los diagramas y medidas

necesarias para que pudiéramos hacer el trabajo. El plan parecía fantasioso, la idea desesperada de alguien dispuesto a apostar todo, incluso su vida, a una sola carta. Y aun así me fascinó el proyecto, de concepción brillante y detallado con un cuidado impresionante. Reflexioné mucho tiempo sobre a quién abordar para su consecución. Había muchos camaradas que estarían dispuestos a arriesgar sus vidas para rescatar a Sasha, pero pocos cumplían con los requisitos para una tarea tan difícil y azarosa. Finalmente me decidí por nuestro amigo noruego Eric B. Morton, a quien apodábamos «Ibsen». Era un auténtico vikingo, en espíritu y cuerpo, un hombre inteligente, atrevido y voluntarioso.

El plan lo conquistó enseguida. Sin dudarlo me prometió hacer lo que hiciera falta y estaba dispuesto a empezar en ese mismo momento. Le expliqué que había un retraso imponderable, teníamos que esperar a «Tony». Había algo que al parecer lo estaba retrasando mucho más de lo que esperaba. Yo me resistía a salir hacia Europa sin estar segura de que el plan de Sasha estaba en marcha y le confesé a Eric que me sentía muy insegura ante la idea de irme. «Me volveré loca estando a tres mil millas de distancia mientras el destino de Sasha cuelga de un hilo», le dije. Eric entendía mis sentimientos sobre el asunto, pero pensaba que, en lo que se refería al túnel, yo no podía hacer nada. «De hecho, tu ausencia puede ser de mayor ayuda», argumentó, «que tu presencia en Estados Unidos. Servirá para disipar cualquier sospecha de que algo se está haciendo por Sasha». Estaba de acuerdo conmigo en que la cuestión de la seguridad de Sasha tras la fuga era un asunto de importancia capital. «Tendremos que sacarlo lo más rápidamente posible a Canadá o a México y de ahí a Europa», sugirió. «El túnel necesitará meses de trabajo y eso te dará tiempo para buscar un lugar para él en el extranjero. Allí lo reconocerán como un refugiado político y como tal no lo extraditarán».

Yo sabía que Eric era un hombre muy sensato, enteramente de confianza. Aun así odiaba la idea de marcharme sin ver a «Tony», sin conocer los

detalles del plan y saber todo lo que podía contarnos sobre Sasha. Eric tranquilizó mis aprensiones prometiéndome hacerse cargo de todo el asunto y empezar las operaciones en cuanto «Tony» apareciera. Eric era un hombre de maneras convincentes y de una fuerte personalidad y yo tenía completa fe en su valor y en su habilidad para ejecutar con éxito las indicaciones de Sasha. Además era una compañía espléndida, consoladora y con un gran sentido del humor. Al partir me aseguró alegremente que todos juntos, con Sasha, nos encontraríamos en París para celebrar su fuga.

Pero «Tony» tardaba en presentarse y su ausencia me producía recelo. No podía evitar pensar en la poca fiabilidad de las promesas de los presos. Recordaba las grandes cosas que algunas de las mujeres de la isla de Blackwell iban a hacer por mí cuando las liberaran. Enseguida se veían inmersas en el torbellino de su vida y de sus intereses personales y las mejores intenciones de la cárcel se disipaban. Es de hecho raro que un preso liberado desee y pueda cumplir las promesas que les ha hecho a sus compañeros de infortunio que se quedan tras las rejas. «Tony» era probablemente como la mayoría, pensaba, pero aún me quedaban unas pocas semanas antes de zarpar, tal vez Tony apareciera durante ese intervalo.

Desde que saliera de Nueva York en mi última gira no me había comunicado con Ed, pero a mi vuelta recibí una carta suya pidiéndome que fuera al piso y me quedara allí hasta que saliera hacia Europa. No podía soportar que me quedara entre desconocidos teniendo un hogar propio. «No hay razones para que no te quedes aquí», escribió. «Aún somos amigos y el piso, con todo lo que contiene, es tuyo». Al principio me sentí que debía negarme, temerosa de una reactivación de nuestra antigua relación y de la vieja batalla, pero Ed fue tan insistente en sus cartas que finalmente regresé al lugar que durante tantos años había sido mi hogar. Ed se mostró encantador, demostró mucho tacto y no fue nada invasivo. Nuestro piso tenía un par de entradas y nosotros entrábamos y salíamos por una distinta.

Era la temporada de más trabajo para su empresa y mi tiempo estaba ocupado por completo reuniendo dinero para el proyecto de Sasha y preparándome para mi viaje al extranjero. En mis ocasionales noches libres o los sábados por la tarde, Ed me invitaba a cenar y al teatro y después íbamos al local de Justus. Nunca se refirió ni una sola vez a nuestra antigua vida. En lugar de ello discutíamos sobre mis planes en Europa y parecía enormemente interesado en ellos. Le complació escuchar que Herman Miller y Carl Stone iban a financiar mis estudios de medicina y me prometió visitarme en Europa, pues estaba pensando en ir allí al año siguiente. Su madre estaba delicada de salud, se hacía mayor y quería visitarla lo antes posible.

El local de Justus seguía siendo lo más interesante de Nueva York, pero su antigua alegría se veía empañada por el alarmante estado de salud de su anfitrión. Mientras estaba de gira, nadie me había informado de su enfermedad y, a mi vuelta, me quedé horrorizada de encontrármelo tan débil y exangüe. Sus amigos lo presionaban para que se tomara un descanso. La señora Schwab y su hijo podían llevar el local en su ausencia, pero Justus no aceptaba. Se reía y bromeaba como siempre, pero su voz gloriosa había perdido el viejo timbre. Era algo desgarrador ver cómo nuestro «roble gigante» se resquebrajaba.

Los fondos para llevar a cabo la empresa de Sasha tenían que reunirse con la excusa de una nueva iniciativa legal. Solo unos pocos camaradas sabían el verdadero fin del dinero. El hombre que mejor nos podía ayudar era S. Yanofsky, editor de *Der Freie Arbeiter Stimme*, el semanario anarquista *yiddish*. Acababa de llegar de Inglaterra, donde había editado el *Der Arbeiter Freunde*; Yanofsky era inteligente y de pluma acerada. Yo sabía que era un admirador de Most, lo que sin duda fue la razón de su actitud hostil hacia mí en nuestra primera reunión. Sus modales sarcásticos me habían causado una desagradable impresión y no me apetecía nada acercarme a él de nuevo, pero era por el bien de Sasha, así que fui a verle.

Para mi sorpresa, descubrí que Yanofsky estaba muy interesado y deseando ayudar. Expresó sus dudas sobre las posibilidades de éxito del plan pero, cuando le comuniqué que Sasha estaba desesperado ante la perspectiva de seguir once años más en su tumba, Yanofsky prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para reunir el dinero suficiente. Con «Ibsen» y algunos otros amigos de confianza de Pittsburgh para velar por la empresa y con Yanofsky prestando ayuda en el aspecto económico, mi ansiedad se redujo considerablemente.

Harry Kelly se encontraba por entonces en Inglaterra. Le había escrito para contarle mi próxima llegada e inmediatamente me invitó a quedarme en la casa donde vivía con su mujer y su hijo. Los camaradas de Londres, escribió Harry, estaban planificando un gran mitin para el 11 de noviembre y estarían encantados de que yo fuera una de las oradoras. Al mismo tiempo, llegó una carta de los anarquistas de Glasgow, en la que me invitaban a dar allí conferencias. Además, había mucho que hacer para preparar nuestro congreso. Yo había recibido credenciales de delegada de varios grupos. Algunos de los camaradas estadounidenses, entre ellos Lizzie y William Holmes, Abe Isaak y Susan Patten, me pidieron que presentara sus artículos sobre distintos temas. Tenía mucho trabajo y era el momento de iniciar mi viaje, pero para mi angustia, no sabíamos aún nada de «Tony».

Una noche fui al local de Justus, donde había prometido reunirme con Ed. Me lo encontré en el círculo de sus colegas filólogos, discutiendo, como de costumbre, la etimología de las palabras. Un viejo amigo literato, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo, estaba allí y, mientras esperaba a Ed, estuve conversando con él. Se hizo tarde, pero Ed no parecía tener ganas de marcharse. Le dije que me iba a casa y salí acompañada del escritor, que vivía en el mismo barrio. Lo despedí en mi puerta y me fui inmediatamente a la cama.

Me desperté de una pesadilla de rayos y truenos que me había aterrorizado, pero el estruendo parecía continuar y pronto me di cuenta de

que era real, que ocurría en la puerta contigua, en la habitación de Ed. Debe estar borracho perdido, pensé, pero nunca había visto a Ed beber tanto como para perder el control de sí mismo. ¿Qué habría ocurrido para volver tan violento a Ed, como para que volviera a casa a tirar cosas en mitad de la noche? Quise llamarle pero me refrenaba el continuo traqueteo de objetos que caían y se rompían. Pasado un rato, el ruido remitió y escuché cómo Ed se tiraba en el sofá. Y se hizo el silencio.

No podía dormirme, mis ojos ardían y mi corazón latía acelerado. Al romper el alba me vestí a toda prisa y abrí la puerta que separaba mi habitación de la de Ed. La visión era aterradora: el suelo estaba sembrado de porcelana y muebles rotos, el retrato que Fedya me había hecho, que Ed apreciaba como su mayor tesoro, estaba arrugado y desgarrado, el marco aplastado. La mesa y las sillas estaban volcadas y rotas. En mitad de esa confusión, estaba Ed, medio vestido y profundamente dormido. Con rabia y asco volví a mi cuarto, dando un portazo.

Volví a ver a Ed una vez más, al día siguiente, antes de zarpar. Su aspecto triste y ojeroso me selló los labios. ¿Qué podía decir o explicar? Los restos de nuestras cosas eran el símbolo de nuestro amor naufragado, de la vida que había una vez tenido tanto color y esperanza.

Muchos amigos aparecieron por el puerto a despedirnos a mí y a Mary Isaak, que venía conmigo. Ed no estaba entre ellos y yo lo agradecí. Aún habría sido más difícil contener las lágrimas en su presencia. Ya era demasiado doloroso decirle adiós a Justus, quien todos sabíamos que se estaba muriendo de tuberculosis. Parecía muy enfermo y me entristecía pensar que nunca volvería a verlo con vida. También fue duro despedirme de mi hermano. Me alegraba poder dejarle algo de dinero y podría contribuir a sus necesidades con la asignación mensual que me mandarían mis amigos de Detroit. Yo podía arreglarme con menos, lo había hecho ya en Viena, pero el muchacho se había adueñado de mi corazón, mi hermano era era tan tierno y considerado que su afecto se había convertido en algo

muy preciado para mí. Mientras el enorme trasatlántico se alejaba, seguí mucho tiempo en cubierta observando cómo empequeñecía la silueta de Nueva York.

Nuestro crucero no tuvo más incidentes que una tormenta. Llegamos a Londres dos días después del mitin del 11 de noviembre y en el apogeo de la guerra de los bóers. En la casa donde vivían Harry y su familia había solo una habitación libre y estaba en la planta baja. Incluso en días claros entraba poca luz luz y en los días nublados había que tener el gas encendido todo el rato. La chimenea calentaba solo el frente o un costado, nunca el cuerpo completo, y tenía que estar constantemente cambiando de postura para compensar, en alguna medida, la diferencia atmosférica entre el fuego y la fría habitación.

Como la última vez había estado en Londres durante su mejor estación, a finales de agosto y en septiembre, siempre creí que la gente exageraba cuando hablaba de los horrores de la niebla londinense, de la humedad y la grisura de su invierno, pero esa vez me di cuenta de que sus palabras apenas hacían justicia a la realidad. La niebla era como un monstruo, se deslizaba sigilosamente y envolvía a la víctima en un abrazo helador. Por las mañanas me despertaba con una sensación de plomo, mi boca abrasada. En vano esperaba disfrutar de un rayo de luz abriendo las persianas, la negrura exterior se colaba en la habitación. La pobre Mary Isaak, que venía de la soleada California, estaba deprimida por el tiempo londinense mucho más que yo. Había planificado quedarse un mes, pero después de una semana solo pensaba en marcharse.

21

La locura bélica en Inglaterra era tan grande, me informaron algunos camaradas, que sería prácticamente imposible dar mis conferencias como habíamos planeado. Harry Kelly era de la misma opinión. «¿Por qué no hacemos mítines contra la guerra?», les sugerí. Le conté los encuentros espléndidos que habíamos tenido en Estados Unidos durante la guerra contra España. Había habido intentos de intervención y tuvimos que renunciar a algunas charlas, pero, en general, habíamos sido capaces de llevar a cabo la campaña. Sin embargo, Harry pensaba que en Inglaterra sería imposible. Su descripción de los ataques violentos a los oradores (el espíritu jingoísta estaba en su apogeo) y de las reuniones interrumpidas por las muchedumbres patrióticas sonaba descorazonadora. Harry estaba seguro de que sería incluso más peligroso que yo, una extranjera, hablara sobre la guerra. Yo era partidaria de probar: no podía estar en Inglaterra y mantener silencio sobre la cuestión. ¿Acaso no creía Gran Bretaña en la libertad de expresión? «Ten en cuenta», me advirtió, «que no es como en Estados Unidos, no son las autoridades las que intervienen en los mítines, es la multitud misma, tanto ricos como pobres». Yo insistí, no obstante, en hacer una prueba. Harry prometió consultar a los otros camaradas a este respecto.

Los Kropotkin nos invitaron a Mary y a mí a Bromley. Esa vez estaba en casa la señora Kropotkin y su hija Sasha. Tanto Piotr como Sophia Grigorevna nos recibieron con afectuosa cordialidad. Hablamos de Estados

Unidos, del movimiento allí, y de las condiciones en Inglaterra. Piotr había visitado Estados Unidos en 1898, pero por entonces yo me encontraba en la costa y no pude asistir a sus conferencias. Sabía, sin embargo, que la gira había tenido mucho éxito y que había dejado una impresión muy grata. Las ganancias de los mítines habían ayudado a reavivar *Solidarity* y habían inyectado nueva vida al movimiento. Peter se interesó especialmente por mis giras por el Medio Oeste y California. «Debe de ser un campo espléndido», señaló, «si se pudiera cubrir el mismo territorio tres veces sucesivamente». Yo le aseguré que así era y que gran parte del mérito de mi éxito en California se debía a *Free Society*. «El periódico está haciendo una labor espléndida», asintió con entusiasmo, «pero haría mucho más si no desperdiciara tanto espacio hablando de sexo.» Yo no estaba de acuerdo y nos enzarzamos en una discusión encendida sobre la importancia del tema sexual dentro de la propaganda anarquista. La visión de Peter era que la igualdad del hombre y de la mujer no tenía nada que ver con el sexo: se trataba de una cuestión de cerebro. «Cuando ella sea su igual intelectualmente y comparta sus ideas sociales», dijo, «será tan libre como él». Ambos nos acaloramos mucho y nuestras voces resonaban sin duda como si estuviéramos peleando. Sophia, que cosía silenciosamente un vestido para su hija, trató en varias ocasiones de llevar nuestra charla a aguas menos ensordecedoras en vano. Peter y yo recorríamos la habitación cada vez más agitados, cada uno aferrándose con fuerza a su visión del asunto. Finalmente, hice una pausa y señalé: «De acuerdo, querido camarada, cuando llegue a tu edad, la cuestión sexual puede que deje de tener importancia para mí. Pero hoy es hoy y es un factor tremendo para miles, incluso millones, de jóvenes». Peter se paró en seco y una traviesa sonrisa iluminó su amable rostro. «Mira que no había pensado en eso», contestó. «Tal vez tengas razón, después de todo». Me dedicó una sonrisa resplandeciente, con un destello bromista en los ojos.

Durante la cena expuse mi plan de celebrar mítines contra la guerra. Peter fue mucho más enfático de lo que había sido Harry. Estaba fuera de toda discusión, pensaba, pondría en peligro mi vida; además, como yo era rusa, mi postura sobre la guerra afectaría negativamente al estatus de los refugiados rusos. «Yo no estoy aquí en tanto rusa sino como estadounidense», —protesté—. «Además, ¿qué pintan esas consideraciones cuando un asunto tan vital como una guerra está en juego?» Peter señaló que sí pintaban mucho para la gente a la que esperaba una muerte segura en Siberia. Insistió en que Inglaterra era aún el único asilo de Europa para los refugiados políticos y que no se debía renunciar a su hospitalidad por causa de unos mítines.

Mi primera aparición pública en Londres, en el Athenaeum Hall, fue un fracaso estrepitoso. Yo tenía un grave catarro que me afectaba a la garganta, así que hablar no fue solo doloroso para mí sino también para el público. Apenas se me oía. No menos angustioso fue mi nerviosismo cuando me enteré de que los más distinguidos refugiados rusos y algunos ingleses famosos habían acudido a escucharme. Los nombres de aquellos rusos siempre habían simbolizado para mí todo lo que había de heroico en la lucha contra el zarismo. Saber que todos ellos estaban allí me aterraba. ¿Qué podía decir yo a aquellos hombres y cómo decirlo?

Harry Kelly moderaba y directamente le dijo al público que su camarada Emma Goldman, que se había enfrentado a batallones de policía en América, acababa de confesarle que tenía pánico frente a este público. Pensaron que era un buen chiste y se rieron a gusto. En mi interior, me enfurecí con Harry, pero el buen humor del público y su deseo de tranquilizarme aliviaron en parte mi tensión nerviosa. Arrastré las palabras, consciente todo el tiempo de que estaba pronunciando un discurso espantoso. En las preguntas que siguieron, sin embargo, recuperé mi presencia de ánimo. Me sentí más en mi elemento y ya no me preocupó tanto quién estaba presente. Recuperé mi tono resuelto y agresivo.

Mis mítines en el East End no sufrieron dificultades. Allí me encontraba entre los míos: conocía sus vidas, desoladas y duras en todas partes, pero aún más en Londres. Podía encontrar las palabras adecuadas para llegar a ellos, entre ellos yo era yo misma. Mis camaradas más cercanos eran una pandilla alegre y acogedora. El espíritu motor de la militancia en el East End era Rudolf Rocker, un joven alemán, cuya peculiaridad era ser un editor gentil de un periódico *yiddish*. No se había asociado demasiado con judíos hasta que llegó a Inglaterra. Para encajar mejor en sus actividades en el gueto, había vivido entre judíos y había aprendido su lengua. Como editor de *Der Arbeiter Freund* y con sus brillantes charlas, Rudolf Rocker estaba contribuyendo más a la educación y conciencia revolucionaria de los judíos en Inglaterra que los miembros más capaces de su raza.

La misma buena camaradería que prevalecía entre mis camaradas judíos era también evidente en los círculos anarquistas ingleses, especialmente en el grupo que publicaba *Freedom*. Esta revista mensual había agrupado a su alrededor una camarilla de empleados y colaboradores capaces que cooperaban en total armonía. Era un gusto encontrar que las cosas marchaban tan bien, encontrarse con viejos y queridos amigos y hacer muchos otros nuevos.

En una velada celebrada en casa de los Kropotkin, conocí a mucha gente ilustre, entre ellos a Nikolai Tchaikovski. Había sido el genio del movimiento revolucionario de la juventud rusa en la década de 1870, que cristalizó en los famosos círculos que llevaban su nombre. Fue para mí un gran acontecimiento conocer al hombre que personificaba todo lo que me había inspirado en el movimiento de emancipación ruso. Tenía un físico magnífico y una apariencia idealista, una personalidad que fácilmente resultaba atractiva a las almas jóvenes y dispuestas. Tchaikovski estaba rodeado de amigos, pero tras un rato se acercó al rincón donde yo estaba sentada y entabló conversación conmigo. Peter le había dicho que yo quería estudiar medicina. Se preguntaba cómo me proponía hacerlo y seguir a la

vez con mis actividades. Le expliqué que había pensado viajar a Inglaterra a dar charlas durante el verano, tal vez incluso ir a América; en cualquier caso, no tenía la intención de abandonar el movimiento. «Si no lo haces», me dijo, «serás una mala médico y, si ejerces seriamente tu profesión, te convertirás en una mala propagandista. No se pueden hacer las dos cosas». Me aconsejó que me lo pensara antes de emprender algo que sin duda destruiría mi utilidad en el movimiento. Sus palabras me perturbaron. Estaba convencida de que podría hacer ambas cosas si tenía la voluntad suficiente y continuaba con mis intereses sociales, pero consiguió sembrar dudas en mi mente. Empecé a cuestionarme si realmente quería entregar cinco años de mi vida para lograr un título en medicina.

No pasó mucho tiempo antes de que Harry Kelly apareciera para decirme que algunos camaradas habían accedido a organizar un mitin contra la guerra y que se tomarían medidas para garantizar la seguridad. Su plan era traer a gente de Canning Town, un suburbio conocido por su espíritu combativo y por la fuerza de sus hombres. Ellos protegerían el estrado y evitarían una posible avalancha de jingoístas. Se le pidió a Tom Mann, el sindicalista que había asumido el liderazgo en la reciente huelga de estibadores, que presidiera el acto. A mí me colarían en el salón antes de que los patriotas tuvieran ocasión de intentar algo, explicó Harry. Tchaikovski iba a encargarse de eso.

El día señalado, acompañada por mi escolta, llegué al South Place Institute unas cuantas horas antes de que la multitud empezara a congregarse. Cuando Tom Mann subió al estrado, hubo fuertes abucheos que ahogaron los aplausos de nuestros amigos. Durante un rato, la situación pareció desesperada, pero Tom era un orador experimentado, hábil en el manejo de las muchedumbres. El público pronto cedió. Cuando hice mi aparición, sin embargo, los patriotas se desmelenaron de nuevo. Algunos intentaron trepar al estrado, pero los hombres de Canning Town se lo impidieron. Yo me quedé callada unos instantes, sin saber muy bien cómo

abordar a los enfurecidos británicos. Estaba segura de que no conseguiría nada con mi forma directa y cortante que invariablemente triunfaba con los públicos estadounidenses. Se necesitaba algo diferente, algo que apelara a su orgullo. Mi visita de 1895 y mis experiencias en esta ocasión me habían enseñado el orgullo de los ingleses en sus tradiciones. «¡Hombres y mujeres de Inglaterra!», grité por encima del estrépito, «he venido aquí con la firme creencia de que un pueblo cuya historia está repleta del espíritu de rebeldía, y cuyo genio en cada campo es una estrella que brilla en el firmamento del mundo, no puede ser sino amante de la libertad y de la justicia. Las obras inmortales de Shakespeare, Milton, Byron, Shelley y Keats, por mencionar únicamente a los más grandes de la galaxia de poetas y soñadores de vuestro país, habrán sin duda ampliado vuestra visión y agudizado vuestro aprecio por lo que es la herencia más preciada de un pueblo auténticamente culto. Me refiero al don de la hospitalidad y a una actitud generosa hacia el extranjero que os visita».

Silencio completo en la sala.

«Vuestro comportamiento hoy apenas sostiene mi creencia en la cultura y la educación superior de vuestro país», continué. «¿O es que la furia de la guerra destruye tan fácilmente lo que se ha tardado siglos en construir? Si es así, sería razón más que suficiente para repudiar la guerra. ¿Quién podría quedarse tranquilamente sentado cuando lo mejor y más elevado de su pueblo se pisotea ante sus propios ojos? Ciertamente no Shelley, cuya canción hablaba de libertad y revuelta. Tampoco Byron, cuya alma no podía encontrar el descanso mientras la grandeza de Grecia peligrara. ¡Ellos no, ellos no! ¿Y vosotros habéis olvidado vuestro pasado, no hay ecos en vuestra alma de las canciones de vuestros poetas, de los sueños de vuestros visionarios, las proclamas de vuestros rebeldes?»

El silencio continuaba, mis oyentes aparentemente perplejos por el giro inesperado de mi discurso, patidifuso por mis sonoras palabras y mis gestos convincentes. El público se sumergió en mi charla y esta lo arrastró en una

ola de entusiasmo que finalmente rompió en un fuerte aplauso. Después de aquello, la travesía fue tranquila. Pronuncié mi conferencia sobre «Guerra y patriotismo» como lo habría hecho en Estados Unidos, simplemente cambiando las partes que trataban de las causas de las hostilidades hispano-estadounidenses por aquellas que subyacían a la guerra anglo-bóer. Concluí recordando lo esencial de la idea de Carlyle, que comparaba la guerra con una pelea entre dos ladrones, ambos demasiado cobardes para luchar, que metían a los muchachos de una aldea y de otra en uniformes, les ponían un arma en la mano y los soltaban como bestias feroces unos contra otros.

El local se vino abajo. Hombres y mujeres agitaron sus sombreros y gritaron su aprobación hasta quedarse roncos. El moderador leyó nuestra resolución, una enérgica protesta contra la guerra y esta fue adoptada con una única voz que disentía. Me incliné en la dirección del objetor y dije: «He aquí lo que yo llamo un hombre valiente que merece nuestra admiración. Requiere mucho valor mantenerse en soledad, incluso aunque uno esté equivocado. ¡Demos un sincero aplauso a tan osado oponente!».

Incluso nuestra guardia de Canning Town no pudo ya contener a la multitud, pero ya no había peligro. El público había pasado de un fiero antagonismo a una devoción igualmente intensa, estaba preparado para protegerme con la última gota de su sangre. En la sala del comité, Tchaikovski, que se había unido con manifestaciones de entusiasmo, agitando su sombrero como un jovenzuelo emocionado, me abrazó y alabó mi maestría en el manejo de la situación. «Me temo que he sido algo hipócrita», señalé. «Todos los diplomáticos lo son», contestó, «pero a veces es necesaria la diplomacia».

El primer correo que recibí de Estados Unidos traía cartas de Yegor, Ed y Eric Morton. Mi hermano me contaba que Ed le había ido a buscar el día después de mi partida y que le había suplicado que volviera a la casa, porque no podía aguantar la soledad. «Ya sabes, querida *Chavele*, que siempre me cayó bien Ed», decía su carta. «Sencillamente no me pude

negar, así que volví. Dos semanas más tarde, Ed apareció con una mujer en el apartamento y ahí ha estado desde entonces. Me asqueaba verla entre tus cosas, en el ambiente que tú habías creado, así que me mudé de nuevo». Ed le había pedido a Yegor que se llevara los muebles, los libros y otras cosas que me pertenecían, pero no podía hacerlo: a mi hermano lo entristecía mucho aquel asunto. Ed se había consolado pronto, reflexioné. ¿Y por qué no? Me preguntaba quién sería la mujer.

La carta de Ed no mencionaba la nueva relación de su vida. Preguntaba solo qué debía hacer con mis cosas. Tenía planes de mudarse a la parte alta de la ciudad, escribía, y no quería llevarse lo que siempre había considerado que era mío. Le telegrafié diciéndole que no quería nada más que mis libros y pidiéndole que los metiera en una caja y los almacenara en el local de Justus.

Eric escribía con su acostumbrado tono jovial. Nuestros planes iban bien. Había alquilado una casa y se iba a mudar allí con su amiga K. Allí trabajarían hasta la extenuación, porque K «estaba preparando su próximo concierto». Ya habían alquilado un piano para que pudiera ensayar y él se dedicaría a su invento. El dinero que yo les había dejado cubriría su viaje y el de K. a Pittsburgh y los mantendría durante un tiempo. «En lo que se refiere a nuestro ingeniero T, parece tener un ataque de ego, pero cumplirá. Te contaré todo lo demás cuando nos encontremos en París para celebrar mi invento».

Me hacía gracia la forma en la que Eric componía su carta, pensando en la seguridad, por supuesto, pero su contenido me desconcertaba. K. sin duda era Kinsella, su amiga, a quien yo había conocido en Chicago. Pero ¿qué demonios quería decir con un concierto y un piano? Sabía que la mujer tenía buena voz y que era una consumada pianista, pero ¿qué iba a hacer con esos talentos en una casa en la que habría que excavar un túnel? El «ingeniero» debía de ser «Tony». Estaba claro que por fin había aparecido, pero era evidente que a Eric no le gustaba. Mi esperanza era que se

pudieran llevar bien hasta que el proyecto se terminara. Tenía que escribir a mi querido Eric, decidí, y decirle que tuviera mucha, mucha paciencia.

Durante mi estancia en el Londres, hablé también en un mitin alemán organizado por los camaradas del club *Autonomie*. En el debate posterior me atacó un joven alemán. «¿Qué sabe Emma Goldman de la vida de los obreros?», exigía saber mi oponente. «Nunca ha trabajado en una fábrica y es como todos los demás agitadores, que llevan una vida estupenda, viajando y pasándolo bien. Nosotros los proletarios, nosotros los del blusón azul, somos los únicos que tenemos derecho a hablar sobre el sufrimiento de las masas». No había duda de que el chico no sabía nada de mí, ni me pareció necesario aclararle mi trabajo en las fábricas y mi conocimiento de la vida del pueblo, pero me intrigó la referencia al blusón azul. Me preguntaba qué significaba.

Tras la reunión dos hombres de mi edad se acercaron a verme. Me pidieron que no hiciera responsables a todos los camaradas del estúpido ataque del muchacho. Lo conocían bien, no hacía nada más en el movimiento que presumir de su marca proletaria, el blusón azul. En las primeras etapas del movimiento, explicaron los hombres, la *intelligentsia* alemana había empezado a vestir el blusón azul de los obreros, en parte como reacción al atuendo burgués más formal y convencional, pero especialmente para poder acercarse más fácilmente a las masas. Desde entonces, algunos charlatanes del movimiento social habían empleado esa forma de vestir como señal de su adherencia a los más estrictos principios revolucionarios. «Y también porque no tienen una camisa blanca», añadió el hombre moreno, «o porque no se lavan el cuello muy a menudo». Me reí a carcajadas y le pregunté por qué estaba tan gruñón. «¡Porque no soporto la farsa!», contestó el hombre con otro gruñido. Se presentaron como Hippolyte Havel y X., el primero checo, el segundo alemán. X. pronto se fue y Havel me pidió llevarme a cenar.

Mi acompañante era de pequeña estatura, muy moreno, con unos grandes ojos que relampagueaban en su pálido rostro. Vestía con todo detalle, hasta el punto de llevar guantes, una prenda que nadie en nuestras filas vestía. Mi impresión fue que aquello era propio de un dandi y el dandismo no era desde luego propio de un revolucionario. En el restaurante me di cuenta de que Havel se quitaba solo un guante y se dejaba el otro puesto durante toda la cena. Estuve a punto de preguntarle la razón, pero parecía tan cohibido que no quise avergonzarlo. Tras unas copas de vino se volvió más vivaz. Hablaba con frases nerviosas en *staccato*. Había llegado a Londres desde Zúrich, me dijo, y aunque no llevaba mucho tiempo en la ciudad, la conocía bien y le encantaría pasearme por ella, pero tendría que ser el domingo por la tarde o por las noches, sus únicos momentos libres.

Hippolyte Havel resultó ser una verdadera enciclopedia. Conocía a todos y todo en el movimiento en los diversos países europeos. Detecté cierta amargura en su tono cuando hablaba de algunos compañeros del club *Autonomie*. Eso no me gustó, pero, en general, me resultaba muy entretenido. Ya era demasiado tarde para el autobús y Havel paró un taxi para llevarme a casa. Cuando me ofrecí a pagarlo se enfureció: «¡Como una estadounidense, presumiendo de dinero! ¡Estoy trabajando y puedo permitirme pagar!», protestó. Me aventuré a decir que para un anarquista era muy convencional objetar que pagara una mujer. Havel sonrió por primera vez en toda la velada y no pude evitar fijarme en sus hermosos dientes blancos. Cuando le estreché la mano, aún enfundada en el guante, profirió un grito ahogado. «¿Qué ocurre?», le pregunté. «Nada», me contestó. «Que para ser una señorita, estrecha usted la mano con fuerza.»

El hombre tenía algo extraño y exótico. Estaba evidentemente muy nervioso y carecía de generosidad en sus juicios sobre la gente. Aun así era fascinante, incluso perturbador.

Mi camarada checo aparecía con frecuencia, a veces con un amigo, pero normalmente solo. No era una compañía alegre. De hecho, más bien me

hundía. A no ser que hubiera bebido un poco era difícil conseguir que conversara; otras veces parecía no tener lengua. Poco a poco me enteré de que había entrado en el movimiento cuando tenía solo dieciocho años y que había estado varias veces en la cárcel, una vez con una condena de dieciocho meses. En aquella última ocasión le habían enviado al ala psiquiátrica, donde se habría quedado si no hubiera despertado el interés del profesor Krafft-Ebing, que declaró que estaba sano y lo ayudó a recuperar la libertad. Había estado activo en Viena y lo habían expulsado de allí, después de lo cual había malvivido en Alemania, dando charlas y escribiendo para las publicaciones anarquistas. Había visitado París, pero no le permitieron quedarse mucho tiempo y lo expulsaron. Finalmente había ido a Zúrich y de ahí a Londres. Como no tenía oficio, estaba obligado a aceptar cualquier tipo de trabajo. En ese momento trabajaba en una pensión inglesa como chico para todo. Sus tareas empezaban a las cinco de la mañana y consistían en encender las chimeneas, limpiar las botas de los huéspedes, lavar los platos y otros «trabajos degradantes y humillantes». «Pero ¿por qué degradantes? El trabajo nunca es degradante», protesté. «¡El trabajo, en las condiciones de ahora, es siempre degradante!» insistía con vehemencia. «En una pensión inglesa es aún peor; es un escándalo para toda sensibilidad humana, aparte de la monotonía que implica. ¡Mira mis manos!» Con una mueca nerviosa se quitó el guante y el vendaje que cubría. Su mano, roja e hinchada, era una masa de ampollas. «¿Cómo ha ocurrido y cómo puedes seguir trabajando?», le pregunté. «Las tengo así por limpiar sucias botas en el frío de la mañana, por acarrear carbón y leña para alimentar los fuegos. ¿Qué otra cosa puedo hacer sin oficio en un país extranjero? Podría morir de hambre, echarme al arroyo o terminar en el Támesis», añadió. «Pero aún no estoy listo para eso. Además, soy solo uno de muchos miles. ¿Por qué hacer un mundo de esto? Hablemos de cosas más alegres». Continuó conversando, pero yo apenas oía lo que decía. Cogí

su pobre mano, consciente de un deseo irresistible de llevármela a los labios, con una simpatía y ternura infinitas.

Pasamos mucho tiempo juntos, visitando los barrios pobres, Whitechapel y barrios similares. Entre semana las calles estaban repletas de basura infecta y el olor del pescado frito producía náuseas. Los sábados por la noche el espectáculo era aún más desgarrador. Yo había visto mujeres borrachas en el Bowery, la vieja escoria de la sociedad, con sus mechones sueltos, sus sombreros incongruentes ladeados y sus faldas barriendo la acera. «*Bummerkees*» las llamaban los niños judíos. Solía enfurecerme ante los insensatos jovenzuelos que se mofaban y perseguían a las pobres desgraciadas, pero nada podía compararse en brutalidad y degradación con lo que vi en el East End de Londres: mujeres borrachas que salían tambaleándose de las tabernas, empleando el lenguaje más vil y peleándose hasta arrancarse la ropa las unas a las otras. Niños y niñas merodeando por los bares, muertos de frío, bebés en carritos que se caían a pedazos, abobados por los chupetes mojados en whisky, los niños mayores montando la guardia y bebiendo con avidez la cerveza que les sacaban sus padres de vez en cuando. Demasiado a menudo vi cuadros así, más terribles que nada de lo que concibiera Dante. Y cada vez, llena de rabia, disgusto y vergüenza, me juraba no volver nunca al East End y, sin embargo, invariablemente, volvía. Cuando les contaba aquello a alguno de mis camaradas, pensaban que exageraba. Condiciones así se daban en toda gran ciudad, decían, era el capitalismo y sus resultados sórdidos. ¿Por qué iba a sentirme más afectada en Londres que en ninguna otra parte?

Poco a poco empecé a darme cuenta de que el placer que encontraba en la compañía de Havel se debía a algo más que a la camaradería. El amor volvía a reclamar sus derechos, cada día más insistente. Yo le tenía miedo, miedo a un nuevo dolor, a las nuevas decepciones que me guardaba, pero mi necesidad de amor en ese entorno deprimente era más fuerte que mis temores. A Havel también le gustaba yo. Se mostraba más tímido, más

inquieto y nervioso. Había adquirido el hábito de venir a verme solo, pero una noche me visitó con su amigo, que se quedó durante horas y que no mostraba la menor intención de marcharse. Yo sospechaba que Havel lo había traído porque no se fiaba de quedarse a solas conmigo y eso no hizo sino aumentar mi deseo. Finalmente, ya muy pasada la medianoche, su amigo se fue. En cuanto se marchó, nos encontramos, apenas supimos cómo, estrechamente abrazados. Londres retrocedió, los gritos del East End se alejaron en la distancia. Solo la llamada del amor sonaba en nuestros corazones y nosotros la escuchamos y obedecimos.

Me sentí renacer con el nuevo goce de mi vida. Iríamos juntos a París y después a Suiza, decidimos. Hippolyte quería también estudiar y planeábamos vivir con frugalidad con treinta dólares al mes, porque diez de mis cuarenta iban para mi hermano. Hippolyte pensaba que podría ganar algo de dinero escribiendo artículos, pero no nos importaba tener que renunciar a algunas comodidades. Nos teníamos el uno al otro y nuestro amor, pero primero era necesario convencer a mi amado para que dejara su trabajo horrible. Quería que se tomara un mes de descanso de la pensión y su rutina. Me costó mucho convencerlo, pero dos semanas alejado de limpiar botas le subieron tanto el ánimo que parecía una persona diferente.

Una tarde fuimos a ver a los Kropotkin. Hippolyte era un gran admirador de la *Genossenschafts-Bewegung*, un movimiento cooperativo más avanzado, sostenía, que el británico. Pronto se enzarzó en una acalorada discusión con Peter, que no veía ningún mérito particular en el experimento alemán. Yo ya me había dado cuenta en ocasiones anteriores de que Hippolyte no podía contenerse en una discusión. Se irritaba y con frecuencia terminaba lanzando ataques personales. Trató de evitarlo con Peter, pero la discusión pronto se le fue de las manos, la interrumpió de repente y se encerró en un silencio opresivo. Kropotkin estaba desagradablemente impresionado y, con el pretexto de tener trabajo, me di prisa en marcharnos. En la calle, él comenzó a insultar a Peter,

denunciándolo como el «pope del movimiento anarquista», incapaz de tolerar una opinión divergente. Me escandalizó y nos intercambiamos frases incendiarias. Cuando llegamos a nuestro cuarto, nos dimos cuenta de lo infantil que era permitir que nuestro temperamento oscureciera nuestro naciente amor.

Acompañada por Hippolyte asistí a la *vetcherinka* (fiesta) del Año Nuevo Ruso, que resultó ser una gran acontecimiento para mí. Allí me reencontré con algunas de las más destacadas personalidades de la colonia rusa, entre ellas I. Goldenberg, con quien había trabajado en Nueva York en la campaña contra el tratado de extradición ruso- americano; E. Serebriakov, muy conocido por sus actividades revolucionarias; V. Tcherkesoff, un prominente teórico del anarquismo, así como a Tchaikovski y a Kropotkin. Casi todos los presentes tenían un largo historial de esfuerzos heroicos, de años de prisión y exilio. Entre los presentes estaba también Michael Hambourg, con sus hijos Mark, Boris y Jan, músicos ya prometedores.

Era una reunión más tranquila que las similares que se celebran en Nueva York. Se discutían problemas serios y solo los jóvenes se entregaban al baile. Más tarde Peter nos amenizó con el piano, mientras Tcherkesoff hacía girar a Sasha Kropotkin, de doce años, por toda la sala. Otros siguieron el ejemplo. Tchaikovski, que a mi lado parecía una torre, se inclinó cómicamente y me pidió un baile. Fue una velada memorable.

En Glasgow, la primera parada de mi gira escocesa, nuestro buen camarada Blair Smith, que también sería mi anfitrión, había organizado los mítines. Todo el mundo se mostraba muy amable y amistoso conmigo pero la ciudad en sí resultó una pesadilla, en algunos sentidos incluso peor que Londres. Un sábado por la noche, volviendo a casa en el tranvía, conté siete niños en la calle, sucios y malnutridos, vagando con sus madres, todos bajo la influencia del alcohol.

Edimburgo fue un regalo después de Glasgow. Espaciosa, limpia y atractiva, la pobreza no era tan llamativa. Allí conocí por primera vez a Tom

Bell, de cuyo fervor propagandístico y de cuya audacia había escuchado muchas cosas en Estados Unidos. Entre sus hazañas se contaba un experimento en libertad de expresión que había realizado cuando estaba en París. Había animado a los anarquistas franceses a montar un estrado para reuniones al aire libre, como los ingleses, pero los camaradas parisinos consideraron que era una misión imposible. Tom decidió demostrar que era factible hablar al aire libre con independencia de la policía.

Distribuyó folletos anunciando que el domingo siguiente por la tarde, bajo su propia responsabilidad, celebraría un mitin al aire libre en la Place de la République, uno de los centros más bulliciosos de París. Cuando llegó a la plaza a la hora convenida, se había reunido una gran multitud. Cuando se abría paso hasta el centro de la plaza, algunos agentes de policía se le acercaron. Como no estaban seguros de que fuera el orador anunciado, dudaron un segundo. Tom había escogido su farola, una con una enorme base ornamental hasta media altura y una pieza en forma de cruz en lo alto. En cuanto la policía fue a echarle el guante, trepó por el poste. Sus pies se apoyaron firmemente en la base y, en un segundo, encadenó su muñeca a la cruz. Se había enrollado una gruesa cadena de acero que pasó por la cruz y que cerró con otro candado. La policía llegó hasta él pero no podía hacer nada: el hombre estaba firmemente esposado. Mandaron a buscar una lima. Mientras tanto la muchedumbre aumentaba y Tom seguía hablando despreocupadamente con ellos. Los oficiales rabiaban, pero él continuó hablando hasta que se quedó sin voz. Después sacó la llave, abrió el candado y bajó tranquilamente. La policía lo amenazó con cosas terribles, «por insultos al ejército y a la ley», pero todo París se reía de ellos y su ridículo. Las autoridades pensaron que era mejor dejar correr las cosas y Tom no fue procesado. Tras dos semanas en la cárcel, lo expulsaron porque «era un hombre demasiado peligroso como para permitir que campara libre por Francia».

Otra de las hazañas de Tom Bell tuvo lugar con ocasión de la visita del zar Nicolás II a Inglaterra. La reina estaba en Balmoral en ese momento. El plan regio era que el zar aterrizaría en Leith, donde lo recibiría el Príncipe de Gales (más tarde rey Eduardo VII) y posteriormente visitaría Windsor y Londres.

Tom Bell planeó junto con su amigo McCabe contribuir al recibimiento del zar. McCabe tenía una mano y un brazo inutilizado, pero le gustaba jugar tanto como a Tom. Juntos hicieron sus planes. Estaban entonces en Edimburgo y, cuando llegaron a Leith, se toparon con una enorme cantidad de policía en el puerto, incluyendo hombres de los servicios secretos británico, ruso y francés. Las calles estaban obstruidas con barricadas y punteadas de soldados y *bobbies*, con detectives por todas partes. Tras las barricadas había una fila de Highlanders; detrás de ellos, reservistas y estos, a su vez, estaban respaldados por la infantería. La situación parecía imposible, no había salida. Tom Bell y McCabe decidieron separarse, «cada uno sabiendo que el otro haría una locura», como decía Tom después. Él escuchó un débil recibimiento de los colegiales mientras pasaban los coquetos uniformes. Después llegaron los carruajes. El del zar se distinguía fácilmente. Tom se imaginó al autócrata ruso en el asiento trasero y al príncipe de Gales frente a él. Parecía imposible hacer nada hasta el último momento, y fue posible en ese momento y no en otro. Los guardas habían estado alertas y vigilantes justo hasta que el carruaje del zar pasó frente a él. En un instante, Tom se abrió paso bajo la barricada y se situó junto al carruaje, gritándole a zar a la oreja: «¡Abajo el tirano ruso! ¡Al infierno los imperios!». En ese momento se dio cuenta de que su amigo Mac también se había colado y estaba gritando a su lado.

Las autoridades británicas no osaron llevar a Bell y a McCabe ante un jurado escocés. Probablemente temían que el proceso solo fuera más publicidad de la deseada. En los periódicos no apareció ni una palabra sobre el incidente. «El zar parecía pálido», escribían. Sin duda. Acortó su visita y

se volvió a casa, no por Leith o cualquier otro puerto escocés, sino desde un perdido pueblecito pesquero desde el que le trasladaron en bote a su yate.

Tenía, claro está, muchas ganas de conocer al aventurero camarada. Averigüé que vivía con Lizzie, la hermana de John Turner, aquella chica encantadora que había conocido en Londres en 1895. Tom estaba muy enfermo, sufría de asma, pero era pintoresco: alto, pelirrojo de pelo y barba, justo el tipo capaz de hacer cosas insólitas.

Llegué a París desde Inglaterra, junto con Hippolyte, una mañana de enero que lloviznaba y nos alojamos en un hotel del bulevar St. Michel. Hacía cuatro años, en 1896, había visitado la ciudad a la vuelta de Viena. Aquella experiencia había sido una gran desilusión. La gente con la que me alojé, anarquistas alemanes, vivían en un suburbio, trabajaban muchas horas, estaban demasiado cansados por la noche como para poder salir y mi francés no era lo suficientemente bueno como para salir por ahí sola. En su último domingo libre mis amigos me habían llevado al Bois de Boulogne. Aparte de eso, no había visto prácticamente nada de París, una ciudad que quería conocer desde hacía tiempo, pero me había prometido a mí misma que un día regresaría a disfrutar las maravillas de la deliciosa ciudad.

Ahora tenía por fin la ocasión a mano, aún más increíble por el revivir del amor en mi vida. Hippolyte ya había estado en París y conocía sus encantos; así que fue una compañía perfecta. Durante un mes estuvimos totalmente absorbidos por las maravillas de la ciudad y el uno por el otro. Cada calle, casi cada piedra, tenía una historia revolucionaria, cada barrio su leyenda heroica. La belleza de París, su juventud desenfadada, su sed de goce y su humor siempre cambiante nos atrapó en su corriente. El Mur des Fédérés del Père Lachaise nos hizo revivir los recuerdos de las excelsas esperanzas y la negra desesperación de los últimos días de la Comuna. Allí había sido donde los rebeldes habían mantenido su última posición heroica, para ser finalmente masacrados por las órdenes de Thiers y Gallifet. La Place de la Bastille, antaño la temida tumba de los muertos vivientes,

arrasada hasta los cimientos por la rabia acumulada del pueblo parisino, nos trajo el dolor y el sufrimiento inefable que resplandeció como esperanza regenerativa en los días de la gran revolución, cuya historia tanto ha influido en nuestras vidas.

Nuestras penas y preocupaciones quedaron olvidadas en el mundo de la belleza, en los tesoros de la arquitectura y del arte, creados por el genio de la humanidad. Los días pasaban como en un sueño del que temíamos despertar, pero yo había venido a París con otro propósito. Era el momento de comenzar los trabajos de preparación de nuestro congreso.

Francia había sido la cuna del anarquismo, había criado a algunos de sus hijos más brillantes, de los cuales Proudhon era el más grande. La batalla por sus ideales había sido agotadora, suponiendo persecución, prisión y a menudo el sacrificio de la propia vida. Pero no había sido en vano. Gracias a ellos, el anarquismo y sus exponentes habían llegado a ser considerados en Francia un factor con el que había que contar. Sin duda la burguesía francesa continuaba aborreciendo el anarquismo y lo perseguía mediante la maquinaria del Estado. Yo había tenido ocasión de presenciar la manera brutal en la que la policía francesa manejaba a las multitudes radicales, así como algunos juicios en los tribunales franceses que versaban sobre delitos sociales. Pero aun así había una inmensa diferencia entre un pueblo veterano en la tradición revolucionaria y uno que solamente había espumado la superficie de una lucha por la independencia. Esa diferencia se hacía patente en todas partes y llamativa en el propio movimiento anarquista. En los distintos grupos que visité no escuché a un solo camarada que empleara el rimbombante término «filosófico» para enmascarar su anarquismo, como hacían muchos en Estados Unidos porque les parecía más respetable.

Pronto nos arrastró la marea de las diversas actividades que estaban en marcha en las filas anarquistas. El movimiento sindicalista revolucionario, al que la fértil mente de Pelloutier había dado un nuevo ímpetu, estaba

permeado de tendencias anarquistas. Casi todos los hombres que lideraban la organización eran anarquistas confesos. Las nuevas iniciativas educativas, bajo el nombre de Université Populaire, estaban respaldadas casi exclusivamente por anarquistas. Habían logrado reclutar el apoyo y la cooperación de universitarios en todos los campos del saber, ofreciendo conferencias populares sobre las distintas ramas de la ciencia ante nutridas clases de obreros. Tampoco descuidaban las artes. Los libros de Zola, Richepin, Mirbeau y Brieux y las espléndidas obras teatrales que se producían en el Théâtre Antoine era parte de la literatura anarquista, como los escritos de Kropotkin, mientras que las obras de Meunier, Rodin, Steinlen y Grandjouan se discutían y apreciaban en las filas revolucionarias en mucha mayor medida que entre los elementos burgueses que se pretendían defensores del arte.

Mis estudios sobre el movimiento, sin embargo, no aplacaban mi interés personal por la gente, siempre más poderoso en mí que las teorías. Hippolyte era todo lo contrario; a él no le gustaba conocer gente y se mostraba tímido en su presencia. Al poco tiempo yo conocía casi a todas las personalidades destacadas de nuestro movimiento en Francia, así como a otras conectadas con otras obras sociales de París. Entre estos últimos, destacaba el círculo de *L'Humanité nouvelle*, que publicaba una revista del mismo nombre. Su capaz editor, Auguste Hamon, autor de *La psychologie du militaire*, así como sus colaboradores, pertenecían a un grupo de jóvenes artistas y escritores atentos a su época y sus necesidades.

De toda la gente que conocí, quien más me impresionó fue Victor Dave. Era un viejo camarada que durante cuarenta años había participado en actividades anarquistas en diversos países europeos. Había sido miembro de la Primera Internacional, trabajado con Mijail Bakunin y había sido el maestro de Johann Most. Había comenzado una brillante carrera como estudiante de historia y filosofía, pero después decidió dedicarse a su ideal social. Conocía mucho de la historia de Dave a través de Johann Most, que

lo admiraba mucho. También sabía de su participación en los acontecimientos que condujeron a las acusaciones contra Peukert relacionadas con el arresto y la condena de John Neve. Dave estaba aún convencido de la culpabilidad de Peukert y aun así no había trazas de enemistad personal en él. Era amable y jovial. Aunque tenía sesenta años, estaba tan alerta de mente y espíritu como en sus días de estudiante. Vivía una existencia austera, manteniéndose con colaboraciones en publicaciones anarquistas y de otro tipo, pero conservaba la exuberancia y el buen humor de la juventud. Pasé mucho tiempo con él y con su compañera de siempre, Marie, que llevaba muchos años inválida pero aún se interesaba por los asuntos públicos. Victor era un gran lingüista y como tal fue una ayuda valiosísima para organizar el material que había traído para el congreso y traducirlo a los distintos idiomas.

Lo más fascinante de Victor Dave era su innato amor a la vida y su disposición a disfrutar. Era el más libre y alegre de todos los camaradas que conocí en París, la perfecta compañía para mi temperamento, pero nuestro buen humor se veía contrarrestado por los arranques de extrema tristeza de Hippolyte. Desde el primer momento Victor le desagradó enormemente. Se negaba a acompañarnos en nuestras salidas, pero después se resentía malhumorado de que lo dejáramos atrás. Solía expresar sus sentimientos con mudos reproches, pero la más mínima cantidad de alcohol lo incitaba a insultar a Victor. Al principio me tomé a la ligera sus exabruptos pero, poco a poco, empezaron a afectarme y me hacían sentir insegura cuando no estaba con él. Amaba al muchacho; conocía su infeliz pasado que había dejado heridas en su alma que le volvían cohibido y enfermizamente suspicaz. Quería ayudarlo a conocerse mejor a sí mismo y a apreciar con más generosidad a los demás. Tenía la esperanza de que mi afecto suavizara su virulencia. Cuando estaba sobrio, lamentaba sus ataques a Victor y, en esos momentos, era todo ternura, se colgaba de nuestro amor. Me hacía

creer que superaría sus modales cáusticos. Pero las escenas se repetían una y otra vez y mi recelo aumentaba.

Con el paso del tiempo me di cuenta de que el resentimiento de Hippolyte no se dirigía solo contra Victor sino contra cualquier hombre que yo conociera. Dos italianos con los que había trabajado en favor de la libertad cubana, así como durante la huelga de Summit, llegaron a París para la Exposición Universal. Vinieron a verme y me invitaron a cenar. A mi regreso me encontré a Hippolyte recreándose en la indignación. Poco tiempo después, mi buen amigo Palavicini llegó con su mujer y su hijo. Hippolyte inmediatamente empezó a fraguar historias imposibles sobre aquel hombre. La vida con Hippolyte se hacía cada vez más angustiosa, pero no podía pensar en separarnos.

22

Una carta de Carl Stone cambió repentinamente mis planes en lo que se refería a estudiar medicina. «Creí que estaba convenido, cuando te fuiste a Europa», escribía, «que ibas a Suiza a estudiar medicina. Para ese fin únicamente, Herman y yo te ofrecimos una asignación. Ahora me entero de que sigues con las actividades de propaganda de siempre y con un nuevo amante. Seguramente no esperarás que te mantengamos para lo uno o lo otro. Solo me interesa E. G. la mujer, sus ideas no tienen ningún peso para mí. Por favor, escoge». Le respondí inmediatamente: «E. G. la mujer y sus ideas son inseparables. Ella no vive para divertir a los advenedizos, ni le permitirá a nadie que le dicte sus normas. Quédate con el dinero».

No podía creer que Herman Miller hubiera tenido algo que ver con esa carta miserable. Estaba segura de que tendría noticias suyas en su momento. De la cantidad que me había dado, aún me quedaba dinero suficiente para algunos meses más. Los doscientos dólares de Stone se los había entregado a Eric para que los empleara en el asunto del túnel. Me invadió una sensación de alivio ver que el asunto estaba zanjado. Cuando la asignación cesó y no me llegaron noticias de Herman, concluí que él también había cambiado de opinión. Era una decepción, pero me alegré de no depender por más tiempo de gente adinerada. Tchaikovski tenía razon: no era posible dedicarse a un ideal y a una profesión al mismo tiempo. Volvería a Estados Unidos y retomaría mi labor.

Una tarde, cuando estaba a punto de salir con Hippolyte a una importante sesión del comité, la camarera del hotel me entregó una tarjeta de visita. Me invadió la alegría al ver en ella el nombre de Oscar Panizza, cuyos brillantes escritos en el *Der arme Teufel* me habían deleitado durante muchos años. Enseguida un hombre alto y moreno entró, presentándose como Panizza. Se había enterado por el doctor Eugene Schmidt de mi presencia en París y estaba deseando «conocer a Cassandra, la amiga de nuestro querido Robert». Me pidió que pasara la velada con él y con el doctor Schmidt. «Vamos primero a visitar a Oscar Wilde», me dijo, «y queremos que vengas con nosotros. Después iremos a cenar».

¡Qué maravilloso acontecimiento el conocer a Panizza y a Wilde el mismo día! En un frenesí de expectación llamé a la puerta de Hippolyte para contárselo. Me lo encontré dando vueltas por la habitación, esperándome irritado. «¡No me digas que no vas a la sesión!», gritó enfadado. «Lo habías prometido, te esperan, ¡tienes trabajo que hacer allí! Puedes conocer a Oscar Wilde cualquier otro día y a Panizza también. ¿Por qué ha de ser esta noche?» Con la emoción me había olvidado de la sesión. Por supuesto, no podía faltar a ella. Con el corazón encogido bajé a decirle a Panizza que esa noche no podía ir. ¿Por qué no nos veíamos para almorzar al día siguiente? Nos pusimos de acuerdo en el sábado siguiente, al mediodía. Invitaría al doctor Schmidt, pero no podía prometer nada de Oscar Wilde. Este último se encontraba muy delicado de salud y no siempre podía salir, pero haría todo lo posible por organizar un encuentro.

El viernes, el doctor Schmidt vino para decir que Panizza había tenido que partir inesperadamente, pero que volvería pronto a París y me vería entonces. El doctor debió de leer la decepción en mi rostro. «Hace un día estupendo», señaló, «vamos a dar un paseo». Yo se lo agradecí, aún lamentando haber dejado pasar la ocasión preciosa de conocer a Oscar Wilde y de pasar una velada con Panizza.

Durante nuestro paseo por los jardines de Luxemburgo, le conté al doctor la indignación que había sentido ante la condena de Oscar Wilde. Había defendido su caso contra los hipócritas miserables que lo habían condenado. «¿Tú?», exclamó atónito el doctor. «¿Pero serías entonces apenas una chiquilla? ¿Cómo te atreviste a hablar públicamente a favor de Oscar Wilde en la América puritana?» «¡Tonterías!», repliqué. «No hace falta osadía para protestar por una gran injusticia». El doctor sonrió dubitativo. «¿Injusticia?», repitió. «No es muy exacto desde un punto de vista legal, aunque lo haya sido desde el psicológico». El resto de la tarde nos enzarzamos en una batalla campal sobre el afeminamiento, la homosexualidad y la cuestión de las distintas opciones. Él había reflexionado mucho sobre ello, pero su enfoque no era libre y yo sospechaba que, en cierto modo, le escandalizaba que yo, una mujer joven, hablara sin reservas sobre estos temas tabú.

A mi regreso al hotel me encontré a Hippolyte triste y malhumorado. Por alguna razón me irritó aún más que en ocasiones anteriores. Sin decir una palabra me fui a mi habitación. Sobre mi mesa había una pila de cartas, entre ellas una que me aceleró el pulso. Era de Max. Él y Puck estaban en París, escribía. Habían llegado la noche anterior y estaban deseando verme. Fui hacia Hippolyte, agitando la carta y gritando: «¡Max! está en la ciudad! ¿Puedes creerlo? ¡Max!» Se me quedó mirando como si yo hubiera perdido la cabeza. «Max, ¿qué Max?», preguntó hosco. «¡Pues Max Baginski! ¿Qué otro Max podría significar tanto para mí?» En cuanto dije eso, me di cuenta de mi falta de tacto, pero, para mi sorpresa, Hippolyte exclamó: «¡Max Baginski! Lo sé todo sobre él y siempre he querido conocerle. Me alegro de que esté aquí». Nunca antes había escuchado a mi «amargado Putzi», como yo lo llamaba, expresar un interés tan entusiasta por un miembro de su propio sexo. Le eché los brazos al cuello y grité: «¡Vamos corriendo a ver a Max!». Él me abrazó y me miró intensamente a los ojos. «¿Qué pasa?», le pregunté. «Solo quería asegurarme de tu amor», contestó. «Si pudiera estar

seguro de tu amor, no querría nada más en el mundo». «Chico bobo», le dije, «claro que puedes estar seguro». Declinó acompañarme a ver a Max y Puck: quería que yo los viera primero. Después se encontraría con nosotros.

Por el camino, los momentos preciados que había vivido con Max cobraron vida. No parecía posible que hubiera pasado un año desde entonces. Incluso el golpe de que se fuera a Europa sin mí parecía resucitar con todo su viejo escozor. Durante ese año habían ocurrido muchas cosas que me ayudaron a recuperarme del golpe, pero en aquel momento regresaba con fuerzas renovadas. Para qué ver a Max, para qué empezar de nuevo, me preguntaba amargamente. A él no le importaba, puesto que había sido capaz de abandonarme con tanta facilidad. Le escribiría una nota para decirle que sería mejor para nosotros no volver a vernos. Me paré en un café, conseguí papel y pluma y empecé a escribir. Empecé varias veces, pero no pude formular mi pensamiento. Estaba cada vez más agitada. Finalmente pagué al camarero y casi corrí en dirección al hotel en el que se alojaba Max.

Al ver su querido rostro, al oír su alegre saludo, «¡Bueno, mi niña, al final sí nos encontramos en París!», me sobrevino un cambio súbito. La dulce ternura de su voz disolvió mi resentimiento y calmó la tormenta interior. Puck también me recibió con mucho cariño. Parecía estar mejor y más animada que en Chicago. Enseguida los tres nos dirigimos a mi hotel para buscar a Hippolyte. Nuestra velada, que se prolongó hasta las tres de la madrugada, fue una celebración feliz, digna del espíritu parisino. Yo estaba especialmente contenta de ver el efecto que Max ejercía sobre Hippolyte, que dejó de estar tan caprichoso y se volvió más sociable y menos resentido hacia los demás hombres.

Algunos de los documentos que había reunido para tratar en el congreso versaban sobre la importancia de la discusión de las materias sexuales en la prensa y en las charlas anarquistas. La ponencia de Kate Austen era especialmente potente, exponiendo la historia del movimiento

estadounidense para la libertad en el amor. Kate no jugaba con las palabras, de forma franca y directa afirmaba su visión del sexo como un factor vital para la vida. Victor opinaba que algunos camaradas franceses no consentirían que la ponencia de Kate se leyera en el congreso y que, desde luego, no se discutiría. Apenas podía creerlo. Los franceses, precisamente. Victor me explicó que no ser puritano no siempre significa ser libre. «Los franceses no tienen la misma actitud hacia el sexo que los idealistas americanos», me dijo. «Son cínicos a ese respecto y no pueden ver más allá del aspecto físico. Nuestros viejos camaradas franceses siempre han aborrecido esa actitud y, como protesta, han superado a los puritanos. Ahora temen que cualquier discusión sobre el sexo solo sirva para incrementar los malentendidos sobre el anarquismo». No me convenció, pero, una semana más tarde, Victor me notificó que un grupo había decidido definitivamente que no se leyeran los informes estadounidenses que trataban de sexo en el congreso. Se expondrían en encuentros privados, pero no durante las reuniones públicas, con los representantes de la prensa en la sala.

Protesté y declaré que me pondría inmediatamente en contacto con los camaradas en Estados Unidos y les pediría que me relevaran de las credenciales y las instrucciones que me habían dado. Aunque me daba cuenta de que el tema en cuestión era solo uno más de los numerosos asuntos que interesaban al anarquismo, no podía colaborar en un congreso que trataba de silenciar opiniones y suprimir puntos de vista que ciertos elementos no aprobaban.

Un día, cuando estaba en un café con Max y Victor, leí en los periódicos vespertinos la noticia del asesinato de Humberto I por un anarquista. El nombre del *Attentäter* era Gaetano Bresci.

Yo recordaba ese nombre como el de un activo camarada del grupo anarquista de Paterson, Nueva Jersey. Qué extraño que haya cometido un acto así, pensé; me había dado una impresión diferente de la de la mayoría de los italianos que había conocido. No tenía un temperamento exaltado y

no se emocionaba con facilidad. ¿Qué podría haberlo inducido a cobrarse la vida del rey de Italia?, me preguntaba. Victor relacionaba las prolongadas revueltas del hambre de Milán, en 1898, como la posible causa de la acción de Bresci. En aquella ocasión muchos obreros habían perdido la vida por el ataque de los soldados sobre la gente hambrienta e indefensa. Se habían manifestado hasta la puerta del palacio, para mostrar su pobreza, con las mujeres llevando en brazos a los niños. Se encontraron el palacio rodeado por un enorme dispositivo militar bajo el mando del general Bava Beccaris. El pueblo ignoró la orden de dispersarse, ante lo cual el general dio la señal que tuvo como resultado una masacre de los manifestantes. El rey Humberto felicitó a Beccaris por su «brava defensa de la casa real» y lo condecoró por su labor asesina.

Max y Victor estaban de acuerdo conmigo en que aquellos acontecimientos trágicos habrían inducido a Bresci a llegar desde América a ejecutar su acto. Max pensaba que era una suerte que yo no estuviera en Estados Unidos o, si no, me habrían hecho responsable de alguna forma de la muerte de Humberto I, como había ocurrido invariablemente en el pasado cuando cualquier caso de violencia política había tenido lugar en alguna parte del mundo. Me importaba menos esa eventualidad que el destino que le aguardaba a Bresci. Sabía qué torturas le esperaban en prisión y recordé el terrible trato que le dieron a Luccheni, otra víctima similar de la implacable lucha social.

Nos quedamos un rato más en el café, hablando de la pérdida increíble de vidas humanas en la terrible guerra de clases en todos los países. Les confié a mis amigos las dudas que me habían asaltado desde el acto de Sasha, aunque me daba plena cuenta de la inevitabilidad de tales actos, que eran el resultado de las condiciones existentes.

Poco después me enteré, gracias a Victor, de que el Congreso Neomalthusiano se iba a reunir próximamente en París. Sus sesiones serían

secretas porque el gobierno francés prohibía cualquier intento organizado de controlar la natalidad. El doctor Drysdale, el pionero del control de la natalidad, y su hermana se encontraban ya en París y llegarían otros delegados de distintos países. En Francia el movimiento neomalthusiano lo defendían principalmente Paul Robin y Madeleine Verné, me explicó Victor.

Yo conocía a Madeleine Verné, pero ¿quién era Paul Robin? Mi amigo me informó de que era uno de los grandes libertarios en el campo de la educación. Con sus propios recursos había comprado una gran extensión de terreno en la que había fundado una escuela para niños desamparados. Sempuis, se llamaba el lugar. Robin había sacado a los huérfanos sin hogar de las calles o de los orfanatos, a los niños más pobres, a los que llamaban «malos chicos». «Deberías verlos ahora», dijo Victor. «La escuela de Robin es un ejemplo viviente de lo que puede hacer la educación mediante una actitud de comprensión y amor por el niño». Me prometió darme la oportunidad de asistir al Congreso Neomalthusiano y de visitar Sempuis.

El Congreso Neomalthusiano, como tenía que reunirse clandestinamente, celebraba cada sesión en un lugar diferente, tenía muy pocos asistentes y no más que una docena de delegados, pero aquella falta numérica la compensaban con su entrega. El doctor Drysdale, el venerable defensor de la planificación familiar, estaba entusiasmado por la causa. La señorita Drysdale, su hermana, Paul Robin y sus colaboradores presentaban los temas con una honestidad y una sencillez admirables, así como con valentía en la demostración de los métodos preventivos. Me maravillaba su capacidad de discutir asuntos tan delicados de una forma tan franca y nada ofensiva. Me acordaba de mis antiguas pacientes del East Side y de la bendición que habría sido para ellas si hubieran podido procurarse los anticonceptivos que se describían en esas sesiones. Los delegados sonreían cuando les contaba mis esfuerzos inútiles, como comadrona, para encontrar alguna forma de ayudar a las pobres mujeres de Estados Unidos. Opinaban que, con Anthony Comstock supervisando la moral estadounidense,

pasarían muchos años antes de que los métodos para evitar la concepción se pudieran discutir abiertamente en ese país. Yo les señalaba, sin embargo, que incluso en Francia tenían que reunirse en secreto y les aseveraba que conocía mucha gente en América lo bastante valiente como para hacer esta buena labor, incluso estando prohibida. En cualquier caso, decidí ocuparme del asunto a mi vuelta a Nueva York. Los delegados me felicitaron por mi disposición y me proporcionaron literatura y anticonceptivos para mi labor futura.

Mi dinero disminuía rápido pero aun así no podíamos dejar pasar el placer de visitar los teatros y los museos y de escuchar música. Los conciertos en el Trocadero eran especialmente interesantes, entre ellos los de la orquesta finlandesa, que incluían canciones folclóricas de artistas magníficos, con *madame* Aïno Ackté, la *prima donna* de la Ópera de París, como solista. La Russian Balalaika Orchestra, conciertos de Wagner y un recital de Ysaye, el mago del violín, eran verdaderos acontecimientos. Uno de nuestros lugares favoritos era el Théâtre Libre, dirigido por Antoine; aquel era el único espectáculo dramático que merecía la pena verse en París. Con la excepción de Sarah Bernhardt, los Coquelin y *madame* Réjane, la escena de París me parecía declamatoria. Comparada con Eleonora Duse, incluso la «divina Sarah» parecía teatral. La única obra en la que brilló a su altura fue *Cyrano de Bergerac*, con Coquelin interpretando a Cyrano ante su Roxane. El elenco bajo la dirección de Antoine había abolido la jerarquía de las estrellas, su actuación de conjunto era de lo mejor.

Durante mi estancia en Europa no pude cartearme directamente con Sasha. Nuestras cartas pasaban por un amigo, lo que producía grandes retrasos. A Sasha solo le permitían escribir una carta al mes; en contadas ocasiones, gracias a la amistad con el capellán de la cárcel, le permitían una carta extra. Para seguir en contacto con todos los corresponsales posibles, Sasha usaba el método de dividir su papel de cartas en cuatro, cinco o incluso seis partes separadas, cada una de ellas escrita por las dos caras con

una letra diminuta, clara como un grabado. El destinatario de la carta cuya dirección aparecía en el sobre cortaba el papel según las divisiones indicadas y después enviaba las distintas partes. Su última nota para mí era optimista, incluso graciosa. Preguntaba por los recuerdos de la Exposición Universal y pedía un relato detallado de las cosas que ocurrían en París, pero de eso hacía ya más de dos meses y, desde entonces, no había tenido más noticias. Eric escribía muy poco, solo una línea o dos sobre el «invento» que, al parecer, progresaba despacio. Empezaba a ponerme nerviosa. Max e Hippolyte trataban de disipar mis miedos y presagios con explicaciones, pero era evidente que también estaban inquietos.

Una mañana Hippolyte me despertó muy temprano con violentos golpes en la puerta. Entró muy nervioso con un periódico francés en la mano. Empezó a decir algo, sus labios se movían, pero no podía pronunciar una palabra. «¿Qué pasa?», grité con un temor instintivo. «¿Por qué no dices nada?» «¡El túnel, el túnel», susurró roncamente. «Ha sido descubierto. Sale en el periódico».

Con el corazón acelerado pensé en Sasha, en la terrible decepción que habría sufrido ante el fracaso del proyecto, en las consecuencias desastrosas, en su situación desesperada. Sasha de nuevo arrojado a la negra desesperanza de once años más en su infierno. ¿Y ahora qué? ¿Ahora qué? Tenía que regresar a Estados Unidos enseguida. ¡Nunca debía haberme marchado! Le había fallado a Sasha, así lo sentía: lo había abandonado cuando más me necesitaba. Sí, tenía que regresar a América lo antes posible.

Pero esa misma tarde llegó un telegrama de Eric B. Morton que impidió que llevara a cabo mi plan. «Repentina enfermedad. Trabajo suspendido. Zarpo hacia Francia», rezaba el mensaje. Tenía que esperar su llegada.

La tensión nerviosa de los días siguientes habría sido insoportable para mí si no fuera por el intenso trabajo que tenía que hacer. Eric apareció quince días después. Apenas lo reconocí; el cambio que había sufrido desde

que lo vi en Pittsburgh era terrible. El fornido vikingo había adelgazado mucho, su rostro estaba ceniciento y cubierto de ampollas purulentas.

En cuanto Tony se puso finalmente en contacto con él, relató Eric, se fue a Pittsburgh para hacer los preparativos. Su primera impresión de Tony no fue favorable. Tony se jactaba de ser la pieza fundamental del proyecto de Sasha. Sasha había desarrollado una clave cifrada especial para las comunicaciones clandestinas y Tony, que era la única persona capaz de leerla, se aprovechó de la situación desplegando un extraño comportamiento y dando unas instrucciones arbitrarias. No era mecánico y no tenía ni idea de las dificultades que comportaba la construcción del túnel y de los peligros de excavarlo. La casa que habían alquilado en Sterling Street estaba enfrente de la puerta principal de la cárcel, a una distancia de unos setenta metros. Desde el sótano de la casa, el túnel debía cavarse trazando una línea algo curva en dirección a la puerta del sur, después bajo esta y, dentro del patio de la cárcel, hacia una letrina exterior que indicaba Sasha en su diagrama. Sasha tendría que apañárselas de algún modo para salir de la celda, alcanzar la letrina sin que lo vieran, romper el suelo de madera y, abriendo el túnel, salir por él hasta el sótano de la casa. Allí encontraría ropa de paisano, dinero y direcciones cifradas donde encontrar a sus amigos, pero la obra del túnel suponía más tiempo y dinero de lo que habían esperado. Eric y los otros camaradas que trabajaban en el túnel se toparon con dificultades inesperadas por la formación rocosa del suelo en los alrededores de los muros de la prisión. Hubo que cavar bajo los cimientos y allí Eric y sus colaboradores casi se asfixiaron con los humos ponzoñosos que se filtraban en el túnel desde una fuente desconocida. Ese problema no previsto tuvo como resultado mucho retraso y la necesidad de instalar maquinaria que proporcionara aire fresco a los hombres que trabajaban tumbados en el estrecho pasaje que se abría paso por las tripas de la tierra. Los ruidos de la excavación podían atraer la atención de los atentos vigilantes del perímetro de la cárcel y a Eric se le ocurrió alquilar un

piano e invitar a una mujer amiga suya, Kinsella, una espléndida intérprete musical, a que les ayudara. Cantando y tocando enmascaraba los ruidos de abajo y los guardas del muro disfrutaron mucho de las bellas interpretaciones de Kinsella.

El «invento» era una empresa ingeniosa, pero también muy peligrosa y requería mucha habilidad ingenieril, así como el más extremo cuidado para evitar la menor sospecha por parte de los guardas de la cárcel y los paseantes de la calle. A la primera señal de peligro, la pianista apretaba un botón eléctrico que tenía a mano para alertar a los excavadores de abajo de que pararan inmediatamente los trabajos. Todo quedaba en silencio hasta que volvía de nuevo a arrancar la canción. Los acordes *staccato* de piano eran la señal de que todo iba bien. «¡Cavar en esas condiciones no era moco de pavo!», continuó Eric. «Para ahorrar tiempo y gastos habíamos decidido hacer un túnel muy estrecho, solo lo suficientemente ancho como para que una persona se arrastrara por él , así que no podíamos trabajar de rodillas. Teníamos que tumbarnos sobre el estómago y agujerear con una sola mano. Era tan agotador que era imposible hacerlo más de media hora seguida. Así, naturalmente, progresábamos muy lento, pero lo más exasperante es que Tony constantemente variaba de una idea a otra. Nosotros queríamos atenernos estrictamente a los planes de Sasha. Este último insistía en ello todo el tiempo y sentíamos que, al estar dentro, sabía mejor lo que hacía, pero Tony se inclinaba por llevar a la práctica sus propias ideas. Sasha evidentemente consideraba demasiado peligroso darnos instrucciones incluso en sus cartas clandestinas; y lo hacía únicamente con la clave cifrada, que nadie excepto Tony podía leer. Así que estábamos obligados a recibir instrucciones de Tony. Finalmente terminamos el túnel».

«¿Y entonces? ¿Y entonces?», grité incapaz de contenerme por más tiempo.

«¿Cómo? ¿No te ha escrito nadie?», me preguntó Eric con sorpresa. «Cuando Sasha trató de escaparse a través del agujero en el patio de la

prisión, donde terminaba el túnel, según las instrucciones de Tony, se lo encontró cubierto por un montón de ladrillos y piedras. Estaban construyendo un nuevo edificio en el penal y habían descargado allí un carro de piedra, justo en el lugar que Tony había seleccionado para que terminara el túnel. Te puedes imaginar cómo se sintió Sasha y el peligro al que se expuso escapando de la celda solo para tener que volver. Lo más horrible de todo fue que, como supimos más tarde, Sasha había advertido repetidamente a Tony en contra de terminar el túnel en mitad del patio de la prisión, como Tony le había propuesto. Sasha estaba totalmente en contra, sabía que estaba destinado al fracaso. Su plan original hacía que el túnel terminara en una letrina abandonada, a unos siete metros de ese agujero. Creyendo nosotros que habíamos excavado el túnel hasta el punto que Sasha deseaba y que nuestro trabajo había terminado, volvimos a Nueva York y solo se quedó Tony en Pittsburgh. Sasha estaba desesperado por el cambio arbitrario que había hecho Tony de sus instrucciones. Insistió en que se continuara la excavación hasta la letrina, según su esquema. Tony finalmente se dio cuenta de los resultados fatales de su absurda obstinación. Le notificó a Sasha que sus deseos se cumplirían y fue inmediatamente a Nueva York a vernos con la idea de reunir más dinero para completar el túnel. Nuestra casa frente a la prisión se quedó vacía. Durante la ausencia de Tony, unos niños que jugaban en la calle entraron de alguna manera en el sótano, descubrieron el pasadizo secreto y se lo contaron a sus padres, entre los que estaba el agente inmobiliario de la casa. Que curiosamente también resultó ser un guarda de la Penitenciaría del Oeste».

Me quedé sentada en silencio, aplastada por el pensamiento de lo que Sasha tendría que haber pasado durante las semanas y meses de suspense y de angustiosa espera para la finalización del túnel, solo para que todas sus esperanzas se derrumbaran cuando tenía la libertad casi a la vista.

«Lo más sorprendente», continuó Eric, «es que hasta hoy los funcionarios de prisión han sido incapaces de averiguar para quién era el

túnel. Los departamentos de policía de Pittsburgh y Allegheny, así como las autoridades estatales, afirmaban que el túnel era una de las obras de ingeniería más brillantes que habían visto nunca. El alguacil y la Junta de Inspectores de Prisiones sospechaban de Sasha, pero no encontraron ninguna prueba que avalara sus acusaciones, mientras que la policía defiende que el túnel era para un tal Boyd, un famoso falsificador con una larga condena. No se ha descubierto ninguna pista, pero, a pesar de ello, pusieron a Sasha en aislamiento».

«¡En aislamiento!», grité. «¡No me extraña ahora no haber tenido noticias suyas en tanto tiempo!» «Sí, está sufriendo un castigo severo», admitió Eric. El purgatorio que ya había soportado Sasha, los horribles años que aún le quedaban, revolotearon por mi mente. «¡Lo matarán!», gemí. Sabía que lo estaban asesinando centímetro a centímetro y allí estaba yo, en París, incapaz de ayudarlo, de hacer nada, ¡nada! «Preferiría mil veces haber estado yo en la cárcel que aquí sentada viendo cómo asesinan a Sasha sin poder hacer nada!», lloré. «Eso no le hace ningún bien a Sasha», respondió Eric. «De hecho, se lo pone más difícil, más difícil llevar su carga. Seguro que eso lo sabes, así que, ¿por qué te atormentas?»

¿Por qué, por qué? Cómo podría yo explicar lo que esos años habían sido para mí, desde aquel día negro de julio de 1892. La vida es inexorable, no te deja parar en ningún momento. Mi propia vida había estado poblada de acontecimientos, unos detrás de otros en rápida sucesión. Había habido poco tiempo para recrearme en una retrospección del pasado, pero me reconcomía en la conciencia y nada podría detener su mordedura. Y aun así la vida seguía su curso. No se podía parar.

Eric apenas podía mantenerse en pie. Estaba absolutamente exhausto por lo que había soportado trabajando en el túnel; los efluvios venenosos le habían infectado la sangre y le habían producido una grave enfermedad en la piel. Su estado se agravó tanto que tuvo que guardar cama y yo lo cuidé durante semanas, pero el querido muchacho, auténtico vikingo como era,

seguía riendo y bromeando, sin una palabra de queja o un lamento sobre las peligrosas penurias que había soportado en la desgraciada empresa de ayudar a la fuga de Sasha.

Nuestro congreso finalmente no tuvo lugar. En último momento las autoridades prohibieron la reunión pública de anarquistas extranjeros. Celebramos algunas sesiones, no obstante, en casas privadas, en los alrededores de París. Bajo aquella circunstancias y en vista de la necesidad de llevar en secreto las actas, tuvimos tiempo únicamente de discutir los problemas más urgentes.

La presencia de Eric implicaba más gastos y me resultó imperativo ganar algún dinero. Él se había volcado en el túnel y ya no le quedaba ni un centavo. Unos amigos que vivían en el mismo hotel y yo concebimos la idea de prepararles el desayuno y el almuerzo. Suponía una hazaña cocinar para doce y a veces más personas en un único quemador de alcohol. Hippolyte ayudaba mucho, era mucho mejor vendedor que yo y un cocinero de primera. Nuestros «huéspedes» eran casi todos camaradas extranjeros y se marchaban satisfechos con las comidas que les servíamos. Aquello nos permitió ganar algo de dinero, aunque no lo suficiente. Hippolyte y yo ideamos hacer de guías de la Exposición Universal. Nos fue bastante bien, aunque era muy tedioso llevar a unos aburridos estadounidenses de un lado a otro. Un tipo, al ver la estatua de Voltaire, quiso saber quién era «ese pavo» y a qué negocio se dedicaba. Unas maestras, a las que me había recomendado un amigo, casi se me desmayan ante las estatuas desnudas de los jardines del Luxemburgo. Volvía a casa aborreciendo el papel de cicerone.

Una tarde regresé al hotel dispuesta a no volver a hacer de guía a los turistas a no ser que fuera en un lugar cálido. En mi habitación me encontré un enorme ramo de flores y una nota junto a él. La caligrafía no era familiar y el contenido era intrigante: «A un admirador de toda la vida le gustaría pasar una agradable velada contigo. ¿Nos encontramos esta noche en el

Café du Châtelet? Puedes traer un amigo». Me pregunté quién sería aquel hombre.

El «admirador de toda la vida» resultó ser ni más ni menos que Eric. Con él estaban otros tres camaradas estadounidenses. «¿Qué ha ocurrido?», preguntamos Hippolyte y yo al unísono. «¿Has descubierto una mina de oro?» «No exactamente», contestó Eric. «Mi abuela, que ha muerto hace unos meses, me ha dejado un legado de setecientos francos que acabo de recibir hoy. Y nos los vamos a fundir esta noche». «¿No quieres regresar a Estados Unidos?», le pregunté. «Por supuesto que quiero». «Entonces dame la mitad de tu legado para el billete de vuelta», le sugerí. «Y entonces sí estaré dispuesta a ayudarte a fundir el resto». Riendo me entregó trescientos cincuenta francos para que yo se los guardara.

Cenamos, bebimos vino y fuimos felices. Todos estábamos alegres y aún en pie cuando a las dos de la madrugada aterrizamos en Le Rat-Mort, un famoso cabaré de Montmartre, donde Eric pidió champán. Frente a nosotros estaba sentada una joven francesa muy guapa y Eric preguntó si podía invitarla a nuestra mesa. «Claro», le dije. «Soy la única mujer en compañía de cinco hombres, me puedo permitir ser generosa». La chica se unió a nosotros, bebió y bailó con los chicos. Nuestro vikingo, increíblemente ligero a pesar de sus cien kilos de peso, bailaba como una ninfa. Tras un emocionante vals, los chicos levantaron sus copas en un brindis por E. G. y yo me bebí la mía de un trago. De repente, todo se volvió negro.

Me desperté en mi habitación con un dolor de cabeza que me partía, sintiéndome morir. La chica francesa del cabaret estaba sentada junto a mi cama. «¿Qué ha ocurrido?», le pregunté. «*Rien du tout, chérie*, te sentiste un poco mal anoche», contestó. Le pedí que llamara a mis amigos y enseguida entraron Eric e Hippolyte. «Me siento como si me hubieran envenenado», les dije. «No tanto», contestó Eric. «Pero uno de los chicos echó un vaso de coñac dentro de tu champán». «¿Y después?» «Después tuvimos que sacarte de allí. Paramos un taxi, pero no hubo manera de que

entraras. Te sentaste en la acera y gritabas que eras Emma Goldman, la anarquista, y que nadie podía obligarte a nada. Tuvimos que meterte en el taxi entre los cinco». Yo estaba atónita. No recordaba nada de eso.

«Ninguno de nosotros andaba muy entero», siguió Eric. «Pero nos despejamos rápido cuando vimos el estado en el que estabas tu». «Y la chica, ¿cómo es que está aquí?», pregunté. «No quiso oír hablar de no acompañarte. Debió de pensar que éramos delincuentes. Se empeñó en venir con nosotros». «Pero la pobre muchacha ha perdido sus ganancias de toda una noche», protesté.

Hippolyte metió veinte francos en un sobre y pidió un taxi para la chica. Por la tarde me lo devolvió. «¿Qué pretendes al insultarme así?», gritó casi llorando. «¿Crees que una chica que se gana la vida en las calles no tiene sentimientos? ¿Que aceptaría dinero por ayudar a una amiga en apuros? No, claro que no. La enfermería no es mi oficio y no me pagarán por ello». Le tendí la mano y la incliné hacia mí. Casi me hizo llorar la belleza de aquella niña mujer y su espíritu bello y tierno.

El ambiente inspirador de nuestro movimiento en París y mis otras encantadoras experiencias en la ciudad me hacían querer prolongar mi estancia. Pero era la hora de marcharse. Casi se nos había agotado el dinero. Además, ya habían aparecido detectives por el hotel buscando información sobre la señora Brady. Era un milagro que aún no me hubiera expulsado la policía del país. Victor Dave opinaba que se debía a la Exposición Universal; las autoridades no querían publicidad negativa para los visitantes. Una mañana oscura y lluviosa, muy temprano, Eric, Hippolyte y yo nos dirigimos a la estación de tren. Nos siguieron varios hombres del servicio secreto en un taxi y otro más en bicicleta. Nos dijeron adiós con la mano mientras el tren se ponía en marcha, pero luego encontramos a uno de ellos en el compartimento contiguo. Nos siguió hasta Boulogne y no nos quitó ojo hasta que subimos al barco.

Solo gracias al regalo que me envió mi querida amiga Anna Stirling pudimos pagar nuestra cuenta del hotel y nuestros pasajes de vuelta y aún nos quedaron quince dólares, suficiente para las propinas y otros gastos del viaje. Yo sabía que podía pedir prestado algo de dinero en Nueva York y Eric dijo que telegrafiaría a Chicago pidiendo fondos cuando fuera necesario.

Cuando el vapor llevaba unas horas navegando, Hippolyte se mareó y con el vaivén de las olas cada vez empeoraba más. Al tercer día estaba tan enfermo que el médico pidió champán helado. Tenía un aspecto tan amarillento y delgado que temí que no aguantara hasta el final del viaje. Mientras tanto, Eric desarrolló un hambre de lobo. Tres veces al día comenzaba por el principio de la carta y daba cuenta de ella hasta llegar al final. «No hagas trabajar tanto al camarero», le rogaba yo. «No tenemos bastante dinero para propinas». Pero él seguía comiendo. Era un marino nato, amaba el mar y se mostraba más alegre y hambriento cada día que pasaba. Al final de la travesía me quedaban dos dólares y quince centavos, que dividí entre los camareros y camareras que nos habían atendido a Hippolyte y a mí. Dejamos al vikingo que se las apañara solo. El valiente muchacho, que había vivido durante meses en peligro constante, cavando un túnel, se achantaba ante los empleados del barco. De hecho se escondió. El camarero del comedor era inasequible al desaliento y siguió persiguiendo a Eric. Pero cuando se presentó ante él, avergonzado, como un colegial, con sus bolsillos del revés, el cruel camarero se apiadó de él y lo dejó marchar.

Mi precioso hermano «pequeño», alto y guapo, estaba en el muelle para recibirme. Se sorprendió mucho al verme aparecer con dos guardaespaldas. Inmediatamente fuimos a una casa de empeños para dejar allí mi reloj de almeja, por el que me dieron diez dólares enteritos, suficiente para pagar una semana de alquiler en Clinton Street e invitar a cenar a la compañía.

23

En cuanto me instalé en mi nueva habitación, me fui directamente a ver a Justus Schwab. Me lo encontré en la cama, apenas una sombra de lo que había sido. Se me puso un nudo en la garganta al ver a nuestro gigante tan desmejorado. Yo sabía que la señora Schwab se mataba a trabajar atendiendo el local y le supliqué que me dejara cuidar a Justus. Me lo prometió, aunque estaba segura de que el enfermo no querría que nadie lo cuidara más que ella. Todos conocíamos la tierna relación entre existía entre Justus y su familia. Su esposa había sido su compañera a lo largo de muchísimos años. Siempre había sido la salud personificada, pero la enfermedad de Justus, las preocupaciones y la sobrecarga de trabajo le habían pasado factura; había perdido su lozanía y parecía apagada.

Mientras hablaba con la señora Schwab, entró Ed. Él se azoró al verme y yo también me aturullé. Pronto se recompuso y se acercó a nosotras. La señora Schwab se disculpó diciendo que tenía que cuidar de su paciente y nos dejó solos. Fue un momento doloroso, para el que ninguno de los dos encontramos en un primer momento la actitud adecuada.

Durante mi estancia en el extranjero, no había estado en contacto con Ed, pero sabía de su vida a través de amigos comunes, que me habían comunicado el nacimiento de su hija. Le pregunté cómo se sentía al ser padre. Inmediatamente se animó y se lanzó a un elogio de su hijita, abundando en su encanto y en su inteligencia. Me divertía ver cómo el

antaño ogro comeniños babeaba con tanto entusiasmo. Me acordaba de que siempre se había negado a mudarse a una casa en la que hubiera niños. «Veo que no me crees», señaló enseguida, «te asombra que me emocione así, pero no es porque yo sea su padre, sino porque mi hija es realmente una niña extraordinaria». Era increíble escuchar algo así de boca del hombre que solía decir que «la mayoría de los humanos son idiotas, pero los padres son a la vez idiotas y ciegos: se imaginan que sus niños son unos prodigios y pretenden que todo el mundo sea de la misma opinión».

Le insistí en que no dudaba de él, pero que, para asegurarme, mejor sería que me presentara a la niña prodigio. «¿En serio quieres conocerla? ¿Quieres que te la traiga?», exclamó. «Pues claro, por supuesto», le contesté. «Sabes que siempre me han gustado los niños, ¿por qué no iba a querer a la tuya?» Durante un rato se quedó callado. Después dijo: «Nuestro amor no ha sido un triunfo, ¿verdad?» «¿Acaso algún amor lo es?», le contesté. «El nuestro duró siete años, lo que mucha gente consideraría mucho tiempo». «Te has hecho sabia durante este año, querida Emma», respondió. «No, solo más mayor, querido Ed». Nos despedimos con la promesa de volver a vernos pronto.

En la *vetcherinka* rusa de Año Nuevo, Ed estaba allí acompañado de una mujer, seguramente su esposa. Era alta y hablaba en voz muy alta. Ed siempre había odiado ese rasgo en una mujer, ¿cómo lo soportaba ahora? Los amigos me asediaron y los camaradas del East Side comenzaron a hacerme preguntas sobre el movimiento en Inglaterra y Francia. No volví a ver a Ed esa noche.

La necesidad más urgente en cuanto llegué a América era encontrar un empleo. Había dejado mi tarjeta de visita a algunos de mis amigos médicos, pero pasaron las semanas sin un solo encargo. Hippolyte intentó hacer algo en el semanario anarquista checo. Había mucho trabajo allí, pero nada de dinero; no se consideraba ético aceptar dinero por escribir en un periódico anarquista. Todas las publicaciones en lengua extranjera, con la excepción

de *Die Freiheit* y *Der Freie Arbeiter Stimme*, se sacaban adelante por la labor voluntaria de personas que se ganaban el sustento en algún otro oficio y que entregaban sus noches y sus domingos gratis a las necesidades del movimiento. Hippolyte, que no tenía una profesión, estaba incluso más indefenso en Nueva York que lo que había estado en Londres. Las pensiones en América pocas veces empleaban a varones.

Finalmente, en Nochebuena, el doctor Hoffman me mandó llamar. «La paciente es adicta a la morfina», me informó. «Es un caso difícil y que requiere paciencia. A la enfermera del turno de noche le han dado una semana libre, no podía aguantar la presión. Te piden que la sustituyas esa semana». La perspectiva no era nada tentadora, pero necesitaba trabajar.

Era casi medianoche cuando llegué con el doctor a la casa de la paciente. En una amplia habitación de la segunda planta yacía una mujer medio vestida en la cama, en estado de estupor. Su cara, enmarcada en una masa de pelo negro, estaba blanca y respiraba con dificultad. Cuando miré a mi alrededor, me percaté de un retrato colgado en la pared de un hombre grande que me miraba con ojos pequeños y crueles. Le vi un parecido con alguien a quien había visto antes, pero no pude recordar dónde o bajo qué circunstancias. El doctor Hoffman empezó a darme instrucciones. El nombre de la paciente era señora Spenser, me dijo. Él la había tratado durante algún tiempo, intentando curarle la adicción a las drogas. Había hecho muchos progresos, pero últimamente había sufrido una recaída y había vuelto a tomar morfina. Nada podía hacerse por ella hasta que saliera de su estupor. Tenía que vigilarle el pulso y mantenerla abrigada. La señora Spenser apenas se movió durante la noche. Yo intenté pasar el tiempo leyendo, pero no podía concentrarme. El retrato de la pared me obsesionaba. Cuando la enfermera de día llegó, la paciente seguía dormida, pero respiraba con más normalidad.

Pronto mi semana llegaba a su fin. Durante todo ese tiempo la señora Spenser no había mostrado interés por lo que la rodeaba. Abría los ojos,

miraba sin ver y volvía a dormitar. Cuando entré a trabajar la sexta noche, me la encontré totalmente consciente. Su cabello estaba descuidado y le pregunté si le gustaría que se lo cepillara y lo trenzara. Aceptó gustosamente. Mientras lo hacía, me preguntó cuál era mi nombre. Goldman, le dije. «¿Es usted pariente de Emma Goldman, la anarquista?» «Y tanto», le dije. «Soy culpable». Para mi sorpresa, pareció complacerle mucho tener a una «persona famosa» como enfermera. Me pidió que me hiciera cargo por completo de su caso, diciendo que le gustaba más que las otras enfermeras. Eso halagaba mi vanidad profesional, pero no me parecía bien que despidiera a las otras enfermeras por mi causa. Además, la presión de un turno de veinticuatro horas haría imposible que le prestara el cuidado que necesitaba. Me suplicó que me quedara, prometiéndome que tendría la tarde libre y un descanso durante la noche.

Algún tiempo después, la señora Spenser me preguntó si conocía al hombre del retrato. Le dije que me resultaba familiar, pero que no podía situarlo. No habló más del asunto.

La casa, los muebles, la amplia librería con buenos libros, todo dejaba traslucir la inteligencia y buen gusto de su propietaria. Se respiraba algo extraño, intrigante en el piso, extrañeza realzada por las visitas diarias de una mujer de aspecto chabacano y ataviada con ropas llamativas. En cuanto llegaba, mi paciente me mandaba a un recado. Yo aprovechaba la oportunidad para dar un paseo al aire libre, preguntándome a la vez quién podría ser esa persona con la que la señora Spenser tenía siempre que estar a solas. Al principio sospeché que la extraña visitante pudiera estar proporcionándole drogas, pero, como no percibí consecuencias negativas en mi paciente, me olvidé del tema considerándolo no de mi incumbencia.

A finales de la tercera semana, la señora Spenser ya era capaz de bajar las escaleras hasta el salón. Mientras ponía algo de orden en la habitación de la enferma, me topé con unas curiosas tiras de papel que decían: «Jeanette, 20 veces; Marion, 15; Henriette, 12». Había como cuarenta nombres de

mujeres, cada una acompañada de una cifra. ¡Qué extraño registro!, pensé. Cuando iba a reunirme con mi paciente en la sala, me detuvo una voz que reconocí como la de la visitante de la señora Spenser. «McIntyre estuvo de nuevo en la casa anoche», le oí decir. «Pero ninguna de las chicas lo quiso. Jeanette decía que prefería veinte otros a esa asquerosa criatura». La señora Spenser seguramente oyó mis pasos, porque la conversación se interrumpió y me llamó a través de la puerta: «¿Es usted, señorita Goldman? Entre, por favor». Cuando entré, la bandeja de té que llevaba se estrelló contra el suelo y me quedé mirando de hito en hito al hombre sentado en el sofá junto a mi paciente. Era el original del retrato e inmediatamente lo reconocí como el detective que había jugado un papel decisivo para mandarme a la cárcel en 1893.

Las tiras de papel, el comentario que acababa de escuchar a escondidas...: entendí todo de repente. Spenser era la *madame* de una «casa» y el detective era su amante. Subí corriendo al segundo piso, obsesionada con salir de la casa. Bajaba corriendo con mi maleta cuando vi a la señora Spenser al pie de las escaleras, apenas capaz de tenerse en pie, con sus manos aferradas nerviosamente a la barandilla. Me di cuenta de que no podía dejarla en ese estado; yo era responsable de ella ante el doctor Hoffman y debía esperarle. Llevé a la señora Spenser a su cuarto y la acosté.

Estalló en un llanto histérico, suplicándome que no me fuera y jurándome que nunca más tendría que ver a aquel hombre, que incluso quitaría su retrato. Admitió que regentaba un burdel. «Temía que lo descubrieras», dijo, «pero pensé que Emma Goldman, la anarquista, no me condenaría por ser un engranaje de una máquina que yo no he creado». La prostitución no era invento suyo, argumentaba, y, puesto que existía, poco daba quién se encargara de ella. Si no era ella sería otra. No creía que las chicas estuvieran en peor situación que en otros trabajos mal pagados en las fábricas; ella, al

menos, era amable con ellas. Podía ir yo misma a preguntar, si quería. Habló sin cesar, llorando hasta quedar exhausta. Yo me quedé.

Las «razones» de la señora Spenser no me influyeron. Sabía que todo el mundo ofrecía las mismas excusas para sus acciones viles, el policía tanto como el juez, el soldado y el señor de la guerra, todos los que viven del trabajo y la degradación de los demás. Sentía, sin embargo, que en mi calidad de enfermera no debía preocuparme el oficio o la ocupación de mis pacientes. Tenía que atender sus necesidades físicas. Además, no era solo enfermera, era también una anarquista que conocía los factores sociales tras las acciones humanas. Como tal, incluso más que como enfermera, no podía negarle mis servicios.

Mis cuatro meses junto a la señora Spenser me proporcionaron muchas lecciones en psicología. Era una persona especial, inteligente, observadora y comprensiva. Conocía la vida y a los hombres, todo tipo de hombres, de todos los estratos sociales. La casa que tenía era de «alto standing»; entre sus clientes se contaban algunos de los más poderosos pilares de la sociedad: médicos, abogados, jueces y predicadores. El hombre al que las chicas «odiaban como la peste», no era otro que, descubrí, un prominente abogado de Nueva York, el mismo que había afirmado ante el jurado que Emma Goldman, si estuviera libre, pondría en peligro las vidas de los hijos de los ricos y cubriría de sangre las calles de Nueva York.

La señora Spenser conocía a los hombres y, como los conocía, no sentía por ellos sino odio y desprecio. Una y otra vez me decía que ninguna de sus chicas era tan depravada como los hombres que las compraban, ni tan desprovistas de humanidad. Siempre se ponía del lado de las chicas cuando un «invitado» se quejaba. Que sentía intensamente el sufrimiento de los otros lo demostraba a menudo, no solo en su trato con las chicas, a la mayoría de las cuales conocí y traté; era amable con cada mendigo de la calle. Adoraba a los niños. Cuando se topaba con un niño de la calle, por muy harapiento y sucio que estuviera, lo acariciaba y le daba dinero.

Repetidamente le escuché lamentarse: «¡Si tuviera un niño, un hijo propio!».

Su historia era una auténtica novela. Cuando tenía dieciséis años y era muy hermosa, se enamoró de un apuesto oficial del ejército en Rutenia, su región de origen. Con promesas de matrimonio, él la convirtió en su amante. Cuando se quedó embarazada, la llevó a Viena, donde la intervención casi la mata. Cuando se recuperó, el hombre fue con ella a Cracovia, donde la dejó en una casa de prostitución. No tenía dinero, no conocía a nadie en la ciudad y se encontró esclavizada en la casa. Más tarde, uno de los clientes compró su libertad y se la llevó en un largo viaje. Durante cinco años viajó por Europa con su custodio y después volvió a encontrarse a la deriva, sin amigos, con la calle como único refugio. Pasaron varios años. Se había hecho más sabia; había ahorrado algún dinero y decidió marcharse a América. Aquí entabló amistad con un rico político. Cuando él la dejó, ya tenía dinero suficiente como para abrir el burdel.

El rasgo más destacado de la señora Spenser es que la vida que había llevado no le había afectado. No había una sola fibra dura en ella y era exquisitamente sensible, amante de la música y de la buena literatura.

El tratamiento del doctor Hoffman la apartó gradualmente del uso de las drogas, pero la dejó físicamente débil y proclive a mareos. No podía salir sola y terminé siendo no solo su enfermera sino también su acompañante. Le leía libros, la acompañaba a conciertos, a la ópera y al teatro y en ocasiones a conferencias que le interesaban.

Mientras estaba cuidando a la señora Spenser, me embarqué en los trabajos de preparación de la próxima visita de Piotr Kropotkin. Nos había informado de que viajaba a Estados Unidos a pronunciar una serie de conferencias en el Lowell Institute sobre «Los ideales de la literatura rusa» y que también podría hablar sobre anarquismo si así lo deseábamos. La perspectiva nos entusiasmó. Yo ya me había perdido las conferencias de mi querido camarada en la gira anterior. En Inglaterra no había tenido la

oportunidad de escucharlo. Todos sentíamos que las conferencias y la elegante personalidad de Piotr tendrían un valor inestimable para nuestro movimiento en Estados Unidos. Cuando la señora Spenser oyó hablar de mi actividad, inmediatamente ofreció el liberarme por las noches para que tuviera más tiempo para dedicarle a esa tarea.

De todas partes de la ciudad la gente acudió en masa al Grand Central Palace a escuchar a Piotr Kropotkin la tarde del primer domingo de mayo. Por una vez los periódicos fueron decentes: los periodistas no podían negar el encanto del hombre, la potencia de su intelecto, la sencillez y lógica de su exposición y argumentación. Entre el público se encontraba también la señora Spenser, completamente entregada al orador.

Se había organizado una velada en honor a Kropotkin, un encuentro informal, para permitir que se encontrara con camaradas y simpatizantes. La señora Spenser preguntó si podría ir ella. «¿Y si tus amigos descubren quién soy?», preguntó con ansiedad. Yo le dije que mis amigos no se parecían en modo alguno a Anthony Comstock y que nadie, ni con hechos ni con palabras, la haría sentir fuera de lugar. Me miró con sorpresa con sus ojos luminosos.

La víspera algunos de los camaradas más íntimos cenamos con nuestro amado maestro. Yo conté la historia de la señora Spenser. A Piotr le interesó mucho: aquella mujer era un verdadero documento humano, pensaba. Claro que recibiría a mi paciente y le autografiaría un ejemplar de sus *Memorias*, como ella me había pedido. Antes de irnos, Piotr me abrazó: «Estás dando un ejemplo convincente de la belleza y la humanidad de nuestros ideales», señaló. Yo sabía que él, tan rico en compasión, entendería por qué me había quedado al cuidado de aquella paria social.

Finalmente mi paciente se recuperó lo suficiente como para poder prescindir de mí. Yo tenía muchas ganas de salir de gira. Los camaradas de varias ciudades me habían estado pidiendo que fuera a dar charlas. Había también otras razones. Una de ellas era Pittsburgh. No tenía esperanzas de

poder ver a Sasha: desde mi horrible encuentro con el inspector de prisiones Reed, le habían prohibido las visitas. Desde el fracaso del túnel, mi torturado muchacho había estado en aislamiento, retirados todos los privilegios. Las escasas notas confidenciales que lograba colar no daban pistas sobre lo que estaba sufriendo. Solo ayudaban a aumentar mi sensación de lo desesperado de su situación. Yo seguía escribiéndole, pero aquello era como lanzar cartas al vacío. No tenía manera de saber si le llegaban. Las autoridades de la cárcel nunca me dejarían ver a Sasha, pero no podía impedir que fuera a Pittsburgh, donde podía sentirme más cerca de él.

Hippolyte se había mudado a Chicago para trabajar en *Der Arbeiter Zeitung*. La oferta de empleo le había llegado en un momento en el que la vida se le había hecho tan insoportable a él que me había hecho infeliz a mí. El pensamiento de que ahora tendría la compañía tranquilizadora de Max, así como un trabajo para el que estaba preparado, me consoló mucho. Tenía pensado visitarlo cuando estuviera en Chicago.

Ed me visitaba o salíamos a cenar bastante a menudo. Estaba encantador y no quedaban huellas de la tormenta que nos había zarandeado durante siete años. Todo había dado paso a una calma amistad. No trajo nunca a su niña y yo sospechaba que su madre se había opuesto a que yo la viera. Si a ella le molestaba nuestro compañerismo, yo no tenía forma de saberlo. Ed nunca la mencionaba. Cuando supo que estaba a punto de emprender una nueva gira de conferencias, me pidió de nuevo que fuera la representante de su empresa.

Antes de salir hacia el Oeste, tenía un compromiso previo en Paterson, Nueva Jersey, donde el grupo italiano me había organizado un mitin. Nuestros camaradas italianos siempre eran muy acogedores y para esa ocasión me habían preparado una reunión informal después de mi conferencia. Me alegraba tener la oportunidad de saber algo más sobre Bresci y su vida. Lo que me contaron sus camaradas más íntimos me

convenció una vez más de lo difícil que es comprender realmente el corazón humano y lo fácil que es juzgar a los hombres por aspectos superficiales.

Gaetano Bresci había sido uno de los fundadores de *La Questione sociale*, el periódico anarquista italiano que se publicaba en Paterson. Era un tejedor habilidoso, a quien sus patronos consideraban un hombre formal y trabajador, pero al que pagaban solo quince dólares a la semana. Tenía que mantener a su esposa y un hijo; aun así conseguía hacer una donación semanal al periódico. Incluso había ahorrado ciento cincuenta dólares que prestó al grupo en un momento crítico para *La Questione sociale*. Sus noches libres y los domingos los dedicaba a ayudar en la oficina y a hacer propaganda. Los miembros de su grupo lo querían, respetaban y apreciaban su dedicación.

Y un día, repentinamente, Bresci pidió que le devolvieran el préstamo que había hecho al periódico. Le dijeron que era imposible: el periódico no tenía fondos, tenía, de hecho, déficit, pero Bresci insistió e incluso se negó a ofrecer ninguna explicación para su petición. Finalmente el grupo consiguió reunir el dinero suficiente como para rescindir la deuda contraída con Bresci, pero los camaradas italianos se resintieron mucho por el comportamiento de Bresci, lo señalaron como un avaro, que amaba el dinero por encima de su ideal. La mayoría de sus amigos le dieron la espalda.

Unas semanas más tarde llegó la noticia de que Gaetano Bresci había asesinado a Humberto I. Su acción hizo que el grupo de Paterson se diera cuenta de cuán injusta y cruelmente habían juzgado aquel hombre. Había insistido en que le devolvieran el dinero para poder pagar el pasaje a Italia. Sin duda la conciencia de la injusticia que habían cometido con Bresci pesaba mucho más en los camaradas italianos que su resentimiento contra él. Para compensarlo de alguna forma, el grupo de Paterson se hizo cargo de los gastos de la hija de su camarada mártir, una preciosa niña. Su viuda, por

otra parte, no dio señales de comprender el espíritu del padre de la niña ni de compadecerse con su gran sacrificio.

El tema de mi conferencia en Cleveland, a principios de mayo de ese año, era «Anarquismo», pronunciada ante el Club Liberal Franklin, una organización radical. Durante el intermedio, antes del debate, me fijé en un hombre que ojeaba los títulos de los libros y panfletos que estaban a la venta junto al estrado. Enseguida se acercó a mí con la pregunta: «¿Podría sugerirme alguna lectura?». Estaba trabajando en Akron, explicó, y tendría que marcharse antes del final del mitin. Era muy joven, un jovencito, de altura mediana, bien plantado y que caminaba muy erecto, pero lo que me atrajo fue su cara, una cara muy sensible, con un cutis delicadamente rosado, una cara atractiva que su cabello rubio y rizado realzaba aún más. Sus grandes ojos azules transmitían energía. Le hice una selección de algunos libros y le dije que esperaba que encontrara en ellos lo que estaba buscando. Regresé al estrado para iniciar el debate y no volví a ver al joven aquella noche, aunque su llamativo rostro permaneció grabado en mi memoria.

Los Isaak habían trasladado *Free Society* a Chicago, donde ocupaban una amplia casa que era el centro de las actividades anarquistas en aquella ciudad. A mi llegada, fui a su casa y me sumergí inmediatamente en una intensa labor que duró once semanas. El calor del verano se volvió tan sofocante que tuve que suspender el resto de mi gira hasta septiembre. Estaba totalmente agotada y necesitaba un descanso. Mi hermana Helena llevaba pidiéndome con insistencia que pasara al menos un mes con ella, pero hasta entonces no había podido contar con tanto tiempo. Aquella era mi oportunidad. Pasaría unas semanas con Helena, con los niños de mis dos hermanas y con Yegor, que pasaba sus vacaciones en Rochester. Había llevado con él a dos compañeros de clase, me había escrito y para completar el círculo juvenil invité a Mary, la hija de catorce años de los Isaak, a venir conmigo de vacaciones. Yo había ganado algún dinero con los encargos

para la empresa de Ed y me podía permitir jugar a Doña Ricachona con los jóvenes y rejuvenecerme junto a ellos.

El día de nuestra partida los Isaak organizaron una comida de despedida. Después, cuando estaba recogiendo mis cosas, alguien llamó al timbre. Mary Isaak vino a decirme que un joven, que decía apellidarse Nieman, quería verme urgentemente. Yo no conocía a nadie con ese apellido y tenía prisa, estaba a punto de salir para la estación. Le dije con cierta impaciencia a Mary que le dijera al visitante que no tenía tiempo, pero que podíamos hablar de camino a la estación. Cuando salí de la casa reconocí al visitante. Era el guapo tipo de cabello dorado que me había pedido que le recomendara lecturas en el mitin de Cleveland.

Sujeto a las tiras que colgaban del techo, Nieman me contó que había pertenecido a un grupo socialista local en Cleveland y que sus miembros le habían parecido aburridos, faltos de visión y entusiasmo. No soportaba estar con ellos y había dejado Cleveland y ahora trabajaba en Chicago y estaba deseando contactar con los anarquistas.

En la estación me encontré a mis amigos esperando, entre ellos a Max. Quería pasar unos minutos con él y le pedí a Hippolyte que atendiera a Nieman y se lo presentara a los camaradas.

Los jovenzuelos de Rochester me robaron el corazón. Los hijos de mis dos hermanas, mi hermano Yegor y sus colegas y la joven Mary se combinaron para llenar mis días con el encanto que solo pueden ofrecer las almas jóvenes y ardientes. El tejado de la casa de Helena se convirtió en nuestro jardín y el lugar de reunión donde mis jóvenes amigos me confiaban sus sueños y aspiraciones.

Nuestros *picnics* eran especialmente agradables. Harry, el mayor de los hijos de Lena, ya republicano a los diez años, era un orador entregado a hacer campaña. Era divertido escucharlo defender a McKinley, su héroe, y discutir con su *Tante Emma*. Compartía la admiración de su familia por mí, pero lamentaba que no perteneciera a su campo. Saxe, el hermano de Harry,

tenía un carácter totalmente distinto. Se parecía mucho más a su tía Helena que a su propia madre, pues se mostraba tan tímido y recatado como la primera y también parecía envuelto en la tristeza. Compartía también la ilimitada capacidad de amor de Helena. Su ideal era David, el hijo menor de Helena, cuya palabra era sagrada para Saxe. No era de extrañar, porque David era un magnífico muchacho. De hermoso físico y apariencia agradable, su inmenso talento musical y su amor por la diversión se ganaban todos los corazones. Amaba a todos esos chiquillos, pero, después de Stella, fue Saxe quien se acercó más a mi corazón, tal vez sobre todo porque yo era consciente de que carecía de la dureza necesaria para la lucha por la vida.

Mis vacaciones en Rochester se fastidiaron un poco por una nota en *Free Society* que contenía una advertencia en contra de Nieman. Estaba escrita por A. Isaak, editor del periódico, y decía que se habían recibido noticias desde Cleveland de que el hombre había estado haciendo preguntas que levantaban sospechas y que estaba intentando entrar en círculos anarquistas. Los camaradas de Cleveland habían concluido que debía de ser un espía.

Me enfadé mucho. ¡Hacer una acusación así con una base tan endeble! Escribí enseguida a Isaak pidiéndole pruebas más convincentes. Me contestó que, aunque no tenía otras pruebas, él aún sentía que Nieman no era de fiar porque constantemente hablaba sobre acciones violentas. Protesté una vez más. El siguiente número de *Free Society* contenía una retractación.

Me interesaba la Exposición Panamericana, que se celebraba en Buffalo, y quería desde hacía tiempo visitar las cataratas del Niágara, pero no podía abandonar a mis queridos jovenzuelos y no tenía suficiente dinero como para llevarlos a todos. El doctor Kaplan, un amigo de Buffalo que sabía que estaba de vacaciones con mi familia, resolvió nuestras dificultades. Ya me había pedido antes que lo visitara y que fuera con mis amigos. Cuando le escribí que mis medios no me permitían tal lujo, me puso una conferencia

por teléfono y me ofreció contribuir con cuarenta dólares para los gastos y alojarnos una semana. Relamiéndome por anticipado de la aventura, me llevé a los niños a Buffalo. Nos invitaron a muchas cosas, «bajamos» las cataratas, vimos la Exposición Universal y disfrutamos de música y fiestas, así como de reuniones con camaradas en las que la joven generación participaba en los debates en pie de igualdad.

A nuestra vuelta a Rochester, me esperaban dos cartas de Sasha. La primera, secreta, fechada el 10 de julio, se había retrasado mucho. Su contenido me llenó de desesperanza. Decía:

> Desde el hospital. Ocho días en camisa de fuerza. Durante más de un año he estado en estricto aislamiento; durante mucho tiempo me negaron cartas y lectura... He pasado una gran crisis. Dos de mis mejores amigos murieron de forma horrible. Me afectó especialmente la muerte de Russell. Era muy joven y mi amigo más cercano y fiel y murió de una muerte terrible. El doctor acusó al chico de estar fingiendo, pero ahora dice que era meningitis de la médula espinal. Aquello fue indescriptible, fue casi un asesinato, y mi pobre amigo iba pudriéndose centímetro a centímetro. Cuando murió su espalda era toda una úlcera. Si pudieras leer las cartas patéticas que escribió, suplicando verme y que yo lo cuidara. Pero el director no lo permitió. De alguna forma su agonía parecía comunicárseme a mí y empecé a experimentar los dolores y síntomas que Russell describía en sus notas. Sabía que era mi imaginación enferma; luché contra ellos, pero mis piernas presentaron signos de parálisis y sufría un dolor punzante en la columna vertebral, como Russell. Temía estar condenado a muerte como mi pobre amigo... Me vi al borde del suicidio. Pedí que me sacaran de la celda y el alguacil ordenó que me castigaran. Me pusieron la camisa de fuerza. Envolvieron mi cuerpo con trapos, me ataron los brazos a la cama y los pies a los barrotes. Me tuvieron así ocho días, absolutamente inmovilizado, pudriéndome en mis excrementos. Los presos que salieron llamaron la atención del nuevo inspector sobre mi caso. Se negó a creer que ocurrieran cosas así en el penal. Se difundieron informes de que me estaba quedando ciego y enloqueciendo. Entonces el inspector visitó el hospital e hizo que me quitaran la camisa.
>
> Estoy en bastante mal estado, pero ahora me han puesto en el pabellón general y me alegro de tener la suerte de poder mandarte esta nota.

¡Desalmados! Les habría venido muy bien mandar a Sasha al manicomio o conseguir que se quitara la vida. Me asqueaba el pensamiento de que yo había estado viviendo en un mundo de sueños, caprichos juveniles y alegría mientras que Sasha soportaba torturas infernales. Mi corazón gritaba: «¡No

es justo que él solo siga pagando el precio, no es justo!». Mis jóvenes amigos se arremolinaron en torno a mí compasivamente. Los grandes ojos de Stella se llenaron de lágrimas. Yegor me entregó la otra carta diciendo: «Es de una fecha posterior. Tal vez sean mejores noticias». Casi tenía miedo de abrirla. Apenas había leído el primer párrafo cuando grité con alegría: «¡Niños, Stella, Yegor! ¡Han reducido la pena de Sasha! Cinco años más y estará libre. ¡Imaginaos, solo cinco años más!», exclamé. «¡El nuevo alguacil le ha devuelto los privilegios, puede ver a sus amigos!» Corrí por toda la habitación riendo y llorando.

Helena subió corriendo las escaleras, seguida de Jacob. «¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?» Yo solo podía gritar «¡Sasha! ¡Mi Sasha!». Suavemente mi hermana me sentó en el sofá, cogió la carta de mi mano y la leyó en alto con una voz temblorosa.

Directo a BOX A7
Allegheny City, PA
25 de julio de 1901

Querida amiga,

No puedo decirte lo contento que estoy de que me permitan escribirte de nuevo. Nuestro nuevo inspector, un hombre muy amable, me ha devuelto mis privilegios. Me ha sacado de la celda de castigo y vuelvo a estar algo suelto. El inspector me ha pedido que desmienta a mis amigos los informes que han aparecido recientemente sobre mi estado de salud. Últimamente no me he encontrado muy bien, pero ahora espero mejorar. Mi vista está muy mal. El inspector me ha dado permiso para que me examine un especialista. Por favor, encárgate de ello junto con nuestros camaradas.

Hay otra buena noticia, querida amiga. Se ha aprobado una nueva ley de conmutación, que reduce mi pena en dos años y medio. Aún me queda mucho tiempo, casi cuatro años aquí y después un año de trabajos forzados, pero es una ganancia considerable y, si no vuelven a aislarme, podría (casi me da miedo formar el pensamiento...) podría vivir hasta que me suelten. Me siento como si hubiera resucitado.

La nueva ley beneficia en proporción a las condenas cortas mucho más que a los hombres con penas más largas. Los condenados de por vida no se benefician de ella. Estuvimos muy angustiados un tiempo porque había muchos rumores de que se declararía inconstitucional la ley. Afortunadamente, el intento de anular sus beneficios no fue eficaz. ¿Puedes imaginar que

haya hombres que vean inconstitucional conceder al preso algo un poco mejor que el reglamento de conmutación de hace cuarenta años? Como si una pequeña amabilidad con los desgraciados (en realidad, una cuestión de justicia) fuera incompatible con el espíritu de Jefferson. Estuvimos muy preocupados por el destino de ese reglamento, pero finalmente ya ha salido libre el primer lote y eso ya supone una gran alegría.

Hay una curiosa anécdota relativa a esta nueva ley, que puede que te interese. Arroja una luz significativa sobre los entresijos del asunto. La ley fue especialmente concebida para beneficiar a un funcionario federal de alto rango que acababa de ser condenado por ayudar a dos ricos fabricantes de tabaco de Filadelfia a defraudar unos cuantos millones al gobierno, usando impresos falsificados. Su influencia aseguró que la ley de conmutación se presentara y se aprobara rápidamente. Esta ley habría reducido sus condenas casi a la mitad, pero parece que algunos periódicos se ofendieron por haberlos mantenido en la ignorancia de este «trato» y empezaron a dar espacio a las protestas. El asunto llegó finalmente ante el Fiscal General de Estados Unidos, que decidió que los hombres en cuyo interés especial se había fabricado la ley no podrían beneficiarse de ella, porque una ley estatal no afecta a presos federales, que están sujetos a la Federal Commutation Act. ¡Imagina el disgusto de los políticos! Se intentó suspender la aplicación del reglamento. Afortunadamente, la maniobra fracasó y ahora los presos estatales «comunes», que no se pretendía en absoluto que se beneficiaran, están siendo liberados. La asamblea legislativa, sin la menor intención, ha repartido mucha felicidad entre algunos desgraciados.

Me ha interrumpido la escritura de esta carta el anuncio de una visita. Apenas podía creerlo: el primer camarada que me han permitido ver en nueve años. Era Harry Gordon y me he emocionado tanto al ver a este amigo querido que apenas he podido hablar. Debe haber convencido al nuevo inspector de que le diera un permiso. Este último es ahora alguacil en funciones, debido a la grave enfermedad del comisario Wright. Tal vez me permita ver a mi hermana. ¿Podrías por favor ponerte enseguida en contacto con ella? Mientras tanto trataré de conseguir un pase. Con esperanzas renovadas y con un recuerdo siempre fresco,

ALEX

«¡Al fin, al fin un milagro!», exclamó Helena entre lágrimas. Siempre había admirado a Sasha. Desde su encarcelamiento había mostrado un intenso interés por su situación y por toda noticia que nos llegaba desde su tumba en vida. Había compartido mi dolor y ahora se regocijaba conmigo por las maravillosas noticias.

Una vez más me encontraba dentro de los muros de la Penitenciaría del Oeste, con el corazón desbocado, tratando de escuchar el sonido de los

pasos de Sasha. Habían pasado nueve años desde aquel día de noviembre de 1892, cuando durante un fugaz momento habíamos estado cara a cara, solo para que nos separaran de nuevo, nueve años repletos del tormento que suponía la eternidad.

«¡Sasha!», me precipité con los brazos abiertos. Vi al guarda y, tras él, a un hombre con traje gris y la misma grisura en la cara. ¿Era realmente Sasha, tan cambiado, tan delgado y débil? Se sentó callado a mi lado, jugueteando con la cadena de mi reloj. Yo esperaba en tensión a escuchar una palabra. Sasha no emitió ningún sonido. Solo sus ojos me miraban fijamente, ahogándose en mi alma. Aquellos sí eran los ojos de Sasha, asombrados, torturados ojos. Me dieron ganas de llorar. Yo también estaba callada.

«¡Se acabó el tiempo!» El sonido casi heló mi sangre. Arrastrando mis pasos, giré el pasillo, atravesé por la reja y me encontré en la calle. Ese mismo día viajé de Allegheny a St. Louis, donde me reuní con Carl Nold, a quien no había visto en tres años. Era el mismo Carl de siempre, amable, deseoso de tener noticias de Sasha. Ya le habían contado el inesperado cambio de situación y estaba radiante por ello. «¡Entonces lo has visto!», exclamó. «Cuéntame todo sobre él».

Le conté lo que pude de la horrible visita. Cuando terminé, me dijo: «Me temo que tu visita a la cárcel llegó demasiado pronto después de su año en aislamiento. Un año entero de aislamiento forzado sin oportunidad de intercambiar una palabra con otro ser humano o escuchar una voz amable. Te quedas entumecido e incapaz de expresar tu anhelo de contacto humano». Entendí entonces el pavoroso silencio de Sasha.

Al día siguiente, 6 de septiembre, me recorrí todas las papelerías y tiendas de regalos de St. Louis para conseguir encargos para la empresa de Ed, pero no conseguí que nadie se interesara por mis muestras. Solo en una tienda me dijeron que me pasara al día siguiente para ver al jefe. Mientras descansaba un momento en una esquina, esperando un tranvía, escuché

gritar a un repartidor. «¡Extra, extra! ¡Disparan al presidente McKinley!» Compré el periódico, pero el tranvía iba tan lleno que no pude leerlo. A mi alrededor la gente hablaba del disparo al presidente.

Carl había llegado antes que yo a casa. Ya había leído la noticia. Un joven llamado de Leon Czolgosz había disparado al presidente en los terrenos de la Exposición de Buffalo. «Nunca he oído ese nombre», me dijo Carl, «¿Y tú?» «No, nunca», contesté. «Es una suerte que estés aquí y no en Buffalo», continuó. «Como de costumbre, los periódicos te relacionarán con esta acción.» «Bobadas», dije. «La prensa americana es bastante fantasiosa, pero no serán capaces de montar una historia tan absurda».

A la mañana siguiente, acudí a la papelería para ver al dueño. Tras mucha labia conseguí un encargo que sumaba mil dólares, el mayor que había conseguido nunca. Naturalmente, me sentía muy feliz por ello. Mientras esperaba que el hombre rellenara la ficha, vi de reojo el titular del periódico que tenía sobre la mesa: «ASESINO DEL PRESIDENTE MCKINLEY ANARQUISTA. CONFIESA HABER SIDO INCITADO POR EMMA GOLDMAN. SE BUSCA A LA ANARQUISTA».

Con un enorme esfuerzo traté de conservar la compostura, terminé el negocio y salí de la tienda. En la esquina siguiente compré varios periódicos y me fui a un restaurante a leerlos. Estaba llenos de detalles de la tragedia, informando incluso de la redada policial que habían hecho en casa de los Isaak y en la que habían detenido a todos lo que se encontraban allí. Las autoridades iban a retener a los detenidos hasta que se encontrara a Emma Goldman. Ya se habían enviado doscientos detectives a lo largo y ancho del país para rastrear a Emma Goldman.

En una de las páginas interiores de uno de los diarios había una fotografía del ejecutor de McKinley. «¡Pero si es Nieman!», me sobresalté.

Cuando terminé de leer los periódicos, me quedó claro que tenía que ir inmediatamente a Chicago. La familia Isaak, Hippolyte, nuestro viejo camarada Jay Fox, uno de los hombres más activos en el movimiento

sindical, y otros cuantos estaban detenidos sin fianza hasta que me encontraran. Mi deber era, simple y llanamente, entregarme. Yo sabía que no había ninguna razón ni prueba que me conectara con el disparo. Iría a Chicago.

Al salir a la calle, me topé con V., el «hombre rico de Nuevo México» que había organizado mi conferencia en Los Ángeles hacía algunos años. En el momento en que me vio palideció de miedo. «Por Dios, Emma, ¿qué haces aquí?», dijo con voz trémula. «¿No sabes que la policía de todo el país te está buscando?» Mientras hablaba, sus ojos vagaban nerviosos por la calle. Advertí que V. sentía pánico. Tenía que asegurarme de que no revelara mi presencia en la ciudad. Con familiaridad le cogí del brazo y susurré: «Vamos a un lugar tranquilo».

Sentados en un rincón, lejos de los otros comensales, le dije: «Una vez me juraste amor eterno. Incluso me propusiste matrimonio. Fue solo hace cuatro años. ¿Queda algo de ese afecto? Si es así, ¿me darías tu palabra de honor de que no le dirás a nadie que me has visto aquí? No quiero que me arresten en St. Louis, pretendo cederle el honor a Chicago. Dime rápidamente si puedo contar con tu silencio». Lo prometió solemnemente.

Cuando salimos a la calle, se fue a toda prisa. Yo estaba segura de que mantendría su palabra, pero entonces fui consciente de que mi antiguo admirador no era un héroe.

Cuando le dije a Carl que me iba a Chicago, me dijo que no estaba en mis cabales. Trató de quitarme la idea, pero yo persistí en ella. Me dejó para reunir a unos pocos amigos de confianza, cuya opinión sabía que yo valoraba, esperando que pudieran persuadirme de que no me entregara. Discutieron conmigo durante horas, pero no lograron cambiar mi decisión. Les dije medio en broma que mejor me dieran una buena despedida, puesto que probablemente no tendríamos oportunidad de pasar juntos ninguna alegre velada más. Contrataron el reservado de un restaurante, donde nos

regalamos con una comida suculenta, y después me acompañaron a la estación Wabash, donde Carl me había reservado un compartimento.

Por la mañana, el tren bullía con la tragedia de Buffalo, Czolgosz y Emma Goldman. «¡Una bestia, un monstruo sediento de sangre!», escuché decir a alguien. «Tendrían que haberla encerrado hace mucho tiempo». «¡De encerrarla nada!», contestó otro. «¡Habría que colgarla de la primera farola!»

Escuchaba a los buenos cristianos tendida en mi litera. Me reía por dentro ante la idea de cómo sería si saliera y anunciara: «¡Señoras y señores, devotos seguidores del dulce Jesús, aquí está Emma Goldman!». Pero no tuve ánimos para producirles tal conmoción y me quedé detrás de la cortina.

Media hora antes de que el tren llegara a la estación, me vestí. Me puse un sombrerito marinero con un velo azul brillante, que se llevaba mucho entonces. Me quité las gafas y cubrí mi cara con el velo. El andén estaba atestado de gente, entre ellos algunos hombres que parecían detectives. Le pedí a un pasajero que fuera tan amable de vigilar mis maletas mientras yo buscaba un porteador. Finalmente conseguí uno, caminé a lo largo del andén a buscar mi equipaje y otra vez con el porteador hasta las consignas. Guardé el recibo y salí de la estación.

La única persona que sabía que yo venía era Max, a quien había enviado un prudente telegrama. Lo vi yo antes de que él me viera. Pasando lentamente a su lado, le susurré: «Camina hasta la calle siguiente. Yo haré lo mismo». Nadie parecía estar siguiéndome. Tras algunos zigzagueos con Max y después de cambiar de media docena de tranvías, llegamos al piso donde vivían él y Millie (Puck). Ambos estaban angustiados por mi seguridad. Max repetía que era una locura que hubiera ido a Chicago. La situación, dijo, era una repetición de 1887: la prensa y la policía estaban sedientos de sangre. «Y es tu sangre la que quieren», repetía, mientras él y Millie me rogaban que me fuera del país.

Yo estaba decidida a quedarme en Chicago, pero me di cuenta de que no podía quedarme en su casa, ni en la del cualquier otro camarada extranjero. Tenía, sin embargo, amigos estadounidenses que no eran anarquistas conocidos. Max notificó mi presencia al señor y la señora N., que yo sabía que me apreciaban mucho, y acudieron enseguida. Estaban también preocupados por mí, pero creían que estaría segura con ellos. Sería solo un par de días, porque mi plan era entregarme a la policía lo antes posible.

El señor N., hijo de un rico predicador, vivía en un barrio elegante. «Nadie podría pensar que alojo a Emma Goldman», dijo cuando llegamos a su casa. Esa misma tarde, el lunes, cuando el señor N. regresó de su oficina, me informó de que se podían ganar cinco mil dólares, que ofrecía *The Chicago Tribune* a cambio de una primicia o una entrevista. «¡Perfecto!», contesté, «necesitaremos dinero para pelear mi caso». Acordamos que el señor N. traería al representante del periódico a su casa a la mañana siguiente y que los tres nos dirigiríamos juntos a la comisaría central de policía. Por la noche llegaron Max y Millie. Nunca había visto a mis amigos en un estado así de nervios. Max reiteró que tenía que marcharme o sería meter la cabeza en la boca del lobo. «Si te entregas a la policía, no saldrás con vida», me advirtió. «Te ocurrirá lo mismo que a Albert Parsons. Tienes que dejar que te llevemos a Canadá».

Millie me dijo en un aparte: «Desde el viernes Max no ha dormido ni probado bocado. Pasea arriba y abajo toda la noche y dice una y otra vez: "Emma está perdida, la matarán"». Me rogó que tranquilizara a Max, prometiéndole que huiría a Canadá aunque no tuviera intención de hacerlo. Consentí y le pedí a Max que hiciera los preparativos necesarios para sacarme de allí. Desbordante de alegría, me estrechó en sus brazos. Quedamos en que Max y Millie aparecerían al día siguiente con un disfraz para mí.

Pasé la mayor parte de la noche rompiendo cartas y papeles y destruyendo lo que pudiera implicar a mis amigos. Finalizados todos los

preparativos, me fui a dormir. Por la mañana, la señora N. se fue a su oficina, mientras que su marido iba al *Chicago Tribune*. Acordamos que si llamaba alguien, yo fingiría ser la criada.

A las nueve de la mañana, mientras me daba un baño, escuché un ruido, como si alguien rascara en el alféizar de la ventana. No le presté mucha atención al principio. Terminé tranquilamente mi baño y empecé a vestirme. Después hubo un estrépito de cristales. Me eché el albornoz por encima y fui al comedor a investigar. Un hombre se aferraba al alféizar con una mano mientras sostenía una pistola en la otra. Estábamos en un tercer piso y no había escalera de incendios. Grité: «¡Cuidado, te vas a romper el cuello!». «¿Y por qué demonios no nos abrías la puerta? ¿Estás sorda?» Se coló por la ventana. Yo me dirigí a la puerta y la abrí. Doce hombres, guiados por un gigante, ocuparon todo el piso. El líder me agarró por el brazo, bramando: «¿Y tú quién eres?». «Yo no hablo inglés. Criada sueca.» Me soltó y ordenó a sus hombres que registraran el lugar. Se volvió hacía mí y me gritó: «¡Apártate! Estamos buscando a Emma Goldman». Después sacó una foto mía. «¿Ves esto? Buscamos a esta mujer. ¿Dónde está?» Apunté a la foto y dije: «Esta mujer no he visto aquí. Mujer grande, tú miras en cajas pequeñas y no encuentran. Ella muy grande». «¡Cállate!», aulló. «No tienes ni idea de lo que son capaces los anarquistas».

Después de registrar la casa, poniendo todo patas arriba, el gigante se acercó a las estanterías. «Mierda, si es la casa de un predicador», señaló. «Mirad los libros. No creo que Emma Goldman pueda estar aquí». Estaban a punto de irse cuando uno de los detectives dijo de repente: «Comisario Schuettler, ¿qué hay de esto?». Era mi pluma, un regalo de un amigo, con mi nombre grabado en ella. Se me había pasado por alto. «¡Caramba, esto sí es un hallazgo!», gritó el comisario—. «Ha estado aquí y puede que vuelva». Ordenó a dos de sus hombres que montaran guardia fuera.

Me di cuenta de que el juego había terminado. No había rastro del señor N. o del periodista del *Tribune* y ya no tenía sentido prolongar la farsa. «Yo

soy Emma Goldman», anuncié.

Durante un segundo Schuettler y sus hombres se quedaron de piedra. Después el comisario rugió: «¡Que me parta un rayo! Eres la granuja más astuta que he conocido nunca. ¡Sacadla de aquí, rápido!».

Cuando me metía en el taxi que esperaba en la esquina, vi a N. acercándose en compañía del hombre del *Tribune*. Era demasiado tarde para la exclusiva y no quería que reconocieran a mi anfitrión. Fingí no verlos.

A menudo había oído hablar del tercer grado que empleaba la policía en varias ciudades estadounidenses para conseguir confesiones, pero a mí nunca me habían sometido a él. Me habían arrestado varias veces desde 1893, pero nunca había sufrido violencia. El día de mi arresto, que fue el 10 de septiembre, me retuvieron en la comisaría de policía, en una habitación sofocante, maniatada hasta el agotamiento, desde las 10.30 hasta las 19.00. Al menos cincuenta detectives pasaron por delante de mí, todos blandiendo el puño ante mi cara y amenazándome con las cosas más extremas. Uno aulló: «¡Estabas con Czolgosz en Buffalo! Yo mismo te vi, de pie ante el Convention Hall. Más vale que confieses, ¿me oyes?». Otro: «Mira, Goldman, te vi con ese hijo de puta en la feria. No mientas ahora, te digo que te vi». Y de nuevo: «Ya has fingido bastante, si callas vas directa a la silla. Tu amante ha confesado. Dijo que tu discurso le llevó a matar al presidente». Yo sabía que mentían; sabía que no había estado con Czolgosz excepto unos pocos minutos en Cleveland el 5 de mayo y media hora en Chicago el 12 de julio. Schuettler era el más feroz. Su cuerpo corpulento se cernía sobre mí bramando: «Si no confiesas irás por el mismo camino que los malditos anarquistas de Haymarket».

Yo repetía la historia que les había contado cuando llegué a la comisaría, explicaba dónde había estado y con quién, pero no me creían y seguían acosándome e insultándome. Mi cabeza estallaba, mi garganta y mis labios estaban cuarteados. En la mesa que se extendía ante mí había una enorme

jarra de agua, pero cada vez que acercaba mi mano a ella un detective decía: «Beberás cuanto quieras, pero primero contéstame. ¿Dónde estuviste con Czolgosz el día que disparó al presidente?». La tortura se prolongó horas. Finalmente me llevaron a la comisaría de la calle Harrison y me encerraron en un recinto enrejado, expuesta a la vista por todos lados.

Enseguida llegó la celadora a preguntar si quería cenar. «No, agua», le dije. «Y algo para la cabeza». Volvió con un jarro de latón de agua tibia que bebí de un trago. No podía darme nada para la cabeza, solo una compresa fría, que resultó muy calmante. Pronto me quedé dormida.

Me desperté con una sensación ardiente. Un hombre vestido de paisano sostenía un flexo frente a mí, cerca de mis ojos. Salté y lo empujé con todas mis fuerzas gritando: «¡Me estás quemando los ojos!». «Más te quemaremos antes de terminar contigo», me contestó. Con breves interludios, esto se repitió durante tres noches. La tercera noche entraron en mi celda varios detectives. «Ya te tenemos», anunciaron. «Tú costeaste los gastos de Czolgosz y obtuviste el dinero del doctor Kaplan, en Buffalo. A él ya lo tenemos y ha confesado todo. ¿Qué tienes que decir ahora?» «Nada más de lo que ya he dicho», repetí. «No sé nada de la acción».

Desde mi arresto, no había sabido nada de mis amigos, ni nadie había venido a verme. Sabía que me tenían incomunicada. Sí que recibí cartas, sin embargo, la mayoría sin firma. «Maldita zorra anarquista», decía una, «me encantaría pillarte. Te sacaría el corazón para alimentar a mi perro». «Asesina Emma Goldman», escribía otra, «arderás en el fuego del infierno por la traición a nuestro país». Una tercera prometía alegremente: «Te cortaremos la lengua, meteremos tu esqueleto en aceite y te quemaremos viva». La descripción de alguna de las cosas que me harían sexualmente los remitentes anónimos posibilitaba estudios sobre perversión que dejarían atónitas a las autoridades en esta materia. Los autores de las cartas me parecían menos despreciables que los oficiales de policía. Diariamente me entregaban pilas de cartas que habían sido previamente abiertas y leídas por

los guardianes de la decencia y moralidad americanas. Al mismo tiempo, retenían los mensajes de mis amigos. Sin duda alguna, buscaban quebrar mi moral por esos medios. Decidí poner punto y final a aquello. Cuando me dieron el siguiente sobre, lo hice pedazos y lancé a la carta del detective.

Al quinto día de mi arresto, recibí un telegrama. Era de Ed, prometiéndome el apoyo de su empresa. «No dudes en emplear nuestro nombre. Te apoyaremos hasta el final». Me alegró su apoyo, porque me liberaba de la necesidad de guardar silencio sobre mis operaciones en nombre de la empresa de Ed.

Esa misma tarde, el jefe de policía de Chicago, O'Neill, apareció por mi celda. Me comunicó que quería tener una charla tranquila conmigo. «No tengo la intención de acosarte u obligarte», dijo. «Tal vez pueda ayudarte». «Sería sin duda una extraña experiencia que un jefe de policía me ayudara», contesté. «Pero estaré encantada de responder a sus preguntas.» Me pidió que hiciera un relato detallado de mis movimientos desde el 5 de mayo, la primera vez que conocí a Czolgosz, hasta el día de mi detención en Chicago. Le di la información que deseaba, pero sin mencionar mi visita a Sasha o los nombres de los camaradas que me habían alojado allí. Como ya no era necesario cubrir al doctor Kaplan, a los Isaak, a Hippolyte, me encontraba en posición de ofrecer prácticamente un relato completo. Cuando terminé, lo que dije se había grabado mecanográficamente y el jefe O'Neill me indicó: «A no ser que seas una actriz muy lista, sin duda eres inocente. Creo que eres inocente y voy a hacer lo que pueda para ayudarte». Estaba demasiado asombrada como para darle las gracias. Nunca antes había escuchado un tono así procedente de un policía. Al mismo tiempo, no me fiaba del resultado de sus gestiones, incluso aunque intentara hacer algo por mí.

Inmediatamente después de mi entrevista con el jefe de policía de Chicago, se produjo un claro cambio en el trato hacia mí. La puerta de mi celda quedó abierta día y noche y la celadora me dijo que podía quedarme

en la habitación grande, usar la mecedora y la mesa que había allí, pedir mi comida y periódicos, recibir y enviar correo. Empecé inmediatamente a llevar la vida de una señorita de alta sociedad, recibiendo visitas todo el día, la mayoría periodistas que acudían no tanto para hacerme una entrevista como para charlar, fumar y contar chismes. Otros, a su vez, acudieron atraídos por la curiosidad. Algunas mujeres periodistas cargaron con regalos, libros y artículos de tocador. La más atenta de ellas fue Katherine Leckie, de la cadena de Hearst. Poseía mayor intelecto que Nellie Bly, que solía visitarme en Las Tumbas, en 1893, y tenía mucha más conciencia social. Era una enérgica y ardiente feminista, volcada también en la causa obrera. Katherine Leckie fue la primera en escuchar mi historia del tercer grado. Se escandalizó tanto al oírla que se dedicó a recorrer las distintas organizaciones de mujeres para inducirlas a tomar cartas en el asunto.

Un día anunciaron a un representante de *Der Arbeiter Zeitung*. Con alegría vi entrar a Max, que me susurró que únicamente de esa manera podía conseguir que lo dejaran pasar. Me comunicó que había recibido una carta de Ed con la noticia de que Hearst había enviado un representante a Justus Schwab con una oferta de veinte mil dólares si yo acudía a Nueva York y le daba una entrevista exclusiva. El dinero se depositaría en una cuenta bancaria a la que tendrían acceso Justus y Ed. Ambos estaban convencidos, me dijo Max, de que Hearst gastaría cualquier cantidad de dinero para acabar conmigo. «Necesita limpiarse él mismo de la acusación de haber incitado a Czolgosz a matar a McKinley», explicó. Los periódicos republicanos del país habían estado publicando en sus portadas historias que relacionaban a Hearst con Czolgosz porque, durante todo el periodo de gobierno de McKinley, la prensa de Hearst había atacado con virulencia al presidente. Uno de los periódicos había caricaturizado al editor de pie tras Czolgosz, pasándole una cerilla para encender la mecha de una bomba. Ahora Hearst era el que más fuerte gritaba exigiendo la exterminación de los anarquistas.

Justus y Ed, también Max, se oponían incondicionalmente a mi regreso a Nueva York, pero les había parecido su deber comunicarme la oferta de Hearst. «¡Veinte mil dólares!», exclamé. «Qué lástima que la carta de Ed llegue demasiado tarde. Habría aceptado la propuesta sin dudarlo. Imagina la lucha y la propaganda que habríamos hecho con ello». «Estupendo que conserves el sentido del humor», señaló Max, «pero me alegro de que la carta llegara demasiado tarde. Tu situación ya es bastante grave sin que venga el señor Hearst a empeorarla».

Otro visitante fue un abogado de la oficina de Clarence Darrow. Había acudido a advertirme de que mi persistente defensa de Czolgosz perjudicaba mi caso. El hombre estaba loco y yo debería reconocer que así era. «Ningún destacado abogado aceptará tu defensa si te alías con el asesino del presidente», afirmó. «De hecho, corres el peligro inminente de que consideren cómplice del crimen». Le exigí saber por qué no había aparecido el señor Darrow en persona si le preocupaba tanto, pero su representante me contestó con evasivas. Siguió describiendo mi caso con los colores más siniestros. Mis posibilidades de salir de aquella eran pocas, en el mejor de los casos, tan pocas como para no permitir que ningún sentimentalismo las agravara. Czolgosz estaba loco, insistía el hombre, todo el mundo podía verlo y, además, era mala gente por haberme implicado, un cobarde que se escondía tras las faldas de una mujer.

Sus palabras me resultaban repugnantes. Le informé de que no estaba dispuesta a renegar de las razones, la personalidad o la vida de un ser humano indefenso y le advertí de que no quería que su jefe me representara. Nunca había conocido a Darrow, pero sabía que era un abogado brillante, un hombre de amplias miras sociales, un escritor y conferenciante capaz. Según los periódicos, se había interesado por los anarquistas arrestados en la redada, especialmente por los Isaak. Me pareció extraño que me mandara un aviso tan reprochable, que esperara que yo me sumara al coro desatado que aullaba pidiendo la vida de Czolgosz.

El país estaba aterrado. Si juzgaba por lo que decía la prensa, se diría que era el pueblo de Estados Unidos y no Czolgosz quien se había vuelto loco. Desde 1887 no se veía tal ansia de sangre, tal salvajismo ni tales deseos de venganza. «¡Hay que exterminar a los anarquistas!», rugían los periódicos. «Hay que hundirlos en el mar, no hay lugar para estos buitres bajo nuestra bandera. Hemos permitido demasiado tiempo que Emma Goldman predique su negocio criminal. Tiene que compartir la suerte de sus títeres».

Aquello era la repetición de aquellos días sombríos de Chicago. Habían pasado catorce años, años de doloroso crecimiento, aun así años fascinantes y fructíferos. ¡Y llegaba el final! ¿El final? Solo tenía treinta y dos años y me quedaba mucho, mucho por hacer. ¿Y el muchacho de Buffalo? Su vida apenas había comenzado. ¿Cómo habría sido su vida?, me preguntaba. ¿Qué fuerzas lo habían llevado a ese destino? Informaron de que había dicho: «Lo hice por el pueblo trabajador». ¡El pueblo! Sasha también había hecho algo por el pueblo; y nuestros valientes mártires de Chicago y todos los otros lugares y en todos los tiempos, pero el pueblo está dormido, permanece indiferente. Forja sus propias cadenas y cumple las órdenes de sus amos de crucificar a sus Cristos.

24

Buffalo presionaba para obtener mi extradición, pero Chicago solicitaba datos auténticos sobre el caso. Ya había tenido varias audiencias ante el juez y en todas las ocasiones el Fiscal del Distrito de Buffalo presentaba muchísimos indicios para convencer al Estado de Illinois de que me entregara, pero Illinois quería pruebas. Aquello suponía un impedimento que suponía muy probable que el jefe de policía O'Neill estuviera detrás del asunto.

La actitud del jefe hacia mí había modificado el comportamiento de todos los policías de la Comisaría de Harrison Street. La celadora y los dos policías a los que asignaron la vigilancia de mi celda empezaron a colmarme de atenciones. El oficial del turno de noche aparecía a menudo con los brazos rebosantes de paquetes, con fruta, caramelos y bebidas más fuertes que el mosto. «De parte de un amigo que tiene un bar a la vuelta de la esquina», decía, «un admirador tuyo». La celadora me regalaba flores del mismo desconocido. Un día me trajo la noticia de que iba a enviar una magnífica cena para el siguiente domingo. «¿Quién es el hombre y por qué me admira?», pregunté. «Bueno, somos todos demócratas y McKinley es republicano», contestó. «¿Quieres decir que os alegráis de que hayan disparado a McKinley?», exclamé. «No nos alegra, pero tampoco nos da lástima», me dijo. «Tenemos que fingir, ya sabes, pero no afecta mucho». «Yo no querría ver muerto a McKinley», le dije. «Lo sabemos», sonrió,

«pero estás defendiendo al muchacho». Me pregunté cuánta gente más en Estados Unidos fingía la misma compasión por el presidente golpeado, como hacían mis guardianes de la comisaría.

Incluso a algunos periodistas no parecía quitarles el sueño el asunto. Uno de ellos se sorprendió mucho cuando afirmé que, siendo como era mi oficio, yo habría cuidado a McKinley en tanto enfermera si se me hubiera pedido, aunque mi simpatía estaba del lado de Czolgosz. «Eres un enigma, Emma Goldman», me dijo. «No te entiendo. Simpatizas con Czolgosz y aun así velarías al hombre al que intentó matar». «Eres un periodista y no se supone que debas entender las complejidades humanas», le dije. «Escucha y trata de entender. El muchacho de Buffalo es una criatura acorralada. Millones de personas quieren saltarle encima y arrancarle la vida miembro a miembro. Él no cometió su acción para su provecho personal o por dinero. Lo hizo por su ideal: el bien del pueblo. Por eso mis simpatías están de su parte. Por otro lado», continué, «William McKinley, que está sufriendo y probablemente esté a las puertas de la muerte, ahora es solo un ser humano para mí. Por eso lo atendería»-

«No te pillo, me superas», reiteró. Al día siguiente aparecieron estos titulares en uno de los periódicos: «EMMA GOLDMAN QUIERE CURAR AL PRESIDENTE; SU SIMPATÍA PARA EJ EJECUTOR».

Buffalo no logró aportar pruebas que justificaran mi extradición. Chicago se estaba hartando de jugar así al escondite. Las autoridades no me entregarían a Buffalo, pero tampoco querían dejarme libre. Como medida de compromiso me pusieron una fianza de veinte mil dólares. Al grupo de los Isaak les habían puesto quince mil dólares de fianza. Yo sabía que sería casi imposible que nuestra gente reuniera un total de treinta y cinco mil dólares en pocos días. Insistí en que los otros salieran primero bajo fianza. Entonces me trasladaron a la cárcel del condado de Cook.

La noche anterior a mi traslado era domingo. El dueño del bar que me admiraba mantuvo su promesa y me envió una inmensa bandeja repleta de

muchísimas delicias: un gran pavo, con todos sus complementos, incluyendo el vino y las flores. Con ella venía una nota en la que me decía que estaba dispuesto a poner cinco mil dólares para mi fianza. «¡Qué extraño tabernero!», le comenté a la celadora. «Para nada», contestó, «es el representante demócrata del barrio y odia a los republicanos más que al demonio». La invité a ella, a los dos policías y a otros policías presentes a compartir la fiesta. Me juraron que nunca les había ocurrido algo así, un preso recibiendo a los guardianes. «Querréis decir que una peligrosa anarquista invite a los guardianes de la ley y el orden», corregí. Cuando todo el mundo se había marchado, me di cuenta de que mi vigilante diurno se quedaba atrás. Le pregunté si le habían cambiado al turno nocturno. «No», contestó. «Solo quería decirte que no eres la primera anarquista a la que he tenido que vigilar. Yo estaba de servicio cuando Parsons y sus camaradas estuvieron aquí».

¡Qué extraños e inextricables son los caminos de la vida, qué intricada la cadena de acontecimientos! Allí estaba yo, la hija espiritual de aquellos hombres, presa en la ciudad que les había arrebatado la vida, en la misma cárcel, incluso bajo la guardia del mismo hombre que los había vigilado en sus últimas horas. Al día siguiente me llevarían a la cárcel del condado de Cook, donde Parsons, Spies, Engel y Fischer habían sido ahorcados. Extrañas, sin duda, las fuerzas complejas que me habían ligado a esos mártires a lo largo de tantos años. Y ahora los acontecimientos me acercaban mucho más a ellos, ¿tal vez hacia un fin similar?

Los periódicos habían publicado rumores sobre masas amotinadas dispuestas a atacar la comisaría de la calle Harrison y que planificaban actos de violencia sobre Emma Goldman antes de que se la llevaran a la cárcel del condado de Cook. El lunes por la mañana, flanqueada por una guardia fuertemente armada, me sacaron de la comisaría. Apenas había una docena de personas, en su mayoría curiosos. Como de costumbre, la prensa había tratado deliberadamente de provocar una revuelta.

Delante de mí caminaban dos presos esposados a los que la policía empujaba con brusquedad. Cuando llegamos al furgón policial, rodeados por más policías, con sus pistolas amartilladas, me encontré al lado de aquellos dos hombres. No podía distinguir sus rasgos: sus cabezas estaban cubiertas de vendajes que solo dejaban los ojos a la vista. Cuando entraban en el furgón, un policía golpeó a uno de ellos con la porra en la cabeza, a la vez que empujó al otro con violencia hacia el interior del furgón. Cayeron el uno sobre el otro, uno de ellos aullando de dolor. Yo entré después y me volví hacia el policía: «Eres un bruto», le dije, «¿cómo te atreves a golpear a un tipo indefenso?». Al segundo me encontré tirada en el suelo. Me había dado un puñetazo en la mandíbula que había hecho que perdiera un diente y me había ensangrentado toda la cara. Después me agarró, me hundió en el asiento y gritó: «¡Una palabra más, anarquista de mierda, y te rompo todos los huesos del cuerpo!».

Llegué a la oficina de la cárcel del condado con mi camisa y mi falda cubiertas de sangre y un terrible dolor en la cara. Nadie mostró el más mínimo interés ni se molestó en preguntar por qué llegaba en semejante estado. Ni siquiera me dieron agua para lavarme. Durante dos horas me dejaron en un cuarto donde había una larga mesa. Finalmente llegó una mujer que me comunicó que me iban a registrar. «De acuerdo, adelante», dije. «Desnúdate y sube a la mesa», me ordenó. Me habían registrado muchas veces, pero nunca me habían insultado así. «Tendrás que matarme primero o que tus guardianes me suban a la mesa a la fuerza», declaré. «No lo podrás hacer de otra forma». Se apresuró a salir y me quedé sola. Al cabo de una larga espera, llegó otra mujer y me llevó arriba, donde la celadora de la galería se ocupó de mí. Fue la primera en preguntarme qué me ocurría. Tras asignarme una celda, apareció con una botella de agua caliente y me sugirió que me tumbara y tratara de descansar.

Al día siguiente por la tarde, Katherine Leckie fue a visitarme. Me llevaron a una habitación con una pantalla de rejilla doble. Estaba medio

oscuro, pero, en cuanto Katherine me vio, gritó: «¿Pero qué te ha ocurrido, por Dios? ¡Tu cara está totalmente deformada!» Como en la cárcel no permitían un espejo, por pequeño que fuera, no tenía conciencia de mi aspecto, aunque sentía raros los labios y los ojos cuando los tocaba. Le hablé a Katherine de mi encuentro con el puño del policía. Salió de allí jurando venganza y prometiéndome volver después de ver al jefe O'Neill. Por la noche regresó para decirme que el jefe le había prometido que ese policía sería castigado si yo lo identificaba de entre los guardias de traslados. Yo me negué. Apenas le había visto la cara al hombre y no estaba segura de poder reconocerlo. Además, le dije a Katherine, que se quedó muy decepcionada, que el que echaran al policía no me devolvería mi diente, ni terminaría con la brutalidad policial. «Estoy luchando contra el sistema, querida Katherine, no contra un delincuente particular», le dije, pero no la convencí, quería que se hiciera algo que provocara la indignación popular contra este salvajismo. «Echarlo no sería suficiente», insistía, «habría que juzgarlo por agresión».

La pobre Katherine no era consciente de que yo sabía que ella no podría hacer nada. No estaba siquiera en posición de hablar mediante su propio periódico, su artículo sobre el tercer grado había sido eliminado. Reaccionó con prontitud dimitiendo: no quería tener nada que ver con un diario tan cobarde, le había dicho al editor, pero a mí no me había dicho ni una palabra de sus apuros. Sí me contó la historia el periodista de otro diario de Chicago.

Una noche, absorta en un libro, me visitaron por sorpresa algunos detectives y periodistas. «El presidente acaba de morir», me anunciaron. «¿Cómo te sientes? ¿Lo lamentas?» «¿Será posible», pregunte, «que a lo largo y ancho de Estados Unidos solo el presidente haya muerto hoy? Seguramente han muerto muchas más personas, tal vez de miseria e indigencia, dejando en este mundo a seres indefensos que dependían de

ellos. ¿Por qué esperáis que lamente más la muerte de McKinley que la del resto?»

Los lápices volaban. «Mi compasión siempre ha estado con los vivos», continué. «Los muertos ya no la necesitan. Por eso sin duda todos vosotros tenéis tanta compasión por los muertos. Sabéis bien que no acudirán a reclamar lo que les ofrecéis». «Un gran titular», exclamó un reportero, «pero creo que estás loca».

Me alegré de que se fueran. Mis pensamientos estaban con el muchacho de Buffalo, cuyo destino ahora estaba sellado. ¿Qué torturas de cuerpo y mente le esperaban aún antes de que lo dejaran exhalar su último aliento? ¿Cómo se enfrentaría al momento supremo? En sus ojos había algo resuelto y enérgico que su rostro, tan sensible, enfatizaba. Sus ojos me habían sorprendido la primera vez, en mi conferencia de Cleveland. ¿Ya habría concebido entonces la idea de su acción o habría desde entonces ocurrido algo especial que habría precipitado la misma? ¿Qué podría haber sido? «Lo hice por el pueblo», había dicho. Recorría arriba y abajo la celda tratando de analizar los motivos probables que hubieran podido hacer que el joven tomara la decisión.

De repente un pensamiento aleteó en mi mente, aquella nota de Isaak en *Free Society*, la acusación de «espía» contra Nieman porque «hacía preguntas sospechosas y trataba de entrar en las filas anarquistas». Yo había escrito entonces a Isaak, exigiéndole pruebas de tan escandalosa acusación. Como resultado de mi protesta, *Free Society* se había retractado diciendo que se había cometido un error. Me di por satisfecha y no presté más atención al asunto. En aquel momento toda la situación aparecía bajo una nueva luz, clara y terrible. Czolgosz sin duda había leído la acusación, le habría dolido en lo más profundo ser tan cruelmente juzgado por la misma gente a la que acudía en busca de inspiración. Recordaba su afán por saber qué libros debía leer. Sin duda alguna, aquel joven había buscado en el anarquismo una solución a los males que veía por todas partes. Y eso había

sido lo que le había animado a visitarme a mí y después a los Isaak. En lugar de encontrar ayuda, el pobre muchacho se vio atacado. ¿Acaso aquella experiencia tan dolorosa y ofensiva lo había llevado a la acción? Habría habido sin duda otras causas, pero tal vez su principal impulso habría sido demostrar que era sincero, que su corazón estaba con los oprimidos, que no era un espía.

¿Pero por qué había elegido al presidente en lugar de algún representante más directo del sistema de opresión y pobreza económica? ¿Era porque veía en McKinley la herramienta al servicio de Wall Street y del nuevo imperialismo americano que florecía bajo su administración? Uno de sus primeras medidas como presidente había sido la anexión de Filipinas, un acto de traición a la población a la que Estados Unidos había jurado liberar durante la guerra hispano-estadounidense. McKinley tipificaba también una actitud hostil y reaccionaria hacia la clase obrera: se había alineado repetidamente con los patronos enviando tropas a las regiones en huelga. Todas estas circunstancias, intuía yo, debían de haber ejercido una influencia decisiva sobre el impresionable Leon, cristalizando finalmente en su acto de violencia.

Durante toda la noche el recuerdo del desgraciado muchacho ocupaba mi mente. En vano traté de liberarme de las horribles reflexiones leyendo. La luz del amanecer me encontró aún caminando por mi celda, el hermoso rostro de Leon ante mí, pálido y atormentado.

De nuevo me llevaban al tribunal para una audiencia y de nuevo las autoridades de Buffalo no lograron aportar pruebas que me vincularan con el acto de Czolgosz. El representante de Buffalo y el juez de Chicago que llevaba el caso mantuvieron un enfrentamiento verbal durante dos horas, al final del cual Buffalo se quedó sin su presa. Me liberaron.

Desde mi arresto, la prensa nacional me había denunciado continuamente como la instigadora de la acción de Czolgosz, pero después de mi descargo

los periódicos publicaron únicamente unas pocas líneas en un rincón discreto que rezaban que «tras un mes detenida se ha concluido que Emma Goldman no era cómplice del asesino del presidente McKinley».

Tras mi liberación, me reuní con Max, Hippolyte y otros amigos, con los que acudí a la casa de los Isaak. Los cargos contra los camaradas arrestados en Chicago habían sido también retirados. Todo el mundo estaba muy animado porque yo hubiera escapado de lo que todos creían una trampa mortal. «Tenemos que estar agradecidos a cualesquiera sean los dioses que velan por ti, Emma», dijo Isaak, «porque te arrestaran aquí y no en Nueva York». «El dios en este caso será entonces el jefe de policía O'Neill», dije riendo. «¡El jefe O'Neill!», exclamaron mis amigos, «¿qué tiene que ver en esto?» Les conté mi entrevista con él y sus promesas de ayuda. Jonathan Crane, un amigo nuestro periodista allí presente, lanzó una ruidosa carcajada. «Eres más ingenua de lo que cabría esperar, Emma Goldman», dijo. «O'Neill no se preocupaba un carajo por ti sino por sus propios asuntos. Estoy en el *Tribune* y me conozco la historia interna de las luchas en el departamento de policía». Crane me relató entonces los esfuerzos del jefe O'Neill para encarcelar a algunos comisarios de la penitenciaría por perjurio y soborno. «Nada les podría haber venido más oportunamente a esos sinvergüenzas que la alarma de la anarquía», explicó. «Se abalanzaron sobre ello como lo hizo la policía en 1887; esa era su ocasión de posar como salvadores de la patria y, de paso, limpiarse ellos, pero a O'Neill no le interesaba que esos pajarracos posaran como héroes y regresaran al departamento. Por eso trabajó en tu favor. Es un irlandés astuto. Pero, en cualquier caso, nos alegramos de que la refriega nos haya devuelto a nuestra Emma».

Les pregunté a mis amigos por qué creían que mi nombre se hubiera relacionado con Czolgosz. «Me niego a creer que el muchacho haya hecho algún tipo de confesión o me haya implicado de alguna manera», declaré. «No concibo que fuera capaz de inventarse algo que sabía sin duda que

supondría mi muerte. Estoy convencida de que nadie con un rostro tan franco pueda ser tan cobarde. Tiene que proceder de alguna otra fuente».

«¡Así es!», declaró enfáticamente Hippolyte. «Toda esta historia ruin la inició un periodista del *Daily News* que rondaba por aquí fingiendo simpatizar con nuestras ideas. La tarde del 6 de septiembre, a última hora, se presentó en esta casa. Quería saberlo todo de un tal Czolgosz o Nieman. ¿Teníamos relación con él? ¿Era un anarquista? etc. Ya sabes lo que pienso de los periodistas, no le habría dado ninguna información, pero desgraciadamente Isaak sí».

«¿Qué teníamos que ocultar?» interrumpió Isaak. «Todo el mundo sabía que habíamos conocido al hombre por Emma y que él solía visitarnos. Además, ¿cómo iba a saber que el periodista iba a inventarse una historia tan falsa?»

Presioné a los camaradas de Chicago para pensar todos qué se podía hacer por el muchacho en la cárcel de Buffalo. No podríamos salvar su vida, pero al menos podríamos tratar de explicar su acción ante el mundo y deberíamos intentar comunicarnos con él para que no sintiera que lo habíamos abandonado. Max dudaba de las posibilidades de acceder a Czolgosz. Había recibido una nota de un camarada de Buffalo en la que informaba de que no permitían a nadie ver a Leon. Sugerí que buscáramos un abogado. Sin ayuda legal, Czolgosz sería amordazado e inmovilizado, como lo fue Sasha. Isaak aconsejó contratar al abogado en el estado de Nueva York y decidí partir inmediatamente hacia el este. Mis amigos argumentaron que sería una locura hacerlo, seguramente me arrestarían en el momento en que llegara a la ciudad, me entregarían a Buffalo y mi destino estaría sellado, pero para mí era impensable abandonar a Czolgosz a su suerte sin hacer un esfuerzo por él. No debía influirnos ninguna consideración por la seguridad personal, le dije a mis amigos, añadiendo que yo me quedaría en Chicago para el mitin público que deberíamos organizar para explicar nuestra actitud hacia Czolgosz y su *Attentat*.

La tarde del mitin no había forma de acercarse a una manzana de distancia del Brand´s Hall, donde iba a celebrarse. Potentes destacamentos de policía estaban dispersando a la gente a la fuerza. Tratamos de alquilar otra sala, pero la policía había aterrorizado a los dueños y gerentes. Frustrados nuestros esfuerzos por celebrar un mitin, decidí entonces exponer mi postura en *Free Society*.

«Leon Czolgosz y otros hombres de su tipo», escribí en mi artículo, titulado «La tragedia de Buffalo», «lejos de ser depravadas criaturas de bajos instintos son en realidad seres extremadamente sensibles, incapaces de sobrellevar una presión social excesiva. Se ven conducidos a una expresión violenta, incluso sacrificando sus propias vidas, porque no pueden ser testigos impávidos de la pobreza y el sufrimiento de sus semejantes. La culpa de dichos actos corresponde a la puerta de los que son responsables de la injusticia e inhumanidad que dominan el mundo». Tras señalar las causas sociales de acciones como las de Czolgosz, concluía: «Mientras escribo, mis pensamientos vagan hacia el joven de rostro de niña a las puertas de la muerte, pateando su celda, seguido por ojos crueles,

> Que lo observan cuando intenta llorar
> y cuando intenta rezar,
> que lo observan no vaya a robar,
> a la cárcel su presa.

Estoy con él de todo corazón, así como lo estoy con las víctimas de la opresión y la pobreza, con los mártires pasados y futuros que mueren, con los precursores de una vida más noble y mejor». Le entregué el artículo a Isaak y prometió componerlo de inmediato.

La policía y la prensa seguían a la caza de anarquistas por todo el país. Se interrumpían las reuniones y se arrestaba a gente inocente. En varios lugares, gentes sospechosas de ser anarquistas sufrieron violencia. En Pittsburgh nuestro buen amigo Harry Gordon fue arrastrado en la calle y casi lo linchan. Cuando ya tenía la cuerda alrededor del cuello fue rescatado

en el último momento por algunos paseantes a los que conmovió la súplica de la señora Gordon y sus dos hijos. En Nueva York la oficina de *Der Freie Arbeiter Stimme* fue atacada por un grupo, los muebles destrozados y los tipos destruidos. En ningún caso la policía trató de interrumpir las acciones de los matones patrióticos. Johann Most fue detenido por un artículo en *Die Freiheit* que reproducía un ensayo sobre la violencia política de Karl Heinzen, el famoso revolucionario de 1848, muerto ya desde hacía muchos años. Most estaba en libertad bajo fianza a la espera de juicio. Los camaradas alemanes de Chicago organizaron un acto para recolectar fondos para su defensa y me invitaron a hablar. Nuestra disputa de 1892 era para mí cosa del pasado. Most estaba de nuevo en las garras de la policía, en peligro de que lo trasladaran a la isla de Blackwell y yo accedí de buen grado a hacer por él lo que estuviera en mi mano.

Al volver a la casa de los Isaak tras el mitin encontré las pruebas de imprenta de mi artículo. Al repasarlas, me sorprendió un párrafo que cambiaba todo el sentido de mi declaración. No tenía dudas de que era Isaak el responsable de aquel cambio. Me enfrenté a él exigiendo una explicación. Admitió enseguida que había escrito el parrafito, «para suavizar el artículo», explicó, «y así salvar *Free Society*». «¡Y de paso tu pellejo!» le contesté con furia. «Durante años has estado llamando cobarde a la gente que no se enfrentaba a situaciones peligrosas. Ahora que tú mismo te enfrentas a una, escondes la cabeza. Al menos deberías haberme pedido permiso para hacer el cambio».

Hizo falta una larga discusión para que Isaak cambiara de actitud. Vio que mi postura era respaldada por el resto del grupo, su hijo Abe, Hippolyte y algunos otros, ante lo cual declaró que renunciaba a toda responsabilidad en ese asunto. Mi artículo apareció finalmente en su forma original. No le ocurrió nada a *Free Society*, pero mi fe en Isaak se tambaleó.

En mi camino de vuelta a Nueva York, me detuve en Rochester. Llegué por la noche y fui caminando hasta la casa de Helena para evitar que me

reconocieran. Había un policía plantado frente a su casa, pero no me reconoció. Todo el mundo dio un respingo cuando aparecí. «¿Cómo has podido pasar?», exclamó Helena. «¿No has visto al policía de la puerta?» «Claro que sí, pero evidentemente él a mí no», me reí. «No os preocupéis tanto de la policía y mejor ofrecedme un baño», dije tan contenta. Mi despreocupación relajó la tensión. Todos rieron y Helena se abrazó a mí con su amor de siempre.

Durante mi encarcelamiento, mi familia se había volcado conmigo. Me habían enviado telegramas y cartas, ofrecido dinero para mi defensa y cualquier otra ayuda que necesitara. No me habían escrito una sola palabra sobre la persecución que habían sufrido por mi culpa. Habían sido acosados hasta la saciedad por los periodistas y bajo vigilancia por las autoridades. A mi padre lo habían marginado sus vecinos y había perdido muchos clientes en su tiendecita de muebles. También le habían hecho el vacío en la sinagoga. Mi hermana Lena, a pesar de estar mal de salud, tampoco había tenido tregua. La policía la había aterrorizado ordenando a Stella que se presentara en la comisaría, reteniendo allí a la chiquilla todo un día, asaeteándola a preguntas sobre su tía Emma Goldman. Stella se había negado valientemente a responder, proclamando su orgullo y fe en su *tante Emma*. Su valor, en combinación con su belleza y juventud, había despertado la admiración general, me dijo Helena.

Aún más crueles habían sido los profesores y alumnos de la escuela. «Tu tía Emma Goldman es una asesina», así habían acosado a nuestros niños. La escuela se convirtió en una pesadilla horrible para ellos. Mis sobrinos Saxe y Harry eran los que más habían sufrido. La pena de Harry por la muerte violenta de su héroe era más auténtica que la de la mayoría de adultos del país. Sentía hondamente la desgracia de que atribuyeran la responsabilidad a la hermana de su propia madre. Aún peor, sus compañeros de clase lo denunciaron como anarquista y criminal. La persecución agravó su desgracia y lo alejó completamente de mí. La infelicidad de Saxe, por otra

parte, procedía de su fuerte sentimiento de lealtad hacia mí. Su madre y su tía Helena amaban a Emma y le habían dicho que era inocente. Ellas sabían más que sus compañeros de clase. Su agresividad ruidosa siempre le había repelido; y ahora más que nunca los evitaba. Mi inesperada aparición y el que hubiera burlado al policía de guardia dispararon la imaginación de Saxe y aumentó su admiración por mí. Su encendido rostro y sus ojos brillantes hablaban con elocuencia de su emoción. Y el que rondara a mi lado toda la noche decía más de lo que podían expresar sus trémulos labios.

Era un bálsamo para mi baqueteado espíritu encontrar un refugio de amor y paz en mi círculo familiar. Incluso mi hermana Lena, que a menudo en el pasado había desaprobado mi vida, me mostraba el más cálido afecto. Mi hermano Herman y su amable mujer me colmaron de atenciones. El peligro inminente al que me había enfrentado, que aún me amenazaba, sirvió para construir un vínculo entre mi familia y yo más fuerte de lo que nunca había sentido. Yo habría querido prolongar mi estancia en Rochester para recuperarme de la dura prueba de Chicago, pero el recuerdo de Czolgosz me atormentaba. Sabía que en Nueva York podría hacer algo por él.

En Grand Central Station me recibieron Yegor y los dos colegas que habían pasado con nosotros aquel mes estupendo en Rochester. Yegor parecía disgustado. Había intentado con todas sus fuerzas encontrarme un techo, pero no lo había conseguido. Nadie quería alquilar siquiera una habitación amueblada a Emma Goldman. Nuestros amigos que disponían de una habitación vacía no querían correr el riesgo de que me quedara con ellos por miedo a que los desahuciaran. Uno de los chicos me ofreció su cuarto para unas pocas noches. «No hay por qué preocuparse», consolé a Yegor. «Por ahora me quedo con vosotros y en poco tiempo conseguiré un piso».

Tras una larga búsqueda, me di cuenta de que mi hermano no había exagerado nada. Nadie quería alojarme. Fui a ver a una joven prostituta a la que una vez había atendido como enfermera. «Claro, chica, quédate aquí»,

me dio la bienvenida. «Me encanta que vengas. Así, para variar, me encamo con una chica».

El telegrama de Ed que había recibido en Chicago dándome ánimos se prolongó en una serie de cartas en las que me decía que podría contar con él para lo que necesitara: dinero, ayuda, consejo y, sobre todo, amistad. Me alegraba saber que Ed era leal. Cuando nos encontramos, a mi regreso a Nueva York, me ofreció usar su apartamento mientras él y su familia se quedaban con amigos. «Verás que no ha cambiado mucho», señaló; «todas tus cosas están intactas en la habitación que es mi santuario, donde me recreo recordando nuestra vida en común». Le di las gracias, pero no podía aceptar su generoso ofrecimiento. Ed era demasiado educado como para presionarme y se limitó a comunicarme que su empresa me debía varios cientos de dólares en comisiones.

«Necesito con urgencia el dinero», le confesé a Ed, «para enviar a alguien a Buffalo a ver a Czolgosz. Quizá podamos hacer algo por él. También hay que organizar enseguida un mitin». Me miró con sorpresa. «Querida», me dijo, sacudiendo la cabeza, «no te haces cargo del estado de pánico de la ciudad. No obtendrás ninguna sala en Nueva York y nadie excepto tú estará dispuesto a hablar a favor de Czolgosz». «¡Pero la idea no es que se elogie su acción!», argumenté. «Entre nuestras filas alguien habrá capaz de compadecerse de un ser humano condenado». «Quizá sí puedan compadecerse», me dijo dubitativo, «pero no serán tan valientes como para decirlo en alto en estos momentos». «Puede que tengas razón», admití, «pero quiero comprobarlo».

Enviamos a una persona de confianza a Buffalo, pero volvió pronto sin haber sido capaz de visitar a Czolgosz. Nos informó de que tenía prohibido ver a nadie. Un guarda amable había revelado a nuestro mensajero que Leon había sido golpeado hasta quedar inconsciente en repetidas ocasiones. Tenía tan mal aspecto que no podía admitirse que nadie de fuera lo viera y, por esa misma razón, no acudía al tribunal. Mi amigo dijo también que, a

pesar de todas las torturas, Czolgosz no había hecho confesión ninguna y no había implicado a nadie en su acción. Se le había hecho llegar una nota a través del guarda.

Me enteré también de que se había intentado conseguir un abogado en Buffalo para Czolgosz, pero que nadie había aceptado su defensa. Eso me decidió aún más a alzar mi voz en favor del pobre desgraciado, desgraciado negado y abandonado por todos, pero enseguida me convencí de que Ed tenía razón. No pude convencer a nadie de entre los grupos radicales de habla inglesa para participar en un mitin que discutiera la acción de Leon Czolgosz. Muchos estaban dispuestos a protestar por mi detención, a condenar el tercer grado y el trato que yo había recibido, pero no querían tener nada que ver con el caso de Buffalo. Czolgosz no era un anarquista, su acto había causado un daño irreparable al movimiento, insistían nuestros camaradas estadounidenses. La mayoría de los anarquistas judíos expresaban opiniones similares. Yanofsky, editor de *Der Freie Arbeiter Stimme*, fue incluso más lejos. Montó una campaña contra Czolgosz, denunciándome también a mí como una persona irresponsable y declarando que nunca volvería hablar desde el mismo estrado que yo. Los únicos que no perdieron la cabeza fueron los grupos latinos: los anarquistas italianos, españoles y franceses. Sus publicaciones habían reproducido mi artículo sobre Czolgosz que se había publicado en *Free Society*. Escribieron con compasión sobre Leon, interpretando su acción como un resultado directo del auge del imperialismo y de la reacción en el país. Aquellos camaradas estaban deseando ayudar con lo que les sugiriera y fue un enorme alivio saber que al menos algunos anarquistas habían conservado su juicio y su valor en medio del manicomio de furia y cobardía. Desgraciadamente los grupos extranjeros no podían llegar al público estadounidense.

En mi desesperación, me aferré a la esperanza de que, con mucha perseverancia y cientos de llamadas, podría agrupar a algunos estadounidenses con vocación pública para que expresaran su solidaridad

personal con Leon Czolgosz, incluso aunque sintieran que debían repudiar su acción. Cada día me traía nuevas decepciones y puñaladas. No tenía más remedio que enfrentarme al hecho de que había estado luchando contra una epidemia de miedo abyecto insuperable.

La tragedia de Buffalo llegaba a su fin. Leon Czolgosz, aún enfermo por el maltrato que había sufrido, su rostro desfigurado y su cabeza vendada, fue conducido al tribunal por dos policías. En su infinita justicia y misericordia, el tribunal de Buffalo había asignado dos abogados a su defensa. ¡Que declararon públicamente que lamentaban tener que defender el caso de un criminal tan depravado como el asesinato de «nuestro querido» presidente!, pero que igualmente cumplirían con su deber. Velarían por que los derechos del acusado se protegieran ante el tribunal.

El último acto se representó en la prisión de Auburn. Fue al amanecer del 29 de octubre de 1901. El condenado está atado a la silla eléctrica. El verdugo, de pie, con su mano en el interruptor, espera la señal. Un guarda, empujado por la misericordia cristiana, hace un último esfuerzo por salvar el alma del pecador, animarlo a confesar. Suavemente le dice: «Leon, muchacho, ¿por qué proteges a esa mala mujer, Emma Goldman? No es tu amiga. Ha dicho que eras un holgazán, demasiado vago para trabajar. Dijo que siempre le sacabas dinero. Emma Goldman te ha traicionado, Leon. ¿Por qué la proteges?».

Un silencio tenso, segundos que se hacen eternos. Ese silencio llena la sala de ejecuciones, se desliza en el corazón de los espectadores. Finalmente un sonido ahogado, una voz casi inaudible bajo la máscara negra.

«No me importa lo que Emma Goldman haya dicho sobre mí. Ella no tiene nada que ver con mi acción. Lo hice yo solo. Lo hice por el pueblo estadounidense».

Un silencio aún más terrible que el primero. Un sonido sibilante, el sonido de la carne quemada y el último soplo de vida agonizante.

25

Fue muy difícil y amargo enfrentarme de nuevo a la vida. Con la tensión sufrida las últimas semanas, se me había olvidado que tenía que emprender de nuevo la lucha por la existencia. Era imperativo por dos motivos: necesitaba olvidarme un poco. Nuestro movimiento había perdido su atractivo para mí, muchos de sus adeptos me asqueaban. Habían estado agitando el anarquismo como un capote de brega ante un toro, pero corrían a refugiarse a la primera embestida. Ya no podía trabajar con ellos. Aún más desgarradora era la duda que emponzoñaba los valores en los que había creído con tanto fervor. No, no podía continuar en el movimiento. Primero tenía que evaluar yo misma la situación. Pensé que el único refugio posible era volcarme en mi profesión. Llenaría el vacío y me ayudaría a olvidar.

Había perdido mi identidad y asumido un nombre falso, porque ningún casero estaba dispuesto a alojarme y la mayoría de mis antiguos camaradas y amigos resultaron ser también así de valientes. La situación me hizo revivir recuerdos de 1892, de las noches pasadas en Tompkins Square o subida a los tranvías desde Harlem hasta el Battery y vuelta, y después con las jóvenes de la casa de la calle Cuatro. Había soportado esa vida antes de hacer la concesión de cambiarme el nombre. Era débil e incoherente, pensaba entonces, ceder a los prejuicios populares. Algunos de los que ahora negaban a Czolgosz entonces me habían elogiado por haber preferido unirme a la brigada sin techo antes que claudicar. Pero todo esto ya no tenía

ningún sentido para mí. La lucha y las decepciones de los últimos doce años me habían enseñado que la coherencia de la mayoría de la gente es solo superficial. Y me dije que a muchos no les importaría alojar a una desconocida y a mí tampoco cambiar de apellido mientras conservara la integridad. Sí, me pondría otro nombre, el más común e inofensivo que pudiera imaginar. Me convertí en la señorita E. G. Smith.

No volví a toparme con objeciones de los caseros. Alquilé un piso en la calle Uno. Yegor y su amigo Dan se mudaron conmigo, compramos nuestros muebles a plazos. Y después empecé a visitar a mis médicos, para informarles de que en adelante podían recomendarme como E. G. Smith.

Al final de la caminata de ese día, me había hecho con una prueba más de que me había convertido en una paria. Algunos médicos a los que visité, hombres que me conocían desde hacía años y que siempre se habían mostrado contentos con mi trabajo, se indignaban por que hubiera osado llamarlos. ¿Acaso quería que salieran sus nombres en la prensa o causarles problemas con las autoridades? Me seguían la pista, ¿cómo podía esperar que me recomendaran? El doctor White fue más humano. Nunca había dado crédito a las historias que me relacionaban con Czolgosz, me juró, él estaba seguro de que yo era incapaz de matar. Pero no podía emplearme en su consulta. «Smith es un apellido más que corriente», me dijo, «pero ¿cuánto tiempo supones que pasará antes de que te descubran? No puedo asumir el riesgo, sería mi ruina». Aun así, él deseaba ayudarme de alguna otra manera, tal vez con dinero. Se lo agradecí y seguí mi camino.

Visité al doctor Julius Hoffman y al doctor Solotaroff. Ellos al menos no habían cambiado y estarían encantados de recomendarme pacientes. Desgraciadamente, mi buen amigo Solotaroff estaba aquejado de una afección cardíaca que le había obligado a abandonar las visitas a domicilio. Los pacientes de su consulta pocas veces necesitaban enfermeras, pero me prometió hablar con otros médicos del East Side. Aquel querido y fiel camarada, desde que aquel día que trepé los seis tramos de escaleras hasta

su piso, recién llegada a Nueva York hacía ya doce años, no me había fallado ni una sola vez.

Mis perspectivas no eran brillantes. Sabía que me esperaba una lucha desesperada para ganarme un sitio, pero estaba decidida a empezar de nuevo. No me sometería pasivamente a las fuerzas que pretendían aplastarme. «Debo seguir. Seguiré, aunque solo sea por Sasha y por mi hermano, que me necesitan», me decía a mí misma.

¡Sasha! Llevaba dos meses sin saber de él y tampoco había podido escribirle. Mientras estuve detenida no me podía expresar con libertad y el último mes había sido demasiado deprimente y triste. Estaba segura de que, entre todos, mi querido Sasha comprendería el sentido social del disparo de Buffalo y que apreciaría la integridad del muchacho. ¡Querido Sasha! Desde la inesperada reducción de su pena se mostraba optimista. «Solo cinco años más», había escrito en su última carta. «Imagínate, querida amiga, solo cinco años más!». verlo al fin libre, resucitado; ¿qué eran mis penas comparadas con ese momento? Con esa esperanza me arrastraba. Alguna que otra vez me llamaban para atender un paciente; en otras ocasiones, encargos de ropa.

Apenas salía. No nos podíamos pagar las entradas de conciertos u obras de teatro, y me horrorizaba aparecer en reuniones públicas. La última, poco después de mi vuelta de Chicago, había terminado casi en una revuelta. Había ido a escuchar a mi viejo amigo Ernest Crosby hablar en el Manhattan Liberal Club. Había asistido a sus reuniones mensuales desde 1894, participaba a menudo en los debates y todo el mundo me conocía allí. En el momento en el que entré en la sala, noté un ambiente hostil. Excepto por parte de Crosby y de algunos otros, el público parecía resentir mi presencia. Cuando terminó la conferencia, mientras la gente salía de la sala, un hombre gritó: «¡Emma Goldman, eres una asesina y cincuenta millones de personas lo saben!». En un segundo me encontré rodeada de una multitud alborotada que gritaba: «¡Eres una asesina!». Algunas voces se

alzaron en mi defensa, pero fueron ahogadas por el clamor general. Se veía venir una pelea. Me subí a una silla y grité: «Decís que cincuenta millones de personas saben que Emma Goldman es una asesina. Como la población de Estados Unidos es considerablemente mayor, debe de ser que hay mucha gente dispuesta a informarse mejor antes de lanzar acusaciones infundadas. Es una tragedia tener un tonto en la familia, pero tener cincuenta millones de maniacos en un país es una calamidad. Como buenos estadounidenses deberíais negaros a hinchar ese número».

Algunos se rieron, otros los secundaron y pronto el público recuperó el buen humor, pero yo me fui de allí asqueada y disgustada, decidida a apartarme de los mítines, también de la gente. Solo veía a los pocos amigos que me visitaban en casa y de tanto en tanto visitaba a Justus.

Justus se había opuesto a que yo viviera en Nueva York. Todavía temía por mi seguridad, corría el peligro de que me secuestraran y me llevaran a Buffalo, pensaba, y me presionaba para que me procurara un guardaespaldas. Me hacía gracia verlo tan preocupado y trataba de tranquilizarlo. Mis viejos amigos, entre ellos Ed y Claus, se reunían a menudo en su local para animarlo. Todos sabíamos que la muerte lo acechaba y que no tardaría mucho en reclamar su presa.

Una mañana muy temprano, Ed vino para decirme que había llegado el final. Me pidieron que fuera uno de los oradores en el funeral de Justus, pero me vi obligada a rechazarlo. Sabía que no podía expresar con palabras lo que él había significado en mi vida. Adalid de la libertad, defensor de la causa obrera, abogado de la alegría de vivir, Justus tenía una capacidad sobrehumana para la amistad, un auténtico genio para responder con generosidad y belleza. Siempre se había mostrado reticente a reconocer la grandeza de su vida y de su obra. Para mí, loar sus cualidades en la plaza pública habría sido como una ruptura de confianza. La inmensa multitud de gente de todas las filas que siguieron sus restos hasta el crematorio

testificaban el profundo afecto y la alta consideración que Justus había inspirado en todos los que lo conocimos.

La pérdida de Justus aumentó el tedio de mi vida. El pequeño círculo de amigos que solía reunirse en mi casa se había desperdigado; y yo cada vez me retraía más entre mis cuatro paredes. La lucha por las necesidades de la existencia se agravó. Solotaroff, de nuevo enfermo, no podía darme trabajo. El doctor Hoffman estaba fuera de la ciudad. Tuve que coger de nuevo trabajo a destajo de la fábrica. Había avanzado en el oficio, ahora cosía chillones saltos de cama de seda. La profusión de encajes, lazos y puntillas requería un esfuerzo agotador, que afectaba a mis nervios lacerados hasta que me daban ganas de gritar. El único punto brillante de la monotonía en la que se había convertido mi vida eran mi querido hermano y su colega Dan.

Yegor había aparecido con él cuando aún vivía en mi pequeña habitación de la calle Clinton. Me atrajo desde el primer momento y yo sabía que él se sentía también muy atraído por mí. Yo tenía treinta y dos años y él tenía solo diecinueve, era ingenuo y aún era virgen. Se había reído de mis recelos sobre la diferencia de edad: las chicas jóvenes no le gustaban, decía, solían ser estúpidas y no tenían nada que ofrecerle. Yo era más joven que ellas, aseguraba él, y mucho más sabia. Me deseaba más que a nadie.

Su voz suplicante había sido como música para mis oídos, pero aun así me había resistido a ella. Una de las razones para salir de gira en mayo había sido la esperanza de escapar de mi creciente afecto por aquel muchacho. En julio, cuando nos reunimos todos en Rochester, la tormenta que tanto tiempo había reprimido se desató y nos arrastró a los dos. Después llegó la tragedia de Buffalo y los horrores posteriores. Y todo aquello rompió todos mis resortes. El amor parecía una farsa en un mundo de odio. Cuando nos mudamos a nuestro pequeño piso, pasamos juntos mucho tiempo y el amor de nuevo alzó su voz insistente. Respondí. Me hizo olvidar el resto de mis vocaciones: mi ideal, mi fe, mi trabajo. La idea de una conferencia o un mitin me repugnaba. Incluso los conciertos y el teatro

habían perdido su atractivo por el miedo, que se convirtió casi en una obsesión, a encontrarme a gente o a ser reconocida. La derrota me invadía, sentía que mi existencia había perdido su sentido y que estaba vacía de contenido.

La vida se arrastraba con sus preocupaciones y atenciones diarias. La mayor de ellas, con diferencia, era el estado de Sasha. Los amigos de Pittsburgh habían escrito que sufría otra persecución por parte de las autoridades del penal y que su salud se estaba quebrantando. Finalmente, el 31 de diciembre, recibí una carta suya. No podía haber soñado mejor regalo de Año Nuevo. Yegor sabía que yo deseaba estar sola en ocasiones así y, considerado, salió de puntillas de mí habitación.

Besé el preciado sobre, lo abrí con dedos temblorosos. Era una larga carta confidencial, fechada el 20 de diciembre y escrita en varias tiras de papel con esa caligrafía minúscula que había adquirido Sasha, cada palabra clara y bien diferenciada.

«Sé cómo tu visita y mi extraño comportamiento deben de haberte afectado», escribía. «La visión de tu rostro tras todos estos años me perturbó completamente. No podía pensar, no podía hablar. Era como si todos mis sueños de libertad, el mundo entero de los vivos, se concentrara en el dije brillante que se balanceaba en la cadena de tu reloj. No podía apartar mis ojos de él. No podía parar de jugar con él en mi mano. Absorbía todo mi ser. Y todo el rato sentía lo nerviosa que debías de estar ante mi silencio y aun así no podía pronunciar una palabra».

Los pavorosos meses que habían transcurrido desde mi visita a Sasha habían apagado mi punzante decepción de aquella ocasión. Sus líneas la revivieron, pero su carta mostraba también lo atentamente que había seguido los acontecimientos. «Si la prensa reflejara los sentimientos de la gente», continuaba, «se diría que la nación se ha entregado repentinamente al canibalismo. Hubo momentos en los que temí por tu vida y por la seguridad de los otros camaradas detenidos... Tu amor propio y tu

admirable autocontrol han contribuido mucho a la favorable resolución. Me emocionó especialmente tu afirmación de que cuidarías fielmente al hombre herido, si requiriera de tus cuidados, pero que el pobre muchacho, condenado y abandonado por todos, necesitaba y merecía más que el presidente tu simpatía y ayuda. De manera más impactante que tus cartas, esa afirmación me descubrió el enorme cambio que los años de madurez nos han traído. ¡Sería imposible que hubiéramos pensado así hace una década! Lo habríamos considerado una traición al espíritu de la revolución, habría violado todas nuestras tradiciones incluso reconocer la humanidad de un representante oficial del capitalismo. ¿No es significativo que nosotros dos, tú viviendo en el corazón mismo del pensamiento y la actividad anarquista, y yo en un ambiente de absoluta supresión y aislamiento, hayamos llegado al mismo punto evolutivo tras diez años de caminos divergentes?»

Querido y fiel amigo, qué grande y valiente era por su parte admitir el cambio de una manera tan abierta. A medida que leía me asombraba más y más la cantidad de conocimientos que Sasha había adquirido desde su encarcelamiento. Obras de ciencia, filosofía, economía, incluso metafísica... Había leído sin duda muchas de ellas, las había estudiado críticamente y las había asimilado. Su carta removía cientos de recuerdos del pasado, de nuestra vida en común, nuestro amor, nuestro trabajo. Estaba perdida en mis recuerdos: el tiempo y el espacio desaparecían, los años intermedios se borraban y revivía el pasado. Mis manos acariciaban la carta, mis ojos vagaban ensoñadoramente por las líneas. Y entonces la palabra «Leon» me hizo fijar la mirada y continué leyendo:

«He podido leer cosas sobre la hermosa personalidad del chico, sobre su falta de habilidad para adaptarse a las condiciones brutales, sobre la rebelión de su alma. Arroja una luz significativa sobre las causas del *Attentat*. Sin duda es a la vez la mayor tragedia del martirio y la prueba acusatoria más terrible para la sociedad el que esta obligue a los hombres y

mujeres más nobles a derramar sangre humana, aunque sus almas aborrezcan la idea. Lo más imperativo es que los métodos drásticos de esta naturaleza sean únicamente un último y extremo recurso. Para demostrar su validez, deben estar motivados por la necesidad social, más que por la individual, y apuntar a un enemigo del pueblo directo e inmediato. El significado de una acción así lo comprendería la opinión pública y ahí únicamente reside la importancia propagandística, educativa de un *Attentat*, a no ser que sea exclusivamente un acto terrorista».

Se me cayó la carta de las manos. ¿Qué quería decir Sasha? ¿Estaba sugiriendo que McKinley no era «un enemigo inmediato del pueblo»? ¿Que no era un sujeto digno de un *Attentat* de «importancia propagandística o educativa»? Estaba escandalizada. ¿Habría leído bien? Todavía quedaba otro párrafo: «No creo que la acción de Leon fuera terrorista y tengo mis dudas de que fuera educativa, porque la necesidad social de su acción no era manifiesta. No querría que me malinterpretaras. Repito: como expresión de revuelta personal era inevitable y en sí misma era una acusación de las condiciones existentes, pero carecía del telón de fondo de la necesidad social y, por tanto, el valor de la acción se anulaba en gran medida».

La carta cayó al suelo y yo me quedé estupefacta. Con una voz rara y seca grité: «¡Yegor! ¡Yegor!».

Mi hermano entró corriendo. «¿Qué ha pasado, cariño? Estás temblando. ¿Qué ocurre?», gritó alarmado. «¡La carta!» susurré roncamente. «Léela, dime si me he vuelto loca».

«Una hermosa carta», le oí decir, «un documento de humanidad, aunque Sasha no ve la necesidad social en la acción de Czolgosz».

«¿Pero cómo puede Sasha», grité con desesperación, «él entre toda la gente del mundo, él mismo malentendido y repudiado por los obreros mismos a los que quería ayudar, cómo puede malinterpretarlo así?»

Yegor trató de calmarme, de explicarme que Sasha se había referido al «necesario *background* social». Cogió otra tira de la carta y empezó a

leerme.

«El esquema de la subyugación política en Estados Unidos es sutil. Aunque McKinley era el representante principal de nuestra esclavitud moderna, no se le consideraba un enemigo directo e inmediato del pueblo. En un régimen absolutista, el autócrata es visible y tangible. El auténtico despotismo de las instituciones republicanas es mucho, mucho más insidioso, porque se basa en la falacia popular del autogobierno y de la independencia. Esa es la fuente de la tiranía democrática y, como tal, no puede ser derribada con una bala. En el capitalismo moderno, la explotación económica, mucho más que la opresión política, es el verdadero enemigo del pueblo. La política es solo su criada. Por tanto, la batalla ha de lucharse en el campo económico más que en el político. Y por eso considero mi propia acción mucho más significativa y educativa que la de Leon. Se dirigía contra un opresor real, tangible, uno que el pueblo visualiza como tal».

De repente me asaltó una idea. Sasha estaba empleando los mismos argumentos contra Leon que Johann Most había lanzado contra Sasha. Most había proclamado la futilidad de los actos de violencia individuales en un país carente de conciencia proletaria y había señalado que el obrero estadounidense no entiende los motivos de dichas acciones. Tanto Sasha como yo habíamos considerado que Most traicionaba tanto nuestra causa como a sí mismo. Yo había combatido con saña contra Most por ello, Most, aquel hombre que había sido mi maestro, mi gran inspiración. Y ahora Sasha, aún creyendo en los actos de violencia, negaba la «necesidad social» a la acción de Leon.

¡Qué farsa, qué cruel farsa sin sentido! Me sentí como si hubiera perdido a Sasha y estallé en un llanto incontrolable.

Por la noche, Ed vino a recogerme. Habíamos acordado desde hacía días celebrar el Año Nuevo juntos, pero me sentía demasiado destrozada como para salir. Yegor me lo suplicó, diciendo que me ayudaría a distraerme, pero

estaba rota desde las raíces. Cuando llegó el Año Nuevo, yo estaba enferma en la cama.

El doctor Hoffman estaba de nuevo tratando a la señora Spenser y me pidió que la cuidara. El trabajo me obligó a seguir una vez más con mi vida. Cumplía mi rutina diaria casi inconscientemente, por costumbre, mientras mi mente seguía dando vueltas alrededor de Sasha. Era un curioso autoengaño por su parte, me repetía, creer que su acción había sido más valiosa que la de Leon. ¿Sería que los años de aislamiento y sufrimiento lo habrían llevado a pensar que su acción había sido mejor entendida por el pueblo de lo que fue la de Czolgosz? Tal vez eso le había servido como clavo al que aferrarse durante sus terribles años de prisión. Sí, sin duda era eso lo que lo había mantenido con vida, pero aun así parecía increíble que un hombre de su claridad de juicio se cegara tanto ante el valor de la acción política de Leon.

Escribí varias veces a Sasha señalándole que el anarquismo no dirige solo sus fuerzas contra las injusticias económicas sino que también incluye las políticas. Sus respuestas enfatizaban la amplia divergencia de nuestros puntos de vista, aumentaban mi tristeza y me hacían darme cuenta de lo inútil de continuar discutiendo con él. Desesperada, dejé de escribir.

Tras la muerte de McKinley, la campaña en contra del anarquismo y sus adeptos continuó con mayor ferocidad. La prensa, el púlpito y otros voceros públicos se picaban unos a otros en su furia contra el enemigo común. El más rabioso de todos era Theodore Roosevelt, el flamante nuevo presidente de Estados Unidos. En su calidad de vicepresidente había sucedido a McKinley en el trono presidencial. La ironía del destino había hecho que la mano de Czolgosz allanara el camino al poder del héroe de San Juan. En gratitud por ese involuntario favor, Roosevelt se volvió un salvaje. Su arenga ante el Congreso, que buscaba en gran medida golpear al anarquismo, fue en realidad un golpe mortal a la libertad social y política en Estados Unidos.

Decretos antianarquistas se promulgaban en rápida sucesión, sus promotores en el Congreso se afanaban en inventar nuevos métodos para exterminar a los anarquistas. El senador Hawley no consideraba que su sabiduría profesional bastara para degollar al dragón anarquista. Declaró públicamente que daría mil dólares a quien disparara a un anarquista. Era una ganga considerando el precio que Czolgosz había pagado por su disparo.

En mi amargura sentía que los radicales estadounidense, que habían sacado bandera blanca cuando más se necesitaba valor y osadía, eran los principales responsables de este estado de cosas. No me extrañaba que los reaccionarios reclamaran con tanta audacia medidas despóticas. Se veían los completos amos de la situación en el país, con apenas oposición organizada. La Criminal Anarchy Law, aprobada precipitadamente en la asamblea legislativa de Nueva York, y un estatuto similar en Nueva Jersey ayudaron a reforzar mi convicción de que nuestro movimiento en Estados Unidos estaba pagando muy caro sus incoherencias.

Poco a poco empezaron a manifestarse señales de un despertar en nuestras filas; se alzaron voces contra el peligro inminente en el que se encontraban las libertades americanas, pero yo tenía la sensación de que habíamos dejado pasar el mejor momento, que no podía hacerse ya nada para revertir la marea de la reacción. Al mismo tiempo, no podía reconciliarme con aquella la terrible situación. Mi indignación se despertaba por la manada rabiosa que aullaba pidiendo nuestras vidas, pero permanecía paralizada e inerte, incapaz de hacer otra cosa que atormentarme con eternos porqués y «paraqués».

En medio de aquel acoso, nos echaron del piso, porque el casero, de alguna manera, había averiguado mi identidad. Con enorme dificultad encontramos unas habitaciones en el corazón del gueto, en la calle Market, en la quinta planta de un bloque de pisos atiborrado. Los caseros del East Side estaban acostumbrados a alojar a todo tipo de radicales. Además, aquel

lugar nuevo era más barato y entraba más luz. Era muy cansado subir tantos pisos de escalera varias veces al día, pero era preferible eso a escuchar las pisadas de los inquilinos sobre nuestras cabezas. Los judíos ortodoxos cumplían con Jehová, especialmente su orden de multiplicarse. No había familia en la casa que tuviera menos de cinco hijos y algunas tenían ocho o diez. A pesar de mi amor por los niños, no habría durado mucho en esa casa si hubiera tenido el taconeo constante de sus piececitos sobre mi cabeza.

Mi buen amigo Solotaroff consiguió convencer a algunos médicos del East Side para que me emplearan. Sus pacientes, judíos e italianos, procedían en su mayoría de familias pobres cuyas viviendas solían contar con dos o tres cuartos para seis o más personas. Sus ingresos eran de media unos quince dólares a la semana y a una enfermera profesional se le pagaba cuatro dólares al día. Para ellos las enfermeras eran un lujo que solo se permitían en enfermedades muy graves. Cuidar bajo esas circunstancias no solo era difícil sino también enormemente doloroso. Yo estaba obligada a mantener los precios de mi profesión. No podía ofrecer mis servicios por una tarifa menor y, por tanto, tenía que encontrar otras vías para ayudar a aquella pobre gente, aparte de simplemente ocuparme de sus enfermos.

Trabajaba la mayor parte de tiempo en el turno de noche, porque pocas enfermeras estaban dispuestas a cumplir con ese horario y, la verdad, yo prefería esas horas. La presencia de los parientes y las constantes interferencias, el hablar y sollozar y, sobre todo, su aversión al aire fresco, hacían que los días fueran una dura prueba para mí. «¡Malvada!», me regañó una vez una anciana por abrir la ventana del cuarto del paciente. «¿Es que quieres matar a mi niño?» Por la noche tenía mano libre para darles a mis pacientes el cuidado que requerían. Con la ayuda de un libro y de una cafetera que yo misma me preparaba, las horas de la noche pasaban rápidamente.

Aunque atendía todos los casos, fuera cual fuera la naturaleza de la enfermedad, prefería cuidar de los niños, que están tan indefensos cuando

están enfermos y responden con tanto agradecimiento a la paciencia y a la amabilidad.

Trabajar con un nombre falso me aportó experiencias divertidas. Una vez me llamó un joven socialista que yo conocía para que cuidara a su madre. Tenía neumonía doble, me comunicó, era una mujer muy grande y difícil de manejar. Cuando acompañé al hombre, lo noté muy agitado, como si quisiera decirme algo, pero no supiera cómo. «¿Qué ocurre?», le pregunté. Su madre había reaccionado violentamente contra mí al morir McKinley. Aquella mujer había dicho repetidamente: «Si me encuentro a esa, la baño en keroseno y la quemo viva». Quería que yo lo supiera antes de aceptar el caso. «Muy generoso por parte de tu madre», le dije. «Pero en su estado actual me temo que no será capaz de cumplir su amenaza». Mi joven socialista se quedó muy impresionado.

Después de tres semanas de lucha, nuestra paciente consiguió engañar a la dama de la guadaña. Se había recuperado lo suficiente como para poder prescindir de la enfermera de noche y yo ya me estaba preparando para marcharme. Para mi sorpresa, el joven socialista me anunció que su madre quería despedir a la enfermera de día y que yo ocupara su lugar. «La señorita Smith es una maravillosa enfermera», le había dicho a su hijo. «¿Sabes quién es en realidad?» le preguntó. «Es la terrible Emma Goldman!» «¡Dios mío!», —gritó su madre—. «Espero que no le hayas dicho lo que dije de ella». El chico admitió que lo había hecho. «¿Y aun así me ha cuidado tan bien? ¡Sí es una enfermera maravillosa!»

Con la llegada del calor, el número de mis pacientes disminuyó. No lo lamentaba, estaba muy cansada y necesitaba un descanso. Quería más tiempo para leer y tiempo libre para estar con Dan, Yegor y Ed. Con este último una dulce y armoniosa *camaraderie* había reemplazado las turbulentas emociones del pasado. Nuestra separación había tenido un profundo efecto en Ed, lo había hecho más tolerante y suave, más

comprensivo. En su niña y en la lectura encontraba consuelo. Nuestra compañía intelectual nunca había sido antes tan estimulante y divertida.

Yo tenía todo lo que un ser humano puede desear y aun así mi mente era un caos, con un creciente anhelo en mi corazón. Anhelaba retomar la vieja lucha, hacer que mi vida fuera algo más que una mera colección de intereses personales, pero ¿cómo volver, por dónde empezar de nuevo? Me parecía que había quemado los puentes tras de mí, que nunca podría colmar el abismo que tanto se había ensanchado desde los temibles días de Buffalo.

Una mañana me visitó el joven anarquista William McQueen. Lo había conocido en mi primera gira por Inglaterra en 1895; él había sido quien había organizado los mítines de Leeds y me había alojado en su casa. También habíamos coincidido varias veces desde su llegada a América. Ahora venía para invitarme a hablar en Paterson a favor de los tejedores de seda en huelga. McQueen y el anarquista austriaco Rudolf Grossmann iban a participar en un mitin multitudinario y los huelguistas habían pedido que acudiera yo también.

Era la primera vez desde la tragedia de Czolgosz que los obreros, también mis propios camaradas, se acercaban a mí. Me abalancé sobre la ocasión como un caminante del desierto se abraza a un pozo.

La noche anterior al mitin tuve una pesadilla y me desperté con unos gritos que trajeron a Yegor hasta mi cama. Entre sudores fríos y temblando le relaté a mi hermano lo que podía recordar del opresivo sueño.

Soñé que estaba en Paterson. La enorme sala estaba hasta la bandera, yo en el estrado. Me acercaba al borde y empezaba a hablar. Me parecía que me llevaba el mar humano que había a mis pies. Las olas se alzaban y se mecían al ritmo de las inflexiones de mi voz. Y después se alejaban más y más, cada vez más deprisa, arrastrando con ellas a la gente. Yo me quedaba en el estrado, sola, mi voz silenciada también entre el silencio que me rodeaba. Sola, pero no del todo. Algo se agitaba, cobraba forma, crecía ante mis ojos. La forma avanzaba, llegaba hasta el borde del escenario, se erguía

con la cabeza echada hacia atrás y sus enormes ojos relampagueando en los míos. Mi voz luchaba en mi garganta y con un enorme esfuerzo grité: «¡Czolgosz! ¡Leon Czolgosz!».

Me invadió el miedo de no ser capaz de hablar en el mitin de Paterson. En vano traté de librarme de la impresión de que en cuanto me pusiera de pie en el escenario el rostro de Czolgosz surgiría de la muchedumbre. Le telegrafié a McQueen para decirle que no podía asistir.

Al día siguiente los periódicos llevaban la noticia de la detención de McQueen y Grossmann. Me horrorizó pensar que había permitido que un sueño me impidiera responder a la llamada de los huelguistas. Había permitido que me influyera un fantasma y me había quedado segura en mi casa mientras mis jóvenes camaradas estaban en peligro. «¿Acaso la tragedia de Czolgosz me perseguirá hasta el fin de mis días?», me preguntaba una y otra vez. La respuesta llegó antes de lo que esperaba.

«SANGRIENTAS REVUELTAS — OBREROS Y CAMPESINOS ASESINADOS — ESTUDIANTES FUSTIGADOS POR COSACOS...» La prensa bullía con los acontecimientos rusos. Una vez más, la lucha contra la autocracia zarista atraía la atención del mundo entero. La terrorífica brutalidad de un bando, el glorioso valor y heroísmo del otro, me sacudieron el letargo que había paralizado mi voluntad desde los días de Buffalo. Con acusadora lucidez, me di cuenta de que había abandonado el movimiento en su momento más crítico, que había dado la espalda a nuestro trabajo cuando más se me necesitaba, que incluso había empezado a dudar del ideal y de la fe de mi vida. Y todo eso por un puñado de gente que había demostrado su bajeza y cobardía.

Traté de disculpar mi pusilanimidad por la profunda preocupación que había sentido por el muchacho abandonado. Mi indignación contra los que flaqueaban procedía, me argumentaba a mí misma, de mi compasión por Czolgosz. Sin duda ese había sido el motivo que me había impulsado a cambiar de posición, un impulso tal que incluso me puso en contra de Sasha

porque no había logrado ver en la acción de Czolgosz lo que para mí estaba claro. Mi resentimiento había alcanzado incluso a mi querido amigo y me había hecho olvidar que estaba en la cárcel y que aún me necesitaba.

En aquel momento, sin embargo, me martilleaba la cabeza otro pensamiento, la idea de que podría haber habido otros motivos, motivos no tan desinteresados como yo había creído y había hecho creer a otros. Mi propia incapacidad de afrontar el primer gran asunto de mi vida me hacía ver que la seguridad en mí misma con la que siempre había proclamado que podía aguantar sola me había abandonado en el momento en el que tenía que demostrarse. No había sido capaz de aguantar que me repudiaran y me rehuyeran, no había podido afrontar la derrota, pero, en lugar de admitirlo, al menos ante mí misma, había seguido aleteando con furia ciega. Me había amargado y me había replegado en mí misma.

La cualidad que más admiraba en los héroes del pasado, también en Czolgosz, la energía para resistir y morir solo, me había faltado. Tal vez se necesita más valor para vivir que para morir. Morir es un momento, pero las exigencias de la vida son infinitas, mil pequeñeces y mezquindades que minan la energía y nos dejan agotados para afrontar el momento de la verdad.

Salí de mi tortuosa introspección como de una larga enfermedad, aún no en posesión de mi energía de siempre, pero sí con la decisión de intentar una vez más templar mi voluntad para estar a la altura de las exigencias de la vida, fueran cuales fueran estas.

Mi primer paso vacilante, tras meses de muerte espiritual, fue escribir una carta a Sasha.

Las noticias de Rusia provocaron una intensa actividad entre los radicales del East Side. Sindicalistas, socialistas y anarquistas aparcaron sus diferencias políticas para poder ayudar mejor a las víctimas del régimen ruso. Se celebraron amplias reuniones y se reunió dinero para los presos y exiliados. Yo me lancé a la tarea con renovadas fuerzas. Dejé el trabajo de

enfermera para dedicarme por entero a las necesidades de Rusia. Al mismo tiempo, en Estados Unidos, ocurrían bastantes cosas que se cobraban todas nuestras energías.

Los mineros del carbón estaban en huelga. Las condiciones en los barrios mineros eran terribles y se necesitaba allí ayuda con urgencia. Los políticos del movimiento obrero se dedicaban a hablar con la prensa y no hacían nada por los huelguistas. La poca presencia de ánimo que habían exhibido en los comienzos de la huelga se desvaneció cuando el hombre de mano dura apareció en escena. El presidente Roosevelt repentinamente mostró interés por los mineros. Ayudaría a los huelguistas, anunció, si sus representantes eran razonables y le daban a él la ocasión de tratar con los dueños de las minas. Aquello fue maná para los políticos de los sindicatos. Inmediatamente delegaron en los hombres de Teddy. No había de qué preocuparse, ya: su sabiduría oficial hallaría la solución a los molestos problemas. Mientras tanto, los mineros y sus familias pasaban hambre y la policía sacudía a quienes llegaban a la región del carbón a dar ánimos a los mineros.

Los elementos radicales se negaron a que los engañara el interés del presidente, tampoco tenían mucha fe en que los patronos cambiaran sus afectos. Trabajaban sin descanso para reunir fondos y mantener la moral de los hombres. El calor era demasiado opresivo para hacer mítines públicos, lo que suponía un respiro en nuestros esfuerzos. Aun así podíamos recorrer los sindicatos, celebrar meriendas campestres y otros eventos para sacar dinero. Mi vuelta a la actividad pública me rejuveneció y me dio un nuevo interés por la vida.

Me pidieron que emprendiera una gira de conferencias con el fin de reunir fondos para los mineros y para las víctimas de Rusia. No habíamos contado, sin embargo, con las autoridades de los barrios en huelga. Nuestra gente no pudo conseguir ninguna sala: en las escasas ocasiones en las que un casero era lo bastante valiente como para alquilarnos su local, la policía

reventaba nuestras reuniones. En varias ciudades, entre ellas Wilkesbarre y McKeesport, me topé con los guardianes de la ley en la estación y me di la vuelta. Finalmente se decidió que concentrara mis esfuerzos en las grandes ciudades de las regiones en huelga. En ellas no encontré dificultades, hasta que llegué a Chicago.

Mi primera conferencia trataba sobre Rusia y tuvo lugar en una atestada sala del West Side. Como de costumbre, la policía estaba presente, pero no intervino. «Creemos en la libertad de expresión», le dijo uno de los policías al comité, «siempre y cuando Emma Goldman hable sobre Rusia». Afortunadamente, mi labor en pro de los mineros se desarrollaba exclusivamente en locales sindicales, donde la policía no podía hacer nada.

Mi última conferencia iba a celebrarse en la Chicago Philosophical Society, una organización de estrado libre. Sus reuniones semanales se celebraban siempre en el Handel Hall, que estaba permanentemente alquilado por dicha sociedad. Los dueños del local nunca se habían opuesto a ningún orador o a ningún tema, pero el domingo previsto para mi charla se prohibió a la gente entrar al Handel Hall. El conserje, pálido y tembloroso, nos informó de que los detectives habían pasado a «verlo». Le habían hablado de la Criminal Anarchy Law, bajo la cual podrían arrestarlo, encarcelarlo y multarlo si permitía que Emma Goldman hablara allí. El caso es que esa ley no se había aprobado en Illinois, pero ¿qué más daba eso? En cualquier caso, di la conferencia proscrita. Otro dueño de una sala, más versado en sus derechos legales y no tan fácilmente espantable, me dejó hablar sobre el peligroso tema de «Los aspectos filosóficos del anarquismo».

Mi gira era difícil y agotadora, más aún por la necesidad de hablar rodeada de perros de presa listos a saltar sobre mí en cualquier momento, así como por la obligación de cambiar de salas inesperadamente, pero las dificultades eran bienvenidas. Me ayudaban a reavivar mi espíritu luchador

y a convencerme de que los que tenían el poder nunca aprenderían hasta qué punto la persecución es la levadura del fervor revolucionario.

Apenas había regresado a casa cuando llegó la noticia de la muerte de Kate Austen. Kate, la voz más osada y valiente entre las mujeres de Estados Unidos. Desde la América más profunda, había alcanzado alturas intelectuales que mucha gente culta no lograba siquiera rozar. Amaba la vida y su alma se encendía por los oprimidos, los que sufren y los pobres. ¡Qué espléndida había sido durante toda la tragedia de Buffalo! Hacía solo un mes que había escrito, ya bajo la sombra de su propia muerte, un encendido tributo a Czolgosz. Y ahora ya no estaba y con ella perdíamos a una de las personalidades auténticamente grandes de nuestras filas. Su muerte no era solo la pérdida de una camarada sino también de una preciada amiga. Con la excepción de Emma Lee, había sido la única mujer con la que había intimado y que entendía las complejidades de mi ser mejor que yo misma. Sus respuestas sensibles me habían ayudado en muchos malos momentos. Y había muerto y mi corazón quedaba apesadumbrado.

En una vida frenética como la mía, las alegrías y las penas se suceden tan rápidamente que no dejan tiempo de recrearse en unas o en las otras. Mi dolor por la muerte de Kate era aún agudo cuando llegó otro golpe. Un antiguo alumno suyo había disparado a Voltairine de Cleyre y se encontraba gravemente herida. Un telegrama de Filadelfia me informaba de que estaba en el hospital en un estado crítico y nos sugería que reuniéramos dinero para su curación.

Apenas había visto a Voltairine desde nuestro desafortunado malentendido en 1894. Había oído que no se encontraba bien y que se había marchado a Europa para recuperarse. En mi última visita a Filadelfia, me contaron que le costaba mucho ganarse la vida con clases de inglés a emigrantes judíos y lecciones de música, mientras que continuaba con sus actividades dentro del movimiento. Admiré su energía y su actividad, pero seguía herida y me echaba para atrás su actitud poco razonable y mezquina

hacia mí. No traté de verla ni tampoco ella se había comunicado conmigo durante todos esos años. Su postura intrépida durante la histeria desatada por la muerte de McKinley había hecho que mi respeto por ella aumentara, y su carta en *Free Society* al senador Hawley, el que había dicho que daría mil dólares por disparar a un anarquista, me había impresionado mucho. Le había enviado su dirección al patriota senador y le había escrito que estaba preparada para darle el placer de disparar a una anarquista gratis con la única condición de que le permitiera explicarle los principios del anarquismo antes de disparar.

«Tenemos que empezar a reunir dinero para Voltairine inmediatamente», le dije a Ed. Sabía que a ella le molestaría que la petición fuera pública y Ed estaba de acuerdo en que era necesario acercarnos a nuestros amigos en privado. Solotaroff, el primero al que avisamos, respondió con grandeza, aunque estaba mal de salud y su consulta apenas rendía. Sugirió que viéramos a Gordon, el antiguo amante de Voltairine: Gordon se había convertido en un médico de éxito y podría ayudar económicamente a Voltairine, que tanto había hecho por él. Solotaroff se ofreció voluntario para hablar con Gordon.

El resultado de nuestro sondeo nos animó mucho, aunque también nos topamos con algunas experiencias desagradables. Un amigo de Voltairine del East Side declaró que no creía en la «caridad privada» y hubo otros cuyas simpatías se habían limado por el éxito material, pero las almas generosas compensaron y pronto reunimos quinientos dólares. Ed se fue a Filadelfia con ese dinero. A su vuelta, nos informó de que dos de las balas habían sido extraídas. La tercera no podía tocarse porque se había incrustado demasiado cerca del corazón. La principal preocupación de Voltairine, nos contó Ed, era por el chico que había atentado contra su vida y ya había declarado que no presentaría cargos.

Max y Millie nos visitaron para pasar la Navidad en Nueva York y fue la ocasión de un regalo inesperado y gozoso. Ed llevaba tiempo

presionándome para que le dejara cumplir su sueño largamente acariciado de vestirme «con ropa decente». Insistió que había llegado el momento de cumplir su promesa, tenía que acompañarle a las mejores tiendas y dejar correr mi fantasía.

En cuanto estuvimos en el emporio de la moda me di cuenta de que una fantasía desbocada era algo muy caro y no quería arruinar a Ed. «Salgamos corriendo de aquí, rápido», susurré. «Este no es un lugar para nosotros». «¿Salir corriendo? ¿Emma Goldman va a salir corriendo?» bromeó Ed. «Te quedarás el tiempo suficiente como para que te tomen medidas y el resto me lo dejas a mí».

En Nochebuena empezaron a llegar cajas a mi apartamento: un increíble abrigo con un cuello de astracán auténtico, manguito y turbante a juego. También había un vestido, ropa interior de raso, medias y guantes. Me sentía como Cenicienta. Ed se iluminó cuando vino a verme y me encontró toda emperifollada. «Así es como siempre quise que vistieras», exclamó. «Algún día todo el mundo podrá tener cosas así de bellas».

En la Hofbrau Haus nos encontramos con Max y Millie. Millie también estaba vestida para la ocasión y Max muy favorecido. Me preguntó si me había casado con un Rockefeller o me había tropezado con una mina de oro. Demasiado elegante para un proletario como él, decía riendo. «Algunos tipos se merecen al menos tres botellas de Trabacher», dijo y las pidió. Nuestra mesa era la más alegre del local.

Millie regresó a Chicago antes que Max. Él se quedó unos días más y dimos largos paseos, visitamos museos y fuimos a conciertos. La tarde de su partida le acompañé a la estación. Cuando estábamos en el andén charlando se acercaron dos hombres que resultaron ser detectives. Nos detuvieron y nos llevaron a la comisaría, donde se nos interrogó por separado y después nos soltaron. «¿Por qué razón nos detienen?» pregunté. «Por principios generales», respondió amablemente el sargento de la

entrada. «¡Vaya principios de mierda!», respondí acaloradamente. «Venga ya», gruñó. «Eres Emma la Roja, ¿verdad? Pues con eso vale».

Una carta de Solotaroff me contaba que Gordon se había negado a ayudar a Voltairine. Ella se había matado durante años para ayudarlo mientras estudiaba en la universidad y en el momento en que ella estaba enferma, él no tenía ni una palabra amable para ella. Mi intuición sobre él había sido la correcta. Convenimos en que no le contaríamos la indiferencia cruel del hombre que había significado tanto para ella.

Voltairine no solo se negó a denunciar al joven que la había disparado sino que incluso apeló a nuestra prensa para que contribuyera a su defensa. «Está enfermo, es pobre y no tiene amigos», escribió. «Necesita ternura, no la cárcel». En una carta a las autoridades señalaba que el chico había estado en paro mucho tiempo y que como resultado de su angustia sufría alucinaciones, pero la ley exigía su libra de carne: declararon culpable al muchacho y lo condenaron a seis años y nueve meses.

El efecto del veredicto en Voltairine fue una grave recaída que nos mantuvo angustiados durante semanas. Finalmente los médicos la declararon fuera de todo peligro y la dejaron salir del hospital.

Los periódicos de Filadelfia ofrecieron el aspecto chusco del trágico incidente. Como el resto de la prensa estadounidense, llevaban años lanzando insultos contra el anarquismo y los anarquistas. «Demonios encarnados, paladines del asesinato y la destrucción, cobardes» eran los epítetos más delicados que nos aplicaban, pero cuando Voltairine se negó a denunciar a su asaltante y habló en su defensa, los mismos editores escribieron que «el anarquismo es sin duda la doctrina del nazareno, el evangelio del perdón».

26

Finalmente colaron la Anarchist Exclusion Act, la ley de inmigración antianarquista, en el Congreso y, a partir de ese momento, no se le permitiría la entrada en Estados Unidos a quien no creyera en el gobierno organizado. Bajo su redacción, hombres como Tolstói, Kropotkin, Spencer o Edward Carpenter podrían ser expulsados de las hospitalarias costas de América. Demasiado tarde se dieron cuenta los tibios liberales del peligro que esta ley suponía para el pensamiento avanzado. Si se hubieran opuesto coordinadamente a las actividades de los elementos reaccionarios, el texto no se habría aprobado. El resultado inmediato de este nuevo ataque a las libertades estadounidenses, sin embargo, fue un claro cambio de actitud hacia los anarquistas. Yo misma dejé de ser considerada un demonio: al contrario, los mismos que me habían mostrado hostilidad ahora me buscaban. Algunos foros de discusión, como el Manhattan Liberal Club, la Brooklyn Philosophical Society y otras organizaciones estadounidenses, me invitaron a hablar. Acepté con entusiasmo porque era la oportunidad que había estado siglos esperando, la ocasión de acceder a la *intelligentsia* nativa, para iluminarlos sobre lo que realmente significa el anarquismo. En esas reuniones hice nuevos amigos y me reencontré con otros, entre ellos Ernest Crosby, Leonard D. Abbott y Theodore Schroeder.

En el Sunrise Club conocí a muchas personas de ideas avanzadas. Entre los más interesantes se encontraban Elizabeth y Alexis Ferm, John y Abby

Coryell. Los Ferm fueron los primeros estadounidenses que conocí cuyas ideas educativas eran afines a las mías, pero mientras que yo simplemente abogaba por la necesidad de un nuevo enfoque del niño, los Ferm habían llevado sus ideas a la práctica. En la Playhouse, como se llamaba su escuela, los niños de la vecindad no estaban sujetos ni a reglas ni a libros de texto. Eran libres de entrar y salir y aprendían mediante la observación y la experiencia. No había conocido a nadie que entendiera tan bien la psicología infantil como Elizabeth y que fuera capaz de sacar lo mejor de los jóvenes. Ella y Alexis se consideraban georgistas, pero lo cierto era que eran anarquistas, en sus opiniones y en sus vidas. Visitar su casa, que también era la escuela, y ser testigo de la hermosa relación que tenían entre ellos y con los niños, era un gran regalo.

Los Coryell compartían esa misma cualidad. John tenía una profundidad intelectual excepcional. Me parecía mucho más europeo que americano y, de hecho, había visto mucho mundo. En su juventud, había sido cónsul de Estados Unidos en Cantón, China. Más tarde había vivido en Japón, había viajado extensamente y se había asociado con gente de distintos países y razas. Aquello le había proporcionado una perspectiva muy amplia de la vida y una profunda compresión del ser humano. John tenía un talento considerable como escritor: él era el autor de las historias originales de Nick Carter y se había ganado un nombre y mucho dinero bajo el seudónimo de Bertha M. Clay. Era también colaborador habitual de la revista *Physical Culture*, debido a su interés por las cuestiones de salud y porque esta le dio su primera oportunidad de expresarse libremente en los temas que le eran más cercanos. Era una de las personas más generosas que he conocido. Sus escritos le habían hecho ganar una fortuna, de la que apenas había conservado nada porque la repartía generosamente entre los necesitados. Su mayor encanto residía en su rico sentido del humor, incisivo a pesar de sus finos modales. Los Coryell y los Ferm se convirtieron en mis más queridos amigos estadounidenses.

También frecuentaba a Hugh O. Pentecost. Desde que lo conocí, durante mi juicio en 1893, había cambiado mucho. No me parecía una personalidad enérgica, pero se contaba entre los oradores más brillantes de Nueva York. Daba charlas los domingos por la mañana sobre temas sociales y su elocuencia atraía a un público muy amplio. Pentecost frecuentaba mi piso, donde podía «sentirse natural», como decía a menudo. A su esposa, una guapa mujer de clase media, le desagradaban los amigos pobres de su marido y se centraba en los partidarios influyentes que acudían a sus conferencias.

Una vez organicé una pequeña fiesta en mi piso y Pentecost era uno de los invitados. Unos días antes de la fiesta me encontré con la señora Pentecost y le pregunté si le gustaría venir. «Muchas gracias», me dijo. «Me encantará. Adoro frecuentar los bajos fondos.» «¿No es una suerte?», le señalé. «De otra manera, nunca conocería gente interesante». No vino a la fiesta.

Mi vida pública se hacía más variada. El trabajo de enfermera se redujo cuando mis «cargas familiares» se mudaron y así se redujeron mis gastos. Podía permitirme descansos más prolongados entre pacientes. Pude volver a leer de nuevo. Y disfruté de la novedosa experiencia de vivir sola. Podía entrar y salir sin tener en cuenta a nadie y no me encontraba con un gentío en casa a la vuelta de una charla. Me conocía lo bastante bien como para saber que yo no era una persona de fácil convivencia. En los terribles meses posteriores a la tragedia de Buffalo me había desesperado en mi batalla por encontrar mi camino de vuelta a la vida y al trabajo. El tímido radicalismo de las gentes del East Side me había impacientado y me había vuelto intolerante hacia los muchachos que hablaban mucho sobre el futuro pero no hacían nada por el presente. Disfrutaba de las bendiciones del retiro y de la compañía de unos pocos amigos escogidos, entre ellos Ed, el más querido, ya no un observador celoso, que exigía posesivamente cada

pensamiento y cada aliento, sino alguien que daba y recibía alegría espontánea y libre.

A menudo me visitaba cansado y deprimido. Yo sabía que en su casa había una tensión en aumento, no porque me hubiera hablado de ello sino porque algún que otro comentario me revelaban que no era feliz. Una vez, en el curso de una conversación, señaló: «En la cárcel solía escoger aislamiento antes de compartir mi celda con cualquiera. El palique constante de un compañero de celda me ponía frenético. Ahora tengo que escuchar una charla incesante y no tengo un agujero en el que evadirme». En otra ocasión ventiló sus ironías sobre las chicas y las mujeres que fingen tener ideas progresistas hasta que tienen bien atado a su hombre y se revuelven con rabia contra esas ideas por miedo a perder a su fuente de ingresos. Para animarlo, yo conducía su charla por otros derroteros o le preguntaba por su niña. Enseguida se le iluminaba la cara y desaparecía la tristeza. Un día me trajo un retrato de la pequeña. Nunca había visto un parecido así. Me conmovió tanto el hermoso rostro de la niña que, sin pensarlo, le dije: «¿Por qué nunca me la traes para que la conozca?». «¿Por qué?», replicó con vehemencia—. «La madre. ¡La madre! Si conocieras a la madre...». «¡Por favor, por favor!», protesté. «¡No digas nada más, no quiero saber nada de ella!» Empezó a caminar con nerviosismo por la habitación, dejando escapar un torrente de palabras. «¡Debes dejarme hablar!» gritó. «Tengo que decirte lo que he reprimido tanto tiempo». Traté de pararlo, pero no prestaba atención.

«La rabia y el rencor hacia ti me condujeron a esa mujer», continuó tempestuosamente. «Sí, y a la bebida. Durante semanas, tras nuestra última ruptura, estuve bebiendo. Después conocí a esa mujer. La había visto en alguna reunión radical, pero nunca me había fijado en ella. Ahora me excitaba; estaba enloquecido por la bebida y por haberte perdido. Así que la traje a casa. Dejé el trabajo y me entregué a una salvaje depravación, esperando cubrir el resentimiento que sentía contra ti por haberte

marchado». Con un dolor agudo en el corazón, le cogí la mano llorando: «¡Oh, Ed, resentimiento no!». «¡Sí, sí, resentimiento!» repetía. «¡Incluso odio! Lo sentía porque tú te habías deshecho tan fácilmente de nuestro amor y de nuestra vida, pero no me interrumpas ahora, tengo que sacarlo de mi cuerpo».

Nos sentamos. Con su mano sobre la mía continuó algo más calmado. «Esa perversa borrachera continuó durante semanas. Yo no era consciente del tiempo, no salía a ninguna parte ni veía a nadie. Me quedaba en casa en un sopor de bebida y sexo. Un día me desperté con mi mente terriblemente lúcida. Estaba harto de mí mismo y de esa mujer. Le dije con brutalidad que tendría que irse, que nunca había pensado que nuestra relación fuera a ser permanente. Hizo lo que normalmente hacen las mujeres, dijo que era un seductor sin escrúpulos. Cuando vio que eso no me afectaba, empezó a llorar y a suplicar y finalmente confesó que estaba embarazada. Sentí una puñalada. Me pareció imposible, pero no creí que ella pudiera inventarse algo así. Yo no tenía dinero y no podía dejarla a su suerte. Estaba atrapado y tenía que apechugar. Esos meses bajo el mismo techo me habían dejado claro que no teníamos un solo pensamiento en común. Todo en ella me repelía; su voz chillona por toda la casa, el cotilleo y la cháchara constante. Me roía los nervios y a menudo me tiraba de casa, pero pensar que estaba gestando a mi hijo siempre me hacía volver. Dos meses antes de que naciera bromeó, durante una de nuestras disputas agriadas, con haberme engañado. No estaba embarazada cuando me lo había dicho por primera vez. Decidí allí y entonces abandonarla en cuanto naciera el bebé. Te reirás, pero el nacimiento de la pequeña pulsó unos extraños acordes en mi alma. Me hizo olvidar todo lo que faltaba en mi vida. Y me quedé».

«¿Por qué te torturas así, querido Ed?», traté de calmarlo. «¿Por qué ventilar el pasado?» Me apartó con amabilidad. «Tienes que escucharme», insistió. «Tú tienes todo que ver aquí desde el principio; es justo que escuches hasta el final».

«Cuando regresaste de Europa», prosiguió, «el contraste entre nuestra vida pasada y mi existencia presente se hizo mucho más evidente. Quería llevarme a mi hija y acudir ante ti para declararte mi amor una vez más, pero tú te relacionabas con otra gente y vivías volcada en actividades públicas. Parecías completamente curada de lo que una vez sentiste por mí».

«Te equivocaste», grité. «Aún te amaba cuando nos separamos». «Ahora lo veo, amor, pero en aquel momento parecías indiferente y altiva», contestó. «No podía recurrir a ti. Busqué el alivio que pude en mi hija. Leí y encontré, sí, encontré, algún descanso en las obras por las que solíamos discutir, podía entenderlas mejor, pero mis nervios se habían debilitado. Ya no me estremecía ante el sonido de la voz chillona. Además, descubrí una forma de detener el chorro», añadió con una risotada. «¿Cuál es?», le pregunté, feliz de que aligerara el tono. «Quizá también a mí me sea útil». «Pues verás», explicó. «Saco el reloj, se lo planto a la señora ante sus narices y le digo que tiene cinco minutos para terminar. Si pasado ese tiempo aún sigue, salgo de la casa». «¿Y funciona?», pregunté. «Es magia. Se mete en la cocina y yo me voy a mi cuarto y echo la llave». Me reí, aunque en realidad quería llorar ante la idea de Ed, que siempre amó el refinamiento y la paz, obligado a protagonizar escenas vulgares y denigrantes.

«La ruptura ha llegado finalmente, sin embargo», siguió. «Tenía que ser así, en cualquier caso, aunque tú y yo no hubiéramos vuelto a ser buenos amigos. Sabía que terminaría llegando en el momento en que empecé a darme cuenta del efecto que tenían nuestras peleas en la niña». Añadió que llevaba mucho tiempo queriendo ir a Europa a ver a su madre, pero que no tenía medios. Ahora estaba en disposición de hacerlo. Se llevaría a la niña a Viena con él y me pidió que lo acompañara.

«¿Qué es eso de llevarte a la niña?» grité. «¿Y qué hay de la madre? Es también su hija, ¿no? Seguro que lo es todo para ella. ¿Cómo podrías

robársela?» Ed se levantó y me alzó junto a él. Con su cara junto a la mía dijo: «¡Amor! ¡Amor! ¿No eras tú quien insistías en que el amor de una madre cualquiera, o derrite al niño con besos o lo mata a golpes? ¿A qué viene este sentimentalismo repentino por la pobre madre?». «Lo sé, lo sé, cariño», le respondí. «He cambiado de opinión. La mujer sufre la agonía del nacimiento y alimenta al niño con su propia sustancia. El hombre hace apenas nada y aun así reclama al hijo. ¿No ves qué injusto es, Ed? ¿Ir a Europa contigo? Me voy enseguida, pero no puedo cargar sobre mi conciencia a una madre a la que le han robado a su hija». Me acusó de no ser libre; yo era como todas las feministas, que acusan al hombre de los agravios que supuestamente hacen a las mujeres sin ver las injusticias que sufre el hombre y también los hijos. Se iría de todos modos y se llevaría a la niña. Nunca permitiría que su hija creciera en ese ambiente de riñas.

Ed me dejó con un torbellino de emociones encontradas. Tenía que admitir que realmente yo le había arrojado a los brazos de esa mujer. Yo sabía, como sabía ya cuando lo había abandonado, que no podía haber actuado de otra manera, pero igualmente yo había sido la causa. Recordaba vívidamente los violentos exabruptos de Ed aquella noche terrible, aquello era la prueba de la agonía de su espíritu. No podía negar mi responsabilidad en su desgracia. ¿Por qué, entonces, lo rechazaba cuando más me necesitaba? ¿Por qué le negaba la ayuda que pedía para su hija? Aquella mujer no era nada para mí, ¿por qué sentía escrúpulos ante su pérdida? Siempre había sostenido que el mero proceso físico de la maternidad no convierte a una mujer en una auténtica madre; y aun así había disuadido a Ed de secuestrarla

Tras mucho pensar, concluí que mi sentimiento por la madre de la hija de Ed estaba muy imbricado con mis sentimientos hacia la maternidad en general, hacia esa fuerza ciega y torpe que trae la vida con dolor, que arruina la juventud y la fuerza de la mujer y que la convierte, cuando se hace mayor, en una carga para ella y para quienes ha traído al mundo. Era

esa indefensión de la maternidad lo que me hacía resistirme a añadirle más dolor.

La próxima vez que apareció Ed traté de explicarle esto, pero no me seguía. Dijo que siempre me había considerado capaz de razonar como un hombre, objetivamente; pero advertía que discutía subjetivamente, como todas las mujeres. Le contesté que las facultades de la razón de la mayoría de los hombres nunca me habían impresionado tanto como para querer imitarlas y que prefería seguir mi propio pensamiento como mujer. Le repetí lo que ya le había dicho: que me haría absolutamente feliz acompañarle si fuera solo o visitarle en Europa dentro de algún tiempo, pero que no secuestraría a la hija de otra mujer.

Temía que esta postura arrojara una sombra en mi renovada amistad con Ed, pero él demostró que podía superarlo. Sus visitas seguían siendo acontecimientos hermosos. Su plan era zarpar hacia Europa en junio, junto con su hija.

A principios de abril me dijo que estaría una semana muy ocupado. Su empresa había comprado una enorme provisión de madera y tendría que pasar unos días en otra ciudad para ocuparse de la transacción, pero seguiría en contacto conmigo y me telegrafiaría en cuanto volviera. Durante su ausencia me llamaron para un caso nocturno en Brooklyn, cuidar de un niño tuberculoso. Era un viaje largo y tedioso de ida y vuelta, volvía a casa muy cansada, apenas capaz de bañarme, y me dormía en cuanto rozaba la almohada. Una mañana, muy temprano, me sacó de la cama un timbrazo violento y persistente. Era Timmermann, al que llevaba más de un año sin ver. «¡Claus!», grité, «¿qué te trae por aquí a estas horas?»

Estaba callado, lo que era muy raro en él, y me miraba de forma extraña. «Siéntate», dijo finalmente con voz solemne. «Tengo algo que decirte». Me preguntaba qué le habría ocurrido. «Es sobre Ed», comenzó. «¡Ed!», grité, súbitamente alarmada. «¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo? ¿Tienes un mensaje para mí?»

«Ed... Ed...», tartamudeó. «Ed no mandará más mensajes.» Adelanté mi mano como quien quiere parar un golpe. «Ed murió anoche», escuché decir a Claus con voz agitada. Me quedé allí mirándolo. «¡Estás borracho!», grité. «¡No es posible!» Claus me tomó la mano y con suavidad me sentó a su lado. «Soy el mensajero del mal; de todos tus amigos tuve que ser yo quien te trajera la noticia. ¡Pobre, pobre muchacha!» Me acarició suavemente el cabello. Seguimos sentados en silencio.

Finalmente Claus habló. Había ido a casa de Ed para salir a cenar con él, había esperado hasta las nueve, pero Ed no regresaba, así que decidió marcharse. En ese momento llegó un taxi a la casa. El conductor preguntó por el apartamento de los Brady, diciendo que el señor Brady estaba enfermo en el taxi. ¿Le ayudaría alguien a llevarlo dentro? Acudieron los vecinos y rodearon el taxi. Ed estaba dentro, hundido en el asiento, inconsciente y respirando con dificultad. La gente metió a Ed mientras Claus corría a buscar un médico. Cuando regresó, el taxista se había marchado. Todo lo que había podido decir fue que le habían llamado a un bar cercano a la estación de Long Island, donde se había encontrado al caballero encaramado a una silla, con un corte en la cara que sangraba. Estaba consciente, pero solo había sido capaz de dar su dirección. El gerente del bar explicó que el caballero había pedido una bebida y se la había tomado de pie en la barra. Pagó y se dirigió al baño. Por el camino se había desplomado y se había golpeado la cabeza contra la barra. Eso era todo lo que sabían.

El doctor se afanó en resucitar a Ed, pero fue en vano. Murió sin recuperar la consciencia.

La voz de Claus golpeteaba en mis oídos, pero apenas escuchaba yo lo que decía. Lo único que importaba era que Ed había sufrido entre desconocidos, lo habían metido en un taxi, había estado solo en el momento de mayor necesidad. ¡Oh, Ed, mi espléndido amigo, despojado de la vida en su mejor momento! ¡Qué crueldad, qué crueldad sin sentido! Mi corazón

protestaba, mi garganta se ahogaba con las lágrimas que no acudían a mis ojos para aliviar mi punzante dolor. Claus se levantó diciendo que tenía que informar a otros amigos y ayudar con los preparativos del entierro. «¡Voy contigo!», afirmé. «Quiero volver a ver a Ed.» «Imposible», objetó Claus. «La señora Brady ya ha dicho que no te dejará pasar. Dice que le robaste a Ed cuando estaba vivo y que te mantendrá a raya ahora que ha muerto. Si vas, solo conseguirás que se monte una escena desagradable».

Me quedé sola con los recuerdos de mi vida con Ed. Por la tarde apareció Yegor, sacudido por la noticia. Había querido mucho a Ed y estaba desbordado. Su tierna preocupación fundió mi corazón helado. Entre sus brazos encontré las lágrimas que parecían resistirse. Nos sentamos muy juntos, hablamos de Ed, de su vida, de sus sueños y de su fin prematuro. Se hacía tarde y recordé al niño enfermo de Brooklyn que me esperaba. No estaría junto a mi querido difunto, pero al menos podría acudir en ayuda de mi joven paciente que luchaba por su vida.

Siempre había aborrecido los funerales, me parecía que expresaban la pena de una forma perversa. Mi pérdida era demasiado profunda como para eso. Fui al crematorio y llegué cuando la ceremonia había terminado, el ataúd estaba ya cerrado. Los amigos que conocían mi relación con Ed alzaron la tapa de nuevo para mí. Me acerqué a mirar el rostro querido, hermoso y sereno en su sueño. El silencio que me rodeaba hizo que la muerte fuera menos truculenta.

De repente un chillido resonó en la sala, seguido por otro, y otro. Una voz de mujer, gritando histéricamente: «¡Mi marido! ¡Mi marido! ¡Es mío!» La mujer que gritaba, con su velo negro de viuda, que parecía las alas de un cuervo, se interpuso entre el ataúd y yo, me empujó y se desplomó sobre el cadáver. Una niña rubia, con ojos asustados, sollozando entrecortadamente, se aferraba al vestido de aquella mujer.

Por un momento me quedé petrificada de horror. Después me dirigí despacio hacia la salida, salí al exterior, lejos de la desagradable escena. En

mi pensamiento solo estaba la niña, la réplica de su padre, cuya vida sería ahora muy diferente de la que él había querido.

27

Los recuerdos de mi vida pasada con Ed me llenaban de nostalgia por lo que había tenido a mano solo para que me lo arrebataran. Los recuerdos del pasado me obligaban a escudriñar los pliegues más escondidos de mi ser, sus extrañas contradicciones me desgarraban entre mi ansia de amor y mi incapacidad para conservarlo mucho tiempo. No solo era la inevitabilidad de la muerte, como en el caso de Ed, ni las circunstancias que me habían arrebatado a Sasha en la primavera de nuestras vidas aquello que se interponía siempre. Había otras fuerzas que pugnaban por negarme la permanencia del amor. ¿Eran parte de algún anhelo apasionado en mí que ningún hombre podía suplir por completo o eran inherentes en quienes incansablemente aspiran a las alturas, a algún ideal o fin excelso que excluye todo lo demás? ¿El precio que demandaban no estaba condicionado por la propia naturaleza de lo que se pretendía alcanzar? Quien se enraíza en un pedazo de tierra no puede escalar hasta las estrellas. Si se apunta alto, ¿se puede esperar habitar mucho tiempo en las cumbres absorbentes de la pasión y el amor? Como todos los que habían pagado un precio por su fe, yo también tenía que asumir lo inevitable. Tendría retazos ocasionales de amor, no habría nada permanente en mi vida excepto mis ideales.

Yegor se quedó en mi piso mientras yo acompañaba a mi paciente y a su madre a Liberty, Nueva York. Nunca había cuidado a un tuberculoso y no había sido testigo de la indomable voluntad de vivir y de la llama que

consume su carne purulenta. Cuando todo parecía llegar a su fin, mi paciente daba un nuevo salto, seguido por días de esperanza renovada, en una labor que esquilmaría la vitalidad de los más fuertes. Y allí estaba un chico de dieciocho años, apenas un saco de huesos y piel, con ojos ardientes y mejillas febriles, hablando de la vida que nunca tendría.

Con su revivir llegó inevitablemente la llamada del cuerpo, del deseo sexual. No me di cuenta, hasta que no había pasado cuatro meses con él, de que el chico había estado tratando desesperadamente de reprimirlo. Ni se me pasó por la cabeza que mi presencia echara combustible a la hoguera que ardía en su interior. Hubo cosas que me hicieron sospechar, pero las deseché como señales del estado febril de mi paciente. Una vez, mientras le tomaba el pulso, de repente cogió mi mano y me la apretó emocionado. Otra vez, cuando me agaché a estirarle las mantas, noté su aliento ardiente junto a mi nuca. A menudo notaba que sus ojos grandes y brillantes me seguían.

El chico dormía al aire libre, en una terraza cubierta. Para estar cerca, yo por la noche me quedaba en la habitación que daba al porche. Su madre se quedaba con él parte del día para darme algún tiempo de descanso. Su dormitorio estaba detrás del comedor, muy alejado de la terraza. El cuidado de un caso de tuberculosis era más agotador que nada de lo que hubiera hecho antes, pero años de experiencia me habían enseñado a detectar el menor movimiento de un paciente. Apenas era necesario que usara la campanita que tenía en su mesa, podía oírlo en el momento en que empezaba a moverse.

Una noche había comprobado varias veces que mi paciente dormía pacíficamente; yo estaba muy cansada y también me quedé dormida. Me despertó algo que oprimía mi pecho. Descubrí a mi paciente sentado en mi cama, con sus labios besando mi pecho y sus manos ardientes acariciando mi cuerpo. El enfado me hizo olvidarme de su precario estado. Lo empujé y me bajé de la cama. «¡Loco!», grité. «¡Vete a la cama ahora mismo o llamo

a tu madre!» Alzó sus manos en una silenciosa petición y empezó a caminar hacia el porche. A medio camino se cayó, atacado por un paroxismo de tos. Asustada por mi reacción, durante un segundo no supe qué hacer. No me atrevía a llamar a su madre, la presencia del chico en mi cuarto le haría pensar que no había acudido a su llamada. Tampoco podía dejarlo donde estaba. Pesaba poco y la desesperación da fuerzas. Lo levanté y lo llevé hasta su cama. Su nerviosismo le provocó una nueva hemorragia y mi enfado dejó paso a la compasión por el pobre chico, tan cerca de la muerte y aferrándose a la vida con tanta tenacidad.

Durante todo el episodio me cogía la mano, entre ataques de tos, rogándome que no se lo dijera a su madre y que le perdonara por lo que había hecho. Yo le daba vueltas a cómo podría dejar aquel trabajo. Estaba claro que tendría que marcharme. ¿Qué excusa podría dar? No podía contarle la verdad a su madre, no creería algo así de su hijo. E incluso, si lo hiciera, le dolería y escandalizaría demasiado como para entender el ansia que había impulsado al muchacho. Tendría que decirle que estaba cansada de la guardia constante y que necesitaba descanso y, por supuesto, darle tiempo para encontrar otra enfermera, pero pasaron semanas antes de que pudiera llevar a cabo mi decisión. Mi paciente estaba muy enfermo y su madre casi en la ruina física por causa de la angustia. Cuando finalmente el paciente escapó una vez más de su destino y estaba mejor, le pedí que me dejara marchar.

A mi vuelta a Nueva York, me enteré de que tenía que buscar una nueva vivienda: una vez más mis vecinos ponían objeciones a compartir el edificio con Emma Goldman. Me trasladé a un lugar más grande; y mi hermano Yegor y nuestro joven camarada Albert Zibelin compartieron el piso conmigo. La personalidad de Albert era el resultado de una curiosa combinación: su padre, un anarquista activo, era francés; su madre era una estadounidense cuáquera con un carácter dulce y amable. Había nacido en México y, de niño, vagó con libertad por sus colinas. Más tarde vivió con

Elisée Reclus, el famoso científico francés exponente del anarquismo. Su bella herencia y las beneficiosas influencias de sus primeros años habían producido unos resultados espléndidos en Albert, que era hermoso de cuerpo y espíritu. Creció para convertirse en un amante ardiente de la libertad y se convirtió en un amigo tierno y considerado, una personalidad que destacaba entre los jóvenes estadounidenses de mi entorno.

Esa vez nuestra cooperativa empezó de manera más prometedora. Todos sus miembros hablaban menos de la igualdad de responsabilidades y hacían más por aliviar la carga de los otros. Yo me sentía doblemente afortunada, porque los múltiples requerimientos del movimiento se llevaban mucha de mi energía. Con Albert como cocinero y con la ayuda de Yegor y de Dan, cuando nos visitaba, podía dedicarme más a mis intereses públicos, que los chicos también compartían.

Desde que había retomado la correspondencia con Sasha, nos habíamos acercado mucho. Le quedaban menos de tres años para aguantar allí y estaba henchido de esperanza, planeando ya qué hacer después de su salida. Durante varios años se había interesado mucho por uno de sus compañeros de cárcel, un chico con tuberculosis que se llamaba Harry. En cada carta, Sasha hablaba de su amigo, especialmente mientras yo estuve cuidando a mi paciente tísico. Tuve que informarle de los tratamientos y los métodos que yo aplicaba. Su interés por Harry incluso le había llevado a pensar en estudiar medicina cuando saliera de la cárcel. Mientras tanto esperaba con avidez todo lo que yo pudiera mandarle: libros de medicina, revistas y todo lo que tratara de la plaga blanca.

Las cartas de Sasha dejaban traslucir un gusto por la vida que me arrastraba y me llenaba de creciente admiración por él. Yo también empecé a soñar y planear cosas para el gran momento en el que mi heroico muchacho fuera de nuevo libre y estuviéramos unidos por la vida y el trabajo. Solo treinta y tres meses más y su martirio habría acabado.

Mientras tanto, John Turner anunció su visita a Estados Unidos. Turner había estado en América en 1896 y había dado muchísimas charlas durante siete meses. Había planeado una nueva gira y deseaba en especial estudiar la situación de los hombres y mujeres que trabajaban como dependientes y oficinistas en Estados Unidos. Había logrado muchas cosas en Inglaterra con el Shop Assistants' Union, que se había convertido en una organización sindical muy poderosa. Bajo su liderazgo, las condiciones de esos trabajadores habían mejorado bastante. Aunque la situación de esa categoría en Estados Unidos no era tan mala como la de Inglaterra antes de los esfuerzos de Turner y sus colegas del sindicato, teníamos claro que esa gente necesitaba un despertar. Y nadie mejor para conseguirlo que John Turner.

Por esa razón, así como por la contribución que Turner haría a la difusión más general de nuestras ideas, acogimos con entusiasmo su propuesta de visitarnos e inmediatamente empezamos a organizar una serie de conferencias para nuestro brillante camarada inglés. Su primer mitin se celebraría el 22 de octubre en el Murray Hill Lyceum.

Como muchos otros, John Turner se había convertido al anarquismo como resultado de la tragedia de Haymarket de 1887. Su opinión sobre el Estado y sobre la acción política lo habían llevado a rechazar la candidatura al Parlamento que le ofrecía su sindicato. «Mi lugar está entre la tropa», había declarado Turner en aquel momento. «Mi trabajo no está en lo que se llaman "asuntos públicos", que son parte de la explotación organizada del obrero. Incluso los pequeños paliativos que el Parlamento aprueba se lograrían mucho más rápidamente mediante un movimiento sindical organizado que presionara desde el exterior, que mediante la labor de los representantes dentro de la Cámara de los Comunes». Su postura mostraba su comprensión de las fuerzas sociales y su dedicación a su ideal. Aunque nunca había dejado de trabajar por el anarquismo, consideraba que su principal propósito vital era la actividad sindical. Sostenía que el

anarquismo sin las masas está condenado a ser siempre un mero sueño, carente de fuerza vital. Sentía que para llegar a los obreros había que participar en su lucha económica diaria.

Su primera ponencia trataba sobre «Sindicalismo y huelga general». El Murray Hill Lyceum estaba lleno hasta la bandera, con gente de todo tipo. Había mucha policía. Yo presenté a nuestro camarada británico al público y después me quedé en el fondo de la sala a cargo del puesto de libros. Cuando John hubo terminado de hablar, me percaté de que algunos hombres de paisano se acercaban al estrado. Oliendo problemas, me coloqué rápidamente junto a John. Los desconocidos resultaron ser funcionarios de inmigración que arrestaron a Turner. Antes de que el público tuviera tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, lo sacaron precipitadamente de la sala.

Turner tuvo el inmenso honor de ser la primera víctima de la Anarchist Exclusion Act, la ley federal antianarquista aprobada por el Congreso el 3 de marzo de 1903. Su artículo principal rezaba: «A quien no crea en o se oponga a los gobiernos organizados, o sea miembro o afiliado de cualquier organización que apoye o predique tal falta de fe o se oponga a todo gobierno... no se le permitirá la entrada en Estados Unidos». John Turner, muy conocido en su país, respetado por los intelectuales y con entrada libre en cualquier región europea, era humillado por una disposición concebida bajo el pánico y promovida por los elementos más siniestros de Estados Unidos. Cuando anuncié al público que John Turner había sido detenido y que sería deportado, la asamblea decidió por unanimidad que, si nuestro amigo tenía que irse, no se iría sin que lo peleáramos.

Las autoridades de la isla de Ellis pensaban que se saldrían con la suya. Durante varios días nadie, ni siquiera su abogado, pudo ver a Turner. Hugh O. Pentecost, a quien contratamos para que representara al preso, inmediatamente inició el procedimiento de hábeas corpus. Eso detuvo la deportación y dificultó los métodos arbitrarios del Comisionado de la isla de Ellis. En la primer audiencia, el juez apoyó, por supuesto, a las

autoridades de inmigración y ordenó deportar a Turner. Pero aún teníamos en la reserva una apelación ante el Tribunal Supremo Federal. La mayoría de nuestros camaradas se oponían a ese paso porque lo consideraban incoherente con nuestras ideas y una pérdida de dinero que no arrojaría resultados. Mientras que yo no abrigaba ilusiones sobre lo que haría el Tribunal Supremo, sí opinaba que la lucha por Turner sería una propaganda espléndida, porque pondría la absurda ley ante los ojos del público inteligente. Y, por último, aunque no menos importante, porque serviría para concienciar a muchos estadounidenses del hecho de que las libertades garantizadas en Estados Unidos, entre las cuales el derecho de asilo era la más importante, se habían quedado en papel mojado, en frases vacías para lanzar el 4 de julio, como los fuegos artificiales. La cuestión principal, sin embargo, era si Turner estaba dispuesto a seguir preso en la isla de Ellis, tal vez durante muchos meses, hasta que el Tribunal Supremo decidiera sobre su caso. Le escribí para preguntárselo y recibí la respuesta inmediata de que estaba «disfrutando de la hospitalidad de la isla de Ellis» y que se ponía completamente a nuestra disposición para ayudar en la batalla.

Aunque se había producido un claro cambio en la opinión pública hacia mi persona desde 1901, aún yo era tabú para la mayoría. Me di cuenta de que, si quería ayudar a Turner y participar en las actividades en contra de la ley de deportación, más me valía permanecer en segundo plano. Mi nombre ficticio de Smith me garantizaba que me escucharía gente a la que le espantaría encontrarse con Emma Goldman. Aun así, un buen número de radicales estadounidenses me conocían y eran lo bastante avanzados como para que mis ideas no los asustaran. Con su ayuda conseguí organizar la Free Speech League, con miembros que procedían de diversos elementos liberales. Entre ellos se encontraban Peter E. Burroughs, Benjamin B. Tucker, H. Gaylord Wilshire, el doctor E. B. Foote, Jr., Theodore Schroeder, Charles B. Spahr y otros muchos, muy conocidos en los círculos

progresistas. En su primera reunión, la liga decidió pedirle a Clarence Darrow que representara a Turner ante el Tribunal Supremo.

El paso siguiente que dio la liga fue organizar un mitin en Cooper Union. Los miembros de la Free Speech League eran en su mayoría profesionales muy ocupados. Recayó en mí la tarea de sugerir, dirigir y dar la lata a la gente hasta que prometiera su apoyo. Tuve que visitar numerosos sindicatos y en total reuní seiscientos dólares. Lo más difícil fue persuadir a Yanofsky, editor de *Der Freier Arbeiter Stimme*, que al principio se oponía a la apelación, de que incluyera nuestra publicidad en sus columnas. Poco a poco conseguí interesar a otras personas, la más activas de ellas Bolton Hall y su secretario, A. C. Pleydell, ambos incansables en su actividad en este caso.

Bolton Hall, a quien había conocido hacía algunos años, era una de las personalidades más encantadoras y corteses que mi buena fortuna me había llevado a conocer. Un libertario y georgista incondicional, se había liberado de su alta cuna en todo salvo en su elegante vestimenta. Su levita, su sombrero de copa, sus guantes y su bastón lo volvían una figura llamativa en nuestras filas, especialmente cuando visitaba a los sindicatos para hablar de Turner o cuando asistía a las reuniones del American Longshoremen‘s Union, sindicato del que era tesorero y agitador. Pero Bolton sabía en lo que se metía. Sostenía que nada impresionaba más a los obreros que su elegante vestimenta. Ante mis protestas replicaba: «¿No ves que es mi sombrero de copa lo que da importancia a mi discurso?».

El mitin de Cooper Union tuvo un éxito tremendo, los oradores representaban todos los matices de las opiniones políticas. Algunos se disculpaban por acudir en defensa de un anarquista, como congresistas y profesores de universidad no se podían permitir hablar tan claro como lo sentían. Otros, sin embargo, más audaces, fijaron el verdadero tono del mitin. Entre ellos estaban Bolton Hall, Ernest Crosby y Alexander Jonas. William Lloyd Garrison, Edward M. Shepard, Horace White, Carl Schurz y

el reverendo Thomas Hall enviaron cartas y telegramas que se leyeron durante el acto. Condenaban categóricamente aquella bárbara ley y los intentos por parte de Washington de destruir los principios fundamentales garantizados por la Declaración de Independencia y por la Constitución de Estados Unidos.

Yo me senté entre el público, muy satisfecha con los resultados de nuestro trabajo. Me hacía gracia pensar que la mayoría de la buena gente que ocupaba el estrado no sabían que habían sido Emma Goldman y sus camaradas anarquistas quienes habían organizado y costeado el mitin. Sin duda a alguno de los respetables liberales, esos que siempre ofrecían profusas disculpas por cada paso audaz que contemplaban dar, se le saldrían los ojos de las órbitas si supieran que los «salvajes anarquistas» tenían algo que ver con aquel asunto, pero yo no tenía remedio: no sentía el menor escrúpulo por haber conspirado para inducir a aquellos tímidos caballeros a expresarse libremente en un asunto tan vital.

En plena tensión de la campaña, me llamó el doctor E. B. Foote para atender un paciente. Yo había intentado varias veces con anterioridad conseguir que me diera trabajo, pero, aunque era un destacado librepensador, se había arrugado ante la idea de emplear a la peligrosa Emma Goldman. Desde la apelación de Turner nos habíamos visto mucho y quizá eso ayudó a hacerle cambiar de opinión. En cualquier caso, me pidió que me ocupara de uno de sus pacientes y la Nochevieja de 1904 me encontró junto a la cama de un hombre confiado a mis cuidados. El jolgorio de la calle a medianoche me trajo recuerdos de aquel día memorable, hacía un año, que había pasado con Max, Millie y Ed.

La obligación de cambiar cada dos por tres de casa se había convertido en un hábito y ya no me importaba. Esa vez alquilé parte de un piso en el 210 de la calle Trece Este. El resto del piso lo ocupaban Alexander Horr y su esposa, amigos míos. Estaba haciendo los preparativos para salir de gira. Yegor tenía trabajo fuera de la ciudad y Albert se iba a Francia. Que los

Horr me ofrecieran compartir el piso fue un gran alivio para mí. Poco imaginaba yo que iba a pasar diez años allí.

La Free Speech League me pidió que visitara una serie de ciudades para apoyar la lucha de John Turner y, además, había recibido dos invitaciones más: una de los obreros de la industria textil en Rochester y la otra de los mineros de Pennsylvania. Los sastres de Rochester habían tenido problemas con algunas empresas de ropa, entre ellas la de Garson y Meyer. Que me llamaran a hablar ante los esclavos asalariados del hombre que antaño explotó mi trabajo por dos dólares y medio a la semana me resultaba extrañamente significativo. Abracé la oportunidad que me permitía también visitar a mi familia.

En los últimos años me había acercado mucho a los míos, siendo Helena como siempre la más cercana. Siempre me quedaba con ella en mis visitas a Rochester y mi familia había aprendido a aceptarlo. Esa vez mi llegada fue la excusa para celebrar una reunión familiar. Pude así tratar más a mi hermano Herman y a su encantadora joven esposa, Rachel. Me enteré de que el chico que no podía memorizar sus lecciones en la escuela se había convertido en un experto mecánico, especializado en la construcción de intrincada maquinaria. Cuando se hizo tarde y el resto de la familia se retiró, me quedé con mi querida Helena. Siempre teníamos mucho que contarnos y nos separamos cuando rayaba el alba. Mi hermana me aseguró que podría dormir hasta tarde.

Apenas había cerrado los ojos cuando me despertó un mensajero con una carta. Eché primero un vistazo a la firma, aún medio dormida, y vi con sorpresa que firmaba «Garson». La leí varias veces para asegurarme de que no estaba soñando. Se sentía orgulloso de que una hija de su raza y de su ciudad hubiera alcanzado fama mundial, escribía, se alegraba de mi presencia en Rochester y consideraría un honor recibirme pronto en su oficina.

Le pasé la carta a Helena. «Léela», le dije, «y mira lo importante que se ha vuelto tu hermanita». Cuando acabó, me dijo: «¿Y qué vas a hacer?». Yo escribí en el reverso de la carta: «Señor Garson: cuando lo necesité acudí a usted. Ahora que parece que usted me necesita tendrá que acudir a mí». Mi angustiada hermana se preocupó por el resultado. ¿Qué podría querer y qué diría o haría yo? Le dije que no era difícil adivinar lo que quería el señor Garson, pero que yo pretendía, en cualquier caso, que me lo dijera en persona y en su presencia. Lo recibiría en la tienda de mi hermana y lo trataría «como haría una dama».

Por la tarde llegó el señor Garson en su carruaje. Hacía dieciocho años que no veía a mi antiguo patrono y, durante ese intervalo, apenas le había dedicado un pensamiento. Y aun así, en el momento en que entró, cada detalle de los terribles meses pasados en su taller regresaron tan vivos como si hubieran ocurrido la víspera. Volví a ver el taller y su lujosa oficina, con las rosas American Beauties en la mesa, el humo azulado de su puro trazando curvas fantasiosas y yo misma de pie, temblando, esperando a que el señor Garson se dignara percatarse de mi presencia. Lo visualicé todo de nuevo y volví a escucharle decir secamente: «¿Qué puedo hacer por ti?». Lo recordé todo, hasta el más mínimo detalle, mientras contemplaba al viejo de pie ante mí, con el sombrero de raso en la mano. El pensamiento de la injusticia y la humillación que sufrían sus obreros, su existencia vacía y dependiente, me sacudió. Apenas pude reprimir el impulso de echarlo de allí. Si mi vida hubiera dependido de ello, no le habría ofrecido una silla al señor Garson. Fue Helena quien lo hizo: más de lo que él había hecho por mí hacía dieciocho años.

Se sentó y me miró, esperando evidentemente que yo hablara primero. «Bien, señor Garson, ¿qué puedo hacer por usted?», pregunté finalmente. La expresión pareció hacerle recordar algo, pareció confundirle. «Pues nada en absoluto, mi querida señorita Goldman», replicó enseguida. «Solo quería tener una agradable charla con usted». «Muy bien», dije. Y esperé. Me dijo

que él había trabajado muy duro toda su vida, «como su padre, señorita Goldman». Había ahorrado penique a penique y así había reunido una pequeña cantidad. «Puede que no sepa lo difícil que es ahorrar», siguió, «pero pregunte a su padre. Él trabaja mucho, es un hombre honrado y toda la ciudad sabe que es así. No hay hombre en Rochester más respetado y con mayor crédito que su padre».

«Un momento, señor Garson», le interrumpí, «olvida algo. Olvida mencionar que usted ha ahorrado con la ayuda de otros. Pudo acumular penique a penique porque tenía hombres y mujeres que trabajaban para usted».

«Sí, por supuesto», dijo apologéticamente, «teníamos "manos" en nuestra fábrica, pero todos se ganaban bien la vida».

«¿Y todos pudieron abrir fábricas con sus ahorros, penique a penique?»

Él admitió que no había sido así, pero era porque eran todos ignorantes y despilfarradores. «Se refiere a que eran obreros honestos, como mi padre, ¿verdad?», continué. «Ha hablado en tales términos elogiosos de mi padre que seguramente no lo acusará de ser un derrochador, pero, aunque ha trabajado como un esclavo de galeras toda su vida, no ha acumulado nada y no ha podido montar una fábrica. ¿Por qué supone que mi padre y otros siguen siendo pobres mientras que usted prospera? Es porque no pensaron en añadir al producto de su trabajo el producto de otros diez, de cien o de varios cientos, como usted ha hecho. No es ahorrar peniques lo que enriquece a la gente, es el trabajo de sus "manos" y la explotación despiadada lo que ha creado su riqueza. Hace dieciocho años yo no lo sabía, la juventud era la responsable de mi ignorancia, pero cuando me presenté ante usted como una mendiga, pidiendo un aumento de un dólar y medio de mi paga, usted ya no tenía disculpa, señor Garson. No ahora, cuando la verdad de la relación entre el trabajo y el capital se grita desde los tejados».

Se quedó sentado mirándome. «¿Quién habría pensado que la chiquilla de mi taller se convertiría en una oradora así?», dijo finalmente. «¡Sin duda

usted no!», le contesté. «Ni yo lo habría conseguido si usted se hubiera salido con la suya, pero centrémonos en su petición de que visite su oficina. ¿Qué es lo que quiere?»

Empezó a hablar sobre los derechos que tenían los trabajadores: él había reconocido al sindicato y sus peticiones (cuando eran razonables) y había introducido muchas mejoras en el taller para beneficio de sus trabajadores, pero los tiempos eran difíciles y había sufrido muchas pérdidas. Bastaba con que los más gruñones de entre sus empleados entraran en razón, tuvieran paciencia un tiempo y llegaran a un acuerdo intermedio para que todo se arreglara amigablemente. «¿Podría exponer esto ante los hombres en su discurso?», sugirió, «¿y hacerles ver mi punto de vista? Su padre y yo somos grandes amigos, señorita Goldman, haría cualquier cosa por él si estuviera en un apuro, le prestaría dinero o le ayudaría de cualquier forma. Y, en cuanto a su brillante hija, ya le he escrito lo orgulloso que estoy de que sea de mi raza. Me gustaría demostrárselo mediante algún regalito. Señorita Goldman, es usted mujer, sin duda ama las cosas hermosas. Dígame qué le gustaría más».

Sus palabras no despertaron mi ira. Quizás porque de su carta ya esperaba una oferta así. Mi pobre hermana me miraba con sus ojos tristes y angustiados. Me levanté tranquilamente de mi silla, Garson hizo lo mismo y nos quedamos frente a frente. En su rostro arrugado lucía una sonrisa senil.

«Ha acudido a la persona equivocada, señor Garson», le dije. «No se puede comprar a Emma Goldman».

«¿Quién ha hablado de comprar?», exclamó. «Se equivoca, deje que me explique...»

«No hace falta», le interrumpí. «Cualquier explicación necesaria la daré yo esta noche ante sus obreros, que son quienes me han invitado a hablar. No tengo nada más que decirle. Por favor, váyase».

Salió de la habitación, sombrero de raso en la mano, seguido por Helena, que lo despidió en la puerta.

Tras sopesarlo mucho, decidí no mencionar su oferta ante el público. Me pareció que haría sombra al asunto principal, la lucha salarial, y que probablemente dificultaría un acuerdo favorable a los empleados. Además, no quería que los periódicos de Rochester metieran la zarpa en la noticia: aquello sería demasiado grano para sus molinos sedientos de escándalo, pero sí conté ante los obreros aquella noche la incursión de Garson en el terreno de la economía política, repitiendo la explicación que él daba del origen de su riqueza. El relato divirtió mucho al público y ese fue el único provecho que saqué de la visita de Garson.

Durante mi breve estancia en Rochester, tuve otra visitante mucho más interesante que el señor Garson: una periodista que se presentó como la señorita T. Vino a entrevistarme, pero después se quedó para contarme una historia importante. Era sobre Leon Czolgosz.

Había formado parte de la plantilla de un diario de Buffalo y le habían encargado cubrir la visita del presidente a la Exposición Universal. Estaba muy cerca de McKinley y contemplaba cómo la gente hacía cola para estrecharle la mano. En aquella procesión se fijó en un joven que avanzaba con los demás, con un pañuelo blanco envolviéndole una mano. Cuando llegó junto al presidente, alzó una pistola y disparó. Corrió el pánico y la multitud se dispersó en todas direcciones. Quienes se quedaron recogieron a McKinley y lo llevaron al Convention Hall; otros se abalanzaron sobre el asaltante y lo golpeaban mientras estaba postrado. De repente se oyó un grito horrible. Procedía del chico en el suelo. Un fornido negro se le había subido encima y estaba hundiendo sus uñas en los ojos del joven. Aquella escena propia de una pesadilla le puso enferma de horror. Se apresuró a llegar a la oficina de su periódico para escribir su crónica.

Cuando el editor leyó el artículo le informó de que toda la parte sobre el negro sacándole los ojos a Czolgosz había que eliminarla. «No es que el perro anarquista no se lo mereciera», señaló. «Yo mismo lo habría hecho,

pero necesitamos que la compasión de nuestros lectores se dirija al presidente, no a su asesino».

La señorita T. no era anarquista, de hecho, no conocía en absoluto nuestras ideas. Y estaba en contra del hombre que había atacado a McKinley, pero la escena que había presenciado y la brutalidad del editor la predispusieron a favor de Czolgosz. Trató repetidas veces de que le encargaran una entrevista con él en la cárcel, pero no tuvo éxito. Se enteró por otros reporteros de que a Czolgosz lo habían torturado y golpeado de tal manera que no podían mostrarlo. Estaba enfermo y temían que no llegara vivo al juicio. Poco tiempo después, le ordenaron cubrir el juicio.

La sala del tribunal estaba custodiada por un destacamento armado hasta los dientes y llena de curiosos, especialmente de mujeres bien vestidas. Se cortaba la tensión y el nerviosismo, todos los ojos fijos en la puerta por donde debía entrar el preso. De repente se produjo una conmoción en la muchedumbre. La puerta se abrió y un hombre joven, apoyado en los policías, entró arrastrándose en la sala. Estaba pálido y demacrado, su cabeza vendada, su rostro hinchado. Aquella imagen repelía hasta que uno se fijaba en los ojos: grandes, soñadores aquellos ojos, que escudriñaban la sala del tribunal buscando con una intensidad terrible algún rostro familiar. Después perdieron su atención y se volvieron brillantes, como si los iluminara alguna visión interior. «Los soñadores y los profetas tienen ojos así», continuó la señorita T. «Me avergonzó saber que no tenía valor para gritarle que no estaba solo, que yo era su amiga. A lo largo de días y días esos ojos me obsesionaron. Durante dos años no pude pisar las oficinas de un periódico, incluso ahora trabajo por libre. En cuanto pienso que un empleo regular podría suponer una experiencia similar, vuelvo a ver sus ojos». «Siempre he querido conocerte», añadió, «para contarte esto».

Estreché su mano en silencio, demasiado alterada como para hablar. Cuando dominé mi emoción, le dije que deseaba poder creer que Leon Czolgosz había sido consciente de que al menos había un espíritu amigo en

aquella sala plagada de lobos hambrientos. Lo que me contaba la señorita T. se correspondía con lo que yo había intuido y lo que había aprendido sobre Leon en 1902 cuando visité Cleveland. Había rastreado a sus padres, eran gente sombría, su padre endurecido por la labor, la madrastra con una mirada apagada y vacía. Su madre había muerto cuando él era un bebé; a los seis años lo habían mandado a la calle a limpiar zapatos y vender periódicos; si no aparecía con suficiente dinero en casa, lo castigaban y lo dejaban sin comer. Su desgraciada infancia lo había vuelto tímido y retraído. A los doce años empezó su vida en la fábrica. Se volvió un joven silencioso, absorto en los libros y distante. En casa lo llamaban «tarado», en el taller lo consideraban raro y «estirado». La única persona amable con él era su hermana, una fregona tímida y trabajadora. Cuando la vi, me dijo que había ido a Buffalo una vez para ver a Leon en la cárcel, pero que él le había pedido que no volviera más. «Sabía que soy pobre», dijo. «Los vecinos molestaban a nuestra familia y a padre lo echaron del trabajo, así que no volví», repetía, llorando.

Tal vez fuera mejor así, porque, ¿qué podría hacer la pobre criatura para ayudar al chico que había leído libros raros, que había soñado sueños raros, que había cometido una acción rara y que incluso había sido raro ante las puertas de la muerte? A la gente que se sale de lo normal, incluso a los que tienen una visión, se les ha considerado raros; pero suelen ser ellos los más sanos en un mundo de locura.

En Pennsylvania descubrí que las condiciones de los mineros desde el «acuerdo» de la huelga eran aún peores que en 1897, la última vez que había pasado por la región. Los hombres estaban más dominados e indefensos. Solo nuestros camaradas seguían alerta y aún más decididos después de la vergonzosa derrota de la huelga, propiciada por la traición de los líderes sindicales. Estaban trabajando media jornada y apenas ganaban lo suficiente para vivir, pero, de alguna forma, se las arreglaban para

contribuir a la propaganda. Era muy motivador cómo se consagraban a la causa.

En ese viaje hubo dos experiencias que destacaron. Una ocurrió dentro de una mina, la otra en la casa de un obrero. Como en mis visitas anteriores me llevaron a uno de los pozos para hablar con los hombres en la pausa de la comida. El capataz no estaba y los mineros querían escucharme. Me senté rodeada de un grupo de caras ennegrecidas. Durante mi charla me percaté de dos figuras abrazadas, un hombre vencido por la edad y un niño. Pregunté quiénes eran. «Es el abuelo Jones», me dijeron. «Tiene noventa años y ha trabajado en las minas setenta años. El niño es su bisnieto. Dice que tiene catorce años, pero todos sabemos que solo tiene ocho». Mi camarada lo decía tranquilamente. ¡Un hombre de noventa años y un niño de ocho trabajando diez horas al día en un pozo negro!

Tras el primer mitin, un minero me invitó a su casa a pasar la noche. La pequeña habitación que me asignaron ya tenía tres ocupantes: dos niños en un catre estrecho y una niña en una cama plegable. Yo iba a compartir la cama con ella. Los padres y el bebé dormían en la habitación contigua. Mi garganta estaba seca y el aire asfixiante de la habitación me hacía toser. La mujer me ofreció un vaso de leche caliente. Yo estaba cansada y somnolienta; la noche se llenaba con la respiración del hombre, el llanto lastimero del bebé y la cantinela monótona de la madre que trataba de calmarlo.

Por la mañana pregunté por el niño. ¿Estaba enfermo o hambriento para llorar tanto? Su leche era pobre y no era suficiente, me dijo la madre, lo alimentaban con biberón. Me asaltó una horrible sospecha. «¡Me diste la leche del bebé!», grité. La mujer trató de negarlo, pero podía ver en sus ojos que lo había adivinado. «¿Cómo pudiste hacer algo así?», la regañé. «El bebé había mamado y tú parecías tan cansada y tosías tanto, ¿qué otra cosa podía hacer?», dijo. A mí me consumía la vergüenza y me abrumaba y maravillaba el gran corazón que había bajo la pobreza y los harapos.

De vuelta en Nueva York tras la gira, me encontré un mensaje del doctor Hoffman pidiéndome que cuidara de nuevo a la señora Spenser. Solo podía ofrecer el turno de día porque mis noches las ocupaba la campaña de Turner. La paciente consintió al arreglo, pero, tras unas pocas semanas, me pidió que la cuidara también por la noche. Ella ya era mucho más que una paciente para mí, pero su entorno actual me resultaba repugnante. Una cosa era saber que vivía de los ingresos de un burdel y otra muy diferente tener que trabajar en una casa así. Por supuesto que el negocio de mi paciente se desarrollaba bajo el nombre respetable de un hotel Raines. Como toda legislación que busca eliminar el vicio, la Ley Raines solo había multiplicado aquello mismo que quería abolir. Liberaba a los hosteleros de las responsabilidades hacia sus huéspedes y aumentaba sus ingresos sobre la prostitución. Los clientes ya no tenían que acudir a la señora Spenser. Las mujeres se habían visto obligadas a ofrecerse en la calle. Bajo la lluvia y el frío, con salud o sin ella, las desgraciadas tenían que buscarse la vida y contentarse con cualquiera que consintiera en ir con ellas, por muy decrépito o asqueroso que pudiera ser. Además, sufrían la persecución policial y tenían que pagar el soborno al departamento de policía por su derecho a «trabajar» en algunas localidades. Cada distrito tenía su tarifa, según la cantidad que las chicas podían obtener de los hombres. En Broadway, por ejemplo, se untaba más que en el Bowery. El policía de turno se encargaba de que no hubiera competencia no autorizada. Cualquier chica que osara entrar en el territorio de otra era detenida y a menudo enviada al penal. Naturalmente las chicas se aferraban a su territorio y repelían la intrusión de cualquier colega que no «perteneciera» allí.

La nueva ley implicaba también determinados acuerdos entre los dueños de los hoteles Raines y las chicas de la calle: las chicas recibían un porcentaje sobre el alcohol que pudieran inducir a consumir a su cliente. Esa se convirtió en la fuente principal de ingresos desde que se abolieron los burdeles y se las echó a la calle. Tenían que aceptar lo que les propusiera

el hombre, especialmente porque él también pagaba la habitación del hotel. Para sacar algo más, tenía que beber mucho y así convencer a su cliente de que bebiera aún más. Ver a los hombres y a esas pobres esclavas entrar y salir del hotel de la señora Spenser durante toda la noche, cansadas, acosadas y generalmente borrachas, estar obligada a escuchar lo que ocurría, era más de lo que yo podía soportar. Además, el doctor Hoffman me había dicho que no había esperanzas de que la paciente se recuperara. El persistente consumo de las drogas había quebrado su voluntad y debilitado su poder de resistencia. Por mucho que lográramos apartarla de ellas, siempre volvería. Le comuniqué a mi paciente que tenía que marcharme. Se enfureció, me insultó con amargura y concluyó que, si no podía tenerme cuando ella quería, prefería que me marchara inmediatamente.

Necesitaba todas mis fuerzas para el trabajo público, entre el cual la campaña por John Turner era el más importante. Mientras su apelación estaba pendiente, los abogados consiguieron sacar a nuestro camarada bajo una fianza de cinco mil dólares. Inmediatamente emprendió una gira, visitando unas cuantas ciudades y pronunciando charlas ante numeroso público. Si no lo hubieran arrestado y amenazado con la deportación habría llegado a muy pocas personas, pero dado que la prensa dedicaba páginas y páginas a la Anarchist Exclusion Act y a John Turner, grandes masas tenían la oportunidad de escuchar una exposición lógica y convincente del anarquismo.

John había viajado a América con un permiso temporal de su sindicato. Estaba a punto de terminar y decidió regresar a Inglaterra sin esperar al veredicto del Tribunal Supremo. Cuando finalmente se produjo la decisión, resultó ser exactamente lo que esperábamos. Apuntalaba la constitucionalidad de la ley antianarquista y refrendaba la deportación de Turner. Sin embargo, la ridícula norma estaba destinada a fracasar: los camaradas europeos que deseaban venir a Estados Unidos no se sintieron ya

obligados a confiar sus ideas a los entrometidos del Departamento de Inmigración.

A partir de ese momento, le dediqué más tiempo a la propaganda en inglés, no solo porque quería llevar el pensamiento anarquista a la opinión pública estadounidense sino también para llamar la atención sobre los grandes temas europeos. De todos ellos, la lucha por la libertad en Rusia era de los más incomprendidos.

28

Durante varios años, los Friends of Russian Freedom, un grupo estadounidense, Stephen Hoye (Narrator), Audible Studios (Publisher), había estado haciendo un trabajo admirable para transmitir al país la naturaleza del absolutismo ruso. Ahora esa sociedad estaba inactiva y los esfuerzos espléndidos de la prensa radical *yiddish* se circunscribían por completo al East Side. La propaganda siniestra que hacían en Estados Unidos los representantes del zar, mediante la Iglesia rusa, el Consulado y el *Herald* de Nueva York, propiedad de James Gordon Bennett, circulaba en cambio por todas partes. Esas fuerzas combinadas describían al autócrata como un soñador de buen corazón que no era responsable de los males de su tierra, mientras que a los revolucionarios rusos se los denunciaba como los peores criminales. Sintiendo que comprendía mejor la mente de los estadounidenses, decidí emplear toda mi habilidad para defender la causa heroica de la Rusia revolucionaria.

Mis esfuerzos, junto con otras actividades en favor de Rusia, recibieron un apoyo considerable gracias a la llegada a Nueva York de dos rusos, miembros del Partido Socialista Revolucionario, Rosenbaum y Nikolaev. Llegaron sin aviso ni pompa alguna, pero cosecharon buenos resultados y allanaron el camino para la visita de muchos de los destacados líderes de la lucha libertaria rusa. Apenas unas semanas después de su llegada, Rosenbaum había logrado fundir a los elementos militantes del East Side en

una sección de su partido. Aunque era consciente de que ese partido no compartía nuestras ideas sobre una sociedad no gubernamental, me hice miembro del grupo. Lo que me atraía y lo que me impulsaba a ayudarlos, en su alumbramiento de la nueva sociedad, era su trabajo en Rusia. Nuestro ánimo mejoró mucho con la noticia de la próxima visita de Yekaterina Breshkovskaya, afectuosamente llamada Babushka, la Abuela de la Revolución rusa.

Quienes sabían algo de Rusia sabían que Breshkovskaya era una de las figuras más heroicas de aquel país. Su visita sería por tanto un acontecimiento de interés excepcional. No nos preocupaba su éxito con la población *yiddish*, su fama lo garantizaba, pero el público estadounidense no sabía nada de ella y sería difícil conseguir que se interesaran por ella.. Nikolaev, íntimo de Babushka, nos comunicó que ella había viajado a Estados Unidos no solo a recaudar fondos, sino también a despertar el sentimiento popular. Me visitó muy a menudo para debatir los métodos de cooperación con los Friends of Russian Freedom. George Kennan era quizás el único estadounidense que conocía a Babushka y que había escrito sobre ella; Lyman Abbott, del *Outlook*, también se interesó. Nikolaev sugirió que yo fuera a verlos. Yo me reí de esa ingenuidad suya que le hacía creer que Emma Goldman pudiera aproximarse a esa gente ultrarrespetable. «Si voy con mi verdadero nombre», le dije, «arruinaría las posibilidades de Breshkovskaya, y si voy con el nombre de Smith, no me recibirán en absoluto». Y entonces pensé en Alice Stone Blackwell.

En 1902 me había topado con algunas traducciones de poesía rusa de la señorita Blackwell y más tarde había leído sus artículos que simpatizaban con la lucha rusa. Le había escrito para expresarle mi admiración y, en su respuesta, ella me había pedido que le recomendara a alguien que pudiera traducir poesía judía a prosa inglesa. Así lo hice y después continuamos en contacto por carta. Escribí entonces a la señorita Blackwell sobre nuestros intentos de posicionar a los estadounidenses en favor de Rusia,

mencionando a Nikolaev, que podría darle información detallada sobre la situación real del país. La señorita Blackwell respondió inmediatamente. Llegaría pronto a Nueva York, escribía, me haría una visita y traería con ella al Honorable William Dudley Foulke, presidente de la Society of Friends of Russian Freedom, recientemente refundada.

Foulke era un partidario devoto de Roosevelt. «Al pobre le dará un infarto cuando descubra quién es la señorita Smith», le comenté a Nikolaev. No me preocupaba la señorita Blackwell. Originaria de la vieja Nueva Inglaterra, Blackwell era una defensora enérgica de la libertad. Ella conocía mi identidad, pero el hombre que enviara Roosevelt, ¿que pasaría cuando llegara? Nikolaev disipó con ligereza mis temores, diciendo que en Rusia los grandes revolucionarios siempre han trabajado con nombres falsos.

Poco tiempo después llegó Alice Stone Blackwell y, mientras tomábamos el té, llamaron a la puerta. Abrí para encontrarme con un hombre bajo y robusto, sin aliento después de subir los cinco pisos. «¿Es usted la señorita Smith?», jadeó. «Sí», respondí con descaro. «Usted es el señor Foulke, ¿verdad? Pase, por favor». El buen republicano rooseveltiano, en el piso de Emma Goldman, en el 210 de la calle Trece Este, bebiendo té y discutiendo las formas y maneras de socavar la autocracia rusa, sería sin duda una anécdota deliciosa para la prensa. Hice cuanto pude para que ningún periodista estuviera al tanto de aquel encuentro, la sesión conspiratoria transcurrió sin sobresaltos. Tanto la señorita Blackwell como el Honorable William D. Foulke quedaron muy impresionados por el relato de Nikolaev de las atrocidades cometidas en Rusia.

Algunas semanas más tarde, la señorita Blackwell me comunicó que se había creado en Nueva York una rama de los Friends of Russian Freedom, presidida por el reverendo Minot J. Savage y con el profesor Robert Erskine Ely como secretario, cuyo plan era hacer todo lo posible para presentar a *madame* Breshkovskaya ante la opinión pública estadounidense. Aquel fue un resultado rápido y gratificante de nuestra pequeña reunión. Pero ¡Ely! Lo

había conocido durante la visita de Piotr Kropotkin en 1901: parecía un hombre extremadamente tímido, siempre temeroso de que su conexión con el anarquismo arruinara su posición entre los patrocinadores de la League for Political Economy, que él presidía. Claro que Kropotkin era un anarquista, pero era también un príncipe y un científico, y había pronunciado conferencias en el Instituto Lowell. Yo sentía que para Ely el ser *príncipe* era el rasgo más importante de Kropotkin. Los británicos tienen su realeza y la adoran, pero algunos estadounidenses adoran la realeza porque les gustaría tenerla. No les parecía relevante que Kropotkin hubiera renunciado a su título cuando se unió a las filas revolucionarias. Mi querido Piotr se había quedado algo asombrado al descubrirlo. Recuerdo una anécdota que nos contó sobre su estancia en Chicago, cuando los camaradas habían organizado una visita con él a Waldheim para visitar las tumbas de Parsons, Spies y los otros mártires de Haymarket. Esa misma mañana un grupo de damas de la alta sociedad, lideradas por la señora Potter Palmer, lo invitó a almorzar. «Vendrá, príncipe, ¿verdad?», le rogaron. «Lo siento, señoras, pero tengo un compromiso previo con mis camaradas», se disculpó. «Oh, no, príncipe, ¡*debe* venir con nosotras!», insistió la señora Palmer. «Señora», replicó Peter, «puede quedarse con el príncipe y yo me voy con mis camaradas».

Mi impresión del profesor Ely me llevó a pensar que sería mejor para su paz interior, así como para su trabajo en favor de Babushka, que no se le revelara la identidad de E. G. Smith. De nuevo tuve que actuar a través de un intermediario, como en el caso de John Turner, quedándome en segundo plano. Si había que engañar a las almas timoratas no era una decisión mía; era su estrechez de miras lo que lo hacía necesario.

Cuando llegó Yekaterina Breshkovskaya, inmediatamente la rodeó un montón de gente, muchos de ellos movidos más por la curiosidad que por un genuino interés por Rusia. No quise hinchar el número, así que esperé. Nikolaev le había hablado de mí y ella pidió verme.

Las mujeres de la lucha revolucionaria rusa, Vera Zassulitch, Sophia Perovskaya, Jessie Helfman, Vera Figner y Yekaterina Breshkovskaya, habían sido mi inspiración desde la primera línea que había leído sobre sus vidas, pero nunca había conocido a ninguna de ellas en persona. Estaba muy emocionada e ilusionada cuando llegué a la casa en la que se alojaba Breshkovskaya. La encontré en un piso medio vacío, mal iluminado y con calefacción deficiente. Vestida de negro, estaba envuelta en un grueso chal, con un pañuelo negro sobre la cabeza que dejaba a la vista las puntas de su cabello rizado y gris. Componía un retrato de la mujer campesina rusa, con la excepción de sus grandes ojos grises, que expresaban sabiduría y comprensión, unos ojos jóvenes y vivaces para una mujer de sesenta y dos años. Diez minutos en su presencia me hicieron sentir como si la hubiera conocido toda la vida; su sencillez, la ternura de su voz y sus gestos tuvieron sobre mí el efecto balsámico de un día de primavera.

Su primera intervención pública en Nueva York tuvo lugar en Cooper Union y fue la demostración más motivadora que yo había visto en años. Babushka, quien nunca había tenido la ocasión de enfrentarse a un público tan amplio, estaba un poco nerviosa al principio, pero, cuando se recompuso, pronunció un discurso que levantó al público. Al día siguiente, los periódicos dedicaban elogios unánimes a la gran dama. Podían permitirse ser generosos con quien atacaba a la lejana Rusia en lugar de a su propio país, pero nosotros agradecimos la actitud de la prensa porque sabíamos que la publicidad aumentaría el interés por la causa que Babushka había ido a defender. Posteriormente habló en francés en el Sunrise Club ante la reunión más multitudinaria de la historia de ese local. Yo hice de intérprete, como lo hice también en la mayoría de las reuniones privadas que organizamos para ella. Una de estas tuvo lugar en el 210 de la calle Trece Este y acudió una multitud que desbordaba mi pisito. Ernest Crosby, Bolton Hall, los Coryell, Gilbert E. Roe y muchos miembros de la University Settlement estaban allí, entre ellos Phelps Stokes, Kellogg

Durland, Arthur Bullard y William English Walling, así como mujeres destacadas procedentes de las filas radicales. Lillian D. Wald, del Nurses' Settlement, respondió con entusiasmo: organizó una recepción para Babushka y consiguió interesar a mucha gente en la causa rusa.

A menudo, después de las reuniones nocturnas, Babushka se quedaba en mi piso a pasar la noche. Era increíble verla trepar los cinco pisos con una energía y una vivacidad que me avergonzaban. «Querida Babushka», le dije una vez, «¿cómo has sido capaz de mantenerte tan joven tras tantos años de prisión y exilio?» «¿Y cómo te mantienes joven tú, viviendo en este país materialista, que destroza el alma?», me replicó. Su largo exilio nunca la había estancado: la llegada de nuevos presos políticos que terminaban en el exilio la rejuvenecían. «Tuve mucho en lo que inspirarme y apoyarme», me dijo. «Pero ¿qué tienes tú en un país donde el idealismo se considera un delito, un rebelde es un maldito y el dinero el único dios?» No pude responder sino que era el ejemplo de los que nos habían precedido, entre ellos el suyo, y el ideal que habíamos escogido lo que nos daba fuerzas para continuar. Las horas con Babushka estuvieron entre lo más valioso y preciado de mis experiencias en la vida propagandística.

Nuestro trabajo agotador en favor de Rusia adquirió aún más resonancia por las noticias de la horrible tragedia del 22 de enero en San Petersburgo. Miles de personas, guiadas por el padre Gapon, reunidas ante el Palacio de Invierno para solicitar alivio al zar, habían sido brutalmente acribilladas, masacradas a sangre fría por los mercenarios del autócrata. Muchos estadounidenses progresistas habían marcado sus distancias con la visión de Babushka y, si bien estaban a homenajear su personalidad, su valor y su fortaleza, se mostraban escépticos sobre su descripción de las condiciones en Rusia. Aquello no podía ser tan terrible, defendían. La carnicería del Domingo Sangriento fue una prueba incontestable de la veracidad del retrato que había trazado Babushka. Incluso los tibios liberales no podían ya cerrar sus ojos ante la situación rusa.

En el baile del Año Nuevo ruso celebramos la llegada de 1905 formando un círculo dentro del cual Babushka bailaba el *kazatchok* con uno de los muchachos. Era un regalo para la vista ver a una mujer de sesenta y dos años, con el espíritu joven, las mejillas rubicundas y los ojos brillantes, girando a los sones de una danza popular rusa.

En enero, Babushka se marchó en una gira de conferencias y yo pude dedicarme a otros intereses y actividades. Mi querida Stella había venido desde Rochester a finales del otoño para vivir conmigo. Había sido su mayor sueño desde su primera infancia. Haberme librado por los pelos durante la histeria que se desató tras el asesinato de McKinley había hecho cambiar la actitud hacia mí de mi hermana Lena, la madre de Stella. La había vuelto más amable y afectuosa. Ya no me reprochaba el amor de Stella, porque aprendió a entender lo profunda que era mi preocupación por su niña. Los padres de Stella se dieron cuenta de que su hija tendría mejores oportunidades de desarrollo en Nueva York y de que estaría segura conmigo. Me moría de ganas de tener conmigo a mi sobrinilla, cuyo nacimiento había iluminado mi oscura juventud, pero, cuando llegó el momento tan largamente esperado, yo estaba demasiado ocupada con Babushka como para dedicarle tiempo a Stella. La anciana revolucionaria quedó prendada de mi sobrina y ella, a su vez, quedó hechizada por Babushka, pero ambas queríamos vernos más y ya que la revolucionaria «abuela» había partido, podíamos finalmente intimar.

Stella encontró pronto un empleo como secretaria de un juez que, sin duda, se habría muerto de miedo si hubiera sabido que era la sobrina de Emma Goldman. Yo volví a trabajar de enfermera, pero no pasó mucho tiempo hasta que Babushka regresó de su gira por el Oeste y una vez más tuve que dedicarle mi tiempo a ella y a su misión. Me dijo en secreto que necesitaba una persona de confianza para que metiera municiones de contrabando en Rusia. Pensé enseguida en Eric y le hablé del valor y la resistencia que había demostrado mientras cavaba el túnel de Sasha. La

impresionó especialmente el hecho de que Eric fuera un marino excelente y capaz de manejar una lancha. «Eso facilitará el transporte a través de Finlandia y despertará menos sospechas que si lo intentamos por tierra», me dijo. Puse a Babushka en contacto con Eric. Le produjo una impresión de lo más favorable. «Justo la persona que necesita el trabajo», dijo. «Tranquilo, valiente y hombre de acción». Cuando regresó a Nueva York, Eric la acompañó. Los preparativos para su marcha ya estaban listos. Me gustó volver a ver a nuestro jovial vikingo antes de partir en su peligroso viaje.

Antes de que se marchara la gran dama organizamos una fiesta de despedida en el 210 de la calle Trece Este a la que asistieron sus viejos amigos y los muchos amigos nuevos que la encantadora mujer había hecho. Fue el alma de la fiesta, contagiando a todos su espíritu grande y libre. No había nubes en el ceño de la abuela, aunque sabía, como todos nosotros, los peligros a los que se enfrentaría a su vuelta al corazón de la autocracia rusa.

Hasta que Babushka no salió del país, no me di cuenta de lo agotador que había sido ese mes. Estaba totalmente exhausta y me sentía incapaz de enfrentarme a mi trabajo de enfermera. Ya me había dado cuenta hacía algún tiempo de que no podía combinar el duro trabajo, la responsabilidad y la angustia que implicaba mi profesión con las actividades de propaganda. Había intentado que me asignaran casos de fisioterapia, pero me resultaban casi más agotadores que el cuidado. Le hablé de este atolladero a una de mis amigas estadounidenses, una mujer que se ganaba cómodamente la vida trabajando solo cinco horas al día en su propio local de manicura. Me sugirió que podía hacer como ella, pero haciendo masaje facial y del cuero cabelludo. Muchas mujeres profesionales lo requerían porque les relajaba y ella me recomendaría clientes. Me pareció absurdo meterme a hacer algo así, pero, cuando se lo comenté a Solotaroff, me dijo que era lo mejor que podía hacer para ganarme la vida, pues así tendría tiempo libre para el movimiento. Mi buen amigo Bolton Hall fue de la misma opinión e inmediatamente se ofreció a prestarme dinero para arreglar un local y

también prometió ser mi primer cliente. «Aun si no logras que me vuelva a salir el pelo», señaló, «así te retendré una hora mientras escuchas mis argumentos a favor del georgismo». Algunos de mis amigos rusos evaluaron la empresa desde otro punto de vista: un salón de masaje serviría, pensaron, como tapadera para el trabajo que teníamos que hacer para Rusia. Stella estaba a favor de la idea porque me aliviaría de las largas jornadas del trabajo de enfermera. Como resultado de todo aquello me puse a buscar un local, que encontré sin demasiadas dificultades en el piso superior de un edificio en la calle Diecisiete de Broadway. Era un local pequeño, pero tenía vistas sobre el East River y mucho aire y luz. Con un capital prestado de trescientos dólares y unas hermosas telas que me dejaron mis amigas, monté un bonito salón.

Pronto empezaron a llegar clientes. A finales de junio había ganado suficiente como para cubrir gastos y devolver parte de mi deuda. El trabajo era exigente, pero la mayor parte de la gente que venía a seguir un tratamiento era interesante, me conocían y no necesitaba ocultar mi identidad. Y, aún más importante, no tenía que trabajar en habitaciones ruidosas y atestadas y me libraba de la angustia que solía producirme la certeza sobre el desenlace de mis pacientes. Cada subida de temperatura de los enfermos a mi cargo me alarmaba y una muerte me alteraba durante semanas. En todos mis años como enfermera no había aprendido a distanciarme, a ser indiferente al dolor.

Durante los calurosos meses de verano muchos de mis clientes se marcharon al campo. Stella y yo decidimos que también necesitábamos vacaciones. En nuestra búsqueda de un buen destino, nos topamos con la isla de Hunter, en Pelham Bay, cerca de Nueva York, todo lo que podíamos desear, pero era propiedad municipal y no teníamos la menor idea de cómo conseguir el permiso necesario para plantar allí una tienda. Stella tuvo una buena idea: le preguntaría a su juez. Unos días más tarde volvió triunfante agitando un papel. «¿Y bien, cariño?», exclamó. «¿Sigues pensando que los

jueces no sirven para nada? ¡Aquí está el permiso para plantar una tienda en la isla de Hunter!»

Una amiga mía, Clara Felberg, junto con su hermana y su hermano, se unió a nosotras. Acabábamos de instalarnos en nuestra isla y empezábamos a gozar de su paz y su belleza cuando Clara regresó de Nueva York con la noticia de que la compañía teatral de Paul Orleneff vagaba sin rumbo por la ciudad. Los habían echado de su piso por no poder pagar el alquiler y no tenían medios de vida.

Pavel Nikolaievitch Orleneff y *madame* Nazimova habían llegado a América a principios de 1905, arrasando en el East Side con su magnífico montaje de *El pueblo elegido*, de Tchirikov. Se decía que un grupo de escritores y dramaturgos rusos había convencido a Orleneff para que sacara la obra al extranjero como protesta contra la oleada de pogromos que sacudía entonces Rusia. La compañía de Orleneff había llegado en el momento más intenso de nuestras actividades con Babushka, lo que me había impedido conocer a los actores rusos, pero había asistido a todas las representaciones. Con la excepción de Joseph Kainz, no conocía a nadie que se pudiera comparar con Pavel Orleneff y ni siquiera Kainz había creado algo tan impresionante como el Raskolnikov de Orleneff en *Crimen y castigo* o su Mitka Karamazov. Su arte, como el de Eleonora Duse, era dar vida a cada matiz de la emoción humana. Alla Nazimova estaba muy bien como Lía en *El pueblo elegido*, como también estaba bien en todos sus papeles. En lo que respecta al resto de la compañía, como actuación de conjunto, nunca se había visto nada igual en la escena estadounidense. Fue por tanto un disgusto enorme enterarse de que la compañía de Orleneff, que nos había dado tanto, estuviera a la deriva, sin amigos ni dinero. Podríamos plantar una tienda para Orleneff en nuestra isla, pensé, pero ¿cómo podríamos ayudar a los diez hombres? Clara prometió pedir algo de dinero prestado y en una semana toda la compañía estaba en la isla con nosotros. Era una gente variopinta, con una vida variopinta y nuestras esperanzas de

un verano relajado se fueron pronto por la borda. Durante el día, cuando Stella y yo teníamos que regresar al calor de la ciudad, nos lamentábamos de que la isla de Hunter hubiera dejado de ser un rincón recogido, pero por la noche, sentadas junto a nuestra inmensa hoguera, con Orleneff en el centro, guitarra en mano, acompañando suavemente su propio canto, con toda la compañía uniéndose en el estribillo, las tensiones alejándose mientras bullía el gran samovar, nuestros lamentos del día quedaban en el olvido. Rusia llenaba nuestras almas con el plañido de su aflicción.

La proximidad espiritual de Rusia me hacía recordar mucho a Sasha. Sabía cuán profundamente habría disfrutado de nuestras inspiradoras noches, lo que lo habrían conmovido y tranquilizado las canciones de nuestra tierra natal que amaba con tanta pasión. Corría el mes de julio de 1905. Hacía trece años me había abandonado para jugarse la vida por nuestra causa. Su calvario pronto terminaría, pero solo para continuar en otro lugar, aún tenía que cumplir un año de trabajos forzados. El juez, que había añadido ese año extra a la sentencia inhumana de veintiún años, hoy me parecía aún más bárbaro que aquel día de septiembre de 1892 cuando se había celebrado el juicio. Si no fuera por eso, Sasha estaría ya libre, fuera del alcance de sus carceleros.

Aliviaba algo mi dolor pensar que Sasha solo tendría que pasar siete meses en el penal, porque la ley de Pennsylvania le concedía un indulto de cinco meses en el último año, pero incluso ese consuelo iba a desaparecer pronto. Una carta de Sasha me comunicaba que, aunque tenía derecho legal a una reducción de cinco meses, se había enterado de que las autoridades del penal habían decidido considerarlo un «nuevo» preso y solo permitirle una reducción de dos meses, siempre que demostrara «buen» comportamiento. Iban a obligar a Sasha a apurar la amarga copa hasta la última gota.

Hacía unos meses, Sasha me había enviado a un amigo al que llamaba «Chum». Su nombre era John Martin, me enteré, y tenía inclinaciones

socialistas. Era un instructor civil en los talleres de tejido de la cárcel y había aceptado ese trabajo, no tanto por necesidad como para ayudar a los presos. Había sabido de Sasha poco después de entrar a trabajar en la Penitenciaría del Oeste. Desde entonces había estado muy cercano a él y había podido ayudarlo un poco. Yo sabía, por las cartas de Sasha, que el hombre asumía grandes riesgos para poder hacerles favores a él y a los demás.

John Martin cursó una nueva apelación ante la Junta de Indultos, para que descartara el año en trabajos forzados. No podía soportar pensar que Alex, como llamaba él a Sasha, tras tantos años en un infierno, tuviera que pasar por otro. Me conmovió mucho el hermoso espíritu de Martin, pero habíamos fracasado en los intentos previos para rescatar a Sasha y estaba segura de que no podríamos esperar éxito alguno. Además, yo sabía que él mismo no querría que lo intentáramos. Había soportado trece años y seguro que preferiría aguantar los diez meses restantes antes de tener que mendigar. Mi actitud quedó justificada por una carta de Sasha. No quería nada del enemigo, escribía.

La angustia atenazadora de los días que precedieron a su traslado terminó por fin. Dos días después recibí una última nota desde la penitenciaría. Decía:

> MI MÁS QUERIDA MUCHACHA,
>
> Es miércoles por la mañana, día 19, ¡por fin!
> *Geh stiller, meines Herzens Shlad*
> *Und schliesst euch alle meine alten wunden,*
> *denn dieses ist mein letzter Tag,*
> *Und dies sind seine leztzen Stunden!*[3]
> Mis últimos pensamientos dentro de estos muros son para ti,
> querida amiga, la Inmutable
>
> SASHA

Solo diez meses más hasta el 18 de mayo, el día glorioso de la liberación, el día de tu triunfo, Sasha, y del mío.

Cuando regresé al campamento aquella tarde, Orleneff fue el primero que notó mi emoción febril. «Parece inspirada, señorita Emma», gritó, «¿Qué cosa maravillosa le ha ocurrido?» Le hablé de Sasha, de su juventud en Rusia, su vida en América, su *Attentat* y sus largos años en prisión. «¡Un personaje de una gran tragedia!», exclamó Orleneff con entusiasmo. «Para interpretarlo, para hacer que el pueblo lo visualice. ¡Me encantaría interpretar ese papel!» Era un consuelo ver al gran artista transportado por la fuerza y la belleza del espíritu de Sasha.

Orleneff me pidió que lo ayudara a ponerse en contacto con mis amigos estadounidenses, que fuera su traductora y su representante. Como el genio que era, solo vivía para su arte, no sabía ni le preocupaba nada más. Bastaba observar cómo Orleneff se emborrachaba del papel que iba a interpretar para darse cuenta del artista tan grande que era. Cada matiz y sombra del personaje que iba a interpretar lo creaba de antemano, centímetro a centímetro, se obsesionaba durante semanas, hasta que asumía una forma completa y llena de vida. En su búsqueda de la perfección, era implacable consigo mismo y con su compañía en la misma medida. Más de una vez, en mitad de la noche, la obsesiva criatura me había sacado de mi sueño gritando y aullando en el exterior de mi tienda: «¡Lo tengo! ¡Lo tengo!». Medio dormida le preguntaba cuál era el gran hallazgo y este resultaba ser una nueva inflexión en el monólogo de Raskolnikov o un gesto significativo en la borrachera de Mitka Karamazov. Orleneff se inflamaba literalmente con la inspiración. Y, poco a poco, me lo comunicó a mí, haciendo que yo me dedicara a planificar cómo hacer que el mundo contemplara su arte tal y como se desplegaba ante mí en las semanas inolvidables de la isla de Hunter.

Durante algún tiempo poco pude hacer excepto ocuparme de Pavel Nikolaievitch y de sus numerosos invitados. Algunos periodistas de confianza que yo conocía entrevistaron a Orleneff sobre sus planes y, entre tanto, se empezó a trabajar en una sala de la calle Tres que se estaba

remodelando para convertirse en un teatro. Orleneff insistía en ir a la ciudad cada día para dirigir las obras, lo que provocaba disputas con el dueño por cada mínimo detalle. Pavel solo hablaba ruso y solo yo podía traducirle. Tenía que dividir mi tiempo entre mi local y el futuro teatro. Por la tarde regresaba a la isla, medio muerta por el calor y el cansancio, Orleneff con un ataque de nervios por los miles de pequeños disgustos para los que no estaba en absoluto preparado.

La abundancia de hiedra venenosa y las legiones de mosquitos de la isla de Hunter nos llevaron finalmente de vuelta a la ciudad. Solo se quedó allí la tropa de rudos campesinos actores, obligados a desafiar ambas plagas porque no tenían dónde ir. Después del Día del Trabajo, el número de mis clientes aumentó y comenzaron también los ensayos para las representaciones rusas, que implicaban un gran volumen de correspondencia y una visita personal a mis amigos estadounidenses. James Huneker, a quien no había visto desde hacía algunos años, prometió escribir sobre Orleneff y otros críticos también me prometieron su apoyo. Un grupo de ricos judíos, entre ellos el banquero Seligmann, contribuyó también a nuestra empresa.

Los miembros del Comité del East Side, de regreso del campo, se pudieron a trabajar en serio para cumplir con la promesa hecha a Orleneff. Hubo lecturas de obras en algunas de sus casas, especialmente en la de Solotaroff y en la del doctor Braslau, que también acogió a Orleneff en su casa. Los Braslau tenían una hija artista, Sophie, que había comenzado a prepararse para hacer carrera en la ópera, y entendían bien la psicología y el humor de su invitado. Tenían mucha paciencia con él y lo comprendían, mientras que otra gente del East Side hablaba de él en términos de dólares y centavos. Los Braslau eran encantadores, auténticas almas hospitalarias rusas: las veladas en su casa siempre me producían una sensación de libertad y liberación.

La prensa radical judía ayudó activamente con la publicidad. Abe Cahan, del diario socialista *Forward*, solía venir a las lecturas de las obras y escribió largo y tendido sobre el significado del arte de Orleneff. *Der Freie Arbeiter Stimme* y otros periódicos *yiddish* del East Side también le dieron bastante publicidad.

Las diversas actividades, incluyendo mi trabajo en el local y las conferencias, llenaban todo mi tiempo, pero no descuidaba a los amigos a los que les gustaba reunirse en mi apartamento. Entre mis muchos visitantes estaban M. Katz y Chaim Zhitlovsky. Katz tendría siempre un lugar especial en mi corazón: él y Solotaroff habían sido mis amigos más fieles durante el ostracismo que siguió a la disputa con Most y, más tarde, de nuevo, en la época de la histeria desatada tras la muerte de McKinley. De hecho, había estado mucho más próxima al querido Katz que a Solotaroff, tanto en nuestro trabajo como en reuniones sociales más íntimas.

Zhitlovsky había llegado a América con Babushka. Socialista revolucionario, era también un ardiente judaísta. Nunca se cansaba de recordarme que yo, como hija de Judea, debería dedicarme a la causa de los judíos. Yo le decía que ya me habían dicho antes lo mismo. Un joven científico que había conocido en Chicago, un amigo de Max Baginsky, me había pedido que me ocupara de la causa judía. Yo le repetía a Zhitlovsky lo que le había dicho al otro: que cuando tenía ocho años solía soñar que me convertía en una Judith y me veía a mí misma cortando la cabeza de Holofernes para vengar los agravios de mi pueblo, pero, desde entonces, había sido consciente de que la injusticia social no se reduce a mi propia raza y había decidido que había demasiadas cabezas para que las cortara una única Judith.

Nuestro círculo del 210 de la calle Trece Este aumentó con la llegada desde Chicago de Max, Millie y su niña de seis meses. La Iglesia y el Estado, defensores de la sagrada maternidad, se habían quitado la máscara en cuanto descubrieron que Millie había osado ser madre sin el permiso de

la autoridad competente. La obligaron a dejar su puesto de maestra en las escuelas de Chicago, donde había ejercido muchos años. Ocurrió en un momento desafortunado, porque Max había dejado la plantilla de *Der Arbeiter Zeitung*. El periódico, fundado por Albert Spies, había abandonado poco a poco su postura apolítica. Max había luchado durante años contra los políticos socialistas que trataban de convertir *Der Arbeiter Zeitung* en un medio cazavotos. Cuando ya no pudo soportar más el ambiente de enfrentamientos e intrigas, dimitió.

Max odiaba el espíritu deshumanizador de la ciudad y su aplastante monotonía. Echaba de menos la naturaleza y la tierra. Gracias a la generosidad de mi amigo Bolton Hall, pude ofrecer a Max y a su pequeña familia una casita en el campo, a tres millas y media de Ossining, que Bolton me había cedido cuando los caseros me echaban una y otra vez. «Nadie podrá echarte de aquí», me había dicho. «Puedes usarlo el resto de tu vida o puedes pagarme cuando encuentres una mina de oro». La casa era vieja y desvencijada y no tenía agua, pero su ruda belleza y su situación apartada y la vista increíble desde la colina compensaban lo que le faltaba en comodidad. Max, Millie y su bebé se instalaron en la granja con el permiso de Hall.

El número de mis pacientes aumentaba considerablemente, entre ellos mujeres que representaban catorce profesiones diferentes, además de hombres de todos los orígenes y oficios. La mayoría de las mujeres presumían de ser independientes y de estar emancipadas. En cierto sentido era así, puesto que se ganaban la vida, pero pagaban por ello con la supresión de los impulsos primarios de sus naturalezas: el temor a la opinión pública les negaba el amor y la camaradería. Era patético ver lo solas que estaban, su necesidad de afecto masculino y cómo anhelaban tener hijos. Si se carece del valor para decirle al mundo que se ocupe de sus asuntos, la emancipación de la mujer suele ser una tragedia mayor que la que hubiera sido el matrimonio tradicional. Habían logrado cierto grado de

independencia como para poder ganarse la vida, pero no habían alcanzado la independencia ni la libertad personales.

---

[3] «Late más despacio mi corazón y cierra tus heridas sangrantes, este es mi último día y estas sus horas menguantes». (*N. de la T.*)

29

Las noticias de la revolución rusa de octubre de 1905 eran electrizantes y nos llevaron al éxtasis. Los muchos y tremendos acontecimientos que habían ocurrido después de la masacre frente al Palacio de Invierno nos habían tenido, en la distante América, en un estado de constante tensión. Kalayev y Balmashov, miembros de la Organización de Lucha del Partido Social Revolucionario, se habían cobrado las vidas del gran duque Sergio y de Shipiaghin, en venganza por la carnicería del 22 de enero. A esas acciones las había seguido una huelga general a lo largo y ancho de Rusia en la que habían participado en gran medida todos los estratos de la sociedad. Incluso los seres humanos más vilipendiados y degradados, las prostitutas, habían hecho causa común con las masas y se habían unido a la huelga general. El fermento de la tierra sojuzgada por el zar por fin había levado: las fuerzas sociales subyugadas y el rampante sufrimiento del pueblo habían estallado y finalmente habían encontrado su expresión en la marea revolucionaria que barrió nuestra amada *Matushka Rossiya*. El East Side radical vivía en un delirio y pasaba casi todo su tiempo en mítines gigantescos y debatiendo sobre estos asuntos en los cafés, olvidando las diferencias políticas, unidos en íntima camaradería por los gloriosos acontecimientos que ocurrían en la patria.

En el momento álgido de estos acontecimientos, Orleneff y su compañía se presentaron en el pequeño teatro de la calle Tres. ¿A quién le importaba

que el lugar fuera feo, la acústica inenarrablemente mala, el escenario demasiado pequeño como para moverse por él, los decorados pintados atroces y el *atrezzo* incongruente, por proceder de préstamos de una docena de amigos? Estábamos colmados de la Rusia renacida, inspirados ante la idea de los grandes artistas que iban a describirnos los sueños de la vida. Cuando el telón se alzó por primera vez, una alegría triunfante estalló como un trueno desde el público hasta los actores sobre el escenario. Y los elevó a cumbres de expresión artística que superaban todo lo que habían hecho hasta ese momento.

El pequeño teatro se convirtió en el oasis del arte dramático en Nueva York. Cientos de estadounidenses asistieron a las representaciones y, aunque no entendían el idioma, se vieron arrastrados por la magia de la compañía de Orleneff. Los domingos por la noche eran las noches de los profesionales, el teatro se llenaba de directores teatrales y de hombres y mujeres de la escena. Ethel Barrymore y su hermano John, Grace George, Minni Maddern Fiske y Harrison Grey Fiske, su marido, Ben Greet, Margaret Anglin, Henry Miller y muchos más, además de todos los escritores y críticos de la ciudad, eran visitantes asiduos. «La señorita Smith», en tanto representante de Orleneff, los recibía, los llevaba a los camerinos para presentarles a su ídolo y traducía sus alabanzas, teniendo buen cuidado, sin embargo, de no expresar siempre correctamente sus respuestas.

En una ocasión, en una fiesta que un destacado director de teatro dio en honor de Orleneff y Nazimova tras la función, el anfitrión empezó a hacerle a Orleneff unas preguntas curiosas: «¿Por qué alzas la cabeza de esa forma tan rara cuando interpretas a Oswald, en tu primera escena? ¿No crees que sería más eficaz si cortaras el discurso de tal personaje en *Crimen y castigo*? ¿No sacarías más dinero si hicieras obras con final feliz?». Yo le transmití estas preguntas. «¡Di a ese hombre que es un imbécil!», gritó Orleneff, cejijunto. «Dile que debería ser deshollinador y no director teatral. ¡Dile

que se vaya al infierno!» Soltó una retahíla de juramentos en ruso demasiado especiada para el respetable oído anglosajón. Nazimova se quedó sentada, tensa, hablando en francés y fingiendo no oír, pero mirándome de reojo con unos ojos grandes y angustiados. Mi traducción del exabrupto de Orleneff fue bastante más «diplomática».

La revolución rusa había apenas comenzado a florecer cuando fue enterrada y ahogada en la sangre del heroico pueblo. El terror cosaco acechaba por todo el territorio, la tortura, la cárcel y los patíbulos hicieron su labor mortífera. Nuestras brillantes esperanzas se tornaron oscura desesperación. Todo el East Side sintió profundamente la tragedia de las masas aplastadas.

Las renovadas masacres de judíos en Rusia trajeron lágrimas y dolor a numerosos hogares judíos en Estados Unidos. En su amargura y decepción, incluso los rusos y judíos progresistas dieron la espalda a todo lo ruso, como resultado de lo cual el público del pequeño teatro empezó a menguar. Y entonces, desde las oscuridades de algún rincón viscoso, llegó en odiosos susurros el bulo de que Orleneff tenía en su compañía a miembros de los Cien Negros, el grupo organizado ruso que perseguía a los judíos. Se montó un verdadero boicot. Ninguna tienda, restaurante o café judío aceptó carteles o anuncios de las obras rusas. La prensa radical protestó con vehemencia contra estos rumores totalmente infundados, pero sin resultado. A Orleneff se le rompió el corazón con estas acusaciones maliciosas. Había puesto toda su alma en Nachman, el héroe de *El pueblo elegido*, y había así abogado por la causa rusa. Ahora se enfrentaba a la ruina, con acreedores acosándolo por todas partes y con las representaciones que apenas alcanzaban para pagar el alquiler.

Orleneff me había relatado una vez una *performance* que Beerbohm Tree había organizado en Londres para él y *madame* Nazimova. Había sido un acontecimiento brillante, al que habían asistido los hombres y las mujeres más distinguidos de la escena británica. Se me ocurrió que podríamos

probar algo similar en Nueva York. Ayudaría a recaudar el dinero que tan desesperadamente se necesitaba y, tal vez, a calmar las aguas turbulentas del East Side, pues yo sabía por experiencia de muchos años el efecto que tenía la opinión de los estadounidenses sobre los miembros inmigrantes de mi raza. Acompañé a Orleneff a ver a Arthur Hornblow, editor de *Theatre Magazine*, que había expresado repetidamente su admiración por la compañía rusa. El señor Hornblow sabía quién se ocultaba tras la señorita Smith y se había comportado exquisitamente ante esa peligrosa individua.

El señor Hornblow nos dio una bienvenida magnífica. Le gustó la idea de la representación y nos sugirió llamar a Harrison Grey Fiske, que tenía alquilado el Manhattan Theatre y era el representante de la exitosa señora Fiske. El señor Fiske se interesó inmediatamente, nos prestaría toda la ayuda que necesitáramos y también convencería a su esposa para que participara, pero no podía ofrecernos el teatro: lo había cerrado el departamento de vivienda y pronto lo derribarían. Una vez terminada la entrevista, el señor Hornblow nos pidió que lo esperáramos en el vestíbulo porque tenía que decir algo al señor Fiske en privado. Enseguida este último salió de su oficina y, poniéndome las manos sobre los hombros, me dijo: «Emma Goldman, ¿no te da vergüenza acudir a mí con un nombre falso? ¿No sabes que a la señora Fiske y a mí nos han denunciado como rebeldes y pendencieros porque presentamos obras modernas y nos negamos a inclinarnos ante el *trust* del teatro? ¡Señorita Smith, ya te vale! ¿Quién demonios es la señorita Smith? Quiero ver a Emma Goldman. ¡Y ahora chócala y no vuelvas a dudar de mí!».

Tuvimos más ayudas y y recibimos muchos ánimos desde otros puntos. Cuatro matinales en el Criterion Theatre y dos compromisos fuera de la ciudad (Boston durante una semana y Chicago durante una quincena) insuflaron nueva vida a la compañía rusa. Las matinales fueron posibles gracias a un grupo de mujeres estadounidenses, admiradoras de Orleneff,

las más activas de entre ellas Ethel Barrymore y dos mujeres de la alta sociedad, primas del presidente Roosevelt.

Los compromisos de Boston y Chicago requirieron una abultada correspondencia para materializarse. Cuando todo estaba preparado, Orleneff insistió en que yo acompañara a la compañía. En Boston fue el Twentieth Century Club quien hizo todo lo que estaba en su mano para ayudar a Orleneff y Nazimova. En las diversas recepciones que dieron en su honor, conocí al profesor Leo Wiener y a otros hombres de Harvard, a la señora Ole Bull, que trabajó mucho para que las representaciones tuvieran éxito, al señor Nathan Haskell Dole, el traductor de las obras rusas, al doctor Konilov y a muchos otros bostonianos eminentes.

Chicago resultó ser mucho más satisfactorio. Los grupos sociales de la ciudad apoyaron la empresa, incluyendo los radicales judíos y rusos, y se combinaron para llenar el Studebaker Theatre noche tras noche. A pesar de las numerosas citas sociales, me las arreglé para sacar tiempo para dar algunas charlas organizadas por mis camaradas. Mi «doble» vida habría escandalizado a más de un puritano, pero yo la llevaba con coraje. Me había acostumbrado a salir de la piel de la señorita Smith y entrar en la mía, pero en algunas ocasiones el procedimiento fallaba.

La primera vez fue cuando Orleneff y su primera actriz fueron invitados a la casa del barón von Schlippenbach, el cónsul de Rusia. Le dije a Orleneff que ni siquiera por él, que bajo ningún disfraz estaría Emma Goldman cómoda bajo el tejado de la persona que representaba al carnicero imperial ruso. En otra ocasión fue en relación con la Hull House. Yo había conocido a Jane Addams bajo el nombre de E. G. Smith en la oficina del Theatre Studebaker, cuando había ido a comprar las butacas. Había sido una transacción mercantil, en terreno neutral, que no había requerido que le aclarase nada sobre mi identidad, pero acudir a su santuario bajo un nombre falso, cuando se suponía que ella apoyaba las ideas sociales avanzadas, me parecía una ventaja injusta y me resultaba de mal gusto. Así que llamé a la

señorita Addams para decirle que la señorita Smith no podría acudir a la fiesta de Orleneff pero que iría Emma Goldman, si era bienvenida. Me pareció por el respingo que oí que la revelación quizás había sido algo brusca.

Cuando le relaté el incidente a Orleneff, se enfadó mucho. Sabía que Jane Addams había montado un gran jaleo durante la visita a Chicago de Kropotkin, que había adornado el lugar con obras campesinas rusas y que ella y sus empleadas habían vestido trajes campesinos rusos. ¿Cómo podría entonces tener objeciones conmigo?, se preguntaba. Yo le expliqué que Piotr, que odiaba cualquier tipo de despliegue, sin duda no tenía nada que ver con la rusialización de Hull House; además, la señorita Addams no sabía que yo fuera una princesa.

Hubo otras recepciones para mis rusos, una en la Universidad, otra en la casa de la señora L. C. Counley-Ward. Acudí a ambas con mi segunda identidad. La señora Ward vivía en una casa señorial frente al lago. A la fiesta acudió mucha gente, más curiosa que interesada. La anfitriona era una mujer nada pretenciosa y encantadora, pero fue su madre, una mujer de ochenta años, una dama dulce y de aspecto distinguido, quien se ganó mi corazón. Con enorme sencillez nos regaló un relato de sus hazañas en el movimiento abolicionista y en la labor pionera por la emancipación de la mujer. Su rostro encendido y sus ojos brillantes demostraban que aún conservaba el espíritu rebelde de su juventud y yo me sentía incómoda por haberme colado en su presencia con un nombre falso. Al día siguiente le escribí a ella y a su hija pidiéndoles perdón por mi engaño y explicándoles la razón que me obligaba a vivir y trabajar con un seudónimo. Ambas me respondieron unas bellas cartas en las que decían que habían comprendido que era Emma Goldman quien había honrado su casa. Durante algunos años seguimos en contacto.

Cuando regresamos a Nueva York, Orleneff me comunicó que, si era posible reunir un fondo, él desearía permanecer en América por varias

razones. Expuse la idea a alguna gente interesada por la compañía rusa. Como resultado de diversas reuniones se recaudaron dieciséis mil dólares y se pidieron más. Alguien sugirió que Orleneff estuviera representado por Charles Frohman. Orleneff se sintió insultado, nunca se sometería a un yugo tal en Rusia, declaró, así que mucho menos lo haría en Estados Unidos. Solo reconocía a una representante y esa era «la señorita Emma». Sabía que yo nunca trataría de interferir, como suele hacerlo un representante, en lo que iba a interpretar y en cómo iba a hacerlo.

Su decepción por la decisión del comité de cambiarle de representante y la decisión de *madame* Nazimova de quedarse en América y prepararse para subir a los escenarios en inglés tuvieron un efecto depresivo sobre Orleneff. Estaba tan empeñado en dejar el país que ni siquiera quiso continuar con la representación que habíamos planeado.

Durante el tiempo que trabajé con él, Orleneff me había pedido varias veces que aceptara un sueldo. Nunca había habido dinero suficiente en la caja para un dispendio así y él siempre insistía en que la compañía tenía que cobrar primero, aunque él y Nazimova se quedaran cortos. Lo poco que tenían se debía enteramente a los recursos de ella. Casi de la nada y con la ayuda de una criada rusa, Alla Nazimova se las arreglaba para hacer todo el vestuario, no solo el suyo, sino el de toda la compañía y así también los ricos y coloridos vestidos cortesanos de *Tsar Feodor*, pero, aunque las ganancias fueran mínimas, Orleneff quería que me quedara una parte. Yo me había negado porque hasta entonces me había estado ganando la vida y no podía soportar ser una carga adicional. Orleneff me preguntó una vez qué me gustaría hacer si tuviera dinero y yo le había contestado que querría publicar una revista que combinara mis ideas sociales con la obra de los jóvenes que perseveraban en las diversas formas artísticas en Estados Unidos. Max y yo habíamos hablado mucho de la necesidad de una empresa así. Había sido nuestro sueño largamente acariciado, pero hasta entonces sin posibilidades. Orleneff volvía a sacar el tema y yo le expuse mi plan. Me

ofreció hacer una representación especial y prometió hablar con Nazimova para que interpretara *La señorita Julia*, de Strindberg, un drama que ella siempre había querido hacer con él. A él no le motivaba el papel de Jean, pero dijo: «Has hecho tanto por mí, que pondré en escena la obra».

Enseguida Orleneff fijó una fecha definitiva para la representación. Alquilamos el Berkeley Theatre, imprimimos anuncios y entradas y, con la ayuda de Stella y de unos pocos camaradas jóvenes, nos pusimos a la tarea de llenar la sala. Al mismo tiempo organizamos una reunión en el 210 de la calle Trece Este, a la que invitamos a gente a la que sabíamos que le interesaría una revista como la que planeábamos: Edwin Björkman, el traductor de Strindberg, Ami Mali Hicks, Sadakichi Hartmann, John R. Coryell y algunos de nuestros camaradas. Cuando nuestros amigos se fueron aquella noche, la niña que esperábamos tenía un nombre: *The Open Road*, así como un montón de padrinos y mucha gente deseando contribuir a su cuidado.

Yo caminaba entre nubes. ¡Por fin mi trabajo preparatorio iba a tomar forma completa! La palabra hablada, que como mucho se queda flotando, ya no iba a ser más mi único medio de expresión, el estrado no sería el único lugar donde me sentiría como en casa. Tendríamos el pensamiento impreso, de efectos más duraderos, y un lugar donde los jóvenes idealistas del arte y la literatura pudieran expresarse. En *The Open Road* podrían hablar sin miedo a la censura. Todo aquel que quisiera romper los rígidos moldes, los prejuicios sociales y políticos y las exigencias de la estrecha moral tendría la ocasión de viajar con nosotros por *The Open Road*.

En mitad de los ensayos de *La señorita Julia,* una plaga de acreedores cayó sobre Orleneff. Lo arrestaron y cerraron el teatro y yo tuve que dejar de trabajar para encontrar fiadores y alguien que pagara su alquiler. Cuando se arreglaron las cosas y Orleneff salió de la cárcel, estaba demasiado afectado por la experiencia como para continuar los ensayos. Solo quedaban dos semanas para el estreno y yo sabía que él no subiría al escenario si no

estaba seguro de su papel. Para aliviar su tristeza, le sugerí que representara alguna otra obra que ya hubiera hecho. Pensamos en *Los espectros*, porque el personaje de Oswald era una de las más grandes creaciones de Orleneff. Desgraciadamente, el público teatral quiere ver la misma obra muchas veces. Cuando se anunció el cambio de programa, mucha gente pidió que le devolvieran el dinero. Querían ver *La señorita Julia* o nada. Aun así, habríamos tenido un beneficio sustancioso, si no fuera porque los dioses eligieron la noche de la representación para desencadenar un soberbio chaparrón. Los mil dólares o más que pensábamos recaudar se quedaron en doscientos cincuenta, un magro capital para iniciar una revista. Nuestra decepción fue enorme, pero nos negamos a que afectara a nuestro celo.

Teníamos suficiente para el primer número, que habíamos decidido lanzar en marzo, el mes histórico para la revolución. ¿Qué otra publicación independiente había comenzado nunca con más? Mientras tanto, habíamos enviado una llamada general a nuestros amigos. Entre las respuestas recibimos una de Colorado bajo el encabezamiento *The Open Road*. Nos amenazaba con denunciarnos por infringir derechos de autor. Pobre Walt Whitman, seguro que se revolvía en su tumba si supiera que alguien se había atrevido a patentar el título de su gran poema, pero no nos quedaba otra que bautizar a la niña con otro nombre. Los amigos enviaron sus sugerencias, pero ninguna expresaba lo que queríamos decir.

En una visita a la pequeña granja, un domingo, Max y yo dimos un paseo en carreta. Era a principios de febrero, pero el aire llevaba ya el perfume de la primavera. La tierra empezaba a liberarse de las garras del invierno y aparecían unas motas de verde aquí y allá, señal de que la vida germinaba en el vientre de la Madre Tierra. «Madre Tierra», pensé. «¡Así se llamará nuestra niña! ¡La que nutre al hombre, al hombre libre y que accede sin obstáculos a la tierra libre!» El título resonaba en mis oídos como un compás largo tiempo olvidado. Al día siguiente, volví a Nueva York y

preparé la copia del primer número de la revista. Salió el primero de marzo de 1906, con 64 páginas. Su nombre era *Mother Earth*.

Poco después, Paul Orleneff regresó a Rusia, dejando una parte de su ser en los corazones de todos a los que había alegrado con su genio. El teatro estadounidense, y lo que en ese país se consideraba arte dramático, me parecía, después de su marcha, vulgar y tópico, pero yo ya tenía nuevo trabajo que hacer, fascinante y absorbente.

Con *Mother Earth* impresa y enviada a nuestros suscriptores, dejé a una sustituta en mi local y, junto con Max, salí de gira. Tuvimos mucho público en Toronto, Cleveland y Buffalo. Era mi primera visita a esa ciudad después de 1901. La policía seguía obsesionada por los fantasmas de Czolgosz, se presentaron en gran número y exigieron que únicamente se hablara inglés. Eso impidió que Max se dirigiera al público, pero yo no dejé pasar la oportunidad de presentarle mis respetos a la policía. El segundo mitin, la noche siguiente, se interrumpió antes de que pudiéramos llegar a la sala.

Cuando aún estábamos en Buffalo, recibimos la noticia de la muerte de Johann Most. Había salido de gira y había fallecido en Cincinnati, luchando hasta el último aliento por su ideal. Max había querido a Most con devoción y se quedó paralizado por el golpe. En cuanto a mí, todos mis sentimientos tempranos por Hannes me perturbaban como si nunca hubiera tenido lugar el choque amargo que nos había separado. Todo lo que me había dado en los años en los que había sido mi maestro e inspirador se alzaba ante mí y me hacía darme cuenta del sinsentido de nuestra disputa. Mi propia larga lucha para encontrar mi rumbo, las desilusiones y decepciones que había experimentado, me habían vuelto menos dogmática en mis exigencias con las personas. Me habían ayudado a entender la vida dura y solitaria del rebelde que había luchado por una causa impopular. La amargura que hubiera podido sentir contra mi antiguo profesor había dado paso a una profunda simpatía mucho antes de su muerte.

Había intentado en distintas ocasiones hacerle ver mi transformación, pero su actitud inflexible me convenció de que en él no se había operado el cambio correspondiente. La primera vez que me acerqué a él, después de muchos años, había sido en 1903, en una recepción que le ofrecieron tras su liberación de su tercera condena en la isla de Blackwell. Su cabello había encanecido, pero su cara aún era rubicunda y en sus ojos azules ardía el viejo fuego. Nos chocamos cerca del estrado, él bajaba mientras yo subía a hablar. Sin la menor señal de reconocimiento, sin una palabra, se hizo a un lado para dejarme pasar. Más tarde lo vi rodeado de sus seguidores. Quise quedarme y cogerle la mano, como en los viejos tiempos, pero aún me miraba fríamente y aquello hizo que me fuera.

En 1904, Most interpretó a Baument en *Los tejedores*, de Hauptmann, en el Thalia Theatre. Fue una actuación soberbia que me hizo recordar todo lo que me contaba sobre su pasión por el teatro. ¡Qué diferente habría sido su vida si hubiera podido satisfacer ese anhelo! El reconocimiento y la gloria, en lugar del odio, la persecución y la cárcel.

De nuevo mis pasados sentimientos por Most treparon por mi corazón y acudí al camerino a decirle cuán espléndidamente había actuado. Aceptó mi elogio con la misma actitud que aceptaba los comentarios de la muchedumbre que lo rodeaba. Aparentemente yo no significaba más para él.

La última vez que lo había visto fue en el gran mitin en memoria de Louise Michel, que había muerto mientras conferenciaba en Marsella, en febrero de 1905. Su muerte había unido a todas las secciones revolucionarias de Nueva York en una manifestación en honor de la magnífica mujer. Junto con Catherine Breshkovskaya y Alexander Jonas, Most representaba a la vieja guardia que acudía a rendir homenaje a la rebelde y luchadora fallecida. Yo tenía que hablar después de Most. Estuvimos juntos en el estrado un momento. Fue la primera vez que se nos

veía juntos en público y el público mostró gran entusiasmo. Most se dio la vuelta sin saludarme y se fue sin volver a mirar hacia mí.

¡Y ahora el viejo guerrero había muerto! La tristeza me invadía al pensar en ese sufrimiento que lo había hecho tan cruel e inexorable.

Cuando Max y yo regresamos a Nueva York, supimos que se estaba organizando un mitin en memoria de Most, que tendría lugar en el Grand Central Palace. A ambos se nos invitó a hablar. Me comunicaron que algunos seguidores de Most, especialmente su esposa, habían protestado por mi inclusión, que consideraban «sacrílego» que Emma Goldman rindiera tributo a Johann Most. Yo no tenía ganas de entrometerme, pero los jóvenes camaradas en las filas alemanas, así como muchos anarquistas *yiddis*h, insistieron en que hablara.

La tarde señalada, el local estaba abarrotado, todas las organizaciones obreras alemanas y *yiddish* estaban representadas en la reunión. Había también mucha gente de nuestras propias filas, de todos los grupos anarquistas en lengua extranjera. Fue un momento impresionante y se demostró lo muy apreciado que era el genio y el espíritu de Johann Most. Yo hablé muy poco, pero después me dijeron que mi tributo a mi antiguo maestro había emocionado incluso a mis enemigos del grupo *Die Freiheit*.

30

El alquiler de mi local estaba a punto de expirar y, por algunos comentarios del conserje, deduje que no me lo renovarían. No me importó porque había decidido dejar de dar masajes. No podía atender todo el trabajo yo misma y no quería explotar a nadie. Además, *Mother Earth* requería todo mi tiempo. Los amigos que me habían ayudado a abrir el salón de belleza se indignaron por que lo dejara justo cuando empezaba a dar beneficios. Había pagado todas mis deudas y tenía un pequeño remanente. La experiencia ganada y la gente que había conocido allí tenían para mí mucho más valor que las ganancias materiales. Ahora me libraría de los disfraces y los pretextos. Y había otra cosa de la que tenía que liberarme: mi vida con Dan.

Las enormes diferencias de edad, de concepción y actitud ante la vida habían aflojado poco a poco nuestro vínculo. Dan era un joven universitario estadounidense normal. No compartíamos ni las ideas ni los valores sociales. Nuestra vida carecía del estímulo que proporciona la ayuda mutua y los fines compartidos. A medida que pasaba el tiempo, crecía la certeza de que nuestra relación no podía continuar. El final llegó bruscamente una noche en la que yo estaba muy dolida por los inacabables malentendidos. Cuando regresé a mi apartamento la tarde del día siguiente, Dan se había ido y con él se enterraron las esperanzas de afecto.

Ya era libre de dedicarme por completo a *Mother Earth*, pero aún más importante era el acontecimiento que se avecinaba, con el que había soñado durante catorce años: la liberación de Sasha.

Por fin llegó mayo de 1906. Solo quedaban dos semanas para la resurrección de Sasha. Yo me sentía cada vez más inquieta, me asaltaban pensamientos preocupantes. ¿Cómo sería reunirme de nuevo cara a cara con Sasha, su mano en la mía, sin un vigilante entre nosotros? Catorce años son mucho tiempo y nuestras vidas habían fluido por canales diferentes. ¿Y si se habían separado tanto que fuera imposible hacerlas converger de nuevo en la vida y la camaradería que habíamos construido antes de separarnos? Pensar en esa posibilidad me aterraba. Me zambullí en el trabajo para aplacar mi corazón sobresaltado: *Mother Earth*, organizar una corta gira, preparar conferencias. Mi plan era estar en la puerta de la cárcel cuando liberaran a Sasha, pero una carta suya pedía que nos reuniéramos en Detroit. No podría soportar verme en presencia de detectives, periodistas y una muchedumbre curiosa, me escribía. Fue una decepción amarga tener que esperar más de lo que había pensado, pero sabía que su objeción estaba justificada.

Carl Nold vivía ahora con una mujer en Detroit. Residían en una casita con un jardín, alejada del ruido y la confusión de la ciudad. Sasha podría descansar tranquilamente allí. Carl había compartido la suerte de Sasha bajo el techo de la misma prisión y había sido uno de sus amigos más fieles. Era justo que pudiera compartir conmigo ese gran momento.

Buffalo, Toronto, Montreal, reuniones, gente, atravesé todo como en una nube, consciente únicamente de una idea fija: el 18 de mayo, la fecha de la liberación de Sasha. Llegué a Detroit a primera hora de la mañana de ese día, con la visión de Sasha revolviéndose impaciente en su celda antes de su final. Carl se reunió conmigo en la estación. Había organizado una recepción pública y una reunión para Sasha, me comunicó. Yo escuchaba confusa, mirando una y otra vez el reloj que anunciaba los últimos minutos

de prisión de mi muchacho. A mediodía llegó un telegrama de los amigos de Pittsburgh: «Libre y de camino a Detroit». Carl agarró el telegrama, lo agitó con frenesí y gritó: «¡Está libre! ¡Libre!». Yo no podía compartir su alegría, me asfixiaban las dudas. ¡Que llegara ya la noche y pudiera ver a Sasha con mis propios ojos!

Muy tensa, me quedé en la estación, apoyada en una columna. Carl y sus amigos se quedaron cerca, hablando. Sus voces sonaban remotas, sus cuerpos se veían borrosos y apagados. Desde lo más profundo de mí regresaba el pasado. Era el 10 de julio de 1892 y me vi en la estación de Baltimore y Ohio, en el estribo de un tren en movimiento, colgándome de Sasha. El tren empezó a acelerar, yo salté y seguí corriendo tras él, con las manos tendidas, gritando frenéticamente: «¡Sasha! ¡Sasha!».

Alguien me tiraba de la manga, unas voces me llamaban: «¡Emma! ¡Emma! Ha llegado el tren. Vamos a la puerta!». Carl y su chica corrieron los primeros y yo también quería correr, pero mis piernas estaban entumecidas. Me quedé clavada al suelo, aferrada a la columna, el corazón latiendo con violencia.

Regresaron mis amigos con un extraño caminando entre ellos con un paso vacilante. «¡Es Sasha!», gritó Carl. Ese hombre de aspecto desconocido era Sasha, me dije. Su cara de una palidez mortal, los ojos tapados por unas enormes y poco favorecedoras gafas, su enorme sombrero demasiado calado en la cabeza, con un aspecto patético, extraviado. Sentí su mirada sobre mí y vi su mano extendida. Me invadió el terror y la piedad y un irresistible deseo de apretarlo contra mi pecho. Le di las rosas que había llevado para poder estrecharlo fuerte entre mis brazos y junté mis labios con los suyos. Las palabras de amor y nostalgia quemaban en mi cerebro, pero no fueron pronunciadas. Me aferré a su brazo mientras caminábamos en silencio.

Al llegar al restaurante, Carl encargó comida y vino. Bebimos a la salud de Sasha. Él se quedó sentado, con el sombrero puesto, una mirada

alucinada. Una o dos veces sonrió, una mueca dolorosa y sin alegría. Cogí su sombrero. Él se encogió avergonzado, miró a su alrededor furtivamente y, en silencio, volvió a ponerse el sombrero. ¡Su cabeza estaba afeitada! Mis ojos se inundaron de lágrimas; habían añadido un último insulto a los años de crueldad: le habían afeitado la cabeza y vestido con ropa horrible para hacerlo más consciente de su diferencia con el mundo exterior. Me tragué las lágrimas y me impuse un tono jovial, estrechando su mano pálida y transparente.

Finalmente Sasha y yo nos quedamos a solas en la habitación de invitados de la casa de Carl. Nos miramos el uno a otro como niños perdidos en la oscuridad. Nos sentamos juntos, cogidos de las manos, y yo hablé de cosas insustanciales, incapaz de dejar salir lo que inundaba mi corazón. Totalmente agotada me metí en la cama. Sasha, encogido, se tumbó en el sofá. La habitación estaba oscura, solo el resplandor del cigarrillo de Sasha agujereaba de tanto en tanto la negrura. Me sentía sofocada y helada al mismo tiempo. Y entonces oí a Sasha que, tanteando, se acercaba y me tocaba con manos temblorosas.

Nos tumbamos abrazados pero separados por nuestros pensamientos, nuestros corazones latiendo en el silencio de la noche. Trató de decir algo, se recompuso, respiró profundamente y finalmente estalló en sollozos amargos que en vano intentaba reprimir. Lo dejé solo, esperando que su espíritu torturado pudiera encontrar la calma en la tormenta que lo sacudía hasta sus raíces. Poco a poco se fue calmando y dijo que quería salir a dar un paseo, que las paredes lo aplastaban. Lo oí cerrar la puerta y me quedé sola con mi dolor. Supe con una certeza terrible que la lucha por la liberación de Sasha solo acababa de empezar.

Me desperté con la sensación de que Sasha necesitaba salir a alguna parte, solo, a un lugar tranquilo, pero se habían organizado reuniones y fiestas en Detroit, Chicago, Milwaukee y Nueva York. Los camaradas querían conocerlo o volver a verlo. Especialmente los jóvenes clamaban por

apoyar al hombre que había estado catorce años enterrado por un *attentat*. A mí me mataba la angustia por él, pero no habría salida, sentía, hasta que se acabaran los actos organizados. Entonces podría instalarse en la granjita y tal vez encontrar lentamente su camino de vuelta a la vida.

Los periódicos de Detroit cubrieron nuestra visita con Carl y, antes de que dejáramos la ciudad, incluso me habían casado con Alexander Berkman y nos mandaban de luna de miel. En Chicago los reporteros nos seguían la pista constantemente y los mítines estaban custodiados por mucha policía. La recepción en Grand Central Palace de Nueva York empequeñeció a Sasha por su enorme tamaño y por el intenso entusiasmo del público. Pero ahora terminaban nuestras penas y nos fuimos a la granjita de Ossining. A Sasha le gustó, adoraba su salvajismo, su tranquilidad y su apartada ubicación. Y a mí me invadió una nueva esperanza por él y por su liberación de las garras de la sombra de la cárcel.

Después de estar crónicamente hambriento durante años, comenzó a comer con avidez. La cantidad de comida que podía digerir era extraordinaria, especialmente sus platos judíos favoritos, de los que había estado privado tanto tiempo. Para él no era nada prolongar una comida suculenta con una docena de *blintzes* (una especie de tortita judía rellena de queso o carne) o un inmenso pastel de manzana. Yo cocinaba y horneaba, feliz con que disfrutara de la comida. La mayoría de mis amigos solía elogiar mi arte culinario, pero nadie le hizo nunca tanta justicia como mi pobre y famélico Sasha.

Nuestro idilio campestre duró poco. Los negros fantasmas del pasado volvían a perseguir a su víctima, lo sacaban de la casa y robaban su paz. Sasha vagaba por los bosques o pasaba horas tumbado en el suelo, silencioso y apático.

La tranquilidad del campo aumentaba su torbellino interior, me dijo. No podía soportarlo, tenía que regresar a la ciudad. Tenía que buscar un trabajo que ocupara su mente o se volvería loco. Y tenía que ganarse la vida, no

quería que lo mantuvieran las colectas. Ya había rechazado quinientos dólares que los camaradas habían reunido para él y había repartido el dinero entre varias publicaciones anarquistas. Había otra cosa que lo atormentaba: el recuerdo de sus desgraciados camaradas de tantos años. ¿Cómo podía disfrutar de la paz y las comodidades, sabiendo que a ellos les faltaba? Se había jurado ser la voz de su causa y denunciar los horrores que acontecían dentro de los muros de las prisiones. Y él no hacía otra cosa que comer, dormir y vagar. No podía seguir así, decía.

Entendía su sufrimiento y mi corazón sangraba por mi amigo, tan atado al pasado. Volvimos al 210 de la calle Trece Este y allí la lucha se hizo más intensa, la lucha por adaptarse a la vida. Con su menguada condición física, Sasha no podía encontrar ningún trabajo y el ambiente que me rodeaba se le hacía extraño y ajeno. Con el paso de las semanas y los meses, su tristeza aumentaba. Cuando estábamos solos en el piso o en compañía de Max, respiraba algo más libre y no le sentaban mal las visitas frecuentes de Becky Edelson, una joven camarada. Todos mis demás amigos lo irritaban y lo perturbaban; no podía soportar su presencia y siempre buscaba algún pretexto para marcharse. Solía regresar cuando ya había amanecido. Yo oía sus pasos cansados dirigirse a su cuarto, lo escuchaba tirarse vestido sobre la cama y caer en un sueño que no le descansaba, siempre interrumpido por pesadillas terribles de su vida en prisión. Una y otra vez se despertaba entre gritos de temor que me helaban la sangre. Noches enteras pateaba yo la casa con el corazón angustiado, devanándome los sesos para encontrar la forma de ayudar a Sasha a recuperar el camino de su vida.

Se me ocurrió que una gira de conferencias podría ser un principio. Lo permitiría liberarse del peso de su mente, de la cárcel y su brutalidad y lo ayudaría quizás a readaptarse a una vida de entrega que él por entonces identificaba como mía. Podría devolverle la fe en sí mismo. Convencí a Sasha para que contactara con los nuestros en varias ciudades. Pronto tuvo muchas solicitudes de charlas. Casi inmediatamente se produjo un cambio:

más tranquilo y menos triste, se relacionaba más con los amigos que me visitaban e incluso mostró interés en los preparativos del número de octubre de *Mother Earth*.

Ese número iba a incluir artículos sobre Leon Czolgosz, en recuerdo del quinto aniversario de su muerte. Sasha y Max estaban muy a favor de dedicarle un número íntegro, pero otros camaradas lo rebatían diciendo que cualquier cosa sobre Czolgosz perjudicaría tanto a la causa como a la revista. Incluso amenazaron con retirar su apoyo material. Yo me había jurado, cuando comencé *Mother Earth*, que nunca permitiría a nadie, individuo o grupo, que dictara su política: la oposición ahora me decidía mucho más a seguir con el plan de dedicar el número de octubre a Czolgosz.

En cuanto la revista estuvo en imprenta, Sasha comenzó su gira. Sus primeras paradas eran en Albany, Syracuse y Pittsburgh. Yo odiaba la idea de que regresara a aquella temible ciudad tan pronto, especialmente porque sabía que, según las cláusulas de la ley de conmutación de Pennsylvania, Sasha seguía a merced de las autoridades de ese estado otro año más, periodo durante el cual tenían derecho legal a detenerlo en cualquier momento por el delito más mínimo y devolverlo a la penitenciaría para que completara su condena completa de veintidós años. Sin embargo, Sasha estaba decidido a dar una charla en Pittsburgh y yo me aferré a la débil esperanza de que hablar en esa ciudad lo liberara de sus pesadillas nocturnas. Sentí un gran alivio cuando mandó un telegrama diciendo que la reunión de Pittsburgh había sido un éxito y que todo había salido bien.

Su siguiente parada fue Cleveland. El día después de su primer mitin en esa ciudad recibí un telegrama informándome de que Sasha había salido de la casa del camarada con el que había pasado la noche y que aún no había regresado. No me preocupó mucho, sabiendo cómo odiaba el pobre hombre el contacto con la gente. Habrá decidido ir a un hotel para estar a solas, pensé, y sin duda se presentará para la conferencia de esa tarde, pero a

medianoche otro telegrama me notificaba que no había asistido al mitin y que los camaradas estaban preocupados. Yo también me alarmé y telegrafié a Carl en Detroit, que era la siguiente ciudad en la gira de Sasha. No podía recibir respuesta ese mismo día y la noche, llena de negros presagios, parecía no acabar nunca. A la mañana siguiente, los periódicos lucían grandes titulares sobre la «desaparición de Alexander Berkman, el anarquista recientemente liberado».

El golpe me desconcertó. Al principio estaba demasiado paralizada como para hacerme una idea de lo que le podría haber ocurrido. Finalmente se me presentaron dos posibilidades: que las autoridades de Pittsburgh lo hubieran secuestrado o, más posible y terrible, que se hubiera suicidado. Me atormentaba no haber podido convencerlo de no ir a Pittsburgh, pero, aún preocupada por haber corrido ese peligro, el peor temor persistía en mi cerebro, el pensamiento del suicidio. Sasha había estado en los estertores de tal depresión que repetía que no quería vivir, que la prisión lo había inutilizado para la vida. Mi corazón se rebelaba en una protesta apasionada contra las crueles fuerzas que lo llevaban a abandonarme justo cuando acababa de regresar. Me atormentaban amargos remordimientos por haberle sugerido la gira de conferencias.

Durante tres días y tres noches, nosotros en Nueva York y nuestra gente en todas las ciudades, buscamos a Sasha en comisarías, hospitales y depósitos de cadáveres, sin resultado. Llegaron telegramas de Kropotkin y otros anarquistas europeos interesándose por él y la gente asediaba mi piso. Yo estaba a punto de enloquecer por la incertidumbre, pero no me atrevía a afirmar que Sasha hubiera dado el paso fatal.

Tenía que ir a Elizabeth, Nueva Jersey, para dirigirme a una asamblea. La experiencia me había enseñado a no exhibir la alegría o la tristeza ante la mirada ociosa de la plaza del mercado, pero ¿cómo esconder lo que me obsesionaba? Yo ya me había comprometido hacía semanas y tenía que ir. Max me acompañaba. Ya había comprado los billetes y estábamos casi en el

arranque del andén. De repente me invadió la sensación de una calamidad inminente. Me paré en redondo. «¡Max!, ¡Max!», grité, «¡No puedo ir! ¡Hay algo que me hace volver a casa!» Él lo entendió y me animó a regresar. No pasaba nada, me aseguró. Él excusaría mi ausencia y hablaría en mi lugar. Le estreché la mano rápidamente y corrí para coger el primer *ferry* de regreso a Nueva York.

En la calle Trece, al lado de la Tercera Avenida, vi a Becky que corría hacia mí agitando emocionada una tira amarilla de papel. «Te he estado buscando por todas partes!», gritó. «¡Sasha está vivo! ¡Te espera en la oficina de telégrafos de la calle Catorce!» Mi corazón dio un vuelco. Agarré el papel. Decía: «Ven. Te espero aquí». Corrí a toda velocidad hasta la calle Catorce. Cuando entré en la oficina, me di de bruces con Sasha. Estaba apoyado en la pared, con una bolsita en la mano.

«¡Sasha!» grité. «Cariño, ¡al fin!» Ante el sonido de mi voz se recompuso, como si saliera de un sueño espeluznante. Sus labios se movían pero permanecía en silencio. Solo sus ojos hablaban de su sufrimiento y su desesperación. Le cogí del brazo y lo calmé, su cuerpo temblaba como si estuviera helado. Casi habíamos llegado al 210 de la calle Trece este cuando gritó de repente. «¡Aquí no! ¡Aquí no! No puedo ver a nadie en tu casa». Durante un momento no supe qué hacer. Después cogí un taxi y le dije al chófer que fuera al hotel Park Avenue.

Era la hora de la cena y el vestíbulo estaba lleno de huéspedes, todos vestidos de etiqueta. La conversación y las risas se mezclaban con las ráfagas de música procedentes del comedor. Cuando estuvimos solos en una habitación, Sasha se mareó y tuve que ayudarle a tenderse en el sofá, donde cayó como un bulto. Pedí whisky y caldo caliente por teléfono. Bebió con avidez y me dijo con un gesto que le entonaba. No había comido en tres días, tampoco se había cambiado de ropa. Le preparé un baño y, mientras lo ayudaba a desvestirse, mi mano tropezó con un objeto metálico. Era un revólver que trataba de ocultar en el bolsillo del pantalón.

Tras el baño y después de otra bebida caliente, Sasha pudo hablarme. En cuanto salió de Nueva York, se arrepintió de haber aceptado aquella gira que entonces le pareció odiosa, me dijo.. Cuando se acercaba el momento de dar la charla le entraba el pánico y un deseo irreprimible de escaparse. No había ido mucha gente a los mítines y los ánimos estaban flojos. Las casas de los camaradas en las que se había quedado estaban atestadas y no tenía un rincón solo para él. Aún más terrible había sido el flujo constante de gente, las preguntas incesantes. Aun así había perseverado. Pittsburgh había aligerado un poco su pesadumbre: la presencia de una horda de detectives, policías y funcionarios de prisiones le había levantado el espíritu de lucha y le había sacado del ensimismamiento, pero Cleveland había sido una experiencia horrible desde el momento de su llegada. Nadie había ido a buscarlo a la estación y se había pasado el día tratando de localizar a los camaradas. El público aquella noche era escaso e inerte y tras la charla sufrió un larguísimo trayecto en carro hasta la granja del camarada que sería su anfitrión. Agotado y enfermo, cayó en un sueño profundo. Se despertó en mitad de la noche y le horrorizó encontrar a un hombre desconocido roncando a su lado. Los años de soledad de la cárcel habían hecho que la proximidad humana le resultara una tortura. Se precipitó fuera de la casa, hacia el camino rural, para buscar un escondrijo donde estar a solas, pero la paz no venía, tampoco encontraba alivio al sentimiento de que no estaba preparado para vivir. Decidió terminar con todo.

Por la mañana caminó hasta la ciudad y compró un revólver. Decidió ir a Buffalo. Nadie lo conocía allí, nadie lo descubriría vivo ni reclamaría su cadáver. Vagó por la ciudad todo el día y toda la noche, pero Nueva York lo atraía con una fuerza irresistible. Finalmente regresó a Nueva York y pasó dos días con sus noches rondando el 210 de la calle Trece Este. Sentía un terror constante de encontrarse a alguien pero a la vez no podía apartarse. Cada vez que regresaba a su escuálida habitación del Bowery sacaba el revólver para hacer el gesto final. Se fue a un parque cercano, resuelto a

terminar. La vista de los niños jugando trasladó su mente al pasado y a la «marinerita». «Y entonces supe que no podía morir sin verte de nuevo», concluyó.

Su relato me mantuvo en vilo, incapaz y temerosa de romper el hilo. El conflicto interior de Sasha era tan impresionante que mi propia angustia durante aquellos tres días no era nada. Una ternura infinita me invadió por el hombre que ya había muerto mil muertes y que otra vez trataba de escapar de la vida. Me poseyó un ardiente deseo de derrotar a las fuerzas ominosas que perseguían a mi desgraciado amigo.

Le tendí la mano y le rogué que viniera a casa conmigo. «Solo está Stella allí, amor», le supliqué, «y me encargaré de que nadie se entrometa». En el piso estaban Stella, Max y Becky esperando con ansiedad nuestro regreso. Conduje a Sasha por el pasillo y lo metí en la cama. Se quedó dormido como un niño agotado.

Sasha se quedó en la cama varios días, dormido la mayor parte del tiempo, solo medio consciente de lo que ocurría a su alrededor en sus horas de vigilia. Max, Stella y Becky me relevaban para cuidarlo, a nadie más se le permitió perturbar la tranquilidad del piso.

Un grupo de jóvenes anarquistas habían organizado una reunión para hablar de Leon Czolgosz y de su acción. En la reunión detuvieron a tres de los jóvenes. No supe nada de aquel asunto hasta que me despertaron muy temprano una mañana y me comunicaron su arresto. Inmediatamente convocamos un mitin para protestar contra la supresión del derecho a la libre expresión. Los oradores anunciados eran Bolton Hall, Harry Kelly, John Coryell, Max Baginski y yo. La noche del evento, Sasha, que empezaba a sentirse mejor, quiso ir. Temiendo que se disgustara de nuevo, lo convencí para que, en lugar de ello, se fuera a teatro con Stella.

Cuando llegué con Max y los Coryell al salón, había poco público, pero los muros del edificio estaban rodeados de policías. El joven Julius Edelson, el hermano de Becky, al que habían detenido en el mitin anterior, pero había

salido bajo una fianza que depositó Bolton Hall, acababa de subir al estrado. Llevaba hablando unos diez minutos cuando se produjo una conmoción, algunos policías se adelantaron y sacaron a Julius del estrado, mientras que otros policías cargaban contra la gente, arrastrando a las chicas por el cabello y aporreando a los hombres. Gritando e insultando, el público se precipitó hacia la salida. Cuando llegué con Max a las escaleras, un policía le dio una patada que casi lo tira por las escaleras, mientras que otro me golpeó en la espalda y me dijo que estaba detenida. «¡Eres justo a quien buscábamos!», rugió. «¡Ya te enseñaremos a protestar!» En el furgón policial me encontré en compañía de once «peligrosos criminales», todos ellos chicos y chicas jóvenes, los miembros del grupo transgresor. Bolton Hall, Harry Kelly y los Coryell habían logrado escapar de la brutalidad policial. Salimos bajo fianza en espera de juicio.

Nuestra detención resultó beneficiosa: inmediatamente despertó el espíritu combativo de Sasha. «¡Ha llegado el día de mi resurrección!», exclamó, cuando escuchó lo que había ocurrido en el mitin. «¡Tengo algo que hacer ahora!» Mi alegría por el despertar de Sasha y la conciencia del peligro al que se enfrentaban los jóvenes detenidos aumentaron mi fuerza y mi energía. Pronto estuvimos organizados para la lucha, con Hugh O. Pentecost y Meyer London como nuestros asesores legales y con un respetable apoyo material procedente de nuestros amigos estadounidenses y extranjeros. Ya en la primera comparecencia judicial quedó claro que no tenían nada de qué acusarnos, pero el fiscal de distrito ambicionaba la fama. ¿Y qué mejor manera de obtenerla que salvar a la ciudad de las garras de la anarquía? Sirviéndose de la Criminal Anarchy Law no era tarea difícil. El juez parecía dispuesto a complacer al fiscal de distrito, pero la mayoría de los anarquistas que comparecían ante él parecían tan jóvenes e inofensivos que su señoría dudaba de que un jurado fuera a condenarlos. Para salvar la cara, nos retuvo mientras «proseguían las investigaciones».

Aunque yo siempre, en esos casos, prefería la certeza, habría agradecido el retraso si me hubiera permitido continuar con mis charlas, pero la policía sostenía una continua redada sobre todas las actividades anarquistas en inglés, no de la manera abierta en la que habían suprimido el mitin sino de una forma más insidiosa. Aterrorizaban a los dueños de los locales y así era imposible que yo consiguiera un auditorio en cualquier parte de Nueva York. Incluso reventaron un evento tan inocente como el baile de máscaras de *Mother Earth*, que servía para recaudar fondos para nuestra publicación. Cincuenta policías entraron en el salón y ordenaron a la gente que se fuera, arrancándoles las máscaras. Como su actitud no consiguió provocar un disturbio, obligaron al dueño a cerrar el salón. Aquello nos hizo perder mucho dinero.

Organizamos un club *Mother Earth*, que ofrecía charlas semanales sobre diversos temas y, en ocasiones, veladas musicales. La policía estaba furiosa: nos habían acosado durante nueve semanas y aún no cejábamos en nuestro empeño. Se imponía hacer algo más drástico e intimidatorio para salvaguardar las sagradas instituciones de la ley y el orden. El siguiente movimiento de las autoridades tuvo lugar en un mitin en el que iban a hablar Alexander Berkman, John R. Coryell y Emma Goldman. Arrestaron a todos los oradores. Para completar el cuarteto se llevaron también a un anarquista criminal, un adolescente quinceañero, que estaba en la puerta. Yo iba a hablar sobre «Las falsas concepciones del anarquismo», una charla que había ya dado hacía solo dos semanas en la Sociedad Filosófica de Brooklyn. Entonces no se presentaron allí los detectives de la recientemente fundada «Patrulla Anarquista», ni se detuvo a nadie: no se habían atrevido a intervenir con una organización no anarquista, aunque la oradora fuera Emma Goldman. Eso quizá habría mostrado a los filósofos de Brooklyn que lo que destrozaba la poca libertad que aún quedaba en Estados Unidos no era el anarquismo sino el departamento de policía. De camino a la comisaría el inspector al mando de la Patrulla Anarquista me preguntó si no quería

dejar las actividades de agitación. Cuando le dije que ahora estaba más decidida que nunca a seguir, me comunicó que a partir de ese momento me detendrían cada vez que intentara hablar en público.

Durante un tiempo parecía que Sasha se había reencontrado consigo mismo y podía continuar a mi lado con nuestra vida y nuestro trabajo en común. Se había enfrascado en la actividad desde el día de nuestro arresto, pero, dos meses después, su interés se apagó y regresó la melancolía que lo había perseguido desde su salida de la cárcel. Él creía que la principal razón de su depresión era su dependencia material de mí, decía que aquello lo lastraba. Para liberarlo, convencí a un buen camarada de que le prestara algo de dinero para poder montar una pequeña imprenta. Eso ayudó a levantarle al ánimo a Sasha y empezó a trabajar para levantar el proyecto. Enseguida instaló un equipo de impresión muy completo que le permitía hacer pequeños encargos, pero la felicidad no podía durar: lo asediaban nuevas dificultades. No podía obtener el sello sindical porque en tanto compositor no se le permitía hacer labores de tipógrafo, mientras que emplear a un tipógrafo habría sido explotación. Se encontró en la misma situación que yo con mi salón de masaje y, antes que vivir del trabajo de otros o hacer encargos al margen de los sindicatos, renunció al taller. Y de nuevo se hundió en la tristeza.

Poco a poco empecé a vislumbrar que no era tanto la cuestión de ganarse la vida lo que obsesionaba a Sasha como algo más profundo y más amargo: el contraste entre su mundo soñado de 1892 y mi realidad de 1906. El mundo de ideales que se había llevado con él a la cárcel había sobrevivido al paso del tiempo. Eso tal vez había sido una suerte, eso había sido su sustento espiritual durante los terribles catorce años, la estrella que iluminaba la negrura de su existencia en la cárcel. Había incluso dado color a la visión interior del mundo exterior, del movimiento, de sus amigos y, especialmente, de mí. Durante ese tiempo, a mí la vida me había golpeado mucho, me había metido a la fuerza en la corriente de los acontecimientos,

donde era cuestión de nadar o de ahogarse. Ya no era la «marinerita», la imagen de antaño que Sasha había conservado catorce años. Era una mujer de treinta y siete años que había sufrido cambios profundos. Ya no entraba en aquel viejo molde. Sasha lo vio y lo supo casi inmediatamente después de su liberación. Había intentado entender a la personalidad madura que había salido de la cáscara de aquella chica sin experiencia y, como no lo había conseguido, se volvió resentido, crítico e incluso censor de mi vida, mis opiniones y mis amigos. Me acusaba de altivez intelectual y de incoherencia revolucionaria. Cada exabrupto suyo me hería en lo más profundo y me hacía chillar de dolor. A menudo yo quería escapar, no volverlo a ver, pero me retenía algo mayor que mi dolor: el recuerdo de su acción, por la que solo él había pagado su precio. Cada vez más me daba cuenta de que, hasta mi último aliento, ese sería el eslabón más fuerte que me vinculara a él. El recuerdo de nuestra juventud y de nuestro amor podría desvanecerse, pero sus catorce años de calvario nunca se borrarían de mi corazón.

Una salida de esta situación desesperante se presentó junto con la necesidad imperativa de que yo saliera de gira con *Mother Earth*. Sasha podría quedarse como editor, a cargo de la revista; esa tarea lo ayudaría a sacudirse esa sensación de ahogo y le permitiría expresarse con más libertad. Sentía aprecio por Max y había colaboradores muy capaces que podrían ayudarlo: Voltairine de Cleyre, Theodore Schroeder, Bolton Hall, Hippolyte Havel y otros. Sasha aceptó con gusto el plan y me alivió que no sospechara lo duro que a mí me resultaba marcharme tan pronto después de su regreso. Yo había esperado con tanta intensidad su liberación y ahora ni siquiera estaría a su lado en el aniversario de un día tan larga y ansiosamente esperado.

La muerte de Hugh O. Pentecost fue un duro golpe para todos nosotros, que conocíamos y apreciábamos al hombre y su labor. La noticia nos llegó por la prensa, su viuda no nos informó. Pentecost había creído firmemente

en la cremación como el modo más hermoso de proceder con los restos de una persona. Naturalmente todos esperábamos que fuera incinerado y muchos de sus amigos quedamos para ir a la ceremonia y enviamos flores. Grande fue nuestra sorpresa cuando supimos que Hugh O. Pentecost había sido enterrado y que se le había ofrecido un funeral según los ritos religiosos. Era una ironía absoluta, puesto que si algo había defendido Hugh O. durante toda su vida era el librepensamiento. Sus cambios políticos habían sido numerosos: georgista, socialista y anarquista, había sido todo eso en algún momento u otro, pero su actitud ante la religión y la iglesia era muy distinta: siempre había sido un ateo irredento. La presencia de un sacerdote ante su tumba era por tanto la mayor ofensa a su memoria y un insulto a sus amigos librepensadores. Me parecía el cumplimiento de un miedo inconsciente que más de una vez me había expresado Pentecost: «Es muy difícil vivir con decencia, pero es aún más difícil morir con decencia». Otro de sus dichos era que es más difícil escapar del amor que del odio. Se refería a ese tipo de amor que te ata con tiernos brazos y dulces palabras más resistentes que las cadenas. Su incapacidad para romper con esos «tiernos brazos» era lo que explicaba sus frecuentes cambios en sus ideas sociales. Incluso le había llevado a renegar del recuerdo de los anarquistas de Chicago, de los que había sido uno de sus más tenaces defensores hasta que la ambición lo hizo aspirar al puesto de ayudante de fiscal de distrito de Nueva York. «Quizá me haya equivocado», declaró, «al decir que el juicio de Haymarket fue un error de la justicia». Ni en la vida ni en la muerte le habían permitido a Hugh O. Pentecost ser fiel a sí mismo.

Nuestro trabajo en favor de Rusia se animó bastante con la aparición de Grigory Gershuni. Se había fugado de Siberia en un barril de repollos y había llegado a Estados Unidos a través de California. Gershuni había sido maestro de escuela y creía que solo mediante la educación de las masas podría Rusia sacudirse el yugo de los Romanov. Durante muchos años había sido un ardiente tolstoiano, opuesto a toda forma de resistencia activa,

pero la incesante oposición y la violencia desplegada por el despotismo había gradualmente enseñado a Gershuni la inevitabilidad de los métodos que empleaban los militantes revolucionarios en su país. Se unió a la Organización de Lucha del Partido Socialista revolucionario y se convirtió en una de sus figuras más destacadas. Había sido condenado a muerte pero, en el último momento, le redujeron la condena por cadena perpetua en Siberia.

Grigory Gershuni, como todos los grandes rusos que conocí, era de una sencillez conmovedora, extremadamente reticente a hablar sobre su vida heroica y carente de todo interés personal que no fuera la visión de la liberación de las masas rusas. Además, tenía algo de lo que muchos rebeldes rusos carecen: un agudo sentido práctico, rigor y responsabilidad de las tareas asumidas.

Coincidí mucho con este hombre excepcional durante su estancia en Nueva York. Me enteré de que su extraordinaria fuga había contado con la ayuda de dos jóvenes anarquistas que trabajaban en la carpintería de la cárcel. Habían taladrado con habilidad unos respiraderos imperceptibles en el barril que iba a usar Gershuni y después lo habían claveteado con él dentro. Gershuni nunca se cansaba de alabar la dedicación y el valor de esos dos muchachos, apenas unos niños y ya tan valientes y responsables en su fervor revolucionario.

Por aquella época empezamos a preparar la celebración del primer cumpleaños de *Mother Earth*. Parecía increíble que la revista hubiera sobrevivido las penalidades y dificultades de los pasados doce meses. Algunos literatos de Nueva York no habían honrado la promesa de escribir en la revista, pero ese era solo uno de los males menores que habían acechado a mi bebé. Al principio esos intelectuales estaban entusiasmados, hasta que se dieron cuenta de que *Mother Earth* defendía que la libertad y la plenitud en la vida eran los cimientos del arte. Para la mayoría, el arte era una fuga de la realidad. ¿Cómo podía esperarse entonces que apoyaran algo

que cortejaba audazmente la vida? Dejaron a la recién nacida que se las apañara sola, pero sus lugares los ocuparon pronto espíritus más valientes y libres, entre ellos Leonard Abbott, Sadakichu Hartmann y Alvin Sanborn. Todos ellos consideraban que la vida y el arte eran las llamas gemelas de la revuelta.

Superada esa dificultad apareció otra: las condenas desde mis propias filas. *Mother Earth* no era lo bastante revolucionaria, decían. La razón, sin duda, era que la revista no trataba el anarquismo como un dogma sino como un ideal liberador. Afortunadamente, muchos de mis camaradas me apoyaron e hicieron generosas donaciones en apoyo de la revista. Y mis propios amigos, incluso los que no eran anarquistas, fueron fieles a la publicación, y la apoyaron en todas las batallas contra la continua persecución policial. En su conjunto fue un año rico y fructífero, lleno de promesas para el futuro de *Mother Earth*.

31

Nuestra vista por delitos de anarquía se posponía una y otra vez y, finalmente, se retiraron las acusaciones. Eso me dejó libre para empezar mi gira por la costa, la primera desde 1897. Antes de que hubiera llegado muy lejos, la policía reventó mis mítines en tres ciudades, Columbus, Toledo y Detroit.

La acción de las autoridades en Toledo fue especialmente reprobable porque el alcalde, Brand Whitlock, se suponía que era un hombre de ideas progresistas, un conocido tolstoiano y anarquista «filosófico». Yo ya había conocido a muchos individualistas estadounidenses que se denominaban anarquistas filosóficos. Cuando se los conocía de cerca invariablemente demostraban no ser ni filósofos ni anarquistas y su creencia en la libertad de expresión siempre tenía un «pero» adherido a ella.

Pero el alcalde Whitlock era también un georgista, miembro de un grupo de estadounidenses que sobresalían como los defensores más aguerridos de la prensa libre y la libertad de expresión. De hecho, los georgistas habían sido siempre los primeros en apoyarme en mis luchas contra la intervención policial. Por eso me sorprendió mucho que un alcalde georgista cayera en la misma actitud arbitraria que los funcionarios corrientes. Pregunté a alguno de sus seguidores cómo podían explicar un comportamiento así por parte de un hombre como Whitlock. Para mi pasmo me informaron de que él tenía la impresión de que yo había acudido a Toledo con el fin expreso de agitar a

los trabajadores de la industria del automóvil que estaban en huelga. Estaba intentando lograr un pacto entre los patronos y sus empleados y pensó que era mejor no dejarme hablar.

«Evidentemente vuestro alcalde cree que el acuerdo va a beneficiar a los dueños y no a los huelguistas», señalé, «o no tendría miedo de lo que yo pudiera decir».

Les comuniqué que no sabía nada de la huelga hasta que llegué a Toledo. Había ido a hablar sobre «Las falsas concepciones del anarquismo». Sin embargo, reconocí divertida que si los huelguistas me pedían que hablara, les diría que se alejaran de los políticos, que son los peores mediadores y que ayudan siempre a romper la médula de toda lucha económica. Se informó de ello a un grupo de liberales estadounidenses que enseguida se pusieron manos a la obra para organizar un mitin especial para mí.

Entre ellos la más animada era una venerable anciana, la señora Kate B. Sherwood. En los tiempos de la abolición había ayudado a muchos esclavos fugitivos de camino a la libertad y los años no le habían cambiado. Sherwood era una feminista ferviente, una gran libertaria en los campos de la economía y de la educación, así como una personalidad adorable. La amable señora sin duda leyó la Riot Act al alcalde, porque mis charlas en Toledo se celebraron sin problemas.

En Minneapolis viví una divertida experiencia. Me invitaron a dirigirme a una organización de profesionales conocida como el Spook Club. Me dijeron que nunca se había admitido a una mujer en la sagrada presencia de los *spookers*, pero que se hacía conmigo una excepción. Como no creía en los privilegios especiales, escribí al Club que, en mi calidad de enfermera, nunca había temblado cuando tenía que amortajar a un muerto, pero que enfrentarme a cadáveres vivientes me resultaba desconcertante. Pero me atrevería a la tarea de preparar a los *spookers* para su entierro si pudiera contar con algunos miembros fornidos de mi propio sexo para ayudarme. Los pobres miembros del Spook Club se quedaron atónitos. Consentir a mi

petición implicaba el peligro de una invasión femenina. Negarse era exponerse al ridículo público. El ingenio masculino prevaleció sobre su pureza. «Trae a tu regimiento, Emma Goldman», contestaron los *spookers*, «y asume las consecuencias». Mis amigas y yo provocamos casi una revolución en el club. Por desgracia, no en la cabeza, solo en los corazones de los *spookers*. Los hicimos conscientes de que no hay nada más aburrido en el mundo que las reuniones exclusivamente de hombres o exclusivamente de mujeres, que nunca serán capaces de borrar unos a otros de sus mentes. En aquella ocasión, todo el mundo se sintió aliviado de la obsesión por el sexo, y estuvo natural y cómodo. La velada fue muy interesante. De hecho, me juraron que se la consideraba el regalo intelectual más estimulante de la historia del club, además del más gracioso.

La actitud liberal de los *spookers* hacia mí era síntoma del cambio general que había tenido lugar en los últimos seis años en relación con el anarquismo. El tono de la prensa ya no era tan agresivo. Los periódicos de Toledo, Cincinnati, Toronto, Minneapolis y Winnipeg eran extraordinariamente objetivos a la hora de informar de mis mítines. En un extenso editorial, un periódico de Winnipeg decía:

«Emma Goldman ha sido acusada de abusar de la libertad de expresión en Winnipeg y se ha denunciado al anarquismo como un sistema que preconiza el asesinato. De hecho, mientras estuvo en Winnipeg, Emma Goldman no se recreó en ninguna perorata peligrosa y no hizo afirmación alguna que merezca algo más que una crítica moderada en los términos de su sabiduría o de su lógica. De hecho, quien defienda que el anarquismo predica arrojar bombas y la violencia no sabe de qué está hablando. El anarquismo es una doctrina ideal que hoy es, y siempre lo será, totalmente impracticable. Algunos de los hombres con más talento y ternura creen en ella. Solo el hecho de que Tolstói sea un anarquista es una prueba concluyente de que no defiende la violencia.

Podemos perfectamente reírnos de la anarquía como un sueño absurdo. Tenemos todo derecho a estar o no de acuerdo con las enseñanzas de Emma Goldman, pero no deberíamos ponernos en ridículo criticando a una oradora por las cosas que no ha dicho, o denunciando por violenta y sangrienta una doctrina que predica lo contrario de la violencia.»

Tras mi gira de charlas de costa a costa regresé a Nueva York a finales de junio con el resultado neto de un número considerable de nuevos suscriptores a *Mother Earth* y un plus sustancial procedente de la venta de libros que sostendría la revista durante los meses de verano.

A principios de la primavera, nuestros camaradas europeos habían hecho un llamamiento para que se celebrara un congreso anarquista en Amsterdam, Holanda, en el mes de agosto. Algunos de los grupos de las ciudades que había visitado me habían pedido que asistiera al encuentro como su delegada. Me agradaba tener la confianza de mis camaradas y Europa siempre me atraía, pero estaba Sasha, que solo llevaba un año fuera de la cárcel, y yo ya me había ausentado durante meses. Tenía muchas ganas de volver a verlo y tratar de superar el abismo que los años de prisión habían creado entre nosotros.

Sasha había trabajado espléndidamente en *Mother Earth* mientras yo estuve fuera. Había sorprendido a todos por la fuerza de su estilo y la claridad de sus pensamientos. Era un asombroso logro para un hombre que había entrado en la cárcel sin dominar el inglés y que nunca antes había escrito con destino a la publicación. Sus cartas, durante los cuatro meses que había estado de gira, no mostraban rastros de depresión y transmitían mucho interés por la revista y por mi labor. Estaba orgullosa de Sasha y de sus esfuerzos y llena de esperanza en que, por fin, podríamos disipar las nubes que habían empañado nuestro cielo desde que se había reintegrado al mundo exterior. Estas consideraciones me hacían dudar de ir a Amsterdam. Lo decidiría cuando llegara a Nueva York, le dije a mis camaradas.

A mi regreso, encontré a Sasha tal y como lo había dejado, con el mismo torbellino mental, en atormentado conflicto entre la visión que había inspirado su acción y la realidad que ahora lo confrontaba. Continuaba habitando el pasado, en el espejismo que se había creado durante su muerte en vida. Todo en el presente le era ajeno, le avergonzaba y lo evitaba. La ironía más amarga era que, entre todos los amigos de Sasha, fuera yo quien le causara la mayor decepción y dolor, yo que nunca lo había olvidado un instante en todos los años crueles ni arrancado de mi corazón, estuviera quien estuviera allí también, ni siquiera Ed, a quien había amado más profunda e intensamente que a cualquier otro. Y era yo quien azuzaba más la impaciencia y el resentimiento de Sasha, no en un sentido personal sino debido a los cambios que yo había sufrido en mi actitud ante la vida, ante la gente y ante nuestro movimiento. Parecía que no tuviéramos un solo pensamiento en común. Aun así, yo me sentía unida a Sasha, unida para siempre por las lágrimas y la sangre de catorce años.

A menudo, cuando no podía soportar más su condena y su censura, replicaba con dureza y palabras amargas y, después, corría a mi cuarto y lloraba mi dolor por las diferencias que nos estaban desgarrando, pero siempre regresaba a Sasha, porque sentía que, fuera lo que fuera que me hubiera dicho o hecho, no era nada a la luz de lo que él había soportado. Sabía que eso siempre pesaría más en la balanza y me llevaría a su lado en cuanto lo necesitara, pero en aquellos momentos yo no parecía ser de ayuda. Sasha parecía mucho más cómodo cuando yo no estaba.

Decidí acceder al deseo de mis camaradas del Oeste y representarlos en el congreso anarquista. Sasha dijo que él continuaría en la revista hasta mi regreso, pero que su corazón no estaba en *Mother Earth*. Quería un periódico semanal de propaganda que llegara a los obreros. Ya había hablado del proyecto con Voltairine de Cleyre, Harry Kelly y otros amigos. También consideraban que un periódico así era necesario y habían prometido firmar una petición para conseguir los fondos necesarios. Les

había preocupado, sin embargo, que yo lo malinterpretara, que creyera que la nueva publicación fuera una competidora de *Mother Earth*. «Qué idea tan ridícula», protesté. «No me arrogo el monopolio del movimiento. Por supuesto que tienes que sacar un semanario. Voy a firmar la petición». Sasha se conmovió mucho, me abrazó con ternura y se sentó a escribir la petición. ¡Mi pobre muchacho! Si hubiera tenido yo la seguridad de que su proyecto le traería la paz, yo le habría ayudado a volver a la vida y al trabajo que su maestría del lenguaje y su pluma le permitían hacer.

Advertía cada día con mayor claridad que había en Sasha un resentimiento interno, quizás ni siquiera consciente, contra parte de las actividades que yo me había buscado. Él soñaba con algo hecho por él, algo que expresara su auténtico ser. Yo esperaba fervientemente que el semanario fuera el medio de su liberación y que tuviera éxito.

Me preparaba para mi viaje al extranjero. Max también participaría en el congreso de Amsterdam, en representación de algunos grupos alemanes. Ambos necesitábamos alejarnos una temporada. La granja no había resultado ser la realidad color de rosa que había esperado. Una granja nunca funciona para los urbanitas que vuelven a la tierra con ideas románticas sobre la naturaleza y sin la capacidad de lidiar con sus penalidades. Nuestro rincón de Ossining había resultado demasiado primitivo y el invierno demasiado duro para la niña de Max. Otra razón era que Millie apenas podía soportar más aquel aislamiento. Mis amigos se habían mudado a la ciudad y estaban tratando desesperadamente de poder llegar a fin de mes. Max con artículos ocasionales para los periódicos alemanes y colaboraciones en *Mother Earth*. Millie, cosiendo. La presión que había soportado desde el nacimiento de su bebé la había dejado nerviosa e irritable y Max se encogía en su caparazón a la menor discordancia. Como yo, estaba deseando huir de unas circunstancias agónicas, pero que no eran culpa de nadie.

Sasha estaba mucho más animado, gracias a su plan para el semanario. Había otro factor que ayudaba a levantarle el ánimo. Había hecho muchos amigos entre los camaradas jóvenes y se sentía especialmente atraído por la joven Becky Edelson. Eso me alivió mucho. *Mother Earth* tampoco me preocupaba: la dejaba en buenas manos hasta mi regreso y estaba segura de su calidad, con Sasha como editor y John Coryell, Hippolyte Havel y otros como colaboradores.

Hippolyte y yo habíamos dejado morir nuestra relación de antaño, pero nuestra amistad había seguido tan firme como siempre, tanto como nuestro común interés por la lucha social. Su amplio conocimiento histórico y su sensibilidad para los sucesos lo convertían en un colaborador muy valioso para la revista.

A mediados de agosto de 1907, Max y yo dijimos adiós a nuestros amigos desde el muelle Holanda/América. Además de nuestro cometido en el congreso, ambos esperábamos que el viaje nos ayudara a colmar un vacío interior. La calma del mar y la siempre relajante compañía de Max me ayudaron a liberar la tensión de los meses que habían seguido a la liberación de Sasha. Cuando llegamos a Amsterdam yo ya había recuperado el control sobre mí misma y estaba deseando encontrarme con la gente, participar en nuestro congreso y trabajar.

Habíamos oído historias sobre la extrema limpieza de los holandeses, pero hasta que no paseamos por Amsterdam la mañana siguiente a nuestra llegada, no descubrí lo incómodo que puede ser caminar por sus calles. Salí con Max a visitar los pintorescos barrios antiguos. En cada balcón estaba asomada una criada ataviada con un colorido traje golpeando furiosamente alfombras y esterillas. Un cuadro agradable, sin duda, pero el remolino de polvo y suciedad que vertían generosamente sobre nuestras indefensas cabezas nos llenó la garganta y la ropa de polvo. Y lo habríamos aguantado si a la vez no nos hubieran regado con un agua helada destinada a las

plantas. Aquel baño inesperado fue más de lo que pudimos aguantar de la limpieza holandesa.

El congreso era mi tercer intento de asistir a una reunión anarquista internacional. En 1893 se planificó un cónclave de este tipo, que tendría lugar durante la Exposición Universal de aquel año en Chicago. Me habían elegido para representar a varios grupos de Nueva York, pero mi juicio y encarcelamiento me habían impedido ir. En el último momento, la policía de Chicago prohibió el congreso que, sin embargo, se celebró en el lugar más inimaginable. Un camarada, empleado como administrativo en uno de los departamentos municipales, coló a una docena de delegados en una dependencia del ayuntamiento.

La segunda vez fue en París, en 1900, donde me impliqué mucho en los trabajos de preparación del congreso. La policía francesa imposibilitó también las conferencias públicas. Las sesiones se celebraron clandestinamente, lo que fue muy emocionante, pero impidió una labor constructiva.

Decía mucho de la democrática América y de la republicana Francia que un congreso internacional anarquista, prohibido en ambos países, pudiera celebrarse públicamente en la monárquica Holanda. Ochenta hombres y mujeres, la mayoría perseguidos y acosados en sus países de origen, pudieron hablar en enormes mítines, reunirse en sesiones diarias y discutir abiertamente problemas tan vitales como la revolución, el sindicalismo, la insurrección de las masas y los actos individuales de violencia, sin intervención alguna por parte de las autoridades. Paseábamos por la ciudad, en solitario o en grupos, nos reuníamos en restaurantes y cafés, charlábamos y cantábamos canciones revolucionarias hasta ya entrada la madrugada y no nos seguían, ni nos espiaban ni nos molestaban en modo alguno.

Más sorprendente aún era la actitud de la prensa de Amsterdam. Incluso los periódicos más conservadores no nos trataban como criminales o lunáticos sino como un grupo de gente seria que se había reunido para un

fin serio. Esos periódicos se oponían al anarquismo, pero no nos tergiversaban ni distorsionaban lo que se hablaba en nuestras sesiones.

Uno de los temas vitales que se debatió extensamente en el congreso era el problema de la organización. Algunos delegados rechazaban la idea que Ibsen había presentado en la figura del doctor Stockman en *Un enemigo del pueblo*, de que el más fuerte es el que resiste solo. Preferían la visión de Piotr Kropotkin, desarrollada con brillantez en todos sus libros, de que la ayuda mutua y la cooperación garantizan los mejores resultados. Max y yo, sin embargo, señalábamos la necesidad de ambos. Sosteníamos que el anarquismo no implica tener que elegir entre Ibsen y Kropotkin, que abraza a ambos. Mientras que Kropotkin había analizado exhaustivamente las condiciones sociales que conducen a la revolución, Ibsen había retratado la lucha psicológica que culmina en la revolución del alma humana, la revuelta de la individualidad. Nada sería más desastroso para nuestras ideas, argumentábamos, que descuidar el efecto de lo interno sobre lo externo, de los motivos y las necesidades psicológicas sobre las instituciones existentes.

Había gente, decíamos, que tenía la idea equivocada de que la organización no promociona la libertad individual; de que, por el contrario, implica la decadencia de la individualidad. En realidad, sin embargo, la auténtica función de la organización es ayudar al desarrollo y el crecimiento de la personalidad. Al igual que las células animales, mediante la cooperación mutua, expresan sus potencias latentes formando un organismo completo, así la individualidad alcanza su mayor grado de desarrollo mediante el esfuerzo cooperativo con otras individualidades. Una organización, en el auténtico sentido de la palabra, no puede ser el resultado de la combinación de nulidades. Debe componerse de individualidades conscientes e inteligentes. De hecho, el total de las posibilidades y actividades de una organización se representa por la expresión de las energías individuales. El anarquismo afirma la posibilidad de una organización sin disciplina, temor o castigo y sin la presión de la pobreza:

un nuevo organismo social que ponga fin a la lucha por los medios de subsistencia, la lucha salvaje que mina las mejores cualidades del ser humano y que ensancha indefinidamente el abismo social. En resumen, el anarquismo lucha por una organización social que instaure el bienestar para todos.

En el grupo de delegados había muchas personalidades interesantes e importantes, entre ellas el doctor Friedberg, antaño miembro del Partido Socialdemócrata y concejal de Berlín, que se había convertido en un propagandista brillante de la huelga general y del antimilitarismo. A pesar de que le perseguía una condena por alta traición, asumió una parte muy activa en los preparativos del congreso, ajeno al peligro que le esperaba de vuelta a casa. Destacaban también Luigi Fabbri, uno de los colaboradores más capaces de la revista educativa italiana *Università Popolare*; Rudolf Rocker, que estaba haciendo una labor espléndida entre la población judía de Londres como conferenciante y editor de la publicación *yiddish Der Arbeiter Freund*; Christian Cornelissen, uno de los intelectos más sagaces de nuestro movimiento en Holanda; Rudolf Grossmann, editor de un periódico anarquista austriaco; Alexander Schapiro, que centraba su actividad en los sindicatos revolucionarios ingleses; Thomas H. Keell, uno de los trabajadores más entregados de *Freedom*, de Londres, y otros camaradas enérgicos y capaces.

Los delegados franceses, suizos, belgas, austriacos, bohemios, rusos, serbios, búlgaros y holandeses eran todos entusiastas y capaces, pero la personalidad más sobresaliente entre todos ellos era la de Enrico Malatesta. De una naturaleza bella y sensible, Malatesta había abrazado los ideales revolucionarios desde su juventud. Más tarde había conocido a Bakunin y se había convertido en el miembro más joven de su círculo, al que llamaban con afecto «Benjamin». Había escrito una serie de panfletos muy populares de amplia distribución, especialmente en Italia y España, y había sido editor de diversas publicaciones anarquistas, pero sus actividades literarias no le

habían impedido participar también en las luchas cotidianas de los obreros. Había jugado un papel muy importante, junto con el famoso Carlo Cafiero y el célebre revolucionario ruso Sergius «Stepnial» (Kravtchinsky) en el levantamiento de Benevento, Italia, en 1877. Su interés por la rebelión popular atraviesa su vida como una corriente roja. Aunque se encontrara en Suiza, en Francia, en Inglaterra o en Argentina, un levantamiento en su país natal siempre lo hacía acudir en ayuda del pueblo. En 1897, había tomado de nuevo un papel activo en la rebelión del sur de Italia. Su vida era tormenta y esfuerzo, sus energías y sus capacidades excepcionales estaban entregadas al servicio de la causa anarquista, pero, hiciera lo que hiciera dentro del movimiento, siempre insistió en ser materialmente independiente, ganándose la vida mediante el trabajo manual, lo que era un principio rector de su vida. La herencia que le había dejado su padre, consistente en tierras y casas en Italia, se la había entregado a cambio de nada a los trabajadores que las ocuparon mientras él se mantenía con frugalidad de lo que ganaba con sus propias manos. Su nombre era el más conocido y amado en los países latinos.

Ya había conocido al gran luchador anarquista en Londres en 1895, apenas había estado con él unos minutos. En mi segunda visita, en 1899, resultó que Enrico Malatesta estaba en Estados Unidos, para dar unas charlas y editar el periódico italiano anarquista *La Questione sociale*. En aquel viaje un patriota italiano trastornado le disparó, pero Enrico, como un verdadero anarquista, se negó a denunciar a su asaltante. En Amsterdam tuve la ocasión de tener un contacto diario con él. Max y yo enseguida caímos bajo el embrujo de Malatesta. Adorábamos su capacidad de quitarse de encima el peso del mundo y disfrutar de su tiempo libre. Cada momento que pasamos con él fue una alegría, ya fuera porque se extasiaba ante la vista del mar o porque retozaba en un parque.

El resultado constructivo más importante de nuestro congreso fue la formación de un gabinete internacional. Como secretarios se encargaron

Malatesta, Rocker y Schapiro. El cometido del gabinete, cuyo cuartel general estaba en Londres, era posibilitar el contacto de los grupos y organizaciones anarquistas de los diversos países y hacer un estudio detallado y exhaustivo de la lucha obrera en cada tierra, así como proporcionar datos y materiales sobre ella para la prensa anarquista. El gabinete también emprendería inmediatamente los preparativos de otro congreso, que se celebraría en Londres en un futuro próximo.

Cuando finalizaron nuestras sesiones, asistimos al Congreso Antimilitarista, organizado por los anarquistas pacifistas holandeses, entre los cuales el más destacado era Domela Nieuwenhuis. Los orígenes de Domela no habían sido un obstáculo para que se convirtiera en un enemigo de la autoridad. Sus ancestros eran casi todos ministros de la iglesia. Él mismo había sido un predicador de la fe luterana, pero su espíritu progresista lo había sacado del estrecho sendero de la teología. Domela se afilió al Partido Socialdemócrata, se convirtió en su representante más destacado en Holanda y fue elegido el primer miembro socialista del Parlamento, pero no se quedó allí mucho tiempo. Como Johann Most y el gran anarquista francés Pierre Proudhon, Nieuwenhuis se dio pronto cuenta de que no se podían hacer avances en la libertad con el parlamentarismo. Dimitió de su puesto y se declaró anarquista.

Desde aquel momento dedicó todo su tiempo y su enorme fortuna privada a nuestro movimiento, especialmente a la propaganda del antimilitarismo. Domela tenía un aspecto imponente y atractivo: alto y erguido, con rasgos expresivos, grandes ojos azules, barba y cabello cano al viento. Irradiaba amabilidad y simpatía y era la encarnación del ideal por el que luchaba. Uno de sus rasgos característicos era una enorme tolerancia. Llevaba años siendo vegetariano y abstemio, pero en su mesa siempre había vino y carne. «¿Por qué mi familia o mis invitados deben privarse de lo que yo no quiero tomar?», dijo una vez mientras nos servía el vino en la cena.

Antes de partir hacia Francia, tuve la oportunidad de dirigirme a una asamblea de trabajadores del transporte holandeses. Una vez más pude ver la diferencia entre la independencia de los obreros holandeses, a pesar de su monarquía, y la democracia de Estados Unidos, donde la mayoría de la gente no sabía apenas qué era la independencia. En el mitin se habían colado algunos detectives. El comité los descubrió y los echó sin ningún reparo. No pude por menos que comparar aquella muestra de coraje con la ausencia del mismo en los sindicatos estadounidenses, infestados con la peste de los detectives de Pinkerton.

Finalmente regresábamos a París, cuya indómita juventud me atraía tanto. Me rejuvenecía y me hacía desear todo lo que mi amada ciudad del Sena pudiera ofrecerme. Tenía mucho que aprender y que asimilar, más que en los años anteriores.

Se encontraba también mi Stella, a la que no había visto desde hacía meses. Ella y el querido Victor Dave nos esperaban en la estación y nos llevaron a un café. Stella era ya toda una parisina, orgullosa de su francés y de su conocimiento de los restaurantes de buena cocina y precios razonables. Victor, con su cabello más blanco, conservaba aún su aire juvenil y su capacidad para la diversión. Bromeamos y nos reímos más en esa primera cena en París de lo que habíamos reído en meses. La razón especial de nuestro jolgorio era que el cándido jefe de Stella era nada más y nada menos que el cónsul estadounidense, de quien ella era secretaria. La sobrina querida de Emma Goldman trabajaba allí y ¡todavía no habíamos volado el Consulado!

Mientras estábamos en Holanda llegó la noticia de que finalmente podría regresar a Piotr Kropotkin a Francia. Piotr amaba su país y su pueblo. Para él Francia simbolizaba la cuna de la libertad y la Revolución francesa era el símbolo del idealismo social. Cierto que a Francia le quedaba poco de la gloria de la que mi gran maestro la investía, así lo demostraban sus dieciocho meses de cárcel en una prisión francesa, pero Piotr, con una

peculiar parcialidad, alababa a Francia como la abanderada de la libertad y el país más culto del mundo. Sabíamos que nada de lo que había sufrido le haría cambiar sus sentimientos por el pueblo francés y nos alegrábamos de que finalmente pudiera cumplir su deseo de volver.

Piotr ya estaba en París cuando nosotros llegamos, viviendo a unas pocas puertas de mi hotel, en el bulevar Saint Michel. Estaba de mejor humor que nunca, parecía más enérgico y vivaracho. Fingiendo no saber la causa, le pregunté a qué se debía el feliz cambio: «¡París, París, querida!», estalló. «¿Acaso alguna otra ciudad se te mete en la sangre como París?». Debatimos el movimiento en Francia y el trabajo de los grupos locales. La niña de sus ojos era *Les Temps Nouveaux*, el periódico que él había ayudado a crear, pero su sentido de la justicia respecto a los otros grupos, incluso aunque discreparan con él, era demasiado grande y su amor por la justicia demasiado fuerte como para despreciar a los elementos de la oposición. Era un espíritu generoso y bello. Nadie podía estar en su presencia y no sentir su inspiración.

Aunque estaba ocupado con muchas cosas, especialmente la revisión de su manuscrito sobre *La gran Revolución francesa*, Piotr no me dejó marchar hasta que le conté todo sobre nuestro congreso. Le gustó especialmente nuestra postura sobre la organización y nuestra insistencia en los derechos del individuo así como la revuelta colectiva.

Con la ayuda de Monatte pude hacer un estudio del sindicalismo en acción en la Confédération du travail. Sus dirigentes eran casi todos anarquistas, hombres de un tipo más recio e interesante de lo que se suele ver por París. Pouget, Pataud, Delasalle, Grueffulhieus y Monatte no solo eran un exponente brillante de las nuevas teorías obreras, sino que tenían experiencia y conocimiento práctico de la lucha diaria de los obreros. Junto con sus colegas habían convertido la Bourse du Travail en un hervidero de actividad. Cada sindicato tenía allí su oficina, muchos publicaban allí sus periódicos en la imprenta común. Entre ellos *La Voix du peuple*, el órgano

semanal de la CGT, era quizás el más instructivo y el mejor editado del mundo. Había clases nocturnas, donde se enseñaba a los obreros todos los aspectos del intrincado sistema industrial. Se daban charlas sobre temas económicos y científicos, había un dispensario bien equipado y una guardería gestionada por los propios obreros. La institución representaba un esfuerzo práctico para enseñar a las masas cómo hacer la revolución futura y cómo ayudar al nacimiento de la nueva vida social.

La observación y el estudio en la fuente misma del sindicalismo me convencieron de que era en la economía donde el Trabajo podría medir sus fuerzas contra las fuerzas organizadas de su enemigo capitalista.

A esas experiencias se sumaron otras, no menos iluminadoras, con el grupo de los artistas modernos que, mediante la pluma y el pincel, daban voz a la protesta social, entre los cuales Steinlen y Grandjouan hacían la labor más fiera. No pude quedar con Steinlen, pero Grandjouan resultó ser un alma sencilla y amable, un rebelde de nacimiento, artista e idealista en el sentido más auténtico. Trabajaba entonces en una serie de dibujos que representara las fases de la vida proletaria. Su idea era retratar el trabajo, patético en su indefensión muda, despertando lentamente a la conciencia de su fuerza germinadora. Expresaba su creencia en que el fin del arte es inspirar la visión de un nuevo amanecer. «En este sentido, todos nuestros artistas son revolucionarios», afirmaba Grandjouan. «Steinlen y los demás hacen por la pintura lo que Zola, Mirbeau, Richepin y Rictus hicieron por la literatura. Ponen el arte en relación con las corrientes vitales, con la gran lucha humana por el derecho a conocer y a vivir la vida».

Le hablé a Grandjouan de *Mother Earth* y de lo que intentábamos hacer en Estados Unidos. Enseguida se ofreció a hacer un diseño de portada para ella y, antes de que me marchara de París, me lo envió. Su concepto era significativo y su dibujo muy expresivo.

El juicio a nueve antimilitaristas y una experiencia educativa espléndida en Rambouillet, cerca de París, con Sébastien Faure, fueron otros momentos

importantes de mi visita a Francia. El grupo implicado en el juicio consistía en una muchacha y ocho muchachos, el mayor apenas de veintitrés años. Habían distribuido un manifiesto entre los soldados animándolos a emplear sus armas contra sus superiores en lugar de contra sus hermanos obreros, sin duda un gran delito desde el punto de vista de los intereses militares. En un tribunal estadounidense, esos jóvenes habrían sido humillados, aterrorizados y arrojados a prisión por muchos años. En París se convirtieron en los acusadores, tronando condenas contra el Estado, el patriotismo, el militarismo y la guerra. Lejos de ser interrumpida, la desafiante denuncia de los jóvenes presos se escuchó con atención y respeto. El audaz alegato del abogado de la defensa, las personas distinguidas que acudieron a dar testimonio del idealismo de los acusados y todo el ambiente de la sala se combinaron para hacer de ese juicio antimilitarista uno de los acontecimientos más dramáticos de los que yo haya sido testigo.

Por supuesto, los presos fueron declarados culpables y se les sentenció a breves condenas, la más larga de tres años. Como era Francia, la muchacha fue puesta en libertad. En mi país de adopción, su castigo habría sido incomparablemente más severo y además se les habría condenado por desacato al tribunal por su abierta confesión de sus opiniones y acciones y por dejar en ridículo al juez y al fiscal.

Me di cuenta de que, tras las diferencias entre los procesos legales estadounidense y francés, había una diferencia fundamental en la actitud ante la revuelta social. Francia había aprendido de su Revolución la comprensión de que las instituciones no son ni sagradas ni inalterables y la certeza de que las condiciones sociales están sometidas al cambio, de manera que en Francia se considera que los rebeldes son los precursores de los levantamientos que vendrán.

En Estados Unidos los ideales de la revolución han muerto, son momias que no deben tocarse. De ahí el odio y la condena con la que se encuentran

los rebeldes sociales y políticos en Estados Unidos.

Mucho antes de llegar a París había leído en nuestra prensa francesa el experimento educativo único del anarquista Sébastien Faure. Lo había escuchado hablar en 1900 y me había arrebatado su elocuencia. Además, la atípica historia personal de Sébastien Faure me hacía esperar que la escuela moderna que él organizaba debía tener un interés especial.

Faure había empezado su vida siendo sacerdote y después había roto las cadenas del catolicismo y se había convertido en su mayor enemigo. En 1897, durante el caso Dreyfus, se había sumado a la campaña encabezada por Émile Zola, Anatole France, Bernard Lazare y Octave Mirbeau contra las fuerzas reaccionarias en Francia. Faure se convirtió en un orador ferviente a favor de Dreyfus e, impartiendo charlas por todo el país, dejó en evidencia a la cúpula militar que había entrampado a un hombre inocente y lo había enviado a la Isla del Diablo para tapar su propia corrupción. Después de aquello, Faure se emancipó por completo de su creencia en la autoridad, ya fuera en el cielo o sobre la tierra. El anarquismo se convirtió en su meta, trabajar por su consecución era su tarea apasionada.

La Ruche (La colmena), como se llamaba la escuela de Faure, estaba en las afueras de Rambouillet, un antiguo pueblecito francés. Con la ayuda de unos pocos, Faure había convertido un pedazo de tierra abandonada en una granja floreciente que daba fruta y verdura. Había llevado allí a veinticuatro niños huérfanos o cuyos padres eran demasiado pobres para mantener y los alojaba, alimentaba y vestía a sus expensas. Había creado un ambiente en La Ruche que liberaba la vida de los niños de la disciplina y de cualquier tipo de coerción. Había rechazado los viejos métodos de educación y en su lugar había establecido la comprensión por las necesidades del niño, la confianza y la fe en sus posibilidades y el respeto por su personalidad.

Ni siquiera en Sempuis, la escuela del venerable libertario Paul Robin, que yo había visitado en 1900, se encontraba un espíritu de cooperación y camaradería entre los alumnos y los profesores como había en La Ruche.

Robin también sentía la necesidad de un nuevo enfoque sobre el niño, pero seguía aún algo ligado a los viejos manuales sobre educación. La Ruche se había liberado también de eso. El papel pintado de las paredes de los dormitorios y de las aulas, que representaba la vida de las plantas, las flores, los pájaros y los animales, tenía un efecto más rápido sobre la imaginación de los niños que cualquier lección «regular». Los niños agrupados libremente alrededor de sus maestros, escuchando historias o pidiendo explicaciones para las ideas que los desconcertaban, superaban con creces la falta de una instrucción a la vieja usanza. Faure demostraba una comprensión excepcional de la psicología infantil cuando debatía los problemas de la educación de los jóvenes. Los resultados que había alcanzado su escuela en solo dos años eran muy gratificantes.

«Es sorprendente lo francos, amables y afectuosos que son los niños entre sí», decía. «La armonía entre ellos y los adultos en La Ruche me anima mucho. Nos parecería un fracaso que los niños nos temieran o nos obedecieran simplemente porque somos sus mayores. Movemos cielo y tierra para ganarnos su confianza y su amor; si se logra esto, la comprensión sustituye al deber, la confianza al miedo y el afecto a la disciplina». Nadie se ha dado aún cuenta de la riqueza de empatía, amabilidad y generosidad que esconde el alma del niño. El esfuerzo de todo verdadero educador debería ser liberar ese tesoro, estimular los impulsos del niño y fomentar sus tendencias mejores y más nobles. ¿Qué mayor recompensa puede haber para aquellos cuyo trabajo de su vida es observar cómo crece la planta humana, que ver cómo abre sus pétalos y observar cómo se convierte en una auténtica individualidad?

Mi visita a La Ruche fue una valiosa experiencia que me hizo darme cuenta de cuánto podría hacerse, incluso bajo el sistema presente, en la vía de la educación libertaria. Construir al hombre y la mujer del futuro, desencadenar el alma del niño, ¿qué mayor tarea para aquellos quienes, como Sébastien Faure, son pedagogos, no por la simple gracia de un título

universitario, sino de manera innata, nacidos con el don de crear, como nace el poeta o el artista?

Se me hacía muy difícil abandonar París, siempre enriqueciéndome con nuevas impresiones. Me había encariñado con muchos amigos allí, entre ellos Max Nettlau, a quien había conocido en Londres en 1900 y que me había llevado a los museos y a los tesoros del arte británicos. En París lo frecuenté mucho. Era uno de los intelectuales más destacados de nuestro movimiento, científico e historiador. En aquel momento estaba recogiendo material adicional para su obra monumental sobre Mijail Bakunin.

Unos días antes de salir de París llegó Jo Davidson, el joven escultor estadounidense. Lo había conocido en Nueva York y su obra me interesaba. Había encontrado un estudio, nos dijo, pero aún no tenía muchas cosas. Yo tenía todo un arsenal en mi *ménage* (platos, cacerolas, tetera, una cafetera y una lámpara de alcohol en la que más de una vez había preparado comida para una docena). En procesión triunfal llevamos el cargamento por las calles, Jo con un fardo a la espalda, Max a un lado con la sartén y la cacerola colgando de los hombres, yo al otro con la cafetera. Cuando todo quedó depositado en el estudio de Jo, nos fuimos a un café para celebrar la entrada de un compañero artista en la verdadera vida de bohemia.

Max y yo dejamos París con un sol espléndido. Cuando llegamos a Londres estaba nublado y plomizo y el tiempo no cambió en las dos semanas de nuestra estancia. Lo primero que nos recibió allí fueron notas de prensa de Estados Unidos que informaban que las autoridades federales tenían pensado no dejarme entrar en el país según lo establecido en la Exclusion Anarchy Act. No presté gran atención al asunto al principio, pensando que sería una exageración de los periódicos. Yo era ciudadana estadounidense en virtud de mi matrimonio con Kershner. Pero poco después, cartas de varios amigos abogados de Estados Unidos confirmaron aquellos rumores. Me notificaban que Washington estaba decidido a

negarme la entrada y me presionaban para que volviera lo antes y lo más discretamente posible.

Ya se habían organizado mítines en Escocia y me dije que no debía decepcionar a los camaradas. Decidí proseguir con el trabajo, pero pronto me hicieron caer en la cuenta de que no podría salir de Inglaterra sin que el Gobierno de Estados Unidos fuera informado de mis movimientos.

Fue tras una charla en el Holborn Town Hall, en Londres, cuando fui consciente de que Scotland Yard me vigilaba. Una pandilla de detectives se pegó a mis talones en cuanto salí del lugar de reunión. Rudolf Rocker, Milly, su esposa, Max y otros amigos estaban en ese momento conmigo. Recorrimos Londres en zigzag durante horas, parándonos de vez en cuando en restaurantes y bares, pero nuestras «sombras» nos seguían de cerca y no parecían dispuestas a soltar la presa. Finalmente, los Rocker propusieron que fuéramos a su piso del East End: teníamos que hacer creer a los detectives que íbamos a pasar la noche en su casa, lo que sería nuestra única oportunidad de escapar sin ser vistos a primera hora de la mañana.

Apagamos las luces de la casa y nos sentamos en la oscuridad conspirando cómo engañar a Scotland Yard. Al amanecer, Milly bajó a hacer un reconocimiento. No había nadie a la vista. Unos amigos, en otra parte de la ciudad, nos esperaban. Nos llevaron a un suburbio, a la casa de nuestro camarada horticultor Bernard Kampfmayer. Él y su esposa no estaban activos en el movimiento en ese momento y, por tanto, tampoco bajo vigilancia de las autoridades. Sentí mucho dejar tirados a nuestros camaradas escoceses, pero no podía arriesgarme a que me retuvieran a mi llegada a Estados Unidos y me obligaran a una batalla legal. Sí, decidí volver a casa. Después de pasar tres días con nuestros anfitriones, Max y yo salimos hacia Liverpool y de ahí zarpamos hacia Nueva York vía Montreal.

Las autoridades de inmigración canadienses fueron menos inquisitivas que las estadounidenses y no tuvimos ningún problema para entrar en Canadá. En el camino entre Montreal y Nueva York, el revisor de los

coches cama cogió nuestros billetes, junto con una generosa propina y no se dejó ver hasta que llegamos sanos y salvos a Nueva York. Dos semanas después, en mi primera aparición pública, los periódicos supieron que había vuelto a Estados Unidos. Trataron frenéticamente de averiguar cómo había logrado entrar y yo les sugerí que les preguntaran a los responsables de inmigración.

A mi vuelta encontré a *Mother Earth* en una situación económica deplorable. Apenas había ingresado nada en mi ausencia y los gastos mensuales habían excedido con mucho la cantidad que yo había dejado para el sostén de la revista. Había que hacer algo inmediatamente, y, como era la única que podía recaudar fondos, no perdí tiempo en organizar algunos eventos para asegurarme ayuda para la publicación y en salir enseguida de gira.

La actitud crítica de Sasha hacia mí no había cambiado, quizá se había hecho más pronunciada. A la vez su interés en la joven Becky había aumentado. Yo era consciente de que eran íntimos y me hería que Sasha no tuviera la necesidad de confesármelo. Sabía que no era comunicativo por naturaleza, pero algo en mí se sentía a la vez ofendido y herido por su aparente falta de confianza. Yo me había dado cuenta antes de ir a Europa de que para Sasha mi atractivo físico había muerto durante sus años de cárcel. Me había aferrado a la esperanza de que cuando él aprendiera a entender mi vida, supiera que el que yo hubiera amado a otros no había cambiado mi amor por él, su vieja pasión resurgiera. Era doloroso ver que el nuevo amor que había invadido a Sasha me había excluido por completo. Mi corazón se rebelaba contra esa crueldad, pero sabía que no tenía derecho a quejarme. Mientras que yo había vivido la vida con sus cumbres y valles, a Sasha se le había negado. Durante catorce años lo habían privado de lo que puede ofrecer la juventud y el amor. Ahora lo obtenía de Becky, que lo adoraba como solo puede hacerlo una resuelta quinceañera. Sasha era dos años menor que yo, treinta y seis, pero no había vivido durante catorce años

y, en lo que respecta a las mujeres, había permanecido tan joven e ingenuo como a los veintiuno. Era natural que lo atrajera Becky más que otra mujer que le doblara la edad. Lo veía con toda claridad, pero a la vez me entristecía que buscara en una niña lo que podía tener centuplicado en la madurez y la experiencia.

Apenas cinco semanas después de mi regreso de Europa, volvía a vagabundear por Massachusetts, Connecticut y el estado de Nueva York. Después llegaron Filadelfia, Baltimore, Washington D.C. y Pittsburgh. El jefe de policía de Washington al principio anunció que no me dejaría hablar. Cuando algunos importantes liberales le mencionaron que no era asunto suyo impedir el derecho a la libre expresión le dijo a mi comité que podían proseguir con los mítines. Al mismo tiempo le quitó la licencia al dueño de la sala. Cuando el dueño amenazó con dar la batalla judicial, el jefe le extendió una licencia temporal que permitía «entretenimientos y reuniones a los que no objetaran las autoridades del distrito». Mis mítines no se celebraron.

Pittsburgh me trajo muchos recuerdos: el martirio de Sasha y los peregrinajes que solía hacer a la cárcel, las esperanzas que había atesorado y que no se habían cumplido. Pero mi alma estaba contenta: Sasha había escapado de su prisión y yo había tenido mucho que ver en esa liberación. Nadie podría quitarme esa idea consoladora.

32

Durante todo ese invierno de 1907 y 1908 el país estaba en las garras de la depresión económica. Miles de obreros de todas las grandes ciudades estaban en paro, en la pobreza y deprimidos. Las autoridades, en lugar de inventar maneras y formas de alimentar a los hambrientos, agravaban sus condiciones horripilantes interviniendo en todos los intentos de discutir las causas de la crisis.

Los anarquistas judíos e italianos de Filadelfia habían convocado un mitin con ese fin. Voltairine de Cleyre y Harry Weinberg, un elocuente agitador *yiddish*, se dirigieron a la multitud. Alguien entre el público exigió ir en manifestación hasta el ayuntamiento para pedir trabajo. Los oradores no la veían oportuna, pero la multitud se precipitó a las calles. A mitad de camino del ayuntamiento la policía cargó y golpeó a los obreros. Al día siguiente, Voltairine y Weinberg fueron detenidos y se les impuso una fianza de mil quinientos dólares a cada uno, acusados de incitar a la revuelta.

En Chicago la policía había dispersado una gran manifestación de parados empleando los mismos métodos contra hombres y mujeres indefensos. Escándalos similares habían recorrido todo el país. Emprender una gira en esas condiciones era un trabajo muy duro y apenas rendía para cubrir los gastos; mi situación se agravó con un grave resfriado, que me dejó con una tos terrible, pero perseveré con la esperanza de que cuando

llegara a Chicago se produjera un cambio. Planeaba quedarme con mis queridos amigos Annie y Jake Livshis. Los catorce mítines que me habían organizado tendrían éxito, pensaba yo, porque yo era muy conocida en Chicago y tenía allí muchos amigos dispuestos a ayudarme.

Dos días antes de mi llegada, un joven ruso que había sido golpeado por la policía durante la manifestación de los parados fue a la casa del jefe de policía con la intención de quitarle la vida, según decían los periódicos. Yo no conocía al chico, pero inmediatamente se suspendieron mis mítines y mi nombre se relacionó con el asunto. A mi llegada a Chicago no me recibieron los amigos que me habían invitado a quedarme con ellos sino otros dos camaradas, uno de ellos desconocido para mí. Me sacaron apresuradamente de la multitud y me informaron de que la casa de los Livshis estaba rodeada por la policía y que me llevarían en su lugar a la casa del camarada que acababa de conocer. Ambos hombres me aconsejaron salir de la ciudad enseguida, puesto que la policía estaba decidida a no dejarme hablar. Me negué a que me acosaran así: «Me quedaré en Chicago y haré lo que haría en situaciones similares, pelear por nuestro derecho a ser escuchados», declaré.

En la casa de mi anfitrión advertí que su mujer estaba aterrorizada ante la idea de que la policía averiguara que estaba yo allí. Se pasó toda la noche asomándose a la ventana para ver si ya habían llegado. Por la mañana empezó a discutir con su marido por haberme alojado en su casa. Estaba segura de que yo les traería problemas, decía, y que los vecinos los rechazarían.

Me habría ido a un hotel, pero estaba segura de que no me admitirían en ninguno. Afortunadamente, dos muchachas rusoamericanas llegaron para invitarme a su casa. A una de ellas, la doctora Becky Yampolsky, la conocía por correspondencia. Su piso consistía en un despacho y un salón, me contó, que estaría encantada de compartir conmigo. Acepté entusiasmada. En casa de Yampolsky conocí a William Nathanson, un joven estudiante

activo en el movimiento anarquista *yiddish*. Me ofreció su ayuda para lo que yo quisiera. Su espíritu de camaradería y la preocupación de Becky por mi comodidad me hicieron pronto olvidar la casa de locos de la que me había escapado.

Mi primera pregunta fue sobre el desgraciado muchacho, cuyo nombre era Lazarus Overbuch. ¿Quién era y por qué había ido a por el jefe de policía? Me dijeron que se sabía poco sobre él. No había estado en nuestras filas, ni pertenecía a ningún grupo anarquista. Se habían enterado por su hermana de que no llevaba mucho tiempo en América. En Rusia, él y su familia habían sido víctimas de la terrible masacre de Kishinev. Durante la marcha de los parados en Chicago, había sido testigo de brutalidades semejantes cayendo sobre los obreros por atreverse a mostrar su pobreza y su necesidad. En un país libre, como creía él que era Estados Unidos, vio la misma falta de humanidad y la misma crueldad. Nadie sabía la razón exacta de su visita al jefe de policía. Al muchacho lo había matado el hijo del jefe casi en cuanto puso los pies en la casa.

En la investigación judicial, el jefe Shippey declaró que Overbuch, tras entregarle una carta, había disparado sobre su hijo y que le había metido una bala en el cuerpo. El examen médico no encontró ninguna herida en el cuerpo del joven Shippey. Overbuch murió por un disparo de una pistola del calibre treinta y ocho y, según la declaración del jefe, la pistola que tenía el muchacho era del calibre treinta y dos. Eso no impidió que la policía empezara a hacer redadas y a detener a todo anarquista conocido, así como a clausurar los locales de nuestros camaradas y confiscar sus bibliotecas.

El viejo truco de una policía que aterroriza a los caseros impidió encontrar ningún local para hablar. Todos mis pasos estaban vigilados. Tuve a los detectives siguiéndome el rastro en cuanto se supo que estaba en la casa de mi joven amiga la doctora. Mientras tanto, los periódicos seguían imprimiendo relatos fantásticos sobre el anarquismo y Emma Goldman y sobre cómo conspirábamos para derrotar a la policía. Washington se puso

en acción. El comisario de Inmigración, Sargent, declaró que no sabía cómo Emma Goldman había conseguido regresar a América tras su viaje a Amsterdam. Admitió que había encargado una investigación para localizar al oficial que había desobedecido sus órdenes de no permitirme regresar. Era algo tragicómico ver cómo un poderoso país movía cielo y tierra para amordazar a una mujercita. Afortunadamente, mi sentido de la vanidad no estaba muy desarrollado.

Cuando ya apenas tenía esperanzas de poder hablar en Chicago, Becky Yampolsky apareció para decirme que el doctor Ben L. Reitman nos ofrecía un almacén vacío que se usaba para las reuniones de los parados y los vagabundos. Podíamos celebrar allí los mítines, decía, y también pedía verme para hablar del asunto. En los relatos de la prensa sobre el desfile de los parados en Chicago, Reitman había sido mencionado como el hombre que lideraba la marcha y que estaba entre los golpeados por la policía. Tenía curiosidad por conocerlo.

Llegó por la tarde, una figura exótica y pintoresca, con un enorme sombrero vaquero negro, una corbata de seda suelta y un impresionante bastón. «Así que esta es la damita, Emma Goldman», me saludó. «Siempre he querido conocerla». Su voz era profunda, suave y agradable. Yo le contesté que también quería conocer a esa rareza que creía tanto en la libertad de expresión como para ayudar a Emma Goldman.

Mi visitante era un hombre alto con una cabeza bien cincelada, cubierta con una masa de rizos negros que no parecía haberse lavado en mucho tiempo. Sus ojos eran castaños, grandes y soñadores. Sus labios, que cuando sonreía dejaban ver unos hermosos dientes, eran carnosos y apasionados. Parecía una hermosa bestia. Sus manos, delgadas y blancas, ejercían una fascinación peculiar. Sus uñas, como su cabello, parecían oponerse al uso del jabón y el cepillo. Yo no podía apartar mis ojos de sus manos. De ellas parecía emanar un extraño embrujo acariciante y conmovedor.

Hablamos sobre el mitin. El doctor Reitman dijo que las autoridades le habían asegurado que no se opondrían a que yo hablara en Chicago. «Depende de ella encontrar un lugar», le habían dicho. Le apetecía ponerlos a prueba. En su local se podían sentar doscientas personas. Estaba muy sucio, pero los vagabundos ayudarían a limpiarlo. Una vez se hubiera celebrado un acto en su local, sería más fácil obtener otros. Con mucho entusiasmo y energía mi visitante elaboró un plan para derrotar a la policía mediante nuestra reunión en los cuarteles de la Brotherhood Welfare Association, como llamaba a su local. Se quedó varias horas y cuando se fue, me quedé inquieta y perturbada, bajo el hechizo de las manos de aquel hombre.

Con la ayuda de aquellos vagabundos, Reitman limpió el almacén, construyó un estrado y apañó unos bancos para que pudieran sentarse doscientas cincuenta personas. Nuestras muchachas cosieron unas cortinas para hacer un poco atractivo el lugar y para aislarnos de las miradas curiosas. Todo estaba listo para el acontecimiento y la prensa publicaba historias sensacionalistas sobre Reitman y Emma Goldman conspirando contra las órdenes de la policía. La tarde del día señalado funcionarios de vivienda y bomberos visitaron el almacén. Preguntaron al doctor cuánta gente esperaba sentar allí. Oliéndose el problema dijo: cincuenta. «Nueve», decidió el departamento. «Este lugar no es seguro para más gente», le hizo eco uno de los bomberos. De un solo plumazo, nuestro mitin fue clausurado y la policía se apuntó otro tanto.

Ese nuevo escándalo conmovió a algún periodista. *The Inter-Ocean* me abrió sus columnas y, durante varios días, aparecieron artículos míos en sus páginas, llegando a muchos miles de lectores con cada número. Así pude presentar a un amplio público la tragedia de Overbuch, el papel que habían jugado el jefe de policía y su hijo y la conspiración para suprimir la libertad de expresión, así como presentar mis ideas con completa libertad y sin censura. El editor, por supuesto, se reservó el derecho de colocar titulares

chillones sobre mi artículo y de denunciar el anarquismo en el editorial pero, como yo escribía con mi firma, lo que tenía que decir no se veía de ninguna manera afectado por cualquier otra cosa que apareciera en el periódico.

The Inter-Ocean tenía muchas ganas de dar un golpe contra la policía. Me ofrecieron un automóvil desde el que podría dirigirme a las masas en la ciudad; ellos proporcionarían los periodistas, fotógrafos, luces y toda la parafernalia «para que la aventura resuene». Yo no accedí a ese espectáculo circense; no establecería mi derecho a la libre expresión y solo vulgarizaría algo que para mí era sagrado.

Como todos los lugares de reunión se habían cerrado, le sugerí a los camaradas que organizáramos un concierto en el Workmen's Hall sin que apareciera mi nombre en los anuncios. Trataría de zafarme de la vigilancia y llegar al local a la hora convenida. Solo unos pocos miembros de nuestro grupo estaban al tanto del plan, los otros creerían que el único propósito del evento era recaudar fondos para nuestra batalla.

Solo una persona ajena fue hecha partícipe del secreto: Ben Reitman. Algunos camaradas se oponían porque el doctor era un recién llegado y como tal no se podía confiar en él. Yo respondí que aquel hombre había mostrado mucho ánimo al ofrecer su local y que había sido de mucha ayuda con la publicidad de nuestros intentos. No se podía dudar de su interés. No convencí a los objetores, pero otros camaradas estuvieron de acuerdo en contárselo a Reitman.

Aquella noche no pude dormir. Me revolvía en un estado de agitación, cuestionándome por qué había defendido con tanto ardor a una persona a la que realmente no conocía de nada. Siempre me había opuesto a confiar inmediatamente en los extraños. ¿Qué tenía ese hombre que me hacía confiar en él? Tuve que reconocer que todo se debía a mi intensa atracción por él. Desde el momento en que había entrado en la consulta de Yampolsky, me había sentido empujada hacia él. Como después pasamos

mucho tiempo juntos, mi atracción física por él había aumentado. Yo era consciente de que él también estaba interesado; me lo demostraba con cada mirada y un día me había abrazado en un intento de besarme. Me molestó su presunción, pero me excitó su cercanía. En la tranquilidad de la noche, sola con mis pensamientos, me di cuenta de mi creciente pasión por aquella hermosa y salvaje criatura, cuyas manos ejercían sobre mí tanta fascinación.

La tarde del evento social, el 17 de marzo, conseguí salir por la puerta trasera del edificio de Yampolsky dejando a los detectives esperándome en la puerta principal. Atravesé las filas de policías que rodeaban el local. El público era numeroso y había muchos policías en el interior, pegados contra las paredes. El concierto había comenzado y alguien interpretaba un solo de violín. En la semioscuridad avancé hasta el proscenio. Cuando paró la música, Ben Reitman subió al estrado y anunció que una amiga conocida por todos iba a dirigirse a la concurrencia. Me levanté rápidamente y empecé a hablar. Los primeros tonos de mi voz y la ovación que recibí del público atrajeron a la policía hasta el estrado. El comisario al mando me cogió por la fuerza, casi desgarrándome el vestido. Enseguida se desató la confusión. Ante el temor de que algunos de nuestros jóvenes actuaran impulsivamente, me dirigí a ellos: «La policía está aquí para provocar otro disturbio como Haymarket. No les demos ocasión. Salid tranquilamente y así ayudaréis mil veces más a nuestra causa». El público aplaudió y entonó un canto revolucionario, saliendo en perfecto orden. El comisario, furioso porque había fracasado en su misión de silenciarme, me empujó hacia la salida, jurando en arameo. Cuando llegamos a la escalera, me negué a moverme hasta que me dieran mi abrigo y mi sombrero, que se habían quedado en el local. Estaba allí, con la espalda contra la pared, esperando mis cosas, cuando vi a Ben Reitman arrastrado por dos policías que lo empujaron escaleras abajo. Pasó a mi lado sin una mirada o una palabra. Me afectó, pero pensé que fingía no conocerme para engañar a los policías. Seguramente acudiría después a casa de Yampolsky, cuando se hubiera

librado de la policía, me dije para tranquilizarme. Me llevaron, con un cortejo de policías, detectives y periodistas y una gran multitud, hasta la puerta de la casa de Becky Yampolsky.

Mis camaradas estaban ya en la consulta, discutiendo cómo era posible que los periodistas y las autoridades se hubieran enterado de que yo estaría presente en la reunión. Noté que sospechaban de Reitman. Me indigné pero no dije nada, esperaba que él apareciera pronto y hablara por sí mismo, pero pasaba la noche y el doctor no parecía. Las sospechas de mis camaradas aumentaron y me las transmitieron. «Seguro que lo ha retenido la policía», traté de explicar. La fiel Becky y Nathanson estuvieron de acuerdo en que esa sería la razón, pero los otros dudaban. Pasé una noche horrible, aferrándome a mi fe en el hombre, pero temiendo que fuera culpable.

Reitman apareció a primera hora de la mañana. No lo habían detenido, me dijo, pero por razones importantes no pudo acudir a casa de Becky tras la reunión. No tenía ni idea de quién había informado a la prensa y a las autoridades. Lo miré inquisitivamente, tratando de sondear su alma. Las dudas que pudiera haber albergado la noche anterior se fundían como el hielo bajo los primeros rayos de sol. Me parecía imposible que alguien con un rostro tan franco pudiera ser capaz de traición o de mentir deliberadamente.

La acción de la policía tuvo como resultado que la mayoría de los periódicos, que antes habían incitado a las autoridades a «aplastar la anarquía», publicaran editoriales protestando contra la brutalidad con la que se me había tratado. Algunos declararon que no había sido la policía, sino el valor y la sangre fría de Emma Goldman lo que había evitado un derramamiento de sangre. Un periódico escribía: «El comisario Mahoney actuó en contra de sus órdenes expulsando a Emma Goldman del Workmen’s Hall donde iba a dar una charla. Al impedirle hablar se convirtió en un juguete en sus manos y justificó los apasionados asertos de

sus seguidores de que no existe el derecho constitucional a la libre expresión».

Durante los días siguientes, la prensa de Chicago publicó artículos y cartas de protesta firmados por hombres y mujeres muy conocidos. Una de ellas era de William Dudley Foulke, que expresaba su indignación por acallar a Emma Goldman y de la libre expresión. Otra estaba firmada por el doctor Kuh, un prominente médico de Chicago. El resultado más gratificante fue la toma de postura del rabino Hirsh en relación con la actuación policial. El domingo siguiente dedicó su sermón a dar una exposición objetiva del anarquismo. Entre otras cosas señaló la estupidez de las autoridades por ensayar métodos violentos para aplastar un ideal que contaba entre sus portavoces con algunas de las almas más nobles de este mundo. El doctor Kuh contribuyó también al cambio de actitud invitándome a su casa para que conociera a su hermano y a otros amigos interesados en la batalla por la libertad de expresión. Así se formó una Free Speech League que tuvo como miembros a algunos de los más destacados radicales de Chicago.

La Liga me pidió que me quedara en la ciudad hasta que pudiera ejercer mi derecho a hablar. Desgraciadamente no pude cumplir sus deseos porque tenía charlas ya organizadas en Milwaukee y otras ciudades del Oeste, pero quedé en que regresaría después.

La suspensión de los mítines de Chicago me proporcionó una publicidad a lo largo y ancho del país como no había tenido desde la tragedia de Buffalo. Yo había estado varias veces en Milwaukee, pero nunca había conseguido atraer mucha atención. Ahora el público desbordaba la capacidad de nuestros locales y mucha gente se quedaba sin entrar. Incluso los socialistas acudieron en bloque, entre ellos Victor Berger, su líder. Había coincidido con él una vez y me había parecido tan intolerante con las ideas que yo representaba como solo puede serlo un socialista marxista. Ahora

incluso me elogiaba por la lucha que había emprendido. La demanda de literatura anarquista aumentó muy satisfactoriamente.

Tenía miles de razones para estar satisfecha con la respuesta de Milwaukee y para estar feliz en el círculo de mis buenos camaradas, pero seguía inquieta y descontenta. Me poseía un enorme anhelo, una nostalgia irresistible por el contacto del hombre que tanto me había atraído en Chicago. Le telegrafié para que viniera, pero una vez estuvo allí, luché desesperadamente contra una barrera interior que no podía ni explicar ni superar. Tras los mítines, regresé con Reitman a Chicago. La policía ya no seguía mi pista y, por primera vez en semanas, pude disfrutar de algo de privacidad, moverme libremente y hablar con mis amigos sin temer la vigilancia. Para celebrar mi liberación de la eterna presencia de los detectives, el doctor me llevó a cenar. Habló de sí mismo y de su juventud, de su padre rico que se había divorciado de su madre y la había dejado en la pobreza para que se apañara ella y sus dos niños. El *wanderlust* del chico se había manifestado ya a los cinco años y lo atraía sin remedio a las vías del tren. Se escapó a los once años, vagabundeó por todo Estados Unidos y Europa, siempre al lado de las simas de la existencia humana, el vicio y el delito. Trabajó como conserje en la Politécnica de Chicago, donde los profesores se interesaron por él. Se casó a los veintitrés años y se divorció poco después, con un hijo fruto de esa breve unión. Me habló de su pasión por su madre, de la influencia que sobre él tuvo un predicador baptista y de muchas aventuras, algunas coloridas, otras sórdidas, que habían conformado su vida.

Yo estaba arrebatada por esa encarnación de los tipos que solo había conocido a través de los libros, los personajes que caracterizaban Gorki y Dostoievski. La tristeza de mi vida personal, las penalidades que había soportado durante mis semanas en Chicago parecían desvanecerse. Me sentía joven y despreocupada de nuevo. Me moría por estar entre los brazos de ese hombre procedente de un mundo tan distinto al mío.

Aquella noche en casa de Yampolsky me dejé llevar por un torrente de pasión elemental que nunca habría creído que un hombre pudiera despertar en mí. Respondí sin vergüenza a su llamada primitiva, su desnuda belleza, su goce extático.

El día me trajo de nuevo a la tierra y a trabajar por mi ideal, que no permitía otro dios. En la víspera de mi partida hacia Minneapolis y Winnipeg, unos amigos me invitaron a cenar a un restaurante. Ben se reuniría después con nosotros. Éramos una alegre pandilla, divirtiéndonos en las últimas horas de mi agotadora estancia en Chicago. Pronto llegó Ben y con él el tono se animó más aún.

Cerca de nosotros estaba sentado un grupo de hombres, uno de los cuales reconocí como el capitán Schuettler, cuya presencia me parecía que emponzoñaba el aire. De repente lo vi acercarse a nuestra mesa. Para mi sorpresa, Ben se levantó y se dirigió hacia Schuettler, que lo saludó con un jovial «¡Hola, Ben!», golpeándole familiarmente el hombro. Los otros, evidentemente policías, parecían todos conocer a Ben y llevarse bien con él. Enfado, disgusto y horror, todo mezclado, me hacían latir las sienes y me ponían enferma. Mis amigos se miraban entre ellos y a mí, lo que aumentaba mi malestar.

¡Ben Reitman, cuyo abrazo me había llenado de delirio, amigo de los detectives! Las manos que habían hecho arder mi carne se acercaban ahora a la bestia que casi estrangula a Louis Lingg, al hombre que me había acosado y amenazado en 1901. ¿Ben Reitman, el defensor de la libertad, alternando con la misma gente que impedía el ejercicio del derecho de la libre expresión, que golpeaba a los parados, que había asesinado al pobre Overbuch? ¿Cómo podía yo tener algo que ver con él? Me invadió el pensamiento terrible de que él mismo podría ser un detective. Por un momento me quedé totalmente paralizada. Traté de desechar esa idea terrible, pero se hacía más y más insistente. Recordé el acto del 17 de marzo y la traición que había conducido a la policía y a los periodistas a la

reunión. ¿Se habría chivado Reitman? ¿Era eso posible? ¡Y yo me había entregado a ese hombre! Yo, que había combatido a los enemigos de la justicia y de la libertad durante diecinueve años, había gozado en los brazos de un hombre que era uno de ellos.

Luché para mantener el control y les sugerí a mis amigos que nos fuéramos. Los camaradas que me acompañaron al tren fueron amables y comprensivos. Hablaron de la gran labor que yo había hecho y de sus planes para mi regreso. Les agradecí su tacto, pero deseaba que el tren me llevara lejos. Finalmente este salió y yo me quedé sola, sola con mis pensamientos y con una tormenta en el corazón.

La noche fue interminable. Me revolvía entre dudas que minaban mis nervios y la vergüenza de reconocer que aún deseaba a Ben. En Milwaukee tenía un telegrama suyo en el que me preguntaba por qué había huido. No le contesté. Otro telegrama por la tarde decía: «Te quiero, te deseo. Deja que vaya a verte». Contesté: «No quiero amor de un amigo de Schuettler». En Winnipeg me esperaba una carta desbordante de pasión en la que me suplicaba que le dejara explicarse.

Estaba muy ocupada esos días con los mítines, lo que me hizo menos difícil ser valiente y resistir mi deseo por Ben, pero las noches eran conflictivas y salvajes. Mi razón repudiaba al hombre, pero mi corazón aullaba por él. Luché frenéticamente contra mi atracción, tratando de acallar mi deseo concentrándome por completo en mis conferencias.

En el camino de vuelta de Canadá, me retuvieron en la frontera estadounidense, un oficial de inmigración me sacó del tren y me asaeteó a preguntas sobre mi derecho a entrar en Estados Unidos. El sátrapa de Washington se había estudiado la ley antianarquista. Sudaba y se esforzaba buscando un ascenso, más que la gloria del tío Sam. Le comuniqué que había vivido veintitrés años en el país, mientras que la ley antianarquista solo se aplicaba a personas que hubieran estado menos de tres años en el país. Además era ciudadana estadounidense por matrimonio. Al oficial de

inmigración casi le da un pasmo. Había visto las medallas bailando en el aire y no podía soportar que se le escaparan.

Al volver a Minneapolis, encontré más cartas de Ben pidiéndome que lo recibiera. Luché un tiempo contra ello, pero al final tuve un extraño sueño que decidió el asunto. Soñé que Ben se inclinaba sobre mí, con su cara junto a la mía, sus manos en mi pecho. Salían llamas de las yemas de sus dedos que poco a poco envolvían mi cuerpo. No hice nada para escapar de ellas. Me acercaba, deseando que su fuego me consumiera. Cuando me desperté, mi corazón seguía murmurando a mi rebelde cerebro que una gran pasión a menudo inspira altos pensamientos y hermosas acciones. ¿Por que no iba a poder yo inspirar a Ben, llevarle conmigo al mundo de mis ideas sociales?

Le telegrafié «Ven» y pasé doce horas desgarrada entre la duda enfermiza y el loco deseo de creer en ese hombre. No podía ser que mi instinto estuviera tan desencaminado, me repetía a mí misma, que me atrajera tan irresistiblemente alguien no digno de ello.

La explicación que me dio Ben de la escena con Schuettler disipó mis dudas. No era amistad por el hombre o conexión con el departamento de policía lo que hacía que se conocieran. Por su trabajo con los vagabundos, sin techo y prostitutas, solía entrar en contacto con las autoridades. Los marginados siempre acudían a él cuando tenían problemas. Lo conocían y confiaban en él y él los entendía mucho mejor que la denominada gente respetable. Había sido él mismo parte del submundo y sus simpatías estaban del lado de los desechos de la sociedad. Lo habían convertido en su portavoz y, como tal, frecuentaba a la policía para hablar en su defensa. «Nunca hubo nada más. Por favor, créeme», rogaba Ben, «y déjame demostrártelo». Fuera lo que fuera de lo que se tratara, yo tenía que creer en él con una fe inquebrantable.

33

Mientras se anulaban mis mítines en Chicago, Sasha era sometido a una persecución parecida en el Este. En varias ciudades de Massachusetts sus charlas fueron interrumpidas y la policía disolvió por la fuerza las manifestaciones de parados en Union Square que él presidía. Me preocupaba Sasha y le telegrafié para que me dijera si veía necesario que yo regresara a Nueva York. A la mañana siguiente leí en la prensa que había explotado una bomba en Union Square y que habían detenido a Alexander Berkman. Olvidé nuestras desavenencias. ¡Sasha estaba en apuros y yo no estaba a su lado para ayudarlo y consolarlo! Decidí salir hacia Nueva York inmediatamente, pero, antes de que pudiera ejecutar mi decisión, llegó un telegrama de Sasha contándome que las autoridades habían intentado implicarle en el asunto de Union Square y que, como no lo habían conseguido, lo acusaban de «incitar a la rebelión». Esa acusación también se desestimó por falta de pruebas. Me explicaba en una carta que no tenía por qué preocuparme y que la única víctima del trágico asunto de Union Square había sido un joven camarada, Selig Silverstein, un chaval encantador al que habían aporreado, le había zarandeado la explosión y después lo habían torturado en la comisaría. El sufrimiento físico y la angustia mental lo habían rematado. La descripción que hacía Sasha de la brutalidad policial y del camarada, tan valiente y estoico hasta el final, incrementó mi odio por la maquinaria gubernamental y su violencia

organizada. Me hizo jurar una vez más seguir con mi labor hasta mi último aliento.

Antes de salir hacia California, Ben me pidió acompañarme en la gira. Tenía suficiente dinero para pagar sus gastos, me juró. Me ayudaría con mi trabajo, organizaría mítines, vendería libros, o haría cualquier cosa para estar a mi lado. La idea me hacía muy feliz. Sería fantástico que alguien me acompañara en las largas y agotadoras jornadas de viaje por el país, alguien que fuera amante, compañero y representante. Y, aun así, dudaba. Mis charlas, después de restarle mis gastos, daban muy poco beneficio a *Mother Earth*. Apenas bastarían para cubrir otra carga y yo no quería aceptar la cooperación de Ben sin que compartiera los resultados. Y había otra cosa que considerar: mis camaradas. Me habían ayudado con lealtad, aunque no siempre con eficacia. Estaba segura de que verían a Ben como un entrometido. Procedía de otros mundos; además, era impetuoso y no siempre tenía tacto. Seguramente surgirían conflictos y de eso yo ya tenía ración suficiente. Se me hacía difícil tomar una decisión, pero mi necesidad de Ben, de lo que me ofrecía su naturaleza primitiva, era muy acuciante. Decidí llevarlo conmigo y no preocuparme del resto.

Sentada junto a Ben en el tren en marcha, con su respiración cálida casi rozando mi mejilla, le escuchaba recitar una de sus estrofas favoritas de Kipling:

> Me siento y miro hacia el mar
> hasta que parece que no queda nadie más que tú y yo.
> «Tú y yo, mi mamita de ojos azules», susurró.

¿Acaso era el principio de un nuevo capítulo de mi vida?, me pregunté. ¿Qué me traería? Todo mi ser se llenaba de una sensación de comodidad y seguridad. Cerré mis ojos de felicidad y me acurruqué cerca de mi amante. Era una fuerza nueva y grande y yo estaba segura de que duraría.

Los mítines en San Francisco los llevaba mi amigo Alexander Horr. Como no esperaba ningún problema allí donde nunca había habido

intervenciones, me sentía tranquila.

Pero no había contado con el ambicioso jefe de policía de San Francisco. Envidioso quizás de los laureles que se habían colgado sus colegas del Este, el jefe de policía Biggley parecía ansioso por alcanzar una gloria similar. Se presentó él mismo en la estación, acompañado por un regimiento de policías y equipado con un enorme automóvil. Desfilaron tras el taxi que me llevaba, con Ben y Horr, al hotel St. Francis. Allí se quedaron cuatro detectives para velar por mi seguridad.

Mi solemne entrada en el hotel despertó las sospechas de la dirección y la curiosidad de los huéspedes. Incapaz de entender el inesperado homenaje, me volví hacia Horr pidiéndole una explicación.

«¿No sabes acaso», me dijo con una cara completamente seria, «¿que hay rumores de que vienes a San Francisco para volar la flota estadounidense que está ahora atracada en el puerto?» «No te inventes ridiculeces», le contesté. «No esperarás que me crea eso». Él insistía en que lo decía en serio, que Biggley había presumido de que protegería la flota contra «Emma Goldman y su banda». Mi amigo había reservado a propósito una habitación para mí en el muy respetable St. Francis; alguien que viviera en un lugar así no sería sospechoso de relacionarse con bombas. «No te preocupes de lo que piense la gente», le contesté. «Este lugar es chillón y vulgar y no soporto tener que mezclarme con la gente rica y vulgar que se aloja aquí». El pobre Horr se quedó cabizbajo y nos fuimos a buscar otro alojamiento.

Mientras tanto, no me dejaban en paz. Los periodistas me asediaban con cámaras, me fotografiaban en contra de mi voluntad y me hacían preguntas incesantes, la principal de las cuales era si realmente había ido a bombardear la flota.

«¿Para qué malgastar una bomba?», les contesté. «Lo que me gustaría hacer con la flota, con la marina completa y también con el ejército, es hundirla en la bahía. Pero, como no tengo poder para eso, he venido a San

Francisco para señalar a la gente lo inútiles y prescindibles que son las instituciones militares, ya operen estas por tierra o por mar».

A medianoche regresó mi amigo. Había encontrado un buen lugar, aunque estaba muy alejado de la ciudad. Era la casa de campo de Joe Edelsohn, allí habría espacio suficiente para Ben y para mí. Sabía que Joe era un espléndido camarada y me alegraba salir del St. Francis Hotel, aunque tuviera que caminar mucho. Los tres, con nuestro equipaje, nos metimos en un taxi y, con los cuatro detectives siguiéndonos en otro coche, llegamos a casa de Joe. Los hombres de paisano mantuvieron la guardia y, por la mañana, fueron remplazados por la policía montada. Así fue durante toda mi estancia en la ciudad.

Un día Ben me llevó a Presidio, el campamento militar de San Francisco. Conocía al médico jefe de su hospital, había trabajado con él durante el terremoto y le había ayudado con los pacientes. Los detectives nos siguieron hasta la mismísima puerta del hospital, pero tuvimos la satisfacción de ver cómo se quedaban fuera mientras Emma Goldman, la enemiga del militarismo, era recibida por el médico a cargo y visitaba con él los pabellones.

Los mítines eran auténticos campos de batalla. La policía rodeaba las calles con coches, a caballo y a pie. Dentro de las salas había policía fuertemente armada rodeando el estrado. Naturalmente esta profusión de hombres en uniforme publicitaba nuestros mítines más allá de toda expectativa. Nuestra sala tenía una capacidad de cinco mil asientos y se quedó pequeña para las masas que exigían entrar. Se formaban colas horas antes de la hora convenida para las charlas. Nunca, en todos los años en los que había salido de gira, excepto en la manifestación de Union Square de 1893, había visto yo masas tan entusiastas y dispuestas. Todo se debía a la fantástica farsa que representaban las autoridades a costa de enormes cantidades de dinero de los contribuyentes.

El mitin más interesante se celebró un domingo por la tarde, cuando hablé sobre el patriotismo. La masa que pugnaba por entrar era tan numerosa que tuvimos que cerrar muy temprano las puertas de la sala para prevenir una estampida. El ambiente estaba cargado de indignación hacia la policía, que se pavoneaba ante la gente allí reunida. Mi propia capacidad de aguante había llegado al límite y llegué al mitin decidida a exponer en términos inequívocos mi protesta. Cuando vi las caras excitadas del público, noté enseguida que, ante la más mínima incitación por mi parte, estallarían las acciones violentas. Incluso la mente corta de Biggley reaccionó ante la gravedad de la situación. Se acercó a pedirme que intentara pacificar a la gente. Lo prometí con la condición de que redujera el número de sus hombres en la sala. Aceptó y dio órdenes a los policías de que abandonaran el local. Y salieron en fila, como escolares culpables, acompañados por las burlas y abucheos de la multitud.

Debido al ardor patriótico que había llenado los periódicos de San Francisco los días anteriores, el tema de la charla parecía especialmente adecuado. La presencia de un público tan amplio era señal de que había escogido bien. La gente deseaba sin duda escuchar una versión diferente del mito nacionalista. «Hombres y mujeres», comencé, «¿qué es el patriotismo? ¿Es el amor al lugar de nacimiento, a los recuerdos, esperanzas y aspiraciones de la infancia? ¿Es aquel lugar donde, con ingenuidad infantil, solíamos mirar las nubes que pasan y preguntarnos por qué nosotros no podíamos flotar con tal garbo? ¿El lugar donde solíamos contar las miles y miles de estrellas parpadeantes, muertos de miedo por que fueran ojos que escrutaran lo más profundo de nuestras pequeñas almas? ¿Es el lugar donde escuchábamos el canto de los pájaros y soñábamos con tener alas para, como ellos, volar a tierras lejanas? ¿O el lugar donde nos sentábamos en el regazo de la madre, arrebatados por los relatos de grandes hazañas y conquistas? En resumen, ¿es el amor por un rinconcillo, en el que cada

centímetro nos trae recuerdos preciados y queridos de una infancia feliz, alegre y juguetona?

»Si esto fuera el patriotismo, a pocos estadounidenses hoy se les podría pedir ser patriotas, puesto que el lugar de sus juegos se ha convertido en una fábrica, una fundición o una mina, mientras que los ruidos ensordecedores de la maquinaria han ahogado la música de los pájaros. Tampoco escuchamos ya los relatos de las grandes hazañas, pues las historias que hoy cuentan nuestras madres están tejidas de dolor, lágrimas y pena.

»Entonces, ¿qué es el patriotismo? "El patriotismo, señor, es el último recurso de los canallas", dijo el doctor Johnson. Liev Tolstói, el gran antipatriota de nuestro tiempo, ha definido el patriotismo como el principio que justifica el adiestramiento de asesinos a gran escala; un oficio, el de matar hombres, que requiere más equipamiento que la fabricación de objetos necesarios como zapatos, vestidos y casas, un oficio que garantiza más beneficios y más gloria que el del honesto trabajador».

El aplauso atronador que me interrumpió me dejó claro que las cinco mil personas simpatizaban con mis ideas. Proseguí entonces con un análisis del origen, la naturaleza y el significado del patriotismo y su coste terrible para todo país. Una hora después, al finalizar mi discurso, pronunciado en medio de un tenso silencio, me arrolló una tromba y me vi rodeada de hombres y mujeres que querían estrechar mi mano. Estaba mareada por la emoción y no retenía las cosas que me decían. De repente me percaté de una figura alta, en uniforme de soldado, que me tendía la mano. Sin reflexión previa, la estreché. Cuando el público lo vio, estalló el caos. La gente arrojaba sus sombreros al aire, pateaba el suelo y gritaba con alegría incontrolada ante el espectáculo de Emma Goldman estrechando la mano de un soldado. Todo ocurrió tan rápido que no pude preguntarle al hombre cómo se llamaba. Todo lo que dijo fue: «Gracias, señorita Goldman», y se retiró tan discretamente como había aparecido. Un final teatral a una situación muy dramática.

A la mañana siguiente, leí en los periódicos que, a la salida del mitin de Emma Goldman, policías de paisano habían seguido a un soldado hasta Presidio y allí lo habían denunciado a las autoridades militares. Más tarde la prensa informó de que el nombre del soldado era William Buwalda, que estaba bajo arresto militar y que se enfrentaba a un consejo de guerra «por asistir al mitin de Emma Goldman y por estrecharle la mano». Aquello sonaba absurdo, pero nos pusimos a trabajar inmediatamente para organizar un comité para su defensa y recaudar dinero para su lucha. Después, Ben y yo nos fuimos a Los Ángeles.

Los acontecimientos más interesantes en aquella ciudad, además de unos mítines animados y bien atendidos, fueron un debate con el señor Claude Riddle, un socialista, y una visita a George A. Pettibone. Yo había debatido previamente con muchos socialistas, pero en este caso mi oponente resultó ser el más ecuánime de todos ellos. A ojos de su partido aquello parecía un delito e inmediatamente le suspendieron su militancia. Era una coincidencia bastante interesante que un soldado del ejército de Estados Unidos y un socialista fueran simultáneamente castigados por atreverse a tener relación con Emma Goldman.

George A. Pettibone, junto con Charles H. Moyer y William D. Haywood, había sido víctima de una conspiración para aplastar la Western Miners' Federation. Durante años los dueños de las minas de Colorado habían librado sin éxito una guerra sin tregua contra las organizaciones obreras. Cuando descubrieron que no se podían quebrar los ánimos del sindicato y que los líderes no se podían ni asustar ni comprar, buscaron otros medios para destruirlos. En febrero de 1906, los tres hombres fueron detenidos en Denver acusados de haber asesinado al exgobernador Steunenberg. Tan poderosa era la autocracia del dinero que despacharon a los presos a Boise City sin la más mínima apariencia de legalidad. El tren y los documentos de extradición se habían preparado con anterioridad al

arresto. La única prueba contra los defensores de la clase obrera había sido proporcionada por un espía de Pinkerton, Harry Orchard.

Durante un año, sus vidas pendieron de un hilo. La prensa generalista había estado incitando a las autoridades de Idaho para que los subiera al cadalso. El tono en esta caza al hombre lo había marcado el presidente Roosevelt, que había señalado a Moyer, Haywood y Pettibone como «ciudadanos indeseables».

La campaña inmediata y concertada de los cuerpos radicales y obreros a lo largo de todo el país había logrado frustrar los planes de los dueños de las minas. En esa agitación, los anarquistas habían jugado un papel importante, entregando su energía y sus medios para salvar a los hombres procesados. Yo había dado charlas sobre el caso, mientras que *Mother Earth* había proclamado su inocencia y presionado a los obreros para que, si era necesario, declararan una huelga general para rescatar a sus camaradas de la soga. El día de su absolución el grupo de *Mother Earth* había telegrafiado a Roosevelt: «Ciudadanos indeseables victoriosos. Regocijo». Era una expresión de nuestro desprecio por el hombre que, a pesar de ser presidente de Estados Unidos, se había sumado a la jauría de perros.

No había tenido oportunidad de conocer a ninguno de los tres hombres antes ni después del juicio. Sabía que Pettibone vivía en la ciudad en el más estricto retiro, con la salud machacada por su experiencia carcelaria. Cuando supo que yo venía, envió a un amigo a decirme que llevaba muchos años queriendo conocerme.

Lo encontré con la marca de la muerte en su rostro, pero con el entusiasmo por la causa obrera aún brillándole en los ojos. Hablamos de muchas cosas, entre ellas del asesinato judicial de Chicago, en 1887, que había sido un factor tan importante para despertar su espíritu rebelde como lo había sido para mí. Abundó en los acontecimientos que habían pretendido crear un segundo 11 de noviembre, pero que, en vez de ello, habían resultado un día marcado en rojo para las fuerzas obreras. Me contó

muchos incidentes de sus conflictos con los Pinkerton y me habló de cómo solían burlarse de su cobardía y de su estupidez. Me contó que las autoridades habían tratado de inducirle a que se volviera en contra de sus camaradas. «¡Imagínatelo!», dijo. «Apelaron a mi interés como hombre de negocios y a las ocasiones que tendría de liberarme y prosperar. ¿Cómo iban a saber esas criaturas empobrecidas de alma y de mente que yo habría preferido morir mil veces antes de tocar un pelo de los otros chicos?»

En Portland, Oregón, nos enteramos de la grata noticia de que los dos salones que habíamos alquilado para mis conferencias, el Arion, propiedad de una sociedad alemana, y la YMCA habían rechazado en el último momento mi presencia. Afortunadamente, en la ciudad había mucha gente para quien el derecho a la libre expresión no era una mera teoría. Entre ellas destacaban el exsenador Charles Erskine Scott Wood, un distinguido abogado, escritor y pintor muy influyente culturalmente en su ciudad. Era un hombre apuesto y de personalidad agradable, un libertario en el auténtico sentido de la palabra. Su mediación había sido crucial para lograr las dos salas y se quedó muy disgustado cuando los dueños se echaron atrás. Intentó consolarme asegurando que podríamos exigir responsabilidades a la Arion Society, puesto que habían firmado un contrato por el alquiler de su local. Cuando le dije que yo nunca invocaba la ley en contra de nadie, el señor Wood exclamó: «¡Así que esa es la clase de peligrosa anarquista que eres! Ahora que te he descubierto, tengo que compartir esta confidencia con otros. Tendré que pedirles que conozcan a la verdadera Emma Goldman». En unos pocos días, no solo me había presentado a diversas personas sino que había convencido al señor Chapman, uno de los editores de *The Oregonian*, para escribir sobre mis conferencias, y al reverendo doctor Elliott, un ministro de la iglesia unitaria, para que me ofreciera su iglesia. Y convenció también a un número considerable de hombres y mujeres prominentes de la ciudad a declararse públicamente a favor de mi derecho a ser escuchada.

Después de aquello, la travesía fue fácil. Se consiguió una sala y a los mítines acudió un público amplio y representativo. El señor Wood presentó mi primera conferencia y pronunció un brillante discurso de introducción. Con este respaldo hubiera conquistado a mis oyentes incluso aunque hubiera estado menos inspirada, pero estaba muy alterada por las noticias de los periódicos de esa mañana sobre el trato que se le había dado a William Buwalda. Se le había juzgado en consejo de guerra, expulsado del ejército, degradado y condenado a la prisión militar de Alcatraz durante cinco años. Y eso a pesar de que sus superiores reconocían que había sido un soldado ejemplar en el ejército de Estados Unidos durante quince años. Ese era el castigo que se infligía al hombre cuyo delito, como había declarado el general Funston, había consistido en «acudir al mitin de Emma Goldman en uniforme, aplaudir su discurso y estrechar la mano de esa peligrosa mujer anarquista».

Mi tema era «Anarquismo». ¿Qué mejor argumento necesitaba que el ultraje del Estado a William Buwalda, del Estado y su maquinaria militar, de la que no hay escondite o escape? Mi discurso fue intenso y encendió a todos los presentes, incluso a los que habían acudido por curiosidad. Al concluir mi charla, hice un llamamiento por una campaña inmediata para despertar a la opinión pública contra la sentencia de Buwalda. La concurrencia respondió generosamente con dinero y adhesiones para organizar el trabajo y pedir su pronta liberación. Se eligió tesorero al señor Wood y se recaudó allí mismo una suma considerable.

El público de mis mítines aumentaba, con multitudes que representaban todos los estratos sociales: abogados, jueces, médicos, hombres de letras, mujeres de la alta sociedad y empleadas de la fábrica iban a escuchar la verdad sobre las ideas que les habían enseñado a temer y odiar.

Salimos hacia Butte, Montana, tras mítines con mucho éxito en Seattle y Spokane. El viaje me ofreció la ocasión de observar al campesino del Oeste y a los indios de las reservas. El granjero de Montana apenas difería de su

hermano de Nueva Inglaterra. Me parecieron tan poco hospitalarios y agarrados como los granjeros a los que Sasha y yo tratábamos de vender retratos a lápiz en 1891. Montana es uno de los estados más hermosos, su suelo es rico y fértil, mucho más que el indómito terrón de Nueva Inglaterra. Y aun así esos granjeros eran hoscos, avariciosos y sospechaban del extranjero. La reserva india me reveló las bendiciones del gobierno del hombre blanco. Los auténticos nativos americanos, antaño señores de toda esa tierra, se habían convertido en meras sombras de lo que habían sido antaño. Las enfermedades venéreas causaban estragos, la plaga blanca destrozaba sus pulmones. A cambio de su vigor habían recibido el regalo de la Biblia. El espíritu amable y colaborador de los indios era un alivio tras la actitud intimidatoria de sus vecinos blancos.

Mi gira, más rica en acontecimientos de la anterior, terminaba y yo volvía a Nueva York. Ben se quedaba en Chicago para visitar a su madre y se reuniría conmigo en el otoño. Fue un trance doloroso separarse después de la intimidad de los últimos cuatro meses. Solo habían pasado cuatro meses desde que aquel ser extraño había aparecido tan inesperadamente en mi vida y ya lo sentía en cada poro de mi piel, ya me moría sin su presencia.

Había intentado durante esos meses explicarme a mí misma el atractivo que Ben ejercía sobre mí. A pesar de toda mi atracción por él no me engañaba sobre las diferencias que teníamos. Supe desde el principio que intelectualmente teníamos poco en común, que nuestra percepción de la vida, nuestras costumbres, nuestros gustos eran casi opuestos. A pesar de su título en medicina y de su labor con los marginados, Ben me parecía intelectualmente bruto y socialmente ingenuo. Sentía una simpatía profunda por los despojos de la sociedad, los entendía y era su amigo generoso, pero no tenía una auténtica conciencia social ni apreciaba la gran lucha de la humanidad. Como muchos liberales estadounidenses, era un reformador de los males superficiales, sin la menor idea de las fuentes de la que estos

emanan. Solo eso tendría que haber bastado para separarnos y había aún diferencias más graves.

Ben era típicamente estadounidense en su gusto por la publicidad y el espectáculo. Las cosas que yo más odiaba eran inherentes en el hombre al que yo amaba ahora con una pasión feroz. Nuestro primer desacuerdo grave fue por un fotógrafo de prensa que Ben me había «buscado» sin mi conocimiento ni consentimiento. Fue durante nuestro viaje desde Chicago a Salt Lake City. El hombre estaba en el tren y Ben le comentó que Emma Goldman estaba entre los pasajeros. En la siguiente parada, mientras yo caminaba un poco por el andén, me encontré frente a una cámara lista para «disparar». Más de una vez me habían molestado los invasivos métodos estadounidenses y siempre había huido de ellos, pero allí no había escapatoria. Instintivamente cubrí mi cara con un periódico. Para Ben eso era solo un capricho. No podía entender mi fundada repulsión por las costumbres impositivas de los periodistas. No podía comprender que alguien que estaba tanto tiempo frente al público se arrugara ante la vulgaridad de que la convirtieran en un espectáculo público.

En todos mis viajes había logrado privacidad mientras estaba de camino de una ciudad a otra. En esa gira mis compañeros de viaje, el personal del tren e incluso los jefes de estación conocían la buena nueva de que Emma Goldman habitaba entre ellos. Nuestro vagón se convirtió en un imán que atraía la curiosidad de todos. Era maná para Ben pero una tortura para mí.

Además, Ben lucía esa bravuconería estadounidense, que desplegaba con particular fruición en nuestros mítines y en las casas de los camaradas. La hostilidad que despertaban sus modales me disgustaba mucho y vivía con el temor constante a qué sería lo siguiente que haría. De hecho, mi amante tenía muchas cualidades que me desquiciaban, que violentaban mis gustos y que a veces me hacían sospechar de él, pero todo aquello no tenía el menor peso en la balanza frente a la magia que me unía a él y que llenaba mi alma de un nuevo calor y color.

Solo se me ocurrían dos explicaciones para el enigma. La primera, la naturaleza infantil de Ben, no adiestrada, ni echada a perder y carente por completo de artificio. Lo que decía o hacía lo hacía espontáneamente, llevado por su naturaleza intensamente emotiva. Era un rasgo escaso y fresco, aunque no siempre de efectos agradables. La segunda era mi gran necesidad de que alguien amara a la mujer que había en mí y que, a la vez, pudiera compartir mi trabajo. Nunca había tenido a nadie que pudiera hacer las dos cosas.

Sasha había estado muy poco tiempo en mi vida y había estado demasiado obsesionado por la Causa como para pararse a ver a la mujer que anhelaba expresarse. Hannes y Ed, que me habían amado profundamente, solo deseaban en mí a la mujer; todos los demás se habían sentido atraídos por la personalidad pública. Fedya pertenecía al pasado. Se había casado, había tenido un niño y ya casi no lo reconocía. Mi relación con Max, aún tan viva como siempre había sido, partía más de una comprensión mutua que de un entendimiento sensual. Ben había aparecido cuando más lo necesitaba: nuestros cuatro meses juntos me habían demostrado que en él se combinaban las emociones que tanto había buscado yo.

Ya había enriquecido mucho mi vida. Como compañero de trabajo, había mostrado interés y recursos. Con una completa entrega y una enorme energía, Ben había logrado maravillas en el aforo de nuestros mítines y en el aumento de las ventas de libros. Como compañero de viaje, había convertido los viajes en una nueva y deliciosa experiencia. Era tierno y solícito y me liberaba de pequeñas molestias y de los preparativos que viajar siempre implica. Como amante, había desatado cosas en mí que hacía que todas las diferencias entre nosotros desaparecieran como plumas en una tormenta. Nada importaba ahora excepto darme cuenta de que Ben se había convertido en una parte esencial de mí. Lo tendría en mi vida y en mi trabajo, fuera cual fuera el precio.

Que el precio no sería pequeño ya lo sabía por la creciente oposición que despertaba entre nuestras filas. Algunos de mis camaradas notaban las potencialidades de Ben y su valía para el movimiento. Otros, sin embargo, se mostraban hostiles. Por supuesto, Ben no estaba cómodo bajo esas circunstancias. No podía entender por qué a una gente que defendía la libertad le molestaba que alguien actuara con naturalidad. Se mostraba especialmente nervioso por mis amigos de Nueva York. ¿Cómo actuarían ante él o ante nuestro amor? Sasha, ¿qué diría? Mi relato de la acción de Sasha, de su reclusión y sufrimiento, había conmovido profundamente a Ben. «Puedo ver que Berkman es tu gran obsesión», me dijo una vez. «Nadie tendría una oportunidad a su lado». «No una obsesión, sino un hecho», le había dicho yo. «Sasha lleva tanto tiempo en mi vida que siento que crecimos juntos, como gemelos siameses, pero no tienes que temer rivalidad por su parte. Sasha me quiere con la cabeza, no con el corazón.»

Ben no quedó convencido y yo podía ver que le preocupaba. Yo misma tenía aprensiones debido a las diferencias entre sus personalidades, pero esperaba que Sasha, que había tocado las profundidades de la vida, entendiera a Ben mejor que el resto. Y en cuanto a Max, yo sabía que, fuera cual fuera su reacción ante Ben, sería demasiado amable como para arrojar ninguna sombra sobre mi amor.

Sostener *Mother Earth* agotaba toda mi energía. El apoyo de nuestros camaradas y de mis amigos estadounidenses, aunque era considerable, se demostró insuficiente. Mis giras se habían convertido en la principal fuente de ingresos de la revista, sufragaban la publicación de nuestra literatura y los otros gastos que implicaba. La última gira nos había dejado un margen desusadamente amplio pero, aun así, en agosto volvíamos a estar sin blanca. Mi próxima serie de conferencias no empezaría hasta octubre. Afortunadamente, surgió la ayuda desde un lugar inesperado.

Mi amiga Grace Potter, una de las colaboradoras de *Mother Earth*, trabajaba en el *World* de Nueva York. Convenció a su editor de aceptar un

artículo mío con el título «Mis creencias». Me pagarían por él doscientos cincuenta dólares, me comunicó Grace, y podría escribir con total libertad. Acepté, contenta de tener la oportunidad de llegar a un público más amplio y a la vez ganar algo de dinero. Cuando apareció el artículo, palabra por palabra como yo lo había escrito, me dieron el derecho de publicarlo separadamente. «Mis creencias» fue mi escrito más vendido durante muchos años. Ya podía pagar a la imprenta el número en curso y tendría dinero suficiente para el viaje de Ben a Nueva York.

Esperaba su llegada como una escolar enamorada por primera vez. Llegó con su habitual entusiasmo, listo para enfrascarse en el trabajo de nuestra revista. Cuando estábamos solos era él mismo, pero, en presencia de mis amigos, se convertía en una criatura diferente. Con ellos se volvía nervioso, incoherente y aburrido. O preguntaba cosas estúpidas que le hacían parecer sospechoso. La decepción me ponía enferma. Sabía que era únicamente el pánico lo que hacía tan torpe a Ben y creí que se encontraría más a gusto en la granja. Allí la vida era más sencilla, Ben se encontraría a sí mismo y Sasha, que estaba en la granja con Becky y otros amigos, sería paciente y lo ayudaría.

Mis esperanzas fueron vanas. No es que Sasha o los demás amigos fueran desagradables con Ben, pero el ambiente era tenso y nadie parecía encontrar las palabras adecuadas. La situación actuaba sobre Ben como sobre un niño del que se espera que se porte bien. Empezó a presumir y alardear de sus hazañas, a decir tonterías, lo que empeoró las cosas. Me avergoncé de Ben, me resentí por mis amigos y me enfadé conmigo por haberlo metido en ese ambiente.

Sasha me hacía más daño que nadie. No le dijo nada a Ben, pero me dijo muchas cosas hirientes a mí. Se mofaba de la idea de que pudiera amar a un hombre así. No era más que un capricho pasajero, estaba seguro. Ben carecía de sentimiento social, no tenía un espíritu rebelde y no pertenecía a nuestro movimiento, insistía. Además, era demasiado ignorante como para

haber pasado por la universidad o haber obtenido un título. Escribiría a su universidad para averiguarlo. Eso, viniendo de Sasha, me desquició por completo. «¡Eres un fanático!», grité. «Juzgas las cualidades humanas por el único criterio del valor para la Causa, como hacen los cristianos desde el punto de vista de la Iglesia. Esa ha sido tu actitud hacia mí desde tu liberación. Los años que yo he sufrido, trabajado y crecido no significan nada para ti porque estás limitado por los límites de tu credo. Con toda tu palabrería sobre el movimiento rechazas la mano que te ofrece un hombre que viene a aprender de tus ideales. Tú y los demás intelectuales peroráis sobre la naturaleza humana, pero, cuando alguien excepcional aparece, ni siquiera intentáis entenderlo. Pero todo eso no afectará a mis sentimientos por Ben. ¡Lo amo y lucharé por él hasta el final!»

Ben y yo nos fuimos de la granja. La escena con Sasha me asqueaba, las palabras duras que le había gritado a la cara me aterrorizaban. Me torturaban mis propias dudas. Tenía que admitir que mucho de lo que había dicho Sasha sobre Ben era verdad. Podía ver sus defectos mucho mejor que nadie y conocía sus carencias, pero no podía evitar amarlo.

Mi plan había sido pasar el invierno en Nueva York. Estaba harta de trenes, de lugares desconocidos y del «ambiente» de otras gentes. Allí tenía mi hogar, por pequeño y saturado que estuviera. *Mother Earth* necesitaba de mi presencia. Estaba segura de que si daba charlas durante el invierno, atraería mucho público *yiddish* e inglés. Lo había hablado con Ben y él había decidido mudarse a Nueva York y dedicarse a mi tarea.

Pero entonces Ben odiaba la ciudad y odiaba el 210 de la calle Trece Este. Sentía que allí no podía hacer nada bueno. Conmigo en la carretera podía centrar sus energías en el trabajo y crecería, se desarrollaría. Yo también quería huir de la discordia y de la censura de la gente más cercana a mí. Ansiaba darle a Ben una mejor oportunidad, ayudarlo a entenderse a sí mismo, sacar lo mejor que había en él.

El año anterior había recibido una invitación de Australia. J. W. Fleming, nuestro camarada más activo allí, incluso había recaudado suficiente dinero para mi pasaje. En aquel momento no me decidí a irme tan lejos y hacer sola ese viaje. Con Ben a mi lado, la travesía se convertiría en un placer y me daría el descanso que tanto necesitaba, lejos de las peleas. A Ben le encantó la idea de Australia, no hablaba de otra cosa y quería salir inmediatamente, pero había que hacer muchos preparativos antes de que me pudiera marchar a una gira de dos años. Decidimos partir en octubre hacia California, dando charlas por el camino. En febrero, habríamos cubierto el terreno, habríamos recaudado dinero suficiente como para asegurar las cosas en Nueva York durante una temporada y después zarparíamos hacia la nueva tierra, donde haríamos nuevos amigos, encontraríamos mentes y corazones frescos que habría que despertar.

Mi única angustia era *Mother Earth*. ¿Aceptaría Sasha continuar a cargo de ella? A mi vuelta de la última gira, lo había encontrado más adaptado a la vida, más seguro de sí mismo y más entregado a nuestra revista que antes. Además, había planeado muchas actividades por su cuenta durante mi ausencia. Había organizado la federación anarquista, con grupos de todo el país, y había ganado muchos admiradores y amigos. Cuando le presenté mi plan australiano a Sasha, se sorprendió de que tomara una decisión tan repentina, pero me aseguró que podía estar tranquila en cuando al trabajo en Nueva York. Él se cuidaría de todo y, con Max e Hippolyte para ayudarlo, la revista y la oficina estarían seguras. Me entristecía que Sasha no mostrara ningún reparo en que me fuera durante tanto tiempo, pero estaba demasiado absorbida por la nueva aventura como para permitir que su falta de interés me afectara.

Embarcamos casi ochocientos kilos de libros a Victoria, Australia. Nos pusimos en contacto con nuestros amigos a lo largo de la ruta hacia California y en pocas semanas estuvieron listos los preparativos. Ben estaba

deseando descubrir nuevas tierras. «El mundo entero sabrá de lo que es capaz mi mamita», proclamaba.

El día del trabajo iba a celebrarse un mitin de los parados en Cooper Union. Ben había ayudado a organizarlo y le pidieron que hablara. Yo quería que causara una buena impresión y le animé a preparar unas notas. Se puso a ello diligentemente, pero sus esfuerzos no tuvieron frutos. No importaba demasiado lo que dijera, me decía, quería que el público escuchara a Emma Goldman y, como no me habían invitado, yo debía escribir lo que querría decir ante una asamblea así. La sugerencia era tan fantástica como la mayoría de las ideas de Ben, pero antes de permitir que diera una charla dispersa, le preparé un pequeño discurso sobre el significado del día del trabajo.

Cooper Union estaba abarrotado. La «patrulla anarquista» de la policía estaba presente con todos sus efectivos y también estaban allí Sasha, Becky, Hippolyte y yo. Todo fue bien. Ben captó el interés del público mejor de lo que yo había esperado mientras leía su papel. Al final anunció que lo que acababa de leer había sido preparado por «esa maligna mujer, la anarquista Emma Goldman». La concurrencia aplaudió ruidosamente, pero el comité a cargo del mitin entró en pánico. El moderador ofreció una enrevesada justificación por «el desafortunado incidente» y lanzó un violento ataque contra Ben. Como ya había abandonado el estrado, Ben no pudo replicar. Sasha se levantó para protestar. Antes de que la multitud pudiera escucharlo, la policía lo expulsó del local y lo detuvo. Becky, que había salido detrás de Sasha, fue también detenida. Se los llevaron a toda prisa a la comisaría. Allí se toparon con un sargento de guardia que los recibió con la observación: «Tendrían que haberos traído en camilla». Cuando Hippolyte fue a la comisaría para interesarse por nuestros amigos, le negaron la información. «Por fin tenemos a ese hijo de puta anarquista de Berkman», le dijeron, «esta vez ajustaremos cuentas».

El departamento de policía de Nueva York había intentado repetidamente echarle el guante a Sasha. El año anterior, tras la explosión de la bomba en Union Square, casi habían logrado involucrarlo. Yo estaba muy preocupada y contacté con Meyer London, el abogado socialista, y con otros amigos para que nos ayudaran a rescatar a Sasha.

Durante horas London e Hippolyte esperaron en la comisaría para vez a Sasha y a Becky antes de que se presentaran ante el juez de guardia. Finalmente les comunicaron que el caso no se vería hasta la mañana siguiente. En cuanto se fueron, empujaron a los detenidos ante el tribunal, los juzgaron y los condenaron sin ninguna oportunidad de decir una palabra en su defensa. Sasha fue condenado a cinco días de trabajos forzados por la acusación de conducta desordenada mientras que Becky se llevó una multa de diez dólares por «vagabundeo».

Como no quería involucrarme, Becky se había negado a decir dónde vivía. De hecho, llevaba viviendo con nosotros más de dos años. La habían detenido en uno de nuestros mítines, lo que provocó su expulsión del instituto. Las condiciones en su casa atestada eran de una pobreza extrema y la había acogido en nuestro piso. Nuestro querido amigo Bolton Hall pagó la multa.

Los periódicos del día siguiente rebosaban de relatos sensacionalistas sobre «un motín que la pronta actuación de la policía había evitado» y, como de costumbre, los periodistas me acosaron durante días. No me importó la molestia porque estaba demasiado feliz con el hecho de que a Sasha le hubiera caído una condena tan breve. ¿Qué eran cinco días para un hombre que había cumplido catorce años? Fui a verlo a la isla de Blackwell. Me asaltaron allí recuerdos de la isla y de mis dos visitas a la Penitenciaría del Oeste. Qué diferente había sido la situación entonces, qué poca esperanza teníamos entonces de que Sasha saliera con vida. Ahora bromeábamos sobre los cinco días. «Esto me lo hago con el meñique», se reía Sasha. Lo dejé allí con la vieja certeza de que, por mucho que no

estuviéramos de acuerdo, nuestra amistad tenía una cualidad eterna. Aún sentía el dolor que me había causado su actitud hacia Ben, pero sabía que nada se interpondría nunca entre nosotros.

Todo estaba listo para mi partida. Ben iba a precederme para ir avanzando trabajo. Unos días antes de salir me envió una carta de treinta páginas, un relato desordenado e incoherente de las cosas que había hecho desde que nos conocimos. Había estado leyendo *El poder de una mentira*, del autor noruego Boyer, escribía, le había impresionado mucho y se sentía obligado a confesarme las falsedades que me había contado y las cosas malas que había hecho mientras estaba de gira conmigo. Aquello no lo dejaba descansar y no podía callarse por más tiempo.

Había mentido cuando me había contado que él no había revelado el plan para que yo hablara en la reunión de Chicago del 17 de marzo. No se había chivado a la policía, pero se lo había contado a un periodista, que había prometido guardar el secreto. Había mentido cuando dijo que «asuntos importantes» le habían impedido pasar a verme esa noche y dar explicaciones sobre la presencia policial. Se había ido directamente del salón a ver a una mujer que le gustaba. Había mentido cuando me había dicho que tenía dinero suficiente como para pagarse el viaje conmigo. Había tomado prestado el dinero y lo había devuelto poco a poco con las ventas de nuestros libros. También había cogido dinero de ahí para mandárselo a su madre. La amaba apasionadamente y cuidaba de ella. No se había atrevido a contarme que su madre dependía de él porque le daba miedo que yo lo rechazara. Cada vez que yo había expresado mi sorpresa porque aparentemente faltaba dinero de nuestras cuentas, había mentido. Las excusas que solía dar para desaparecer después de los mítines o para salir durante el día eran todas falsas. Se iba con otras mujeres, mujeres que conocía en las conferencias o en otros sitios. En casi todas las ciudades había estado con otras mujeres. No las amaba, pero le atraían físicamente hasta el punto de obsesionarse. Siempre había tenido esas obsesiones y

probablemente siempre las tendría. Esas mujeres no significaban más que la distracción de un momento. Después las olvidaba, a veces no sabía ni sus nombres. Sí, había estado con otras mujeres durante esos cuatro meses, pero solo me quería a mí. Me había amado desde el primer momento y cada día que pasaba aumentaba su pasión por mí. Yo era la fuerza principal de su vida y mi trabajo, su preocupación más profunda. Me lo demostraría si yo no lo dejaba, si le perdonaba sus mentiras y confiaba en él, pero, incluso aunque lo dejara después de leer la carta, aún se sentiría aliviado por habérmelo confesado todo. Ahora se daba cuenta de lo desintegrador y aplastante que puede ser el poder de una mentira.

Me sentí como si me hundiera en un pantano. En mi desesperación, me aferré a la mesa que estaba ante mí y traté de gritar, pero no salió ningún sonido de mi garganta. Me senté, paralizada, con la sensación de que la terrible carta reptaba por mi cuerpo, palabra a palabra, y me hundía en su fango.

Volví a la realidad por la llegada de Sasha. De toda la gente, en este momento, tenía que venir Sasha. ¡Cómo justificaba la carta todo lo que él había dicho de Ben! Estallé en una risa incontrolable.

«¡Emma, tu risa me aterra! Corta como un cuchillo. ¿Qué ocurre?»

«Nada. Nada. Tengo que salir a la calle o me ahogo».

Pillé mi abrigo y mi sombrero y corrí escaleras abajo los cinco pisos. Caminé durante horas, con la carta ardiendo en mi cabeza.

Ese era el hombre al que había entregado mi corazón, mi vida, mi trabajo. Tonta, una tonta enamorada, eso es lo que yo era, cegada por la pasión, incapaz de ver lo que todos veían. Yo, Emma Goldman, arrebatada como cualquier mujer por una loca atracción hacia un hombre más joven, un desconocido que se cruza por causalidad, ajeno a todas mis ideas y sentimientos, el reverso del ideal de hombre que siempre había atesorado. No, no. ¡Aquello era imposible! La carta no podía ser cierta, era todo una invención, una imaginación, no podía ser real. Ben era muy impresionable,

susceptible a la menor influencia, siempre buscando su propio reflejo en los libros que leía. Teatralizaba y exageraba sobre él y sobre su vida. La tragedia del campesino de la novela de Boyer que, sin pensarlo, casi sin necesidad, cuenta una mentira y se ve obligado a mentir el resto de su vida para apoyar esa primera falsedad está vívidamente descrita. Ben se habría identificado con el personaje. Eso era todo. Eso debía de ser todo. Todo eso lo pensaba mientras caminaba durante horas, desgarrada entre mi intenso deseo de creer en él y mi sensación de que me había entregado a un hombre que carecía de toda integridad, una criatura en la que jamás podría volver a confiar.

A aquello siguieron días angustiosos, torturada por intentos de explicar y disculpar los actos de Ben, intentos irritantes e inútiles. Una y otra vez me repetía a mí misma: «Ben procede de un mundo donde la mentira reina en todas las relaciones sociales. No sabe que los espíritus libres comparten con honradez y franqueza todo lo que la vida les aporta en el amor y en el trabajo, no sabe que, entre gente con ideales, no hace falta engañar, robar ni mentir. Es de otro mundo. ¿Qué derecho tengo a condenarlo, yo que pretendo enseñar nuevos valores vitales?». «¿Pero sus obsesiones? ¿El irse con cualquier mujer?» Mi corazón protestaba por eso. «Mujeres a las que no ama, a las que ni siquiera respeta. ¿Puedes justificar eso también? ¡No, no!», me decía desde las profundidades de mi alma de mujer. «Sí», contestó mi cerebro. «Es su naturaleza, su necesidad dominante, ¿cómo puedo criticarla? Yo he defendido la libertad sexual. He tenido muchos hombres. Pero los amaba, nunca he sido capaz de salir indiscriminadamente con unos u otros. Sería doloroso, lacerante, sentirme una más entre muchas en la vida de Ben. Sería un precio terrible que pagar por mi amor, pero nada valioso se consigue sin pagar un alto precio. Yo he pagado muy caro el derecho a mí misma, a mi ideal social, a todo lo que he logrado. ¿Mi amor por Ben es tan débil que no seré capaz de pagar el precio que su libertad de acción exige?»

No había respuesta. En vano luchaba para armonizar los elementos conflictivos que guerreaban en mi alma.

En un trance y apenas consciente de dónde estaba, salté de la cama. Aún era de noche. Como una sonámbula me vestí, tanteé el camino hasta la habitación de Sasha y lo sacudí para despertarlo.

«Tengo que ir a ver a Ben», le dije. «¿Me llevas hasta él?»

Sasha se sobresaltó. Encendió la luz y me miró intrigado, pero no preguntó ni dijo nada. Se vistió apresuradamente y me acompañó.

Caminamos en silencio. Mi cabeza estallaba y mis pies vacilaban. Sasha me cogió del brazo. En mi monedero estaba la llave de la casa en la que se alojaba Ben. Abrí y después me giré hacia Sasha un momento. Sin mediar palabra, cerré la puerta, subí corriendo los dos pisos y me precipité en el cuarto de Ben.

Él se puso en pie de un salto. «¡Mamita, al fin has venido! ¡Me has perdonado, has comprendido!» Nos abrazamos y todo lo demás se desvaneció.

34

Cuando planeamos nuestra gira coincidiendo con la campaña presidencial, no tuvimos en cuenta el interés de las masas estadounidenses por el circo político. Como resultado, la primera parte de nuestro viaje fue un fracaso. En Indianápolis, la primera ciudad en la que conseguimos una asistencia masiva, mi charla se suspendió por los métodos habituales. El alcalde lamentó que la policía se hubiera excedido en sus competencias, pero, por supuesto, no podía actuar en contra del departamento. El jefe de policía dijo que impedir el mitin quizá fuera contra la ley, pero que lo aconsejaba el sentido común.

En St. Louis tuvimos más suerte y no sufrimos intervenciones. Allí conocí a William Marion Reedy, el editor del *Mirror* de St. Louis. Él y su periódico eran un oasis en el desierto de la intelectualidad americana. Reedy, un hombre capaz, de amplia cultura y sentido del humor, poseía también un espíritu valiente. Su compañía convirtió nuestra estancia en St. Louis en un agradable acontecimiento y me aportó un público extenso y variado. Tras mi partida, publicó en su semanario un artículo que tituló «La hija del sueño». Nunca se había escrito una evaluación mejor de mis ideas ni un tributo mayor por parte de un no anarquista.

En Seattle nos detuvieron a Ben y a mí. Su delito consistió en empujar con su cuerpo la puerta de la sala, que habíamos encontrado atrancada. El mío fue protestar por su detención. En la comisaría resultó que el precio del

delito de mi representante era de un dólar y medio, la cantidad que el dueño solicitaba por la cerradura rota. Después de abonar por su perjuicio a la santidad de la propiedad privada, nos soltaron a ambos. Por supuesto, ya no hubo más mítines en Seattle y no se nos compensó por las pérdidas que habíamos sufrido.

En Everett no encontramos sala. En Bellingham nos recibieron los detectives a la llegada del tren. Nos siguieron hasta el hotel y, cuando salimos a buscar un restaurante para cenar, nos detuvieron. «¿Podrían por favor esperar a que cenemos?», preguntó Ben con una sonrisa cautivadora. «Claro», dijeron nuestros escoltas. «Esperaremos». En el restaurante hacía calor y estaba iluminado, afuera hacía frío y lloviznaba, pero no nos compadecimos de nuestros perros guardianes. Nos demoramos en nuestros platos, conscientes de que nos esperaba toda una noche en un lugar que no era ni cálido ni iluminado. En la comisaría nos mostraron la orden de arresto. Era un documento digno de enmarcarse. Decía: «Emma Goldman y el doctor Ben L. Reitman, anarquistas y forajidos, que han conspirado para celebrar una reunión ilegal». Y seguía en el mismo tono. Nos dieron a elegir entre salir inmediatamente de Bellingham o entrar en la cárcel del condado. Como era la primera vez que el estado de Washington nos ofrecía su hospitalidad, nos decidimos por la cárcel. A medianoche nos repitieron la oferta de salir de la ciudad, pero, como ya me había acomodado en la celda, me negué a marcharme. Ben hizo lo mismo.

Por la mañana nos llevaron ante el juez, que nos impuso una fianza de mil quinientos dólares. Sin duda alguna, el juez sabía que la policía se había metido en un lío que no podía controlar. No podía juzgarnos por simplemente «intentar» hacer un mitin, pero, igualmente, estábamos a su merced. No conocíamos a nadie en la ciudad que pudiera abonar nuestra fianza y no teníamos forma de contactar con un abogado, pero me interesaba, en cualquier caso, averiguar hasta dónde podía llegar la estupidez legalizada.

Por la tarde aparecieron dos desconocidos. Se presentaron como el señor Schamel, abogado, y el señor Lynch. El primero ofreció gratis sus servicios, el segundo se ofreció a ser nuestro garante para la fianza.

«Pero no nos conocen», dije asombrada. «¿Cómo pueden arriesgar tanto dinero?»

«Oh, sí», dijo el señor Shamel. «La conocemos. No somos anarquistas, pero creemos que cualquiera que luche por un ideal como usted lo ha hecho es digno de confianza».

Si no hubiera temido escandalizarlos, los habría abrazado en la sala de juicios. El viejo fósil del tribunal, que aquella mañana, cuando comparecimos sin amigos, había soltado toda clase de improperios, ahora era la cortesía personificada. Enseguida nos liberaron, nuestros nuevos amigos nos llevaron a comer a un restaurante y nos acompañaron al tren.

Cuando llegamos a Blaine, en la frontera canadiense, un hombre entró en nuestro vagón y me preguntó: «Eres Emma Goldman, ¿verdad?». «¿Y tú quién eres?» «Soy un inspector de inmigración canadiense. Tengo órdenes de invitarte a abandonar el tren». ¿Qué podía hacer yo sino complacer una petición tan caballerosa? En la oficina, el inspector de servicio parecía muy sorprendido de que tuviera yo la apariencia de una dama y de que no llevara bombas en el equipaje. Me confesó que, a partir de los relatos de la prensa estadounidense, había deducido que yo era una persona muy peligrosa, por lo que había decidido retrasar mi entrada en Canadá hasta que pudiera recibir instrucciones de Ottawa. Mientras tanto me pedía que me acomodara en su cabaña como su invitada. Podía servirme lo que quisiera de comida o bebida. Si los trámites se dilataban, me buscarían las mejores habitaciones del hotel local. Hablaba de una manera cortés, su tono era mucho más amigable que ningún funcionario estadounidense. Aunque el resultado era el mismo, no me indignaba tanto esa nueva intromisión.

A la mañana siguiente nuestro jovial inspector nos comunicó que Ottawa dejaba seguir su viaje a Emma Goldman. No había ninguna ley en la

monárquica Canadá que prohibiera mi entrada en el país. Los democráticos Estados Unidos, con sus leyes antianarquistas, quedaba así bastante en ridículo.

Me atraía especialmente ir a San Francisco. El exsoldado William Buwalda, como resultado de nuestra agitación a su favor, había sido indultado por el presidente Roosevelt. Iba a ser liberado tras diez meses de cárcel, dos semanas antes de nuestra llegada a la ciudad.

Mi primer mitin, en el Victory Theatre, tuvo muy poco público debido a una tremenda tormenta, pero no nos desanimó, porque se le había dado mucha publicidad a mi serie de ocho conferencias y dos debates. La tarde del día siguiente me visitó William Buwalda, un hombre muy distinto, en su ropa de paisano, al soldado cuya mano yo había estrechado durante un momento fugaz aquella tarde memorable en el estrado del Walton's Pavilion. Su rostro bello y franco, sus ojos inteligentes y su boca firme indicaban una personalidad independiente. Me pregunté cómo había soportado quince años de servicio sin que lo doblegaran. Buwalda me contó que se había alistado en el ejército principalmente por tradición. Nacido en América, era de estirpe holandesa y casi todos los hombres de su familia habían hecho carrera militar en Holanda. Él creía en la libertad estadounidense y consideraba que las fuerzas armadas eran una protección necesaria. En varias ocasiones se había cruzado con mi nombre en los periódicos. Había pensado que Emma Goldman era una cascarrabias y no había prestado mucha atención a los artículos que hablaban de mí. «Eso no es muy halagador», le interrumpí. «¿Cómo puedes ser tan maleducado con una dama?» «Pero es la verdad», contestó con una sonrisa. Los militares viven en un mundo propio, explicó, y él había estado ocupadísimo los últimos años. Había hecho un curso de cirugía veterinaria, porque le apasionaban los caballos, y también había estudiado taquigrafía. Además de sus deberes en los barracones, había estado demasiado ocupado como para tener otros intereses.

Se había topado accidentalmente con mi mitin, mientras daba un paseo. Vio a la multitud y a la policía ante el Walton's Pavilion. Le entró la curiosidad y pensó que sería una buena oportunidad para practicar estenografía tomando notas del discurso. «Y entonces apareciste tú», continuó. «Una figura pequeña y modesta, vestida de negro, y empezaste a hablar. Empecé a sentirme inquieto. Al principio creí que se debía al calor de la sala y a la tensión del ambiente. No olvidaba la intención con la que había entrado. Durante un tiempo fui capaz de seguirte; después, tu voz me distrajo. Me sentí transportado por tu minuciosa demolición de todo aquello que yo veneraba. Me invadió el resentimiento. Quise alzar mi voz para protestar, para desafiar tus afirmaciones ante toda la asamblea, pero, cuanto más me resistía a tu influjo, más caía bajo tu hechizo. Tu elocuencia me había dejado sin aliento cuando finalizó tu discurso. Me sentí confundido y deseoso de escapar, pero en vez de ello me arrastró la multitud y me encontré de pie en el estrado tendiéndote la mano».

«¿Y entonces?», le pregunté. «¿Viste a los detectives que te seguían? ¿Te diste cuenta de que te traerían problemas?»

«No recuerdo cómo salí de la sala y no sentía que hubiera hecho nada malo. Estaba trastornado por lo que había oído y en medio de un torbellino que tú habías causado. Por el camino hacia Presidio pensaba: "Se equivoca, se equivoca. El patriotismo no es el último refugio de los canallas. El militarismo no es únicamente asesinato y destrucción". Cuando los hombres de paisano me delataron ante mis superiores, me arrestaron. Pensé que era un error, que me habían confundido con otro y que me soltarían por la mañana. Pensar de otra manera habría supuesto que tú tenías razón y todo mi ser se rebelaba contra eso. Durante varios días me aferré a la creencia de que tu descripción del gobierno al que yo había servido durante quince años era errónea, de que mi país era demasiado justo y ecuánime como para ser culpable de tus acusaciones delirantes, pero, cuando me llevaron ante el tribunal militar, empecé a ver que habías dicho la verdad. Me preguntaron

qué habías hecho tú por mí para que yo tuviera que mezclarme con gente tan peligrosa y yo contesté: “Me ha hecho pensar”. Sí, me has hecho pensar, Emma Goldman, por primera vez en mis cuarenta años».

Le tendí la mano y le dije: «Ahora que te has liberado de los grilletes militares podemos saludarnos sin temor. Seamos amigos».

Tomó mi mano con ardor. «Amigos para toda la vida y también camaradas, querida, gran pequeña Emma».

Me había emocionado tanto su historia que se me había olvidado que era la hora de prepararme para el mitin. Como nunca pude comer antes de una charla, no me importaba no haber cenado, pero había sido una deplorable anfitriona para mi invitado. Mi nuevo camarada afirmó galantemente que no le importaba no haber comido nada.

Cuando estábamos a una manzana de la sala, vimos las calles abarrotadas de gente. Creí que era por nuestros anuncios, que habrían atraído a una inmensa multitud, pero cuando llegamos al Victory Theatre los detectives me recibieron con los brazos abiertos y me detuvieron. Buwalda protestó y también lo detuvieron. Nos metieron a empujones en el furgón policial donde ya estaba Ben, que había corrido la misma suerte. Mientras el furgón traqueteaba por las calles, nos relató a toda prisa que la policía había sacado a todo el mundo del teatro usando generosamente sus porras. Había enviado a alguien a advertirme, pero evidentemente yo había salido antes de que llegara el camarada.

En el cuartel de policía soltaron a William Buwalda con una severa reprimenda por asociarse con «peligrosos delincuentes». A Ben y a mí nos acusaron de conspiración, de amenazas, desobediencia y desórdenes públicos». Por la mañana comparecimos ante el juez, que fijó la fecha del juicio y nos impuso una fianza de dieciséis mil dólares cada uno. Ese mismo día detuvieron a Alexander Horr por repartir un panfleto en protesta por la acción de las autoridades. La tarea de recaudar las fianzas, buscar un abogado y hacer publicidad recayó entonces sobre Cassius V. Cook, un

hombre al que yo había conocido de pasada hacía unos años, pero resultó ser un prodigio de fortaleza.

En pocos días Sasha y otros amigos de Nueva York telegrafiaron que nos mandaban cinco mil dólares para nuestra fianza y que se estaba recaudando dinero para nuestra defensa. Empezaron a llegar protestas y contribuciones de todo el país. Charles T. Sprading, de Los Ángeles, a quien había conocido en Denver en mi viaje inaugural a la costa en 1897, nuestro optimista Charlie, de presto ingenio y alegres bromas, envió dos mil dólares para la fianza. Los Forrester y otros amigos ayudaron de la misma manera. ¿Qué eran los problemas cuando se contaba con tan buenos camaradas para ayudarte?

Nuestros abogados, los señores Kirk y King, hombres valientes e inteligentes, se esforzaron mucho por nuestra causa y, en pocos días, el señor Kirk consiguió sacarnos bajo fianza y bajo su custodia, pero, inesperadamente, llegó otra acusación de «asociación ilícita, denunciar en tanto innecesario todo gobierno organizado» y, horror de los horrores, «predicar las doctrinas anarquistas». La fianza se fijó en dos mil dólares cada uno. A mí me juzgarían primero, a Ben después.

Entre los reportajes sensacionalistas de la prensa de San Francisco que cubrían la redada en nuestro mitin y nuestra detención había uno que se deleitaba en «la falta de sentimientos de Emma Goldman». Mientras estaba en la cárcel, afirmaba el periódico, había recibido un telegrama anunciando la muerte de su padre que había encajado sin la menor señal de emoción. De hecho, el fin de mi padre, aunque no inesperado, me había afectado mucho y me había hecho recordar los detalles de su vida malgastada. Llevaba inválido treinta años y últimamente había enfermado gravemente. Cuando lo había visto en mi última visita a Rochester, en octubre, me había impresionado encontrarle tan cerca de la muerte. El gigante que había sido estaba abatido ahora por las tormentas de la vida.

Con el paso de los años había llegado a entender mejor a mi padre y una simpatía mutua nos había ido acercando. Mi querida Helena había tenido mucho que ver con mi cambio a su favor. Y también había ayudado a mi despertar a las complejidades del sexo, en cuanto un motor que dominaba nuestros sentimientos. Había aprendido a entender mejor mi propia naturaleza turbulenta y mis experiencias me habían desvelado lo que durante mucho tiempo me había parecido oscuro en el carácter de mi padre. Su violencia y su dureza habían sido únicamente síntomas de una naturaleza intensamente sexual que no había conseguido canalizar una expresión adecuada.

Mis padres habían sido educados a la manera tradicional judía ortodoxa, sin amor. No hicieron buena pareja desde el principio. Mi madre se había quedado viuda a los veintitrés años, con dos niños, y su única posesión terrenal era una pequeña tienda. El amor que hubiera podido sentir había muerto con el joven con quien la habían casado a los quince años. Mi padre había aportado al matrimonio el fuego de una juventud apasionada. Su esposa era solo un año mayor y de una belleza espléndida. La impetuosa necesidad de su naturaleza lo condujo a ella y lo hacía insistir más cuanto más rechazaba a nuestra madre su voracidad insaciable. Mi llegada había señalado el cuarto parto, cada uno de ellos casi la llevó a la tumba. Recordaba algunos comentarios que ella hacía cuando yo era demasiado joven como para entender su significado. Ahora iluminaban mucho de lo que me había resultado entonces oscuro y me hacían entender el purgatorio que la vida íntima de mis padres debió de haber sido para ambos. Sin duda se habrían escandalizado si se les señalara la verdadera fuente de las peleas entre ellos y del incontrolable temperamento de nuestro padre. Con el declive de su salud, llegó también una disminución de su vitalidad erótica y el resultante cambio psíquico. Mi padre se volvió más blando, paciente y amable. El afecto que pocas veces había mostrado a sus propios hijos lo derramaba ahora sobre los hijos de mis dos hermanas. Cuando una vez me

referí a los crueles métodos que había empleado con nosotras, me aseguró que eso no podía ser cierto. La ternura que había invadido su naturaleza borraba incluso el recuerdo de la severidad pasada. Lo mejor de él, oculto antes bajo la presión emocional, por la lucha por la existencia y por años de sufrimiento físico, se manifestaba finalmente. Ahora sentía y nos daba un afecto nuevo, que a su vez nos despertó el amor por él.

La farsa judicial de San Francisco, que terminó con nuestra absolución, contribuyó más a la causa del anarquismo de lo que hubieran logrado meses de trabajo de propaganda, pero el acontecimiento más significativo fue la carta de William Buwalda a las autoridades militares y su ingreso en nuestras filas. El documento histórico, publicado en el número de mayo de 1909 de *Mother Earth* decía lo siguiente:

Hudsonville, Michigan
6 de abril de 1909

Honorable Joseph M. Dickinson
Secretario de Defensa

Washington D.C.

Señor:

Tras reflexionar durante algún tiempo he decidido devolver esta chatarra[4] a su departamento, pues ya no me son útiles tales fruslerías, y permitir así que se la entregue a alguien que la aprecie más que yo.

Me habla de fiel servicio, del deber cumplido, de amistades inseparables, amistades cimentadas en los peligros, penalidades y sufrimientos en común en el campamento y en el campo de batalla, pero, señor, me habla también de derramamiento de sangre —parte de ella inevitablemente inocente— en defensa de los seres queridos, de los hogares, hogares que, en muchos casos, eran cabañas de paja, pero no por eso menos queridas.

Me habla de redadas e incendios, de hacer prisioneros y de arrojarlos, como bestias malignas, a las más viles prisiones. ¿Y por qué? Porque luchaban por sus casas y sus seres queridos.

Me habla de G. O. 100, con todos los horrores, crueldades y sufrimientos que esperan allí, de un país devastado por el fuego y la espada, de animales útiles al hombre asesinados indiscriminadamente, de hombres, mujeres y niños perseguidos como animales salvajes y todo esto en el nombre de la Libertad, de la Humanidad y de la Civilización.

En resumen, me habla de la Guerra —del asesinato legal, si quiere— sobre un pueblo débil e indefenso. Ni siquiera teníamos la excusa de la defensa propia.

Sinceramente suyo,

WM. BUWALDA
R.R. nº 3
Hudsonville, Michigan

Nuestra partida para Australia se había fijado para enero. La detención y posterior lucha por la libertad de expresión en San Francisco nos obligó a posponerlo hasta abril. Finalmente estábamos preparados, con los baúles hechos y una grandiosa fiesta de despedida. Estábamos a punto de comprar los pasajes cuando un telegrama de Rochester destrozó nuestros planes. «Washington ha revocado los papeles de ciudadanía de Kershner», decía. «Peligroso dejar el país».

Mi hermana me había escrito, hacía unos meses, que dos individuos de aspecto sospechoso habían estado metiendo las narices para recoger datos de Kershner, que había abandonado hacía años la ciudad y del que nada se sabía desde entonces. Al no encontrar a Kershner, los hombres habían acosado a sus padres y tratado de sacarles información. Me había olvidado de ese asunto porque no lo consideré importante, pero entonces llegaba el golpe. Me habían despojado de mi ciudadanía sin ni tan siquiera tener la oportunidad de protestar por la acción de las autoridades federales. Si entonces tuviera que abandonar el país no me permitirían regresar. Teníamos que suspender mi gira australiana con una gran pérdida monetaria, por no mencionar los gastos en los que habían incurrido mis amigos australianos para preparar mis actividades allí. Era una amarga decepción, muy mitigada, afortunadamente, por el inquebrantable optimismo de mi representante vagabundo. Su fervor aumentaba con cada obstáculo que encontrábamos. Su energía era dinámica e incansable.

Australia eliminada de nuestro itinerario, nos fuimos en su lugar a Texas. El Paso, San Antonio y Houston eran terreno virgen para mí. Me

previnieron de que evitara la cuestión racial, pero, aunque no hice concesiones a los prejuicios del Sur, no se me molestó de ninguna manera, ni hubo intervención policial. Incluso pasé con Ben desde El Paso a México y de vuelta antes de que el inspector de inmigración de Estados Unidos hubiera tenido tiempo de darse cuenta de la ocasión que había desperdiciado de salvar a su gobierno de la amenazadora Emma Goldman.

---

[4] La medalla concedida a William Buwalda por sus fieles servicios en Filipinas.

35

Necesitaba desesperadamente un descanso, pero, como en esa ocasión nuestra gira nos había aportado más gloria que efectivo, no podía permitírmelo. De hecho, estábamos tan faltos de fondos que tuvimos que reducir el tamaño de *Mother Earth*, de 64 a 32 páginas. Nuestra maltrecha situación económica hacía imperativo que yo volviera a dar conferencias. Ben llegó a Nueva York a finales de marzo y el 15 de abril ya había conseguido organizar una serie de conferencias sobre arte dramático. Al principio todo fue bien, pero mayo batió records. Durante ese mes la policía reventó mis charlas en once lugares diferentes.

Había ya tenido experiencias de todo tipo, pero el jefe de policía de New Haven destacó sobre todos sus colegas con una forma novedosa de intervención. Nos permitió a Ben y a mí acceder a la sala que habíamos alquilado y después colocó un destacamento de policías en la puerta y dejó fuera a todo el mundo. Mucha gente, entre ellos muchos estudiantes que habían acudido a escucharme, se vieron bloqueados. El jefe aprendió, sin embargo, que la «originalidad» conlleva un alto precio. Los periódicos locales, que nunca antes habían protestado porque se infringieran los derechos de Emma Goldman, se metieron con la policía por «intervenir en una asamblea pacífica».

Las autoridades de Nueva York siempre habían sido bastante estúpidas en sus métodos para perseguir anarquistas, pero su idiotez nunca había sido tan

grande como cuando barrieron Lexington Hall el tercer domingo de mi serie de conferencias. El sedicioso tema de esa ocasión era «Henryk Ibsen, el pionero del teatro moderno». Antes de que empezara el acto, algunos detectives habían visitado al dueño de la sala y le habían amenazado con detenerlo a él y a su familia si me permitía hablar. El pobre hombre estaba aterrorizado, pero ya se había pagado el alquiler y Ben tenía el recibo. El casero no podía hacer nada y los policías de paisano se fueron llevándoselo a la comisaría con ellos.

En cuanto empecé a hablar, apareció la brigada anarquista, desparramándose por toda la sala. En el momento en el que pronuncié el nombre Henrik Ibsen, el sargento al mando subió al estrado y gritó: «¡No te estás ateniendo al tema! ¡Si vuelves a hacerlo, suspenderemos la sesión!».

«Es exactamente lo que estoy haciendo», contesté con calma y continué con mi conferencia.

El policía siguió interrumpiendo, ordenándome una y otra vez que me «atuviera al tema». Algo soliviantada le dije: «Me estoy ateniendo al tema. Ibsen es el tema».

«¡De eso nada!» gritó. «¡Tu tema es el teatro y tú estás hablando de Ibsen!»

Las risas del público aumentaron la indignación de mi culto interruptor. Antes de que yo pudiera seguir, ordenó a sus hombres que despejaran la sala, lo que hicieron retirando las sillas de debajo de la gente y empleando sus estacas a diestro y siniestro.

Ocurrió que a esas conferencias de las mañanas de los domingos asistían casi exclusivamente estadounidenses, algunos de los cuales podían remontarse en su árbol genealógico hasta los Padres Fundadores. Entre ellos estaba el señor Alden Freeman, de East Orange, el hijo de un prominente accionista de la Standard Oil Company. Aquel fue su primer encuentro con la policía y estaba naturalmente indignado por su comportamiento, como lo estaban los otros estadounidenses de sangre azul.

Para nosotros, objeto de persecución durante años, la suspensión de mis conferencias no era nada excepcional. No solo mis mítines, sino también asambleas de obreros habían sido reventadas con frecuencia sin la menor razón. En los veinte años de mi actividad pública siempre había tenido la duda hasta el último momento sobre si se me permitiría hablar o no o si dormiría en mi propia cama o en un banco de la comisaría.

Cuando los descendientes del *Mayflower* leían sobre las tácticas policiales empleadas, debían decirse que alguna razón habría para ello, que tal vez animaba al empleo de la violencia o de las bombas. Nunca se habían quejado, ni los ciudadanos ni la prensa. Esa vez, sin embargo, la afrenta se dirigía a «auténticos» americanos, entre ellos incluso el hijo de un millonario, socio y amigo íntimo de Rockefeller. Algo así no podía tolerarse. Incluso el *New York Times* se tiñó de indignación y los otros diarios siguieron su estela. Los periódicos empezaron a llenarse con cartas de protesta. Mi buen amigo William Marion Reedy, del *Mirror* de St. Louis, y el señor Louis F. Post, del *Public*, tildaron la persecución de Emma Goldman como una conspiración deliberada de la policía del país para rusificar la constitución americana. Como resultado de aquella situación, se formó una Free Speech Society y se redactó un manifiesto que firmaron hombres y mujeres americanos de todas las profesiones. Escritores, pintores, escultores, abogados, médicos y representantes de todas las opiniones se presentaron para luchar contra los métodos de la policía de Nueva York.

El señor Alden Freeman había creído durante toda su vida que la libertad de expresión era un hecho y no una mera pretensión. Estaba realmente escandalizado de encontrarse cara a cara con la realidad y enseguida se identificó con la campaña que había lanzado el nuevo comité para establecer la libertad de expresión. El señor Freeman confiaba en que se me permitiera hablar en East Orange, su ciudad natal, y generosamente se ofreció para organizar allí un mitin para mí. También me invitó a comer en

la Mayflower Society, de la que era miembro. «En cuanto la gente vea que no eres como te describen en los periódicos, estarán encantados de ir a escucharte?», dijo.

Los mayfloweritas resultaron poco interesantes y los discursos muy aburridos. Hacia el final de la comida, se dio a conocer mi presencia. Una bomba que hubiera estallado entre los desprevenidos que allí se reunían no podría haber producido efectos más desastrosos que mi presencia. Por un momento se hizo un silencio mortal. Después, algunos invitados pusieron pies en polvorosa. Las mujeres presentes parecían demasiado paralizadas como para moverse y buscaban a tientas sus sales. Algunos arrojaban dardos con la mirada al señor Freeman. Solo unos pocos aventureros se animaron a enfrentarse al dragón. Para mí fue divertido, pero para mi anfitrión fue una dolorosa desilusión, el segundo golpe en poco tiempo a sus preciadas ideas sobre la libertad y las tradiciones americanas.

El tercer golpe llegó justo después de la comida. La Mayflower Society debatió si se le expulsaba o se forzaba su dimisión del club por haber osado llevar a su presencia a Emma Goldman, pero eso no desanimó al señor Freeman. Valientemente, se dispuso a organizar un mitin para mí en su ciudad natal.

La tarde convenida descubrimos que la policía impedía la entrada a la sala y anunciaba que la conferencia no tendría lugar. El señor Freeman entonces invitó a la concurrencia a su casa: el mitin tendría lugar en su jardín, anunció. Marchamos triunfantes por las calles de la aristocrática East Orange, pasamos ante las mansiones palaciegas, seguidos por una enorme multitud, que incluía policías y periodistas. Era una manifestación como nunca había presenciado aquella tranquila ciudad.

La casa del señor Freeman era una hermosa mansión, rodeada de un bello jardín. Al tratarse de una propiedad privada, la policía no podía actuar allí a sus anchas. No se atrevieron a invadirla y se quedaron tras la verja. El garaje donde tuvo lugar la reunión era más cómodo que algunas casas de

obreros. Las luces de colores temblaban como sombras en la noche, arrojando siluetas fantásticas. Era un cuadro que recordaba al legendario nacimiento del Niño Jesús, los aleluyas trocados por una canción de libertad y revuelta.

Como resultado del episodio de East Orange, gentes de las que nunca había oído hablar me ofrecieron su ayuda, se suscribieron a *Mother Earth* y se procuraron nuestros libros. Gracias a la porra de los policías habían comprendido que Emma Goldman no era ni una asesina, ni una bruja, ni una cascarrabias sino una mujer con un ideal social que las autoridades querían silenciar.

La Free Speech Society comenzó su campaña con un gran mitin en Cooper Union. Aunque era finales de junio y hacía un calor sofocante, la histórica sala estaba llena hasta la bandera con gente de las tendencias políticas y sociales más diversas. Los oradores también diferían en casi todos los temas, pero los unía un fin común: la necesidad imperativa de poner punto y final al creciente despotismo del departamento de policía. El señor Alden Freeman presidía y ofreció un relato humorístico de cómo él, el hijo de un dirigente de la Standard Oil, había sido «conducido a los brazos del anarquismo». «Si Emma Goldman se sentara en este estrado con una mordaza entre los dientes y un policía a cada lado», declaró, «el cuadro describiría simple y llanamente la razón por la que hoy estamos aquí y también explicaría por qué están llegando miles de cartas y telegramas de protesta al Free Speech Commitee desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde el golfo de México a los Grandes Lagos».

Los oradores siguientes se expresaron en tonos parecidos. La charla más brillante fue la de Voltairine de Cleyre, que defendió que «la libertad de expresión no quiere decir nada si no quiere decir libertad de decir lo que los demás no quieren escuchar».

El efecto más inmediato del mitin y de la enérgica campaña del comité fue la destitución por parte del alcalde McClellan del comisionado de

policía general Bingham, cuyo régimen militar era responsable de los métodos represivos.

Mientras me afanaba con tales actividades, recibí una carta de un hombre de la plantilla editorial del *Boston Globe* notificándome que el periódico había lanzado un concurso para hacer una nueva Declaración de Independencia. Algunos radicales habían prometido participar, ¿me gustaría mandar una colaboración? Me dijo que el mejor ensayo se publicaría en el *Globe* y se pagaría. Le contesté que en esos días a pocos estadounidenses les importaba la independencia, pero que participaría por diversión. Envié mi artículo, que conservaba prácticamente la forma de la Declaración de Independencia, con nuevas frases y sentidos, al *Globe* y, con el tiempo, recibí un sobre que contenía un cheque y las galeradas de mi declaración. La carta de mi amigo periodista que la acompañaba explicaba que el dueño había casualmente visto las pruebas en la mesa del editor. «Mande un cheque a esa mujer y devuelva esa maldita declaración anarquista», había ordenado. «No la quiero en el *Globe*».

Mother Earth estaba a punto de mandarse a la imprenta pero aún teníamos tiempo de insertar mi artículo sustituyendo a otro menos importante. El 4 de julio, la nueva Declaración de Independencia fue leída por miles de personas, pues vendimos muchas copias y distribuimos un gran número de ejemplares gratis.

En septiembre salí con Ben en una pequeña gira por Massachusetts y Vermont. Nos pararon, pararon, pararon... ya fuera por intervención policial o por intimidación a los dueños de los locales. En Worcester, Massachusetts, hablé al aire libre, gracias a la ayuda del reverendo doctor Eliot White y su esposa, la señora Mabel A. White. Siguieron el ejemplo de nuestro amigo Alden Freeman y nos ofrecieron la hospitalidad de su espacioso jardín. El anarquismo alzó su voz, no bajo las barras y estrellas, sino bajo un toldo más propio: el cielo infinito y las miríadas de estrellas

rutilantes, mientras que enormes árboles nos protegían de los curiosos que habían ido a mirar.

El acontecimiento más importante de nuestra visita a Worcester fue una conferencia que dio Sigmund Freud en el vigésimo aniversario de la Universidad de Clark. Me impresionó mucho la lucidez de su mente y la sencillez de su exposición. Entre el abanico de profesores, con aspecto estirado y dándose importancia con sus togas y birretes universitarios, Sigmund Freud, sin disfraz alguno, modesto, casi encogido, parecía un gigante entre pigmeos. Después de haber sido insultado por judío y por revolucionario irresponsable, Freud ya era una figura mundial, pero ni los vituperios ni la fama habían transformado al gran hombre.

A mi regreso a Nueva York, nuevas luchas me absorbieron: estaba la huelga de las camiseras, que implicaba a quince mil empleadas, y la de los trabajadores del metal de McKeesport, Pennsylvania, queexigieron toda mi entrega. Había que recaudar dinero para ambos frentes. Los anarquistas siempre éramos los primeros en responder ante tales necesidades y tuve que hablar en numerosos mítines y visitar organizaciones obreras para rogar por la causa de sus compañeros sindicalistas.

Y entonces sucedió la insurrección en España. Como protesta por la masacre en Marruecos, los obreros españoles habían declarado una huelga general. Como de costumbre, la prensa estadounidense distorsionaba la situación. Hacía falta una campaña inmediata por nuestra parte para presentar los acontecimientos bajo su significado y su luz reales. Nuestros camaradas españoles en América me pedían ayuda y yo se la presté gustosamente.

En Europa, muchos hombres y mujeres destacados, librepensadores, habían comenzado ya una campaña intensiva a favor de Francisco Ferrer. En Estados Unidos eran muy pocos los que habían hecho un esfuerzo similar y la situación, por tanto, requería mucha más actividad por nuestra parte. Reuniones, conferencias, *Mother Earth* y una corriente constante de

gente me mantenían ocupada desde primera hora de la mañana hasta altas horas de la noche.

Tenía un compromiso en Filadelfia, donde Ben me había precedido varios días antes. A su llegada los camaradas le habían comunicado que todas las asambleas radicales habían sido suspendidas en la ciudad del amor fraterno. Ben, que aún conservaba la confianza estadounidense en la policía, fue a ver al director de Seguridad Pública, que era el zar de Filadelfia. Ese potentado no solo lo recibió entre gruñidos sino que declaró que nunca permitiría que Emma Goldman hablara en «su» ciudad. Los georgistas locales presentaron resoluciones que denunciaban la despótica decisión y mandaron un comité al Ayuntamiento para exigir que me concedieran el derecho a la palabra. Como vieron que tenía amigos entre los estadounidenses, el dictador del departamento de policía escondió la cabeza. «Emma Goldman puede hablar», declaró, «si se somete a una pequeña formalidad: que me deje leer las notas de su conferencia».

Por supuesto, yo no tenía la menor intención de dejárselas, yo no creía en la censura. Por tanto, el director decidió que yo no podría hablar. «El mitin puede celebrarse», anunció, «pero Emma Goldman no entrará en el Odd Fellows Temple, aunque tenga que recurrir a todo el departamento de policía para impedirlo».

Y mantuvo su promesa. Colocó a seis policías de paisano a mi no solicitada disposición, que se plantaron en la puerta del pequeño hotel en el que me alojaba. Por la tarde, cuando me dirigía al Odd Fellows Hall, acompañada por el abogado de la Free Speech League de Filadelfia, los detectives nos pisaban los talones. La sala estaba rodeada de policía a pie, a caballo y en automóviles. No solo se me impidió entrar sino que me obligaron a regresar al hotel por la ruta que dictaron los policías, que no me perdieron de vista hasta que volví a mi habitación. El mitin se celebró y allí hablaron anarquistas, socialistas y georgistas, pero no Emma Goldman, y así fue como Filadelfia se salvó.

Los georgistas y los miembros de la Free Speech League insistieron en que era un asunto que debía tratarse en los tribunales. Yo no tenía ninguna fe en el procedimiento legal, pero mis amigos argumentaban que, si yo rechazaba esa vía, la policía seguiría con sus tácticas, mientras que una pelea legal atraería la atención pública sobre sus métodos rusos para intentar amordazarme. Voltairine de Cleyre estaba también a favor de hacer la prueba, así que acepté.

Mientras tanto, los periódicos publicaban artículos sensacionalistas sobre la situación y los detectives seguían ante mi hotel. El dueño, algo liberal, se portó muy bien conmigo, pero la publicidad indeseada estaba dañando su negocio, así que nos mudamos a uno de los establecimientos hoteleros más grandes. Acababa de empezar a deshacer la maleta cuando me notificaron por teléfono que había habido un error, que las habitaciones que nos habían asignado había sido reservadas previamente y no había más vacantes allí. Lo mismo nos ocurrió en varios hoteles. No tenían problema en alojar a Ben, pero no me querían a mí.

Finalmente me instalé con unos amigos estadounidenses. Durante tres semanas su casa estuvo bajo constante vigilancia y a mí me siguieron desde que ponía un pie fuera hasta que regresaba. Además, la policía trató de sobornar a la criada de mi anfitrión para que vigilara mi habitación e informara de lo que ocurría allí, pero la valiente muchacha no solo se negó sino que me ayudó a escapar durante todo un día de la vigilancia de los detectives.

Se requería mi presencia urgentemente en Nueva York. Un domingo por la mañana, el 13 de octubre, esta criada nos condujo a Ben y a mí por la puerta trasera, atravesando varios patios hasta llegar a un callejón. Llegamos a la estación de tren sin que nos descubrieran y pronto nos dirigíamos hacia el Este a toda velocidad.

Nuestra misión en Nueva York era un mitin de masas para homenajear a Francisco Ferrer, la víctima del papismo y del militarismo español.

La Iglesia católica había librado durante ocho años una guerra sin cuartel contra Francisco Ferrer, que se había atrevido a golpearla en su costado más vulnerable. Entre 1901 y 1909 había fundado 109 escuelas modernas y su ejemplo e influencia habían conducido a los elementos liberales a montar trescientas instituciones educativas no sectarias. La católica España nunca había contemplado tal osadía, pero, sobre todo, era la Escuela Moderna de Ferrer la que perturbaba a los padres de la Iglesia. Rabiaban ante el intento de liberar al niño de la superstición y del fanatismo, de la oscuridad del dogma y de la autoridad. La Iglesia y el Estado vieron el peligro que suponía para su dominación secular y trataron de aplastar a Ferrer. Casi lo consiguen en 1906. En aquel momento se le detuvo en relación con el atentado de Morral contra la vida del rey español.

Mateo Morral, un joven anarquista, había entregado su fortuna a la biblioteca de las Escuelas Modernas y había trabajado con Francisco Ferrer como bibliotecario. Tras el fracaso de su acción, se quitó la vida. Entonces las autoridades españolas descubrieron su relación con la Escuela Moderna. Detuvieron a Francisco Ferrer. Toda España sabía que Ferrer se oponía a los actos de violencia política, que creía firmemente y predicaba la educación moderna frente a la violencia, pero eso no lo libró de la actuación de los poderes establecidos. Las protestas a escala mundial lo habían rescatado en 1906 pero entonces la Iglesia y el Estado exigían de nuevo su castigo.

Mientras las autoridades buscaban a Francisco Ferrer, él vivía con un camarada a quince kilómetros de Barcelona. Allí estaba a salvo y podría haberse librado de la furia de la iglesia y de las camarillas militares que pedían su muerte. Entonces leyó la proclama oficial que decía que cualquiera que le diera asilo sería fusilado. Decidió entregarse. Los amigos anarquistas de la casa en la que estaba eran una familia pobre con cinco niños; y eran conscientes del peligro, pero aun así rogaron a Ferrer que se quedara con ellos. Para aplacar su miedo por su seguridad, se lo prometió, pero, por la noche, cuando todos dormían, Ferrer salió por la ventana de su

cuarto y caminó hasta Barcelona. Lo reconocieron a poca distancia de la ciudad y lo arrestaron.

Tras una farsa de juicio, Francisco Ferrer fue condenado a muerte y fusilado contra la tapia de la cárcel de Montjuïc. Murió como había vivido, proclamando con su último aliento: «¡Viva la Escuela Moderna!».

Tras el homenaje a Francisco Ferrer en Nueva York, regresamos a Filadelfia para continuar la pelea por la libertad de expresión. Mientras esperaba la sentencia del tribunal, se celebró una reunión social en mi cuarto para el comité que apoyaba nuestra campaña. Estábamos tranquilamente tomándonos un café y charlando cuando llamaron a la puerta con violencia. Varios detectives entraron en tromba en la habitación.

«Estás celebrando una asamblea clandestina», declaró su jefe. Y mandó desalojar.

«¿Cómo te atreves a interrumpir mi fiesta de cumpleaños?» le contesté. «Son mis invitados y han venido a celebrar mi cumpleaños. ¿Es eso un delito en Filadelfia?»

«¡Cumpleaños, y un cuerno!», bufó el policía. «No sabía que los anarquistas celebraran los cumpleaños. Esperaremos fuera para ver hasta qué hora lo celebráis».

Algunos de los georgistas presentes estaban muy enfadados, no porque la policía hubiera irrumpido en nuestro amigable círculo sino por la violación de la sagrada propiedad privada. Mis visitantes se fueron pronto y yo me quedé pensando si la mayor dificultad que se nos presentaba a los anarquistas no sería lo profundamente arraigado que estaba en el individuo la santidad de la propiedad o su creencia en el Estado.

Nuestra campaña se cerró con un gran mitin bajo los auspicios de la Free Speech League. Leonard D. Abbott presidía, mientras que los oradores fueron el excongresista Robert Baker, Frank Stephens, Theodore Schroeder, George Brown (el «zapatero filósofo»), Voltairine de Cleyre y Ben Reitman. Se leyeron cartas de Horace Traubel, Charles Edward Russell,

Rose Pastor Stokes, Alden Freeman, William Marion Reedy y otros, que protestaban por mi silenciamiento.

Poco tiempo después el Director de Seguridad Pública de Filadelfia fue destituido acusado de enchufes y sobornos.

36

A finales de 1909 Nueva York volvió a sufrir una cruzada contra el vicio. ¡Los reformadores había descubierto la trata de blancas! Se afanaron en ello, aunque no tenían ni la más remota idea de cuáles eran los orígenes del mal que intentaban erradicar.

Yo había tenido muchas oportunidades de entrar en contacto con la prostitución; primero, en la casa en la que estuve obligada a vivir; después, durante los dos años en los que cuidé a la señora Spenser y, finalmente, en la isla de Blackwell. Había también leído y reunido mucho material sobre el tema, así que me consideraba mucho mejor preparada para discutir el problema que los entrometidos moralistas que en aquel momento acaparaban toda la atención. Preparé una conferencia sobre la trata de blancas que versaba sobre sus causas, sus efectos y la posibilidad de su eliminación. Se convirtió en la baza más potente de mi nuevo curso y también provocó las críticas y debates más encendidos. Se publicó en el número de enero de *Mother Earth* más tarde de forma separada.

Poco después Ben y yo partimos en nuestra gira anual. En todas partes nos recibían con quejas de nuestros suscriptores de que no habían recibido el número de enero de la revista. Telegrafié a Sasha y se fue a preguntar a Correos. Le comunicaron que algunas copias habían sido retenidas por una queja de Anthony Comstock. Aunque nos halagaba que finalmente nos

dieran un puesto entre las otras víctimas de la comstockería, exigimos sin embargo saber la razón de tal inesperado honor.

Tras varias llamadas, Sasha consiguió acceder ante la augusta presencia del guardián de la moral estadounidense. Comstock admitió que se había secuestrado *Mother Earth*, pero negó que hubiera sido por una queja suya.

«El asunto está ahora en mis manos», le dijo a Sasha. «La razón para ello es el artículo de la señorita Goldman sobre la trata de blancas». A petición de Comstock, Sasha lo acompañó a la oficina del fiscal de distrito, donde san Anthony celebró una reunión secreta que duró dos horas. Después, mantuvo una larga charla con el inspector jefe de Correos. Finalmente el censor declaró que no había encontrado nada que objetar en el artículo.

Al día siguiente el *New York Times* incluía una entrevista con Comstock en la que negaba por completo el asunto. Era «una treta de Emma Goldman para llamar la atención sobre su publicación», afirmaba. No se había quejado de la revista, decía, ni Correos la había retenido. Hizo falta otra semana de enérgico esfuerzo de Sasha, recorriéndose varias oficinas postales y telegrafiando repetidamente a Washington, antes de que se liberara finalmente el número de enero.

Si al menos Comstock hubiera tenido la decencia de informarnos previamente de su decisión, habríamos impreso cincuenta mil copias del número proscrito. Su intervención solo ayudó a publicitar nuestra revista. La demanda de *Mother Earth* aumentó enormemente pero, por desgracia, solo disponíamos de la tirada habitual.

Por primera vez desde la pelea por la libertad de expresión de 1908, podía regresar a Chicago. La policía, tal vez consciente de la publicidad que, por el trato que yo había recibido, había recibido el anarquismo en aquella ocasión, nos aseguró a Ben y a mí que no se me molestaría. La promesa provocó que mi representante se entusiasmara anticipando el trabajo que nos esperaba en su ciudad natal. Telegrafió ofreciendo fechas y temas y volcó toda su fuerza en la preparación de una serie de conferencias.

Chicago había sido una ciudad muy significativa en mi vida. Le debía mi nacimiento espiritual a los mártires de 1887. Diez años después había encontrado allí a Max, cuya comprensión y tierno compañerismo no había dejado de inspirarme y alimentarme a lo largo de los años. También había sido en Chicago, en 1901, cuando había estado al borde de la muerte por la actitud que mantuve por Leon Czolgosz. Y Chicago me había regalado a Ben. Ben, con todos sus defectos, irresponsabilidad y obsesiones, el hombre que ya me había causado más agonía espiritual que nadie en toda mi vida y que me había aportado la devoción más profunda y una completa consagración a mi obra. Solo habíamos estado juntos dos años, durante ese periodo había puesto mil veces a prueba mi alma y mi cerebro se rebelaba aún contra ese hombre extraño, cuya cercanía era para mí una necesidad vital.

Había dado conferencias en la ciudad del lago Michigan desde 1892, pero solo en esa visita me di cuenta de sus posibilidades. En diez días hablé en seis mítines ingleses y tres *yiddish*, ante multitudes lo suficientemente interesadas como para pagar una entrada y comprar grandes cantidades de nuestros libros. Era un logro notable y se produjo casi exclusivamente gracias a los esfuerzos de Ben. Mi satisfacción por el terreno ganado en Chicago se mezclaba con mi orgullo por él, orgullo porque sus oponentes más tenaces en nuestras filas habían acudido a verlo y habían admirado su sinceridad y su talento para la organización. Al menos en esa ciudad, Ben había conquistado los corazones de muchos camaradas y se había ganado su apoyo y cooperación.

En mis viajes a lo largo de Estados Unidos, las ciudades universitarias siempre se habían mostrado indiferentes a la lucha social. Los estudiantes estadounidenses ignoraban los grandes temas de su tierra natal y carecían de empatía con las masas, así que no me entusiasmé mucho cuando Ben sugirió que invadiéramos Madison, Wisconsin.

Grande fue mi sorpresa cuando descubrí un tono completamente nuevo en la Universidad de Wisconsin. Descubrí a profesores y alumnos vitalmente interesados por las ideas sociales y una biblioteca que albergaba una selección estupenda de libros, periódicos y revistas. Los profesores Ross, Commons y Jastrow y algunos otros resultaron ser la excepción de la media del educador estadounidense. Eran progresistas, atentos a los problemas del mundo y modernos en la interpretación de sus temas.

Un grupo de estudiantes nos invitó a dar una charla en el salón de la YMCA del campus. Ben habló de la relación entre la educación y la agitación y yo debatí sobre la diferencia entre los universitarios rusos y estadounidenses. Para nuestros oyentes fue una novedad enterarse de que la *intelligentsia* rusa no veía la educación como un simple medio para hacer carrera sino como una oportunidad que les permitiera comprender la vida y el pueblo, para poder así enseñar y ayudar. La mayoría de estudiantes estadounidenses, por el contrario, solo se interesaban por los diplomas. En lo que respecta a la lucha social, los universitarios estadounidenses sabían poco de ella y les interesaba aún menos. Nuestras charlas en esa ocasión se prolongaron con debates animados y nos demostraron que nuestro público se había vuelto muy consciente de su relación con las masas y de su deuda con los obreros que producían toda la riqueza.

A los consejeros del edificio de la YMCA no se les ocurrió nada más sensato que prohibirnos usar el salón para las siguientes reuniones. Y esa fue la mejor publicidad posible. Atrajo a montones de estudiantes al salón que habíamos contratado en la ciudad y les entraron aún mas ganas de escucharnos. Posteriormente me informaron en la biblioteca de que había habido más demanda de libros sobre el anarquismo desde que yo había estado en la ciudad que durante toda la existencia de la biblioteca.

La expectación que despertó mi presencia en Madison y la asistencia nutrida a nuestros mítines fue demasiado para sus conservadores ciudadanos. Su altavoz, el *Democrat*, hizo sonar la alarma contra «el

espíritu de la anarquía y la revolución rampante en el *college*». El editor escogió como blanco especial al profesor Ross, mi anfitrión, que también había animado a sus alumnos a ir a mis conferencias e incluso había asistido él mismo. El periódico casi logra que despidieran al profesor. Afortunadamente poco tiempo después de mi visita partió en un viaje a China que llevaba mucho tiempo preparando. Las invectivas del *Democrat* pronto se agotaron y, cuando el doctor Ross regresó de Oriente, pudo retomar su trabajo sin problemas.

Como representante de la compañía Orleneff, había acudido a muchas reuniones sociales, pero en tanto propagandista siempre había conseguido apartarme del entretenimiento ocioso. El hombre que ahora me conducía por los acantilados de los cócteles de la alta sociedad y las cenas de los aspirantes a la bohemia era William Marion Reedy, el brillante editor del *Mirro*r de St. Louis. Sus modales suaves podían hacer pasar el contrabando más peligroso al campo enemigo. En mi primera comida con la gente «bien» de St. Louis, en la que se sirvió mucha agua y poco alcohol, me cayeron demasiadas preguntas. El único elemento que daba vida a todo aquello era Bill Reedy, un vino espumoso en una casa de rezos.

Mi segunda aparición fue en el Artists' Guild, una sociedad compuesta de bohemios «respetables». Su bohemia me hizo recordar las aventuras de Jack London en el East End de Londres, tal y como las retrata en *Gente del abismo*, donde se había puesto en la cola del pan, había esperado horas para que le permitieran cargar una pala de carbón y se había encerrado en un penal, con la reconfortante conciencia de que, en cualquier momento, podía regresar a sus aposentos, darse un baño, cambiarse de ropa y tomarse una suculenta cena.

La mayoría de los Guilders me dieron la impresión de ser gente para quienes la «bohemia» era una especie de narcótico que los ayudaba a soportar el aburrimiento de sus vidas. Por supuesto, había quienes sí conocían la lucha que es el destino de toda persona libre y sincera, ya aspire

a un ideal en la vida o en el arte. A ellos me dirigí en una charla llamada «Arte en la vida», señalando, entre otras cosas, que la vida, en toda su plenitud y variedad, es arte, el mayor arte. El individuo que no participa en la corriente de la vida no es un artista, por muy bien que pinte crepúsculos o componga nocturnos. No quería decir, por supuesto, que el artista tuviera que tener un credo definido, unirse a un grupo local anarquista o socialista. Sí opinaba, sin embargo, que ha de ser capaz de sentir la tragedia de los millones de condenados a la ausencia de goce y belleza. La inspiración del verdadero artista nunca ha sido el salón. El gran arte siempre ha ido hacia las masas, hacia sus esperanzas y sus sueños, buscando la chispa que encienda sus almas. El resto, «los muchos, los demasiados», como llamaba Nietzsche a la mediocridad, han sido meras mercancías que se pueden comprar con dinero, gloria barata o posición social.

Mi conferencia sobre el teatro venía especialmente a cuento porque, en aquel momento, los sacerdotes y las damas virtuosas se esforzaban en purificar los escenarios, pero fue mi charla sobre Francisco Ferrer la que atrajo más público y despertó el interés más profundo.

Más satisfactorio que el «presentarme en sociedad» fueron las horas que pasé en Faust con Billy Reedy y la dulce compañía de Ben e Ida Capes. En teoría, a Bill y a mí nos separaban siglos. Algo así había dicho él en mi semblanza «La hija del sueño», pero, en realidad, el editor del *Mirror* de St. Louis era casi un anarquista. Su amplitud de miras y su tolerancia y generoso apoyo de todo rebelde social me hicieron quererlo mucho. Teníamos muchos gustos literarios en común, y su humor irlandés y su pronto ingenio animaban las horas que pasábamos juntos.

Le hablé de aquella otra velada que había pasado en Faust, en 1901, con Carl Nold y otros amigos, antes de ir a Chicago para entregarme a la policía. «¡Estabas aquí sentada disfrutando de la comida y la bebida mientras doscientos detectives te buscaban debajo de las piedras!», exclamó. «¡Dios, Dios, Dios, qué mujer!» Sus ojos se le salían de las

órbitas, su vientre temblaba de la risa y se atragantó. Tras varios golpes en la espalda y unos sorbos de agua, Billy recuperó la respiración, pero continuó repitiendo toda la noche: «¡Dios, Dios, qué mujer!».

Los Capes me eran más cercanos en un sentido más profundo que Bill, por el vínculo de nuestro ideal y de nuestra lucha. Mucho antes de conocerlos me habían hablado de su fervor en nuestra causa y de su respuesta siempre inmediata a sus necesidades. Más tarde me enteré de cómo había nacido la conciencia social de Ben. «Fue en uno de tus mítines en St. Louis», me dijo. «Había acudido con una pandilla de críos para arrojarte huevos podridos porque eras la enemiga de Dios y de la humanidad. Tu charla de aquella noche me conmovió profundamente y cambió el curso de toda mi vida. Había ido a burlarme y me quedé para rezar a la nueva visión que tú me habías creado». Desde ese momento nunca flaqueó en su devoción a esa visión, ni a nuestra amistad, que se hizo más fuerte y hermosa con el paso de los años.

La Universidad del Estado de Michigan está solo a diez horas de la Universidad de Wisconsin, pero en espíritu estaba cincuenta años atrás. En vez de profesores abiertos y estudiantes dispuestos, me vi confrontada con quinientos alborotadores universitarios en nuestro salón, silbando, aullando y actuando como lunáticos. Me había dirigido a multitudes difíciles en su día: estibadores, marineros, trabajadores del metal, mineros, hombres excitados por la histeria de la guerra. Todos ellos parecían señoritas de internado comparados con la panda difícil que había acudido en esa ocasión, con la idea evidente de reventar el mitin. Antes de que llegara al salón, esos creyentes en la santidad de la propiedad privada habían destrozado todos nuestros libros. Hecho eso, se divertían arrojando pedazos de carbón al jarrón de cristal tallado del estrado. El lugar estaba atestado de hombres y solo había otra mujer presente, además de mí, la doctora Maud Thompson. La pobre estaba encajonada en la puerta y no podía llegar hasta

el estrado. Tampoco habría servido de nada, porque yo no tenía la menor intención de apelar a la «caballerosidad» de esos adolescentes.

Algunos estudiantes que nos habían recibido en una cena de su fraternidad se inquietaron por mi seguridad y se ofrecieron para llamar a la policía. Me pareció que un paso así solo podía agravar la situación y tal vez causar disturbios. Les dije que yo cogería el toro por los cuernos y asumiría las consecuencias.

Mi aparición sobre el estrado fue recibida con berridos, cencerros, pataleos y gritos de «¡Aquí está la anarquista arrojabombas, la del amor libre! No puedes hablar en nuestra ciudad, Emma. Lárgate, más vale que te largues».

Me di cuenta con claridad de que para hacer frente a aquella situación no debía mostrar nerviosismo ni perder la paciencia. Me crucé de brazos y me quedé allí ante los jóvenes salvajes mientras el ruido ensordecedor continuaba. Durante un ligero receso dije: «Caballeros, veo que tienen ganas de hacer deporte. Quieren competir. Muy bien, competiremos. Sigan con el ruido. Esperaré a que terminen».

Durante un segundo se produjo un silencio sorprendente y después todo estalló de nuevo. Seguí allí de pie, con los brazos cruzados, con toda mi voluntad de poder concentrada en mi mirada. Poco a poco los chillidos remitieron y entonces alguien gritó: «¡De acuerdo, Emma, oigamos cosas de tu anarquismo!». El grito fue secundado por otros y después de un rato reinó algo parecido al silencio. Entonces comencé a hablar.

Hablé durante una hora en medio de constantes interrupciones, pero no pasó mucho tiempo hasta que el silencio se impusiera entre el público. Su comportamiento, les dije, era la mejor prueba de los efectos de la autoridad y de su sistema educativo. «Sois el resultado de eso», les dije. «¿Cómo vais a saber qué significa la libertad de pensamiento y de expresión? ¿Cómo vais a respetar a los demás o ser amables y hospitalarios con un extranjero que os visita? El autoritarismo en el hogar, en la escuela y en el cuerpo político

destruye estas cualidades. Convierte al individuo en un loro que repite lemas gastados por el tiempo, hasta que se vuelve incapaz de pensar por sí mismo o de sentir la injusticia social, pero yo creo en las posibilidades de la juventud», continué, «y ustedes, caballeros, son jóvenes, muy jóvenes. Eso es una suerte, porque aún no están corrompidos y aún son impresionables. La energía que han demostrado esta tarde podría emplearse para usos mejores. Podría aplicarse para beneficio de sus semejantes, pero han desperdiciado sus fuerzas en romper un hermoso jarrón y en destrozar los libros de hombres y mujeres que viven, trabajan y a menudo mueren por su visión de un futuro mejor».

En cuanto terminé, ellos empezaron a aullar el grito del *college*. Me dijeron más tarde que aquel era el mayor tributo que podía recibir. Hacia la noche, un comité de estudiantes apareció en mi hotel para ofrecerme sus disculpas y para reparar los daños causados al destrozar los libros y el jarrón. «Ganaste, Emma Goldman», dijeron. «Nos has avergonzado. La próxima vez que visites nuestra ciudad, te daremos una bienvenida muy diferente».

No fue ese el único acontecimiento interesante que nos ocurrió en Ann Arbor. Estuvo también la reunión con el doctor William Boehm, profesor universitario, y con su mujer, la doctora Maud Thompson, una buena mujer de naturaleza muy tierna. El día de mi charla, Ben y yo habíamos sido sus invitados a comer. La hora se pasó en una animada discusión con Boehm, un partidario del «socialismo científico». Más tarde, en el mitin, olvidó nuestras diferencias teóricas: la preocupación y la simpatía por una camarada pesaba más que su fría ciencia y estaba dispuesto a pelear por mí.

En Buffalo conocimos a una personalidad inusual, el secretario del alcalde. Solo Estados Unidos puede producir una contradicción así: aquel hombre era un radical y no creyente, pero a la vez atado por su conciencia de Nueva Inglaterra. Era un gran soñador que malgastaba su energía en pequeñas cosas; un político y un oportunista, temeroso de la opinión

pública a la vez que la ignoraba temerariamente. No tenía nada que ganar y sí mucho que perder pidiéndole al alcalde que me dejara hablar. Y defendió mis derechos con la tenacidad de un puritano.

El jefe de policía trató de suspender el mitin. El alcalde, a petición de su secretario, se negó a consentirlo. Fue una competición en la que la inteligencia superior ganó a los puntos a la estrechez de mente funcionarial.

Los caminos de los dioses son extraños: por alguna razón no hubo más intervenciones policiales en esa gira. Seguimos tranquilamente nuestro camino, arando viejos campos, roturando otros nuevos y conociendo gente interesante que ponía una nota de sabor y color a nuestra tarea.

Que los periódicos trataran con ecuanimidad a una anarquista no era algo que ocurriera todos los días. En Denver, para mi gran sorpresa, tres periódicos dedicaron sus columnas a un relato fidedigno de mis charlas. El crítico de teatro del *Times* incluso hizo un descubrimiento. «A Emma Goldman», escribió, «se le trata como una enemiga de la sociedad porque, como el doctor Stockmann en *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen, señala nuestros males y nuestros defectos».

Reno, la fábrica de divorcios del país, atraía a una determinada clase de mujeres. Llegaban hasta allí en manadas para comprar su libertad de un dueño para así poder venderse, con más provecho, como suele ocurrir, a otro dueño. La respetabilidad lo tiene fácil. Sin el corazón desgarrado y la lucha espiritual de la mujer libre que sufre mil tormentos para recomponerse de una experiencia emocional a otra. Solo un trozo de papel, que se obtiene fácilmente cuando hay dinero para acallar los chismes ajenos y calmar la conciencia de cada una. Y aun así las divorciadas que se alojaban en el hotel estaban escandalizadas.

«¿Cómo? ¿Emma Goldman bajo el mismo techo que nosotras? ¿Emma Goldman, defensora del amor libre? ¡Una persona así no puede tolerarse!» ¿Qué iba a hacer el pobre propietario? Las divorciadas, como los pobres, siempre están ahí y son huéspedes rentables. Tuve que dejar el hotel. Lo

gracioso de la situación era que las mismas mujeres que se habían opuesto a que residiera en el mismo lugar que ellas, terminaron ayudando a llenar mis charlas sobre «El fracaso del matrimonio» y «El sentido del amor».

En Reno me inicié en el arte del juego. Nunca había visitado un casino, con la gente asediando las mesas de ruleta. Era interesante observar la expresión y el comportamiento de los hombres y mujeres a los que les consumía la pasión. Yo también probé mi «suerte», pero después de perder cincuenta centavos renuncié al intento de doblegar a la fortuna.

En San Francisco me enteré de que Jack London vivía en los alrededores. Lo había conocido junto con otros jóvenes estudiantes socialistas en casa de los Strunsky, en mi primera visita a California en 1897. Desde entonces había leído casi todas sus obras y me apetecía retomar el contacto. Había otra razón: la Ferrer Association tenía el plan de montar en Nueva York una Escuela Moderna. Habíamos conseguido el apoyo de personas muy importantes por su trabajo educativo, entre ellas Lola Ridge, Manuel Komroff y Rose y Mary Yuster. Yo quería que Jack London se interesara por nuestro proyecto. Le escribí invitándole a mi charla sobre Francisco Ferrer.

Su respuesta fue característica: «Querida Emma Goldman», decía. «He recibido tu nota. No asistiría a un mitin aunque el orador fuera Dios Todopoderoso. Solo voy a conferencias cuando me toca hablar a mí, pero te quiero aquí. ¿Vendrás a Glen Ellen junto con quien sea que te acompañe?».

¿Quién podría resistir tan amable invitación? Solo tenía dos amigos allí, Ben y mi antiguo abogado, E. E. Kirk, pero incluso aunque hubiera llevado toda una caravana, Jack y Charmian London les habrían dado la bienvenida, tan cálida y auténtica era la hospitalidad de esos dos seres queridos.

¡Qué diferente era el Jack London real del estirado y mecánico socialista de las *Kempton-Wace Letters*! Allí veía juventud, exuberancia, vida palpitante. Aquí había un buen camarada, todo afecto y preocupación. Se esforzó para que nuestra visita fueran unas vacaciones gloriosas.

Discutimos sobre nuestras diferencias políticas, por supuesto, pero en Jack no había ni rastro del rencor que tan a menudo había encontrado en los socialistas con los que había debatido, pero Jack London era ante todo un artista, un espíritu creativo, para quien la libertad es como el aire que respira. Como artista, no podía dejar de apreciar la belleza del anarquismo, incluso aunque insistiera en que la sociedad debía pasar primero por el socialismo antes de alcanzar el estadio más alto del anarquismo. En cualquier caso, no era la visión política de Jack London lo que me interesaba. Era su humanidad, su comprensión y su empatía con las complejidades del corazón humano. ¿Cómo si no habría podido crear su espléndido *Martin Eden*, si no tuviera en sí mismo los elementos que habían contribuido a la lucha espiritual y la ruina de su protagonista? Era Jack London, y no el seguidor de un credo mecanicista, quien daba sentido y alegría a mi visita a Glen Ellen.

Charmian, la esposa de Jack, era una anfitriona encantadora, amable y tierna, que estaba esperando un bebé. Con su incesante actividad diaria, demasiado agotadora, me temo, cualquiera habría negado que el parto estaba tan próximo. Durante los tres días de nuestra estancia, Charmian apenas descansó, excepto después de cenar, cuando se sentaba a coser la ropa del bebé mientras nosotros discutíamos, bromeábamos y bebíamos hasta altas horas de la madrugada.

Durante quince años, hasta entonces, mis charlas habían sido posibles gracias a mis camaradas, que me habían prestado la mejor ayuda posible, pero nunca habían podido llegar a un amplio público estadounidense. Algunos estaban demasiado centrados en las actividades de los grupos en su propio idioma como para molestarse en tratar de interesar a los elementos nativos. Los resultados durante aquellos años eran escasos e insatisfactorios. Entonces, con Ben como mi representante, mi labor desbordaba sus antiguos y estrechos confines. En esa gira había visitado 37 ciudades en 25 estados, entre ellos muchos lugares donde jamás se había

hablado de anarquismo. Di 120 charlas ante amplios públicos, de las que 25 eran con entrada de pago, además de la gran cantidad de estudiantes pobres o parados a los que se les admitía gratuitamente. El aspecto más gratificante de la ampliación del alcance de mi obra fue que se vendieron diez mil libros y otros cinco mil se distribuyeron gratuitamente. No menos importantes fueron las diversas peleas por la libertad de expresión, con todos mis gastos cubiertos por nuestras propias asambleas. Tampoco habíamos descuidado las otras actividades. Nuestras peticiones a favor de la recientemente organizada Francisco Ferrer Association y de numerosas huelgas habían recibido una respuesta material notable.

Y sin embargo algunos camaradas me censuraban abiertamente. Consideraban una auténtica traición que yo, una anarquista, viajara con un representante, además con un exvagabundo, un hombre inestable, que ni siquiera era un camarada. No me preocupaba, sin embargo, aunque era doloroso toparse con un sectarismo así en nuestras filas. Me reforzaba la certeza de que durante los últimos dos años mi labor había sido mucho mejor y que había dado a conocer el anarquismo mucho más ampliamente que los años precedentes. Y eso lo habían traído el talento y la dedicación de Ben.

37

El 18 de mayo, el día de la resurrección de Sasha, había quedado grabado en mi corazón, aunque mis giras anuales siempre habían impedido que estuviera con él en el aniversario de su liberación. En un sentido espiritual, sin embargo, ni el tiempo ni el espacio podían separarme de Sasha o hacerme olvidar el día que tanto había esperado y por el que tanto había trabajado durante sus años de cárcel. El 18 de mayo encontré un telegrama suyo en Los Ángeles. Me llenó de alegría, porque me comunicaba la noticia de que había decidido comenzar a escribir sus recuerdos de la cárcel. A menudo lo había animado a hacerlo, porque creía que recrear su vida en prisión sobre el papel le ayudaría a librarse de los fantasmas que hacían tan difícil que se readaptara a la vida. Ahora se había decidido por fin, en Nuestro Día, el día que representaba el momento más significativo de nuestras dos vidas. Inmediatamente le comuniqué que volvería pronto para relevarlo en la oficina de *Mother Earth* y que me dedicaría el resto del verano a atender sus necesidades.

Yo también tenía que escribir, revisar mis conferencias para su publicación. Ben me había metido el gusanillo y había hablado de ello durante toda la gira. Yo creía que no sacaría el tiempo necesario para corregirlas, y que, además, ningún editor aceptaría un libro mío, pero Ben ya imaginaba que esos ensayos míos serían un *best seller* en nuestros

mítines; su optimismo e insistencia eran demasiado contagiosos como para resistirse mucho tiempo.

Antes, cuando terminaban nuestras giras, Ben se había quedado siempre en Chicago con su madre, a la que le unía un gran afecto. Esa vez yo quería que se quedara en Nueva York para poder dedicarle más tiempo a Sasha y a mi propio libro. Pero el *wanderlust* corría por las venas de Ben, tan incontrolable como en sus días de vagabundeo. Para no ser una carga para *Mother Earth,* se abriría camino hacia Europa, me dijo. Como siempre habíamos estado separados parte del verano, no habría ninguna diferencia, razonaba, si estaba en Chicago o en Londres.

Poco después de la partida de Ben, Sasha y yo nos trasladamos a nuestra pequeña granja. Adorábamos la belleza y la quietud de aquel lugar. Él plantó una tienda en una de las colinas más altas, que ofrecía una vista impresionante sobre el Hudson. Yo me ocupaba de poner la casa en orden. Mientras tanto Sasha comenzó a escribir.

A pesar de las muchas redadas de la policía que había sufrido desde que Sasha fue a Pittsburgh en 1892, yo había conseguido rescatar algunas copias de *Brotes de prisión*, que había publicado en secreto en la penitenciaría. Carl Nold, Henry Bauer y algunos otros amigos también habían conservado copias. A Sasha le eran de ayuda, pero palidecían en comparación con los recuerdos de lo que había vivido en aquella casa de los muertos vivientes. Todos los horrores que había conocido, la agonía de cuerpo y alma, el sufrimiento de sus compañeros presos, todo eso tenía que sacarlo de las entrañas de su ser y recrearlo. El negro espectro de los catorce años comenzó de nuevo a obsesionar sus horas de sueño y de vigilia.

Día tras día se sentaba en su mesa mirando al vacío o escribía como si le poseyeran las furias. Luego solía querer destruir lo que había escrito y yo luchaba con él para rescatarlo, como había luchado durante todos esos años para salvarlo de su tumba. Entonces llegaban días en los que Sasha desaparecía en los bosques para huir del contacto humano, para huir de mí

y, por encima de todo, para huir de sí mismo y de los fantasmas que habían vuelto a la vida desde que había comenzado a escribir. Yo me atormentaba buscando la forma justa y la palabra justa con la que tranquilizar su espíritu atormentado. Emprendía esa lucha cada día no solo por mi afecto hacia él sino también porque percibí desde el primer capítulo de su texto que Sasha iba a parir una gran obra. No había precio lo bastante alto que yo no pagara con gusto para ayudarla a nacer.

Mientras estábamos en la granja, una tarde me caí y me hice daño. Un amigo, un joven médico que estaba de visita, diagnosticó que me había roto la rótula, pero yo no dejé esa noche de escribir, como había planeado. Con una compresa fría sobre mi rodilla y la pierna en alto, trabajé hasta las seis de la mañana. Tras unas pocas horas de sueño, no sentía dolor y, como tenía que ir a Nueva York ese día, me afané preparando provisiones. Horneé, preparé mi receta especial de alubias «Boston» y después caminé cinco kilómetros hasta la estación de ferrocarril. Cuando intenté subir al tren, sentí que me fallaba la rodilla. La noche fue dolorosísima y por la mañana tuve que pedir que me viera un médico. Confirmó el diagnóstico previo de rotura de rótula y aconsejó una operación. Dos médicos amigos estuvieron de acuerdo con él y sugirieron el hospital St Francis.

«El doctor Stewart, el famoso cirujano, trabaja allí», dijo uno de mis amigos, «y hará un buen trabajo».

«¡El doctor Stewart!», exclamé. «¿El hombre al que llamaron para atender a McKinley?»

«El mismo», contestó.

«¡Qué extraña coincidencia!», señalé. «¿Crees que aceptará cuando sepa quién soy?»

«Claro», me aseguró mi amigo. «Además, siempre puedes registrarte como Kershner».

Tras hacerme una radiografía, el doctor Stewart vino a decirme que me había roto el hueso de la rodilla por un lado. «Pero, ¿cómo te las arreglaste

para desgarrarte los ligamentos?», preguntó. Cuando le dije que había estado de pie todo el día, se echó las manos a la cabeza. Pero no iba a operarme, me dijo. «Las rodillas no funcionan igual después de una operación», me dijo. «Voy a aplicar un tratamiento lento, el método conservador. Lleva más tiempo y paciencia, pero al final da mejores resultados», señaló con un destello en la mirada.

«Me ha pillado», pensé. «Eso del método conservador me estaba especialmente dedicado».

Era una píldora amarga de tragar para una anarquista, pero la vanidad femenina se impuso sobre una rodilla tiesa y acepté el «método conservador». Me llevaron de vuelta a mi piso y estuve postrada durante semanas con una escayola y entablillada. Mientras tanto, Sasha había interrumpido su libro y también lo estaba el mío, lo que era más difícil de soportar que el dolor de la rodilla. En cuanto se enteró de mi accidente, Ben interrumpió su viaje y regresó a Nueva York. Tenerlo cerca me consolaba y me tranquilizaba y casi me alegró estar postrada.

En una semana ya estaba de vuelta en la granja, dando saltitos con las muletas, haciendo de criada para cinco personas, pasando las veladas con Sasha y las noches con mi libro, que terminé en dos meses. Como había imaginado, ninguna editorial aceptó mi manuscrito. Ben me presionaba para que lo sacáramos nosotros mismos. La imprenta estaba dispuesta a fiarnos, pero ¿de dónde sacar el resto de los fondos necesarios? «Pide un préstamo», me aconsejaba mi optimista representante. «Venderemos suficientes en la próxima gira como para recuperar todos los gastos».

Ben se ocupaba de la oficina de *Mother Earth* y de la publicación de mi libro y yo regresé de nuevo a nuestra granja de Ossining, donde Sasha seguía trabajando en sus memorias. Nuestra intención era seguir allí todo lo que el tiempo nos permitiera, pero unos acontecimientos inesperados nos hicieron cambiar de planes. Llegaron noticias de la explosión en el edificio de *Los Angeles Times* y del peligro inminente de un grupo de anarquistas en

Japón. Ambos asuntos requerían esfuerzo inmediato y concentrado por nuestra parte y regresamos apresuradamente a Nueva York a primeros de octubre.

La Merchants and Manufacturers' Association de Los Ángeles, con Harrison Grey, el propietario de *Los Angeles Times,* a la cabeza, había librado durante años una guerra sin tregua en la Costa del Pacífico contra las organizaciones sindicales. Su oposición enconada había frustrado todo intento de organizar a los obreros de Los Ángeles y así permitirle mejorar sus condiciones. Como consecuencia, Otis y su periódico eran blanco del odio de los elementos sindicales californianos.

La noche del 1 de octubre una explosión derribó el edificio del *Times*, lo que implicó el sacrificio de 22 empleados. Otis gritó: «¡Anarquía!». La prensa, el Estado y la Iglesia al unísono lanzaron un ataque a todo aquel conocido por sus simpatías obreras. En la sed general de venganza muchos curas eran los más ávidos. Incluso antes de que se determinara la causa de la explosión de *The Times*, se responsabilizaba a los anarquistas. Aceptamos el desafío del enemigo y advertimos a los esforzados trabajadores que no solo era el anarquismo lo que peligraba sino también el sindicalismo. Sentíamos que esa labor era de suma importancia en ese momento y que todos los demás esfuerzos debían subordinársele. Sasha no tuvo ocasión de continuar sus memorias.

Al mismo tiempo llegaron noticias de Japón de la detención de un grupo de anarquistas por una supuesta trama para acabar con la vida del emperador. La figura más destacada de ese grupo era Denjiro Kotoku. Conocía su país mejor que los escritores europeos como Lafcadio Hearn, Pierre Loti o la señora Gauthier, que habían pintado Japón de color de rosa. Kotoku había experimentado en persona las condiciones miserables bajo las que penaban los obreros y la barbarie del régimen político. Durante años se había entregado a concienciar a la *intelligentsia* y a las masas japonesas sobre las necesidades de la situación. Era un hombre con una mente

brillante, un escritor capaz y el traductor de algunas obras de Karl Marx, Liev Tolstói y Piotr Kropotkin. En cooperación con Lien Sun Soh y la señora Ho Chin, había propagado el anarquismo en la universidad de Tokio entre los estudiantes chinos y japoneses. El gobierno lo había encarcelado repetidamente por sus actividades sin lograr apagar el ardor del camarada. Las autoridades finalmente decidieron «eliminarlo», implicándolo en la trama contra el emperador.

El 10 de noviembre la Associated Press anunció que «el tribunal especial designado para juzgar a los conspiradores contra la vida del emperador ha declarado culpables a 26 personas, incluyendo a los líderes, Kotoku y su esposa, Sugano Kano. El tribunal recomienda la condena más severa bajo la cláusula 73, que aplica la pena de muerte para los conspiradores contra la familia imperial».

No había tiempo que perder si es que íbamos a hacer algo para detener la mano del verdugo en Japón. Con la ayuda de nuestro amigo Leonard D. Abbott, presidente de la Free Speech League, iniciamos una protesta que pronto alcanzó escala nacional. Se enviaron cartas y telegramas a la embajada japonesa en Washington, al cónsul general en Nueva York y a los periódicos estadounidenses. Un comité de personas prominentes en la vida pública se entrevistó con los representantes japoneses en Estados Unidos. La gran protesta estadounidense evidentemente no agradaba a los sátrapas del emperador. Se esforzaron al máximo para ennegrecer el carácter de los hombres condenados y usaron todos sus poderes de persuasión para convencer a nuestro comité de que cesara en sus esfuerzos. Como respuesta intensificamos nuestro trabajo, tuvimos asambleas públicas y privadas, bombardeamos a la prensa y trabajamos sin descanso para enardecer a la opinión pública contra el crimen judicial que estaba a punto de cometerse en Japón.

Entre los muchos amigos que participaron en la campaña estaba Sadakichi Hartmann, poeta, escritor, pintor y un maravilloso lector de los

poemas y relatos de Whitman y Poe. Lo había conocido por primera vez en 1894 y después se había convertido en colaborador estable de nuestra revista. Sadakichi era medio japonés y estaba familiarizado con las condiciones en Japón y con el caso de Kotoku. A petición nuestra escribió un potente manifiesto que se distribuyó ampliamente a favor de nuestros camaradas condenados.

En enero de 1911, Ben y yo comenzamos de nuevo nuestra gira anual. Antes de partir acabaron de imprimirse mis conferencias escogidas, *Anarquismo y otros ensayos*. El libro incluía un apunte biográfico de la autora por Hippolyte Havel, que trazaba los acontecimientos más significativos de mi trayectoria pública. Algunas de las conferencias del volumen habían sido una y otra vez reventadas por la policía. Incluso cuando había podido pronunciarlas nunca había estado tranquila y relajada. Representaban una lucha mental y espiritual de veinte años, las conclusiones a las que había llegado tras mucha reflexión y crecimiento. Debía la inspiración de escribir el libro a Ben, pero la principal ayuda, incluyendo la revisión y la lectura de las pruebas de imprenta, se la debía a Sasha. Era difícil saber quién de los dos era el más feliz de ver mi primer fruto literario en prensa.

Antes de salir de gira pude aún participar en la inauguración del Francisco Ferrer Centre en St. Mark Place, Nueva York, que se había logrado gracias a los esfuerzos de Leonard Abbott, Harry Kelly, Sasha y otros amigos. Allí la Ferrer Association empezó a dar clases nocturnas y dominicales, preparatorias de la Modern School, que esperábamos que surgiera de nuestros humildes orígenes. Mi gran satisfacción por el acontecimiento no se debía únicamente a los fondos que había ayudado a recaudar sino por haber conseguido que Bayard Boyesen fuera profesor y secretario de nuestra escuela.

El señor Boyesen había sido miembro del Departamento de Literatura Inglesa y Comparada en la Universidad de Columbia. Profundamente sacudido por el martirio de Francisco Ferrer, había presidido el segundo encuentro en su memoria. El rector de Columbia lo censuró por ello y Boyesen dimitió de su puesto en esa universidad. Se le convenció para que se afiliara a la Ferrer Association y que asumiera la secretaría de la Modern School. Como tal no podía esperar ni salario ni gloria, pero su interés por la aventura educativa que le proponíamos descartaba todo inconveniente.

Nada reseñable ocurrió en nuestra gira hasta que llegamos a Columbus, Ohio. Allí nos silenciaron y tuvimos que iniciar una pelea por la libertad de expresión. Ocurrió que los United Mine Workers celebraban su convención en la ciudad por esas fechas. Los elementos militantes se indignaron por la acción de la policía. Montaron una manifestación ante nuestro salón para protestar por la intervención y también contra sus propios líderes, puesto que estos últimos habían tirado por tierra una moción para que yo hablara ante la convención. El resultado fue una «invitación» de dicha convención. El curioso documento decía:

Querida señora:

Siguiendo la acción de nuestra convención, por la presente se le invita a dirigirse a los delegados de la United Mine Workers of America a la una de la tarde de mañana, 19 de enero, en sesión que se celebrará en el Memorial Hall.

Con posterioridad a esta acción por parte de nuestra Convención, el custodio nos comunicó que, antes de dirigirse a la delegación, sería necesario obtener permiso del consejo del Condado o, de otro modo, no se le permitiría. Le sugerimos que el señor Reitman trate esta cuestión con el consejo y evite cualquier complicación o disgusto que pueda derivarse si usted decide pronunciar un discurso sin el permiso del consejo.

En cualquier caso, le aseguramos que, en lo que respecta a nuestra Convención, no habría ninguna objeción.

Sinceramente suyo,

EDWIN PERRY
Secretario tesorero U.M.W. of A.

PD: Acaba de comunicarme el custodio que el consejo se niega a dejarle hablar bajo ninguna circunstancia mañana por la mañana en el Memorial Hall.

Cuando el grueso de nuestros amigos mineros se enteraron del truco que habían empleado sus representantes para impedirme hablar, decidieron por unanimidad manifestarse hasta las puertas del local que habíamos contratado para el mitin, pero primero se dirigieron hacia el Memorial Hall, donde se celebraban las sesiones de la convención. Y allí sucedió lo inesperado. Los custodios del Memorial Hall cerraron las puertas, no solo a mi persona, sino a todos los delegados. Incluso los que se habían opuesto a que yo hablara, se sintieron entonces humillados y se unieron a la procesión en dirección a nuestro local.

Allí me presentó el delegado E. S. McCullough, un hombre elocuente, y el público me recibió con entusiasmo. El aspecto más gratificante de la situación fue la respuesta auténtica de los delegados ante mi planteamiento de la necesidad de la huelga general como el arma más eficaz al alcance del movimiento obrero.

En Detroit recibimos las noticias desoladoras de la ejecución de nuestros camaradas japoneses. Denjiro Kotoku y su esposa, Sugano Kano, el doctor S. Oishi, un médico educado en Estados Unidos, A. Morichiki, ingeniero agrónomo, y sus colegas habían sido judicialmente asesinados. Su delito había sido, como el de nuestros mártires de Chicago, amar a sus semejantes y consagrarse a un ideal.

«¡Larga vida a la anarquía!», había exclamado Denjiro Kotoku con su último aliento.

«¡*Banjoi*! (Por siempre)», habían contestado sus compañeros en la muerte. «He vivido para la libertad y muero por la libertad, porque la libertad es mi vida», había declarado Sugano Kano. Oriente y Occidente se unían con los mismos lazos de sangre.

La actividad a mi favor de William Marion Reedy dio este año incluso mejores resultados que en mis anteriores visitas a St. Louis. Gracias a él y a su amiga Alice Martin, que dirigía una escuela de baile, pude hablar en el Odeon Recital Hall. Los temas escogidos, «Kotoku» y «Las víctimas de la moralidad» atrajeron a un gran número de gente que nunca antes se había aventurado a acercarse a un mitin anarquista. Las conferencias sobre Tolstói o sobre *Justice*, de Galsworthy, en el Women's Wednesday Club, resultaron un plato demasiado fuerte para los delicados paladares de las damas de la alta sociedad de St. Louis.

En esta visita conocí a Roger Baldwin, Robert Minor y Zoe Atkins. Baldwin nos ayudó a organizar un almuerzo en uno de los grandes hoteles, donde me reuní con un grupo de trabajadores sociales y reformistas. También fue de gran ayuda para fijar las dos conferencias sobre teatro del Women's Wednesday Club. Era una persona muy agradable, no demasiado vital, más bien un animal social rodeado de jóvenes de la alta sociedad, cuyo interés por el atractivo joven era aparentemente mayor que por su labor inspiradora.

Robert Minor, un dibujante cómico de talento, me pareció mucho más eficaz e interesante como artista y como socialista.

Zoe Atkins, exótica y vivaz, resultó ser un extraño producto estadounidense. Criada en una familia ultraconservadora, sus primeras influencias fueron en extremo reaccionarias, pero ella intentaba romper sus vínculos y encontrar una forma de expresión sin trabas para su vida. Fue una visitante frecuente en mi hotel y me divertía contándome el recital de sus hazañas esquivando a sus respetables parientes para poder pasar tiempo con sus amigos bohemios.

A mi regreso a Madison, Wisconsin, encontré al profesor Ross y a los otros instructores menos «temerarios» que en mi visita anterior. La causa, sin la menor duda, era la ley de Asignación Universitaria, que se presentaba en esta legislatura. Aunque les disguste la idea, los profesores son también

proletarios, proletarios intelectuales sin duda, pero incluso más dependientes de su patrón que los mecánicos. Las universidades estatales no pueden funcionar sin asignaciones, de ahí la necesidad de que el claustro fuera cauto, pero los estudiantes no se amedrentaron. Acudieron muchos más que el año anterior.

El estado de Kansas, como Massachusetts, vivía de las glorias del pasado. ¿Acaso no había entregado a John Brown a la causa de los esclavos? ¿No había resonado allí la voz de Moses Harman? ¿No había sido la fortaleza del librepensamiento? Fuera cual fuera su trayectoria progresista, ahora ya no había ni rastro de ella en Kansas. La Iglesia y la Ley Seca habían dado la extremaunción al entierro del liberalismo. La mayoría de ciudades de Kansas se caracterizaban por su falta de interés en las ideas, por la pedantería y por la autocomplacencia.

La excepción era Lawrence, la sede de la universidad. Allí había un grupo de estudiantes avanzados que daban vida a una ciudad por otra parte bastante somnolienta. El más activo era Harry Kemp. Convenció al Good Goverment Club, una organización de estudiantes de derecho, para que invitara a la peligrosa anarquista a conferenciar sobre «Por qué fracasa la ley». Mi interpretación fue una experiencia novedosa para ellos. Algunos discutieron y combatieron mi punto de vista con arrogancia juvenil. Otros admitieron que les había ayudado a ver los fallos en un esquema que hasta el momento habían considerado perfecto.

Estudiantes y profesores acudieron a nuestros mítines. Mi charla sobre «Las víctimas de la moralidad» terminó de una forma hilarante. A lo largo de la lectura señalé que los hombres, por muy libertinos que fueran sus propios hábitos sexuales, siempre insistían en que las mujeres con las que se casaran debían ser «puras» y virtuosas. Durante el debate, un hombre del público se levantó para protestar. «Tengo cuarenta años», anunció, «y me he conservado puro». Tenía un aspecto enfermizo y claramente sufría de desnutrición emocional. «Yo le aconsejaría un chequeo médico», le

respondí. En un segundo el local se vino abajo. Después del mitin me contaron la razón de tanta hilaridad. Harry Kemp me contó que mi virtuoso oponente era un profesor de botánica que era siempre muy abierto en sus lecciones sobre la vida de las plantas, pero extremadamente rígido en el tema del sexo entre los seres humanos. Me habría gustado haber sabido que el pobre hombre era un miembro de la facultad. No habría sido tan drástica en mi respuesta. Yo odiaba la petulancia, pero lamentaba haber convertido al profesor en el blanco de las malicias adolescentes.

California bullía por el descontento. La revolución mexicana y la detención de los dos hermanos McNamara habían soliviantado en grado sumo al movimiento obrero. El régimen despótico de Díaz y la explotación despiadada del pueblo mexicano en nombre de los intereses locales y estadounidenses había sido desenmascarada por Ricardo Flores Magón y su hermano Enrique, los representantes de la Junta organizadora del Partido Liberal Mexicano. Sus afirmaciones fueron plenamente respaldadas por Carlo de Fornaro en su libro *Díaz, zar de México*. Debido a estas revelaciones, el señor Fornaro, un conocido artista de Nueva York, fue detenido por libelo criminal y condenado a un año de cárcel. El gobierno de Estados Unidos actuaba como el lacayo de los intereses del petróleo estadounidense en México. Otro libro, *Barbarous Mexico*, de John Kenneth Turner, había también denunciado el robo legalizado de los indefensos peones y reprobado el despreciable papel que Estados Unidos estaba jugando en su sometimiento.

La revolución en México era la expresión de un pueblo que tomaba conciencia de las enormes injusticias económicas y políticas de su tierra. La lucha empujó a muchos obreros militantes en América, entre ellos muchos anarquistas y miembros de la I.W.W. (Industrial Workers of the World) a acudir en ayuda de sus hermanos mexicanos al otro lado de la frontera. La gente concienciada de la Costa, intelectuales y proletarios, se empapaban del espíritu de la revolución mexicana.

Otro factor que cargaba el ambiente era el nuevo intento de aplastar el movimiento obrero. Desde la explosión del edificio del *Times* el año anterior (octubre de 1910), se había desatado una auténtica caza dirigida por la agencia de detectives privados de William J. Burns para beneficio de los patronos californianos. John J. McNamara, secretario tesorero de la International Association of Bridge and Structural Iron Workers, fue secuestrado y enviado de vuelta a California. Allí se le acusó de haber provocado la explosión de *Los Angeles Times* y otras acciones con dinamita. Al mismo tiempo, su hermano J. B. McNamara y un hombre conocido como Ortie McManigal fueron también detenidos.

Aunque la prensa los consideraba anarquistas, en realidad los hermanos McNamara eran buenos católicos romanos y miembros de la conservadora American Federation of Labor. Tal vez ellos mismos fueran los primeros a los que les ofendiera que les acusaran de anarquistas, puesto que no conocían en absoluto nuestras ideas y no eran conscientes de su relación con la lucha obrera. Sencillos sindicalistas, los McNamara no se daban cuenta de que el conflicto entre el capital y el trabajo es un tema social que engloba toda la vida y que su solución no es un sencillo asunto de salarios más altos o jornadas más cortas: no sabían que el problema implica la abolición del sistema salarial, de todo monopolio y de los privilegios especiales, pero aunque los McNamara no eran anarquistas, pertenecían a la clase explotada y, por tanto, estábamos a su lado. En su persecución veíamos otro intento más de la plutocracia de aplastar el movimiento obrero. Para nosotros su caso era una repetición de la conspiración de Chicago en 1887 y de Idaho en 1906. Eran las mismas tácticas de la riqueza y el poder en todas partes, en España, Italia, Rusia, Japón y Estados Unidos. Los McNamara eran nuestros hermanos, su causa era nuestra causa. Desde ese punto de vista, los anarquistas de todos los Estados Unidos se agruparon para defender a esos hombres que esperaban su condena en la cárcel del condado de Los Ángeles.

El intenso sentimiento que creaban estos acontecimientos encontraron parcialmente una vía de escape en mis mítines, que congregaron a mucha gente. Pronuncié once conferencias en Los Ángeles, dos en San Diego, dos en Fresno y ocho en San Francisco, donde también participé en un debate. Puget Sound también respondió muy bien. En Portland, Seattle y Spokane tuvimos mucho público.

Desde el juicio de Haywood, Moyer y Pettibone, celebrado en Boise City, siempre había querido ir allí, pero no había tenido la oportunidad de hacer el viaje. En esa gira nos encontrábamos a quinientos kilómetros, una distancia apreciable, pero ¿qué eran quinientos kilómetros para un viejo vagabundo como Ben y una judía errante como yo? Tampoco nos detendría el hecho de que no conociéramos a nadie en la ciudad que pudiera ayudarnos con los mítines. Mi eficaz representante ya había roturado antes nuevas tierras. Cuando llegué a Boise, veinticuatro horas después que Ben, me encontré con los preparativos hechos para dos conferencias el domingo. Había una ordenanza policial que prohibía cobrar entrada durante el Sabbath, pero la gente de Boise sabía cómo saltarse la ley. «Simplemente se le da a cada uno un libro que equivalga al precio de admisión, ¿entiendes?», le había dicho la dueña del local a Ben.

Al día siguiente condujimos hasta la penitenciaría de Idaho donde estaban presos Haywood, Moyer y Pettibone. Había allí otro preso estrella, el espía Harry Orchard. Parecía una justa venganza que él, el instrumento de los detectives que había ayudado a preparar la trampa para sus camaradas, hubiera quedado atrapado en la misma. Era un malhechor que había confesado 18 asesinatos. El Estado había empleado su testimonio en su batalla para colgar a los líderes obreros y, como recompensa, no lo había ejecutado. Sin duda lo habría dejado libre si no hubieran temido enfrentarse a la indignación general. No pude evitar pensar en la significativa semejanza del nuevo crimen de Estado que preparaba California,

empleando al espía Ortie McManigal para destruir a los hermanos McNamara.

Harry Orchard, un individuo bajo y fornido, con cuello de toro, cutis cetrino y ojos huidizos, era un preso «modelo», nos dijeron, «religioso y devoto». Sabía lo que le convenía ese Judas de su clase. Mi impresión era que algo repugnante se arrastraba hacia mí, no podía permanecer en la cárcel y respirar el mismo aire que él. Para mí la peor de las monstruosidades humanas había sido siempre la delación y el espionaje.

El aspecto más interesante de nuestra gira fue la total ausencia de intervención policial. Fue la primera vez en mi carrera pública que me dejaban en paz para transmitir mi mensaje. Disfruté de la novedosa experiencia y la aproveché a fondo, sabiendo que no me dejarían en paz mucho más tiempo.

Cuando regresé a Nueva York, me encontré con un ataque despiadado, esa vez no por las autoridades sino por una publicación socialista. ¡Me acusaban de estar al servicio del zar de Rusia! Esa sorprendente revelación apareció el 13 de mayo de 1911, en el *Justice*, de Londres, el órgano oficial del Partido Socialdemócrata de Inglaterra.

La famosa Emma Goldman ha estado últimamente atacando a los socialistas de Milwaukee. Dice que son políticos baratos sin ningún propósito revolucionario, más o menos lo que dicen de nosotros nuestros «imposibilistas». Emma Goldman ha estado sorprendentemente suelta en Estados Unidos durante muchos años y hay gente que se pregunta cómo es posible que esta alborotadora mujer pueda llevar a cabo su propaganda de la violencia desde hace tanto tiempo y con tal impunidad, pero no es un hecho muy conocido que Emma Goldman está a sueldo de la policía, aunque este hecho se ha filtrado recientemente. En una época estuvo contratada por el señor A. E. Olarovsky, de la policía secreta rusa de San Francisco, como agente y como espía. Es lo mismo que ocurre, en nueve casos de cada diez,

con estos «destacados» anarquistas que solo matan gente con la boca, que nunca están a mano cuando estalla un escándalo y que se las apañan para escapar misteriosamente cuando se detiene a sus colegas.

Al principio esta absurda acusación me asqueó, pero después recordé que se había lanzado una denuncia igualmente injuriosa contra una persona más grande que yo, Mijail Bakunin, el padre del anarquismo. Los hombres que habían perseguido a Bakunin fueron Friedrich Engels y Karl Marx. Desde entonces, cuando los fundadores del socialismo dividieron la Primera Internacional con sus métodos demagógicos, los socialistas de todas partes habían empleado tácticas similares. Me sentí halagada por compartir destino con mi ilustre camarada y me pareció indigno de mí responder a tal calumnia, pero habría dado cualquier cosa por poder trazar el origen de la maldita historia.

Me parecía absurdo que cualquier persona en su sano juicio pudiera creerme capaz de tal traición. Mis amigos en Inglaterra y en Estados Unidos protestaron con energía. Miembros de organizaciones sindicales hicieron aprobar resoluciones en sus sindicatos. En Inglaterra se le exigieron pruebas al editor de *Justice*, pero esas pruebas no aparecieron. En la cena de aniversario del Francisco Ferrer Center de Nueva York, Moses Oppenheim, un viejo socialista, y mis amigos Harry Kelly y Leonard D. Abbott, presentaron sus respetos al hombre responsable de tamaña invención. Después vino una carta firmada por muchos hombres y mujeres destacados en el mundo sindical, del arte y de la literatura.

Al editor de *Justice*,
Londres, Inglaterra

Hemos leído en su número del 13 de mayo, en un artículo titulado «Agentes anarquistas» la siguiente afirmación:

«Pero no es un hecho muy conocido que Emma Goldman está a sueldo de la policía, aunque este hecho se ha filtrado recientemente. En una época estuvo contratada por el señor A. E. Olarovsky, de la policía secreta rusa de San Francisco, como agente y como espía».

> Escribimos para protestar de la manera más enfática posible contra esta escandalosa calumnia. Supera nuestra comprensión por qué decide manchar sus columnas imprimiendo una acusación tan absolutamente falta de fundamento contra una de las representantes más entregadas y queridas del movimiento radical en Estados Unidos. Emma Goldman ha dado los mejores años de su vida a la causa anarquista. Su integridad está fuera de toda sospecha. No hay una coma de verdad en la acusación.

La protesta circuló por los periódicos socialistas y liberales, pero el editor de *Justice* nunca se retractó.

Mi amiga Rose Strunsky, que se encontraba entonces en Inglaterra, decidió ir a verlo, pero no había manera de encontrarlo. Planteó el asunto al señor H. H. Hyndman, el líder del Partido Socialdemócrata británico. Se le pidió que presionara al editor, el señor Harry Quelch, para que entregara pruebas de su acusación. El señor Hyndman lo prometió, pero nunca lo hizo.

En tanto súbdito británico respetuoso con la ley, el señor Quelch conocía las leyes sobre el libelo de su país. Hubiera sido sencillo para mí demandarlo por difamación. Le habría obligado a mostrar las pruebas o a reparar los daños y tal vez hasta iría a la cárcel, pero me atuve a mis ideas anarquistas y a mi rechazo a invocar la ley en contra de nadie, por muy grande que fuera su maldad. Evidentemente Quelch lo había previsto y yo no tenía otra forma de obligarle a retractarse. Sin embargo, la protesta en mi favor sí tuvo un efecto. Lo silenció. Ni en su periódico ni en el estrado volvió él nunca a mencionar mi nombre.

Poco tiempo después se me acusó de otra cosa, esta vez el detective William J. Burns. En una entrevista en la prensa declaró que «Emma Goldman pedía a los obreros que contribuyeran a la defensa de los asesinos McNamara». Yo declaré en la prensa que no solo animaba a los obreros a contribuir sino que también pedía que dieran un golpe mortal a una «justicia» a la que sostenían los espías y a un gobierno al que mantenían los detectives. Decía mucho de los seguidores londinenses de Marx que un

detective estadounidense estuviera mejor informado sobre Emma Goldman que ellos.

Aquel verano, Sasha y yo nos fuimos de nuevo a nuestro retiro sobre el Hudson y él retomó el trabajo en su libro. Afortunadamente yo no tenía que escribir ni estaba impedida ya por las muletas. Pude dedicar mi tiempo a Sasha y velar por su comodidad. Quise animarle en su obra: con él había vivido la agonía de sus años de cárcel y ahora el torbellino de su espíritu encontraba un eco en mi corazón.

Al finales del verano completó sus *Memorias de prisión*. Era un documento profundo y conmovedor, un estudio brillante de la psicología criminal. Me maravillaba ver a Sasha emerger de su calvario como un artista con un preciado talento musical en sus palabras.

«Ahora a Nueva York a buscar editor», exclamé. «Seguramente muchos apreciarán el atractivo dramático de tu obra, la comprensión y simpatía por los que dejaste allí».

Nos apresuramos a volver a la ciudad y empecé a recorrer las editoriales. Las más conservadoras se negaron incluso a leer el manuscrito en cuanto se enteraban del nombre del autor. «¡Alexander Berkman, el hombre que disparó a Frick!», exclamaron los representantes de una gran empresa. «No, no podemos incluirlo en nuestro catálogo». «Es una obra literaria vital», les presioné. «¿No les interesa eso y su interpretación de las prisiones y del delito?» Buscaban un libro así, dijeron, pero no podían arriesgarse con el nombre del autor.

Algunos editores preguntaron si Alexander Berkman estaría dispuesto a usar un seudónimo. La sugerencia me ofendió y señalé que *Memorias de la cárcel* era una historia personal, el producto de años de sufrimiento y dolor. ¿Cómo podría esperarse que el escritor ocultara su identidad cuando hablaba de algo que era carne de su carne y sangre de su sangre?

Me dirigí a los editores «progresistas» y me prometieron leer el manuscrito. Esperé con ansia durante semanas y cuando finalmente me

convocaron, los encontré entusiasmados. «Es una obra notable», dijo uno, «pero, ¿eliminaría el señor Berkman las referencias al anarquismo?». Otro insistió en eliminar los capítulos que se referían a la homosexualidad en la cárcel. Un tercero sugirió otros cambios. Así seguimos durante meses. Yo me aferraba a la esperanza de que alguien con criterios literario y humano aceptara el manuscrito. Aún creía que podíamos descubrir en Estados Unidos lo que Dostoievski había encontrado en la Rusia zarista, un editor lo bastante valiente como para publicar el primer gran estudio estadounidense de una «casa de los muertos». En vano.

Finalmente decidimos publicar nosotros el libro. Para esa empresa recurrimos a mi amigo Gilbert E. Roe, un abogado de profesión, un anarquista de corazón y uno de los hombres más amables que haya tenido la buena fortuna de conocer.

Desde que nos conocíamos, Gilbert y la señora Roe estuvieron siempre entre mis amigos más fieles y mis contribuyentes más generosos. Desde el primer número de *Mother Earth,* los Roe habían sido siempre los primeros en responder a toda petición de ayuda. Cuando le comuniqué a Gilbert que el manuscrito de Sasha había sido rechazado por muchos editores y que querríamos que la Mother Earth Publishing Association tuviera el honor de entregar el libro al público estadounidense, mi buen amigo dijo simplemente: «De acuerdo. Vamos a organizar una velada en mi casa e invitaremos a alguna gente a escuchar la lectura de partes del manuscrito. Luego pediremos suscripciones». «¿Leer la obra de Sasha?», exclamé alarmada. «No podría leerla. Es una parte demasiado vital de mi vida. Seguro que me derrumbo». Gilbert se burló de la idea de que yo me pusiera nerviosa en una pequeña reunión privada, teniendo en cuenta las veces que me había enfrentado a miles de personas en mi labor pública.

Cuando aparecí con el manuscrito, ya habían llegado los invitados. Me sentí desfallecer y me invadió un sudor frío. Gilbert me llevó al comedor y me sirvió una copa. «Para darle fuerza a tus débiles rodillas», se burló.

Regresamos a la sala en penumbra, con solo una lámpara en la mesa para mí. Comencé a leer. Pronto la gente allí reunida pareció desvanecerse y apareció Sasha. Sasha en la estación de Baltimore y Ohio. Sasha en uniforme de preso, como lo había visto en la prisión; y después Sasha resucitado en la estación de ferrocarril de Detroit. Toda la agonía, toda la esperanza y desesperación que había compartido con él trepaba por mi garganta mientras leía.

«Ya sea el manuscrito o tu lectura», señaló Gilbert enseguida, «es una obra tremenda».

Aquella noche se reunieron quinientos dólares para los gastos de publicación. Unos días más tarde Gilbert me acompañó a ver a Lincoln Steffens, que contribuyó con doscientos dólares. Teníamos ya suficiente para empezar a componer el libro, pero nos desaconsejaron emprender ese trabajo en primavera. Además, Sasha quería darle otra vuelta al manuscrito. Nuestro piso era una colmena, con gente entrando y saliendo todo el día. La oficina de *Mother Earth* no era mucho más tranquila. Asuntos relacionados con el movimiento nos mantenían todo el día ocupados. Hasta el verano, Sasha no pudo escaparse a nuestra cabaña sobre el Hudson para la revisión final de sus *Memorias de la cárcel*.

38

El drama de los McNamara que se representaba en los tribunales de Los Ángeles mantuvo a todo el país en una tensa espera y después, repentinamente, terminó en un tono de farsa. ¡Los McNamara confesaron! Inesperadamente, ante el pasmo de todos, se declararon culpables de los cargos que les imputaban. La prensa reaccionaria estaba encantada: los Merchants' and Manufacturers' Association, Harrison Grey Otis, William J. Burns y su panda de espías, cuya misión era enviar a estos hombres a la muerte, daban gracias con fervor por el giro afortunado que habían tomado los acontecimientos. ¿O acaso no habían sido los primeros en proclamar que los hermanos McNamara eran anarquistas y dinamiteros?

No era extraño que la acusación y los delatores agradecieran las circunstancias que habían provocado la declaración de culpabilidad. Aquel fue un golpe al movimiento obrero mayor que el que el detective Burns habría imaginado nunca asestar. Y los responsables de la confesión no procedían de las filas enemigas sino del campo del movimiento obrero, del círculo de sus amigos «bienintencionados».

Sería injusto hacer recaer en una sola persona toda la responsabilidad por el absurdo final de lo que había comenzado como un acontecimiento histórico en el curso de la guerra industrial en Estados Unidos. La ignorancia de John J. y James B. McNamara sobre el significado social de su caso también fue culpable de aquel irreparable error suyo. Si los

McNamara hubieran tenido el espíritu revolucionario y la potencia intelectual de Sasha y de otros rebeldes sociales, habríamos presenciado una asunción orgullosa de sus actos y un análisis inteligente de las causas que los habían empujado a recurrir a la violencia. En ese caso, ni se habrían sentido culpables ni habrían confesado, pero los hermanos McNamara eran solo sindicalistas que veían en su lucha poco más que una disputa entre sus organizaciones y los intereses del metal.

Pero, a pesar de la desgracia de lo limitado de estas dos víctimas, mucho más culpa tenían la timidez de sus asesores y la credulidad de los reformistas, que eran sus amigos. Esta gente nunca aprende de la experiencia. No importa cuántas veces hayan visto al león devorar al cordero, siguen aferrados a la esperanza de que la naturaleza de la bestia se transforme. Si el león llegara a conocer mejor al cordero, argumentan, o si pudiéramos hablar con él, seguramente aprendería a apreciar a su amable hermano y él también se volvería amable. En consecuencia, los acusadores de McNamara lo tuvieron fácil: «Caballeros, convenzan a los presos para que se declaren culpables. Consigan que confiesen y les damos nuestra palabra de honor de que sus vidas no correrán peligro y que la caza cesará, que no habrá más detenciones, nadie de las filas sindicalistas será procesado por nada relacionado con este caso. Créannos, caballeros. Puede que rujamos como leones, pero nuestro corazón es blando. Nos compadecemos de los pobres corderos que están en la cárcel del condado de Los Ángeles. Consigan que confiesen y no serán condenados. Es un pacto entre caballeros. Estrechémonos las manos y seamos todos corderos».

Y los niñitos se lo creyeron. Aceptaron la promesa de las bestias taimadas y astutas. Incluso se sintieron motivados por la gran misión que el destino les había presentado, el reunir al león y al cordero, pero pronto el sabor de la tierna carne del cordero abrió el apetito del león, que quiso más. Se desató de nuevo la caza, detención tras detención, procesos por docena y una persecución salvaje de las víctimas atrapadas en la emboscada.

Y J. J. y J. B. McNamara se habían caído del pedestal. Eran arrastrados por el fango, insultados y motejados por los mismos que los habían apoyado y les habían lanzado rosas en su camino. Los desgraciados apóstatas se golpeaban el pecho y exclamaban: «¡Nos han engañado, no sabíamos que los McNamara eran culpables y que habían empleado la violencia! ¡ Son criminales!».

El desplome del juicio desveló la desoladora vaciedad del radicalismo dentro y fuera de las filas del movimiento obrero y el espíritu timorato de muchos de los que presumían de defender su causa.

Unas pocas mentes claras y almas robustas resistieron, demasiado pocas si se las compara con la manada que insultaba a las dos víctimas. Se negaron a que los arrastrara el pánico que venía pisando los talones a la confesión de McNamara. Dentro de esa pequeña minoría en Estados Unidos, la mayoría de los anarquistas apoyaron a los abandonados líderes obreros, porque eran víctimas de un sistema basado en la violencia y que no cedería por ningún otro método en la lucha industrial.

El grupo de *Mother Earth* dejó constancia de su protesta en nuestra revista y en el estrado contra la apología barata de aquellos que proclamaban «haber sido engañados creyendo inocentes a los McNamara». Nosotros sosteníamos que, si esas excusas eran sinceras, entonces los sindicalistas y los reformistas, así como los políticos socialistas, eran idiotas y no estaban preparados para ser los maestros del pueblo. Señalábamos que quien se mantiene en la ignorancia de las causas del conflicto de clases se hace él mismo responsable de su existencia.

Cada vez que daba una charla sobre el caso McNamara me seguían policías y detectives, pero me daba igual. De hecho, habría agradecido un arresto. La cárcel me parecía preferible a este mundo de cobardía e impotencia. Sin embargo, nada ocurrió y y yo seguí con mi labor. La siguiente misión estaba a dos pasos, la huelga de Lawrence.

Veinticinco mil obreros textiles, hombres, mujeres y niños, se habían declarado en huelga pidiendo un aumento de un quince por cien de su salario. Durante años habían penado cincuenta y seis horas semanales por una paga media semanal de ocho dólares. Con la energía de esa gente, los dueños de las sederías se habían hecho inmensamente ricos. La pobreza y la miseria habían empujado finalmente a los obreros textiles de Lawrence a la huelga. La lucha apenas había empezado cuando los señores de las fábricas empezaron a enseñar los dientes. Contaban con el apoyo del Estado e incluso de las autoridades universitarias. El gobernador de Massachusetts, él mismo dueño de una fábrica, mandó a la milicia a proteger sus intereses y los de sus colegas. El rector de Harvard, en tanto uno de los accionistas, estaba igualmente interesado en los beneficios de las fábricas de Lawrence. El resultado de esta alianza entre el Estado, el capitalismo y los centros del saber en Massachusetts fue una horda de policías, detectives, soldados y matones a sueldo que se arrojaron sobre los indefensos huelguistas. Las primeras víctimas de ese reinado del terror militar fueron Anna Lapezo y John Ramo. Durante una refriega a la joven la dispararon y al joven le hundieron la bayoneta hasta morir. En lugar de arrestar a los perpetradores del crimen, el Estado y las autoridades locales arrestaron, entre otros, a Joseph Ettor y Arturo Giovannitti, los dos líderes de la huelga más destacados. Estos hombres eran rebeldes, apoyados por los Industrial Workers of the World y por el resto de elementos revolucionarios del país. El movimiento obrero del Este acudió con especial generosidad a apoyar a los huelguistas de Lawrence y la defensa de los dos hombres. El hueco que dejó la detención de Ettor y Giovannitti lo cubrieron inmediatamente Bill Haywood y Elizabeth Gurley Flynn. Los años de experiencia de Haywood en la lucha obrera, su firmeza y diplomacia, lo convertían en una gran baza para la situación de Lawrence. Por otro lado, la juventud, el encanto y la elocuencia de Elizabeth conquistaron el corazón de todos. Los nombres de los dos y su fama trajeron publicidad y apoyo a la huelga a nivel nacional.

Yo conocía y admiraba a Elizabeth desde la primera vez que la había escuchado, hacía años, en una reunión celebrada al aire libre. En aquel entonces ella no tendría más de catorce años, con una cara y una silueta bellísimas y una voz que vibraba con honestidad. Me causó una gran impresión. Más tarde solía acudir en la compañía de su padre a mis charlas. Era un cuadro fascinante con su cabello negro, sus grandes ojos azules y su hermoso cutis. A menudo me costaba apartar los ojos de ella, sentada en primera fila de mis mítines.

La espléndida pelea por la libertad de expresión que había conducido en Spokane, con otros miembros de la I.W.W., y la persecución que había sufrido me hicieron querer mucho a Elizabeth Gurley Flynn. Y cuando supe que había enfermado tras el nacimiento de su hijo, lo sentí mucho por aquella joven rebelde, una de las primeras revolucionarias estadounidenses de origen proletario. Mi interés por ella había servido para aumentar mis esfuerzos para recaudar fondos, no solo para la lucha de Spokane sino para que Elizabeth los empleara los primeros meses de su joven maternidad.

Desde que había regresado a Nueva York, coincidíamos mucho, en mítines y en ocasiones más íntimas. Elizabeth no era anarquista, pero tampoco era fanática ni hostil, como lo eran algunos de sus camaradas que procedían del Socialist Labor Party. Se la aceptaba en nuestros círculos como una más y yo la quería como a una amiga.

Bill Haywood acababa de mudarse a Nueva York. Nos conocimos casi inmediatamente y nos llevamos muy bien. Bill tampoco era anarquista, pero, como Elizabeth, carecía de todo sectarismo estrecho. Admitía con franqueza que se sentía mucho más a gusto entre los anarquistas, especialmente con el grupo *Mother Earth*, que entre los fanáticos de sus propias filas.

La característica más notable de Bill era una extraordinaria sensibilidad. Ese gigante de aspecto tan rudo se arrugaba ante una palabra brusca y temblaba ante la vista del dolor. En una ocasión, cuando tenía que hablar en

uno de los homenajes al 11 de noviembre, me relató el efecto que el crimen de 1887 había tenido sobre él. Entonces era un chaval que ya trabajaba en las minas. «Desde entonces», me dijo, «nuestros mártires de Chicago han sido mi mayor inspiración y su valor la estrella que me guía». El piso del 210 de la calle Trece Este se convirtió en el refugio de Bill. Solía pasar sus tardes libres en nuestra casa. Allí podía leer y descansar hasta quedarse satisfecho o beber café «negro como la noche, fuerte como el ideal revolucionario y dulce como el amor».

En el apogeo de la huelga de Lawrence, me abordó el señor Sol Fieldman, un socialista de Nueva York, con la propuesta de hacer dos debates sobre las diferencias teóricas y prácticas entre socialismo y anarquismo. Yo ya había debatido con socialistas a lo largo y ancho de Estados Unidos, pero nunca en mi propia ciudad. Me alegró la oportunidad y la propuesta atrapó la imaginación de Ben. Habría que hacerlo nada más y nada menos que en el Carnegie Hall, declaró, seguro que lo llenábamos, y allá se fue a reservar el lugar, pero regresó cabizbajo: solo estaba libre una de las noches. Para la segunda fecha había tenido que contentarse con el Republic Theatre.

Se me ocurrió que los debates eran una oportunidad espléndida para recaudar una sustanciosa suma para la huelga de Lawrence y el señor Fieldman estuvo de acuerdo. No se habló de quién haría la petición, pero me encapriché de que fuera Big Bill. Él, que estaba en lo más duro de la batalla, era la persona más apropiada para el propósito.

El señor Fieldman quería que el moderador procediera de sus filas y yo no me opuse, porque no me importaba quién presidiera. El día del debate mi oponente me comunicó que aún no tenía moderador y que sus camaradas socialistas le habían reprochado duramente que hubiera propuesto el debate. «Bueno, telegrafiaremos a Bill Haywood», le dije. «Estará encantado de presidir y es quien va a hacer la petición de fondos». Pero el señor Fieldman se negó. Prefería incluso un anarquista, dijo, que a Haywood. Yo insistí en

que Bill hiciera la petición, presidiera quien presidiera. Por la tarde, cuando llegué al Carnegie Hall, Fieldman aún no tenía moderador ni aceptaba aún a Bill. «De acuerdo, pues no habrá debate», anuncié. «Pero yo misma le comunicaré al público la razón por la que se suspende». El imperativo categórico le asustó tanto como para rendirse.

El público sabía que Bill venía directamente de Lawrence. El sentimiento que había despertado la huelga se tradujo en una ovación para Bill. Su sencilla petición en nombre de los hombres y mujeres de Lawrence tuvo eco en todos los presentes. En pocos minutos el estrado rebosaba de dinero y el señor Fieldman a cuatro patas recogía la cosecha de la petición de Bill. La cantidad recaudada fueron 542 dólares, una suma enorme para proceder de un público de obreros que ya habían pagado la entrada del debate.

Y entonces comenzó la corrida de toros, pero, desgraciadamente, el toro resultó un ser un animal muy dócil. El señor Fieldman se sabía su catecismo. Recitó su rosario marxista con la fluidez y la precisión que aporta la práctica, pero no ofreció un solo pensamiento original o independiente. En colores brillantes pintó los maravillosos logros de la socialdemocracia alemana, recreándose en la fuerza que daban al partido cuatro millones de votos y el número incluso mayor de afiliados de los sindicatos, que se elevaba a ocho millones. «Pensad en lo que pueden hacer esos doce millones de socialistas», exclamó triunfante. «Parar las guerras, apoderarse de los medios de producción y distribución. ¡No por la violencia sino mediante su poder político! En cuanto al Estado, ¿acaso no dijo Engels que moriría de muerte natural?» Fue un gran discurso socialista, pronunciado con habilidad, pero no hubo debate.

Los datos históricos y los hechos que yo aporté para demostrar el deterioro del socialismo en Alemania, la traición por parte de la mayoría de los socialistas que habían accedido al poder, la tendencia en todas sus filas hacia las reformas mímimas, todo eso fue convenientemente ignorado por el

señor Fieldman. Cada vez que se levantaba para replicar, repetía palabra por palabra lo que había dicho en su ronda inicial.

Nuestro debate sobre la acción política versus la acción directa, en el Republic Theatre, estuvo más animado. Estuvieron presentes muchos chicos de la I.W.W. que dieron algo de color al asunto. La huelga de Lawrence me sirvió para dar un ejemplo iluminador de acción directa. Mi oponente no se sentía tan seguro de sí mismo como cuando presentaba la teoría socialista. Se vio especialmente desbordado por las preguntas que desde el gallinero le aullaba un muchacho de la I.W.W.: «¿Cómo podría la acción política ser útil para la masa de obreros migratorios, que nunca están suficiente tiempo en un lugar como para poder registrarse para votar o para los millones de chicos y chicas menores de edad sin derecho a voto? ¿No sería la acción directa el único medio y el más eficaz para enmendar la economía? Los obreros textiles de Lawrence, por ejemplo, ¿deberían haber esperado a que sus camaradas socialistas accedieran mediante el voto a la cámara de Massachusetts?».

Mi oponente sudó tinta intentando pergeñar una respuesta definitiva. Cuando finalmente abordó el tema fue para decir que los socialistas creen en la huelga, pero que, cuando conquistaran la mayoría y accedan al poder político, no habría ya necesidad de tales métodos. Aquello fue demasiado para la brigada de los petos. Se mondaron de risa, patearon el suelo y entonaron las canciones de la I.W.W.

Nuestras actividades no nos dejaban mucho tiempo libre para la sociabilidad o para el disfrute intelectual. El regreso a América de Paul Orleneff con su nueva compañía fue una gran sorpresa y una alegría para los que habíamos conocido a aquel hombre en su primera visita. Paul había envejecido; su rasgos estaban más marcados y en sus ojos había más *Weltschmerz*, pero seguía siendo la misma criatura ingenua y de otro mundo que vivía únicamente en el reino de su arte.

La gente que podía propiciar su éxito eran los hombres de la prensa *yiddish*, especialmente Abe Cahan y los demás escritores judíos. Orleneff no escuchó mi sugerencia de ir a su encuentro. No es que estuviera resentido, me dijo, por el desagradable trato que había sufrido en los últimos momentos de su visita en 1905. «¿Sabe, señorita Emma?», me explicó, «llevo casi un año viviendo dentro del Brand de Ibsen. ¿Sabe cuál es su lema? "Sin componendas. O todo o nada". ¿Puede imaginarse a Brand llamando a la puerta de los editores? Si hiciera algo que Brand despreciara, arruinaría mi concepción del personaje».

Poco después, Orleneff abandonó Estados Unidos. No podía aclimatarse a este país ni aceptar su actitud hacia el arte. La constatación de que el lazo que le había unido a Alla Nazimova estaba definitivamente roto también hizo que su estancia fuera más larga. Ahora los separaba el abismo que siempre debe existir entre un artista auténticamente creativo y alguien a quien solo le interesa el éxito material.

En Chicago tuve la oportunidad de conocer al famoso revolucionario ruso Vladimir Bourtzeff. Me interesó mucho el relato de la difícil misión que le habían adjudicado: desenmascarar a Azeff como espía de la policía. Azeff era sin duda un fenómeno absolutamente excepcional en los anales revolucionarios. No es que antes no hubiera habido, ni que no hubiera aún, traidores en las filas revolucionarias, pero Azeff no era un espía corriente e, incluso hoy, la psicología del hombre sigue siendo un enigma no resuelto. Durante años había sido no solo un miembro de la Organización de Lucha del Partido socialista revolucionario ruso, sino también la cabeza todopoderosa de ese cuerpo terrorista. Había planificado y ejecutado con éxito numerosas acciones contra los más altos dignatarios del gobierno zarista y gozaba de la confianza absoluta de sus colegas. Cuando Bourtzeff acusó a Azeff, el ultraterrorista, de ser un agente del servicio secreto ruso, incluso los amigos más cercanos del acusador creyeron que estaba loco. La mera sugerencia de una posibilidad así se consideraba traicionar la

revolución, pues Azeff personificaba el auténtico espíritu del movimiento revolucionario ruso. Bourtzeff, sin embargo, era un hombre con una tenacidad terca y que poseía una intuición infalible en esos temas. Ya había desvelado a unos cuantos espías y sus fuentes de información siempre habían resultado ser de absoluta confianza. Se había debatido mucho antes de resolverse a creer en la culpabilidad de la cabeza leal de la Organización de Lucha. Los datos que recogió Bourtzeff eran incontestables y condenaban a Azeff como el hombre que, durante un periodo de veinte años, se las había arreglado para engañar al servicio secreto ruso y a los revolucionarios al mismo tiempo. Bourtzeff logró demostrar que Azeff era un traidor a ambos bandos y ambos resolvieron condenarlo a muerte por su engaño monumental, pero en el último momento Azeff los volvió a burlar y huyó sin dejar huella.

Excepto por el buen compañerismo de mis camaradas de Denver, la ciudad siempre me había decepcionado. Ni siquiera la energía de Ben consiguió despertar el interés por nuestra labor. Esa vez el número de mis amigos aumentó con la llegada de Lillian Olf, Lena y Frank Monroe, John Spiss, May Courtney y otros anarquistas estadounidenses, así como nuevos camaradas entre los elementos *yiddish*, pero el público en general no se acercaba a nuestros mítines. Y entonces sucedió que el *Post* de Detroit me invitó a escribir una serie de artículos sobre el creciente malestar social. Al mismo tiempo, algunas periodistas que conocía se ofrecieron a organizar una conferencia especial en el Brown Palace Hotel. El tema que eligieron fue el *Chantecler* de Rostand.

Llevaba tiempo convencida de que el teatro moderno es un vehículo muy adecuado para la propaganda de las nuevas ideas. Mi primera experiencia en ese sentido se remontaba a 1897, cuando hablaba ante un grupo de mineros de las obras de George Bernard Shaw. Fue durante su hora de la comida y estábamos a treinta metros bajo tierra. Mi público se apiñaba junto a mí, con sus caras negras iluminadas aquí y allá por el resplandor de

sus lámparas. Sus ojos hundidos parecían apagados al principio pero a medida que hablaba empezó a brillar en ellos la comprensión del significado social de las obras de Shaw. Mi engalanado público del lujoso salón de baile del Brown Palace Hotel reaccionó de la misma manera que los mineros. También se vio reflejado en aquel espejo dramático. Algunos profesores universitarios y otros de los institutos me pidieron que diera un curso sobre teatro. Entre ellos hubo una mujer que atrajo particularmente mi atención, la señorita Ellen A. Kennan, una mujer muy erudita. Se ofreció a hacerse cargo de las clases hasta que yo regresara. Así mi visita a Denver para cinco charlas se alargó en catorce y tuvo también como resultado cinco artículos en el *Post*.

Entre los momentos interesante de mi estancia en la ciudad destacó el estreno de *Chantecler*, con Maud Adams en el personaje que da nombre a la obra, al que acudí porque me pidieron que reseñara la obra en la prensa. Apreciaba a la señorita Adams por su interpretación de personajes recatados, pero, en estatura y voz, me pareció una mala elección para el personaje de Chantecler.

San Diego, California, gozaba desde siempre de una considerable libertad de expresión. Anarquistas, socialistas y miembros de la I.W.W., así como sectas religiosas, solían hablar al aire libre ante grandes multitudes. Y entonces, los padres de la ciudad de San Diego aprobaron una ordenanza que se cargaba la vieja costumbre. Los anarquistas y la I.W.W. iniciaron una lucha por la libertad de expresión con el resultado de que 84 hombres y mujeres acabaron en la cárcel. Entre ellos estaba E. E. Kirk, que me había defendido en San Francisco en 1909, la señora Laura Emerson, una conocida rebelde, y Jack Whyte, uno de los jóvenes más inteligentes de la I.W.W. en California.

Cuando llegué con Ben a Los Ángeles en abril, San Diego vivía una auténtica guerra civil. Los patriotas, conocidos como los Vigilantes[5] habían convertido la ciudad en un campo de batalla. Golpeaban, herían y

asesinaban a hombres y mujeres que aún creían en sus derechos constitucionales. Cientos de ellos habían acudido a San Diego desde todos los rincones de Estados Unidos para participar en la campaña. Viajaban en vagones de carga, en guardabarros, en el techo de los trenes, arriesgando sus vidas a cada instante pero sostenidos por su creencia en la libertad de expresión, por la que sus camaradas estaban llenando las cárceles.

Los Vigilantes arrasaron los cuarteles de la I.W.W., destrozaron el mobiliario y secuestraron a todos los que encontraron allí. Los llevaron a Sorrento, a un lugar donde se había plantado una bandera. Allí obligaron a los I.W.W. a arrodillarse, besar la bandera y cantar el himno nacional. Como incentivo, los Vigilantes los golpeaban en la espalda, lo que era la señal para iniciar una paliza generalizada. Después de aquello, los metieron en automóviles y los mandaron a San Onofre, cerca de la frontera del condado, y los encerraron en un corral sin agua ni comida durante dieciocho horas, con vigilancia armada. A la mañana siguiente, los sacaron en grupos de cinco y los obligaron a correr baquetas. Mientras atravesaban la doble fila de Vigilantes, estos los machacaban con porras y estacas. Después se repitió el episodio de besar la bandera, tras lo cual se les dijo que «cogieran» el sendero y que no volvieran nunca. Regresaron a los Ángeles tras varios días de camino, magullados, hambrientos, sin un duro y en una condición física deplorable.

En esta batalla, en la que la policía local se posicionó con los Vigilantes, perdieron la vida varios hombres de la I.W.W. El asesinato más brutal fue el de Joseph Mikolasek, que murió el 7 de mayo. Era uno de los muchos rebeldes que había intentado llenar el vacío que había dejado la detención de los oradores. Cuando subió al estrado, la policía lo atacó. Con muchas dificultades se arrastró a la sede socialista y desde allí a casa. Los detectives lo siguieron y lo atacaron en su casa. En defensa propia, Mikolasek había cogido un hacha, pero llenaron su cuerpo de balas antes de que tuviera ocasión de alzarla contra sus asaltantes.

En todas mis giras por la Costa había dado conferencias en San Diego. Esa vez teníamos mítines planificados tras nuestros compromisos en Los Ángeles. Los informes de San Diego y la llegada de montones de heridos por la saña de los Vigilantes nos resolvieron a acudir allí enseguida. Especialmente tras el asesinato de Mikolasek nos parecía imperativo abordar en ese lugar la lucha por la libertad de expresión. Lo primero, sin embargo, era organizar el cuidado de los jóvenes que habían escapado a sus torturadores y habían llegado con vida. Con la ayuda de un grupo de mujeres organizamos un comedor en la sede de la I.W.W. Recaudamos fondos en mis mítines y recogimos ropa y alimentos de los tenderos solidarios.

San Diego no se quedó satisfecho con el asesinato de Mikolasek: no permitiría siquiera que se le enterrara en la ciudad. Así que tuvimos que trasladar su cadáver a Los Ángeles y preparamos allí una manifestación en su honor. Joseph Mikolasek había sido un desconocido en vida, pero alcanzó estatura nacional con su muerte. Incluso la policía de la ciudad se quedó impresionada por el tamaño, la dignidad y el dolor de las masas que siguieron sus restos mortales hasta el crematorio.

Algunos camaradas de San Diego se habían encargado de organizar un mitin y yo elegí el tema que me parecía que se adecuaba mejor a la situación, *Un enemigo del pueblo*, de Henryk Ibsen.

A nuestra llegada nos encontramos con una densa multitud en la estación. No se me ocurrió que me esperaran a mí, creí que estaban esparando a algún alto mandatario estatal. Teníamos que encontrarnos con nuestros amigos, el señor y la señora E. E. Kirk, pero no se les veía por ninguna parte y Ben sugirió que fuéramos al U.S. Grant Hotel. Pasamos desapercibidos y nos subimos al autobús que nos dejaría en el hotel. Apenas nos habíamos sentado cuando alguien gritó: «¡Ahí está, esa es Goldman!». Al momento la multitud coreó ese mismo grito. Mujeres elegantemente vestidas se ponían de pie en sus carruajes gritando: «¡Queremos a esa

anarquista asesina!». En un instante se produjo un tumulto en el autobús, muchas manos queriendo agarrarme. Con una presencia de ánimo inusual, el chófer arrancó a toda velocidad, desperdigando a la multitud en todas direcciones.

En el hotel no nos pusieron objeciones. Nos registramos y nos llevaron a nuestras habitaciones. Todo parecía normal. El señor y la señora Kirk nos visitaron y hablamos tranquilamente de los preparativos del mitin. Por la tarde el encargado de la recepción subió para anunciarnos que los Vigilantes habían insistido en ver los registros del hotel para asegurarse del número de nuestras habitaciones, así que nos iba a trasladar a otra parte del edificio. Nos llevó a la última planta y nos adjudicó una *suite* más grande. Más tarde recibimos la visita del señor Holmes, el gerente del hotel. Bajo su techo estábamos a salvo, me dijo, pero no podía permitirnos que bajáramos a comer o que saliéramos de la habitación. Tendría que encerrarnos. Yo contesté que el U.S. Grant no era una cárcel. Él replicó que no podían encarcelarnos contra nuestra voluntad, pero que, mientras fuéramos huéspedes de la casa, tendríamos que acatar su solución para nuestra seguridad. «Los Vigilantes están de muy mal humor», nos advirtió. «Están decididos a no dejarte hablar y a echaros de la ciudad.» Nos pidió que nos fuéramos por motu propio y se ofreció a escoltarnos. Era un hombre muy amable y apreciamos su oferta, pero teníamos que rechazarla.

Apenas había salido el señor Holmes cuando me llamaron al teléfono. Un hombre que dijo llamarse Edwards, que dirigía el conservatorio de música, me dijo que acababa de leer en los periódicos que el dueño del local que habíamos alquilado se había echado atrás. Nos ofreció la sala de recitales del conservatorio. «San Diego parece contar con hombres valientes», le dije a la misteriosa persona al otro lado del hilo y le invité a visitarme y a charlar sobre su plan. Poco después apareció un hombre atractivo de unos veintisiete años. A lo largo de nuestra conversación le señalé que el que yo hablara en su local podría traerle problemas. Me contestó que no le

importaba: era un anarquista del arte y creía en la libertad de expresión. Si nosotros nos arriesgábamos, él también. Decidimos ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Por la tarde, un escándalo de bocinas y pitos inundó la calle. «¡Los Vigilantes!», exclamó Ben. Llamaron a la puerta y apareció el señor Holmes, acompañado por otros dos hombres. Las autoridades me requerían abajo, me comunicaron. Ben se olía el peligro e insistió en que les pidiera que subieran a verme. Me pareció cobarde por mi parte. Eran las primeras horas de la tarde y estábamos en el principal hotel de la ciudad. ¿Qué podía ocurrirnos? Bajé con el señor Holmes y Ben nos acompañó. Abajo nos metieron en una habitación donde había siete hombres formando un semicírculo. Nos pidieron que nos sentáramos y esperáramos al jefe de policía, que llego poco después. «Por favor, venga conmigo», dijo dirigiéndose a mí. «El alcalde y otros funcionarios la esperan en la puerta contigua». Nos levantamos para seguirle pero el jefe de policía le dijo a Ben: «No le buscan a usted, doctor. Mejor espere aquí».

Entré en una habitación abarrotada de hombres. Las persianas estaban parcialmente echadas, pero la enorme farola de la calle dejaba adivinar a una masa muy agitada. El alcalde se me acercó. «¿Oye esa turba?», me dijo, señalando a la calle. «Van en serio. Quieren sacarles a usted y a Reitman del hotel, aunque sea por la fuerza. No podemos garantizar nada. Si acepta marcharse le daremos protección y la conduciremos sana y salva fuera de la ciudad».

«Es muy amable por su parte», respondí. «Pero ¿por qué no dispersa a la multitud? ¿Por qué no emplea las mismas medidas contra esta gente que ha empleado contra los combatientes por la libertad de expresión? Su ordenanza convierte en delito el reunirse en los barrios de negocios. Cientos de I.W.W., anarquistas, socialistas y sindicalistas han sido golpeados y arrestados y alguno incluso ha muerto por esta causa. Y usted permite que esa turba de Vigilantes se congregue en el centro de la ciudad y obstruya el

tráfico. Todo lo que tiene que hacer es dispersar a los que no cumplen la ley».

«No podemos hacerlo», dijo abruptamente. «Esa gente está muy exaltada y su presencia empeora las cosas.»

«Muy bien, pues déjeme hablar a la multitud», le sugerí. «Puedo hacerlo desde una ventana. Me he enfrentado antes a masas enfurecidas y siempre he podido pacificarlas».

El alcalde se negó.

«Nunca he aceptado la protección policial», le dije entonces, «y no tengo intención de hacerlo ahora. Acuso a todos los presentes de estar aliados con los Vigilantes».

Entonces los funcionarios declararon que las cosas seguirían su curso y que la culpa sería solo mía si me ocurría algo.

Cuando acabó la entrevista, fui a buscar a Ben. El cuarto en el que lo había dejado estaba cerrado con llave. Me alarmé y golpeé la puerta. No hubo respuesta. El ruido que hacía alarmó a un empleado del hotel. Abrió la puerta pero dentro no había nadie. Me precipité a la otra habitación y me dirigí al jefe de policía, que justo salía.

«¿Dónde está Reitman?», le pregunté. «¿Qué habéis hecho con él? Si sufre algún daño pagaréis por ello aunque tenga que hacerlo con mis propias manos».

«¿Cómo quieres que yo lo sepa?», contestó bruscamente.

El señor Holmes no estaba en su despacho y nadie sabía decirme qué había sido de Ben Reitman. Consternada, regresé a mi cuarto. Ben no aparecía. Daba vueltas desesperada, incapaz de decidir qué pasos dar o a quién acudir para que me ayudara a encontrarlo. No podía llamar a nadie que conociera en la ciudad sin comprometer su seguridad, menos que nadie al señor Kirk, que ya estaba a la espera de juicio por la lucha por la libertad de expresión. Ya había sido un acto de coraje que él y su esposa se hubieran reunido con nosotros, seguro que agravaría su situación. La circunstancia de

que los Kirk no hubieran regresado, como habían prometido, demostraba que los estaban manteniendo a distancia.

Me sentía indefensa. Pasaba el tiempo y a medianoche me quedé dormida de puro cansancio. Soñé con Ben, atado y amordazado, con sus manos tendidas hacia mí. Yo luchaba por alcanzarlo y me desperté con un grito, cubierta de sudor. Oí voces y golpes en mi puerta. Abrí al detective del hotel y a otro hombre, que me dijeron que Reitman estaba a salvo. Los miré confusa, sin entender apenas a qué se referían. A Ben se lo habían llevado los Vigilantes, me explicaron, pero no había sufrido daños. Solo lo habían metido en un tren hacia Los Ángeles. No creí al detective, pero el otro hombre parecía honrado. Me reiteró que le habían asegurado que Reitman estaba bien.

Llegó el señor Holmes. Corroboró lo que decía el hombre y me suplicó que consintiera en marcharme. No tenía sentido que me quedara ya en la ciudad, me animó. No me permitirían dar la charla y solo estaba poniéndolo en peligro. Esperaba que no me aprovechara del hecho de ser mujer. Si me quedaba, los Vigilantes me echarían fuera como fuera de la ciudad.

El señor Holmes parecía realmente preocupado. Yo sabía que no tendría ocasión de dar el mitin. Dado que Ben estaba a salvo, ya no tenía sentido atormentar más al señor Holmes. Acepté marcharme, con la idea de tomar el Búho, el tren de las 2.45 de la madrugada, hacia Los Ángeles. Llamé a un taxi que me llevara a la estación. La ciudad estaba adormilada, las calles desiertas.

Acababa de comprar el billete y me acercaba al coche cama cuando escuché de nuevo el sonido de los coches que se acercaban, el terrible sonido que había escuchado por primera vez en la estación y más tarde en el hotel. Los Vigilantes, por supuesto.

«¡Rápido, rápido!», gritó alguien. «¡Entra rápido!»

Antes de poder dar un paso más, me cogieron, me subieron al tren y, literalmente, me arrojaron al compartimento. Bajaron las persianas y me

encerraron. Los Vigilantes habían llegado e invadían el andén, gritando y tratando de subir al tren. El personal del tren estaba preparado y se negó a dejarles entrar. Hubo gritos, juramentos y chillidos, unos momentos horrorosos y terribles hasta que finalmente el tren echó a andar.

Nos detuvimos en infinitas estaciones. En cada parada miraba ansiosamente con la esperanza de que Ben estuviera esperando allí para unirse a mí, pero no había señales de él. Cuando llegué a mi apartamento de Los Ángeles, él no estaba allí. ¡Los hombres del U.S. Grant Hotel me habían mentido para poder sacarme de la ciudad!

«¡Está muerto! ¡Está muerto!», gritaba agónicamente. «¡Han matado a mi muchacho!»

En vano luché para disipar el pensamiento terrible. Llamé al *Herald* de Los Ángeles y al *Bulletin* de San Francisco para comunicarles la desaparición de Ben. Ambos periódicos habían condenado inequívocamente el reinado del terror de los Vigilantes. El espíritu que guiaba el *Bulletin* era el señor Fremont Older, tal vez el único dueño de un periódico capitalista lo bastante valiente como para defender la causa obrera. Había luchado con ardor por los McNamara. La ilustrada humanidad del señor Older había creado una nueva actitud hacia el delincuente social en la Costa. Desde la lucha de San Diego, había lanzado un ataque temerario contra los Vigilantes. El señor Older y el editor del *Herald* me prometieron hacer todo lo posible para rescatar a Ben.

A las diez me anunciaron una conferencia. Una voz desconocida me comunicó que el doctor Reitman estaba subiendo al tren hacia Los Ángeles y que llegaría a primera hora de la tarde. «Que sus amigos lleven una camilla a la estación». «¿Está vivo?», grité al aparato. «¿No está mintiendo? ¿Está vivo?» Escuché sin aliento, pero no obtuve respuesta.

Las horas se arrastraban como si el día no quisiera acabar. La espera en la estación fue también angustiosa. Finalmente apareció el tren. Ben yacía en uno de los vagones traseros, acurrucado. Vestía un peto azul, su cara estaba

mortalmente pálida y su mirada aterrorizada. No llevaba sombrero y su pelo estaba pringado de alquitrán. Cuando me vio empezó a llorar: «¡Oh, mamita, por fin estoy contigo! ¡Sácame de aquí, llévame a casa!»

Los periodistas lo atosigaron a preguntas, pero estaba demasiado agotado como para responder. Les pedí que lo dejaran tranquilo y que se pasaran después por mi piso.

Cuando lo ayudaba a desnudarse me horrorizó ver que su cuerpo era una masa de magulladuras cubiertas por plastas de alquitrán. Habían grabado a fuego las letras I.W.W. sobre su carne. Ben no podía hablar, solo sus ojos trataban de expresar por lo que había pasado. Tras comer algo y dormir unas cuantas horas, recuperó un poco de fuerza. En presencia de un número de amigos y de periodistas nos relató lo que le había sucedido.

«Cuando Emma y el gerente del hotel salieron del despacho para ir a otra habitación», contó Ben, «me quedé solo con los siete hombres. En cuanto se cerró la puerta sacaron las pistolas. "Si haces algún ruido o haces un solo movimiento, te matamos", me amenazaron. Entonces me rodearon. Un hombre me cogió del brazo derecho, otro del izquierdo, otro de la solapa de mi abrigo, otro del cuello y así me sacaron al pasillo, me bajaron por el ascensor hasta la planta baja del hotel, salimos a la calle pasando junto a un policía uniformado y después me metieron en un coche. Cuando la turba me vio, empezó a aullar. El coche se paseó muy despacio por la calle principal y otro vehículo, donde viajaban algunas personas que parecían empresarios, se unió a la comitiva. Eso fue como a las diez y media de la noche. El paseo de veinticinco kilómetros fue aterrador. En cuanto salimos de la ciudad empezaron a golpearme y darme patadas. Me tiraban del pelo por turnos y me metían los dedos en los ojos y en la nariz. "Podríamos rajarte las tripas", decían, "pero le prometimos al jefe de policía que no te mataríamos. Somos hombres responsables, propietarios, y la policía está con nosotros." Cuando llegamos a la frontera del condado, el coche se paró en un lugar deshabitado. Los hombres formaron un círculo y me dijeron que me

desnudara. Me arrancaron la ropa. Me pegaron y, cuando estaba desnudo en el suelo me patearon y golpearon hasta que casi perdí la sensibilidad. Con un cigarrillo encendido quemaron las letras IWW en mis nalgas; después me echaron una lata de alquitrán por el cuerpo, y, como no tenían plumas, lo frotaron con salvia. Uno de ellos intento meterme un bastón por el recto. Otro retorcía mis testículos. Me obligaron a besar la bandera y a cantar "Barras y estrellas". Cuando se cansaron del juego, me dieron la ropa interior para que me la pusiera, por si nos encontrábamos con alguna mujer. También me dieron la chaqueta para que pudiera llevar el dinero, el billete de tren y el reloj. Se quedaron con el resto de la ropa. Me ordenaron dar un discurso y después que corriera baquetas. Los Vigilantes se pusieron en doble fila y, mientras corría, cada uno de ellos me dio un golpe o una patada. Después me dejaron ir».

El caso de Ben era uno entre muchos desde que había comenzado la lucha en San Diego, pero ayudó a atraer mayor atención sobre el escenario de salvajismo. Muchos periodistas obreros y radicales se desplazaron a la ciudad para reunir material de primera mano. El gobernador de California nombró al coronel H. Weinstock comisario especial para investigar la situación. Cauteloso y reservado como fue su posterior informe, aun así respaldaba todas las acusaciones que habían hecho las víctimas del terror vigilante. Despertó la indignación incluso entre los elementos conservadores del país.

En Los Ángeles la marea de simpatía subió mucho y atrajimos multitudes increíblemente numerosas. En una ocasión tuvimos que dirigirnos al público en dos salas a la vez. Podríamos haber llenado algunas más si hubiéramos contado con más espacios o si hubiéramos tenido suficientes oradores para hacer la ronda.

San Francisco, terreno fructífero desde hacía años, nos entregó esta vez una enorme multitud. Nuestros camaradas se ahorraron el trabajo y los gastos publicitarios: los Vigilantes lo habían hecho en nuestro lugar. Su

acción inspiró que los funcionarios municipales de San Francisco nos dieran una cordial bienvenida. El alcalde, el jefe de policía y hordas de detectives vinieron a recogernos a la estación, pero no para intervenir. Nuestras salas, más grandes que las de Los Ángeles, resultaron pequeñas para albergar a las masas que acudían a las conferencias y la venta de nuestros libros desconcertó incluso a Ben, que nunca estaba satisfecho con ellas.

El clímax se alcanzó con nuestro mitin en el Trade Council Hall. Nuestro amigo Anton Johanssen, conocido sindicalista, presidía. Animó a un boicot contra la próxima feria de San Diego «hasta que los ciudadanos se curen de su rabia». Ben detalló el ataque que había sufrido a manos de los Vigilantes. Yo ofrecí un breve informe de mi experiencia y después pronuncié la conferencia traidora, «El enemigo del pueblo».

Antes de salir hacia Portland, pudimos entregar una buena cantidad para la lucha por la libertad de expresión en San Diego, enviar dinero para la defensa de Ettor y Giovannitti y también darle un buen respiro a *Mother Earth* pagando sus cuantiosas deudas.

Los principales responsables de la locura de San Diego eran dos periódicos, que habían lanzado primero el grito de «Anarquistas y I.W.W.: ¡peligro!». Los habitantes de la ciudad vivían en un constante terror de la dinamita y las bombas, de las que se decía que llegaban de contrabando en las barcazas para volar toda la ciudad. El malvado espíritu de las actividades de los Vigilantes era un periodista concreto de uno de estos periódicos. Una fama y una gloria como las suyas sin duda despertaban la envidia de los otros periodicuchos capitalistas. Un periódico de Seattle comenzó a emular a sus colegas de San Diego. Poco después de nuestra llegada, comenzó una campaña pidiendo a los buenos patriotas estadounidenses que protegieran la bandera y salvaran a Seattle de la anarquía. Algunos seniles veteranos de la guerra de Cuba descubrieron de repente su virilidad perdida y se ofrecieron para cumplir con su deber.

«Quinientos valientes soldados recibirán a Emma Goldman en la estación», anunciaba el periódico, «y la echarán de aquí.»

La historia, ya fuera real o inventada, desató el pánico general. Nuestros amigos en Portland nos pidieron que no fuéramos a Seattle. Nuestros camaradas de Seattle, preocupados por nuestra seguridad, se ofrecieron a cancelar los mítines, pero yo insistí en seguir con el programa.

Al llegar a Seattle, supimos que el alcalde Cotteril era un acérrimo georgista. Anunció que no limitaría la libertad de expresión y que enviaría a la policía para que protegiera nuestros mítines. El valor de los temblorosos veteranos, naturalmente, flaqueó en el último momento, no aparecieron para darnos la bienvenida anunciada, pero la policía estaba a mano. Llenaron la sala y se repartieron por los tejados. Incluso registraron a la gente que acudía a los mítines buscando armas. Los artículos sensacionalistas del *Times* y el despliegue de chaquetas azules intimidaron a mucha gente. Tuve que pedirle al alcalde que se preocupara menos por nuestra seguridad y se despidiera de nuestros protectores. Una vez hecho esto, el público ya se atrevió a asistir a mis mítines.

El domingo de mi primera conferencia dejaron una nota sellada en el hotel para mí. El escritor anónimo me advertía de un complot contra mi vida: me dispararían cuando entrara en la sala, me juraba. Por alguna razón, no podía dar crédito a la historia. Como no quería causar angustia a mis compañeros, no se lo comenté a mi amigo C.V. Cook, que se acercó para escoltarme al local. Le dije que prefería ir sola.

Nunca caminé tan tranquila como cuando paseaba sin prisas desde el hotel hasta el punto de encuentro, pero cuando estaba a media manzana, instintivamente, levanté mi mano con el gran bolso que siempre llevaba. Entré con toda seguridad en la sala y caminé hacia el estrado aún sosteniendo el bolso frente a mi cara. Durante toda la conferencia, el pensamiento persistía en mi cerebro: «¡Si al menos pudiera protegerme la cara!». Por la noche repetí el mismo gesto, sosteniendo el bolso ante mi

cara durante todo el camino al salón. Los mítines fueron bien, sin ninguna señal de los conspiradores.

Días más tarde, buscaba aún alguna explicación plausible para mi estúpido gesto con el bolso. ¿Por qué me había preocupado más mi cara que mi pecho o cualquier otra parte de mi cuerpo? Sin duda ningún hombre habría pensado en su cara en circunstancias parecidas, pero yo, en presencia de una muerte probable, ¡había sentido el temor de que se desfigurara mi rostro! Era toda una sorpresa descubrir en mí misma aquella vanidad femenina tan corriente.

---

[5] En español en el original. (*N. de la T.*)

Índice

Portada

Viviendo mi vida. Volumen 1

En reconocimiento

Capítulo 01

Capítulo 02

Capítulo 03

Capítulo 04

Capítulo 05

Capítulo 06

Capítulo 07

Capítulo 08

Capítulo 09

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Sobre este libro
Sobre Emma Goldman
Créditos

Viviendo mi vida. Volumen 1

XX. Claramente adelantada a su época, sus escritos y conferencias abarcaron una amplia variedad de temas, incluyendo las prisiones, el ateísmo, la libertad de expresión, el militarismo, el capitalismo, el matrimonio, el amor libre, el control de la natalidad y la homosexualidad; desarrollando incluso nuevas maneras de incorporar la política de género en el feminismo y el anarquismo.

Desde su llegada a Nueva York como costurera a los 20 años de edad procedente de la Rusia zarista hasta su paso por los enclaves socialistas del Lower East Side de Manhattan, consagró su vida al activismo y la agitación pública. Goldman recuerda su niñez en Lituania, su inmigración a los EE.UU. cuando era una adolescente, sus audaces aventuras como mujer independiente en el nuevo mundo, el apoyo a las huelgas obreras, sus viajes por Europa… Su importante e influyente presencia en remotos acontecimientos geopolíticos tales como la Revolución Rusa y la Guerra Civil española, hacen de ella una de las personas con más historia del siglo XX. Viviendo mi vida es una de las grandes biografías del siglo y un fascinante relato de una época de turbulencias políticas e ideológicas.

Emma Goldman. Kovno, 1869-Toronto, 1940. Anarquista estadounidense y activista del movimiento sindicalista de Estados Unidos, Goldman padeció la cárcel en 1893 por sus encendidas críticas a la política gubernamental. Liberada al año siguiente, dio numerosas conferencias en Europa y de regreso a su país editó en Nueva York, a partir de 1906, la revista libertaria *Mother Earth*, que hubo de cerrar durante la Primera Guerra Mundial, tras ser detenida de nuevo en 1917 por sus feroces críticas a la contienda, que juzgó como otra manifestacion del imperialismo, y por sus encendidos llamamientos a la deserción.

Entre 1920 y 1922 residió en la URSS con el escritor anarquista lituano Alexander Berkman (1870-1936), con el que estaba unida sentimentalmente, y participó en la sublevación anarquista de Kronshtadt. Disconforme con el autoritarismo soviético, fue expulsada y, tras colaborar con la República en la Guerra Civil Española, se instaló definitivamente en Canadá. Emma Goldman es autora de *Anarquismo y otros ensayos* (1910), *Mi desilusión ante Rusia* (1923) y de la autobiografía *Viviendo mi vida* (1931).

Título original: *Living My Life Vol.1* (1931)

© De la traducción: Ana Useros
Edición en ebook: septiembre de 2020

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo
C/ Peñuelas, 41. 28005 Madrid
fal@cnt.es
http://fal.cnt.es
@FAnselmoLorenzo

ISBN: 978-84-122264-1-6

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Ana Valero Martínez
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro

Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PROSPER-OLIVIER LISSAGARAY
HISTORIA DE LA COMUNA DE PARÍS DE 1871
PRÓLOGO DE
ÉRIC HAZAN
PRÓLOGO DE
Capitán Swing

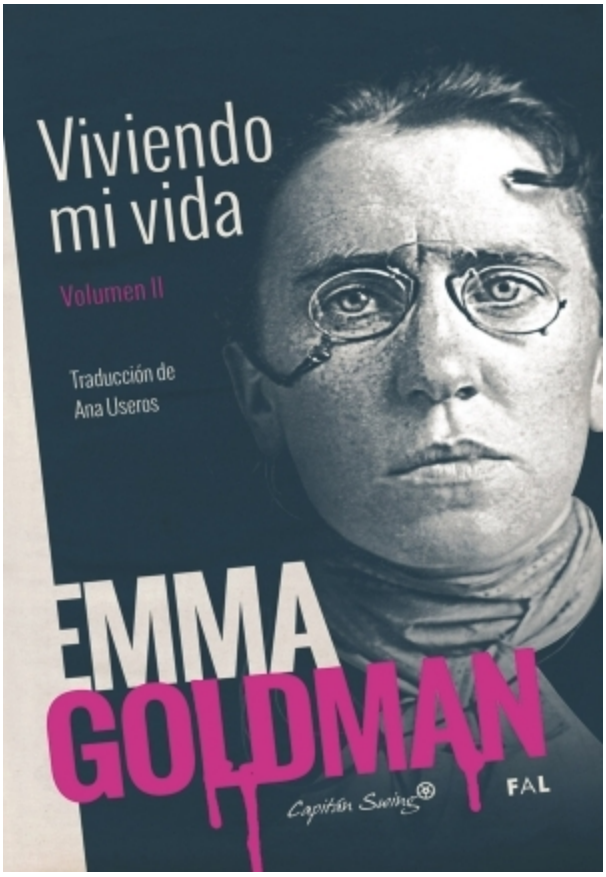
La historia de la comuna de París de 1871

Lissagaray, Prosper- Olivier
9788412324242
656 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En marzo de 1871, la clase trabajadora de París, indignada por su falta de poder político y cansada de ser explotada, tomó el control de la capital. Este libro es la excepcional historia de la Comuna, las heroicas batallas libradas en su defensa y la sangrienta masacre que acabó con el levantamiento. Un apasionante experimento revolucionario que en pocos meses logró sustituir al ejército por una milicia ciudadana, acabar con la injerencia eclesiástica en los asuntos estatales, introducir el derecho universal a la educación y reconocer a los funcionarios públicos el mismo salario que percibían los trabajadores. Hasta que las fuerzas represoras desataron una ofensiva sin precedentes sobre la capital francesa. Un baño de sangre que costó la vida a decenas de miles de rebeldes, fusilados por soldados enemigos. Lissagaray, un joven periodista que no solo vivió los hechos, sino que luchó por la Comuna en las barricadas, narra la gloria de la resistencia en París, los grandes logros alcanzados por la revolución y el valor de las mujeres y hombres que dieron su vida por la causa de la libertad.

Cómpralo y empieza a leer


Viviendo
mi vida
Volumen II
Traducción de
Ana Useros
EMMA
GOLDMAN
Capitán Swing
FAL

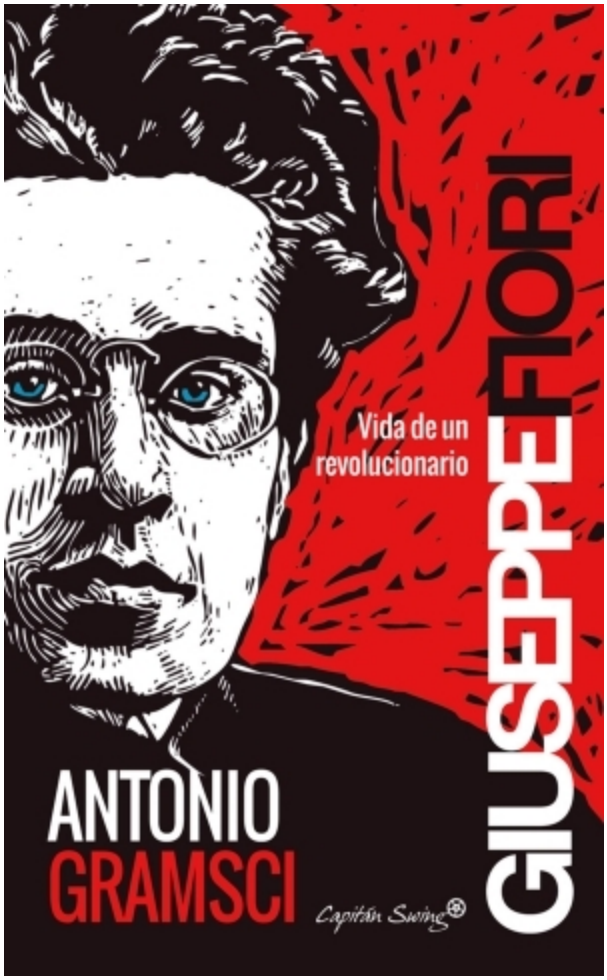
Viviendo mi vida Vol. II

Goldman, Emma
9788412226423
584 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Emma Goldman era una mujer devastadora y honesta, que se preservó a sí misma tan poco como preservó a cualquier otro. De su cuenta, el lector puede conocer un curioso tipo de personalidad de gran interés: una mujer que dedicó su vida a eliminar el sufrimiento, pero que podría hacer una bomba o ayudar a organizar un asesinato. Igualmente interesantes son sus comentarios sobre otros radicales del período, como Kropotkin, Berkman, Mooney, Lenin, Trotsky, Haywood, Most, los mártires de Haymarket y muchos otros. Su autobiografía, escrita con vigor, se encuentra entre las mejores de la lengua inglesa.

Cómpralo y empieza a leer


GIUSEPPE FIORI
Vida de un revolucionario
ANTONIO GRAMSCI
Capitán Swing

Antonio Gramsci

Fiori, Giuseppe
9788494673726
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Antonio Gramsci, líder del Partido Comunista Italiano y uno de los revolucionarios más brillantes en la historia del socialismo, fue detenido por la policía de Mussolini en 1927 y permaneció encarcelado hasta que murió diez años más tarde. La publicación póstuma de sus "Cuadernos de la cárcel" lo situó como un importante intelectual cuya influencia sigue aumentando hoy día. A través de los relatos de su familia, amigos, maestros y compañeros de partido, Fiori completa una detallada y exquisita biografía del gran filósofo, político y periodista italiano. A medida que el personaje crece, madura y reflexiona, Fiori articula ambos aspectos: el Gramsci visto por los otros, y el Gramsci que emerge de sus textos, no sólo los teórico-políticos, sino también sus cartas personales, que son muchas, profundas, afectivas, y en las que también da cuenta de su evolución intelectual. Estudiando los escritos de Gramsci a sus familiares y amigos, podemos ver la relación entre su crecimiento personal como líder político y su experiencia privada, su participación en el movimiento revolucionario de su época y las preocupaciones que lo embargaron en cada momento. Fiori construye un relato en el que, además del propio Gramsci, se expresan otros muchos dirigentes políticos y figuras intelectuales coetáneos.

Cómpralo y empieza a leer

Arlie R. Hochschild
& Anne Machung
La DOBLE JORNADA
Familias trabajadoras y la revolución en el hogar

La doble jornada

Russell Hochschild, Arlie
9788412324228
344 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hochschild y sus investigadores asociados entrevistaron a cincuenta parejas y observaron una docena de hogares a lo largo de las décadas de 1970 y 1980, para explorar la brecha de ocio entre hombres y mujeres. La investigación demostró que las mujeres aún se hacen cargo de la mayoría de las responsabilidades del hogar y del cuidado de los niños a pesar de su ingreso en la fuerza laboral.

Esta "doble jornada" afectaba a las parejas, provocando sentimientos de culpa, tensión marital, falta de interés sexual y sueño.

Por otro lado, Hochschild difundió las historias de algunos hombres que compartieron por igual la carga del trabajo doméstico y el cuidado de los niños con sus esposas, demostrando que si bien es poco común, es una realidad para algunas parejas.

La investigación presentaba además una clara división entre las preferencias ideológicas de los géneros y las clases sociales. Sumando el tiempo en el trabajo remunerado, el cuidado de los niños y las tareas del hogar, descubrió que las madres trabajadoras dedican un mes de trabajo al año más que sus cónyuges.

Cómpralo y empieza a leer

Matthew Walker
BEST SELLER INTERNACIONAL
POR QUÉ DORMIMOS
La nueva ciencia del sueño
Capitán Swing

Por qué dormimos

Walker, Matthew
9788412099362
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

Cómpralo y empieza a leer